temas'de hoy. HISTORIA

JUAN PANDO

HISTORIA SECRETA DE ANNUAL

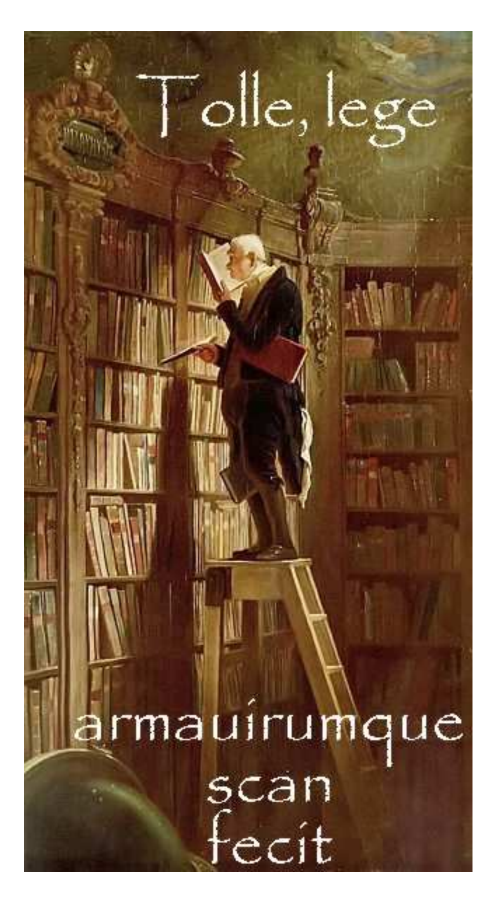
4 EDICION

Juan Pando

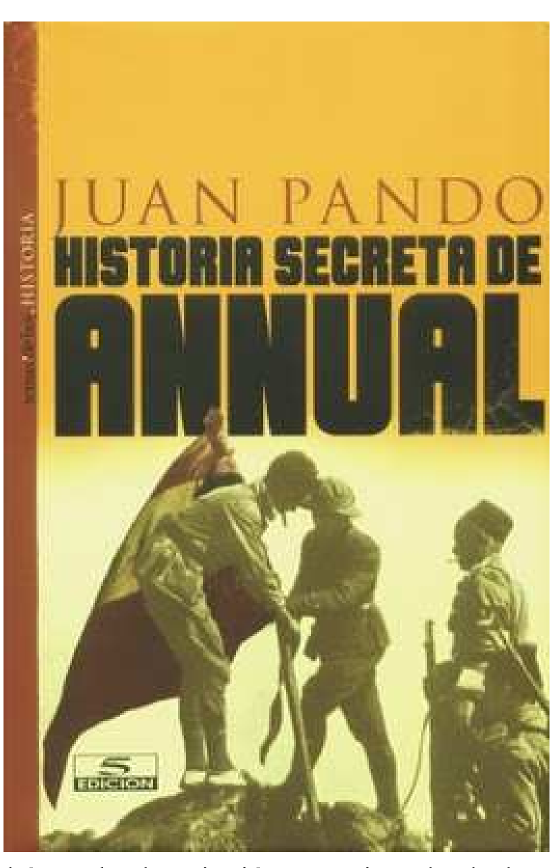
Historia secreta de Annual

Primera edición: enero de 1999
Segunda edición: febrero de 1999
Tercera edición: marzo de 1999
Cuarta edición: abril de 1999

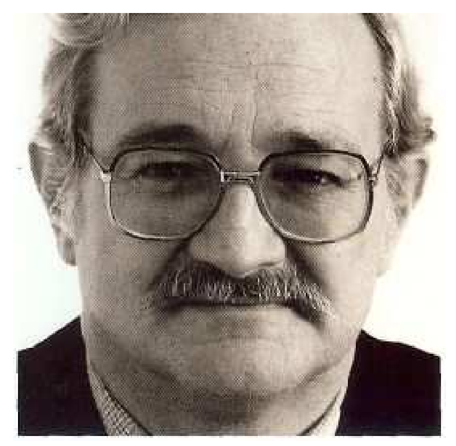
Colección: Historia
© Juan Pando Despierto, 1999
© Ediciones Temas de Hoy, S. A. (T.H.), 1999
Paseo de la Castellana, 28. 28046 Madrid
Diseño de colección: Nacho Soriano
Fotografía de cubierta: José Demaría López «Campúa»
Infografía: Matilde de la Vara
ISBN: 84-7880-971-6
Depósito legal: M. 16.359-1999
Compuesto en EFCA, S.A.
Impreso y encuadernado en Artes Gráficas Huertas, S.A.
Printed in Spain
Impreso en España



Historia secreta de Annual
Juan Pando.
Temas de hoy



En enero de 1921, cuando Silvestre ocupa Annual sin oposición, la España de Alfonso XIII creía vencida la resistencia rifeña y consolidado su empeño en volver a ser una potencia. Marruecos será, sin embargo, un nuevo Flandes hispano donde se enterrarán dineros, hombres y expectativas de modernidad y concordia nacional. La aniquilación del ejército de Silvestre fue una abrumadora sorpresa para el régimen y una angustiosa realidad para el país. El primero perdía su prestigio; el segundo no sólo a miles de soldados, sino su confianza en la monarquía. Lo mismo que en 1898, el Estado no supo qué hacer. Si el Rey hubiera atendido las palabras de algunos de sus consejeros —entre ellos Maura— ordenado el repliegue colonial, habría salvado la Corona *y* evitado una división que concluiría en una devastadora guerra civil. Esta obra —que se nutre de numerosos y reveladores documentos inéditos— es el resultado de ocho años de labor investigadora de uno de nuestros mejores africanistas. De sus páginas, que no rehúyen la descripción emocionada de los episodios de heroísmo y solidaridad o cobardía y vileza, surgen nítidos los perfiles de Silvestre, Berenguer, Eza y tantos otros protagonistas, junto al espectro acusador de los miles de soldados hundidos en el mar de piedras del Rif, un ejército de *desaparecidos* que perdieron su vida en la pesadilla de África. (Contraportada)



Juan Pando Despierto (Madrid, 1943) es doctor en Geografía e Historia y especialista en Relaciones Internacionales y en Historia militar. Ha impartido clases y conferencias en los cursos de Magister de la Facultad de Ciencias de la Información en la Universidad Complutense, en el CESEDEN y en la Academia General de Zaragoza. En 1998 fue comisario de la exposición «El sueño de Ultramar», en la Biblioteca Nacional. Africanista, es miembro honorario del Colegio Nuestra Señora de África. Gran conocedor de Marruecos y, en especial, del Rif y Yebala, su primera visita a los campos de Annual fue en 1969. Volvió allí en cinco ocasiones -1971, 1972, 1985, 1990 y 1998 para conocer a fondo la tragedia del ejército de Silvestre, esfuerzo ampliado con una exhaustiva labor de investigación en archivos y documentos familiares, que le ha llevado ocho años de trabajo.

Índice

* En esta edición digital se han incluido a pie de página [Nota del escaneador].

Al ejército perdido

Debo gran reconocimiento a la familia Picasso. Juan Carlos Picasso López, y su esposa, Teresa Martínez de Ubago, atendieron, con emparejado y constante cariño, mi nada fácil requerimiento investigador. Con ellos pasé amenísimas tardes, a lo largo de la primavera y verano de 1997, estudiando el archivo del general y tomando apuntes sobre su poco conocida vida. En un mismo nivel de gratitud sitúo a Santiago Domínguez Llosa, gran conocedor de las campañas del Rif, y de quien he recibido tan leal como constante y fundamental ayuda.

A José Marqués López debo amplísimo agradecimiento por su ingente trabajo de documentación en periódicos y revistas de la época, que extendió a los archivos de Melilla y a algunas familias.

Mi afectuosa gratitud a David Solar, director de *La aventura de la Historia,* a la profesora Soha Abboud Haggar, su esposa.

Mi agradecimiento al denominado «Grupo 21 de Julio», formado el 21 de julio de 1998 en el espolón de Igueriben: Miguel Ángel Hernández González; Blas Jesús Imbroda Ortiz; Mimún Mohatar Hamed; José Nieto Egea y el ya citado Domínguez Llosa. Y a Carmen Goes y José Marqués, que no pudieron ir aquel día. También deseo mostrar mi reconocimiento a José Luis Blasco, Juan Díez Sánchez y Francisco Saro Gandarillas, los tres de la Asociación de Estudios Melillenses.

Mi reconocimiento a las nietas de Manella, Concepción y María Jesús; á: las nietas de Aizpuru, Amparo, Pilar y Sofía; a la familia de Navarro, en la persona de su nieto, el general (R) Gonzalo Navarro Figueroa, y su bisnieto, Bruno Navarro Rousseaux-Dumercet; y a la nuera del coronel Morales, Carmen Ormaeche.

Muy agradecido estoy a Javier Marías, sobrino-nieto de Manera, por sus informes sobre su antepasado, ayudante de Silvestre. Idéntico afecto entrego a Rosa Montero, amiga entrañable, por sus siempre leales ánimos y acertados consejos.

Mi reconocimiento a los africanistas agrupado en torno a la praxis intelectual del Colegio Nuestra Señora de África: José Urbano Martínez Carreras; Martín Prado; Basilio Rodríguez Cañada; Juan Manuel Riesgo; y al profesor Ahamjik Muad Suliman.

A Carlos Agrasar Celemín debo extraordinaria ayuda en momentos cruciales, coincidentes con el arranque de esta obra.

Mi cariñoso agradecimiento a Blas Broto Campo, que me facilitó la carta de su abuelo, superviviente de la columna de García Esteban; a Francisco Basallo Reina, hijo del famoso sargento Basalto; a mi buen amigo Francisco Fernández Urraca, y a los hermanos José María y Julio San Luciano Ruiz.

De los ex combatientes rifeños que entrevisté, sólo conservo las referencias de Mohammed Ben Saddaui y Hach Mimun El Kassini. De ambos me impresionaron su sencillez, honestidad y señorío.

Muy reconocido estoy al general de división Juan Sosa Hurtado, director que fuera del Servicio Histórico Militar (SHM) y del Museo del Ejército; al general subdirector del SHM, Juan Antonio Ariza; al coronel Fernando Raimundo Corredor, mi buen amigo y director del Archivo General Histórico del Ejército del Aire, y a María Teresa Hermoso de Mendoza y Carmen de Urquiaga, jefas del Archivo en la misma modélica institución; al coronel Gregorio Vázquez Gimeno, director del

Archivo General Militar de Segovia; y al comandante Pedro Ruiz Valle, que me facilitó el acceso al importantísimo fondo «Manuel Fernández Silvestre», y con quien compartí muy gratas mañanas de estudio en el SHM.

Mi agradecimiento al teniente general José Faura Martín, que fuera jefe del Estado Mayor del Ejército; al general de división José Ramón Lago Vázquez, que fuera director de la Academia General Militar de Zaragoza; al general de división Antonio Nogueras Biel, y al coronel Juan Silvela y Milans del Bosch.

De los archivos civiles, todo mi aprecio para Carmen de Rivera y Alfonso Berenguer Pérez-Maura, en la Fundación Antonio Maura; Rosario Gil Iriarte y Carmen Flores, del Archivo de la Cruz Roja Española; al presidente de la Real Academia de la Historia, Carlos Seco Serrano, y a Victoria Alberola; a Margarita González Cristóbal, jefa del Archivo General de Palacio Real; a Sofía Gandarias, jefa del Archivo del Congreso de los Diputados, y a Montserrat García y Alberto Parrondo, en esta última sede.

He tenido la suerte de contar, en Madrid, con otro grupo de leales, personas que nunca me regatearon consejo, confianza y colaboración: Santiago Gramunt A rnabat, Carlos Plá y Joaquín Puig de la Bellacasa. Pero Joaquín fue quien escuchó, sin desmayo, mis laboriosos avances investigadores, siendo el primero en ser informado de ellos y en proporcionarme luego acertadas sugerencias. A él le debo este segundo abrazo de gratitud.

Mi esposa, María Jesús de Cea, se sumó, desde sus inicios, al afán intelectual por saber lo ocurrido en Annual, y que acabó siendo firme compromiso familiar. Sin su honestidad y entrega a esa idea, la historia de este ejército perdido en el Rif no hubiera sido posible. Nuestros hijos Juan y Natalia me ayudaron con idéntica fidelidad. Tuve en ellos un ejército de lealtades.

Introducción

Aún impresiona el desfiladero del Izzumar y los campos de Annual. Y los de Arruit, Cheif, Dar Quebdani o Zoco el Telatza de Bu Beker, lugares donde fueron aniquiladas las columnas que formaban el ejército de Silvestre. A la brutalidad topográfica, se une una aridez climática que tampoco hoy perdona. Sólo gentes nacidas en lugar tan inhóspito podrían sobrevivir y hasta doblegar a un gran enemigo extranjero. Nadie podría vencerlas en igualdad de medios. La España alfonsina fue contra ellas. Sin conocerlas, sin medios, sin un plan coherente en lo político —acercamiento a los jefes indígenas—, ni en lo militar.

En enero de 1921, cuando Silvestre ocupa Annual sin resistencia, la España de Alfonso XIII creía vencido al Rif y consolidado su tan peleado empeño por volver a ser una potencia, luego de la tragedia del 98. Marruecos por Cuba fue una permuta —institucional y estratégica, desde la perspectiva colonial—, que se entendía como acción legítima, proveedora de beneficios económicos —las minas rifeñas de hierro y plomo— y morales para así reconstruir el Ejército, enfrentado a una *lucha justa.*

España estaba en Marruecos, primero por intención propia, y luego por intereses de terceros (Francia y Gran Bretaña), dada su condición de socio colonial amable: ni muy fuerte ni tampoco abúlico. El espectacular desplazamiento hacia el Oeste africano, por parte del colonialismo calculador de Delcassé, luego del fiasco de Fachoda (Sudán, 1898), acabó en Marruecos, donde los británicos para nada querían un único dueño (España o Francia), que pusiera en peligro las comunicaciones con Suez y Egipto desde su dominio del Estrecho de Gibraltar. Y así fue: españoles y franceses pelearían por separado, perdiendo fuerzas, coherencias y oportunidades. En julio de 1921, cuando el ejército de Silvestre es destruido, la indiferencia francesa ante el suceso es tan rotunda como su desdén, actitud que cambiaría de modo radical al ser derrotada en 1925 por el mismo enemigo rifeño.

Sin embargo, de aquel cainismo colonial franco-español había derivado una ventaja sustancial: Francia logró firmar, en 1904, un pacto antialemán, la Entente Cordiale, piedra angular de su política continental. La orfandad de España en Marruecos, y su resignado pelear en solitario entre 1909 (guerra del Barranco del Lobo) y 1912 (guerra del Kert), despejó las dudas de Francia por su flanco colonial y en su espalda sureuropea —el miedo a que España formase alianza con Alemania—, orientándola hacia su prioridad: recuperar las tierras sagradas (Alsacia y Lorena).

De su ejemplar neutralidad en la Gran Guerra —compromiso personal del rey Alfonso XII—, España obtuvo un reconocimiento moral, pero nada de provecho en lo colonial o lo estratégico. Siguió aislada en Europa y volcada en Marruecos —nuevo y temible Flandes hispano—, donde enterraba sus dineros, sus hombres y sus mejores expectativas de modernidad y concordia nacional.

En la perspectiva histórica, asombra ese esfuerzo colosal de lo alfonsino y sobre todo de lo español, vaciándose ambos, sin utilidades ni posibilidades de tenerlas, sobre un mar de piedras y guerreros: el Rif y Yebala, esos poco más de 21.000 km2 que recibiera por los Acuerdos de Protectorado de 1912, mientras Francia se embolsaba el llamado Marruecos útil, lo más granado del país en lo agrícola, lo minero y lo geoestratégico —fachadas a las Canarias y flanco septentrional del Sáhara Occidental.

La aniquilación del ejército de Silvestre y el desplome político de la Comandancia General de Melilla, fue una abrumadora sorpresa para el régimen y una angustiosa realidad para el país. El primero perdía su prestigio; el segundo perdía no ya a ocho o diez mil de sus hijos, sino su plena confianza en la Monarquía y en la esperanza propia de no conocer más tragedias familiares por Marruecos. El régimen no reaccionó; la sociedad, sí. Pasó lo mismo que en 1898: el Estado,

desconcertado ante el drama, no supo qué hacer, pero el pueblo se volcó en sus heridos. No en sus muertos, porque aquel ejército había *desaparecido* en su mayoría.

Nunca, hasta entonces, había perdido la España contemporánea un ejército al completo. En bloque y de la forma espantosa —asesinado, en su mayoría, luego de capitular en sus posiciones— en que lo fueron los hombres de Silvestre, su general suicidado al frente. Otro hecho insólito, desconcertante, opresivo. Y aunque había habido destrucciones militares del colonialismo europeo tan absolutascomo repentinas —el ejército italiano de Baratieri en Adua (Eritrea, 1 marzo 1896)—, y tan extensas como reiteradas —las derrotas británicas contra los boers (en Suráfrica, 1899-1902)—, la naturaleza de la tragedia española en el Rif hizo que aquélla pareciese la más terrible de todas.

En la reacción subsiguiente, los gobiernos fueron por un lado, el Ejército por otro, mientras el Parlamento tomaba rumbos encontrados, como lo fueron la obsesión mayoritaria por seguir en Marruecos *hasta la victoria,* y el empeño de unos pocos —Cambó, Besteiro, Prieto— por lograr una retirada honorable. Si Alfonso XIII hubiera atendido a la previsión de algunos de sus consejeros —entre ellos, Maura—, y ordenado ese repliegue colonial una vez rescatados los prisioneros y recuperado el honor de las armas, habría salvado a la Monarquía y evitado al país una división de lo militar que concluiría en devastadora guerra civil.

Enfrentados a los hechos africanos, hubo una decisión consecuente —abrir un Expediente sobre lo allí ocurrido—, y varias actitudes afines, las de aquellos militares y políticos que buscaban la regeneración de sus instituciones. Los generales Picasso y Aguilera —este último, presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina— guiaron ese necesario afán. Alba y García Prieto formaron su pareja afín en lo gubernamental. De ahí se derivó el rescate de los prisioneros españoles (en 1923), y antes, el Suplicatorio del Senado contra el general Berenguer.

El Parlamento, con sus Comisiones de los llamados *Diecinueve* y *Veintiuno* —por los diputados que las integraron—, se sumó a ese proceso de aproximación a la verdad. El golpe de Estado primorriverista interrumpió tales procederes, aunque no acabó con esas búsquedas, pues su gestor expondría una inesperada preocupación por *el juicio histórico,* y querría saber las responsabilidades dimanadas desde 1909. Falló en esa firmeza, mientras alcanzaba otra, como fue la de imponer al Ejército nuevo sentido de la maniobra, logrando terminar en 1927 la guerra de Marruecos.

El fin de la contienda no supuso el fin de las emociones nacionales. Si el régimen agravó su desarme moral con la amnistía regia de 1924 —que abrió cauces al impunismo—, el Ejército aumentaba sus fracturas, y sólo se mostraba unido en considerar el desastre de Annual como una ignominia colectiva, una culpa histórica, lo que resultó ser tan injusto como desproporcionado.

En la panorámica de los hechos coloniales, lo que ocurrió en el África alfonsina fue tan trascendente —por los cambios de régimen y de mentalidad en las instituciones militares— como lo vivido por la Francia de la IV República en Indochina (1949-54) y Argelia (1954-58), o la República salazarista en el Portugal africano (196874). En otro nivel de dislocación social y política, la conmoción estadounidense por Vietnam (1967-73). España, sin olvidar lo pasado, acabó desconociéndolo todo a fuer de ser apartada de su legítimo acceso a los documentos oficiales y también familiares. Un guarismo terrible, «1921», propiciaba el silencio forzado de las instituciones y la obligada resignación para los que vivieron el drama o sus descendientes. Pero el país conservaba un profundo sentimiento emocional hacia el ayer trágico, que se activaba al oír el nombre de «Annual».

La memoria popular se sumó así, sin proponérselo, a la conciencia profesional del Ejército, que entendía como un baldón, en su trayectoria moderna, todo lo relacionado con Annual. Y aquí entramos en la injusticia. Si hubo un desastre en la gobernación del país y en la dirección de sus ejércitos, hubo también una ejemplaridad asombrosa en el entendimiento de la dignidad parlamentaria y en la conservación del mejor espíritu de la milicia. Diputados como Alcalá-Zamora, Rodés o Solano, y aquellos otros que unían a tal condición su profesionalidad militar —Crespo de Lara, Fanjul, Lazaga, Martínez de Campos—, demostraron la categoría del Parlamento español. De la misma manera, la resistencia extrema de hombres como Amador, Arenas, Benítez, Bernal, Capablanca, Dueñas, Escribano, Manella, Morales, Paz Orduña, Pérez García, Primo de Rivera

(Fernando) o Velázquez, caídos junto a sus soldados, demostraba que, si un ejército se había perdido, el sentido de la milicia no había muerto en el Ejército español.

Muchos de ellos padecían un inmerecido castigo histórico, dado que la prolongada *vergüenza de Annual* —que fue institucional, con todas las ramificaciones personales que en este libro se estudian al detalle— les privaba de un merecido reconocimiento nacional.

En el plano de la investigación, los problemas parecieron ser insolubles cuando se abordó, en 1990, una sistemática búsqueda de documentos. La desaparición o destrucción (fortuita o interesada) de textos sobre la tragedia marroquí en los archivos españoles obligaba a otro desastre en paralelo, como era el de privar a ese esfuerzo investigador de una prudente correspondencia entre el recuerdo personal y la contundencia de los informes oficiales. En este sentido, el autor tuvo gran fortuna al encontrar, en el Archivo Maura, las transcripciones completas de las conversaciones, por vía telegráfica, entre Berenguer y el Vizconde de Eza —ministro de la Guerra en el Gabinete Allendesalazar—, que Maura, al hacerse cargo del poder en agosto de 1921, puso especial empeño en que le fueran entregadas. Junto a aquéllas se conservaban las conversaciones entre Berenguer y La Cierva. Todo este material, inédito, forma un vigoroso capital de revelaciones que se suma a otro de igual relevancia, también inédito hasta el momento: el archivo personal del general Picasso. Unido al estudio de las Actas del Congreso, y a esa parte subsistente del Expediente Picasso y ponencias fiscales colaterales a él, han permitido reconstruir la naturaleza de los hechos y facilitar su comprensión. A ello sumamos el fondo documental de la familia Manella y el notable archivo particular de Domínguez Llosa, el primero, desconocido hasta la fecha, y el segundo, muy poco divulgado.

Con estos descubrimientos se comprende bien la orfandad que había en los análisis sobre Annual y sus consecuencias. El más sólido estudio sobre los Abd el-Krim y la guerra del Rif es el de Germain Ayache, pero su trama termina en Abarrán, quedándose en puertas de la tragedia. El excelente trabajo de Woolman sobre la crisis entre España y el Rif, tampoco persevera en el conocimiento de lo ocurrido en Annual, falto de cauces donde investiga; y a su vez limitado por la magnitud de sus objetivos.

La investigación realizada ahora desvela los avatares que sufrió el Expediente Picasso, al que se añade otra pieza decisiva en la búsqueda de responsabilidades, el Suplicatorio Berenguer, que hasta ahora no había atraído la atención de los historiadores. A la par, se ha intentado conseguir una mejor definición de algunos perfiles biográficos —los de Berenguer, Picasso y Silvestre en lo militar, y los de Cambó y Maura en lo civil—, abriendo nuevas vías de estudio. Entre éstas, las relaciones entre los hermanos Abd el-Krim y los jefes españoles (Aizpuru, Jordana, Morales); las responsabilidades de una política de saqueo colonial en el Rif que derivará en el holocausto de Arruit; la política de la Francia de Lyautey ante el desastre español; las relaciones entre la España alfonsina y la Alemania de Weimar para poner en pie la fabricación de gases de guerra (fosgeno e iperita) en Melilla; la dureza de esa guerra química aérea (extendida de 1923 a 1926); los conflictos entre los partidos alternantes en el poder (liberales y conservadores) ante la guerra de Marruecos y la historia del Parlamento y de sus hombres, todavía por hacer; y la separación entre sí de los mandos del Ejército de África, y, con posterioridad, de éste con el metropolitano a partir de 1927.

Capítulo I

En el país de la guerra

Mediado el mes de enero de 1921, las unidades españolas desplegadas al oeste de Melilla iniciaron un amplio avance. Iban en pos de Alhucemas, corazón del Rif. Allí tenía que vencerse la rebelión rifeña, y allí podría acabarse la guerra de Marruecos, que duraba, con escasas intermitencias, desde 1909.

Las tropas cubrían un amplio frente. Era una sucesión de destacamentos más que de batallones completos, a los que no se podía considerar un *ejército* en el sentido europeo y moderno del término. Llevaban poca y anticuada artillería de origen francés; sus ametralladoras eran desvencijadas máquinas estadounidenses Cok; y su tropa, bisoña y poco instruida, iba provista de fusiles alemanes Máuser, que fueron excelentes armas, pero que estaban inservibles en su mayoría, pues provenían de las campañas de Cuba y Filipinas en 1895-98. Era una columna, no un ejército. Y tenía más de agrupación guerrillera que de unidad militar al estilo clásico. Ese carácter inusual se lo proporcionaba la singular imagen de sus vanguardias, formadas por gente de aspecto fiero, naturales del país: la Policía Indígena y los Regulares.

A primeras horas del 15 de enero, las avanzadas llegaron a lo alto de un monte, el Tzzumar cota escarpada de 750 metros que dominaba una inviolada y estratégica cubeta: Annual, un océano de piedras, gravas y areniscas en el que destacaba, por la izquierda y a lo lejos, una loma alargada, cubierta de árboles. Un riachuelo, en trance de agotarse. Iba hacia el centro de la hoya. El terreno ofrecía la coloración propia de una tierra marcada por una prolongada sequía. Un paredón de montañas, en amenazante círculo, cerraba el horizonte por sus cuatro costados hasta abrazarse en el Izzumar. El mar surgía al fondo.

En el estratégico mirador, los oficiales barrieron con sus gemelos de campaña el devastado panorama. Ningún enemigo a la vista. Fue dada la orden de adelante. Todos hacia la hoya. Ya venía por detrás la escolta del general. Los escuadrones y las compañías de a pie se introdujeron en el desfiladero, algunos de cuyos escarpes mostraban líneas casi verticales. Detrás de ellos fueron la impedimenta y unos pocos cañones, dando tumbos. Siguieron las reatas de carros y mulos, guiadas por los nerviosos acemileros.

El general llegó a la cima del monte. Inconfundible. Un corpachón vestido de desenvoltura y genio. Llevaba puesta la zamarra azul marino de Cazadores. Botas de caña alta, fajín rojo, con insignias de general de división, y cordón dorado con distintivo de ayudante del Rey. No llevaba condecoraciones, tampoco armas. Rotundo, desinhibido, convencido de sí mismo. Era Manuel Fernández Silvestre, tenía cincuenta y dos años y estaba decidido a acabar ese mismo año con el Rif y con la guerra.

Rodearon al general sus ayudantes y Estado Mayor. Y se le señaló el posible emplazamiento de la nueva posición: aquellas tres colinas pandeadas, en el centro de la hoya. Luego recibió la novedad: el Izzumar, desierto, sin huellas de haber sido fortificado; las montañas de los Tensaman, a la izquierda, despejadas; y las de los Beni Said, a la derecha, libres también. Hacia atrás, las vaguadas y colinas dominio de los Beni Ulixek, a los que pertenecían los terrenos en los que se asentaba el *aduar* (poblado) abandonado de Annual, aparecían, asimismo, desembarazadas de toda oposición. Las tropas seguían bajando hacia la gran hoya, la columna entera. Toda ella cabía dentro del desfiladero. Hasta el último hombre, hasta el último vehículo.

Era el sábado 15 de enero de 1921 y el ejército de Silvestre había llegado a su destino. Estaba a 106 kilómetros de Melilla por muy mala pista, y a poco más de treinta, en línea recta, de su objetivo: la bahía de Alhucemas. El Rif parecía vencido y la guerra de España con Marruecos a punto de terminar.

Dos jefes cavilan sobre lo que hace su general

Las tropas de Silvestre habían partido hacia Annual desde Zoco Innunaten, en la vertiente meridional del silencioso Izzumar[1], con las primeras luces. Más atrás quedaba Ben Tieb y aún más alejado Dar (casa) Drius, ya en la llanada del Kert. Ambos campamentos se habían acondicionado como bases de apoyo a la ofensiva en curso, que tenía mucho más de acción política que militar: entre el 5 y el 6de diciembre de 1920 se había logrado la sumisión de los Beni Ulixek, y cinco días más tarde la de los Beni Said. Los principales *chiuj* (jefes) de esta tribu, Amaruchen y Kaddur Namar, se habían inclinado ante la audacia de Silvestre, al alcanzar el general español la cima del mítico Monte Mauro —ocupado el 11 de diciembre—, montaña nunca antes hollada por hombres extranjeros. Otras tribus, como la de Bokkoia o Bocoya (así en adelante), y la de Temsaman, última trinchera tribal hacia Alhucemas, enviaban emisarios en son de paz. El Rif se estaba entregando sin resistencia.

La maniobra del avance español llegaba hasta la costa: el 12 de enero se había ocupado Sidi Hossein o Ras (punta) Afrau, espolón rocoso introducido en el mar. Y un día más tarde lo eran Mehayast y Azrú, posiciones ambas en proceso de fortificación. El altivo Ye-bel (monte) Azrú, de 1.049 metros de altitud, desolado nido de buitres situado a nueve kilómetros de Annual, quedó como observatorio retrasado de la amplia ofensiva. En la operación participaban poco más de tres mil hombres, una brigada.

Silvestre y su Estado Mayor habían salido de Melilla hacia Zoco Innunaten en varios automóviles, a las seis y media de aquella soleada y fría mañana de enero. Las tropas ya iban a buen paso hacia el Izzumar, que hacía de divisoria entre las bases españolas en Ben Tieb y Dar Drius[2], y la región de Temsaman, cerca de Cabo Quilates, en el agreste borde alhoceímico. Superar sus montes, por el altivo paso de Tizi Takariest, equivalía a descolgarse sobre la desembocadura del Nekkor, el mayor delta del norte de Marruecos. Desde allí sólo quedaba una corta carrera, dos días a lo sumo, para alcanzar Alhucemas y vencer al Rif.

El general y sus oficiales cambiaron automóviles por caballos en Innunaten y alcanzaron la cumbre del Izzumar. Eran las 10:30 horas de aquel 15 de enero. Luego bajaron despacio hasta Annual, donde empezaban a alzarse las primeras tiendas. Mientras a su alrededor se afanaban las compañías de Zapadores e Ingenieros en la construcción defensiva —tres campamentos en uno, repartidos entre las tres colinas—, Silvestre reclamó a su lado la presencia de Dávila, su jefe de Operaciones o de Campaña.

El teniente coronel Fidel Dávila Arrondo, cuya prematura calvicie le hacía distinguirse a distancia, se acercó sin prisas hasta el grupo de oficiales. Imaginaba lo que podía reprocharle su general. Dávila era un militar reflexivo, competente y detallista, que no sentía *especial* satisfacción por las ofensivas *a todo pecho* como la que estaba en desarrollo. Había nacido en abril de 1878, en un ambiente fortificado: la ciudadela de Barcelona. Y se había criado entre Burgos, Santoña, Logroño y Vitoria, típicas ciudades de guarnición: vida sin estrecheces ni despilfarros, aburrida y estoica. Hijo de militar, distinguido en el bando liberal durante la tercera guerra carlista, su madre, Irene Arrondo, le animó a seguir la misma profesión que su padre, pero añadiendo un consejo que repetía sin cesar a su numerosa prole: «Hijos, estudiad, que los libros son pan.»[3]

El joven Dávila había luchado en Cuba con dieciocho años, repatriándose en 1897 con el grado de segundo teniente, al obtener plaza en la Escuela Superior de Guerra. Dávila aprovechó esos estudios, y en mayo de 1919 era teniente coronel. En junio siguiente fue destinado a Melilla, donde

---

1 Existen numerosas acepciones de este topónimo: «Izmar», «Izzamar», «Izummart», «Yzumar», «Izumar», «Izummar» e «Izzumar», y esta última es la que hemos adoptado, por entender que se ajusta mejor a la grafía regional. Lo mismo sucede con la emblemática posición ocupada por el ejército de Silvestre, que aparece como «Anual», «Annal» o «Anal» en numerosos textos en castellano, pero que debe transcribirse como «Annual».

2 Dar Drius, junto al río Kert, y Ben Tieb, última base antes de Annual, habían sido ocupados el 15 de mayo y el 6 de diciembre de 1920, respectivamente.

3 Dávila Jalón, Valentín, Una vida al servicio de España. General Don Fidel Dávila Arrondo (1878-1962), Prensa Española, Madrid, 1978, pág. 17.

congenió bien con el comandante general, Aizpuru.

En Melilla asistió al relevo de Aizpuru por Fernández Silvestre.

De su nuevo jefe diría luego que era famoso «por sus prontos»[4]. De Dávila apreciaba Silvestre su sinceridad, a menudo brusca y ante terceros, la preparación minuciosa de la maniobra, y su sentido de la perspectiva. Mantendría esa manera de ser hasta recibir las órdenes de ocupar Annual, paso previo al ataque sobre Alhucemas. Circunspecto, más bien desconfiado, dado más al análisis que al entusiasmo, Dávila había pasado a exhibir, sin tapujos, un pesimismo notorio que tenía en Annual su argumento más persistente.

Nada más verle, Silvestre, con buen talante, le preguntó con socarronería «qué tenía ahora que decir». Dávila no se arredró, y al insistir su jefe, replicó: «Mi general, no digo yo que los pelos se me han puesto de punta, pero sí digo que me ha salido pelo a través de la calva.»[5] Aprovechando el todavía aspecto risueño de Silvestre, Dávila indicó la conveniencia de «ocupar inmediatamente Sidi Dris, si puede ser mañana mejor que pasado, y hacer en ella base fuerte».

Dávila quería asegurar al ejército la defensa desde el mar. Silvestre quedó pensativo, pero al terciar el coronel Morales en la conversación, diciendo que «eso había que madurarlo»[6], se contuvo. El general y el teniente coronel escucharon lo que tenía que decir el jefe de Política.

El coronel Gabriel Morales y Mendigutía era de origen cubano, como Silvestre. Había nacido en Sancti Spiritus (provincia de Santa Clara), el 12 de diciembre de 1866. Igual que Silvestre, era hijo de militar.[7] Provenía del Estado Mayor, y en la guerra hispano-norteamericana destacó por su combatividad en el sostenimiento de la dificilísima línea del Cauto, río que dividía el Oriente y el Centro de la isala, área de reñidos choques entre españoles y *mambises* (guerrilleros). De Cuba había vuelto, en 1899, con tres Cruces Rojas del Mérito Militar y fama de oficial ponderado y resuelto. El resto de su carrera había transcurrido en África. Fue uno de los jefes más destacados en las operaciones llevadas a cabo en el fatídico Gurugú. En esa funesta ocasión (27 de julio de 1909), la del Barranco del Lobo, le mataron el caballo; él resultó ileso de milagro en medio de un vendaval de disparos rifeños y atropellamientos de las tropas españolas, a las que supo reconducir con gran pericia. De ahí provino su ascenso a teniente coronel por méritos de guerra. Desde entonces estaba prendido de África y de todo lo marroquí. Apasionado por la investigación histórica, actuaba, de hecho, como cronista de Melilla —de ahí su obra *Datos para la historia de Melilla—,* y era miembro de la Real Academia de la Historia desde octubre de 1918.[8] Afable y discreto, hombre culto —hablaba y traducía el francés y el inglés—, dominador del árabe y del *chelja* (lengua beréber), idiomas en los que se expresaba con fluidez y amenidad, mantenía un ascendiente incuestionable sobre los jefes indígenas.

Cinco años mayor que Silvestre, Morales, a sus cincuenta y cinco, parecía tener diez o quince años más. Se le veía extenuado más que cansado y, desde luego, se mostraba escéptico. Sólo sus ojos daban impresión de viveza a un cuerpo que parecía frágil y desmadejado. Tan envejecido y de pequeña estatura —llegaba a Silvestre por el hombro—, el general parecía su hijo. Militar de prestigio, con hoja de servicios sin mácula, debería lucir los entorchados de brigadier. Y se los había ganado a pulso. Pero su carácter amable, casi cohibido, a menudo irónico y para nada ambicioso, le habían apartado de ese ascenso. Él ostentaba otro rango: el de la devoción que le profesaban los oficiales, clases y tropa encuadrada en la Policía Indígena, de la que era jefe, y a la que sumaba el respeto sincero que le mostraban los *chiuj* (jefes) rifeños, para quienes era persona estimada y a escuchar siempre. De los de mayor afecto hacia él, los Abd el Krim.

Como jefe de Política, Morales había realizado una fructífera labor de aproximación a los naturales del país. Suyos fueron los puentes pactistas tendidos a los Beni Ulixek, los Temsamam y los Bocoya, y, sobre todo, a los Beni Uariagal o Urriaguel (así en adelante), los altivos guardianes

---

[4] Ibídem, pág. 200.
[5] Ibídem, pág. 396.
[6] Ibídem, pág. 397.
[7] Sus padres eran el coronel de Infantería José Morales y Montero de Espinosa, y Ana Mendigutía Navarro. Archivo General Militar de Segovia (AGMS), Leg. M-4.104.
[8] AGMS, 1a Sección, Leg. M4.104.

de Alhucemas. España estaba en Melilla desde hacía 424 años, y no había ni tan siquiera tendido su mano al corazón de las tierras rifeñas. Morales había ofrecido la suya. Pero su general, no.

Lealtades parecidas y perspectivas diferentes

Morales presentía el peligro de introducir una columna que, sin ser un ejército, lo parecía, en la hoya de Annual. Ese golpear en un gran vacío, sin tener ninguna relación previa con quienes podrían convertirlo en una trampa mortal, le angustiaba. Morales pensaba en estas cosas mientras Dávila y Silvestre le observaban aquella mañana de invierno en Annual. Parecía el militar más viejo de España. Y es que Morales llevaba encima todo el cansancio, toda la frustración del Ejército.

Al escuchar las dudas de Morales sobre la extensión de la ofensiva, Dávila razonó que, si se había llegado hasta Annual pese «a mi opinión adversa», al menos que se realizase lo más consecuente: enlazarla con Sidi Dris y en operación que estimaba «urgentísima». El hecho mismo de llegar a Annual seguía siendo, para él, «un motivo de grave preocupación»[9]. Silvestre zanjó la discusión haciendo varios comentarios, entre mordaces y humorísticos, sobre el pudor operativo de sus subordinados, reafirmándoles su voluntad de seguir adelante. Hasta Alhucemas.

Un capitán de Infantería y gran fotógrafo, Carlos Lázaro Muñoz, tomó diversas instantáneas del momento.[10] Bajo la cortante luz del mediodía invernal rifeño, de pie sobre una de aquellas tres colinas de Annual, inmortalizará a los protagonistas[11]: Silvestre, el más corpulento, señalando un punto inconcreto, hacia el Oeste; a su lado, Navarro, segundo en el mando; detrás, el capitán Sabaté, tan alto como Silvestre, jefe del Estado Mayor de la columna; por delante Dávila, con aspecto un tanto abatido, y al lado Morales, el primero de esta línea de jefes, dirigiendo su mirada arriba, hacia el Izzumar, absorto, sopesando probabilidades y desafíos.

Tras tornar un pequeño refrigerio —el agua de Annual no parecía tan salobre como se suponía—, el grupo se dispersó. Eran las dos y media de la tarde. Una hora después, el grueso del *ejército* salía de Annual, donde sólo permaneció una guarnición. Las tropas volvían a Ben Tieb, campamento base.

Dávila y Morales no solían ser muy comunicativos entre sí. Ante los hechos consumados en Annual, quedaron sometidos a una continua tortura intelectual. El atrevimiento de la operación en marcha no les hacía olvidar que eran responsables subsidiarios de lo que allí ocurriese. Dávila guardó para sí sus cuitas. Morales, no, y las pondría por escrito más adelante.

Morales quería y respetaba a su general. Su edad y su experiencia hacían Que le mostrase un afecto paternalista y sincero. Dávila sólo le respetaba por su rango, nada más. Era leal con el comandante general, pero con el cargo, no con el hombre. Años después, al tener que declarar ante la Comisión de Responsabilidades, dirá de Silvestre que «su capacidad militar se cimentaba sobre bases muy frágiles». Y llegó entonces (16 de agosto de 1923) a precisar que Silvestre «era un ídolo que tenía no los pies de barro, como vulgarmente se dice, sino de arena, modelados por la suerte, que siempre le acompañaba»[12].

Silvestre tenía otra vara de medir. Generoso como era, unos días antes de la ocupación de Annual, el general había convocado una Junta de Jefes en Melilla, a la que asistieron los jefes de Cuerpos y también los de Columnas, más su Estado Mayor al completo. Sin dudarlo, Silvestre expuso, en primer lugar, la justicia de ascender al teniente coronel Dávila, quien se consideró

[9] Dávila Jalón, V., op. cit., pág. 397.
[10] AGMS, 1a Sección, Leg. L-440.
[11] Los originales de «Lázaro» destacan de la floresta de informaciones gráficas generadas por las campañas de Marruecos. Exponen decisión, rigor en el encuadre y amenidad castrense, pues en sus pies de foto, escritos al dorso de las pruebas, figuran expresiones que sólo un militar avezado emplearía. En 1996 encontré, en las páginas de *El Sol,* la mención a un tal «comandante Lázaro», presente en la reocupación de Xauen (en 1926). Pensé que sería él, pero sin saber su segundo apellido me pareció casi imposible encontrarlo en el Archivo de Segovia. Juan Díez fue más persistente en la búsqueda y a él debo la filiación completa de Carlos Lázaro Muñoz, que llegaría a general.
[12] Dávila Jalón, V., op. cit., pág. 201.

«sorprendido por la propuesta»[13]. Silvestre firmó esa promoción de Dávila, al rango de coronel, el 1 de febrero siguiente. En esa misma Junta, Silvestre, con afectuosa decisión, propuso a Morales para su ascenso a brigadier, reconocimiento que tanto le había tardado en llegar, pero que nunca recibiría. De los tres hombres, Morales era el único que conocía el Rif y a sus gentes. Por su historia y por el trato diario. Siendo el más entendido, tenía el consejo pero no la decisión. Quería a Marruecos de corazón.

Geografía y supervivencia de una tierra insumisa

El término españolizado de *Marruecos* provenía del nombre de la ciudad de *Marraquech,* a su vez, derivado del árabe *Marrákus,* que significa «pasar deprisa, pero con sigilo»[14]. Ese concepto de lo sigiloso, lo hermético, lo sorpresivo, concordaba con la idea de Magrheb o *magríb,* que, proveniente de la raíz árabe *garab,* expresa una idea de «lejanía», de misterio.

Marruecos representa una idea de separación, casi de desprendimiento: *Maghreb el-Aksá* (el Extremo Occidente). Marruecos, en su septentrión geográfico, estaba dividido en cinco principales espacios caracterizados por peculiaridades sociales, económicas y políticas:

—El País *Yebala* al Oeste (triángulo Tánger-Tetuán-Xauen).

—El País del *Lucus,* al sur del anterior (área Arcila-Larache-Alcazarquivir), también denominado *Garb.*

—El País *Gomara,* a continuación de Yebala y hacia el Este.

—Er Rif (borde, frontera), en el centro del conjunto, masa donde se alzaban las mayores montañas —el Tidiquín, de 2.300 metros de altitud—, que permitían en su flanco oriental la constitución de una gran cubeta semidesértica (Annual).

—Y el País *Senhaja* o Senhaya, donde se insertaban los montes del Rif central y occidental, antes de alcanzar su límite meridional, el Uarga. El Yebala era la región más fértil y el Rif la más árida. Las áreas comprendidas entre el Muluya y el Lucus definían el Oriente y el Occidente del Protectorado español. Setenta y una *khabilas* o cábilas —españolización del árabe *qabila* (tribu)[15]—, poblaban estos territorios.[16] Eran, junto a los eritreos, los mejores guerreros de África sin discusión.

Por demostración de legitimidades religiosas provenientes de las respectivas familias de *awliya* (santones); por riquezas agrícolas o tributos económicos impuestos a las tribus más débiles; y por exhibición de notorias capacidades militares para hacer frente a cualquier invasor y hacerlo con éxito, dos de esos cinco espacios se imponían a los demás: el País Yebala y el Rif. Uno cubría todo el Oeste y el otro todo el Este. Los dos formaban un triple centro: antropológico, cultural y político (de ahí la expresión de *rifeño-yebalíes* utilizada para identificar a la generalidad de los pueblos normarroquíes).

Del viejo *maurus* latino, antes de ser islamizado, los españoles habían hecho el popular *moro,* que así quedó para el gentilicio, mientras sobrevivía el término de *Mauretania* en la toponimia regional. Moros para los españoles, *maures* para los franceses, moor o *moorish* (moruno) para los británicos, los rifeño-yebalíes tuvieron que hacer frente a una doble invasión europea, pero esa formidable perturbación no logró alterar sus modos de vida.

El espacio normarroquí se elevaba sobre las tierras y mares circundantes como lo que era: un espacio fortificado por la naturaleza y amurallado por la resistencia de sus gentes. Tierra

[13] Ibídem, pág. 369.

[14] Sánchez Díaz, Ramón, «Marruecos», en Revista de Historia Militar, año XXVI, SHM, Madrid, 1982, n° 53, págs. 151-173.

[15] Bonmatí, José Fermín, *Españoles en el Magreb*, *siglos XIX y XX.* Mapfre, Madrid, 1992, pág. 244. Hay que hacer constar que el término qabila (tribu) se presta a confusión, pues cada gran tribu estaba compuesta, a su vez, de diferentes cábilas o fracciones, que es como deberían denominarse. En el texto utilizamos el denominador «cábila» en este sentido, aunque no sea el correcto, para evitar disgresiones.

[16] En la división, por cábilas, nos atenemos a la realizada por Tomás García Figueras, en su obra Marruecos. La acción de España en el Norte de África, Ediciones FE, Barcelona, 1939.

abarrancada por la erosión, batida por los vientos excepto en sus recónditos valles de montaña, mostraba casi imposibles accesos por el mar en su zona central (Rif), y, en general, ofrecía una convulsión orográfica permanente. Todo ello conllevaba una radical compartimentación del territorio. Los mundos atlánticos (Tánger, Arcila y Larache) y su prolongación interior hasta Tetuán y Xauen eran, en invierno y primavera, tan opuestos a los rifeños (Targuist, Drius, Nador) como un jardín a una estepa. En el ardiente verano, todo se igualaba.

En el País Yebala, el cambio de estación aliviaba la hostilidad de una tierra cruel con el hombre. En el Rif, esa crueldad era constante, sin ninguna pausa estacional, con excepción de los meses de diciembre a febrero, en los que un leve verdor amansaba la dureza del paisaje. En el Rif se nacía para resistir y se vivía para luchar.

Desnuda de una hidrología equilibrada —los grandes desniveles y las prolongadas sequías provocaban arrasadoras riadas, que erosionaban los parcos niveles edafológicos (suelos)—, país en donde encontrar un acuífero equivalía al hallazgo de un gran tesoro, la tierra normarroquí entregaba sus pocas bondades a sus pobladores autóctonos. Esta *indisciplinada* región en lo geográfico se caracterizaba por su insumisión política a todo poder extranjero, fuese africano o no. Él territorio estaba poblado por algo más de medio millón de habitantes.[17]

Esta cornisa norteña se correspondía, en el uso tradicional del islamismo político, como *Bled es-siba* (territorio sin ley ni orden), un espacio habitado por la anarquía. De otras regiones del hábitat beréber —Alto y Medio Atlas—, siendo tierras de lucha, se decía que eran territorios *Bled es-Makhzen* o *Majzen,* sometidos a la plena autoridad del Sultán —reinante en Fez—. Mas teniendo en cuenta que ese orden era dictatorial cuando no ilegítimo, Marruecos era todo él un *país siba.* Ese desorden era relativo, pues no atentaba contra las libertades de las tribus y las de sus miembros; se resumía en el concepto de *Ripublik,* que podría traducirse como «anarquía democrática», conforme a las mejores tradiciones y constantes empeños del Rif histórico.

Los hombres del norte vivían desde hacía siglos de la guerra. Las armas de su supervivencia eran el coraje, la astucia y la destreza en el combate. De sus campos, que les eran hostiles, recibían lo justo para alimentarse si las nubes no se mostraban esquivas. Tenían turnos para los riegos y se relevaban en el uso de las *gársat* (huertas), donde sembraban y recogían cebollas, garbanzos, habas, pimientos, tomates y zanahorias.

No volvían la espalda a lo que el mar podía darles, pero su pesca, aunque hábil, era rudimentaria, poco productiva. Sobre todo cazaban. Utilizaban un palo largo, de aspecto intimidante, el *r-metrag,* que ataban con alambre de cobre y que arrojaban, con gran fuerza y pasmosa puntería, contra sus objetivos, ya fuesen pájaros, liebres o conejos.[18]

Con un fusil en sus manos podían acechar, durante dos o tres días, alimentándose de frutos secos o cecina (carne salada), esperando a que pasara bajo la mira de su arma el intruso o el enemigo jurado. Con sus pesados Remington —los fusiles que España llevó a la guerra de Melilla de 1893—, podían acertar en la cabeza de un hombre a doscientos metros y alcanzarle en alguna parte del cuerpo a distancias de hasta ochocientos metros, calculando, con rara habilidad, la caída del proyectil (un metro o más) y la deriva del viento.

Del arma que les hizo célebres, el Remington —calibre de 11 mm, cuya munición provocaba espantosas heridas— venía el sonido, característico de los grandes fusiles: *pa-cumm.* Del mismo se derivó el onomatopéyico *paco* (tirador emboscado) o *pacazo* (impacto sufrido por la víctima). Sin embargo, casi nunca utilizaban el fusil en la caza: los cartuchos eran muy costosos.

Cultivaban los cereales, trigo y cebada, sobre todo esta última, de la que hacían ricas tortas y un sabroso y nutritivo pan. Como guerreros que eran, el campo les atraía sólo lo necesario para subsistir. Le dedicaban no más allá de tres o cuatro meses de atención, volcando su mayor empeño en

---

[17] Germain Ayache, en su obra *Les origines de la guerre du Rif,* SMER, Rabat, 1981, pág. 80, habla de «600.000 pobladores», mientras que Nestor Gambetta, en la suya *—España en África,* Talleres de la Prensa, Lima, 1928, pág. 37—, expone estadísticas de 1917 que arrojan estos resultados: Zona francesa, 3.500.000 habitantes; Zona española, 404.000; Zona Internacional de Tánger, 60.000, y total para todo Marruecos, 3.964.000.

[18] Blanco Izaga, Emilio, *Coronel en el Rif.* Recopilación y notas por David M. Hart, Seyer, Málaga, *1995,* págs. 237 y 238.

el *xéyra* (árbol) que, dado el clima que soportaban, tenía casi carácter de planta milagrosa para ellos. Eran expertos podadores, injertadores y fertilizadores de sus escasísimas masas arbóreas. Cosechaban con primor la aceituna —en las vertientes montañosas— para extraer el, para su modo de vida, fundamental *zit* (aceite).

El olivo, el almendro y la higuera eran sus árboles más apreciados. Buenos apicultores, extraían riquísima â*sel* (miel) de sus ámbitos de montaña. Cultivaban la vid *(dâlia),* pero sólo para disfrutar de sus *ainabt* (uvas), sin extraer el vino, prohibido por la *Sharia* o Ley islámica, también contraria, y de forma radical, al uso de la denigrada carne de *hal-luf* (cerdo). De la vid guardaban la *zbíba* (pasa), uno de los pilares de sus manjares de invierno, dominados por los frutos secos.[19]

La sequía —y el hambre— les amenazaban siempre. El Rif arrastraba seis años —de 1915 a 1920— sin lluvias suficientes para sembrar y cosechar con garantías, y en 1917 esa carencia había sido de tal magnitud que ni una mísera cosecha de grano pudo recogerse.[20] Los acuíferos no se habían recuperado y los terrenos estaban convertidos en un homicida secarral. Del prolongado estiaje sólo levantaban cabeza la *gaba* —matorrales tupidos, muy resistentes al agostamiento, capaces de alcanzar una altura de dos metros, verdaderos *parapetos* de montaña—, y otras presencias agresivas: escorpiones, langostas y víboras. La reseca primavera de 1920 provocó lo irremediable: una cosecha muerta antes de nacer. Los precios de los alimentos subieron y la desesperación de las cábilas aumentó.[21] Al llegar Silvestre a Annual, la hambruna se le había anticipado.

En el otoño anterior, los españoles habían conquistado Xauen (14 octubre 1920), la ciudad santa del norte de Marruecos. Sin duda para compensar esos males, el cielo había abierto sus brazos lluviosos sobre el Rif. Pero los *esbaniúli* (españoles) estaban ya en Annual. Otro asalto del general de los bigotes y el Rif quedaría sometido. Se estaba en el quinto mes del calendario musulmán. Era el 15 de *Yumada el úl* del año de 1339 después de la *Égira* —la huida del Profeta a Medina (16 de julio de 622)—, y el Rif estaba hambriento, solo ante un gran enemigo.

Unas gentes indomables: los hombres del norte

Para la mentalidad hispana, los habitantes del sur del Estrecho seguían siendo *moros* antes que otra cosa. Ya en tiempos fenicios se conocía a la fachada que daba al Atlántico con el nombre de *Mahur,* que derivó en el latín *maurus,* cuando Roma hizo de la *Mauretania Tingitana* (Marruecos) y de *Numidia* (Argelia) sus graneros estratégicos. Los cincuenta mil vándalos de Genserico acabaron con esas energías en 427 y, falta de ese sostén, Roma se desplomó en 476. Para Pirenne, aquél había sido «él golpe decisivo»[22]. Desde entonces, Marruecos era tierra hostil a Europa.

Un complejo sistema de alianza intertribal, *liff* o *leff* (así en adelante) mantenía unidos a unos grupos de tribus y, a la vez, los predisponía a enfrentarse con otros.[23] Las familias se agrupaban en clanes, y éstos, a su vez, en las cábilas, que tenían un *qâ'íd* o kaid (así en adelante), como su jefe político y militar. Las normas para el uso de las tierras y de las aguas se regían por un *haqq* (canon)

---

[19] Estos términos están tomados del *árabe marroquí.* Para ello utilizamos la obra del franciscano y erudito José Lerchundi, en su *Vocabulario Español-arábigo del dialecto de Marruecos,* Tipografía Hispano-Arábiga de la. Misión Católica, Tánger, 1932, 856 páginas. Para los relativos al chelja o *xelha,* el estudio de Blanco Izaga y el de Gabriel Delbrel, *Geografía general de la provincia del Rif,* prólogo del general Francisco Gómez Jordana, Imprenta del *Telegrama del Rif,* Melilla, 1911, 178 páginas.

[20] G. Ayache, op. *cit.,* pág. 243 y 291.

[21] El mismo Silvestre, en sus informes mensuales a Berenguer, advertía de ese desespero de las gentes del Rif en estos términos: «La población indígena sufre espantosamente por el hambre.» Servicio Histórico Militar (SHM), Cuartel General de la Comandancia de Melilla, 1920, carpeta 28.

[22] Pirenne, Henri, *Mahoma y Carlomagno,* versión española de Esther Benítez, Alianza Editorial, Madrid, 1979, pág. 26.

[23] Sobre estas cuestiones étnico-sociales, véase, HART Montgomery, David, «An Etnography Survey of the Rifian Tribe is Ait Waryaghar», en *Revista de Estudios Marroquíes,* año II, Tetuán, 1954, págs. 51-86. Los Ait (pueblo de) Waryaghar son los Beni Urriaguel asentados en la región de Axdir (Alhucemas).

adecuado a sus necesidades y costumbres.[24] El *urf* (derecho consuetudinario) regía el conjunto. Desde las costas tangerinas al mar de Chafarinas, en el septentrión marroquí se vivía como en un campamento militar donde la mística era la disidencia ante todo poder extranjero y la libertad tribal hacía de bandera.

Ante cualquier intromisión foránea se activaban las garantías defensivas del *leff.* Las *yemáa* (asambleas, concejos) eran convocadas; las secciones —subdivisiones de las cábilas por clanes, denominadas *tajammast* (quinto), *rbaa* (cuarto) o *farqa* (subfracción o cantón)— movilizadas; y todos iban a las armas, en conjunción de familias bélicas.[25] La lucha sólo acababa cuando el adversario quedaba tendido sobre el suelo. En el Rif no había ninguna diferencia entre enemigos vencidos o enemigos muertos.

Eran musulmanes, mas nunca fanáticos de su credo. Profesaban una emotiva y constante devoción a cada una de sus *zawiya* (plural: *zwawi)* o cofradías religiosas. Y manifestaban una firme veneración a sus santos *(imrabdhen* en chelja), que los españoles denominaban *morabitos,* por derivación del árabe *murabitin* (plural de *murabit).*

Tenían grandísimo respeto a los *yennun* (duendecillos), residentes en los grandes árboles, peñascos aislados o fuentes escondidas. A ello añadían un cuidadoso amor a los animales, en especial hacia los gatos, especie que les fascinaba.

Apoyaban sus convicciones en los cinco pilares *(arkân)* del Islam: orar cinco veces al día *(salât)* —la ablución *(wudhû)* estaba implícita en la oración—; ayunar en el mes de Ramadán *(siyâm);* pagar la limosna *(zakât)* a los pobres; cumplir la peregrinación *(hayy)* a La Meca una vez, al menos, en la vida; y asumir siempre la creencia en un Dios único (Alá) del que Mahoma es su Profeta, acción moral resumida en la *sihâda* o testimonio. En otro nivel surgía la J*ihâd:* el esfuerzo supremo. Es un compromiso absoluto, bífido pero complementario: la *jihâd akbar* o ascesis (triunfo personal sobre el defecto), y la *jihâd asgan* o martirio en el combate sagrado contra el enemigo infiel.[26]

Su afecto hacia las personas de edad era tan leal como prolongado. El anciano, cuidado con solicitud hasta el fin de sus días, actuaba como venero inagotable de sabias experiencias, que se atendían como clases magistrales por toda la familia, y a quien se le debía no ya la vida, sino el orgullo de pertenecer a la *tarfiqt* (plural: *tarfiqin),* resumen del fundamento patrilineal y patrilocal del Rif, honor que luego se ampliaba en el apellido tribal común: los *Beni* (hijos de) o *Ait* (pueblo de).

Unían sus familias en matrimonios pactados. El ritual de peticiones y dotes se establecía con una contabilidad tan severa como pragmática.

En aquel entonces, si la novia era virgen, el marido disparaba su triunfante fusil ante la expectación del poblado. Si el ruido del disparo no llegaba durante la primera noche, turbias amenazas de conflicto se cernían sobre ambas familias. Al casarse, la mujer se iba a vivir con la familia del marido, y esa familia extendida *(yaygu)* ampliaba lazos y seguridades en caso de ofensas. Cada hombre, al casarse con mujeres distintas, formaba *ramas* diferentes, de las que él era un único e indivisible tronco.

El beréber era monógamo por naturaleza. Pocos *se* beneficiaban de la permisividad del *Koran* o Corán (así en adelante) para tenerhasta cuatro mujeres. El País Yebala y el Rif eran pobres y escasos eran los hombres que podían permitirse tales lujos sociales. El rifeño-yebalí aprovechaba los mandatos del Libro Sagrado para descargar en la mujer las labores que consideraba menos importantes, aunque no fuesen éstas las menos pesadas: acarreo de leña, atender los animales domésticos, cultivar las huertas, recoger las cosechas, cuidar de la tasa, educar a los hijos. De casa afuera, la mujer no era nada y nadie debía mirarla, so pena de muy grave afrenta. De casa adentro, la mujer lo era todo, pero nadie podía mirarla si su marido no lo consentía. Y no acostumbraba a

[24] Blanco Izaga, E., *op. cit.,* págs. 275-421.

[25] *Tajammast* («*quinta* parte») significa una sección política rifeña para Blanco Izaga (pág. 80). Su equivalente al árabe *jums* (quinto), que recuerda Hart (pág. 163), se ajusta bien a la subdivisión de los Beni Urriaguel en *tijammasin* («quintas partes»). Otras tribus no tienen ni esa dimensión ni tal complejidad social. En consecuencia, conviene utilizar la idea de *ar-rbaa* (cuarta parte), común al resto del Rif (pág. 165).

[26] Conversaciones con Soha Abboud Haggar, agosto 1998.

consentirlo nunca.

Las disputas solían empezar por los motivos más fútiles y podían derivar en verdaderos holocaustos familiares. Por la muerte de un perro, dos *tarfiqin* (familias) de los Ait Aabdalah habían entrado en guerra de exterminio. Al coste de cuarenta y dos hombres muertos por una parte, y otros sesenta y dos en la otra, la sanguinaria pelea sólo acabó cuando no quedaron con vida más que los ancianos, las mujeres y los niños. Los supervivientes de la *tarfiqt* vencida tuvieron que abandonar el Rif.[27] No pocos rifeños, como consecuencia de luchas semejantes, habitaban en otras regiones marroquíes. Muy raramente solían regresar a su lugar de origen, pero no guardaban odio alguno al Rif, tierra sin perdón.

No dudaban en quedarse sin nada que comer si con ello satisfacían su orgullo de clan al entregar lo mejor que tenían en sus parcas despensas al invitado, aunque éste fuese su enemigo. Pero al día siguiente, incluso la misma noche del banquete, no le reconocerían como amigo. Jamás se perdonaba al ofensor. Devolver golpe por golpe era la divisa del Rif. El que agredía a un rifeño sabría, más tarde o más temprano, a qué atenerse[28]. Para la venganza, el tiempo no contaba. Se limitaban a esperar su oportunidad. Llegada ésta, no perdonaban.

Las gentes del norte se consideraban a sí mismas *imazigen* («pueblo»). La lengua beréber hablada en el ámbito normarroquí y conocida como *chelfa* tenía profundas sintonías con el concepto de *tamazight,* cuyo plural *tamazighen* («gentes libres») exponía su divisa personal y también su escudo moral contra sus enemigos, en defensa idéntica a la practicada por sus hermanos culturales, los habitantes de la Kabylia (Argelia).[29] Respetuosos de esa raíz, no comprendían el uso de la prisión —les indignaba la privación de libertad— para castigar los delitos de gravedad. Las culpas se ventilaban cara a cara y con las armas en la mano. No había cárceles en el Rif.[30]

Sobre un total aproximado de cuatro millones de marroquíes en 1921, los beréberes puros podían ser 1.750.000 y los beréberes arabizados otro millón; quedando el resto como «árabes de origen»[31].

Como resumen, Marruecos era la tierra rebelde por antonomasia, y el introducirse en ella le estaba tan vedado al Sultanato como al confiado colonialismo hispano-francés.[32] Dentro del ámbito norteafricano, el Rif y Yebala eran la *rebeldía dentro de la rebeldía,* la insumisión suprema, constante e irreductible.

Una familia de Axdir: los Abd el-Krim

De entre los rifeños destacaban los *Ait* (Gentes de) Waryagar, también conocidos como *Beni* (Hijos de) Uariagal o Urriaguel (así en adelante) asentados en el área alhoceímica. Tierra adentro destacaba una aglomeración, Axdir. No podía considerarse una villa *(mdina)* o pequeña ciudad, puesto que carecía de esa identidad al no estar amurallada y ser pocos sus habitantes: apenas un millar. El resto de la cábila, unos cuarenta mil pobladores, estaba repartido por las vaguadas, altozanos y montañas próximas. Un río solemne de nombre, el Nekkor, aunque de caudal muy irregular —arrasador en alta primavera y medio seco en verano y otoño—, abría su delta en la gran bahía de Alhucemas. Nadie les había vencido en trece siglos.

---

[27] Blanco Izaga, op. *cit.,* págs. 72-77.

[28] Jamous, Raymond, *Honneur et baraka. Les structures sociales traditionnelles dans le Rif, Editions* de la Maison des Sciences de l'Homme, París, 1981, págs. 65-97.

[29] Grandguillaume, Gilbert, *Arabisation et politique linguistique au Maghreb,* Maissonneuve, París, 1983, pág. 13. Las otras lenguas beréberes son de una gran riqueza: el *shleuh,* en el sur de Marruecos (Alto Atlas); el *chauia,* en el Aurés argelino; el *mzabí* (por el Mzab, región occidental de Argelia, caracterizada por su sentido democrático de la vida), y el *tuareg,* ya en el profundo Sáhara. Lo que quedaba de dialecto beréber en Túnez se manifestaba en la región de Médenin.

[30] Blanco Izaga, Emilio, y notas de Montgomery Hart, David, op. *cit.,* págs. 217 y 234.

[31] Datos ofrecidos por Harris, Walter 5. en *France, Spain and the Rif, Edward* Arnold, Londres, 1927, pág. 21. Se ofrecen como simple orientación, pues fueron muy discutidos. En la actualidad, sobre una población beréber estimada, para el Magreb, en torno a los veinte millones, la mitad se hallan en Marruecos.

[32] Woolman, David S., *Abd el-Krim y la guerra del Rif,* versión castellana de Margarita Gratacòs, Editorial Oikos-Tau, Barcelona 1971, pág. 45.

Los Beni Urriaguel empezaron a islamizarse tras pasar por su flanco sur Oqba ibn Nazi, en aquella épica retirada hacia el Oriente magrebí en 683 —tras alcanzar las aguas tangerinas el año antes—[33], para luego ser copado en las cortaduras de Tahuda (cerca de Biskra, noroeste de Argelia), donde aquel *Roland* islámico cayó con todos los suyos. Otra convulsión próxima, la fundación de *Madinat Fes* (ciudad de Fez) por Idris I, primer monarca independiente de Marruecos en 789, no les interesó. Y algo mucho más cercano, la creación del Principado del Nekkor, en 726, por un aventurero oriundo de Yemen, Salih ibn Mansur al-Himyani —autonomía aniquilada en 1084 por los almorávides de Yusuf ibn Tashufin[34]—, tampoco les inquietó. Grandes fuerzas —almorávides, almohades, benimerines, omeyas, saadíes, alauís— pasaron por sus costados, torrentes de ideologías llameantes que ni inmutarlos lograban. Todas ellas envejecían ante la eterna juventud bélica del Rif.

Entre los beniurriagueles destacaba una familia, los Abd elKrim, originarios de Axdir. El padre —nacido en 1860— había sido un respetado *cheij* (notable), que, pese a mostrarse enemigo de loseuropeos, decidió que sus dos hijos, Mohammed el mayor, y Mhammed o Mhamed (así en adelante), el segundo, estudiasen con los colonizadores que entendía *menos malos:* los españoles. Mohammed había estudiado en Fez y luego en Melilla. En ambos lugares con aprovechamiento. Como su hermano Mhamed, dominaba la lengua española casi a la perfección. Ambos poseían una bella caligrafía y hablaban el castellano con escaso acento.

El coronel Morales conocía bien al padre y al hijo mayor, con quienes se carteaba con regularidad. El jefe del clan, Si (o Sidi, «Señor») Abdelkrim el Khattabi —derivado de *Ait* (pueblo de) Khattab, enfrente del Peñón de Alhucemas—, tras cursar estudios musulmanes, actuaba como *faqih* (especialista en Derecho islámico, con categoría de juez), que equivalía a «consejero» y «árbitro» en las disputas tribales. Siendo uno de los indiscutibles *izdifen* (jefes), con asiento en la *yemaa,* era también uno de los *imqranen* (grandes), representantes elegidos para las asambleas por su prestigio y con funciones de entender la ley musulmana y hacerla respetar.[35] En torno a 1894, en el último año del reinado del noveno monarca alauí, Muley Hassán, había sido nombrado kaid, equivalente a jefe, pero en el sentido de «juez político»: representante del Estado. Su primogénito, Mohammed, adoptaría más adelante el sobrenombre de *El Khattabi.* Sus leales se lo otorgarían con interesado cálculo político, pues dicho apelativo poseía connotaciones de relación genealógica con uno de los primeros califas —Omar, *compañero* del Profeta—, haciendo así de Mohammed Abd el-Krim un óptimo aspirante político-religioso a la categoría de *sultán* o emir del Rif.[36]

Mohammed Abd el Krim El Khattabi era un hombre recio de complexión, de mediana estatura, fuerte, de rostro ovalado, con tendencia a mostrar papada, de aspecto casi vulgar aunque de conversación amena, culta e incisiva. Poseía una mirada persistente, directa, incómoda. Había nacido en 1882, también en Axdir, frente a la bandera española que ondeaba en el Peñón que conquistara Andrés Dávalos en 1673. Su padre había hecho grandes esfuerzos económicos para enviarle a cursar estudios a la *madrasa* (escuela superior) de Fez. Y lo mismo había hecho con el segundo hijo, Mhamed, para quien había previsto que se licenciara en Ingeniería de Minas, carrera que cursaba en Madrid. Este esfuerzo quedaría roto a mediados de 1919, al fracasar los convenios existentes entre los Abd el-Krim y los generales españoles.

De Madrid había vuelto Mhamed dos años antes de la ocupación de Annual, con la carrera inacabada, aunque dejando detrás serias referencias de estudiante aplicado y servicial. En cuanto a Mohammed, a su condición de profesor de chelja en la Escuela para Indígenas de Melilla (a partir de 1908) había unido su nombramiento como *kadi koda* (juez de jueces) en 1914, con plena jurisdicción sobre los asuntos indígenas. Por si fuera poco, Cándido Lobera, el fundador y director del diario *El Telegrama del Rif,* le había nombrado redactor-jefe de las páginas en árabe de su periódico. En julio de 1911, coincidiendo con la crisis prebélica en Europa por la llegada a Agadir del desafiante cañonero alemán. *Panther,* Mohammed había escrito duros artículos contra la política

[33] Laroui, Ahmed, *L'histoire du Maghreb. Un essai de synthèse,* Maspero, París, 1970, págs. 76-78.
[34] Notas de Montgomery Hart a la obra de Blanco haga, op. *cit.,* pág. 225.
[35] Blanco Izaga, E., op. *cit.,* pág. 137.
[36] Ayache, Germain, *Les origines de la guerre du Rif,* op. *cit.,* pág. 169.

de París en un complaciente y antifrancés *Telegrama.*[37] Sidi Abdelkrim, quien deseaba que sus hijos dispusieran de su mismo ascendiente sobre las gentes de Axdir, podía estar satisfecho. En 1921, apenas quedaba algo de ello. Se trataba de simples posibilismos enlazados con una vieja cadena de agravios, frustraciones, amenazas y desquites. Los Abd el-Krim, amigos de España, se sentían amargados y acosados. En su propio feudo, Axdir, eran despreciados por unos e ignorados por otros debido a sus persistentes aproximaciones a todo lo español. Y sin respeto de los clanes, ningún notable podía sobrevivir en el Rif. Al ocupar Silvestre Annual, su capacidad de maniobra se redujo a una mínima expresión, pues su ascendiente sobre la tribu se quebró. No podían aspirar a su liderazgo, ni militar ni político, sin un hecho dignificados, clamoroso, la guerra o una paz justa que les mantuviese independientes y dueños de sus bienes. Esa vía, por estrecha que fuera, pasaba por el jefe de Política de Silvestre y mando supremo de la Policía Indígena.

Aizpuru y Morales, inteligencia española emparejada

El coronel Morales sabía bien quién conseguía las victorias en Marruecos para España: los rifeños adictos a él, que no a su bandera. Morales veía el estado desastroso de la tropa española: mal entrenada, mal acomodada a la naturaleza despiadada del terreno; enferma; agotada por las marchas; minada por la abulia; falta de moral; sacrificada en vanos esfuerzos; propicia al aturdimiento ante cualquier imprevisto. El coronel reconocía que el único *ejército español* que operaba en el Rif era el suyo, la Policía Indígena y los Regulares. En enero de 1921, España guerreaba en África por *delegación.*

La costumbre era hablar de la fuerza propia o del contrario medida en *fusiles:* cada arma larga representaba un combatiente. Beni Urriaguel disponía de seis mil *fusiles:* seis mil hombres armados y bien dispuestos a la lucha. Todos sabían pelear. Al arma blanca o con el fusil. Ninguna otra cábila de Marruecos exhibía, por sí sola, semejante poderío. Ni siquiera España poseía su fuerza.

Luis Aizpuru Mondéjar se caracterizaba por ser precavido, previsor y respetuoso en todo cuanto se refería al Rif, conocedor de su fortaleza geográfica y militar. Hablaba el chelja, lo que le ayudaba a asimilar la dimensión del problema. Había llevado, con mano recia y a la vez flexible, la Comandancia de Melilla desde la primavera de 1915 hasta el invierno de 1920. El testigo lo había recibido de Francisco Gómez Jordana al pasar éste a Tetuán como Alto Comisario en el relevo, oscuro y dramático, del general Marina por el turbio asunto Sidi Alkalay. En cinco años hizo una labor inmensa. Que se perdió en cuanto Berenguer decidió reinar en Tetuán y Silvestre mandar en el Rif, sin contemplaciones ambos.

Aizpuru se encontraba en Madrid cuando Annual fue ocupado. Enjuto, de andar resuelto y pensamiento rápido, este ferrolano de sesenta y cuatro años (en 1921) había tenido a la Comandancia melillense sometida a permanente movilización. Analítico, detallista y honesto, dotado como pocos para la estrategia y dado a solventar impedimentos rutinarios sin que le temblase la mano, era un político formidable: el mejor de España en África. Y estaba sometido a humillante desempleo. Siempre consideró el avance frontal sobre Alhucemas —vía Annual—, como un plan descabellado. Lo había aprendido de Jordana.

Mientras Aizpuru pedía consejo a Morales y solía seguir sus orientaciones, Silvestre hacía lo contrario: le escuchaba, pero no atendía sus recomendaciones. Silvestre, unido a Morales, hubiese sido fuerza tan razonable como incontenible.

Annual: España entraba en tierra enemiga declarada

Morales conocía bien que el primogénito de los Abd el-Krim, Mohammed, estaba resentido con España. El origen provenía de su reclusión en el penal melillense de Cabrerizas Altas, acusado de mantener él, y su padre, Sidi Abdelkrim, tratos conspirativos con agentes turcos llegados a Axdir en

[37] *Ibídem,* pág. 182.

noviembre de 1914. En plena Gran Guerra, tal acusación no era de extrañar, pues la mayoría de los notables musulmanes, desde Egipto hasta Marruecos, profesaban abiertas simpatías hacia Turquía y Alemania, potencia esta última que entendían capacitada para derrotar a Francia y así provocar el fin del poder colonial europeo sobre el Magreb. España, sola, no aguantaría.

El propio Aizpuru estaba al tanto del detalle de la presunta conjura por un minucioso informe que le había facilitado el capitán Vicente Sist, jefe de la Oficina de Policía Indígena en el Peñón de Alhucemas. En realidad, la conspiración rifeña quedaba en simple admiración hacia los Jóvenes Turcos, el partido de Enver Pachá, deseoso éste de lograr un ámbito musulmán unificado contra los aliados, lo que podría derivar en un freno al colonialismo español en Marruecos. Una barrera, no una expulsión por la fuerza. Un *hasta aquí hemos llegado,* sin mayor agresividad. Con Francia nunca podría dialogar el Rif, de tan poderosa que era. Pero con España cabía siempre la posibilidad de una *entente,* dada su escasa fuerza militar y su recurrente aislamiento geopolítico.

Sist se había entrevistado con Mohammed Abd el-Krim el 15 de agosto de 1915. Y el rifeño se le había confesado sin reparos: detestaba a los franceses. Un sentimiento compartido por su pueblo. El Rif deseaba mantener buenas relaciones con España, a la que pretendía tratar de igual a igual. Le parecía bien que España quedara afirmada en Melilla y extendiera sus líneas hasta el Kert, cerca de Imarufen e Ishafen, los lugares de los viejos combates de 1911 y 1912. También podía conservar Arruit, Batel y Tistutin. Pero a partir de ahí, y hacia el Oeste, todo lo demás sería territorio prohibido para España y para cualquier otro poder, incluso el del sultán, pues «su deseo ardiente es conseguir la independencia del Rif todavía no ocupado»[38].

La inteligencia de Abd el-Krim estaba a la vista: trataría con España, al ser ésta una *potencia manejable.* Y dispondría de dos bazas: los españoles y el Sultanato en Fez —ocupado por Muley Yussuf, duodécimo monarca alauí—. Dos amigos forzosos. Con ambos podría jugar a *enemigos alternos,* uniéndose a voluntad con uno de ellos para formar pareja bélica contra el tercero.

España podría desarrollar su colonialismo moderado hasta el enlace del Gan o Igan (así en adelante) con el Agan, cerca de Batel. A la derecha de esos puntos, todo para España. A la izquierda, todo para el Rif. La concesión incluía los enclaves de Tistutin, Arruit, Zeluán y Nado; más la ocupación de los agrestes montes Ziao y el panzudo Cabo de Agua, enfrente del cual ondeaba, persistente, otrabandera roja y gualda: la de las islas Chafarinas, españolas desde 1848. Suponía esto bastante tierra rifeña para España, pero en Madrid se quería mucha más.

Esa línea del Kert, *Rubicón* estratégico hacia el Occidente normarroquí, la llevaba sobrepasando España desde hacía año y medio. En su bolsa colonial de 1920 habían caído posiciones clave como Dar Hach Buzan (la Alcazaba Roja), Dar Quebdani, Kandussi, Dar Azugaj, Dar Drius, Ben Tieb, Cana Mida; Azrú, Cheif y Taffersit, dibujando así una operación envolvente contra las cábilas de Temsaman y Beni Urriaguel. Pero Annual sí era tierra enemiga para España, y así había sido *declarada* con anterioridad.

Un amigo amargado pide una indemnización

La conexión turca podía ser muy peligrosa para Francia y, de rechazo, para España. Jordana, preocupado, cursó órdenes concretas a Aizpuru: había que detener al patriarca del clan. Con la cabeza en prisión, el problema beniurriaguel se acabaría. La oportunidad se presentó con ocasión de una visita de rutina de Aizpuru a Alhucemas, en la que los notables de Axdir estaban obligados a presentarle sus respetos. Aizpuru fue a Alhucemas el 24 de agosto de 1915, pero Si Adbelkrim, receloso de la celada, no acudió. El objetivo pasó a ser su hijo. El 6 de septiembre, Mohammed Abd el-Krim era detenido en Melilla, y por un oficial amigo suyo, Riquelme, una enojosa situación para ambos. Aizpuru quizo poner en libertad al ilustre preso de Cabrerizas, considerando su encarcelamiento un error y hasta un abuso, pero un tajante jordana, desde Tetuán, ordenó mantenerle en prisión.

Mohammed no soportaba una reclusión que consideraba tan odiosa como injusta. Y decidió

[38] *Ibídem,* págs. 217-219.

probar suerte con una cuerda de nudos. Afuera, en la noche, le aguardaban sus fieles. En cuatro días, en Axdir.

Aquel 23 de diciembre de 1915, vencida la estrecha abertura del ventanuco de su celda, Mohammed Abd el-Krim logró deslizarse por la panzuda pared del torreón. Pero la cuerda se rompió a media altura, y cayó al foso, cubierto de tetones de cemento. Malherido, inconsciente, con fractura abierta en una pierna, la fuga era ya imposible. Sus leales tuvieron que abandonarle para que le encontraran las patrullas españolas y le curaran. Pero fue mal atendido y quedó cojo de por vida.

En agosto de 1916, Mohammed Abd el-Krim fue liberado, pudiendo celebrar con su familia, en Axdir, el fin del Ramadán. Pasarían nueves meses (hasta mayo de 1917) para ser repuesto en sus cargos.[39] Aunque estaba vigilado, contaba con la comprensión de Aizpuru. La experiencia había sido ruda, pero no lo suficiente como para que se revolviera contra España.

Por entonces, los Abd el-Krim decidieron unirse a los Burjila, cuyo patriarca, Ahmed, era reconocido como *xérif* (jefe político y espiritual), y a quien ayudaba su mejor brazo, Abdeslam, su hijo. Si los Abd el-Krim dudaban en sus lealtades con España, los Burjila eran *partidarios* de España.

Las dos familias pagaron las consecuencias: el hijo de Ahmed, Abdeslam Burjila, fue emboscado y muerto a pesar de llevar una fuerte escolta de los suyos, y las cosechas de su padre, incendiadas. Por su parte, los Abd el-Krim recibieron serias amenazas: su casa y sus cosechas serían quemadas. El hogar de los Abd el-Krim no ardió, aunque sí sus campos. Sucedía esto en marzo de 1917.[40] Sólo la habilidad maniobrera del viejo *faqih* evitó mayores desgracias para su familia.

Pasó el tiempo. Alemania no ganaba la guerra y Francia seguía resistiendo, aunque con apuros (ofensiva de Ludendorff en la primavera de 1918). Por esas fechas, Abd el-Krim padre volvió a sus intentos de cooperar con Aizpuru en el desembarco sobre Alhucemas. Pero no en el dominio territorial de los Beni Urriaguel, sino en el de Temsaman y en su sección de Tugrut, próxima a la costa. Desde allí sólo quedaba un atrevido salto hasta la bahía. Los temsamaníes prometían el concurso de novecientos *fusiles* (hombres armados). No era mucho, pero sí alentador. Aizpuru estaba entusiasmado y Jordana consideró «interesante» la proposición. Dado que Mohammed Abd el-Krim se encontraba en Axdir, Aizpuru le encargó el *control* político del desembarco.[41] Para ello le procuró un eficiente enlace: un joven teniente coronel, de treinta y ocho años, José Riquelme y López Bago, su antiguo guardián.[42] La apuesta era tan arriesgada para el español como para el rifeño.

Abd el-Krim hijo no dudó en comprometerse. Y sería leal a Aizpuru al entregar a Riquelme sus conclusiones: el desembarco podía hacerse, al estar asegurada la confianza del kaid Allal, jefe de Tugrut. Abd el-Krim pensaba que el mes de junio sería el momento oportuno, pero Riquelme, más *avisado,* prefirió retrasarlo hasta bien avanzado julio de 1918, sabiendo que, por esas fechas, la mayor parte de los cosechadores del Rif central estarían ocupados ensus labores de temporada en Argelia. Sin brazos, no habría fusiles en las playas de Axdir. Los Abd el-Krim se mostraron de acuerdo. Y de repente, toda la operación fue suspendida por orden imperativa de Jordana. Pocos meses después el mismo Jordana fallecía en Tetuán (18 de noviembre de 1918).

En esos días, los normarroquíes tuvieron que enterrar sus tenaces esperanzas en la *vía alemana* —recordemos el recibimiento entusiasta a Guillermo II en el Tánger de 1905—, ilusionismo liberador —cara a la derrota de las potencias de Occidente en los campos bélicos de Europa— que se mantendría hasta 1918. Pero siempre estaría en vigencia el pragmatismo rifeño: recibir una compensación del ocupante y mantener la independencia, siquiera fuese nominal.

Aizpuru y Morales apostaron por los Abd el-Krim. Su plan era sencillo: repartir dinero, recibir confianzas, y asegurarlas con una gran operación anfibia. Aizpuru iba ya por su sexto intento. Sin embargo, repetía anteriores lúcidas ideas de Gómez Jordana.

---

[39] *Ibídem,* págs. 221, 236 y 242.
[40] *Ibídem,* págs. 240 y 241.
[41] *Ibídem,* pág. 246.
[42] AGMS, 1» Sección, Leg. R-1.319.

El plan de jordana y la confianza de Morales

En fecha exacta por determinar —y todo parece indicar que fue en el verano de 1913—, el entonces comandante general en Melilla, Francisco Gómez Jordana —al frente de ese puesto desde su creación, en diciembre de 1912—, tomó una decisión sin precedentes: proponer al general Luque, ministro de la Guerra en el primer Gobierno de Romanones, un audaz plan de compensaciones económicas a los notables rifeños de Axdir, unido a un desembarco sobre Alhucemas. El proyecto se cursaba al ministro sin el conocimiento previo del alto comisario, el general Marina.[43]

Jordana sabía lo que hacía: el propio Luque había sido el autor de un audaz plan de ataque sobre Alhucemas, dotado hasta de fecha precisa de desembarco (para el 18 de octubre de 1911), que acabó siendo desechado cuando toda la Escuadra estaba preparada para tal empeño. Dos años después, desbaratada la rebelión rifeña tras la muerte en combate de su carismático caudillo, El Mizzian, Jordana volvía sobre esa iniciativa crucial, pero afinándola en lo político y desarrollándola mucho más en lo militar.

En carta «muy reservada» —copia de la cual se guarda en la Real Academia de la Historia—, se defendía la razón de abonar a Mohammed Abd el-Krim 44.935 pesetas en concepto de indemnización —por daños en sus propiedades—, más otras «dos o trescientas mil pesetas» a repartir entre los jefes beniurriagueles, comprando su neutralidad ante la operación anfibia proyectada. Jordana no dudó en dirigirse a Luque en estos términos: «Nada he dicho de este asunto al Alto Comisario (Marina). Si el Gobierno acepta estas ideas que expongo, puede indicarle la operación que propongo como orientación de la política que conviene seguir en esta zona. Si Vd. encuentra mejor otro procedimiento, procederé como me indique, pero es preciso no perder de vista que conviene efectuar el desembarco que nos ocupa antes de que termine el mes próximo.»[44]

La apuesta bordeaba el límite de la insubordinación. En cuanto a los riesgos que corrían, tanto españoles como rifeños, Jordana los exponía así: «Nuestros amigos se han significado y mucho, sus vidas están amenazadas por los fanáticos, y, si no les ayudamos, posesionándonos del territorio en que viven, dicen que tienen que revolverse contra nosotros, como único medio de salvar la existencia y sus intereses.»

Esos amigos eran los Mohammed Cheddi, Mohand Abocoy, Sidi Mesand y el hijo de éste, El-Cupis o Kupis, de quien el general decía que era «jefe hasta hace poco tiempo de la *harka,* y cuyo padre, Sidi Mesand, está en el hospital de Alhucemas, con un cáncer en la cara». Y añadía el general: «Mientras viva, tendremos asegurada la fidelidad de su familia, una de las más influyentes en el campo.» A los anteriores se unían Bubeker Belhaj Hachen, Bu Selman, los Burjila y los Abd el-Krim.[45] Para estos últimos se pedía «una Cruz de Segunda Clase, pensionada, para el padre, y otra para el hijo, pues es hombre de cuidado que puede hacernos mucho daño». Dos Cruces, y de Segunda Clase, del Mérito Militar. Las cruces se dieron, y hubo pensión para Abd el-Krim padre, concretada ésta en quinientas pesetas. En cuanto a su hijo Mohammed, condecoraciones españolas no le iban a faltar, pues tendría no una, sino dos cruces del Mérito Militar, más la de Caballero de Isabel la Católica y la Medalla de África.

En 1913, Jordana pedía al Gobierno perspicacia, respeto para los rifeños amigos y... veinte batallones. Justicia y fuerza, un mismo derecho histórico en el Rif. Situaba su masa operativa en «unos ocho mil hombres», para los cuales pensaba reunir «diez vapores» y «alquilar las barcazas necesarias», de las que, al llegar a las playas, «se tirarían al agua los hombres». Profética exposición de los desembarcos de 1925. La diferencia con éstos radicaba en algo fundamental, pues la

---

[43] Hace años creíamos que era Aizpuru el autor de este atrevido plan. La documentación encontrada en el ACG (Archivo del Congreso de los Diputados) —Legajo 643— nos convence de que fue Jordana su verdadero promotor.

[44] Archivo de la Real Academia de la Historia (ARAH). Fondo Romanones, Leg. 6.

[45] Ayache, en su obra ya citada (págs. 154 y *155),* mencionaba estos cuatro últimos nombres, situándolos en la misma fracción Aït Khattab, de la que eran oriundos los Abd el-Krim.

operación se realizaría con la ayuda que «nos presten los de Aydir, los cuales se comprometen a tener ocupadas ya las posiciones cuando desembarquemos y a contribuir en su defensa»[46]. Sabedor de la importancia de los gestos de fuerza hacia gente de guerra como los beniurriagueles, Jordana hacía lo que procedía: tender una mano enguantada al contrario, y enseñarle otra, pero recubierta de hierro.

España, generosa en recompensas y mezquina en previsiones

Un año más tarde, en una memorable sesión del Congreso donde se debatía la cuestión de Marruecos, Melquíades Álvarez, antiguo republicano y ya entonces líder del reformismo, había dicho al general Ramón Echagüe, titular de la cartera de Guerra en el Gobierno de Dato: «No es posible, Señor Ministro, que en una guerra, que llamáis vosotros función de policía, y peleando con cábilas, que no es un ejército regular, que son harcas desharrapadas aunque valerosas, no es posible que, habiendo obtenido los resultados que hemos obtenido, se hayan concedido muy cerca de cien mil recompensas.».[47] Sin embargo, no habían sido «cien mil», sino bastantes más: exactamente, 132.925 condecoraciones. Más 1.587 ascensos «por méritos de guerra». Se decían tales cosas en la primavera de 1914. Y se denunciaba tal delirio numérico de recompensas por las guerras africanas de 1909 a 1913, que más parecieron alivios de derrotas que otra cosa, pues a lo sumo quedaron como victorias pírricas.

Estas cifras, de verosimilitud incuestionable, pertenecían a un secreto bien cuidado, que Antonio Maura quiso conocer al detalle y luego conservó en su archivo. La pasmosa relación le fue facilitada por el general Juan de Ampudia, gobernador militar de La Coruña, y es un abrumador testimonio de abusos.[48]

Con razón argumentaba Álvarez que tales despropósitos «desmoralizaban al Ejército», y suponían «no un estímulo para el deber, sino un incentivo para la codicia y la imprudencia»[49]. Jordana acertó pidiendo aquellas cruces para los Abd el-Krim, y acertó Romanones al concederlas. Hubo nuevo acierto el 19 de noviembre de 1915, cuando Aizpuru, entonces comandante general en Melilla, rubricó un contundente «archívese» sobre la causa instruida contra Abd el-Krim, por sus manejos proalemanes, pero ahí acabaron los aciertos.[50] Los gobiernos Dato y Allendesalazar por un lado, y los *consulados* de Berenguer y Silvestre por otro, apostaron por hechos bélicos en lugar de convenios. Aizpuru y Morales vieron arruinadas sus tesis.

---

[46] ARAH, Leg. 6. Posible carta de Jordana a Luque, pág. 3.

[47] Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados (DSCD), sesión del martes 19 de mayo de 1914, pág. 743.

[48] En aquella caratata de premios —54 Cruces de San Fernando, 878 de María Cristina, 28.771 Cruces Rojas del Mérito Militar, pensionadas, y otras 100.605 sin pensionar, sin contar los 1.587 ascensos (42 de ellos a los diversos grados de general)—, no estaba incluida otra, que, a su vez, sumaba 2.618 Cruces-Rojas y Blancas al Mérito Militar, más una de San Fernando. Del primer reparto, le habían correspondido 169 Cruces Rojas «a moros de distintas kábilas»; 368 Cruces Rojas «a moros de la Policía Indígena», y otras 495 Cruces Rojas, no pensionadas, a igual número de «moros» del mismo Cuerpo. En total, 1.032 Cruces. Quedaban 1.586 condecoraciones. Entre éstas figuraban muy diversos beneficiarios, pues aparte de 1.252 Cruces Rojas «a jefes, oficiales y tropa de la Armada», se habían concedido otras 4 Grandes Cruces y 54 Cruces de 2» Clase sin especificar su destinatario. Y aún quedaban 276 Cruces del Mérito Militar que fueron repartidas de la siguiente forma: paisanos (109), enfermeras (31), telegrafistas, mecánicos y ordenanzas de Telégrafos (31), médicos, practicantes, camilleros y auxiliares de Sanidad (28), empleados de Correos (17), monjas de la Caridad (16), empleados de la Compañía Trasatlántica (13), inspectores, maquinistas, fogoneros y jefes de tren (9), empleados de Obras Públicas (5), «estudiantes» (4), intérpretes de árabe (3), cantineras (3), y después «un ingeniero industrial», «un abogado», y «un sargento retirado». En la última oleada de distinciones figuraban «el general Jefe de Estado Mayor de la Primera Región» y «un capitán de E.M. de la Sexta Región». Lo que da un total de 132.925 distinciones. Archivo Fundación Antonio Maura (AFAM), Leg. 359 /9.

[49] DSCD. Legislatura de 1914, pág. 743.

[50] ACG, Leg. 497/9.

Cartas desde el corazón del Rif

Hacia el final de 1918, Mohammed Abd el-Krim solicitó —y obtuvo— un nuevo permiso para visitar a su familia, pero ya no volvió a sus despachos melillenses. Poco después, Mhamed recibía, en Madrid, tajantes órdenes paternas de volver al Rif. Aizpuru, desazonado por la tardanza de Mohammed en reincorporarse a sus labores en Melilla, pidió informes sobre lo que podía sucederle a Civantos Buenaño, comandante en jefe del Peñón de Alhucemas. Civantos le respondió (20 de febrero de 1919) que Si Abdelkrim le había enviado urgente recado, por uno de sus sobrinos, para advertirle de que «no estaba dispuesto a enviar a sus dos hijos a sus antiguos puestos». El motivo, muy simple, encerraba una amenaza: que varias familias —los Ait Ali, Murabitin y Ait Yussuf— le habían prevenido a él mismo que «se tomarían represalias contra sus hijos, pues éstos quedarían como rehenes de España»[51].

Pasó un año. Aizpuru se desesperaba: Madrid no contestaba a sus indicaciones y los rifeños se encrespaban. El general acabó siendo relevado de su puesto, apareciendo Silvestre en su lugar.

En ese momento —febrero de 1920—, los Abd el-Krim todavía estaban a favor de España. Claro es que mantenían un doble juego —ante su pueblo y las autoridades de Melilla—, pero no podían hacer otra cosa sin arriesgarse a conflictos aún peores. Y éstos terminaron por materializarse en la persona del padre, al ser envenenado según muchos[52], dada su condición de jefe del clan. La desaparición de Si Abdelkrim —muerto el 7 de agosto de 1920— sólo fue recogida en *El Telegrama del Rif.* Cándido Lobera llegó a decir del finado que había sido «el rifeño mejor provisto de materia gris».[53]

Los hijos de Abd el-Krim escribieron a Lobera una misiva, fechada en Axdir el 15 de agosto de 1920. De su padre, y con respecto a españoles y rifeños, decían: «Sabía muy bien que para vivir en estado tranquilo, fraternal y duradero, es preciso que los dos pueblos se quieran y la confianza les una.».[54]

Ya en su despedida, afirmaban: «Nosotros, hijos de ese Abd elKrim, que no olvidan los beneficios particulares que España les proporcionó, hacemos votos por la prosperidad de España y de su zonade Protectorado, y anhelamos el rápido desenvolvimiento de ésta. A la vez aseguramos nuestro concurso a dicha obra.»

Mohammed y Mhamed quedaron sin respuesta. En Melilla mandaba Silvestre, y el general no estaba para leer cartas procedentes de Axdir. Ni siquiera las publicadas en un periódico.

Acabándose 1920, Mohammed Abd el-Krim recibió una comunicación postal de Francisco Caballero, representante de Minas del Rif (no confundir con Juan Pérez Caballero, el político). Al responderle, el rifeño adjuntaba al español un *manifiesto* político-militar: «Por ahora me limito a decirle que la última opinión es la verdadera, es decir, la que dice que solamente esperamos la ocasión de demostrar los grandes deseos que tenemos de una completa pacificación de esta Zona por parte de la acción española. Siempre hemos demostrado esto y lo demostramos ahora. Todas las demás opiniones son falsas, son ratos de gentes que les gusta hablar en los cafés. En fin, ya le *diré.»*

En otra carta a Caballero, fechada el 19 de marzo de 1921, Abd el-Krim le dice: «Ya saben Vds. que las tropas están cerca de Karn. No estará mal que venga alguno de Vds. a Sidi Dris u otra posición para verlo (el yacimiento minero) de cerca y ver si es posible que la explotación se haga por este lado.».[55]

---

[51] Ayache, G., op. *cit.,* págs. 248-250.

[52] Es la tesis del autor de *Abd el-Krim y la guerra del Rif.* Sin embargo, Woolman (pág. 94) equivoca la fecha de defunción —«septiembre de 1920», dice—, cuando todo indica que fue en agosto, por la referencia de Lobera en *El Telegrama del Rif.*

[53] *El Telegrama del Rif,* edición del 11 de agosto de 1920.

[54] La carta en cuestión fue recordada, años después, por el diputado Lazaga en el Congreso, en el marco de los primeros debates por las Responsabilidades de lo ocurrido en Marruecos. DSCD, sesión del 20 de octubre de 1921, págs. 3.676 y 3.677.

[55] La carta de Abd el-Krim a Caballero lleva fecha del 27 de diciembre de 1920. Archivo Fundación Antonio Maura (AFAM), Leg. 278.

Los Abd el-Krim no desean la ruptura militar. Quieren mantener la relación económica con España. El avance de Silvestre va a deshacer esa política de tanteos y oportunidades.

Juntas antiguerra y una guerra de ir y venir en el día

España estaba empeñada en una vasta guerra colonial y ni tenía moral de guerra, ni disponía de Ejército para acometer tal desafío. La sensación de nulidad militar en África, la acuciante necesidad de una reforma a fondo tantas veces proyectada y fracasada —Cassola, López Domínguez, Linares, Luque—, desembocó en una crisis profundísima para la institución: el bonapartismo del Ejército. Coincidió con el movimiento huelguístico del verano de 1917, y se resumió en las Juntas Informativas de Defensa, que liderase el coronel Benito Márquez Martínez. Un oficial airado, pendenciero en su Sevilla natal (n. en 1858), que había sido acusado de estafa al no devolver sus deudas (tal vez de juego) a otros oficiales —en Filipinas, 1896-97[56]—, y que, al amedrentar al Gobierno liberal y hasta humillar al mismo Alfonso XIII con frases tremendas, imaginó la posibilidad de derrocar al soberano como si fuera insólito Cromwell hispano, pero sin la categoría del modelo británico. El 1 de junio de 1917, con la aceptación, por el Gobierno García Prieto, de las tesis de Márquez y sus allegados —el movimiento fue una reacción de oficiales de segundo escalón contra el generalato y los generales amigos del Rey—, Márquez vivió su mejor momento, aunque tuvo que exiliarse a Cuba, en parte obligado por sus compañeros. Atrás dejaba un ejército roto y en trance acelerado de desintegración.

Las Juntas de Defensa, a las que quiso someter el anciano general Marina, provocando justo lo contrario —los oficiales rebeldes le obligaron a solidarizarse con ellos—, asustaron a gobernadores y generales, al Parlamento, al Gobierno y a la Familia Real. A todos menos a un hombre decidido, el general Francisco Aguilera y Egea, entonces ministro de la Guerra. Aguilera, de sesenta años de edad (en 1917), manchego recio, consideró un disparate el movimiento bonapartista y un insulto para el Ejército constitucional. Fue el único que quiso hacerle frente. Convencido por el Gobierno —y por Romanones, sinuoso consejero del Rey en este oscuro episodio—, se había visto obligado a contemporizar con los hechos. Volvería a rebelarse contra esas pusilanimidades y ambigüedades en el Suplicatorio contra Berenguer, obra suya.

El Gobierno no admitía en público la existencia de las juntas, pero actuaba ante ellas como lo que en verdad era: su rehén. Las Juntas habían querido levantar un nuevo ejército, *dispuesto para la guerra* (contra no se sabía qué enemigo), y lo que habían hecho era destrozar el que había. Fueron las juntas antiguerra y antiejército de mayor efectividad en toda Europa.

En el año de Annual, esa perniciosa actitud juntera había alcanzado su apogeo en el Protectorado. Aquella falsa milicia, y en Marruecos, impuso el *turnismo:* los mandos se relevaban a la cabeza de las operaciones, ocupando su puesto horas antes de salir con su columna, a la que ni conocían ni les importaba no conocer. La oficialidad media sobrevivía envuelta en permanente desmotivación, y la tropa, llevada de un sitio a otro, sólo entendía de lo esencial: salvar la vida cuando se presentaba un combate desesperado. No había planes, no había autoridad, no había razones militares y desde luego no había ejército. Mientras los soldados padecían la guerra por años, sus mandos superiores hacían una *guerra de quince días.* El mes que tocaba. En la otra cara de la realidad africana, tenientes y capitanes pasaban meses y meses en el campo (el frente marroquí, en la terminología de la época), olvidados de la Comandancia, enfrentados a máximas responsabilidades, testigos impotentes del sacrificio al que eran sometidos los hombres a su cargo y jugándose la vida con ellos.

Silvestre jamás remoloneaba ante sus responsabilidades. Era de los primeros al salir de operaciones y mostraba buen humor al encontrarse en primera línea. Lo suyo era el fuego. Y el mando bajo el fuego. Sólo sabía de eso y en eso era el mejor. No bastaba. Su ejército no le pedía actividad, le pedía coherencia.

Aquel 15 de enero de 1921, una vez levantado un débil andamiaje defensivo en Annual —dos

[56] AGMS, Sección, Leg. M-813.

hileras de piquetes; los campamentos no enlazados por lunetas fortificadas; la aguada lejos, a cuatrocientos metros de la ridícula línea de alambradas—, Silvestre salía de la que sería su última conquista. Eran las 14.30 horas y hacía frío. En Innunaten le esperaban su vehículo y los de la escolta. Cuatro horas de viaje. Y antes de las ocho de la tarde en Melilla, confiado en lo suyo, en su buena estrella.

Había hecho lo mismo el 11 de enero, al ocupar Yebel Azrú: salida de Melilla a las siete de la mañana, llegada al monte a las dos de la tarde, y una hora después, a Melilla.[57] Operaciones en el Rif: una guerra de ir y venir en el día.

Silvestre era incansable, pero con esas tácticas agotaba a su Estado Mayor y él mismo se privaba de una reflexión más objetiva sobre las cosas rifeñas, al imponerse larguísimos desplazamientos. Sin contar la disparatada extensión de sus líneas: 67 kilómetros de frente, a los que sumaba una retaguardia laberíntica. En ese enredo, antítesis de la razón estratégica, mantenía 135 posiciones. Allí se parapetaban unos quince mil españoles —incluyendo la guarnición de la plaza— centinelas de un enemigo invisible, convertidos en policías de sí mismos. Desde Annual, Melilla quedaba a media mañana de viaje para su automóvil de mando, pero a tres jornadas de marcha extenuante para la tropa. Ahí se estaba abriendo la fosa del Ejército.

[57] Dávila Jalón, V., *op. cit.,* págs. 392-394.

Capítulo II

Los ojos del Rey en Marruecos

Un militar de pecho forjado en ultramar

Manuel Fernández Silvestre, general en jefe del ejército que había ocupado Annual, era hombre atrevido, directo en el trato, sin que por ello pretendiera caer simpático a nadie. Sus amigos eran sus subordinados, nunca sus iguales. Abroncaba a sus jefes sin vacilar cuando llegaba el caso y mantenía un trato campechano aunque no vulgar con sus oficiales y soldados. Naturalmente, unos le temían y otros le adoraban. Ése era Silvestre, *militar de pecho.* Natural de Caney, parecía impregnado por el carácter epopéyico del célebre sitio del Oriente cubano[1], en cuyas cercanías había nacido el 16 de diciembre de 1871. Por entonces, Amadeo I de Saboya cumplía el primer año de su reinado.

El origen familiar de Silvestre, como el de tantos oficiales famosos en África y naturales de Cuba como él —Berenguer, Capaz, Cavalcanti, Mola, Morales, Temprano—, era militar. Su padre, el teniente coronel Víctor Fernández y Pantiga, natural de Olloniego (Asturias), se había retirado con el grado de comandante.[2] Su madre, Eleuteria Silvestre y Quesada, viuda de Francisco Drago y Abila, se había casado, en segundas nupcias —el 16 de enero de ese mismo año de 1871—, con el que sería padre del general, entonces teniente de Artillería y de treinta y tres años de edad.[3]

Fernández Silvestre marchó a España con diecisiete años, y el 30 de agosto de 1889 era filiado en la Academia Militar de Toledo. Fue alumno ejemplar, con altísimas calificaciones —notas medias de 8,6 (en Álgebra, Geometría y Francés); de 9 (en Literatura, Ordenanzas Militares y Táctica); y 10 (en Equitación, Higiene, Gimnasia y Mecánica)— durante su estancia en la Academia General Militar de Toledo, pasando luego a la de «aplicación» de Caballería (en Valladolid). De esta última salió, en marzo de 1893, con el grado de segundo teniente.

A su lado tuvo Fernández Silvestre un compañero de aulas, y luego de promoción, que tendría dificultades en los estudios: Dámaso Berenguer Fusté, dos años más joven que él; menos fuerte, menos alto, menos franco y menos atrevido, pero también cubano: nacido en Remedios, un pueblo cerca de La Habana.

Cuando desembarcó en Nuevitas (norte de Cuba), el 15 de junio de 1895, procedente de Cádiz y a bordo del *Buenos Aires,* Fernández Silvestre destacó por su altura —1,72 cm, muy por encima de la media en la época— y corpulencia. Estuvo dos años seguidos de operaciones y pronto recibió varios bautismos: el de *la victoria,* la carga, al frente de su escuadrón, en la acción de «Arango» (8

---

[1] Nos referimos al pueblo de Caney, municipio de 795 km2, a cinco kilómetros de Santiago, lugar de la gesta de Vara de Rey y los suyos (1 julio 1898) ante la división norteamericana de Lawton. Conocemos un segundo Caney, llamado «del Sitio»; y están «San Luis de Oriente» y «San Luis del Caney», lo que dificulta la localización precisa del lugar natal de Silvestre.

[2] AGMS, Leg. F-1025. En algunos documentos de su Expediente, el padre de Silvestre aparece como «Pantiga» en lugar de «Fernández», el más utilizado.

[3] *Ibídem.* Daría fe de ello Manuel Mariano Espino y Prieto, presbítero de San Luis del Caney, quien reconoció que ambos contrayentes «confesaron, comulgaron y fueron examinados de doctrina cristiana», incluyéndolos en el «Libro de Matrimonios de blancos». Eleuteria había nacido en el mismo Caney, de donde era su madre, Francisca, mientras que su padre, Juan Silvestre, era oriundo de Bagur (Gerona). Véase certificación de la partida de matrimonio de los padres de Manuel Fernández Silvestre, Víctor y Eleuteria, resellado en Santiago de Cuba el 2 de junio de 1887, y reactualizado en Madrid, el 2 de agosto de 1889, por los notarios Segundo Alonso Cillán y Eulogio Barbero Quintero. Este documento notarial le fue exigido al padre de Silvestre, Víctor Fernández —quien pone su firma en él— para inscribir a su hijo en la Academia Militar de Toledo.

de mayo de 1896), «donde batió al enemigo causándole veintiocho muertos al arma blanca»; el de *la sangre,* un rasponazo en la frente por tiro de fusil que por poco lo mata en «Sabana de Maíz» (2 de diciembre), y el de *la buena estrella,* el choque habido en «La Dolorosa», en Pinar del Río, el 13-14 de diciembre de 1896, donde le mataron hasta tres caballos en sañudo combate, pero en el que logró encontrar una cuarta montura para volver, decidido, a la pelea.[4]

Como todos los militares españoles de aquel difícil momento, Fernández Silvestre pasó por los temibles hospitales, donde entraron tantos —hasta 49.000 hospitalizaciones se dieron en Cuba entre marzo y diciembre de 1895, cifra que subiría hasta los 232.000 ingresos en 1896[5]—, y de donde salieron tan pocos. La prensa metropolitana denunciaba tal situación, y *El Imparcial,* en un editorial publicado el 2 de diciembre de 1897, aclararía que «de los 200.000 hombres que han ido a Cuba en poco más de un año, quedan hoy tan sólo 114.900»[6].

Fernández Silvestre fue un enfermo con suerte. Un 10 de julio de 1897 ingresó en el hospital de Placetas con «gran fiebre intermitente» (brote agudo de paludismo), ataque que su fortaleza física superó sin mayores apuros. Allí le renuevan su filiación, y así podemos saber que sus ojos eran «castaños», que su constitución física era «buena», mientras se decía de su temperamento que era «simpático», aunque su «idiosincrasia y predisposición» merecieran el curioso calificativo de «desconocidas»[7]. Ya estaba casi formada la personalidad del Silvestre hombre y militar: extravertido, afectuoso, bravo, sufrido, temerario, resuelto, enigmático también.

Cuando la escuadra de Cervera es fulminada por la de Schley al pretender escapar del bloqueo en Santiago de Cuba (3 de julio de1898), y el general Toral cavila cómo rendirse ante las tropas de Shafter —lo que sucederá catorce días después—, Fernández Silvestre es un convaleciente, recién salido del hospital de Morón. Desde meses atrás era un capitán de fama, aunque lisiado. Tenía cicatrices por todo el cuerpo. Veintidós en total. Y veintiuna de ellas —varias con *entradas* y *salidas* (por tiros)— correspondían a las muescas bélicas de su memorable hazaña en el potrero de «La Caridad», un enclave para la cría caballar perdido en la manigua. Allí había cargado, por dos veces, seguido por un puñado de desesperados jinetes como él —el 2° escuadrón del regimiento de Caballería (del Príncipe)— contra los *mambises.*

Aquel 11 de enero de 1898 el capitán Silvestre recibió dos balazos en la primera carga. Encajó tres tiros más en la segunda embestida, antes de pasar por entre una selva de machetes, de los que trece de ellos le hirieron en la cabeza, el tronco y las extremidades.[8] Cayó al suelo, junto con su caballo muerto, y pareció tan muerto como éste. Eso impidió que fuese rematado. Del suceso le había quedado un cuerpo cubierto de heridas y una severa incapacidad —la de su brazo izquierdo, en el que apenas tenía fuerza—, que disimulaba con oficio.

Silvestre, por consejo de una comisión de médicos, pidió «una licencia, de cuatro meses, por enfermo y a causa de sus heridas», para reponerse en la Península. Podía haber mencionado en ese escrito —firmado por él con trazo vacilante el 8 de agosto de 1898—, todas las que tenía: las veintidós de la fama[9] que habían sido el asombro de la Comisión de Sanidad Militar, presidida por el doctor Joaquín Moreno de la Tejera, que inspeccionaron su maltrecho cuerpo no en Morón, de donde se había escapado sin estar curado, sino en La Habana.

Silvestre volvió de Cuba en el vapor *Montserrat,* acompañado de su asistente, el soldado Eduardo Jordán Miralles. Llegaron a La Coruña (29 de agosto de 1898) rodeados de un patético cuadro de pesadumbres, abandonos e indignaciones: los repatriados, ese sufriente ejército que volvía «sin penons ni clarins» en el verbo emocionado de Maragall. El desdén institucional fue infame para la tropa, no así el recibimiento de la sociedad, y el de una institución señera, la Cruz

---

[4] *Ibídem.*

[5] Payne, Stanley G., *Los militares y la política en la España contemporánea,* traducción de Juan Tomás de Salas, Sarpe, Madrid, 1986, pág. 85 y ss.

[6] Editorial «La razón es nuestra», en *El Imparcial,* edición del viernes 2 de diciembre de 1897.

[7] AGMS, Leg. F-1.025. Hospital Militar de Placetas, 18 de julio de 1897, a los ocho días del ingreso de Silvestre.

[8] AGMS, Leg. F-1.025. Las heridas, sumando los orificios de entrada y salida de algunos de los proyectiles, sumaban 21. La número 22 era la correspondiente al rasponazo, por tiro de fusil, en su frente, una señal cárdena que conservaría toda su vida.

[9] *Ibídem.* Cuando se citan las lesiones de guerra de Silvestre, la mayoría de los autores hablan de «dieciséis heridas».

Roja, que se volcó en ayuda de aquellas decenas de miles de desamparados. La cadena de sufrimientos se prolongó hasta la primavera de 1900, cuando terminaron de volver a España los últimos supervivientes —cerca de seis mil ex cautivos—, procedentes de Luzón.

En septiembre de 1898 se le reconoció a Silvestre el grado de comandante por su hazaña en «La Caridad». Hasta abril de 1899 no se le considerará apto «para comisiones activas». En agosto siguiente solicitó el reglamentario permiso para contraer esponsales con Elvira Duarte y Oteiza, boda celebrada el 15 diciembre de 1899. De ella tendría dos hijos, Elvira y Manuel.

Paseos militares por Melilla la minera

España se había quedado sin imperio aparente, aunque le quedaban algunos despojos: en Guinea, en Ifni —sin ocupar todavía— y Sáhara, y las dos plazas africanas. Uno de sus mayores rivales en Europa, Francia, estaba también en apuros. Al *affaire* Dreyfus, que a punto estuvo de destruir al ejército galo, se había unido un inesperado revés: la retirada de la columna Marchand ante el ejército de Kitchener en Fachoda (Sudán, septiembre de 1898). El nuevo ministro del Quai D'Orsay (Asuntos Exteriores), Théophile Delcassé, decidió convertir aquella derrota en una audaz y complicada maniobra de regeneración estratégica: si los británicos no permitían a los franceses ocupar los países del Nilo, las gentes del Hexágono dirigirían el grueso de su fuerza imperial hacia el Norte de África. Recuperaban así la iniciativa colonial y conformaban una estrecha alianza con su rival, al que reorientarían contra su peor enemigo: Alemania. La Entente Cordiale de 1904 sellaría esa política previsora. Para la conquista del Mediterráneo occidental, Francia necesitaba un amigo ni muy poderoso ni muy débil; tan sólo dubitativo y retraído: España. Un país amargado por los sucesos de 1898.

La Francia de Delcassé ofreció a la España de Silvela la posibilidad de participar en el reparto de Marruecos. Pero al saber que Gran Bretaña no había sido consultada en la enrevesada trama, Silvela tuvo miedo. Maura despejó parte de esos recelos con el tratado secreto de 1904, por el que España se quedaba con el Rif: un mundo de barrancos y páramos, de supuestas riquezas mineras y de guerreros de indiscutible valía.

Silvestre se encontró con el África de Maura. En Melilla. Había recalado allí en enero de 1904 después de un cansino recorrido por diversos regimientos peninsulares, con estancias en Alcalá de Henares, Guadalajara, Madrid y Zaragoza. En la ciudad cabecera portuaria del Rif quedó al mando del Escuadrón de Cazadores, unidad a la que dotó de su impronta. Sería en Melilla donde empezaría acursar tres años de lenguas islámicas, recibiendo en 1908 su diploma «por posesión completa del árabe», más un atrayente premio de dos mil pesetas «en vista del brillante resultado obtenido en los exámenes»[10]. Silvestre recibió la calificación de «muy bueno», la más alta de los catorce alumnos —trece de ellos militares— que completaron el tercer año de estudios. En ese curso de 1908, la prueba que daba derecho a la titulación de «intérprete en árabe» consistía en «la traducción de varios manuscritos» y «una conversación» con un colaborador docente de la escuela, Si-al-lal El Uarty, ilustrado comerciante de Melilla[11], y un casi desconocido profesor de árabe: era un rifeño reservado, de penetrante mirada, proveniente de una influyente familia de Axdir. Se llamaba Mohammed Abd el-Krim, tenía veintiséis años y premió con un «sobresaliente» la aplicación del comandante.[12]

El éxito logrado en los exámenes de árabe, y el mando diario de su escuadrón, supusieron un bálsamo para Silvestre, retraído y solitario en esa época, pues hacía un año que su mujer, Elvira Duarte y Oteiza, había muerto en Melilla de forma súbita, dejándole viudo a los ocho años de matrimonio. Elvira, mujer de gran belleza, tuvo «casi repentina muerte, sin que nada hiciera presagiar su próximo fin». Sufrió una hemorragia cerebral que «le privó del sentido para no

---

[10] AGMS, Leg. F-1.025. El mismo premio de dos mil pesetas lo recibiría el capitán Lázaro, en 1920, por sus cursos de árabe.
[11] García Fernández, Jerónimo, «Primeras academias de Árabe en Ceuta y Melilla», revista *Ejército,* pág. 19.
[12] Conversaciones con Juan Díez y José Marqués López, de la Asociación de Estudios Melillenses, en junio de 1997.

recuperarlo más» en la mañana del sábado 19 de enero de 1907, poco después de levantarse de la cama, y falleció a las cinco de la tarde de ese mismo día.[13]

En marzo de 1908, la importancia de Melilla, a nivel minero y geopolítico, subió de rango por una acción concertada entre los mandos españoles y el poder rifeño local. El comandante general de Melilla, José Marina Vega, decidió realizar un espectacular desembarco en la Restinga, enclave costero que hacía de pantalla defensiva natural del interior rifeño, donde había empezado la explotación de minas de hierro (en Beni Bu Ifrur) y de plomo (en Afta). No sólo España, sino la comunidad empresarial europea, a través de poderosos consorcios —Delbrel, Keen y Williams, Mannesman—, a los que se unían los *trust de* grandes fabricantes de armas —Le Creusot, Krupp, Schneider, Vickers—, estaban mostrando un interés inusitado por esa riqueza en minerales del norte marroquí. Esa ambición se resumiría en un nombre comercial de embrolladas complicaciones políticas posteriores: Compañía Española de Minas del Rif.

Renombradas familias económicas españolas —los apellidos Comillas, Figueroa, García-Alix, Güell, Laiglesia— actuaban en constante revoloteo intervencionista sobre el Rif. De entre ellos destacaban los Figueroa, dado el peso político de uno de ellos, Álvaro de Figueroa y Torres. El ex alcalde de Madrid (en 1894-95 y 1897-99), había sido ya cuatro veces ministro en diversos gobiernos liberales. En 1921, a sus cincuenta y ocho años, era el político que mejor conocía la dura realidad de Marruecos y lo que costaba mantenerla: un año antes, su hijo, el teniente José Figueroa y Alonso Martínez, conde de Yebes, había muerto de un disparo en la cabeza en Tafersat (frente de Xauen).

Los franceses fueron los pioneros en aquel frenético escarbar europeo en el subsuelo marroquí: la Compagnie Marocaine (1903) y la célebre Compagnie Générale du Maroc. Se estaba entrando a saco en el imperio xerifiano. España iba más despacio[14], aunque no con malos frutos. En julio de 1907, un año después de abrirse en Algeciras la carrera colonial hacia la completa desaparición de Marruecos como Estado, se lograba de una autoridad rifeña, El Roghi, un permiso de explotación del enclave de Uixán —próximo a Beni Bu Ifrur—, concesión unida a la construcción de un ferrocarril minero hasta Melilla. La colonización de Marruecos exigía muchísimo más que extraer el hierro rifeño y embarcado rumbo a la avariciosa Europa.

A Marina no le importaban los matices, y a El Yilali Ben Dris Abd es Salam El Yusuf, autoproclamado *El Roghi* (Pretendiente) al trono de Fez, menos aún. Era un impostor clásico: con carisma y sin escrúpulos.

Había vencido a la *Mehal-la* (Cuerpo Militar del Sultán) de Muley Abdelaziz y reinaba como señor del Rif desde su feudo de Zeluán, treinta kilómetros al sur de Melilla. Pero sin mando absoluto sobre Axdir, donde los beniurriagueles seguían siendo inconquistables.

El Roghi necesitaba ayuda de España —un pretendiente legítimo al Sultanato, Muley Hafid, había alzado (en septiembre de 1907) la bandera nacionalista contra el grotesco Abdelaziz, alocado coleccionista de automóviles lujosos y animales exóticos—, pero también necesitaba mantener su prestigio. Por eso pactó con Marina una acción militar ficticia en la Restinga: los españoles llegarían con gran aparato militar, El Roghi se retiraría, sin merma alguna de su autoridad y, más tarde, ambos caudillos firmarían la oportuna paz.

Días después de aquel desembarco de opereta, Marina revistó en la Restinga (8 de marzo de 1908), a sus fuerzas. Si la cosa iba de deslumbramientos mutuos, Marina no se iba a quedar atrás. El general pidió lucida escolta. Y así llegó Silvestre, al frente de cuarenta jinetes de su Escuadrón de Cazadores de Melilla, fastuosos en sus uniformes y tan imponentes como su jefe.[15] El Roghi debió quedar impresionado por aquel comandante de fieros bigotes y atuendo tan impecable como desenvuelta actitud. Esas tácticas se denominaban paseos *militares.*

La mascarada no sirvió de mucho a El Roghi, pues el propio Marina permitiría que le dieran

---

[13] *El Telegrama del Rif,* domingo 20 de enero de 1907.

[14] La obra capital sobre estas cuestiones es la de Allendesalazar, José Manuel, *La diplomacia española y Marruecos, 1907-1909,* Biblioteca Diplomática Española, Madrid, 1990, págs. 136-138. Véase, asimismo, Morales Lezcano, Víctor, *El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898-1927),* Siglo XXI, Madrid, 1976, págs. 72-78.

[15] AGMS, 1a Sección, Leg. F-1.025.

jaque mate en el tablero rifeño. Los de Axdir se habían negado a pagar sus tributos. El Roghi, ofendido, envió contra los rebeldes un fuerte destacamento, mandado por *el general negro,* Yilali Mul al-Udu. Yilali, al frente de sus huestes, cayó en una emboscada. Fue el 7 de septiembre de 1908, en las quebradas de Imzuren, junto al Nekkor.[16] Los españoles del Peñón de Alhucemas vieron de lejos aquel desastre, pero ni una salva de aviso dispararon: órdenes de Marina.

La rebelión contra El Roghi prendió con fuerza y el Pretendiente tuvo que poner fuego a su querida Zeluán (octubre de 1908). Tras meses de penoso vagabundeo guerrillero, los mismos beniurriagueles le cercaron y lo entregaron al sultán. Y un 24 de agosto de 1909 entraba en Fez, aún altivo, pero zarandeado en su jaula de hierro por el populacho. Le aguardaban un foso de leones; el fusilamiento a sus restos y la posterior quema de éstos para que no quedaran ni vestigios de rebeldías independentistas en el norte marroquí.[17] Para entonces, España tenía que vérselas con un enemigo superior: el Gurugú y sus letales defensores.

La guerra del Barranco del Lobo (julio de 1909) no encontró a Silvestre, entonces ocupado en labores de inspección sobre los tabores (batallones) de Policía Indígena en Tánger, Tetuán y Larache. Mientras los regimientos españoles se deshacían bajo el certero fuego de los rifeños y el no menos cruel soplo de las enfermedades, Silvestre recorría las tierras occidentales normarroquíes, en una cabalgada de ochocientos kilómetros que le llevó desde Ceuta y Arcila hasta Alcazarquivir y Uazzan.[18] Fue una suerte para él. Conociendo su bélico ardor, Silvestre, el fiel enamorado de la muerte, se habría encontrado sin falta con ella en las traidoras hondonadas del Gurugú.

Silvestre aprende los laberintos del Protectorado

Tras su experiencia melillense, Silvestre acabó en Casablanca, donde recibiría el mando del 4° Tabor (batallón) de la «Policía Extraurbana de Casablanca» y quedó encargado de una difícil labor de vigilancia en el ámbito todavía devastado de la ciudad atlántica. La urbe había sido primero bombardeada desde el mar por una flota francesa y luego saqueada, con bestial violencia, por tropas senegalesas y de la Legión Extranjera (30 de julio-7 de agosto de 1907), en represalia por el asesinato de nueve obreros europeos (entre ellos tres españoles). Aquella operación de castigo provocó un genocidio: no menos de dos mil muertos.[19]

En Casablanca, Silvestre no dudó en seguir los consejos de un oficial de enlace, el entonces capitán Enrique Ovilo, por lo que cedió con gusto la tarea represora a los franceses de Mangin.

Su actitud en Casablanca —coincidente con el Gobierno de Canalejas— le valió a Silvestre ser nombrado (23 de julio de 1910) Gentilhombre de Cámara «con ejercicio»[20]. Era una relación apenas formal con Alfonso XIII, aunque suficiente para que el Rey se fijara en él y Silvestre se atreviese a exponerle, con franqueza, su visión de *las cosas* marroquíes.

Francia había descargado de nuevo su puño militar al ocupar Fez la columna del general Moinier (21 de mayo de 1911). El Sultanato de Muley Hafid perdía su entidad soberana. La crispación nacionalista se extendió hasta Alcazarquivir y Larache, donde colonias españolas de comerciantes, sacerdotes y educadores fueron objeto de agravios. José Canalejas Méndez, jefe de los liberales, vio frustrados sus deseos de practicar un *liberalismo colonial.* Canalejas quedó desbordado por la rapidez con que Alfonso XIII determinó la solución a la crisis: confiar a Silvestre el mando en Larache.

---

[16] Blanco Izaga, E., op. *cit.,* pág. 264.
[17] Becker González, Jerónimo, *Historia de Marruecos,* Establecimiento Tipográfico Jaime Ratés, Madrid, 1915, pág. 505.
[18] AGMS, Leg. F-1.025.
[19] Julien, Charles André, *Le Maroc face aux Impérialismes,* Éditions J.A., París, 1978, págs. 73-75. España no participó en tales matanzas, pues el capitán del *Alvaro de Bazán,* cañonero que Maura envió al puerto marroquí, no secundó la infame acción, aunque desembarcó un pelotón de marinería para proteger el Consulado español. Más tarde desembarcaría el comandante Faustino Santa Olalla, al frente de 420 hombres, limitado a misiones policiales. Cfr. Allendesalzar, J. M., op. *cit.* págs. 66-69.
[20] AGMS, Leg. F-1.025.

Tomar aquel puerto en la fachada atlántica marroquí, en la línea del Lucus, era no ya una *acción de defensa* del orden colonial, sino una decidida acción expansionista española.

Joaquín Sánchez de Toca reconocería —en el Senado de 1913—, ya firmados los acuerdos con Francia, que «el mayor acierto que en este Tratado aparece de manifiesto es un inmenso beneficio, que debemos a las clarividentes intuiciones personales del Rey». Según el ex alcalde de Madrid, Alfonso XIII «vislumbró, con intuición clarísima», que la clave del esfuerzo colonial residía en «no admitirse retrocesión del territorio sobre el cual un soldado español hubiera puesto su planta». El líder conservador repitió que «el triunfo sobre Larache lo debemos a un acto de clarividente intuición del Rey»[21].

La *clarividencia* de Alfonso XIII, por sí sola, no resolvía nada. Dependía de otras fuerzas para ser eficaz. Ahí intervendría un personaje tan extraordinario como impredecible: El Raisuni.

La España de Silvestre y el Marruecos de El Raisuni

Muley Ahmed ben Mohammed ben Abdallah El (o Er) Raisuni el Yunsi (o el Idrisí) nació en Zinat, alcazaba tangerina, territorio de El Fahs, hacia 1873[22]. Descendía del venerado Muley Abdesalam Men Mshish, santón del Yebel Alam, montaña sagrada de Yebala y feudo inviolado de los Beni Arós, tribu de la que sería su jefe. Había pasado cuatro años de pesadilla (¿1897-1900?) en las mazmorras alauís de Essauira[23], la antigua Mogador portuguesa, por instigación de Ba Ahmed, visir del depravado Abdelaziz. Le tuvieron sujeto, con argollas, a un muro, con los brazos en cruz; a su lado los cadáveres de otros cautivos, a los que las ratas devoraban hasta el hueso. De Mogador había salido no ya un rebelde, sino un hombre implacable. Su fama sería mundial luego de secuestros como los del periodista británico Walter Harris (junio de 1903) y el multimillonario norteamericano —de origen griego— John Hanford Perdicaris, que forzaron el envío a Tánger, por el presidente Theodore Roosevelt, de una división de cruceros (mayo-junio de 1904).

El Raisuni, como descendiente que era de una familia de *awliya* (santones), gozaba de la máxima autoridad espiritual y política sobre su pueblo. Por su identificación personal como *xarrár («guerreador* contra los infieles»), poseía una legitimidad militar incuestionable. Añadido a su condición de insumiso frente al corrupto sultanato, exhibía gran carisma popular. Esto no había sido óbice para que obtuviese del sultán Muley Hafid el cargo de gobernador de Tánger y más tarde el bajalato del enclave costero de Arcila, del que había hecho su mejor fortaleza.

El Raisuni era hombre corpulento, aunque ya atenazado por la hidropesía, enfermedad que tendía a convertirlo en un ser deforme. Exponía modales de *khalifa* o califa (así en adelante), esto es, vicario de Dios, seguidor del Profeta y jefe de la comunidad musulmana. Con semejantes representaciones podía mostrarse generoso sin merma de autoridad. Era devoto en religión y refinado en crueldad. Y tan sincero en una acción como firmísimo en la otra. Tenía alma y maneras de poeta. Escribía cartas de florida sensibilidad y aguda intención, que han quedado como monumentos epistolares de la política norteafricana. Movía su cuerpo con evidente dificultad —llegaría a pesar 115 kilos—, pero no por eso quedaba en ridículo. Su voluminosa cabeza, enmarcada por tupida barba negra, y su mirada, inquisitiva y depredadora, abrumaban a sus interlocutores, revelando la fuerza residual del antiguo gran peleador que había sido.

En 1911 vivía como omnipotente *baxa* (gobernador) en Arcila, y el eje Larache-Alcazarquivir estaba bajo su absolutista jurisdicción. Si hubiera querido, el desembarco español habría acabado en desastre o ni siquiera eso: no se hubiera producido.

Al conocerse el asesinato (7 de julio de 1911) de una familia amiga de España, los Ben Malek —secuestrados el 30 de mayo anterior—, por un agitador, El Baccar (Muley Hamed Tazia), quedó rota la paz del oeste marroquí. Del asesinato no cabía duda alguna: las cabezas de Ahmed Ben Malek y de sus dos hijos habían sido paseadas por los zocos, «excitando a las tribus contra los

[21] Diario de Sesiones del Senado (DSS), sesión del 25 de octubre de 1913.
[22] Otras fechas probables de nacimiento son 1868 y 1871.
[23] Ayache, G., op. *cit.,* pág. 259.

extranjeros»[24]. De inmediato, diversas decisiones coinciden en un haz de fuerzas: Tazia es enemigo declarado de El Raisuni, por lo que el líder yebalí se aparta del tumulto nacionalista originado, al presumir un golpe de España como réplica al crimen; Canalejas, una vez que Alfonso XIII ha encontrado el mando militar para la operación, se ve obligado a intervenir.

Mientras, en Larache, Ovilo se decide a realizar, con sólo 166 hombres —marineros e infantes de Marina reclutados en el *Cataluña,* más algunos efectivos del Tabor[25]—, una embestida a lo Pizarro: avanzar hacia el interior enemigo sin temor a nada ni a nadie. Veinte horas de marcha ininterrumpida —incluyendo el vadeo del crecido Lucus a media noche—, que terminan en Álcazarquivir. La ciudad se entrega, pero sus vencedores quedan aislados. En Larache, unos pocos españoles se parapetan en los muelles, temiendo el ataque generalizado de las tribus. Les anima una esperanza: la llegada de *grandes refuerzos.* Y aparece el *España,* que atraca en medio de expectación enorme. Para pasmo de todos, de su escalerilla desciende un teniente coronel. Es Silvestre. Procedía de Casablanca, donde recibió órdenes de embarque para Larache el 13 de junio. Sin hacer maletas ni plantearse dudas, había cogido el primer barco. No quería faltar a su primera gran aventura de jefe africano. No falla y gana. Silvestre desembarcó sin ayudantes, cubierto sólo por su fama y sus modales: arrogantes, amenazadores, amistosos también. El Raisuni, fascinado por el atrevimiento y deseoso de vengarse de Tazia, cursó sus órdenes: puertas abiertas a los españoles.

Silvestre y El Raisuni congeniaron en el acto. Se reconocían como lo que eran: dos guerreros. Los más fuertes, los más audaces, los que no rendían cuentas más que a sus conciencias. El mejor Silvestre parecía formarse: al rompedor de las líneas mambises, al gran batallador en la manigua, sucedía el hábil negociador en Marruecos, el que todo lo vencía y sin aspavientos.

El Gobierno Caillaux protestó, calificando el desembarco en Larache como «acto injustificado»[26] y contrario al espíritu del Acta de Algeciras, lo que era cierto. Pero en oposición a las pirámides de muertos en Casablanca, España no había matado a nadie en Lara-che. Aunque sí mató buena parte de sus posibilidades logísticas al crear la Comandancia de Larache, un fatal error de dispersión de sus recursos coloniales.

En Madrid, en mitin celebrado en el frontón Jai-Alai, Melquíades Álvarez exclamó: «Hemos ido a Marruecos por espíritu de conquista, por la exaltación de unos cuantos que se llaman militaristas y no sienten amor por la Patria.».[27]

La llegada del crucero alemán *Panther* a la rada de Agadir (1 de julio de 1911) agravó la crisis. Alemania no quería ser menos que España. El conflicto se superaría el 4 de noviembre con el triunfo absoluto de los pragmatismos coloniales: Alemania se embolsaba 275.000 km2 en tierras del Congo y Francia recibía vía libre para apoderarse de Marruecos. Con España como *alegre aliada.*

Un tercero en discordia: el Marruecos de Lyautey

El desembarco de la fuerza colonial francesa en Marruecos fue total, sin paliativos: Muley Hafid tuvo, primero, que suscribir los acuerdos franco-alemanes que le entregaba un pérfido Regnault —cónsul en Fez— y, meses después, aceptar el Protectorado (30 marzo 1912). Marruecos desaparecía como Estado y la dinastía quedaba convertida en simple objeto decorativo.

La población de Fez y los soldados indígenas se sublevaron —los oficiales franceses del Tabor xerifiano fueron asesinados— y Marruecos pareció hundirse en el caos (17-18 de abril). Nada más lejos de la intención de Francia. Moinier volvió. Con más tropas que la primera vez —cuarenta mil hombres— y con inflexibles instintos. No hubo pilas de muertos como en Casablanca, pero casi: los patriotas marroquíes fueron obligados a alinearse cara a sus cementerios y fusilados por la espalda (21 de mayo).

---

[24] *Historia de las Campañas de Marruecos,* Servicio Histórico Militar, Madrid, 1951, tomo II, pág. 658.
[25] García Figueras, Tomás, y Hernández de Herrera, Carlos, *La acción de España en Marruecos (1492-1927),* Imprenta Municipal, Madrid, 1929, págs. 118 y 119.
[26] En una nota oficiosa, filtrada a la prensa parisina y no como expresa denuncia de Estado.
[27] *La Libertad,* edición del 25 de junio de 1911.

A Muley Hafid se le ofreció el exilio. El alauí lo aceptó encantado. Pensaba ser arrojado a los leones, como El Roghi y se encontró pasando largas temporadas en Francia y España a cuenta de rentas inacabables y sin enemigos. Una delicia. Le sustituyó su hermano Muley Yussuf, hombre de paja, el ideal para acompañar un Protectorado de apariencia pueril, aunque muy bien anillado por sus nuevos propietarios. Un verdadero jefe estaba en camino: Hubert Lyautey. Con él llegaba Francia: habría dureza y mucha fineza, pero nada de locura militar; y habría consenso, porque los notables del país también mandarían. En cuanto a los independentistas, doble alianza contra ellos.

Lyautey, en lo castrense y colonial, procedía de Argelia, y pensaba hacer de Marruecos, donde practicaría un firme *colonialismo inteligente,* el florón del imperio. Severo pero dúctil, Lyautey no tenía más amigos que su conciencia, con quien se llevaba muy bien, pues no aceptaba otro procedimiento que su estricta forma de actuar. Esa *convivencia* fue fraternal.

Abstraído y tenaz, dado a los modales carolingios, distante, cínico, sagaz, poco hablador, gran trabajador y mejor rector colonialista, por naturaleza principesco, Lyautey fascinaría a los marroquíes, que le admitirían como *sultán* a sus cincuenta y ocho años. No les defraudaría.

El mejor Silvestre: su propuesta de El Raisuni como jalifa

Desde su feudo colonial en Larache, Silvestre había estudiado con calma los sucesos franco-marroquíes. En carta «reservada» a Felipe Alfau, comandante general en Ceuta, escribe: «Las noticias referentes al movimiento de Fez confirman la importancia del alzamiento y el fracaso de Regnault y Moinier, que pueden presentarse como modelos de imprevisión...» Y añadía: «Considero que el error, base de todo, es la existencia de varias jurisdicciones en un país en el que no hay ni puede haber, por ahora, otra cosa que no sea la guerra con facultades omnímodas.»[28] Silvestre anticipaba las dificultades que él mismo padecerá con Berenguer, cuando éste asuma, en 1919, la Alta Comisaría (mando político) y la jefatura del Ejército de África.

Silvestre no reniega de su propia condición —«la guerra con facultades omnímodas», Clausewitz puro—, pero en modo alguno es un maximalista. En esa misma carta a Alfau, escrita el 4 de mayo de 1912, define al nombramiento del *jalifa* (lugarteniente del sultán) como «uno de los extremos que considero de más importancia», y estima que «colocar en dicho puesto a un hombre palaciego sería un error». Acierta. Y más cuando señala el perfil de su favorito: «Un hombre de guerra que, con su prestigio e influencia, pusiera a nuestra devoción, sin gastos de sangre y dinero, importante bajalato encuya región nos permitiese desarrollar la política adecuada e ir mermando su influencia a cambio de la nuestra...»

Ese candidato no es otro que El Raisuni, de quien Silvestre recuerda a Alfau su paralelismo con El Roghi, para no cometer con el yebalí el mismo error que con el rifeño. Días después, Silvestre escribe a Alfonso XIII. Y ante su soberano defiende la candidatura de El Raisuni, por ser «hombre de talento», y también «porque tiene muchos intereses creados en la región que ahora ocupamos y que, por lo tanto, están a nuestra merced»[29].

Aventajado en diplomacia, Silvestre no disminuye su atención militar y acumula tropas en Larache: más de cuatro mil hombres en el verano de 1912. El Raisuni le dejará hacer: más fuerza española, menos peligros procedentes de Francia o de sus siempre dudosos vasallos. Y llega el momento en que el español pacta con su aliado yebalí una *razzia* (expedición de castigo) sobre Arcila, entonces semiocupada por un destacamento francés que tendía una línea telegráfica con Tánger. Silvestre llega con su caballería y espanta a los sorprendidos franceses (17 de agosto de 1912).

Madrid se asusta y critica el hecho, mientras París se irrita y El Raisuni queda inquieto: demasiado agresivo el español. Silvestre se limitó a sonreír. Había devuelto las ofensas soportadas dos años antes en Larache, ante personajes sibilinos y tumultuosos: el cónsul Boisset y el teniente

[28] López Rienda, Rafael, *Raisuni. De Silvestre a Burguete,* Sociedad General de Librería, Madrid, 1923, pág. 65.
[29] *Ibídem.*

Thiriet.[30] Silvestre es demasiado *guerrero* para Canalejas, pero el líder liberal le deja hacer: la hora del pacto con Francia se aproxima, y otros hombres guiarán los destinos del Protectorado.

España-Francia: vertiginoso ajedrez colonial

Cuando la mano artera de Manuel Pardinas Serrato descerrajó dos tiros por la espalda (12 noviembre 1912) a aquel hombre algo grueso, vestido de levitón negro, que inclinaba su cuerpo hacia adelante, interesado por las novedades editoriales en los escaparates de la librería San Martín, asesinó al representante del mejor monarquismo posible. Las balas que destrozaron la cabeza de Canalejas, mataron el reformismo alfonsino de mayor solvencia y mejores expectativas nacionales.

España enmudeció ante el crimen y la monarquía prefirió cobijarse en la figura meliflua de Romanones, resignándose ante el drama. La maquinaria colonial, en cambio, se aceleró.

Raymond Poincaré ordenó a su embajador en Madrid, Geoffray, que firmara *ipso facto* el Tratado no consensuado pero sí tolerado por los españoles y en base a un modelo más reducido. Nada de conceder la margen derecha del Muluya o la izquierda del Lucus. Menos todavía Orán o Uazzan. Romanones consintió aquellas prisas. Y se quedó con lo que le daban: 21.000 km2 frente a los 415.000 km2 que se llevaba Francia. Era aquél un regalo envenenado, un colonialismo por rebote.[31] Se perdían Tánger —internacionalizada— y la línea del Uarga, mientras Melilla quedaba encerrada en sus confines, aunque España mantenía Cabo de Agua y las Chafarinas, que a punto estuvieron de perderse.

En burlona compensación, España obtenía la confirmación de algo que ya poseía: la pequeñez de Ifni y la inmensidad del Sáhara occidental —282.820 km2—. Esa región sahárica había sido desprovista de las salinas de Iyil, y también de los yacimientos de hierro mauritanos que pasaron a Francia. Romanones quedó contento: tenía sus minas del Rif y un Protectorado. La firma por esa entrega limosnera —España recibía el 5 por ciento del territorio marroquí—, se realizó el 30 de noviembre de 1912, dos semanas después del entierro de Canalejas. A los catorce años de perder Ultramar, España recibía un *imperio.* O eso creía.

Marruecos por Cuba resultaba ser una muy digna permuta, un reajuste de grandezas, un imprescindible rearme de los prestigios nacionales. La idea provenía del conde de Benomar (Francisco Merry y Colom) quien, el 1 de junio de 1898, al mes de hundida la flota de Montojo en Cavite, sugería tan espectacular cambio con «el amparo de las potencias». Benomar, embajador en Roma, incluía un guiño económico y trascendente en su propuesta: vender Cuba a los norteamericanos por cuatrocientos millones de dólares. Era la séptima vez que se intentaba tal cosa —el anterior intento, el de Prim en 1869, había fracasado por el conservadurismo de sus ministros—. Pero a Benomar y a su informe «muy secreto», diecisiete folios de sugerentes ideas[32], ningún caso le hicieron Sagasta ni la Reina regente, poco dados a aventuras africanas.

Silvestre el Africano: de diplomático a cruzado

En enero de 1913, el Congreso de los Diputados autorizó el ascenso de Silvestre a coronel. Silvestre estaba en Madrid, donde se había entrevistado con Romanones y sus ministros de Estado, Guerra y Marina, para defender la candidatura de El Raisuni como *jalifa.* Vuelve a Marruecos revestido de autoridad y proyectos. En Arcila le esperan su aliado y un problema: averiguar qué hay de cierto en los tratos inhumanos que El Raisuni impone a sus presos. Cauto, Silvestre toma sus medidas: delega en un oficial de su confianza —el capitán Guedea, jefe de la Oficina Indígena— esa gestión, que se convierte, por empeño novelesco de López Rienda, en un torneo medieval, con Silvestre en actitud de campeador altivo, defensor de inocentes y ofensor de los soberbios.

[30] Sobre estos hechos véase *Historia de las Campañas de Marruecos,* op. cit., tomo II, págs. 662-664.
[31] Julien, Ch. A., op. *cit.,* pág. 87.
[32] Archivo General de Palacio Real (AGPR), Cajón 28/5.

Aparece así, de repente, el trueno, el exceso. El estallido de una energía tan romántica como desproporcionada, que provocará una gravísima herida en la situación de España en Marruecos. El pretexto es una defensa viril de los derechos de la persona; la causa, una nimiedad para la dura realidad marroquí: salvar de la muerte a unos ladrones de ganado del aduar de Ramla, presos de El Raisuni en su fortaleza de Arcila. Quien desencadena el incidente no es otro que el general Alfau, que pide a Silvestre la liberación de esos presos. Con un agravante añadido: dos yebalíes están presos por haber ido a rendir pleitesía al capitán Guedea, motivo no tan fútil.

Es el 23 de enero de 1913. En la invención *histórica* de López Rienda, una columna española llega hasta los muros de Arcila, mandada por el general de los bigotes. Pregunta por El Raisuni y éste aparece: todo sorpresas, pero gratas; todo atenciones, aunque a la defensiva. Ofrece el consabido té, que el español rechaza a mitad del ceremonial, desaire que perdona. Silvestre no es amigo de dilaciones. Pide ver a los prisioneros. El Raisuni consiente. Y sobreviene el encuentro con el espanto: un centenar de cautivos, colgados de los muros con argollas, como si fueran murciélagos humanos. Están hambrientos, devorados por las enfermedades, cegados por una luz que habían olvidado, rodeados de excrementos e insectos. El general pide *explicaciones.* Los cautivos intuyen su salvación y alzan un vendaval de recriminaciones. Silvestre cuenta noventa y ocho prisioneros (la cifra sí es cierta). No hay tantos cuatreros, pero sí comerciantes, campesinos, pequeños propietarios o desertores del *xerif.* A todos trata El Raisuni como «perros» y «embusteros», argumentando dolido: «Mi justicia es recta.» Y pregunta al español: « ¿Vas a dar más crédito a ellos que a mí?» Silvestre ordena a sus hombres: «¡A ver, ahora mismo; todos los presos en libertad!»[33] Como leyenda, formidable. Como realidad, lamentable.

Desde luego no habló así Guedea, aunque actuó a lo Silvestre y todos los presos quedaron en libertad. Y más: todas las armas y municiones fueron confiscadas. Ahí nace el agravio para El Raisuni. Si la orden hubiese provenido de Silvestre en persona, la ofensa podía quedar como litigio moral entre dos jefes, pero emanada de un simple capitán, se convertía en insulto intolerable.

López Rienda, al convertir en hazaña de Silvestre lo que éste no hizo pero sí consintió, abrirá puertas a su fama, pero le hundirá como político. En el naufragio se irá a pique la España alfonsina y colonial. Y la leyenda será tal que la seguirán muchos, empezando por Tomás García Figueras. La obra de Tessainer sobre El Raisuni sigue la versión fidedigna.[34]

En la realidad, El Raisuni no se escapa. Marcha a Tánger. A dolerse ante otros españoles: Juan Zugasti y Luis Valera (marqués de Villasinda). Y Silvestre se equivoca, esta vez de su mano: pone centinelas a las mujeres e hijo mayor del *xerif;* escribe a Luque, y cuando el estupefacto ministro le pide calma, le arroja, por telégrafo, su despechada dimisión, que no es aceptada. Queda en Larache, mordiéndose los puños. El Raisuni, ofendido, sube al monte. A recordar su viejo oficio: el de la guerra.

Después del traspiés de Arcila, Silvestre debería haber sido puesto en cuarentena de mando por la más elemental norma de prudencia institucional. En lugar de eso, fue ascendido a brigadier (19 de junio de 1913). Su antiguo camarada de armas y futuro rival, Dámaso Berenguer, recibiría la misma graduación tres semanas después (10 de julio de 1913).[35]

Berenguer, un cadete que llegará a ministro

Berenguer era hijo del teniente coronel de Infantería Dámaso Berenguer y Bonimeti, y de doña Dolores Fusté y Ballesteros. Nació en Remedios, un municipio cercano a La Habana, el 4 de octubre de 1873. Tenía, pues, dos años menos que Silvestre. En sus estudios comunes en Toledo —

---

[33] López Rienda, R., *Frente al fracaso...,* págs. 85-108.

[34] García Figueras, Tomás, *Biografía del General Fernández Silvestre* y su *labor desarrollada en la zona de Lara che,* Imprenta Tropas Coloniales, Ceuta, 1929, pág. 16. Y del mismo autor, *De la leyenda a la Historia: el coronel Silvestre y la cárcel del cherif Raisuni en Arcila* —trabajo publicado en *El Español* en 1947—, luego editado en *Miscelánea de Estudios Históricos sobre Marruecos,* Editora Marroquí, Larache, 1949, págs. 424-429. Tessainer y Tomasich, Carlos Federico, *El Raisuni. Aliado* y *enemigo de España,* Algazara, Málaga, 1998, pág. 118.

[35] AGMS, Sección «Célebres», Leg. B-6.

Berenguer ingresó en la Academia General Militar en septiembre de 1889—, tuvo que afrontar sucesivos «desaprobados» en nueve asignaturas —Álgebra, Geometría, Física, Instrucción, Literatura, Mecánica, Ordenanzas, Táctica y Telegrafía—, que pudo recuperar en 1892. Logró formar parte, con Silvestre, y tras su paso por Valladolid, de la promoción de 1893, siendo ya segundo teniente. Berenguer regresó a Cuba, donde demostró ser muy resistente ante el clima y el fuego enemigo. Tras obtener cuatro Cruces Rojas del Mérito Militar y la ansiada Cruz de María Cristina, lograba el ascenso a comandante —por los méritos contraídos en la encarnizada acción de Auras—, en agosto de 1898, en el borde mismo de la capitulación española en Ultramar, pues Manila se rendía a Merrit en esos días de pleno abatimiento nacional.

Berenguer regresará a la Península en el mes de octubre siguiente. Sin duda coincidió con Silvestre, pues fue destinado al mismo regimiento: el de Reserva de Caballería de Madrid, no 39. Meses después, iniciaba una nueva fase de su carrera militar: ayudante de campo del capitán general de Andalucía (1899-1902); recibía mandos sucesivos en los regimientos de Almansa y de Húsares de la Reina (hasta 1905); profesor en la Escuela de Equitación Militar, con largos viajes por Europa como jurado de concursos hípicos internacionales (1906); redactor de Reglamentos de Infantería (1907-08). El ascenso a teniente coronel lo recibía en julio de 1909, para ser, poco después, designado ayudante de campo del ministro de la Guerra (Luque). De seguido, un puesto decisivo para su carrera: el de jefe de la Comandancia del Real Sitio de Aranjuez, donde empezó sus siempre buenas relaciones con la Familia Real. De ahí pasaría a Melilla, al serle conferido el mando del Escuadrón de Cazadores y luego el del Grupo de Escuadrones (1910), de reciente creación.

Tras un paréntesis como destacado caballista en concursos internacionales, volvía Berenguer a Melilla y organizaba, ya en julio de 1911, las Fuerzas Regulares Indígenas. Con ellas entró pronto en fuego, y el 18 de enero de 1912 participaba en la toma y ocupación de Monte Arruit. Un mes más tarde atacaba y vencía a los Beni Bu Yahi —los dueños de Arruit— en combate «en el que contrajo relevantes méritos». Por ellos fue ascendido a coronel. No podía imaginar Berenguer que los lugares donde ganó su ascenso serían los mismos donde se oscurecería su carrera militar. Aún le faltaba la fama. Y ésta llegaría cuando un escuadrón de sus Regulares dio muerte a Sidi Mohammed El Mizzian, el carismático jefe de la *harka* rifeña, en los ensangrentados barrancos de Beni Sidel (12 de mayo de 1912). Berenguer recibió otra Cruz de María Cristina (la tercera de ese tipo). Un año después ascendía a brigadier. En seis años sería ministro, y en ocho, alto comisario y general en jefe en África.

Poco a poco se alejó de los combates africanos, mientras Silvestre hacía del guerrear en Marruecos su objetivo personal.

Romanones propuso: *ejército de mercenarios contra Marruecos*

Un mes después de la ruptura Silvestre-El Raisuni, sobreviene una riada de desaciertos, que se llevan por delante lo que quedaba del colonialismo moderado de Canalejas. El general Alfau, que seguía al mando supremo en Ceuta y mantenía buenas relaciones con los *chiuj* (jefes) tetuaníes, de improviso les engaña y entra con dos mil hombres en la ciudad (19 de febrero de 1913). Tetuán, que no había visto tropas españolas desde los tiempos de O'Donnell y Ros de Olano en 1860, pasmada ante semejante demostración de fuerza, se entrega sin resistencia. Más motivos para una guerra larga.

Alfau, que cumple órdenes de Madrid, ve premiada su obediencia: es nombrado alto comisario el 13 de abril. Y llega el disparate definitivo de aquel militarismo, que no colonialismo, de Romanones: el nombramiento de Muley el Mehdi, un personaje vulgar, asustadizo e inmoral, para el cargo de *jalifa.* España le concede una dotación presupuestaria anual casi idéntica a la que recibe Alfonso XIII: diez millones de pesetas.

El Mehdi es un fantoche, una caricatura de líder y un desastre moral como persona. Otro agravio para El Raisuni, a quien no servirá de consuelo que a su usurpador, tras recibirle los españoles en Tetuán con todas sus fuerzas, y en aparatosa *alerta* (27 de abril), le tilden, al poco tiempo, de *Setiten*

(el sultanito), y se mofen de él, tres años más tarde, al conocerle como *Kal-lúf* (el cerdo). Expondrá estos hechos, preocupado, un anónimo jefe militar español, buen conocedor del País Yebala y próximo al líder conservador Sánchez de Toca que, a su vez, pasará dicho informe, fechado el 13 de julio de 1916, a Antonio Maura.[36] Silvestre había cometido en Arcila una torpeza tremenda, aunque motivada por una causa noble. Pero las dos consecutivas y fatales decisiones de Romanones, al conquistar Tetuán y nombrar a un títere extranjero —El Mehdi no es yebalí— como *jalifa,* amplían esa herida y la hacen mortal, pues no sólo ofende a los habitantes del País Yebala, sino que obliga a España a levantar un ejército colonial que no tiene ni tendrá por muchos años. Y como España, teniendo buenos militares, está sin ejército, Romanones propondrá un singular arreglo: un ejército privado. Pasmoso. El político liberal calcula alistar decenas de miles de combatientes asalariados, que entregarían Marruecos, encadenado, a España. Y por cuenta de una empresa pagada por el Estado.

Un leal y desesperado colaborador de Romanones, el senador Tomás Maestre y Pérez, a quien aquél envía a Tetuán y Tánger para *estudiar la situación,* será el estupefacto receptor de la propuesta, que liquida su confianza en el gobernante y antes buen amigo. Abrumado tras haberse agotado en una ceremonia de confusionismos en la que ha sido acompañado por Alfau, el prestigiado médico y senador de cincuenta y seis años, se rebela y acusa a Romanones de ser «decidido partidario del criterio de la guerra». Y cuando Romanones se muestra quejoso, Maestre le recuerda, en carta escrita el 1 de agosto de 1913, desde San Javier (Murcia), al regresar de un Yebala incendiado por la guerra: «Sus hechos contradicen sus palabras. ¿Ser partidario de la paz, y, mientras el general Alfau intenta tratarla con los moros, usted autoriza el regalo de doce millones de pesetas a una empresa particular para que nos proporcione cuarenta mil mercenarios con los cuales invadir Marruecos? ¡Buena paz nos dé Dios!»[37]

Maestre había evitado que las columnas yebalíes —ocho mil hombres— diesen un serio disgusto a Silvestre, que recorría el país dando golpazos bélicos a diestro y a siniestro. Y cuando se entera de que toda su labor de pacificación —lleva dos meses enviando mensajes a los notables indígenas, en especial al célebre Sidi Mohammed Uld Sidi Baraca, *xerif* de Anyera y firme rival de El Raisuni- queda en nada, asegura a Romanones: «En Marruecos hay que hacer la paz con los moros y afirmarla sobre los moros, pero con moros que cuesten poco, pues España es pobre y tiene que arreglar su casa por la cuenta de la vieja.»[38]

El senador alicantino está tan cansado como harto. Lleva años, desde 1909, diciendo lo que se hace mal en Marruecos, ya sea por culpa de los gobiernos o de los jefes militares no competentes. Ha sido retado en duelo por el general Marina por unos artículos suyos publicados en *El Mundo,* de resultas de los cuales Marina le echó un pulso a Maura, que el líder conservador no aceptó, y del que se derivó la dimisión del comandante general de Melilla. Cuatro años después, Maestre ve el temible pozo en el que se está metiendo España, sabe que hay cerca de sesenta mil soldados españoles en Marruecos y que pronto pueden ser ochenta mil. No quiere más sangre, quiere más sentido y quiere honradez. Y en esa misma carta del 1 de agosto de 1913 verterá no sólo contra Romanones, sino contra la política alfonsina, uno de los más duros alegatos que se han escrito. Tras advertir a Romanones que de su carta «puede hacer el uso que le plazca», le dice: «Me equivoqué porque no conocía a los políticos españoles en el Poder, y hago excepción en esta regla general de Don Antonio Maura.» Para añadir: «Ni en los últimos luctuosos días de la Casa de Austria atravesó la Patria infeliz decadencia tan grande y tan desorganizadora como la que hoy la postra y mata.»

En su despedida, Maestre no se priva de ninguna crítica: «El despilfarro, el desbarajuste, la falta de plan, la ignorancia, la incapacidad, el egoísmo, los disparates y el derroche estéril de la sangre generosa de nuestros soldados, obra maldita realizada toda por nuestros políticos, hacen que Marruecos, en vez de ofrecérsenos como una esperanza, resulte la ruina y la tumba de nuestro pueblo.»[39]

---

[36] AFAM, Leg. 344 /14.
[37] ARAR, Fondo Romanones, Leg. 17.
[38] *Ibídem.*
[39] *Ibídem.*

Muerte de inocentes y muerte de la ética de gobierno

Alfau, dimitido a la fuerza, fue sustituido en Tetuán por el frustrado retador de Maestre, Marina (15 de agosto de 1913). Romanones, que hace y deshace a su antojo, quiso comunicar a Maura su versión de lo sucedido. El gran político mallorquín, pese a haber sido *despachado* por el alfonsismo, conservaba su prestigio y buena información sobre Marruecos. Y con asombro lee lo que le cuenta el aristócrata alfonsista: Alfau ha sido relevado de su puesto por «no haber acertado a interpretrar debidamente el concepto de lo que es el Protectorado»[40]. El romanonismo en acción: los subordinados no entienden al jefe.

Marina acumulará hombres y desorientaciones, y llegará a tener aquellos ochenta mil españoles en lucha que temiera Maestre. Pero Marina había aprendido de la guerra del Barranco del Lobo, y pensó que hacer la paz era lo mejor para su ejército y para el Gobierno de Dato, tras la caída de Romanones. Una sórdida alianza de españoles y yebalíes belicistas liquidaría ese honesto empeño.

La brutal vuelta de tuerca se produjo el 12 de mayo de 1915, cuando Taleb Sidi Ali Ben Ahmed Alkalay, emisario personal de Marina y portador de un salvoconducto autógrafo del propio alto comisario, fue detenido en la posición española de Cuesta Colorada (al noreste de Larache). Le robaron sus pertenencias y le dejaron marchar, pero a poco fue emboscado y estrangulado en pleno monte, junto con su fiel criado Mohammed el Garfati, a quien sacaron un ojo en la pelea por defender con valentía a su señor.

Alkalay intentaba llegar, dando un gran rodeo, hasta Tazarut, feudo de El Raisuni (al suroeste de Tetuán), para allí concertar una tregua duradera entre españoles y yebalíes. Los cadáveres de Sidi Alkalay y El Garfati fueron arrojados al arroyo Tembladeras, «atados con piedras y cuerdas»[41]. El Tembladeras, crecido por las últimas aguas de primavera, llevó pronto los cuerpos hasta la desembocadura del Mexera el Harf, donde los descubrieron, flotando semihundidos, unos aterrados pescadores tres días después. El escándalo fue mayúsculo.

Del infame crimen eran responsables tres oficiales de la Oficina de Policía Indígena de Larache, confabulados con el bajá de Arcila, Dris Er Riffi, personaje siniestro donde los hubiere —fue traidor alternativamente de españoles y yebalíes—, que había sustituido a El Raisuni en el control político de Arcila. Er Riffi, enemigo jurado del *xerif,* quería acabar con el proceso de paz en curso, temiendo un aumento del poder de aquél, y había proporcionado los matarifes para consumar aquella intención asesina: el *mokadem* (sargento) Ben Dihas, y los *askari* (soldados) El Metugui y Korsan; los tres, Miembros de la Policía Indígena.

Silvestre, como jefe de la Comandancia General de Larache, quedó impresionado y desazonado por lo acaecido, pues intuía sus responsabilidades. Y aunque avisó sin tardanza a Marina, de éste recibió, para su sorpresa, las más duras críticas, al ser hecho responsable del suceso en un primer momento de ofuscación del alto comisario. Silvestre, sobreponiéndose, nombró una comisión de encuesta, que presidirá el comandante Luis Orgaz Yoldi, futuro alto comisario con Franco. Orgaz era preciso y tajante, lo mismo que el juez de la causa sumarial que se abrió sobre el caso, el teniente coronel Mariano Gómez Navarro. Los dos coincidieron en sus cargos: el capitán Luis Ruedas, y los tenientes Manuel García de la Sota y Ramón Morales, estaban implicados en el crimen. Los dos últimos incluso habían sido testigos del doble asesinato. El oficial de mayor graduación en el criminal complot (Ruedas), que adujo, ante Silvestre, que se encontraba en Arcila «por asuntos del servicio»[42], no pudo con el rigor de la investigación alzada por Gómez Navarro, en la que aparece en Cuesta Colorada el día de autos. Ruedas fue quien se apoderó del salvoconducto que portaba Alkalay y «otras cartas de interés, que fueron quemadas por el capitán»[43].

El Ejército había actuado con rapidez y determinación, estableciendo las responsabilidades

[40] AFAM, Leg. 351/6.
[41] AGMS, Leg. R-3.328.
[42] López Rienda, R., op. *cit.,* pág. 154.
[43] AGMS, Leg. R-3.328.

pertinentes en su seno. Pero el Gobierno de Dato tuvo pánico. Y el resultado no pudo ser más patético.

El crimen no podía ocultarse, pero sí sus ejecutores indirectos, que fueron encarcelados con mezquino secretismo. Marina y Silvestre fueron cesados, con lo que parecieron así los mayores responsables, sin serlo. Máxime cuando, en un error supremo, recibieron altas condecoraciones: Silvestre la Gran Cruz de María Cristina, y Marina la Gran Cruz Laureada dé San Fernando. Una distinción inusual, extraordinaria, como si hubiera ganado una guerra, cuando acababan de hacérsela perder unos irresponsables, que más tarde, en secreto, serían indultados.

Felipe Rodés, el diputado regionalista catalán —que había sido ministro de Instrucción Pública en un Gobierno presidido por García Prieto en 1917—, pidió al titular de Guerra, Ramón Echagüe, que trajese a la Cámara el expediente de concesión de la Laureada para comprobar «si es verdad» que, para conferir tan alto galardón, «se ha dictado una Real Orden, que no se ha publicado en la Gaceta ni en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra, haciendo a Marina general en jefe frente al enemigo (requisito imprescindible para conceder la Gran Cruz). Y como el ministro negase «en absoluto» tal supuesto, Rodés le atajó las dudas, sugiriéndole: «Pues traiga S. S. el expediente, y entonces veremos si el general Marina tenía condiciones para obtener la Gran Cruz de San Fernando.»[44] A lo que el general Echagüe, sincero y acorralado, respondió: «Eso es otra cosa (Rumores).»

Silvestre fue nombrado edecán del rey Alfonso XIII, obligándole así a abandonar Marruecos. Enterado del hecho, y desde el Hospital Militar de Larache donde estaba recluido, Ruedas le escribe a Silvestre el 11 de julio de 1915: «Mi querido General: Ayer, al saber la noticia de su traslado a España, recibí el mayor disgusto de los muchos recibidos en esta prisión. Y no es que yo crea que Vd. va perdiendo, ni que Vd. me vaya a desamparar, no; antes espero que sea beneficiosa para mí particularmente; pero es que su marcha representa para España la pérdida del único hombre que supo encontrar la fórmula para extender nuestra civilización sin necesidad de acudir al moro en son de limosna ni de soborno, sino con el superior prestigio que dicha civilización da a nuestras armas, tratándolo como raza inferior, raza dirigida, procurando encauzarla y enseñarla para llegar a nuestra altura...».[45] Desde su singular ideología, Ruedas reconoce su culpabilidad y a Silvestre, a quien sabe ha defraudado, le dice: «Mi General: Vd. fue mi maestro en el territorio del Garb, en donde conseguí la realización de mis ideales y alegrías. Permita a este discípulo, que se extralimitó de la senda que le marcó el Maestro, el poder estrechar, antes de su marcha, la mano de su guía, de su modelo, del General de alma grande y corazón generoso. Profundamente emocionado se lo pide su fiel y último subordinado, Luis Ruedas Ledesma.».[46]

Silvestre guardó la carta entre sus documentos, pero no contestó. Durante cuatro arios, empleó su tiempo en rutinarias misiones de escolta a la Familia Real, con una escapada para estudiar las técnicas francesas en la Gran Guerra, ya en diciembre de 1916, visitando el puesto de mando del general De Castelnau en la Champaña. Fue ascendido a general de división el 5 de julio de 1918, fecha en la que Berenguer recibió el mismo nombramiento, los dos con antigüedad del 29 de junio.[47] Las diferencias de antigüedad en el servicio habían desaparecido al acceder al rango de divisionarios. Alfonso XIII mantendría hacia ambos una sólida amistad. Durante tres decisivos años —de 1919 a 1921—, Silvestre y Berenguer serán los ojos del Rey en Marruecos.

Un alto comisario muere escribiendo sus quejas al Gobierno

A Marina le había sucedido Francisco Gómez Jordana. Fiel servidor del Estado y amigo de Aizpuru[48], en cuatro años soportó Jordana ocho gobiernos —Dato, Romanones, García Prieto, Dato

[44] DSCD. Intervención de Felipe Rodés y Baldrich en la sesión del miércoles 17 de noviembre de 1915, pág. 251.
[45] SHM, Legado «Manuel Fernández Silvestre», carpeta 6.
[46] *Ibídem.*
[47] AGMS, Legs. F-1.025 y B-6.
[48] Conversaciones con las nietas del general Aizpuru: Amparo, Pilar y Sofía en su domicilio de Madrid, mayo de 1997.

otra vez, García Prieto de nuevo, luego Maura, García Prieto por tercera vez y Romanones por último—, incluyendo en el lote diez ministros de la Guerra, nueve de Marina, nueve también de Gobernación, diez de Fomento, otros nueve de Estado y diez de Hacienda. Esos cincuenta y siete ministros tenían todos jurisdicción (capacidad de intervención) sobre la Alta Comisaría, todos exigían, ordenaban, intentaban manipular y, al fin, desesperaban al alto comisario.

Jordana murió como no podía ser menos: sobre la mesa de su despacho en Tetuán, a primera hora de la tarde del 18 de noviembre de 1918, cuando repasaba un largo memorial de agravios que acababa de terminar y que escribía a Romanones —presidente del Consejo y, a la vez, titular de la cartera de Estado—, donde pedía coherencia y rigor al Gobierno. Jordana se lo tenía que haber pedido al sistema, al régimen. Una quimera en ambos casos. Al morir, dejó una obra no consolidada: el entendimiento con El Raisuni, pacto sellado en El Fondak de Ain Yedida (ruta de Tetuán a Tánger), el 20 de mayo de 1916, en una ceremonia colorista, en la que la *harka* raisunista y las tropas de Jordana se unieron en un singular cruce de respetos, luego reforzados con ocasión de los combates por la posesión de El Biutz, en la indómita cábila de Anyera (29 de junio), donde españoles y yebalíes formaron *un mismo ejército*. Jordana no se atrevió con lo esencial: pedir al Gobierno la destitución del desprestigiado Muley el Mhedi, para así entregar el jalifato a su mejor postor, El Raisuni.

Aquel abrazo militar hispano-yebalí en El Fondak ocurrió no lejos del gran árbol donde O'Donnell y Muley el Abbas habían sellado el fin de la guerra de 1860. El viejo roble protegía con su sombra ese noble referente pactista. El binomio Berenguer-Silvestre acabaría con él. Sin remordimientos.

Silvestre vuelve a Marruecos y Picasso renuncia a ser ministro

Silvestre volvió a Marruecos cuatro años después de su relevo enmascarado tras el desdichado asunto Alkalay. El 12 de agosto de 1919 toma posesión en Ceuta como comandante general. En Tetuán le esperaba Berenguer. No era sólo el alto comisario, sino uno de los pilares del régimen.

En 1916 Berenguer había sido nombrado gobernador militar de Málaga, cargo que le catapultó al ascenso a divisionario (5 de julio de 1918) y luego al mundo de la política, su verdadera naturaleza: el 30 de julio siguiente marchaba a Madrid para hacerse cargo de la Subsecretaría de Guerra a las órdenes del general Marina, entonces titular del ramo en el tercer Gobierno Maura.

Con los liberales de García Prieto en el poder, le fue ofrecida a Berenguer la cartera de Guerra. No lo dudó. Y el 9 de noviembre de 1918 fue nombrado ministro.

Casi al mes del fallecimiento de Jordana, el 11 de diciembre de 1918, Berenguer, que llevaba entonces sólo dos días como ministro de la Guerra, lograba de Alfonso XIII, movido por «la experiencia de nuestra acción de Protectorado en Marruecos», la firma de un Real Decreto que imponía la supresión del puesto de general en jefe del Ejército de España en África y su separación de las funciones de la Alta Comisaría. La medida fue bien vista por la opinión parlamentaria y periodística.

El tercer Gobierno García Prieto tuvo vida efímera, y el 5 de diciembre de 1918 volvía el conde de Romanones a palacio. Berenguer entraba en la nueva combinación ministerial, pero al poco tiempo renunció, decidido a concentrar sus energías en Marruecos: el 26 de enero de 1919 era nombrado alto comisario, tomando posesión, en Tetuán, el 2 de febrero siguiente. El nombramiento llegó tras un intenso debate entre Alfonso XIII, el mismo Berenguer y Romanones. El aristócrata *convenció* a su propio candidato ideal, Manuel González Hontoria, para que renunciase a esa magistratura, y este mismo lo reconocería en el Congreso de 1921: «... al morir el general Jordana y quedar vacante la Alta Comisaría, sin proveer estuvo durante dos meses, y durante ellos hube de resistir las tentaciones que, a la noble ambición de ir a desempeñarla, me ponía la entonces entrañable amistad del Señor Conde de Romanones (Rumores)»[49].

---

[49] DSCD. Sesión del viernes 4 de noviembre de 1921, pág. 3.973. González Hontoria era entonces ministro de Estado en el Gobierno Maura, que había sustituido al de Allendesalazar.

Cuando Berenguer pasa a Marruecos, queda como subsecretario de Guerra un brigadier de actitud reservada, atareado en lo suyo, figura nada habitual en los pasillos de Buenavista, oficial de Estado Mayor, y laureado en 1893: se llamaba Juan Picasso. Tenía sesenta y dos años y era casi un desconocido en la milicia. Y a él le fue propuesto el cargo de ministro, en febrero de 1919.

El estupor de Picasso fue notable, pero más lo fue su decisión. A quien le propuso el cargo (¿Romanones?) le replicó con amable firmeza: «Pues se lo agradezco mucho, pero mire usted, prefiero seguir trabajando en lo mío y ser lo que soy, un militar honrado.»[50]

Un alto comisario se desdice y *un comandante pide abrir cuentas*

Dos veces ministro de la Guerra —con García Prieto y Romanones—, Berenguer ocupa la Alta Comisaría en la primavera de 1919, pero no se considera dotado del suficiente poder, tanto político como militar. Tratará de corregir ese *vacío* con dos acciones: la acumulación de competencias, y la colocación de amigos fieles en los puestos clave. En esos planes entraba Silvestre y tenía que salir Aizpuru, entonces comandante general de Melilla.

Berenguer y Silvestre llegaron a pactar un condominio militar sobre Marruecos: mandaría el primero sobre el conjunto y ejecutaría las órdenes el segundo. La posterior teoría de sus *viejas rivalidades* no es aplicable al verano de 1919.

Habiendo quedado disponible una vacante de teniente general, dos eran los candidatos principales: Miguel Primo de Rivera y el propio Aizpuru. El beneficiado fue Primo, y el primero en enterarse sería Silvestre, todavía de servicio junto al Rey. Silvestre le comunica tal elección a Berenguer. Y éste, desde Tetuán, le responde así el 19 de julio de 1919: «Querido Manolo. Recibo tu carta en que me das la noticia del próximo ascenso de Miguel Primo, lo que varía algo nuestros planes, aplazándolos. Yo me alegro por él, pero lo siento, porque no se pueden realizar por ahora nuestros proyectos, pues aunque estoy muy contento con Aizpuru, que en realidad lleva aquello (el Rif) muy bien, y está ahora recogiendo, con facilidad, el fruto de la larga acción política que allí había desarrollado, me agradaría más que tú estuvieras allí, porque entre nosotros sería más fácil resolver todas las cuestiones y nuestra comunidad de ideas sería una garantía para abordar la labor aún no empezada...»[51]

A continuación, Berenguer hace referencia a otro posible relevo, que exponía así: «Respecto a lo de Ceuta, no creo que la marcha de Arraiz pase de ser un rumor sin fundamento; a mí no me ha dicho nada, pero ya había corrido también por aquí, y preveyendo (sic) esa eventualidad, había escrito al Ministro (Luis de Santiago) que modificase algo mi situación en esta parte de la Zona (de Protectorado), aprovechando esa circunstancia, de producirse.»[52] La circunstancia se iba a producir, porque provenía de otra, ya consumada: la tragedia de Kudia Rauda.

Cinco días antes de que Berenguer escribiera a Silvestre, el 12 de julio de 1919, el nudo de posiciones españolas de Kudia Rauda, audaz avanzada plantada en el valle de Uad-Ras —último sangriento campo de batalla en la campaña de 1860—, era contraatacado por la *harka* raisunista que, en marea irresistible, dispersó a las unidades del coronel Rodríguez del Barrio. Se trataba del último acto de una sañuda pelea iniciada, en tanteo, el viernes 10. Yebalíes y españoles llegaron repetidas veces al cuerpo a cuerpo, imponiéndose los primeros por su determinación y el uso de modernísimo material para la época: bombas de mano —provenientes del eficaz contrabando de armas—, que hicieron trizas las débiles defensas del dispositivo español. Hubo un aluvión de bajas por ambas partes. La operación, entendida como una «sencilla operación de policía» por el comandante general de Ceuta, Arraiz de Conderena, había derivado en un acuchillamiento sin cuartel. El hecho causó sensación. Marruecos, la colonia sumisa, rebelde de nuevo, degollaba a sus ocupantes. Se habló de «trescientas o cuatrocientas bajas españolas» en las páginas de *El Sol.* Luego

[50] Conversaciones con Juan Carlos Picasso López, mayo 1997. Subsiste la duda de si la proposición al general partió de Romanones o de Maura, que, a poco, formaría su cuarto Gabinete.
[51] SHM, Legado «Manuel Fernández Silvestre», carp/3.
[52] *Ibídem.*

se dio la cifra de 124 bajas, de ellas, 38 muertos y de éstos, cuatro oficiales. Pero la emoción nacional fue calmada por la misma prensa, que se encargó de divulgar que los 34 muertos de tropa «eran todos indígenas» (efectivos de Regulares), con lo que la pena, por *fuerza,* tenía que ser menor para España.[53] Pero las bajas habían sido 183, y los muertos ascendían a 79, de ellos 7 oficiales y 39 soldados «europeos»[54].

Rodríguez del Barrio, tras quedar en entredicho, sería más tarde ascendido a brigadier. Pero Arraiz fue relevado de inmediato. Su sustituto fue Silvestre, que tomó posesión de su nuevo destino en Ceuta, justo treinta días después del revés de Kudia Rauda. Ya estaba formada su *comunidad de ideas* con Berenguer.

Tranquilizado en ese punto, Berenguer consideró llegado el momento de asumir *todo el mando* en Marruecos. El 25 de agosto, un Real Decreto daba forma a ese poder omnímodo. Antonio Tovar, titular entonces en el ministerio de la Guerra, se limitó a testificar sobre las variantes administrativas que le eran sugeridas, y que aprobaba el Rey.

No eran cosa baladí tales variantes. Al alto comisario le correspondían «la iniciativa en las operaciones y la aprobación de los planes para ellas»; ser «responsable de la política que se sigue en la zona de Protectorado», y ser también «el jefe directo de las oficinas y servicios de Información y de Policía». A su vez, realizaría «la intervención directa en el uso de los fondos para obras de campaña, que no podrán emplearse sin su previa autorización». Por último, dispondría del uso de «todas las comunicaciones radiotelegráficas y telefónicas, con preferencia a todas las demás autoridades que de él dependan, y, asimismo, de todos los medios de transporte»[55].

Por si no fuera bastante, el alto comisario asumía el cargo de inspector del Ejército de África. Berenguer quería disponerlo todo y saberlo todo en Marruecos. Ya lo tenía. Empero, ese mando absolutista le sumergía en un proceloso mar de responsabilidades. Ni Picasso ni Aguilera olvidarán estas atribuciones.

Una semana después, Berenguer volvió a sentirse insatisfecho en su visión del problema colonial. El 1.º de septiembre de 1919 otro Real Decreto solventaba esa insatisfacción.

Berenguer lograba del Rey que anulase lo que él mismo le había sugerido diez meses antes siendo ministro —separar la Alta Comisaría del puesto de general en jefe del Ejército en África—, quedando ahora investido de ambas competencias. El general se desdecía y el Estado con él. Berenguer recibía no ya más poder, sino el poder absoluto en Marruecos. Y no más responsabilidades, sino todas las responsabilidades, que irían a cuenta del Estado. Berenguer quería ser *primer cónsul* en África. Pues lo era. Y con todas las consecuencias. No quería dejar margen a los errores en aquel verano de 1919, pero empezó a cometerlos. En engreídas declaraciones al diario *El Sol,* afirmó: «El pueblo español puede estar seguro de que la obra de Marruecos se llevará a cabo y con éxito, sin combates.» Esperaba conseguir su empeño «sin bajas, aparte alguna acción aislada que pueda ocurrir», considerando «como un fracaso el tener que pedir más fuerzas»[56].

Detrás había otros errores: no entender —ni atender— las señales premonitorias de fracaso. Estaban a la vista de Tetuán. En las alturas de Beni Salah, a dos kilómetros de la ciudad. Con buenos prismáticos se las distinguía. Los cadáveres de 33 hombres: cuatro españoles —tres oficiales y un sargento— y 29 *moros* de Regulares, dos de estos oficiales. Todos muertos por España. Sólo quedaban sus osamentas. Llevaban allí desde el 5 de abril de 1919, cuando fueron sorprendidos en otro contraataque raisunista.[57]

Los muertos de Beni Salah seguirían en sus puestos hasta enero de 1920, cuando un gran militar, el teniente coronel Castro Girona, salió una noche con su gente de Tetuán, alcanzó en rápido avance aquella altura e instaló en ella un blocao «sin disparar un tiro». Luego dio sepultura decorosa a aquellos restos, «a los que el tiempo y la acción de los buitres habían puesto en el estado de no

[53] *El Sol,* edición del miércoles 16 de julio de 1919.
[54] *Historia de las campañas de Marruecos,* tomo III, pág. 45.
[55] Real Decreto del 25 de agosto de 1919, en sus apartados de «Operaciones», «Asuntos y Fuerzas Indígenas» y «Créditos».
[56] *El Sol,* edición del domingo 19 de julio de 1919.
[57] *Historia de las campañas...,* tomo III, pág. 21.

poder ser identificados»[58].

Silvestre se adelantaría, en Rauda, a lo que Castro Girona haría meses después en Beni Salah. Su llegada, en aquel agosto de 1919, devolvió la moral a las tropas. El 8 de octubre subía, resuelto, hasta Kudia Rauda y ordenaba «el desmantelamiento de la posición», así como «la inhumación de los cadáveres que yacían insepultos en el campo de batalla desde el mes de julio»[59]. Estaban destrozados: veintiocho de ellos quemados y no pocos torturados antes de morir. Un aviso de Abarrán.

Los denominados «sucesos de Rauda» mantuvieron en vilo a España por unos días. Luego se apagaron las angustias populares y volvió la rutina, la descerebración política y militar.

Menos en un parlamentario y comandante de Estado Mayor. El 19 de agosto de 1919 se oyeron en el Congreso de los Diputados estas proféticas palabras: «En Marruecos vendrá una catástrofe, y es necesario abrir una cuenta para saber a quién corresponden las responsabilidades, porque llegado el momento del desastre todas caerán sobre un ejército que no tiene las condiciones necesarias para actuar allí, y, entonces, vosotros, hombres públicos, que sois verdaderamente responsables de la política marroquí, encogeréis vuestros hombros y dejaréis caer las responsabilidades en los hombres que visten el uniforme militar.» El mismo diputado, días antes, había criticado «el espectáculo que está dando el Parlamento, ocupándose de cuestiones pequeñas, olvidando las más esenciales para la vidanacional»; y deducido que si tal actitud a muchos producía «desvío» a él le causaba «desprecio», originando un prolongado alboroto.[60] Se llamaba Joaquín Fanjul Goñi, era natural de Vitoria y tenía treinta y nueve años. Su *libro de cuentas* por los asuntos de Marruecos nunca se abriría en el Parlamento.

[58] Gómez Hidalgo, Francisco, *La tragedia prevista,* Imprenta de Juan Pueyo, Madrid, 1921, págs. 126-128.
[59] AGMS, Leg. F-1.025.
[60] DSCD. Sesión del 9 de agosto de 1919, págs. 954 y 955.

Capítulo III

El camino de Annual

Ejército, dinero y Marruecos, conflicto de largo alcance

El Ejército que Alfonso XIII heredó en 1902 era un cuerpo tan desmadejado como inmenso: en los escalafones de 1900 figuraban 529 generales (203 en reserva) y nada menos que 23.767 oficiales (7.910 en reserva), para unos efectivos de clases y tropa de 110.926 hombres, es decir, un oficial por cada cuatro soldados.[1] O lo que venía a ser lo mismo: había un general disponible por cada 234 efectivos (medio batallón).

El dislate equivalía a que era posible contar con *seis generales por regimiento*. De tan enloquecida proporción, se deducía que los batallones podían ser mandados por coroneles, las compañías por comandantes y los pelotones por capitanes, y los tenientes eran poco menos que sargentos. Era aquél un ejército de oficiales. Pero sin soldados. Porque no se les entrenaba.

En 1909, el año del primer Gurugú trágico, presentaba el Ejército español casi el doble de generales de división en activo que el británico (60 por 34), teniendo un ejército de línea muy inferior en número: 111.435 hombres frente a 374.000 efectivos británicos. Además, le igualaba en brigadieres (120 españoles por 119 ingleses), y le superaba, con creces, en coroneles y tenientes coroneles: 419 y 857 frente a 377 y 440 en el británico. Aquel Ejército disponía de treinta tenientes generales —ninguno de los cuales luchó en el Marruecos de 1909— mientras que Francia y Portugal sólo presentaban tres cada uno, Italia tenía cinco y Gran Bretaña quedaba en veinte.[2]

El infame sistema de *redención a metálico* —el pago de una determinada cuota para eludir el reclutamiento obligatorio— fue subsanado, de manera parcial, por la Ley de Reclutamiento de 1912, puesta en pie por el general Luque. Pero la mejora era un espejismo: consistía en la posibilidad de, transcurridos cinco meses de servicio (el supuesto periodo de instrucción), librarse del resto del compromiso (otros treinta y un meses), pagando dos mil pesetas y previo informe de los oficiales ante el solicitante.[3] El sistema terminó generando una cadena inenarrable de abusos, prevaricaciones y pillerías de todo tipo y condición.

Si en Alemania e Italia la relación oficial-soldado se situaba en la proporción 1 a 20 —baremo que subía a nivel de 1 a 23 en el caso del Ejército francés—, en España se quedaba en la incomprensible cota de 1 a 4. Sólo después de Annual se alcanzaron promedios más razonables, del orden de 1 a 17.

De resultas de ello, muy cerca de la mitad del Presupuesto del Estado —en el periodo 1900-1906—, se perdía en el sumidero de los sueldos, impidiendo toda posibilidad seria de reposición del obsoleto material. En oposición, Italia sólo gastaba la sexta parte de su presupuesto en sueldos para su Ejército, Francia elevaba ese listón al séptimo de su presupuesto y Alemania más. De la fosa de Ultramar surgió un ejército mondado al hueso, repleto de oficiales, peleados siempre por un destino. Un ejército de uniformes sin saber adónde ir (luchar) ni a quién mirar (pedir). Una milicia honrada,

---

[1] En base al Anuario Militar de España de 1900.
[2] AFAM, Leg. 401/5.
[3] Aquellos soldados que ya habían servido diez meses y, en propiedad, no podían considerarse reclutas, podían verse eximidos de cumplir los tres años abonando 1.500 pesetas.

frustrada y pobre. Un ejército al que se acusó de *toda* la derrota, cuando su responsabilidad la compartía con la torpe política de Estado.

Besteiro supo definir la crisis y sus agravantes, cuando en 1921 dijo que, al retornar de Ultramar, «se emprendió una campaña contra el Ejército, sostenida especialmente por primates conservadores, para destrozarle por completo y que no pudiera servir de fuerza revolucionaria dentro del país, y cuando se le tuvo bien destrozado, se dedicaron todas las energías de los constructores de la nacionalidad española a fabricar otro Ejército». Y al preguntarse si ese ejército sería «nacional», el diputado socialista aclaró: «No, un Ejército con muchos cuadros aparentes de soldados que permitiesen tener una gran oficialidad, lo más ociosa posible en las manos de los Gobiernos. Y así se empezaron a fabricar, a todo vapor, en las Academias, nuevos oficiales que nadie sabía para qué hacían falta...»[4]

En 1895, cuando Cuba encara su definitiva rebelión, tenía España 562 generales (251 en reserva), con 1.769 coroneles y tenientes coroneles. En 1921, el año de Annual, los coroneles y tenientes coroneles habían pasado a ser 2.656, el 50 por ciento más que en 1895, pero los generales habían subido a 832, el 48 por ciento más.

Escandalosa era la reserva del generalato, que en veintiséis años había aumentado de 251 efectivos a 662, el 163 por ciento.

Se había querido poner coto al disparate, con la llamada *amortización* de 1918, con el objetivo de conseguir la reducción del 25 por ciento de las vacantes. El intento acabó en una farsa. Augusto Barcia y Trelles, diputado independiente, demostraría en el Congreso, con cifras oficiales en la mano, que, si de enero de 1918 a julio de 1922 se produjeron 751 bajas en el rango de coroneles, el número de altas fue de 737, luego sólo se habían «amortizado 14 plazas», muy lejos de las 190 previstas. Peor fue el resultado en las filas de tenientes coroneles, donde el número de bajas fue de 1.441, y el de altas, de 1.640, esto es, un aumento de 199 plazas, «¡en pleno régimen de amortización!»[5], exclamaría indignado Barcia. Y las 2.103 *bajas* en comandantes se habían transformado en 2.416 *altas.*

Cambó había realizado, años antes, un acertado resumen para definir este problema crónico del Ejército. En un debate mantenido en 1919 con el entonces ministro de Hacienda, La Cierva —en el cuarto Gobierno Maura—, dijo: «Más claro, si resulta que en España los coroneles y los comandantes cobran sueldos insuficientes, no se debe resolver el problema ascendiendo los coroneles a generales, y los comandantes a tenientes coroneles, sino aumentarles los sueldos en su propia categoría (Muy bien).»[6] Aprobaron sus palabras, pero nadie le hizo caso alguno.

Dinero había, pero muy mal empleado. Pues si en 1909 el presupuesto del Ministerio de la Guerra ascendía a 218 millones de pesetas, y en 1915 subía hasta 364 millones, en 1918 alcanzaba ya los 429 millones —metrópoli, 317 millones; Marruecos, 112—[7], para situarse, en el ejercicio de 1920-21, en los 627 millones: metrópoli, 480 millones; Marruecos, 147.[8] Lo cual agudizaba un sinsentido permanente: la guerra estaba en Marruecos, no en España. Sin embargo, era en ésta donde se volcaba el 76,55 por ciento del presupuesto del Ejército. A ello se agregaban los gastos del Ministerio de Marina, que no habían sido cosa menor: 2.282 millones entre-1908 y 1921.[9]

El desequilibrio sólo desaparecería después de la muerte de Silvestre y de su ejército. En el presupuesto de 1921-22 los gastos del Ministerio de la Guerra subirían a 1.036 millones: 534 para la Península y 502 para Marruecos.[10] Para entonces, el déficit del presupuesto español ascendía a

[4] DSCD. Intervención de Besteiro en la sesión del jueves 3 de noviembre de 1921, pág. 3.947.
[5] DSCD. Sesión del 28 de junio de 1922, pág. 3.101.
[6] DSCD. Sesión del viernes 8 de agosto de 1919, pág. 900.
[7] DSCD, pág. 3.052. Intervención del diputado Besteiro en la sesión del martes 27 de junio de 1922.
[8] Romanones, conde de, *Las Responsabilidades políticas del Antiguo Régimen. De 1875 a 1923,* Renacimiento, Madrid (s.a.), págs. 126 y 127.
[9] Datos tomados de *Cuentas del Estado Español, 1908 a 1923-24,* Edición del Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1979. Las cantidades del ministerio de Marina corresponden a gastos reconocidos y liquidados por periodos anuales.
[10] Romanones ofrece, en su obra ya citada, y para ese ejercicio de 1921-22, 495 millones de gastos en Marruecos, y 534 millones de pesetas desembolsados en el ministerio de la Guerra. El ejercicio anterior, las cifras fueron de 169 y 439 millones.

1.410 millones. Y había sido de 35 millones en 1909. En tan sólo doce años se había multiplicado por cuarenta veces: Marruecos tenía la culpa.

Estas ofensas a las finanzas nacionales y a la lógica castrense aumentaban si se sabía que, por la ley de 1918, se había dispuesto la creación de un lucido ejército de dieciséis divisiones, cuando Miguel Primo de Rivera reconocería, «bajo su firma, que basta con doce divisiones para las necesidades de nuestro país»[11]. Y no había una sola división disponible en toda España cuando Silvestre la pidió en la angustiosa tarde del 21 de julio de 1921. Ni una sola división completa. Una división que tenía que haber estado lista para embarcar en los puertos meridionales de la Península rumbo a Melilla para llegar a su destino en doce horas, como recordaría, indignado, el diputado Prieto en el Congreso.[12] Nunca lo estaría. Tampoco lo estaría la Escuadra. Silvestre y los suyos morirían por ello.

Desde 1913, al año de la implantación del Protectorado, hasta 1921, el volumen de gastos del Ministerio de la Guerra ascendió a 2.354 millones. Sumados a los 890 millones gastados en Marruecos en ese mismo periodo, llegaba a los 3.244 millones. Y como a éstos debían incorporarse los 1.897 millones empleados en Marina desde el mismo año de 1913, el total subía a la fantástica cifra de 5.141 millones de pesetas.[13]

Había otros excesos, y de regia decisión. Por la ley de 1918, los guardias alabarderos, en su mayoría suboficiales, tenían unos haberes de dos mil pesetas anuales. Pero por una Real Orden del 17 de octubre de 1919, los mismos guardias del Cuerpo de Alabarderos pasaban a percibir sueldos de seis mil pesetas, «permitiéndoseles llegar hasta el empleo de capitán a los efectos del sueldo, permaneciendo de sargentos»[14]. Mientras tanto, los sargentos del Ejército, cuyo sueldo máximo era de 1.500 pesetas anuales, percibirían, años después, 2.241 ptas.[15] Una subida del 200 por ciento para los alabarderos del Rey y un aumento del 49,40 por ciento para la arruinada suboficialidad del Ejército.

Las injusticias destruyeron la moral del soldado: si en plena guerra contra Estados Unidos los desertores o prófugos alcanzaron niveles del 4,62 por ciento, ese porcentaje subió en 1914 a proporciones insostenibles, el 22,09 por ciento.[16]

España se estaba quedando sin Ejército y ni se daba cuenta. Se había perdido la idea de Ejército; primero desde la milicia y luego desde el poder. Los gobiernos, y los cuadros rectores del Ejército, olvidaron lo esencial en cuestiones militares: formar buenos soldados; darles un trato digno y entregarles el mejor material; y poner a su cabeza a mandos competentes fruto de una severa selección, con enseñanzas ajustadas a su función. Los tres propósitos fallaron en cadena. Y el Ejército comenzó a desintegrarse. Sobrevino así una completa anarquía.

La Corona y el Ejército, rehenes de la conquista

Los mundos marroquíes aparecieron, para la atribulada España castrense de principios de siglo, como un lugar de redención donde recuperar la necesaria convicción del militar que, si necesita de la gloria, también necesita sentirse útil ante su conciencia histórica. Luchar en Marruecos, contra su territorio, su clima y sus hombres se entendía, incluso, como una expiación, porque la derrota ante Estados Unidos seguía torturando el alma colectiva y el recuerdo personal: la mayoría de los oficiales destinados en África habían combatido en Cuba y Filipinas. Aquella afrenta necesitaba ser vengada, ante un fiero enemigo. Marruecos representaba la perfección en ese reto: un espacio mítico —el recuerdo de la campaña de 1859-60 pesó en un sentido exótico y a la vez cándido— en

---

[11] Julián Besteiro ante el Congreso, sesión del 27 de junio de 1922. DSCD, pág. 3.951.
[12] DSCD. Sesión del 27 de octubre de 1922, pág. 3.832.
[13] Romanones, en su obra citada, advertía: «Los gastos militares en Marruecos, desde 1903 a 1913, no pueden precisarse, por figurar englobados en los generales del Ministerio de la Guerra hasta el último de esos años, que aparecen en sección aparte».
[14] Intervención del diputado Salvador Canals en el Congreso, en la sesión del 27 de junio de 1922. DSCD, pág. 3.060.
[15] Intervención del diputado Rodríguez de Viguri en la misma sesión (27 junio 1922). DSCD, págs. 3.508 y 3.509.
[16] Payne, S. G., *op. cit.,* págs. 114-116.

la nueva emoción africanista, y hasta en la movilización religiosa y racial que se apoderó de no pocas mentes. El Protectorado empezó así como una conquista de prestigios; de pomposas seguridades estratégicas —defender *la independencia* de España desde la orilla africana—; de grandes riquezas mineras y supuestas tierras fértiles —dos grandes engaños—; de sometimiento de almas bárbaras y de afirmación civilizadora de lo europeo y cristiano sobre una raza inculta, inferior. Los franceses de Poincaré pensaron lo mismo sobre Marruecos. La diferencia: llevaron consigo mejores generales.

Pasar el Estrecho se convirtió en una apasionada divisa de combate. Miles de hombres, como militares, y cientos de familias, como colonos, creyeron en esa señal, que una política irresponsable —la de Romanones y Dato— enarboló una vez sellados los acuerdos de Protectorado en noviembre de 1912. Éstos imponían el vasallaje de Marruecos al *diktat* franco-británico; pero eran los españoles quienes iban a poner en juego no sólo el mayor esfuerzo social, sino la suerte de su Ejército, la paz misma de su política interna y la integridad de su sistema monárquico.

El militar español era *hombre de imposibles,* y ese espíritu audaz y terco, a lo Cortés y a lo Pizarro, campeador y altivo, revivió con energía retadora en la empresa africana. El Rif y Yebala se convirtieron en *campos de torneo* para el Ejército.

Alfonso XIII asumió, como empeño *personal* de la Corona, la idea colonial en Marruecos, cuando si había medios económicos, no había gestión eficaz, ni menos aún resultados convincentes, ni tampoco antecedentes esperanzadores. Cambó destruiría ese misticismo colonial con una brutal frase en el Congreso: « ¿Qué empresa de Marruecos, si España es un país que tiene perfectamente demostrada su incapacidad como pueblo colonizador?»[17] El Rey tuteló ese esfuerzo titánico de la nación, de su régimen y del Ejército, cuando ni había ejército, ni ganas de que hubiese uno y consecuente con su función, mientras quedaba mutilada la política de Estado y el país entero era sometido a una durísima prueba.

Francesc Cambó, en otro memorable discurso ante el Congreso, advirtió: «Hoy, y cada día más, se va perdiendo la esperanza de que nuestra actuación en Marruecos sirviera, como algunos esperábamos, de rehabilitación de toda una historia de vergüenzas en la colonización de Ultramar, que viniese a dar a la pobre España, desangrada y deshecha por las discordias de sus hijos, un ideal colectivo que a todos nos hermanase y que fuese creador de un nuevo patriotismo...»

Aquel 4 de noviembre de 1913, Cambó previno de que «sigue en Marruecos el camino de Cuba, que estamos preparando la misma caída que tuvimos en Ultramar y que la estamos preparando a las puertas de Europa. Y que allí vamos a poner de manifiesto, a los ojos del mundo, todas las vergüenzas y todas las inepcias de nuestra decadencia». En su alegato, el líder de la Lliga apuntó a la Corona: «A lo de Marruecos se ha de poner un término pronto, muy aprisa. Con una realeza sin defensor y con un factor como el de Marruecos, puede ser muy negro el porvenir de España.»

Y como si pudiera prever el ascenso de Alfonso XIII a máximas cotas de prestigio —su intervención en pro de los prisioneros de guerra en el conflicto de 1914-1918—, y, a la vez, anticipar lo que sucedería después, añadió Cambó: «Y recordaréis también, los que hayáis leído la Historia, que los momentos de gran popularidad de los Príncipes muchas veces estaban muy cerca de los cambios de régimen.»[18] En dos años, el alfonsismo de modélica neutralidad recibiría honores mundiales[19], pero en ocho vendría Annual. Y en diez más, la II República. Y nadie, ni siquiera el Ejército, estaría al lado de *El Rey caballero.*

Diversas formas de hacer la guerra y colonizar en el Rif

Cuando Silvestre hizo su espectacular desfile caballista junto a Marina, en 1908, para clausurar

[17] Recordada por Julián Besteiro en la sesión parlamentaria del jueves 3 de noviembre de 1921. DSCD, pág. 3.965.
[18] *Ibídem.*
[19] Pando Despierto, Juan, «La ayuda española a los prisioneros en la Gran Guerra», en *Historia 16,* n° 227, marzo 1995, págs. 27-38. El *Daly Mail* calificaría a Alfonso XIII como *The Cavalier King,* y esa caballerosidad del monarca fue efectiva hacia un millón y medio de cautivos en campos de concentración.

las simulaciones de conquista española en la Restinga ante El Roghi, no podía saber que inauguraba un peculiar sistema de dominio: pactar, por dinero, con los jefes rifeños, la ficción de una *defensa militar* de un determinado enclave o territorio, para luego abandonarlo ante el posterior *avance* español. Es lo que propondrían Jordana y Aizpuru a los Abd el-Krim.

El dilema de la ocupación colonial en Marruecos se reducía a esto: ocupar el país con fuertes bajas o *sin sangre.* Se optó por lo segundo y con la siguiente *praxis:* un oficial español hacía llegar un aviso al jefe indígena de la zona a ocupar, explicándole que «si estaba dispuesto a ayudar a España, podría recibir una subvención, que casi siempre oscilaba alrededor de las quinientas pesetas mensuales» (el sueldo de un capitán). Con ese dinero, el kaid así tentado tenía que levantar «un grupo de adeptos», a los que debería pagar una *muna* (soldada) diaria de dos pesetas. Se formaba así una *harka* (contingente) que poseía del término sólo un sentido folclórico. Pita lo sintetizaría del siguiente modo: «España no debe olvidar que toda labor de penetración en África se supedita a tres factores: la Religión, la Política y el Dinero, siempre mejor que las armas, aunque éstas y aquél deben emplearse según convenga.»[20]

Ese notable recibía, más adelante, un perentorio aviso del mismo oficial, en el que se le comunicaba que se establecería un puesto español dentro de su territorio, advirtiéndole que había llegado el momento de «hacer un gran servicio a España». El *servicio* consistía en ocupar la posición dominante sobre el camino de avance de las tropas españolas. Al llegar éstas, el jefe sobornado tenía que hacer «como que era enemigo de España, y cuando estuviera colocado en esa posición preponderante, dejar actuar a las tropas españolas»[21]. Así todos quedaban satisfechos: los españoles lograban grandes *éxitos militares* y los indígenas recibían su buen dinero, encantados de que se les abonase aquellas cantidades por tan poco esfuerzo.

A la comodidad siguió la perversión: enterados otros jefes de la farsa, exigían en sus asambleas *(yemaa)* que su compatriota repartiese beneficios o luchase. El notable a sueldo de España solía tomar partido por su dignidad. En la siguiente operación, cuando los españoles desfilaban frente a sus posiciones, en lugar de realizar una simple *algarabía* y replegarse, abría fuego, por sorpresa, «con la tropa que había formado y el dinero que nosotros le dimos». Rodríguez de Viguri haría este resumen: «Esto era lo que se llamaba alta política indígena.»[22]

Azpeitia, conocedor de los embustes coloniales en Marruecos, daría esta otra versión: «El moro sabía que nos enorgullecíamos con triunfos comprados, y que dimos por batallas ganadas lo que era producto del soborno.»[23] Pero la idiosincrasia hispana ofrecería una alternativa individualista y desde luego honrosa.

Ejemplo de ello sería el caso del capitán Juan Redondo, de la Policía Indígena. Este militar, al llegar con su destacamento frente a la cábila de los Beni Bu Yahi, recorrería *a pecho descubierto* las tierras de Arruit, objeto de su jurisdicción.

El Mir, un notable de la región, alarmado ante la osadía del capitán, le hizo llegar por un *rakkas* (mensajero) un repentino desafío personal: duelo entre jefes. Del choque —a muerte— se decidiría el resultado de la campaña. El español aceptó el guante, y sorprendió a su enemigo, pues llegó hasta el mismo campamento rifeño, donde se presentó solo y sin armas. Admirado de aquel valor, el kaid de los Beni Bu Yahi no pudo por menos que rendir honor a la gesta: «Por esto que haces, porque eres un valiente, desde este momento mi cábila queda por entero sometida al dominio de España y puedes mandar en ella.» De la hazaña de Redondo diría el marqués de Valderrey «que eso me entusiasmó de manera extraordinaria»[24]. Tal vez fue este mismo Redondo, siendo comandante, quien tendría trágico final en Xauen (10 de noviembre de 1920), a poco de ser tomada la ciudad santa. Algo parecido a lo de Redondo hizo Larrea en la guerra del Barranco del Lobo. Aquel año de

[20] Pita, Federico, *Marruecos. Lo que hemos hecho* y *lo que debimos hacer en el Protectorado español,* Editorial Artes Gráficas Postal Exprés, Melilla (s.a.), pág. 8.
[21] DSCD. Intervención de Rodríguez de Viguri, en la sesión del miércoles 2 de noviembre de 1921, pág. 3.908. Viguri poseía una experiencia de siete años en diversos puestos coloniales.
[22] *Ibídem.*
[23] Azpeitia, Antonio, *Marruecos. La mala semilla,* Imprenta Clásica Española, Madrid, 1921, pág. 20.
[24] DSCD, pág. 4.150. Intervención del diputado conservador Manuel Pidal y Bernaldo de Quirós, marqués de Valderrey (electo por la circunscripción de Almendralejo, Badajoz), en la sesión del martes *15* de noviembre de 1921.

1909, Francisco Larrea Liso era uno más de tantos coroneles en África. Pocos sabían que este militar navarro, de cincuenta y cuatro años, barba blanca y lentes casi siempre caídos, era un reformador nato, autor de un ensayo —*Organización militar de España,* 1893— donde demostraba su talento. De carácter firme y franco, intuitivo y tenaz, Larrea había tratado con El Roghi en 1906, como dominador que era de la lengua y las costumbres rifeñas. Estaba capacitado para mayores empeños que los de sostener Melilla por medio de contraataques frontales. Y hubo un acierto: el de Marina, al confiarle una operación de flanqueo hacia la insumisa cábila de Quebdana. El 3 de septiembre de 1909 Larrea salió en pos de su objetivo con ochocientos hombres y una *harka* auxiliar.[25] Pocos, en Melilla, confiaban en verlos de regreso.

Larrea llegó a Quebdana, parlamentó con los jefes de la cábila, les halagó y asombró con su peculiar *saber manera* —expresión coloquial hispano-marroquí que acredita al buen negociante o político—, y al fin les convenció para que colaborasen con España. En seis días logró la sumisión completa. Con su resolución, Larrea había sabido vencer otro temible Gurugú: las alturas de los montes de Quebdana alcanzaban los 1.800 metros, y el área de contacto con elavance español se conocía como *la región de los 101 barrancos.* Un testigo de los hechos, el periodista aragonés Leopoldo Romeo y Sanz, más tarde diputado por Belchite, recordaría en 1921 la bravura y lucidez de Larrea, y de la tierra por él sometida diría que era una «región en la que trescientos o cuatrocientos hombres hubiesen inmovilizado a treinta o cuarenta mil», concluyendo: «Pues bien, Quebdana se sometió sin disparar un solo tiro.»[26]

Larrea —brigadier en 1909 y divisionario en 1911— sería nombrado comandante general de Ceuta, tomando posesión el 8 de mayo de 1914. Al día siguiente fallecía, víctima de una larvada bronconeumonía manifestada con inusitada violencia. Con él perdía España a uno de sus mejores africanos, un primer Morales.

Arruit, robo de tierras y de tres mil vidas

En junio de 1914, los españoles dominaron la desolada llanura del Garet.[27] Fue allí donde la Compañía de Colonización —de la que el marqués de Valderrey fue socio— compró treinta mil hectáreas, motivada por la riqueza mineral y la remota posibilidad de convertir la zona en *espacio agrícola.*

Empezaron a llegar colonos. La mayoría eran de origen español, procedentes del Oranesado. Trataban de escapar del alistamiento francés y la casi segura muerte en los frentes de la Gran Guerra. Pero los nuevos dueños de las tierras no les ofrecían un paraíso, sino la realidad de la especulación, algo previsible tratándose de una empresa cuya «actividad consistió en comprar terrenos a cuatro para revenderlos a veinte». Muchos abandonaron: «La Compañía Colonizadora les trató con tal avaricia y con tanto despotismo que hubieron de renunciar a sus propósitos y volverse a Argelia.»[28] Eso les salvaría la vida.

Los legítimos dueños de las tierras, los Beni Bu Yahi, se quedaron sin nada, porque nada eran los pocos miles de duros que recibieron sus jefes— como señuelo de un negocio de por sí maldito. Ni tenían derecho a trabajar en sus propios campos, ni se les miraba con simpatía en las minas, donde los obreros españoles eran los preferidos. Los extranjeros les impedían llevarse a sus casas aquellas tres o cuatro pesetas diarias que significaban la diferencia entre vivir con dignidad o penar en la miseria tras llevar una carga de treinta kilos de leña a las espaldas, en trayecto de veinte kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, para venderla en Melilla por dos reales hassaníes.

El rifeño sabía lo que le quitaban, pues fuese mucho (las tierras) o poco (las minas, cuya riqueza había sido exagerada), lo era todo para él. Un hombre que «no es, como creen algunos, un animal, una bestia de carga», como diría Romeo, quien considerará estos hechos, en junio de 1922, como

---

25 *España en sus héroes.* Obra coordinada por José Mª Gárate Córdoba. ORNIGRAF, Madrid, 1969, pág. 254.
26 DSCD, sesión del jueves 29 de junio de 1922, pág. 3.182.
27 *Historia de las Campañas..., op. cit.,* tomo II, págs. 512-595.
28 Azpeitia, A., *op. cit.,* pág. 21.

«la causa del Desastre y no otra»[29]. Expropiación y hurto. Hambre y desesperación. Odio y espera. Las gentes de Beni Bu Yahi quedaron desnudas de bienes, de proyectos, de razones. Lo perdieron todo. Y sería maldito el Garet porque, años después, esos mismos campesinos matarían a los colonos, violarían a las mujeres, incendiarían granjas y almacenes, y formarían dos filas de fusileros a la salida de una guarnición rendida por la sed, las enfermedades y el desánimo de no haber sido rescatada por los suyos, quedando sólo confiada en las leyes de la guerra. No habría leyes. No habría perdón. Y acabarían con todos: 2.598 hombres, muertos en quince minutos. Culpables de robar unas tierras que nunca habían visto ni sabían de quiénes eran. Sería allí, en Monte Arruit, el martes 9 de agosto de 1921.

Un ministro singular: el vizconde de Eza

La noticia de la llegada del ejército de Silvestre a Annual pasó sin pena ni gloria en Madrid. El jefe de Gobierno, Dato, otorgó al hecho una escasa relevancia.

Eduardo Dato Iradier estaba en política por convicción y por necesidad vital. Eminente abogado, había abandonado al canovismo antes de que su titular fuera asesinado en 1897, y en el regazo de Silvela había ido subiendo posiciones hasta ser alcalde de Madrid, para luego acceder a la Presidencia del Congreso. Había chocado con Maura, pues el político mallorquín era más liberal que muchos liberales, de los que le separaban su sentido estricto del Estado. Cuando Maura, bajo el desdén alfonsino, no quiso suceder a Romanones, Dato se aprovechó para formar su primer Gobierno. Estaba entonces en el tercero —iniciado el 5 de mayo de 1920— y pensaba durar bastante tiempo en esa confianza regia. Pequeño de estatura pero vivo de pensamiento, con singulares rizos blancos sobre su frente despejada, delgado y distinguido, muy bien considerado en la Corte y consultado siempre por las grandes finanzas, apenas sentía nostalgia de su Coruña natal y, a sus sesenta y cinco años, se encontraba a gusto en Madrid y gobernando el país. Con orden. Marruecos ná parecía ser ningún problema y suministro de la Guerra mostraba hechuras para resolver cualquier situación.

Luis de Marichalar y Monreal, vizconde de Eza, era un titular atípico del Ministerio de la Guerra. En su despacho del palacio de Buenavista, recinto acostumbrado al tránsito ruidoso de grandes *espadones,* Eza, con sus elegantes sombreros y trajes bien cortados, su educada sonrisa y sus frases amables, hacía figura de *político fino,* entusiasmado por las cosas militares, y que estaba allí, en la solemne catedral de la milicia, de paso. Natural de Madrid, tenía cuarenta y nueve años y se encontraba cómodo en cualquier puesto oficial, pues conocía varios ministerios por los cargos que en ellos había ocupado. Había sido diputado por Soria sin interrupción desde 1899 hasta 1914, y luego senador del Reino. Pertenecía a la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Eza era un experto en situaciones económicas y agrarias, y cuando fue director general de Agricultura con Maura (en 1907) o ministro de Fomento con Dato, en el segundo Gobierno de éste (en 1917), reconoció encontrarse en su elemento. Estaba en Guerra porque los anteriores titulares —Muñoz Cobos, Santiago, Tovar, Villalba— no eran de la confianza de su jefe. Dato le había probado en la conflagración mundial, y había quedado satisfecho. A él le pasaba lo mismo. Pero ninguno había estado en una guerra. Devoto de la monarquía, ilusionado en su tarea sin ser un iluso, Eza se entendía bien con Dato, que le mantenía a su lado como hombre leal. Sólo mostraba dos carencias, pero graves para su puesto: no tenía ni idea de cuestiones estratégicas y en armamento moderno era un iletrado. Exponía una gran virtud: quería aumentar el voluntariado del Ejército, lo que no le hacía popular entre los generales.

Había sabido mostrarse resolutivo ante una situación difícil, la creación del Tercio de Extranjeros, empeño personalísimo de su buen amigo José Millán Astray. Aparecía así un cuerpo de choque y un ejército de pago, pero sin ese carácter mercenario *sensu stricto* que imaginara Romanones en 1913. El Tercio de Extranjeros, copia del modelo legionario francés tras un viaje de referencias de su fundador a Argelia, parecía ser la base para que España se dotase de un ejército

[29] DSCD. Intervención del diputado por Belchite, Leopoldo Romeo, en la sesión del viernes 30 de junio de 1922, pág. 3.

colonial: profesionalizado en el combate y rentable en lo político. Pagando bien —setecientas pesetas por una prima de enganche «a cinco años», o trescientas pesetas «por una sola vez»—, se podía morir en Marruecos a cuenta del Estado y sin severas recriminaciones parlamentarias. La intención de Eza era reducir la emoción social por el fúnebre goteo de bajas en Marruecos, lo que enardecía a la oposición institucional y desmoralizaba la recluta anual.

El proyecto de constitución de la Legión había recibido fuertes críticas. El mismo Silvestre era contrario al nuevo Cuerpo, y así se lo había hecho saber a Berenguer, en carta fechada el 6 de febrero de 1921: «No siendo partidario de la creación, en este territorio del Tercio Extranjero, por múltiples razones y que ya te expondré cuando vengas.»[30] Las razones de Silvestre eran éstas: la paga de la Legión arrastraba a muchos de sus veteranos —entre mil quinientos y dos mil solicitaron plaza—, que, además, se veían obligados a cambiar de territorio: la Legión estaba en Yebala y no en el Rif.

Eza, pese a que «todos los informes estaban en contra», cogió el expediente, «detenido en el Ministerio», y lo llevó al Consejo de Ministros que presidía Dato, «entendiendo que era necesario acometer la empresa». La ley de 1918 autorizaba esa recluta voluntaria, «peninsular o indígena». Y aunque nada decía de «soldados extranjeros», Eza sostuvo el principio jurídico de que «quien concede lo más, concede lo menos». Tan mirado en sus actos, Eza tenía coraje cuando hacía falta, pues años después admitiría lo que pensaba en 1920 y con singular desparpajo: «A mí, hombre civil, no me importaba tirar los cuatro millones que podía costar el ensayo (la Legión), si estos millones nos podían ahorrar algún día cuatrocientos, y si, por dar resultado, quedaba abierto el camino que nos condujera a un ejército colonial.»[31]

En Marruecos, y desde 1913 a 1921, se habían desembolsado 1.025 millones de pesetas en gastos militares (en los ejercicios de 1921-22 y 1922-23 se desembolsarían otros 868 millones). En soportar, entre 1895 y 1899, y por la fuerza de las armas, sus derechos en Ultramar, España había gastado 2.229 millones. En la conquista de Marruecos iba a hundir una masa de capital similar a la sumergida en Cuba, Filipinas y Puerto Rico.[32]

Escatimar dineros para una guerra, que duraba ya doce años y sangraba al país, fue una necia decisión de Estado que Eza tampoco anuló. Había que otorgar los créditos que fuesen precisos para tener un ejército digno de ese nombre y liquidar esa guerra, o había que retirarse de Marruecos *sin más.* Dato no pensaba en tales alternativas, y Eza menos aún.

El Gobierno gastaba y gastaba en Marruecos, pero escatimaba la confección de un plan colonial coherente. El Ejército sobrevivía con lo que le daban, y, a cambio, renunciaba a invertir en material y en ideas de colonización, con lo que si parecía limitarse a sobrevivir, en realidad estaba ahorcándose.

Apaños presupuestarios y un ejército en alpargatas

Marruecos era un *saco roto* para el dinero de España, pero cuando se presupuestaba para llenarlo, podía darse el caso de que no se utilizase. Ejemplo de ello fue la difícil defensa de Xauen, tras la conquista de la ciudad santa el 14 de octubre de 1920. Xauen había caído no por la fuerza bruta, sino por la conjunción de la inteligencia y la audacia, el perfil que caracterizaba a Alberto Castro Girona, teniente coronel de cuarenta y cinco años de edad. Disfrazado de carbonero del Ahmas, la cara tiznada, las ropas andrajosas, se había introducido en Xauen y desvelado su verdadera identidad ante la estupefacta *yemáa* (asamblea) de notables, aconsejándoles, en fluido chelja, rendirse o perecer: cuatro poderosas columnas españolas —Navarro, Saliquet, Vallejo y la suya propia— estaban *encima* de Xauen. Fuese por esa amenaza, o por la entrega de algún dinero, buen calmante de ardores bélicos[33], la urbe sagrada del septentrión marroquí se rindió. Pero una vez

[30] SHM, Legado «Manuel Fernández Silvestre», carp/4.
[31] DSCD. Sesión del 29 de noviembre de 1922, pág. 4.412.
[32] Romanones, c. de, op. *cit.,* pág. 126 y 127.
[33] La tesis de Woolman (op. *cit.,* pág. 86).

tomada, había que defenderla. Dominantes de las alturas, los gomaríes abrieron un aniquilador *paqueo* sobre los españoles.

Xauen, gigantesco campamento al descubierto, se transformó en matadero. El 21 de octubre hubo graves pérdidas: 131 muertos según unos[34], o 108 bajas, de ellas 13 muertos, en datos más fiables.[35] Faltaban municiones, comida, medicinas y... sacos terreros. Pero el presupuesto de 1919-1920 contenía una abultada partida para estos últimos: 740.000 pesetas.

Un año después, consumado el desastre africano, al recordar Companys a Eza lo sucedido en Xauen, señalando que aquellos sacos terreros «no habían sido solicitados por el general Berenguer», el ex ministro interrumpió al orador para afirmar: «Exacto.» Y ante el pasmo de la Cámara, Eza añadió: «Al Parlamento no se le debe más que la sinceridad.»[36] De la toma de Xauen, gran triunfo del mandato consular de Berenguer, quedó una impresión: la de que la guerra estaba *terminada;* cuando la ciudad seguía cercada y así seguiría hasta la trágica retirada de 1924. Pero su aura victoriosa había servido para que Berenguer recibiera el título de conde de Xauen, con que le había agraciado el Rey.

Eza mandaba sobre un *ejército de tiritona,* descalzo y errante. Berenguer, por carta fechada el 4 de febrero de 1921 se lo decía:

> «Muchas veces hay que comer en frío y aun que dormir a la intemperie si no llegaron las tiendas (...). Para las marchas se usa la alpargata, que si en verano es buena, en las épocas de lluvia no sirve, pues se queda en el barro de los caminos.»

Berenguer denunciaba el estado del armamento: «En los fusiles y carabinas hay una gran proporción de descalibrados»; sin olvidarse de las ametralladoras Colt, pues «muchas no funcionan a los primeros disparos». A ello añadía la penuria en municiones de artillería y el estado de la aviación, de cuyas escuadrillas diría que son «incongruentes», dada «la diversidad de modelos y la falta de repuestos de calidad»[37]. Después de leer este *memorial de penas,* Eza tenía dos opciones: buscar el dinero para arreglar tal situación o dimitir. Podía tomar otra decisión: volver a Marruecos para investigar lo que estaba mal y por qué. No quiso repetir la experiencia y se quedó con un ejército en alpargatas, semidesnudo en armas y analfabeto en tácticas. Más un desastre en puertas.

El viaje de un ministro: ver, callar y esperar

Como el mismo Eza decía, «ni un solo día dejo de preocuparme de Marruecos»[38]. Su problema, y el de la España alfonsina, es que en nada supo materializar esa inquietud suya diaria.

Eza se había desplazado a Marruecos entre el 9 y el 20 de julio de 1920. Visitó cuarteles, presidió desfiles y banquetes, recorrió blocaos y campamentos, y comprendió que sus anfitriones trataban de que volviese a Madrid .tan confiado como había llegado. Volvió Eza inquieto, pero nada dijo al Rey. En carta a Lema, ministro de Estado, y fechada en Madrid el 13 de agosto, comunicaba a su colega de Gobierno que el alto comisario «carece de algo difícil de definir, pero palpable en la realidad, que le dé esa personalidad indispensable para tener una iniciativa absoluta como plena sea la responsabilidad que le incumba».

Había más: Eza percibe que Berenguer *reina pero no gobierna* en Marruecos, al señalar que el alto comisario no se atrevía «a tomar iniciativas terminantes por sí mismas y a usar de su

[34] Las cifras de Woolman (op. *cit.,* pág. 87).
[35] *Historia de las campañas...,* tomo III, págs. 150-152.
[36] DSCD. Sesión del 11 de noviembre de 1921, pág. 4.113.
[37] Esta carta de Berenguer a Eza es, con mucho, la más divulgada en la historiografía de la época. Sin embargo, Eza no la hizo pública en sus discursos ante el Congreso de 1921, pero el diputado socialista Indalecio Prieto sí, y en la sesión del martes 8 de noviembre de 1921. DSCD, pág. 3.831.
[38] En carta a Berenguer del 4 de septiembre de 1920, hecha pública en el Congreso. DSCD, 29 noviembre 1922, pág. 4.417.

autoridad»[39]. Eza acierta en su diagnóstico, pero se lo dice a Lema, no a Berenguer. No actúa como un verdadero ministro de la Guerra. La autoridad que no veía en Berenguer resulta que le faltaba a él mismo. Se limita a ver, callar y esperar.

En uno de los momentos de aquel viaje, Eza llegó a Cheif, espolón de la línea española volcada sobre el Rif central. Con su comitiva sube hasta los parapetos. Tiene a su derecha a Berenguer, «y a mi izquierda al general Silvestre», pues la escena la recordará, dos años después, en el Congreso.[40] Enfrente está la posición rifeña de Taffersit.

Silvestre aprovecha la situación para hacer ver a Eza que, al llegar a Cheif, hubiera podido «en una galopada» alcanzar Taffersit. Berenguer, como pillado en falta de *atrevimientos,* interviene para decir que «podía haberlo hecho, porque él autorizaba las operaciones y fijaba el límite, pero no determinaba los metros de terreno que se había de avanzar».

Taffersit estaba a «tiro de cañón» de Cheif: siete mil metros para el alcance de la mejor artillería española de campaña. Pero Silvestre no se deja engañar y contesta a Berenguer con tanta sinceridad que sorprende a Eza: «Eso no, señor ministro; porque con la fama de loco que tengo no quiero hacer nada sin que me lo mande el Alto Comisario.» Y Berenguer que replica —según Eza, con «aquella expresión diplomática »— a Silvestre: «Ésas son cosas del desarrollo de un plan que incumbe a quien lo ejecuta; cuando lo creas oportuno, estás autorizado para hacerlo.» Eza vuelve a Madrid y Silvestre queda delante de Taffersit. Cavila el ataque. Y se decide, pero avisa a Berenguer. Éste, a su vez, se lo comunica a Eza el 2 de agosto. Silvestre cumple los trámites. No es un general insubordinado. Hace su tarea, con lo que tiene. Y también con lo que se le ocurre: sus *repentes* tan famosos.

Pasmo de un militar inglés y negativa de un artillero español

El 7 de agosto de 1920 Silvestre se lanza sobre Taffersit y lo conquista. La operación, tan arriesgada como afortunada—, tiene un testigo: el general William C. Rudkin, ayudante del rey Jorge V. Rudkin presencia el temerario asalto español y queda pasmado de su providencial desenlace. Las unidades de Silvestre se han desplegado de frente sin importarles el blanco que ofrecen; el ataque, desarrollado casi sin protección de la artillería, deriva en una acometida suicida; y los flancos, expuestos al contragolpe rifeño, logran salvarse por confusión del enemigo.

Muy impresionado, Rudkin reclama la presencia del general Monteverde, segundo jefe en Melilla. Monteverde había sido miembro de varias comisiones españolas durante la Gran Guerra y hablaba bien el inglés. Llegado Monteverde, Rudkin le pide que traduzca al español lo siguiente: «Si a un general inglés le mandan hacer esto, contesta: Gobierno, hazlo tú; yo no lo hago. Mi cargo está a su disposición; no porque se ventile mi prestigio, que vale poco, sino porque se ventila el prestigio de mi país y, acaso, su porvenir.» Y Rudkin, convencido de lo que decía, precisó a Silvestre: «Ha hecho Vd. un verdadero milagro, porque no tenía medios para realizar lo que ha hecho.»[41] Cinco meses más tarde, los españoles estaban en Annual.

Por aquel entonces, se había abierto una amplia colecta en Melilla: se quería construir una iglesia para el clero castrense. La idea había partido de la madre de Silvestre, doña Eleuteria, y se repartieron cartas entre los oficiales de la plaza.[42] Uno de éstos, teniente de Artillería, recibió esa petición, fechada el 26 de abril de 1920: le pedían cinco pesetas. El teniente contestó dos días después, manifestando: «No soy de la opinión de que se deba construir una capilla castrense.» Para soslayar dudas, terminaba con estas palabras: «Y que, por lo tanto, no puedo contribuir en nada para ese fin. Siempre a su disposición, su affmo. s.s. Diego Flomesta Moya.»[43]

---

[39] Eza, vizconde de (Luis de Marichalar y Monreal), Mi *responsabilidad en el Desastre de Melilla,* Madrid, Gráficas Reunidas, 1923, págs. 141-148.

[40] Intervención de Eza ante el Congreso de los Diputados. DSCD, sesión del 29 de noviembre de 1922, pág. 4.404.

[41] Dávila Jalón, *op. cit.,* págs. 270 y 271.

[42] Así aparece en detallado listado de colaboradoras para tal proyecto en el SHM, Legado «Manuel Fernández Silvestre».

[43] Carta facilitada al autor por el general de Artillería don Antonio Nogueras, mayo 1996.

Hubo conmoción en Melilla. Cuando la madre del comandante general pide dinero a todos para una obra piadosa, surge un artillero que dice no estar de acuerdo y lo dice por escrito.

Tampoco estaban *muy de acuerdo* los canteros rifeños cuando empezaron las obras, en las inmediaciones de la plaza de España. Los obreros españoles, que trabajaban en el mismo tajo, quedaban absortos cuando los indígenas, socarrones, musitaban ante ellos esta inquietante metáfora: «Llevarse, llevarse la piedra para hacer mezquita de cristianos, que pronto irán moritos por ella.».[44] Se materializarían tales profecías en los tiempos de Abarrán.

[44] *ABC,* edición del martes 23 de agosto de 1921.

Capítulo IV

Aquella primavera muerta en Abarrán

Retrato de Silvestre: buen padre y monarca militar

En 1921 Manuel Fernández Silvestre y Pantiga era «Silvestre» a secas. Tenía fama de militar resolutivo y la tenía bien ganada. Se le creía capaz de superar las situaciones más difíciles y también de complicarlas como nadie. Pero había aprendido de sus errores en la época de Larache y era más prudente en su situación rifeña de lo que había sido en la yebalí. Estoico en sus gastos, mandaba su sueldo, íntegro, a su madre, doña Eleuteria, que vivía, junto con sus hermanas, en Melilla. La familia mantenía un piso en Madrid, en la calle de Almagro, 11, adonde se había mudado del anterior, sito en San Bernardino, 7.[1] Sólo era fiel, y hasta la exageración, a su propia fama. Seguía diciéndose de él que tenía *buena estrella,* lo único de que alardeaba.

El general, que había perdido a su única hija, Elvira, con pocos años de edad —y a la que parece enterró en Alcalá de Henares—, tenía a su lado a su hijo Manuel, que había ingresado en la Academia en 1917 y salido de ésta en 1920 con el grado de alférez. A sus veinte años, Manuel era aún más alto que su padre, bien parecido, muy delgado, sencillo en sus gestos. De los pocos lujos conocidos de Silvestre, la educación de su hijo varón formaba la parte esencial: Manuel había estudiado en buenos colegios y hablaba inglés y francés con corrección. Destinado al Regimiento de Cazadores de Alcántara, pasó después a los escuadrones del Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas n° 2.[2] Devoto de su padre, tendría también un trágico fin.

En la milicia se admiraba a Silvestre, pero no se le quería. Su carácter espontáneo, contrario a la doblez, repelía los afectos esta-mentales, aunque no los de sus fieles: Capablanca, Fernández Tamarit, Hernández, López Ruiz, Manella, Manera. En el Ejército, y en sociedad, se tenía a Silvestre por un conquistador. Y en todos los sentidos. Esta última faceta —muy acusada en la leyenda popular del controvertido personaje— hacía caso omiso de que el general estaba viudo desde 1907. En la época previa a Annual, convivía con su madre, sus hermanas Carmen y Mercedes, y su hijo Manuel, en Melilla, con esporádicos viajes a Madrid.

En la Corte guardaba Silvestre pocos pero firmes valedores: La Cierva, Eza, Emilio María de Torres —secretario del Rey—, y el mismo Alfonso XIII, que le profesaba sostenido aprecio.

A Silvestre se le temía. Debería temerse él mismo, pero no. Era hombre de pelea y aceptaba todo envite sin vacilar. Monarca castrense de Melilla, estaba aislado de la España política, confiado en su ejército, cuando ni lo tenía ni reconocía que no lo tenía. Él mismo se engañaba, creyendo sus propios sueños. Silvestre sostenía una guerra, ya perdida, contra el cinismo institucional y la abulia del corporativismo militar, y otra, que esperaba ganar, contra un enemigo desunido y sin guía. Este segundo adversario era una excepcional comunidad de milicias. Un pueblo-ejército. No disponía de cañones y ametralladoras, ni de aviones y acorazados, pero disponía de sobrado coraje y profunda fe. Pronto elegiría a su caudillo (Abd el-Krim) y se uniría bajo él. Silvestre estaba sin ejército y sin ideas, aunque tenía dos cabezas: Dávila y Morales. Pero un hombre y dos cabezas no hacían cuerpo

[1] SHM, Legado «Manuel Fernández Silvestre», carpeta 1.
[2] En base a un breve resumen biográfico que aparece en el SHM, Legado «Manuel Fernández Silvestre», carpeta 1; y otra reseña biográfica del hijo de Silvestre en ABC, edición de Sevilla, correspondiente al martes 28 de mayo de 1937.

ni ejército en el Rif.

Un general valiente ante el hambre que mata al Rif

El final del invierno de 1921 encontrará a Silvestre aislado ante varias crisis: la de las comunicaciones; la de la dudosa sumisión de las cábilas; y la de su crónica escasez de fondos y efectivos. Aún tenía otra, muy grave y de extensión vertiginosa: la hambruna que mataba a los pueblos del Rif. Lo paradójico es que tal castigo llegaba cuando volvía a llover. A mares.[3]

Silvestre es testigo. El 28 de febrero de 1921 escribe a Berenguer: «El año agrícola se presenta magnífico, las lluvias son constantes y, de continuar de esta manera, la cosecha será exhuberante.»[4] De seguido, la otra cara de la moneda: «La risueña esperanza con que miran los labradores el porvenir contrasta horriblemente con la miseria que domina en la actualidad todo el territorio.» Indigencia que se ceba en las cábilas de Metalza, Beni Bu Yahi, Quebdana y Ulad Settut, donde el dolor y la impotencia golpean con fiereza. No hayagua en la tierra y nada cae desde el cielo, pues las nubes pasan de largo, regando el Rif muy al Oeste (Ketama).

El Oriente rifeño es un desierto y un cementerio. Silvestre lo relata así: «Cuanto pueda decirte es poco ante la realidad, y renuncio a pintarte el cuadro de hambre y de horror que se muestra a los ojos de todos, no sólo en el campo, sino aquí mismo, en Melilla.» El general ordena que la Policía Indígena «busque y arregle un local donde puedan cobijarse y dormir bajo techado más de doscientas mujeres, niños y viejos que pululan por las calles en un estado lastimoso». Aún añade a Berenguer, realista y sombrío: «Por falta de alimento, aquí son muchos los que entran en el hospital para morir al día siguiente.»

El Gobierno de Dato, distante, interviene para «conceder, gratuitamente, el reparto de medio quintal de cebada diario en Nador, Zaio, Zoco el Arbáa, Hassi Berkan, Afsó, Telatza, Dar Drius, Monte Arruit y Batel». Medio quintal. Cincuenta kilos por cada punto de población. Nueve en total: seis grandes poblados y tres secundarios. Estos nueve centros hacían de silos distribuidores para las siguientes cábilas: la de Mazuza, en los límites de Melilla, con 12.000 habitantes; la de Beni Sicar, al Oeste de la plaza, con 8.000 pobladores; la de Beni Bu Ifrur, centro minero por excelencia, con una población de 10.000 almas; la de Beni Bugafar, al otro lado del cabo Tres Forcas, con otros 5.000 habitantes[5]*;* la de Beni Sidel, en la línea del Kert, con 10.000 pobladores; la de Quebdana, con 14.000 personas; la de Beni Bu Yahi, los dueños de Arruit, que eran unos 15.000; y la de Metalza, dueños de Dar Drius, con otros 7.000 pobladores. Ocho grandes cábilas, la argamasa social del Rif. En total, 81.000 habitantes. Y esto sin contar las de Beni Said, Beni Ulixek (propietaria de Annual), Taffersit, Temsaman, Beni Tuzin y Beni Urriaguel, todas fronterizas a la línea de avance.

Esos 81.000 rifeños tenían que alimentarse con los miserables nueve quintales aportados por el Gobierno Dato. Nueve quintales, 450 kilos. A razón de 5,5 gramos por persona. No es de extrañar que Silvestre, indignado, pidiera mayores auxilios, «pues materialmente se muere de hambre la gente».

En ese terrible invierno de 1921 aparece otro Silvestre. Tan valiente como siempre. Pero ahora es el que critica con dureza la pasividad oficial y el que pone en duda la misma acción de Protectorado. Es el mejor Silvestre. El militar de pedernal resulta ser más sensible que todo el régimen. Lo dice con estas palabras: «Sería una inhumanidad, y se nos podría hacer gravísimo cargo por ello, dejar que muera de hambre un territorio que hemos venido a proteger y civilizar. Y ninguna ocasión mejor que ésta se puede presentar para que vea el indígena las ventajas de nuestra intervención, para que sienta cariño y gratitud a la Nación que lo salva de la miseria y de la muerte; y para que los demás pueblos observen también que somos capaces de resolver airosamente este

---

[3] Silvestre hablará de «cuatro años de cosecha mediana y nula», pero tales carencias se arrastraban desde 1915.

[4] SHM, Legado «Fernández Silvestre», carpeta 11.

[5] Berenguer, Juan, alférez (con posterioridad, director del diario *El Popular* de Meli!la). *El Ejército es el pueblo. Nuestras glorias por los campos de África,* Ediciones Postal-Express, Melilla (s.a.), ca. 1922, pág. 36.

conflicto, tomando medidas adecuadas en lugar de limitarnos a mirar, con los brazos cruzados, cómo van desapareciendo, por docenas diarias, todos aquellos que no pueden soportar las privaciones que sufren, y cómo quedan un gran número en: tal estado de anemia y de consunción, que serán siempre cadáveres ambulantes sin lograr restablecerse jamás.»[6]

Éste es Silvestre. Vuelve el hombre de Arcila, el que plantaba cara a la injusticia. Allí erró, porque se trataba de una injusticia política. Aquí, en el Rif, la crueldad proviene del cielo y de la insensibilidad del Gobierno y del Estado. Por eso acierta. Silvestre, hombre de guerra con buen corazón. Y con ideas concretas de auxilio que expone a Berenguer: distribuir en las cábilas cinco quintales por jefe, 250 kilos. Es poco todavía, pero es muchísimo más de lo que se está repartiendo. Silvestre no se contenta con eso y propone subir las ayudas «en unos dos mil o tres mil quintales», añadiendo: «Y puedo asegurar que se reintegraría puntualmente, conviniendo de todos modos gravarla con un tres por ciento por las contingencias que se presentaran.» Supervivencia a bajo interés y a cambio de empleos, pues el general propone incentivar las obras públicas. Y Silvestre deduce lo obvio: «Dando trabajo a los hombres, llevarían pan a sus familias, y de esta manera, unidos la caridad y el trabajo, se remediaría la gravísima crisis que atravesamos.» Los españoles tendrían comunicaciones. Seguridades efectivas. Es lo que hace Lyautey en su zona: «Una carretera pacifica más que un batallón.»

Silvestre, como no puede emplear trabajadores *moros,* le había dicho a Berenguer el 26 de enero de 1921: «Pienso emplear para ello compañías de Ingenieros y de Infantería.» Incluso sugiere que se utilicen «las 122.000 pesetas que, procedentes de los zocos (Aduanas) están depositadas en el Banco de España». No le contestan. Un mes después, en la carta del 28 de febrero, Silvestre sigue siendo tan pobre como el Rif. Cuenta sus miserias: tiene sólo «doscientos moros» trabajando entre Dar Drius y Ben Tieb, cuando harían falta cinco veces más. En la carretera a Afsó —que conduce a las fuentes de Ermila, de las que depende todo el flanco sur de su dispositivo, con veinticuatro posiciones, entre ellas las vitales de Batel, Tistutin y Zoco el Telatza—[7], no tiene dinero ni para pagar a un solo jornalero.

Persistente en sus tesis, pedirá a Berenguer «trescientos hombres (para Drius-Ben Tieb) y doscientos más (para Afsó)». Quinientos sueldos al día de cuatro pesetas cada uno. Sesenta mil pesetas al mes para resguardar la paz y salvar a un ejército. No sabemos lo que le respondió Berenguer, si es que le contestó. Sí sabemos lo que pasó. Que las carreteras no se hicieron jamás, que la paz se rompió de una vez y que un ejército entero se perdió.

Faltan barcos, faltan caminos y falta el tren de la guerra

A la incomunicación social, terrestre y política, se unía la naval. Berenguer, en carta a Silvestre fechada el 21 de enero de 1921, le decía: «De elementos marítimos estamos, como sabes, muy mal en el Protectorado...» De sobra sabía Silvestre cómo estaban las cosas navales: surto en Melilla estaba el *Laya* —una flota de un cañonero—, con las máquinas encendidas, día y noche, un esfuerzo económico que «alcanza una suma igual que si estuviera constantemente navegando», en palabras del mismo Berenguer. Un cañonero y un yate —el *Giralda,* estacionado éste en Ceuta—, para vigilar cuatrocientos kilómetros de una costa accidentada como pocas en Africa y perseguir el contrabando de armas; para hacer de guardianes del tráfico marítimo y cumplir misiones de ayuda artillera a las tropas en tierra. Cabe preguntarse qué hacía el resto de la Escuadra.. Y cabe, sobre todo, preguntarse en qué pensaba el ministro de Marina, que entonces era Eduardo Dato, también presidente del Consejo.

Si España tenía una *escuadra de Santa Bárbara,* dormitando en sus puertos peninsulares por orden del Gobierno, cabía esperar que mejorasen las comunicaciones en el Rif. Pero no. En carta a Berenguer, «personal y reservada», Silvestre le decía el 26 de enero de 1921: «Annual, ya en los

---

[6] *Ibídem,* pág. 3.

[7] AJCPL. «Circunscripción de Telatza. Relación de posiciones facilitadas por el Ministerio de la Guerra, a 30 de junio de 1921.»

límites de Temsaman, está hoy virtualmente incomunicado, porque no existe para ir a él más que un pésimo camino de herradura que obliga a emplear cuatro horas para recorrer los dieciocho kilómetros que lo separan de Ben Tieb.» Cuatro horas para hacer dieciocho kilómetros. A razón de 4,5 kilómetros por hora.

El 6 de febrero de 1921, en otra carta, Silvestre le explica a Berenguer cómo ha ido el asunto de *meter* la artillería en Annual: «Para que te formes cabal idea del terreno y sus caminos, te hago presente que el traslado de unas piezas (dos baterías) de artillería desde Ben Tieb a Annual ha costado cinco días, después de ímprobos esfuerzos.»[8] Cinco días de extenuación para recorrer dieciocho kilómetros. A 3,5 kilómetros por día. A razón de 146 metros por hora. Así avanzaba la artillería española en Marruecos.

Y eso que Annual no estaba en lo alto de un cerro, como tantas otras posiciones enriscadas, donde hubo que subir los cañones a brazo, y el agua a cubos o en bidones de petróleo —las famosas *petrolinas—,* en esfuerzo demencial para los hombres y la inteligencia militar. El asentamiento de esas piezas dejó atrás un reguero de hombres lisiados, de mulos despeñados y de leyes artilleras conculcadas.

Silvestre insistirá en la importancia de las comunicaciones, cordón umbilical que unía a sus hombres —y sus propios empeños—con la supervivencia. Si ese enlace se rompía, todos morirían.

En su despedida epistolar del 26 de enero de 1921 al alto comisario, y aun a riesgo de parecer un subordinado terco y fastidioso, le decía a Berenguer: «Te ruego te fijes en la imprescindible necesidad de hacer estos caminos con urgencia, pues son el camino de penetración para ir a Alhucemas y tenemos que prepararnos con tiempo; bien sabes que, en la guerra, las comunicaciones tienen una importancia excepcional y no insisto sobre lo que sabes de sobra.» Silvestre insiste e insiste. Pero Berenguer nada decide. Menos aún decide el Gobierno.

Y eso que Berenguer ha comunicado a Silvestre, en su carta del 16 de enero de 1921, lo que él, a su vez, ha expuesto a Eza como alto comisario: «Todo ello lo he pintado con los colores de la realidad, que son verdaderamente negros, y espero que el Gobierno atenderá, como lo ha prometido, con la mayor urgencia, a remediar nuestra precaria situación.»[9] Berenguer es aquí coherente ante su camarada de armas, pero no planta cara al Ejecutivo conservador. Silvestre y Berenguer son mendigos de la más elemental de las exigencias militares en tiempo de guerra: dinero para hacer la guerra. Ambos llevan un año clamando por un crédito de cuatro millones de pesetas —prometido por Eza en julio de 1920—, y sólo obtendrán más de lo mismo: palabras.

Silvestre está harto. El 6 de febrero de 1921, en su documento «personal y muy reservado», lanza una sucesión de rotundas advertencias contra los gobiernos alfonsinos: «Si nuestros políticos meditaran un poco acerca de este problema, verían lo antieconómico, cruel y funesto que resulta regatearnos un puñado de pesetas que, por tal proceder, han de gastarse con creces en estancias de hospital,curas, pensiones a heridos o deudos e inválidos; que les acarrean, además, preocupaciones de orden social derivadas de la evidente aversión de nuestro pueblo a la resolución cruenta de este problema y, por último, retardan más de lo que conviene al prestigio de nuestra Patria, el dar cima a esta vital misión.»[10]

Silvestre escribe a Berenguer. Una y otra vez. ¿Escribió a su Rey? Es muy probable. Pero sólo hay constancia, a través de su ayudante, López Ruiz, del envío a Eza «en los meses de enero, febrero, abril y hasta mayo (de 1921), de otras tantas cartas, dándole detalles de la precariedad en que se encontraba la Comandancia de Ingenieros de Melilla, la cual carecía de créditos para atender a las necesidades expuestas». De esas cartas fueron portadores, «los jefes de Ingenieros Campos, Susanna y el capitán Reixa». Estos documentos fueron a parar al jefe del Negociado de Marruecos en el Ministerio, el teniente coronel Carlos López de Lamela, «a quien el general Fernández Silvestre escribía muy frecuentemente para que le ayudase en su gestión y urgentemente se le

[8] SHM, Legado «M. Fernández Silvestre», carpeta 10.

[9] Berenguer, Dámaso, *Campañas en el Rif y Yebala, 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones,* Sucesores de Velasco, Madrid, 1923, pág. 262.

[10] SHM, Legado «Manuel Fernández Silvestre», carpeta 10.

enviasen los elementos que le eran precisos».[11]

Para ir no ya a Alhucemas, sino para permanecer en Annual con solvencia logística, la base de retaguardia ideal era Dar Drius. Esta posición, bien anclada en la llanada del Kert, tenía campos de tiro despejados para la artillería, con el agua potable discurriendo a sólo treinta metros de sus muros. Para llegar a Drius desde Annual había que subir y bajar el Izzumar, pasar Ben Tieb y bajar al llano. Al poco se divisaban los ocres torreones de Drius, gran fortín aislado en el páramo rifeño. Eran treinta y cinco kilómetros. Aún quedaban otros setenta y un kilómetros hasta Melilla. En tren, hora y media a lo sumo. Pero Drius no tenía tren.

El tren de Melilla sólo llegaba a Tistutin, punto donde se interrumpía esa corriente medular. Los carriles aún avanzaban hasta Batel. Allí morían. Estaban cuarteándose bajo los hielos y el soplo canicular del Rif desde 1917. Silvestre, amargado, se lo recordaba a Berenguer: «Pues hace cinco años que los carriles no pasan de Tistutin...»[12] Hacia Annual, veinte kilómetros separaban el nudo BatelTistutin de Dar Drius. Aún quedaban otros diecisiete kilómetros hasta Ben Tieb, cerca del Izzumar. Los primeros veinte kilómetros sin ferrocarril iban a significar la diferencia entre la vida y la muerte para todo un ejército.

El dinero para el tren de la guerra había sido dirigido hacia una disparatada aventura militar y económica: Tetuán-Xauen. Sesenta y cuatro kilómetros de recorrido temerario, en escenario apto sólo para barrenos y voladuras en cadena. Pese a las dificultades —valles encajonados, grandes cortaduras, laderas deslizantes—, allí se sumergían *montañas de dinero.* La obra estaba presupuestada en doce millones de pesetas —equivalente al presupuesto anual de los Servicios de Ingenieros para Marruecos—, pero la previsión de gastos acabaría siendo de veinticuatro millones. Eso en 1922, aún debatiéndose el obtuso empeño, calificado por Martínez de Campos de «obra descabellada»[13].

Con doce millones de pesetas se podían comprar, en 1921, 500 morteros de 81 mm (a 1.500 ptas. unidad); 500 ametralladoras (a 6.600 cada una), y hasta 120 tanques franceses (a 65.000 cada uno, del modelo Renault FT-17). Lo suficiente para hacer de los ejércitos de Berenguer y Silvestre fuerzas invencibles. También se podían invertir esos millones en llevar el tren a Drius. Y así salvar una campaña y un ejército. Nada se hizo.

Desde 1913 se llevaban empleados en Marruecos 1.025 millones de pesetas que, sumados a los no conocidos —desde 1904— en los diferentes ministerios con responsabilidades al otro lado del Estrecho —Estado, Gobernación, Fomento, Hacienda—, podían alcanzar, según Eduardo Ortega y Gasset, «los tres mil millones». Mil más que los gastos habidos en las guerras de Ultramar.[14]

El 16 de enero de 1921 Eza escribía a Berenguer, recordándole que «en el presupuesto van 1.200.000 pesetas para ferrocarriles». Todo el dinero fue para Xauen. Ni una peseta para el Rif. Drius quedó sin tren y Silvestre sin ejército. La vía férrea siguió cortada en Batel. Allí muerta, no sólo apuntaba hacia la nada, sino que anulaba la coherencia estratégica del ferrocarril melillense en todo su recorrido. La explanación llegaba hasta el Igan. Sinuoso y atrincherado, el Igan sólo merecía el rango de río al rellenarse su cauce de manera imprevista por las tormentas en baja primavera. En el despiadado verano de 1921, bajo una atroz tormenta de guerra, se llenará de sangre española.

---

[11] Página 15 de la *Información gubernativa instruida para esclarecer los antecedentes y circunstancias que concurrieron en el abandono de las posiciones del territorio de la Comandancia General de Melilla en el mes de julio de 1921.* Esta Instrucción sería la base documental para conseguir el Suplicatorio al Senado, en 1922, con el fin de procesar al general Berenguer. Nos referiremos a ella, en adelante, como «Suplicatorio Berenguer».

[12] SHM, Legado «Manuel Fernández Silvestre», carta del 26 de enero.

[13] La previsión correspondía a Miguel Villanueva, ministro de Estado, Fomento, Hacienda y Marina en varios gobiernos liberales. DSDC. Jueves 29 de junio de 1922, pág. 3.141.

[14] DSCD. Intervención de Eduardo Ortega y Gasset, en la sesión del martes 8 de noviembre de 1921, pág. 4.008. En cuanto a los gastos habidos en Ultramar, Romanones los cifraba en 1.969 millones (op. *cit.,* pág. 126), más otros 260 en obligaciones.

Un antiguo pirata propone atacar por Morro Nuevo

Annual necesitaba un anillo defensivo. Los primeros engarces de ese círculo protector se completaron en poco más de dos semanas (29 de enero-16 de febrero de 1921): el morabo (santuario) de Sidi Mohammed ben Abdallah, el Yebel (monte) Uddia, el paso del Izzumar y la colina de Buymeyan.

Detallista, sensible también hacia la idiosincrasia indígena, Silvestre se da cuenta de que la construcción que protege la tumba de Mohammed ben Abdallah es «pequeña, fea y miserable». Como no podía ser menos, el Rif es pobre. Tanto, que sus desesperadas gentes «llegan en su miseria a buscar los excrementos de las caballerías (de las columnas españolas) para cribar los pequeños granos de cebada que en ellos pueda haber»[15]. Silvestre ordena derribar la construcción y manda «hacer otra bastante mejor». La obra cuesta tres mil pesetas, el sueldo mensual de cinco capitanes. Y en carta a Berenguer le dice que el gasto «se cargará al fondo de mejoras de la cábila» de Beni Ulixek.[16] Al mismo tiempo, da órdenes de colocar una alambrada alrededor del morabo, «para evitar que nadie (la tropa española) entre en él». Silvestre sabe que la guerra de Melilla de 1893 se inició por la obcecación del general Margallo en construir un fuerte sobre los terrenos del morabito (santón) de Sidi Aguariach. Silvestre no quiere más guerras por motivos de religión. Los rifeños quedaron contentos y Morales con ellos.

Sidi Dris sería ocupada el 12 de marzo, tardanza que exasperó a Dávila, pero atrevimiento que inquietó sobremanera a Morales. Para entonces, el viejo coronel llevaba vida de jubilado en Melilla, adonde había sido desplazado en el mes de febrero por Silvestre, que «dispuso regresase a la plaza»[17]. No era un castigo, sino un alivio de difíciles encuentros para ambos: Morales tendía a la pausa, al dominio del tiempo, y Silvestre entendía esa espera como injustificada prevención, incluso como pesimismo inútil. No menos cierto era que el coronel estaba agotado. En oposición, Silvestre parecía haber *agotado* su paciencia.

Lo reconocería el propio Morales, en carta escrita a Antonio Got, hombre de confianza del banquero Horacio Echevarrieta —relacionado con la Compañía Española de Minas del Rif—, cuando aquél, tras desembarcar en las playas de Alhucemas el 6 de abril, reiniciaba sus gestiones mineras con los beniurriagueles, lo cual exigía la anulación de la conducta agresiva mostrada por los de Axdir. Como ese cambio de actitud no llegaba, Morales le dice a Got el 14 de abril de 1921: «Es preciso que Abd el-Krim demuestre la mayor actividad en la realización de sus trabajos (de paz), pues el general es hombre de poca paciencia.»[18]

A Morales le había sustituido, en el trato con los jefes indígenas, el comandante Jesús Villar, personalidad vitalista y desenvuelta, que placía más a Silvestre. Pero Villar, hombre frívolo en lo político e incapacitado en lo militar —se vería pronto—, conduciría a un despeñadero toda la acción de Silvestre. Silvestre quería lo que quería: haciendo de Annual un segundo Ben Tieb, preveía lanzar sus tropas sobre el frente temsamaní, cortar en dos la línea del Amekrán y, con un avance múltiple, plantarse en la desembocadura del Nekkor. Desde allí, y al alcance de su mano, el sueño: Alhucemas, la inviolada.

Aizpuru y Jordana habían sostenido, durante años, lo contrario: paralizar toda ofensiva a gran escala hasta tanto no se tuviese asegurada la alianza con los Abd el-Krim y otros amigos de España, y luego el ataque por mar, pactado con los de tierra.

La bahía de *Al-Husaima* (Alhucemas), una de las más grandes del Mediterráneo, está sometida, en sus veintisiete kilómetros de perímetro en forma de media luna, a la influencia de tres importantes cábilas. En el centro, frente al Peñón, los Beni Urriaguel, con la playa de Suani como poderoso glacis defensivo; a la derecha, apoyados en el macizo que termina en Cabo Quilates, los

---

[15] DSCD. Eduardo Ortega y Gasset en la sesión del 8 de noviembre de 1921, pág. 4.008.

[16] Carta a Berenguer, fechada en Meilla, el 29 de febrero de 1921. SHM, Legado «Manuel Fernández Silvestre», carpeta 11.

[17] García Figueras y Hernández Herrera, op. *cit.,* pág. 307.

[18] Esta carta fue publicada, íntegra, en *El Sol,* en la edición correspondiente al jueves 3 de noviembre de 1921.

Temsaman, con su playa de Harcha, gran fachada arenosa mirando al Oeste; y a la izquierda, sujetos en imponentes masas rocosas —Morros Nuevo y Viejo—, los Bocoya, con la Cala del Quemado dentro de la bahía, y a mar abierto, las de Ixdain y La Cebadilla.

Silvestre quiere hundir su espada en los montes rifeños y llegar al mar del Rif cortando el pecho de Axdir. Aizpuru quiere ofrecer su espada a los que así lo quieran en Axdir y, juntas ambas fuerzas, derribar la montaña rifeña. Frente a ambos proyectos surge una alternativa, inesperada, casi mágica: un desembarco por la espalda de los beniurriagueles.

La idea se la ofrece a Silvestre un rifeño. Un traidor para la perspectiva occidental de las cosas magrebíes; un defensor de honores no prescritos para su gente, los Bocoya. Se le conoce por Sibera o Civera (así en adelante). Ha sido pirata, y en el invierno de 1921 es un rico propietario dentro de su altiva tribu. Tiene jurada enemistad eterna, como si fuera otro Asdrúbal, a sus enemigos y vecinos, los Beni Urriaguel. Y propone a Silvestre que desembarque en las tierras de su cábila, en Morro Nuevo. Desde ese acantilado, él y los suyos atacarían de revés a los beniurriagueles, que, acosados en tenaza por los españoles, acabarían vencidos. Y muertos muchos, que de eso se trataba. Venganza para liquidar, y a muerte, una vieja ofensa.

En 1898, los Bocoya habían recibido cruel visita de una *Mehal-la* (cuerpo militar del sultán). La causa: diversas reclamaciones de las potencias europeas a sus desmanes. Los beniurriagueles, pragmáticos, se unieron a los alauís. Vencer a los levantiscos bocoyas suponía amansar su difícil frontera al oeste y lanzar un serio aviso a la oriental, la temsamaní. Los bocoya encajaron la doble persecución. No olvidaron. Esperaban su momento. Y creyeron que Silvestre podría ofrecerles esa revancha.

Civera fue a Melilla a entrevistarse con Silvestre. Propone un golpe de mano sobre Alhucemas. Civera es un estratega, por eso ha sido antes pirata. La idea deja estupefacto al general y al coronel Morales, testigo del encuentro. Silvestre da tanta importancia al ofrecimiento como para comunicárselo a Berenguer: «En el curso de la conversación me manifestó que, a su juicio, convendría desembarcar en el Morro Nuevo, lo que haría sin un tiro una fuerza de dos mil hombres.»[19]

Silvestre pide algo más que ideas. Y Civera se compromete: «A indicaciones mías, dijo que ellos podían atacar a los Beni Urriaguel, con los que tienen una deuda pendiente hace más de veinte años, pues auxiliaron en 1898 a Muley Bu Bekker.»[20] El incendiario de sus poblados, al que los españoles dieron libertad de desembarco en su zona.[21] El bocoya y el español han congeniado. Desean lo mismo: vencer a los Beni Urriaguel.

Silvestre exige a Civera más ayudas, aparte de su fiel sección de Izmoren: las de Azgar y Taguiditz, «o sea, la totalidad de la cábila». Civera dice que sí, y promete ponerse de acuerdo con Manuel Civantos Buenaño, comandante del Peñón.

De repente, Silvestre abandona el plan. Pese a considerar a Civera como «hombre que ha de trabajar lealmente a mi juicio»[22]. ¿Qué sombra de peligro cruzó por la cabeza del general?

Silvestre queda a solas. Tiene por delante una complicada tarea: diseñar un plan que le permita conquistar Alhucemas. Y acababa de desechar el único que podía garantizarle tal propósito.

Silvestre pide consejo a Morales

Antes de ser dueño de Annual, ya era dueño Silvestre de los halagos de la Alta Comisaría. Desde Tetuán, Berenguer le había escrito una carta en la que le decía: «Querido Manolo: a mi llegada a ésta encontré tu carta del 18 en la que me comunicas las etapas del admirable avance realizado en

---

[19] SHM, Legado «M. Fernández Silvestre», carpeta 11.

[20] Según Ayache (op. *cit.,* pág. 154), era Ben el Baghdadi. Según Blanco Izaga, Bushta al-Baghdadi (op. *cit.,* pág. 244).

[21] Unos mil quinientos efectivos alauís, a bordo del buque de guerra marroquí *Hassani,* desembarcaron cerca de Melilla; cruzaron el Rif Central y, llegando a Alhucemas, tras recibir allí ayuda de los beniurriagueles, atacaron a los bocoyas. Cfr. Becquer, Jerónimo, *Historia de Marruecos,* Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés, Madrid, 1915, pág. 410.

[22] Carta de Silvestre a Berenguer, fechada en Melilla, el 28 de febrero de 1921. SHM, Leg. «Manuel Fernández Silvestre», carpeta 11.

Beni Said, que puedes considerar, a muy justo título, como una de tus más brillantes etapas militares. No se puede hacer más ni mejor que lo que has hecho; puedes estar satisfecho.»[23] El alto comisario aprovechaba la ocasión para pedir a Silvestre un informe sobre la futura ocupación de Alhucemas, al considerarlo «el punto capital que tenemos que estudiar».

Berenguer coincidía con el propio Silvestre en que, «dadas las posiciones que hoy ocupas, ha de ser mucho más fácil marchar siguiendo la costa, que no por la montaña, buscando las fuentes del Nekkor». Pero advertía a Silvestre: «Hemos de prever, dada la gran dificultad que, como sabes, existe, o mejor dicho, la imposibilidad de que nos refuercen en plazo breve con núcleos de tropa, que ese alargamiento de la línea, estirándola por un flanco, no pueda crear una situación débil en toda ella.»

Hasta aquí, Berenguer es consecuente. Pero al terminar su exposición plantea un dilema a Silvestre que trastornará a éste: «¿Conviene seguir en esta dirección (por la costa) sin avanzar tu izquierda (por la montaña), o conviene tomar otros puntos por la izquierda antes de avanzar en esta dirección?»[24]

Silvestre queda preso de esas dudas. Su plan posterior ya no será suyo, pues estará mediatizado por las angustias tácticas que tiene Berenguer y a las que está obligado a dar respuesta. Por eso pedirá consejo a Morales. Éste, precavido, responderá como en él es habitual: ofreciendo una visión objetiva de las cosas bélicas. Su informe a Silvestre lo termina el 16 de febrero, cuando finaliza de fortificarse la pelada colina de Buymeyan.

Morales habla de que se ha llegado «al límite de elasticidad de las fuerzas», y de seguir el avance una vez «terminada la instrucción de reclutas, a fin de abril». Considera otro factor hostil: lo ocurrido a «Hammú Buljerif, hijo mayor de nuestro antiguo amigo, el chej Mohammed Buljerif, asesinado en el mes de octubre». Los mejores amigos de España, emboscados y muertos.

Silvestre había ordenado investigar el suceso, temiendo que fuese «tramado y pagado por jefes característicos de nuestra zona, a causa de disgustos por negocios con las compañías mineras, lo que de confirmarse hubiera sido motivo de grave preocupación». El motivo, fortuito, fue fatal: «Unos ladrones se apostaron para esperar el regreso de los concurrentes a una boda, pasó Buljerif y él fue la víctima;-los hijos supieron quién fue el que lo mató y pagaron a otro para que lo quitaran de enmedio, el cual lo hizo así, pero, a su vez, el hermano del muerto mató a Kaddur Buljerif, uno de los hijos del asesinado.»[25]

Morales daba mucha más importancia a estos hechos. Se encuentra con que la jefatura de los Buljerif ha sido decapitada, y que las dudas de los Abd el-Krim subsisten, íntegras y temibles. Decidepostergar toda acción de fuerza. Y así calcula que las operaciones de consolidación del frente en Temsaman «no las terminaríamos hasta julio o agosto». Al llegar a ese punto se hacía la pregunta clave que, a su vez, se respondía él mismo: «¿Podíamos pensar entonces en continuar pasando el Nekkor? El jefe que suscribe cree, sinceramente, que no.»

Morales recordaba que los notables de Axdir «sostienen, desde hace años, cordiales relaciones con nuestras Autoridades», pues entre ellos «se distribuyen, casi por completo, las diez mil pesetas a que alcanzan las pensiones asignadas a la cábila». En su resumen, Morales no dejaba opción: «Es pues, opinión del jefe que tiene que informar, que no convendría, aun en el caso más favorable, pasar el Nekkor antes del próximo otoño, si queremos fiar el éxito más a la prudencia que a la audacia.»[26]

---

[23] Carta de Berenguer a Silvestre, fechada en Tetuán el 21 de enero de 1921. SHM, Legado «Fernández Silvestre», carpeta 11.

[24] *Ibídem,* pág. 4.

[25] *Ibídem.*

[26] El Informe del coronel Morales fue hecho público por Eza, en el Congreso de los Diputados, en la sesión del miércoles 29 de noviembre de 1922. DSCD, pág. 4.415.

Hacia Alhucemas: un plan para conquistar el mundo

Durante semanas, Silvestre quedó pensativo. Luego se decidió por el ataque. Una ofensiva total. Como su esfuerzo apunta a rodear a los de Axdir desde el interior, su diseño operativo le enfrenta a cuatro cábilas a la vez: los de Temsaman, los Beni Tuzin, los de Taffersit y los Beni Urriaguel. Y tiene detrás a los Beni Ulixek, a quienes pertenecen Annual y el Izzumar; a los Beni Said, dueños del Monte Mauro y Dar Quebdani en su flanco derecho; a los Metalza, propietarios de Dar Drius y Zoco el Telatza, que forman su flanco izquierdo; y a los Beni Bu Yahi, los despojados de Arruit, en donde subyace la mayor ira del Rif.

El 10 de marzo de 1921, Silvestre comunicaba a Berenguer su plan. Del alto comisario espera su aprobación o su condena.

Durante muchos años después de su muerte, y todavía hoy, a Silvestre se le acusará de haber ido hasta Annual dado su empeño particular en llegar a Alhucemas. Cuando va a morir, y con él todo su ejército, por atender una funesta inercia política —conquistar Marruecos por la fuerza—, y por no atreverse a decir a sus superiores —Berenguer y el mismo Rey—, que venga otro a suicidarse, a suicidar al Ejército y a desesperar a la nación.

Silvestre, que no quiere quedar atrapado por las dudas de Berenguer —avanzar la derecha retrasando la izquierda—, al final se convierte en rehén de ellas. Y aunque permanece fiel a su idea (atacar por la costa), confunde su instinto, dispersa sus fuerzas y anula toda posibilidad de éxito al diseñar un ataque general en tres ejes: por la derecha, desde el mar, en la flecha Sidi Dris-Zoco el Telatza-Zoco el Sebt; por el centro, desde el interior, en otra flecha por AnnualZoco el Jemis-Zoco el Arbáa; y el último dardo por la izquierda, peñascales arriba, a partir de la línea de ataque Tizzi Assa-IyarmausZoco el Had.

La primera de estas ofensivas pasa por el Yebel (monte) Abarrán. Es un golpe hacia lo alto, en pos de las sierras, que luego se curva hacia la costa, pasando entre la fracción de los Beni Buidir hasta alcanzar la extensa playa de Harcha, ya en la bahía de Alhucemas. Los otros dos empeños, directos por las montañas, se abren paso entre los Tugrut —cuyo apoyo había pactado en tiempos Aizpuruy los Beni Acqui, secciones ambas de los temsamaníes. Los dos últimos girarían en semicírculo para converger con el primero, tendentes todos a dominar el curso inferior del Nekkor y asegurarse el dominio del ámbito alhoceímico. Es un clásico ataque en tridente. Y es un disparate.

Silvestre no quiere alcanzar el Nekkor y luego conquistar Alhucemas. Quiere conquistar el mundo. Porque hacer la guerra a cuatro grandes cábilas, y tener detrás a otras cuatro de similar envergadura —y a las que cree sumisas—, es imaginarse Alejandro en ruta hacia el Indo medio. Silvestre ya no es él, es otro. No pone plazos a su gesta futura. ¿Cómo hacerlo, si no tiene tropas ni medios para semejante empeño? No es cuestión de elasticidad, es cuestión de sentido común, el que tiene Morales. No hay ejército para un solo ataque y se obliga a realizar tres y en un frente enorme. Entre las playas de Sidi Dris y las enriscadas alturas de Tizzi Assa hay veinte kilómetros en línea recta, que serían casi cuarenta en la marcha de la ofensiva.

Para hacer lo que dice a Berenguer que se puede hacer, Silvestre necesitaría sesenta mil hombres (cinco divisiones) y trescientos cañones. Y aviones. Y tanques. Y una escuadra. Todo lo que se pondrá en línea en 1926, cuando se reocupe Annual. En 1921 Silvestre apenas reúne doce mil hombres, y eso fundiendo todas sus tropas de primera, segunda y tercera líneas en un único frente. Tropas, no gente bisoña. Soldados, no hombres mal entrenados, embrutecidos y desmoralizados. Y oficiales de ejército, no mandos del camuflaje, la desidia y la comodidad, como serán algunos.

Silvestre cree que se puede ganar al Rif sólo con su buena estrella. En Taffersit ha sido hombre arrojado, pero precavido. En esas noches de la Melilla de marzo de 1921 pierde toda perspectiva y se queda sólo con su arrojo. Ha concebido un empeño ofensivo quecasi parece un calco de las resistencias monumentales que vio hacer en Flandes a su buen amigo Édouard De Castelnau, cuando le observó en plena acción, en diciembre de 1916, resistiendo al ímpetu alemán con sus 106 divisiones frente a 121 enemigas, defendiendo setecientos kilómetros.[27] Diez divisiones y media por

---

[27] Valluy, Pierre, general; y Durfoucq, Henri, *Historia de la Primera Guerra Mundial.* Traducción de A. M. Mayench

cada setenta kilómetros de frente. Una división cada siete kilómetros. Los rifeños no eran alemanes, sino bastante peores como enemigos. No tenían escuadras aéreas, ni grupos de artillería, ni compañías de ametralladoras o de lanzallamas; ni disponían de tanques; ni disparaban proyectiles de gases; ni contaban con grandes estados mayores. Pero tenían una puntería endiablada y mostraban una ferocidad y resistencia inimaginables para un europeo en el combate, en el que cada uno de ellos es un jefe, un puñal, una roca. No son soldadós, son guerreros. No son tropas, son hombres-ejército.

Silvestre ni siquiera tiene una división porque ni siquiera tiene ejército. Y piensa atacar, no sabe cuándo, no sabe cómo y no sabe con qué, en 35-40 kilómetros de frente. Entre Annual y Drius sumará, en las horas previas a morir con aquellos que le son fieles, poco más de seis mil hombres. Los que quedan, otros siete mil como mucho, están despergidados por los cerros. El resto, hasta 25.790, *en el papel* —estadillos falseados— o en Melilla.

Enfrente, los beniurriagueles suman 6.000 fusileros; los temsamaníes, 2.800; los benituziníes, 2.500; los taffersíes, 600. Uno contra dos en Annual-Drius. Y esto sin contar con que la retaguardia no se subleve, porque entonces serían uno contra cuatro. Y reclutas contra guerreros. Ésa es la apuesta española. Berenguer recibe el plan. Le gustan cosas sueltas y otras no. Lo ve dudoso en el aspecto político —enlace con las tribus que cree adictas—, pero ni se le ocurre vetarlo. Considera que es *mejorable.* Un plan reformable no sirve, porque en la reforma ya es otro. Berenguer decide ir al Rif, a hablar con el autor del plan.

Berenguer en Annual: fascinación de conquista

Berenguer salió para Melilla, a bordo del yate armado *Giralda,* el 28 de marzo. Tiene un encuentro en Targa con los *chiuj* de Gómara, y «les ofrece avanzar en plazo breve» con su ejército, es decir, con el de Silvestre. Los gomaríes se lo creen, ya que el general parecía tan convencido de lo que decía. Sigue el viaje y da vista a Alhucemas. Junto al Peñón le espera Silvestre en el cañonero *Laya.* Berenguer ha exigido esta concentración naval, que Silvestre acepta, pero que alarma, y mucho, al coronel Morales, al deducir el efecto que puede hacer tal manifestación de fuerza en la gente de Axdir.

Berenguer no pensó en esas alarmas. Meses después, el hijo del coronel Morales —Gabriel también de nombre—, en un documento excepcional que hizo llegar a Picasso, dirá del alto comisario que «para demostrar que hacía algo, arribó una buena mañana con el lucido cortejo de varios buques de guerra a la plaza de Alhucemas». Según Gabriel de Morales, «de inoportuna por la época en que la hizo y de funesta por sus consecuencias, calificó la Oficina Indígena (de Alhucemas) dicha visita»[28].

Hecho el mal, quedaba seguir el ceremonial. Silvestre desembarca en el Peñón, pero el que no puede hacerlo es Berenguer, a quien se lo impide la fuerte marejada. En su lugar aparece el coronel Gómez Souza, el hijo de Jordana. Silvestre y Gómez Souza reciben a una comisión de notables de Axdir. En el encuentro no hay acuerdo según unos, o *saltan chispas,* pues Silvestre «recibe, al parecer, de forma destemplada» a los recién llegados.[29]

Esta dudosa acción pasa a segundo término cuando Berenguer logra desembarcar (1 de abril) y recibe a los mismos notables, «en número de unos dieciocho o veinte», que, si tan ofendidos hubieran sido antes por Silvestre, con pocas ganas habrían quedado de ver a otro general por el que no sentían mayor respeto. Los notables repiten dudas conocidas: la gente de la costa puede colaborar con España, pero los beniurriagueles de la montaña se negarán.

Berenguer despide a los *chiuj,* y en carta a Eza, fechada el 17 de abril, resume con arrogancia

---

Murull. Carroggio, Barcelona, 1972, tomo I, pág. 213, y tomo II, pág. 6. Véase, asimismo, AGMS, 1a Sección, Leg. F-1.025.

[28] AJCPL, informe testimonial de Gabriel de Morales, enviado al general Picasso, en agosto de 1921, pág. 8.

[29] Tesis de García Figueras y Hernández de Herrera (pág. 309), basada en la de Ruiz Albéniz (*op. cit.,* pág. 299).

casi *imperial:* «La empresa militar de ocupar la bahía no tiene dificultades de gran monta.»[30] Berenguer bendice, de hecho, el plan de Silvestre. Luego marcha a Melilla para desde allí alcanzar Annual. Ese viaje, tan rápido por mar y de tan lentísimo rodeo por tierra, debería haberle alertado. Pero Berenguer no ha leído a Jordana.

Entretanto, Alhucemas paga las consecuencias, que, en las palabras de Gabriel de Morales, se dibujan así: «Transcurridas algunas horas (de la marcha de Berenguer) rompieron los moros las hostilidades contra la Isla, que desde hacía años había gozado de absoluta tranquilidad.»[31] Las ostentaciones se pagan.

Mientras, Berenguer se ha instalado en Dar Drius, del que hace su *parador.* Recorre las posiciones, las líneas avanzadas. Tiene ante sus ojos un ejército desnutrido, peor vestido, con hombres que saludan con torpeza y que muestran una instrucción militar deplorable.

Los *chiuj* de la zona, le ofrecen muestras de sumisión, resumidas en la *taarquiba* —el sacrificio de un cordero para solemnizar el final de un conflicto—. Berenguer está exultante. Luego marcha hacia Ben Tieb. Pasa el Izzumar y lo baja. Y llega a la gran hoya.

Berenguer en Annual. No le dio relevancia al intimidante panorama. A su alrededor, siguen los afectos. Los Beni Ulixek y los Temsaman rivalizan en cordialidad ante el alto comisario. Berenguer no distingue entre una escenificación calculada y la amenaza previsible. Y estima que, «por lo que se refiere al llano (sic), todo él creo que está en condiciones de ocuparse». Annual, un paraíso colonial.

Berenguer cree factible ocupar «todo el fondo del valle, o sea, toda la longitud del río Amekrán, que desemboca en Sidi Dris»[32]. Ya están ahí los 35-40 kilómetros de frente, con la imponente mole de Tizzi Assa —próximo Verdún para los españoles—, cerrando el paso a la gran quimera expansiva. Berenguer está fascinado con la conquista en curso. Y se enreda en esa trama, repleta de ficciones. A Eza le dice: «Creo que, militarmente, el problema de Alhucemas se puede considerar al alcance de nuestras manos.».[33] Mayor optimismo, imposible. Berenguer redobla su entusiasmo el 6 de abril, con una Orden General al Ejército de Operaciones, dictada en Melilla. En la misma, felicita a las tropas por haber demostrado «hasta dónde puede llegar una política hábil y predominante (sic), secundada por una acción militar, aquilatada (¿ ?) en su desarrollo hasta llegar sólo al empleo indispensable de las armas». De Silvestre dirá que es «honra del generalato español, y a quien tal vez mi fraternal cariño impida prodigar los elogios que merece». Y termina: «Recibir por tanto acierto la más efusiva felicitación que espero reiteraros pronto en la bahía de Alhucemas, perseverando en nuestra actuación...»[34] Berenguer es más Silvestre que Silvestre. No tiene dudas, no tiene miedos. La fe en la victoria es lo que cuenta y no el plan.

A continuación, una *sorpresa* histórica. La de Abarrán. Lo que tantas veces se dijo que fue ocultado por Silvestre a Berenguer. Y no es así, pues en carta política a Eza —el 17 de abril— le dirá Berenguer al ministro: «El general Silvestre pensaba, en los días que yo estuve en Annual, realizar una pequeña operación para pasar a la otra orilla del río Amekrán; y otra para ocupar, en el nacimiento del río y en el fondo del valle, ya en contacto con Beni Tuzin, un par de posiciones. No sé si seguirá en la misma idea para la que le autoricé.»[35] Silvestre autorizado para ir a Abarrán, como lo había sido en Taffersit. Las condiciones, los medios, los riesgos, el momento, todo eso quedaba a su criterio. Como de costumbre.

Más adelante, el 30 de mayo, Berenguer vuelve a escribir a Eza y le dice: «De Melilla no tengo nada que añadir. Las cosas siguen en el mismo estado.» Y de Silvestre aclara: «No realizó al fin las ocupaciones sobre el valle del Amekrán para que le autoricé.» Pero al estar autorizado, Silvestre va a ocuparlo. En la madrugada siguiente, la del 1 de junio de 1921. Y no iba a decirle al alto comisario *que voy,* cuando tenía permiso para ir.

---

[30] Carta hecha pública por Eza en el Congreso. DSCD, sesión del miércoles 29 de noviembre de 1922, pág. 4.401.
[31] AJCPL. Informe de Gabriel de Morales, pág. 5.
[32] DSCD. Sesión del 29 de noviembre de 1922, pág. 4.402.
[33] *Ibídem.*
[34] La Orden General, dictada por Berenguer, está firmada por «Jordana y Souza», el coronel jefe de su Estado Mayor.
[35] DSCD, sesión del 29 de noviembre de 1922, pág. 4.402.

Un zoco bombardeado y un viaje a Valladolid

Al día siguiente de la Orden General de Berenguer (7 de abril), la situación en Alhucemas cambia. Aquellos notables —entre ellos, Civera—, que se habían entrevistado con Berenguer y Silvestre, son advertidos de que «iban a quemarse las casas de todos los amigos de España»[36]. Mohammed Abd el-Krim, proclamado jefe de la *harka* (contingente), y a su vez vigilado por los irreductibles de su cábila, acosa a los bocoya. Civera y sus amigos deciden resistirse. Silvestre cree entonces llegada la ocasión de desembarcar en Morro Nuevo. Pero Berenguer no se atreve, y en esto acierta el alto comisario.[37] Sin embargo, en una sucesión de errores en los que ambos generales participan, se llega, el 13 de abril, a una decisión descabellada: bombardear el *campo moro,* en la fútil pretensión de intimidar a los rebeldes y afianzar a los aliados de España.

Es miércoles, día de zoco en Axdir. Las baterías del Peñón abren fuego sobre los desprevenidos grupos, afanados en el mercadeo y el trasiego de mercancías. Hay muertos y heridos. Los cañones alargan el tiro, apuntando a las casas principales de la aglomeración. El resultado es la movilización: ya no hay beniurriagueles ni bocoyas; todos rifeños y enemigos de España.

Una semana después —el 21 de abril—, Silvestre embarcaba en Melilla rumbo a Málaga. Deja detrás un Rif unido contra él. En la Península tiene pendiente una importante cita castrense: asistir «a la fiesta celebrada en Valladolid con motivo de la entrega del mando del Regimiento de Cazadores Victoria Eugenia a Su Majestad la Reina, del que es coronel honorario»[38]. Tal solemnidad se unía a otra: la colocación de la primera piedra del edificio de la Academia. En Valladolid saluda a los Reyes, que le muestran renovados afectos y le desean que prosiga su secuencia de victorias africanas. También le espera el ministro Eza.

En Valladolid, ese 23 de abril de 1921, Silvestre se encuentra con lo más granado de la Caballería española. Entre sus pares está un teniente coronel de cuarenta y dos años, Fernando Primo de Rivera y Orbaneja, de ilustre familia militar. Su tío, Fernando Primo de Rivera y Sobremonte, ha sido, después de Azcárraga, el mejor capitán general en Filipinas. Un hermano suyo, Miguel Primo, es general de división, laureado en la guerra de Melilla en 1893 por haber rescatado un cañón capturado por los rifeños, y famoso desde 1917 por sus discursos en pro del abandono de Marruecos, idea atrevida a la que no ha renunciado. Fernando no es tan fuerte como Silvestre, pero se destaca como el más alto. Tiene un porte distinguido, se ha formado en la cuna de la caballería francesa, en Saumur, es campeón de esgrima y ha probado en el Rif su valentía, donde es segundo jefe del Regimiento de Alcántara. Oficial culto y muy querido por su gente, no sólo es bravo ante el enemigo, sino ante los emboscados propios. En la fiesta que cierra las celebraciones vallisoletanas se atreve a decir, y ante «varias personas», algo que se sabe y se oculta a diario: «Que la situación en África, por efecto de la inmoralidad reinante y sobre todo por haberse entregado al juego muchos de los jefes y oficiales allí destinados, tenía que producir y no tardando mucho, una verdadera catástrofe.»[39] Fernando Primo de Rivera, que pronto va a pasar a los anales de la Caballería española como uno de sus más grandes héroes, ha dado, antes de morir, su primera carga contra algunos de los responsables de la muerte inminente del Ejército de África.

Las cifras oficiales de este escarnio se sabrán un año después por el diputado Crespo de Lara. Y el Congreso oirá estos datos: entre 1920 y 1921 «se han suicidado 47 jefes y oficiales», y «han perdido su carrera, por fallos de Tribunal de Honor, 41, y la mayoría de ellos víctimas del juego». A ello se suma el mareante capítulo de desfalcos y malversaciones, en los que «hay un número considerable, 59 jefes y oficiales, de éstos, 30 en África»[40]. Fernando Primo de Rivera avisaba de la

---

[36] AJCPL. Informe de Gabriel de Morales, págs. 8 y 9.

[37] Telegramas cruzados entre Berenguer y Silvestre (10-13 abril 1921). SHM, Comandancia General de Melilla, Leg. 278.

[38] AGMS, 1ª Sección, Leg. F-1025.

[39] Relatado por el diputado conservador Felipe Crespo de Lara, en su intervención ante el Congreso en la sesión del jueves 6 de julio de 1922. DSCD, pág. 3.460.

[40] Intervención de Crespo de Lara en la sesión del miércoles 28 de junio de 1922. DSCD, pág. 3.093.

catástrofe, de la fosa en la que no podía imaginar que él mismo entraría, junto con tantos y por culpa de tantos.

Silvestre y Eza vuelven a Madrid. Van a almorzar dos veces en la capital y reunirse otra, «entre papeles» —como recordará meses después el ministro—[41], en su despacho del palacio de Buenavista. Silvestre pide lo que tiene que pedir: dinero, hombres, medios. Y urgencias. Eza le da lo que estima que puede darle: sincera comprensión. De prisas, nada. Y de dinero, cero.

El ministro no es leal con su «querido general»: la Comisión de Compras de Armamento —generales García Moreno, Muñoz Cobos y Villalba—, está sumida en la valoración de grandes partidas de material moderno. A poco, Eza tendrá en su despacho un informe de esas compras —procedentes de los *stocks* de guerra aliados—, el cual será debatido en la Junta de Defensa del Reino, el 22 de mayo siguiente.[42] Se trata de un listado impresionante: cientos de morteros, centenares de ametralladoras y de fusiles ametralladores, tanques, baterías antiaéreas, obuses y cañones de 240 mm y 350 mm, municiones... Las ofertas arrancan en ocho millones de pesetas, pero llegarán a doce millones, lo que vale la obra ferroviaria hacia Xauen. El ministro se calla. Para él son sólo *un presupuesto más.* Silvestre se marcha sin esa grandiosa esperanza armamentística, también ocultada a Berenguer.

Tras un último encuentro, esta vez protocolario, donde a Silvestre le es impuesta (el 9 de mayo), la gran Cruz del Mérito Naval, el ministro y el general se separan.

Silvestre regresa a Melilla y «desde la borda del barco», saluda a los que le reciben en el puerto con un objetivo nítido y una garantía suprema: se va a Alhucemas y por autorización «del Rey»[43]. Así lo denunciaría Prieto en el Congreso después del desastre, y en manifestación que sería ratificada, en 1922, por el mismo Eza, cuando dijo aquello de: «Ahora resulta que el general Silvestre, al llegar a Melilla, tuvo alguna jactancia de expresión. Yo ni siquiera he de rebatirlo. Ya sabéis que, a veces, en la intimidad, todos somos, como se dice en palabra muy castiza, jaquetones...»[44] Alhucemas, una *jaquetada.*

El 17 de mayo, Silvestre se reúne con sus oficiales, entre ellos, los tenientes coroneles Fernández Tamarit y Capablanca. Su estado de ánimo oscila entre el pesimismo contenido y la indignación ostensible. Volviéndose hacia Tamarit, «muy excitado», previene que «no tenía más remedio que ir a Alhucemas, y que la visita de Berenguer a la isla había estropeado todo, por lo que tendría que ir a golpes y en malas condiciones, careciendo incluso de elementos que en Yebala abundaban...». Silvestre tiene razón y se queja, pues buena parte del material que «iba consignado a Melilla salía para otro lado (a Ceuta o a Larache) y él no lo recibía»[45]. Fernández Tamarit y Capa-blanca sólo pueden mostrarse de acuerdo con su general, al que observan, impotentes, debatirse prisionero de un fatal *asunto de conciencia:* atacar sin tener medios ni aliados, o renunciar al mando, cuestión por la que en ningún momento se pronuncia.

La primavera muere en el Rif y Alhucemas espera a Silvestre. Los permisos de Estado los tiene. Lo sabe Berenguer, lo sabe Eza y lo autoriza el Rey. Pues adelante. Pero se lanza sin creer en nada. Un año después, Alcalá Zamora, tras señalar que el comandante general de Melilla se abalanza sobre Alhucemas sin tener fuerzas suficientes, ni plan coherente, y mucho menos un proyecto de retirada, diría que «el general Silvestre había hecho un pacto con la victoria, porque si no, lo había hecho con la muerte»[46]. No era cierto. Silvestre tenía un pacto con su palabra.

---

[41] Intervención de Eza ante el Congreso, en la sesión del viernes 21 de octubre de 1921. DSCD, pág. 3.723.

[42] Ésta es la fecha dada por el conde de Romanones, con toda precisión, al interrumpir al vizconde de Eza en la sesión parlamentaria del miércoles 29 de noviembre de 1922, y a la que replicará el ministro que él tenía nota de la reunión «con la fecha del 13 de julio de 1921». DSCD, pág. 4.409.

[43] DSCD, pág. 3.831. Intervención de Prieto en la sesión del Congreso correspondiente al jueves 27 de octubre de 1921.

[44] *Ibídem,* pág. 4.404. Intervención de Eza ante el Congreso en la sesión del miércoles 29 de noviembre de 1922.

[45] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 12.

[46] DSCD. Sesión del viernes 24 de noviembre de 1922, págs. 4.325 y 4.316.

El Ejército de África acaba en cuerpo agusanado

Mientras Silvestre va a la Península y vuelve, dispuesto a conquistar Alhucemas, la desidia y la corrupción han proseguido su labor destructora, iniciada hace años. Regresa dispuesto a ganar una guerra y no tiene ejército, sólo un cuerpo agusanado.

El militar de 1921 ni se parecía al de 1909 ni mucho menos mantenía el nivel ético de 1859. En líneas generales, ni era *africano* ni se sentía colonizador de nada. La mayoría se dejó arrastrar por una carrera marcada por la atonía, el destello de un riesgo pasajero y una aleatoria recompensa, con el posterior languidecer en mando rutinario. Otros cambiaron esas expectativas por la falta de respeto a las Ordenanzas y al erario público. Este segundo grupo, reducido en número, pero atrevido en desfachatez, decidió hacer de Marruecos el negocio de su vida. Un periodista granadino, Rafael López Rienda, desvelaría su más sórdida trama, la del Parque de Larache, cuando el asunto estaba oculto, pero ya actuaba la Justicia militar. Las cifras eran de vértigo: si el Parque movía unos quince millones de pesetas anuales, las sustracciones mensuales suponían una media de trescientas mil pesetas, suma enorme, teniendo en cuenta que el sueldo de un capitán era de seiscientas pesetas al mes. Los robos se mantenían desde 1918, cuando un capitán de Intendencia, Manuel Jordán Pérez, empezó a ejercer de pagador en el Parque. Tenía treinta y cuatro años y ya se le conocía por llevar «una vida muy comentada»[47].

La delirante estructura militar española en Marruecos favoreció la criminal estafa: decenas de posiciones aisladas, necesitadas de todo para sobrevivir. Sólo una posición, la de Meserah, requería el abastecimiento de un convoy por semana, con 450 cargas. En la contabilidad oficial, cada una de ellas resultaba a 36 pesetas, pero el coste real era de 19,85 pesetas.[48] Y se apuntó más alto: a los grandes cargamentos. Las partidas se contrataban... y no llegaban, aunque *se pagaban.* Si llegaba el cargamento, el contratista tenía que expedir oportuno recibo por haber entregado el doble. Así le pasó a Urquiza, comerciante desesperado, que entregó cuatrocientas cincuenta toneladas de paja, y se vio obligado a presentar factura por ochocientas toneladas para cobrar las primeras, las únicas entregadas.[49]

Las diferencias iban a parar a los bolsillos de lo que López Rienda definió como *La Cofradía de la Avaricia:* los comandantes Emilio Muñoz Calchineri (director del Parque) y José García Restrebada (jefe de Administración en Larache); los capitanes Fernando García Bremón, Mauro Rodríguez Aller y Jordán; más el comisario de Guerra y ex diputado maurista, comandante Francisco Montes del Castillo. Este último, *cobraba* en Larache pero vivía en Tánger, en su lujosa Villa Porchet, rodeado de un séquito de criados y una flotilla de automóviles Panhard y Delahaye.

El engranaje funcionó hasta la época de Annual, cuando Jordán se autoconcedió un permiso de ¡dos meses! por supuesta enfermedad. El capitán estuvo en Ronda —en donde tenía una finca, «valorada en tres millones de pesetas»— y en el Puerto de Santa María, «donde vivía su amante»[50]. A su regreso a Larache, pidió los *atrasos.* Sus compinches alegaron que, *en justicia,* nada podía exigir. Jordán juró venganza y esperó su oportunidad. Ésta llegaría el 1 de septiembre de 1921, al cerrar las cuentas del mes anterior. En aquellas fechas fatales, en las que los diez mil de Silvestre eran cercados y muertos, el capitán Jordán acumulaba dividendos: 1.055.000 pesetas en comisiones de muerte, logradas a base del hambre de la tropa, el estado ruinoso de sus armas y la extenuación de sus caballerías. Ante la impresionante suma, Jordán tomó su decisión: quedarse con todo. A sus estupefactos compañeros les planteó esta disyuntiva: silencio absoluto a cambio de firmar su propia baja en el Ejército; de lo contrario «tiraré de la manta»[51]. Y lo inusitado se produjo: los ladrones denunciaron al mayor ladrón. Jordán, a su vez, habló sin tapujos.

---

[47] *La Libertad,* edición del 7 de septiembre de 1922.
[48] Rienda López, R. *El escándalo del millón de Lara che. Datos, antecedentes y derivaciones de las inmoralidades en Marruecos,* Imprenta de Sáez Hermanos, Madrid, 1922, pág. 35.
[49] *Ibídem,* pág. 36-38.
[50] *La Libertad, 7* de septiembre de 1922.
[51] López Rienda, R., *El escándalo...,* pág. 95.

Todos fueron encausados, empeñados Sanjurjo —más tarde comandante general de Larache— y Burguete —alto comisario tras la dimisión de Berenguer en 1922— en aclarar «las gravísimas derivaciones del proceso»[52], que dirigió el general Germán Gil Yuste. Montes del Castillo, según López Rienda, pagó su fianza con mil quinientas toneladas de cebada depositadas a su nombre en Casablanca.[53] Jordán fue condenado a veinte años. Empezó a cumplirlos en junio de 1923. Su letrado, el comandante Juan Unceta, asqueado de su proceder, renunció a la defensa. Su siempre fiel esposa, Dorade Giles, solicitó al Rey su indulto. A fecha del 12 de junio de 1927 Jordán seguía preso en la fortaleza ceutí del Hacho, donde «réstale por cumplir, 14 años, 3 meses y 9 días»[54]. No hemos podido confirmar si el ex capitán se mató de un tiro tras ser excarcelado, como es la creencia general.

Semejante escándalo no tuvo repetidores a esa escala, pero sí había tenido antecesores (véanse los detallados informes de Crespo de Lara en el Congreso). La tropa no iba a la zaga: veía robar a los oficiales y robaba por su cuenta. De la manera más simple y más suicida: vendiendo armas y cartuchos a los cabileños.

El disparate llegó a tales extremos que aquellos soldados ladrones vendían sus propias vidas a sus próximos verdugos. Y como sabían que el rifeño o yebalí, buen conocedor de armas, rechazaba las que estaban en mal estado, daban a sus enemigos el mejor material, para así superar la *prueba de compra:* el comprador abría el cerrojo del fusil, revisaba la aguja percutora y observaba a fondo el ánima del cañón. Los vendedores aceptaban quedarse con lo inservible. Su beneficio: de cien a trescientas pesetas por un buen fusil, o veinticinco duros por veinticinco cartuchos. El equivalente a otros tantos españoles muertos. Fue tanta la avaricia, que los precios se desplomaron. Un informe confidencial a Emilio María de Torres —secretario particular de Alfonso XIII entre 1909 y 1931— hablaría sin ambages sobre la naturaleza de esta infamia.

En ese informe, clasificado como «nota reservada» y fechado a 9 de octubre de 1919, se definía como «de leyenda» el que los cabileños se surtieran de municiones por la costa normarroquí, la zona tangerina y la frontera con el Protectorado francés. Y exponía la cruda verdad: «La realidad es que, desde los sucesos de Melilla en 1893, hasta los que se desarrollan estos días entre Tetuán y Tánger, casi todos los cartuchos que tienen las barcas enemigas son cogidos a nuestras tropas, de los que venden los soldados y de los que se les caen de las cartucheras.»[55]

En refuerzo de sus tesis, el anónimo informante —-su estilo recuerda al utilizado por Villalba— decía: «Y la prueba más evidente de ello es que la munición Máuser, no obstante su mejor calidad, está baratísima y muy abundante, y carísima la de las otras armas.» El redactor se atrevía a presentar una solución: «No habría medio más eficaz para dar el golpe de gracia a la resistencia de los rifeños y yebalas que el dotar a las tropas de África de un fusil y ametralladora de calibre distinto al Máuser, cosa que sería tan económica como sencilla, dadas las enormes existencias que existen en los parques europeos.»

Era entonces Berenguer ministro de la Guerra, que nada propuso al Rey, a su vez informado por Torres del pavoroso problema. Se fue Berenguer y vino Eza. Y todo siguió igual: en Intendencia, no pocos oficiales robando; y muchos soldados vendiendo, a *precio de sangre,* los cartuchos con los que serían acribillados. Sobresueldo efímero a cambio de muerte casi segura.

En 1921 el vil procedimiento seguía en pie. El Ejército de África agusanándose, y otro ejército cumpliendo la tarea de aquél: las tropas indígenas. En lugar de enviar los mejores oficiales a mandar los mejores soldados, los puestos en la Policía Indígena —tan cuidados en la época de Larrea y Aizpuru— eran desempeñados por una oficialidad irresoluta, desconocedora y hasta despreciativa de la idiosincrasia rifeño-yebalí.[56]

En el Rif español se vivía un auténtico disloque de la disciplina. Poquísimos eran los oficiales que permanecían al frente de sus unidades, pues preferían residir en Melilla, ciudad de placeres y

---

[52] *El Sol,* edición del viernes 8 de septiembre de 1922.
[53] López Rienda, R., *El escándalo...,* pág. 70.
[54] AGMS, 1ª Sección, Expte. J-824.
[55] AGPR, Caja 15.765/5.
[56] SHM, Legado «Manuel Fernández Silvestre», carpeta 21.

comodidades. El jefe de la circunscripción de Nador, teniente coronel Pardo Agudín, residía en la plaza «de forma permanente»; los tenientes coroneles y comandantes «alternaban cada diez o quince días en el mando de las columnas»; «los jefes de Estado Mayor de las columnas se nombraban la víspera de salir éstas, y era dificilísimo que en dos operaciones distintas fuera con la columna el mismo jefe».[57]

Problema disparatado era el de los efectivos, los soldados que había *de verdad.* A 30 de junio de 1921, y repartidos en 121 posiciones, el ejército de Silvestre sumaba 361 oficiales y 9.303 soldados, que disponían de 2.578 cabezas de ganado. Tres semanas después, las cifras pasaban a ser 588 jefes y oficiales, 16.582 de tropa, más 3.592 caballerías, distribuidas en 144 posiciones.

Habría una nueva revisión, y entonces aparecerían 845 jefes y oficiales, 20.139 de tropa y 5.251 cabezas de ganado.[58]

En cuanto a las diferencias sobre las cabezas de ganado, Crespo de Lara aportaría humorísticas, pero no menos aceradas reflexiones al afirmar en el Congreso: «Casi todos los caballos y mulos, cuando los había, fallecen en los últimos días del mes, rara vez a primeros o mediados. Desde que existe Ejército, todos los fallecimientos de ganado ocurren a fines de mes, y luego se acredita lo que representa el gasto de pienso de estos animales, como si hubieran vivido todo el mes.»[59]

De mucha mayor gravedad resultaría el lastimoso uso de los llamados *coches rápidos.* Ya en 1915, Pablo Iglesias denunciaba tales abusos.[60]

El asunto consistía en lo siguiente: la familia de un reservista o movilizado en África compraba un coche veloz, un Ford de 20 HP —que costaba unas cuatro mil pesetas—, y lo donaba al ejército con una condición: el soldado, suboficial u oficial donante se quedaba de chófer... más su asistente. Al sucio asunto se le conocía como «el emboscamiento Ford». El diputado Juan Sarradell Farras, de Izquierda Liberal, denunciaría a «aquellos soldados que, prevaliendo (sic) de regalar al Ejército automóviles, tienen derecho a dos *emboscados:* uno como conductor y otro como lacayo»[61]. Y añadiría lo evidente: «Un ejército lo menos que debe pedir es que haya igualdad en el sacrificio, igualdad ante el enemigo, y en el Ejército de Marruecos no existe esa igualdad.»

Ángel Romanos y Santa Romana, fiscal en el Suplicatorio Berenguer, diría sobre el empleo de los *coches rápidos* que debería «haberse indagado si esos carruajes eran propiedad particular de los Cuerpos que, por sus Reglamentos, no hubiesen de tenerlos, y en tal caso, en qué forma se había hecho su adquisición y con qué fondos se atendía a su sostenimiento».

Romanos sentenciaría que «todo este conjunto de errores político-militares, nacionales y acaso morales, restaba indudablemente fuerza a los mandos y aflojaba los lazos de la disciplina, en forma tal, que, en el momento preciso, no pudieron tener éstos la fuerza necesaria para evitar la desbandada, el pánico». Concluiría con demoledora sentencia: «Ni el Mando podía tener confianza en sus subordinados, ni éstos en el Mando.»[62] La tragedia de Annual se resumiría en esa frase.

Meses después de su muerte, al comandante general de Melilla se le reprocharía en el Congreso: «Lo que le ocurrió al general Silvestre fue que no conoció a sus tropas.»[63] Pero Silvestre sabía bien cómo eran sus soldados. Su fallo estribó en que sólo conocía a una parte de sus oficiales: la que murió con *él* o la que resistió hasta el final. La otra huyó o se rindió.

---

[57] *Documentos relacionados con la Información instruida por el señor general de división D. Juan Picasso sobre las Responsabilidades de la actuación española en Marruecos durante julio de mil novecientos veintiuno.* Es un resumen, tipográfico, del mismo Expediente (que consta de 2.433 folios) y editado por Ediciones Morata, Madrid (s.a., casi con seguridad en 1922), pág. 55. A él nos referiremos, en adelante, como *Documentos...* (Expediente Picasso). No debe confundirse con lo que denominamos DR (Declaración Resumida) de los testigos, que Picasso mandó copiar, y de las que se sirvió para redactar, él mismo, el llamado *Apéndice,* consultado luego por los diputados del Congreso y otras personalidades. Por estas DR, en referencia a los folios del Expediente, le llamaremos EPO (Expediente Picasso Original).

[58] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 95.

[59] DSDC. Intervención de Felipe Crespo de Lara en la sesión del miércoles 28 de junio de 1922, pág. 3.074.

[60] DSCD. Sesión del 17 de noviembre de 1915, pág. 215.

[61] DSCD. Intervenciones de Sarradell en las sesiones del 7 y 28 de abril de 1922, págs. 734 y 1.032.

[62] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 96.

[63] DSCD. Intervención del diputado Martínez de Campos, en la sesión del miércoles 9 de noviembre de 1921, pág. 4.055.

Una nube negra y otras promesas de color indefinido

Acabándose la primavera de 1921, Silvestre entró en una fase pesimista, rara en él. En carta a Berenguer, fechada el 29 de mayo de 1921, le exponía la actitud recelosa de los Beni Urriaguel, los Beni Ulixek, los Beni Tuzin y otros, y deducía que, si recibía el apoyo de esas tribus, avanzaría, pero «en caso contrario, lo pensaré, porque tendríamos una serie de combates sangrientos, muy distintos de los que hasta ahora hemos sostenido en este territorio»[64]. En esa misma carta —que el hijo del coronel Morales, Gabriel, pasaría a Picasso—, Silvestre recurría a un insólito simbolismo: «La nube que se presenta en la zona ocupada, nube negra y que me inspira seria inquietud, es la cuestión de la secta alauia (sic), pero de ella me ocuparé en carta aparte, para mayor claridad en el archivo y clasificación de los documentos.» Esa ampliación de datos no la hemos encontrado, aunque de ella quedarían los rumores del momento, que hablaban de la venida de *un rey moro.* Desde luego no era Abd elKrim, y tampoco podía ser el sultán Muley Yussuf.

De Abd el-Krim haría Silvestre una singular descripción, pues dirá de él «que si en vida de su padre dicen que no se atrevía a hacer nada, al quedar libre por la muerte de aquél, se atreve a todo, y prescindiendo de hábitos adquiridos en su vida entre nosotros, anda sucio y tostado por el sol, como cualquier montañés». Otros datos revelaban el empuje movilizados que Abd el-Krim imponía a sus beniurriagueles: «Les ha dado banderas, ha construido trincheras, ha recogido dos o tres cañones y dos fusiles ametralladores (los que se utilizarán contra Abarrán) que había en las kábilas cercanas, y los ha emplazado, unos en Yub el Kama (o Qama), y otros frente a Alhucemas.»

El 16 de mayo, Abd el-Krim se entrevistó con Got —a su vez relacionado con el empresario Horacio Echevarrieta—, exponiéndole sus pretensiones: organizar una fuerza de policía de quinientos o mil hombres «a su devoción, para con ella imponer la tranquilidad y el orden en la cábila, y entonces tratar con España»; proyecto que en Silvestre provocaba esta respuesta: «Es una fantasía, pero fantasía peligrosa por lo mucho que nos entorpece.»[65]

El 18 y el 19 de mayo, el líder rifeño escribe otras tantas cartas a Morales. Habla en plural, al ser texto representativo de él mismo y de su hermano Mhamed. En la primera hace votos por el éxito de las gestiones de paz que ha emprendido el coronel, dejando claro que quiere participar de ese empeño: «Rogamos a Dios que su obra sea coronada con triunfo y que en esta obra común seamos nosotros también personajes.» En la segunda pide se le envíe «con el portador, *Pajarito* (Mohammed Azerkan), una clave para que nos sirva en el futuro». Y en su despedida, ruega a Morales «presente nuestros afectos a S. E.» (Silvestre).[66]

¿Qué pensaba Silvestre de todo esto? Él mismo se lo confiesa a Berenguer: «Yo no tengo un criterio formado y espero que los hechos demuestren a qué lado inclinarme.» En cuanto a las muestras de afecto del rifeño, las consideraba «una habilidad para cubrirse si las cosas le salen mal». Pero el general acaba de recibir otra carta. De un antiguo compañero de estudios. Un texto inusual: denuncia, previene, afirma; es leal, franco y valiente. Y es también una profecía: el Rif español es un volcán.

Una carta extraordinaria: Fernández Tamarit escribe

La carta que recibe Silvestre el 16 de mayo de 1921, la firma Ricardo Fernández Tamarit. Este teniente coronel de cuarenta y siete años escribe desde la jefatura de su posición, en Zoco el Telatza de Bu-Beker, el enclave sureño que él mismo ha fortificado y cuyo mando abandonará por enfermedad, siendo sustituido por García Esteban, que dirigirá una desastrosa retirada en julio.

Tamarit responde a «un recado» y a «una nota» de Silvestre, que le han sido entregados por su

[64] Eza, vizconde de, *Mi responsabilidad en el desastre de Melilla como Ministro de la Guerra,* op. *cit.,* págs. 415-419.
[65] *Ibídem,* págs. *5* y 6.
[66] *Ibídem,* págs. 9 y 10.

compañero de igual rango, Piqueras. Éste, a su vez, había sido portador de una carta del mismo Tamarit, que «entregó personalmente en la Comandancia General» el 26 de abril.[67] El cruce de despachos entre ambos jefes obedece a los reproches que Silvestre hacía a su subordinado, a raíz de una operación de descubierta emprendida por éste en los estratégicos e ignotos pasos de Ain Zorah y el collado de Busfemaden, región a la que los oficiales de la Policía Indígena describían como «terrorífica guarida del terrible adversario» (los Beni Urriaguel).

Fernández Tamarit, acompañado de unos fieles guías rifeños, pero sin escolta armada de españoles, había reconocido aquellas alturas —el 12 de abril— y regresado sin contratiempo. Por el camino había encontrado «agua, pastos, recursos abundantes», asegurando a Silvestre que «pueden las tres Armas actuar bien». Es decir, que por Busfemaden podía pasar todo un ejército.

Esta operación, descubridora de un importantísimo boquete táctico por donde rodear a los de Axdir, había merecido de Silvestre el calificativo de «inútil excursión», y su promotor, el de «fantoche» que «se jugaba locamente la vida»[68].

El teniente coronel razona a su general que su enfado proviene de informes falsos, los que le han hecho llegar varios mandos de la Policía Indígena. Éstos, al exagerar las dificultades topográficas y la hostilidad de los habitantes de Busfemaden, «tenían un pretexto para fingir un servicio que no hacían; yo he descubierto la mentira y, claro está, no me lo perdonan»[69]. Y Tamarit le dice a Silvestre: «Perdona que te hable con tanta claridad, mi conciencia me impone el deber de hacerlo así.» Y sin contenerse, le previene: «Pese a tu apariencia de carácter y de hombre enérgico, eres el niño grande de siempre, a tal extremo que sólo te defienden los bigotes; si algún día te los afeitas, estás perdido.»[70]

Tamarit cuenta a Silvestre por qué ha triunfado él, en solitario, en la descubierta de Busfemaden. Es una crónica de acciones depravadas y reacciones honrosas. Unas semanas antes, cuando se encontraba Tamarit en su barracón de mando, oyó «gritos desesperados de mujer». El coronel acude con presteza, y se encuentra, entre las alambradas del campamento, a «una morita joven y linda, que gritaba arrastrada por seis policías indígenas al mando de uno que es el ordenanza del teniente S. (Salama), y un coro de soldados (españoles) que increpaban a los Policías», los cuales, «se habían apoderado de la chica después de arrear un panzón a la madre y a la hermana, que querían impedirlo». Tamarit escucha de aquella joven rifeña, «abrazada a mis rodillas, temblando y sollozante», el relato de su drama. Enérgico, ordena dar «cuarenta buenos palos» a cada uno de los policías, «y sesenta al ordenanza» del oficial, que «había llegado a ofrecer cien duros a la madre por la hija». Poco después aparecía el inductor del delito, quien recibió de su coronel una bronca tremenda en el alojamiento de oficiales. A la vez, y siguiendo órdenes de Tamarit, uno de sus ayudantes, el bravo teniente Mille —que moriría en el desastre de julio—, marchaba al poblado «con dos secciones de Alcántara y orden de impedir por las armas, si preciso fuera, que nadie intentara apoderarse de la chica».

El suceso, a la vez que elevaba la consideración rifeña hacia Tamarit y la tropa española, hundía el ya escaso prestigio que les quedaba a los mandos de la Policía. Días después, destacados jefes de la región —Mizian Alí de los Beni Bu Yahi, Hamed de los Metalza, y Butala de los Farcha— se acercaban al campamento del Zoco y le decían al teniente coronel «que yo estar justicia y buen padre, y poder siempre marchar por todo como casa mía»[71]. De ahí había derivado «la excursión» a Ain Zorah.

A su vuelta, Tamarit se había encontrado, en la posición de Siach, al teniente Benítez «con una merluza espantosa». Por si fuera poco, en la víspera de la ocupación de Tajanet, Tamarit, al no recibir respuesta telefónica a sus llamadas, se había dirigido al campamento, entrando «sin ser visto ni detenido por nadie», encontrándose que «en la tienda del teléfono estaban descolgados los

[67] ASDL. Carta del teniente coronel Fernández Tamarit al general Silvestre, en 9 páginas, mecanografiadas a 62 líneas por página. De la misma se hicieron, el 24 de mayo de 1924, cuatro copias por el teniente coronel de Ingenieros José García Benítez. Y una de ellas está depositada en la Academia General de Zaragoza.
[68] *Ibídem,* págs. 2 y 3.
[69] *Ibídem,* pág. 5.
[70] *Ibídem,* pág. 1.
[71] *Ibídem,* pág. 5.

auriculares», y en la caseta de los oficiales, que dormían, a «tres de ellos con una tajada enorme»[72].

De ahí que Tamarit advirtiese a Silvestre: «Que hay en la Policía elementos cuya conducta y depravaciones han levantado contra nosotros una tempestad de odios que se traducirá en un levantamiento general el día menos pensado, y más aún si tenemos un revés.» Añadiendo, «que en la misma Policía hay muchos oficiales dignísimos». Y los citaba: Calvet, Cayuela, Capablanca, Luzón, Merlo, San Martín. Luces militares en un Cuerpo oscurecido.

Siempre sincero, Fernández Tamarit razonaría a Silvestre: «Que no bastó con echar a Pomes (oficial cuya execrable conducta se denunciaría en el Expediente Picasso); sobran Carrasco, Benito, Salama y algunos otros, cuya conducta es tan pública y notoria que no comprendo cómo no estás enterado tú, que dispones de medios de información que faltan a Morales.»[73]

En nada se cohíbe Tamarit ante su general. Y tras comentar sus audacias —«Te has instalado prematuramente en Sidi Dris, Afrau y Annual»—, le recuerda que «no has consolidado nada a retaguardia»; le avisa de que las cábilas que deja atrás no están sometidas «y al menor revés tendrás a tu espalda cinco o seis mil fusiles»; le precisa que «Temsaman nos ha de ser hostil», pues «la presión de Beni Urriaguel es inmediata y no pueden resistirla»; le expone que «las tropas no están preparadas», y hasta compone una explosiva metáfora, válida para todos los españoles en el Rif de 1921: «Vivimos sobre un volcán.»

En su despedida, dura pero honesta, Tamarit le dice a Silvestre: «Es una vergüenza eso de que los Coroneles pasen la vida en la Plaza (Melilla) o en España con permiso, rascándose la barriga, y sólo suban (al campo) cuando va a hacerse una operación con la Columna de recompensas.» Y como el general le hubiese expuesto, en su nota, singulares conceptos de triple masculinidad, replica: «Y por lo que se refiere a tus tres testículos, sobre que el decírmelo era innecesario, te diré que yo sólo tengo los dos que me corresponden, y convencido de que todo cuidado es poco para reservarlos, no los uso a destiempo. Te suplico, por el bien de todos, no malgastes los tuyos prematuramente. Además, no es digno de ti ni de tu elevada posición emplear esos argumentos. Creo haber contestado cumplidamente a tu nota. Si algo falta, el día 18 estaré en Melilla como ordenas y lo completaré de palabra.»[74]

Esta extraordinaria carta es síntesis del Rif de Silvestre. De su autor, Rubio recordará que la condesa de Pardo Bazán decía de él «que era el militar más culto que había tratado»[75].

La España durmiente de Abarrán

Silvestre estaría cavilando sobre sus opciones hasta el 31 de mayo. Cuarenta y ocho horas de meditación es mucho para un simple avance, pero el general sabe que Abarrán es una apuesta muy superior a la de Taffersit. A Fernández Tamarit le ha planteado sus dudas sobre la operación, y el teniente coronel le contestó que «la consideraba prematura»[76]. Silvestre confía en el sustituto de Morales, Villar, quien ha hecho diversos recorridos —junto con el capitán Juan García Margallo— por la zona y está convencido de las bondades militares del terreno y de la lealtad de los de Temsaman, que «pidieron la ocupación de Abarrán»[77]. Silvestre se confía también a Angelo Girelli, aventurero italiano y singular *espía al descubierto,* puesto que todo el mundo rifeño le conoce. Girelli parte en *misión secreta,* aunque su papel «se redujo a traer unas fotografías de Abarrán y Tizzi Takariest»[78]. Mientras, ante Villar, los jefes temsamaníes se desdicen y le avisan: no plante

[72] *Ibídem,* pág. 6.
[73] *Ibídem,* pág. 7.
[74] *Ibídem,* pág. 9.
[75] Rubio Fernández, Eduardo, *Melilla. Al margen del desastre (mayo-agosto de 1921),* Editorial Cervantes, Barcelona, 1921, pág. 30.
[76] AJCPL. DR (Declaración Resumida) del teniente coronel Ricardo Fernández Tamarit (5 octubre 1921), sobre el folio 1.197 perteneciente al EPO (Expediente Picasso Original).
[77] *Ibídem.* DR del capitán Juan García Margallo (5 octubre 1921), sobre el folio 1.210 correspondiente al EPO.
[78] *Ibídem.* DR del teniente coronel Fidel Dávila Arrondo (11 octubre 1921), correspondiente al folio 1.284 del EPO (Expediente Picasso Original).

ninguna bandera española en Abarrán. Uno de ellos, Mohammed Ukarkach, le previene: puede que sean tres mil los hombres en Abarrán. Pero el comandante no se cree con derecho a retractarse ante su general.

Villar prepara su aventura, casi en privado. Pocos de sus compañeros se enteran de lo que trama. Es el caso del comandante de Ingenieros Emilio Alzugaray Goicoechea, que tiene la responsabilidad de los efectivos de su Arma en Annual. Por simple precaución, Alzugaray se dirige, el 31 de mayo, a la tienda del jefe de Campaña, preguntándole «qué posición había de ocuparse al día siguiente». Dávila le responde que el punto elegido es Abarrán. Sorprendido, Alzugaray hace ver a su superior que «dicha posición no cumplía ningún objetivo militar, y no podía abastecerse después ni socorrerse caso de ser atacada». Impávido, Dávila responde que «las operaciones se hacían en plan amigable»[79]. El jefe de Campaña era tan opuesto a la operación, que Gabriel de Morales, al repasar estos hechos, dirá: «A consecuencia de ello, dejó aquella Comandancia un hombre modesto pero de positiva valía, el teniente coronel Dávila.»[80]

Otro oficial que se entera, y en similar confidencia, es Manuel Ros Sánchez, teniente coronel de Ceriñola, quien recibirá orden de«entregar diez mil cartuchos Remington para la harka amiga». La que se va a rebelar y queda así bien armada. Libre de trabas, Villar da la orden de salida a sus tropas: 1.461 hombres y 485 cabezas de ganado. Se lleva «todos los mulos» que hay en Annual.[81] Es la una de la madrugada del 1 de junio de 1921.

La columna avanza con calma en la noche clara del verano rifeño. Los hombres tienen por delante quince kilómetros (siete en línea recta) de camino hasta el objetivo, obligados por el continuo subir, bajar y torcer de la tortuosa senda. Tras cuatro horas y media de marcha, se alcanza la cima de un gran monte, a setecientos metros de altitud: Dar Uberrán o Abarrán. Los hombres, obligados a marchar de uno en uno, y con las caballerías en fila india, componen una larguísima columna. Cuando llegan los primeros, todavía faltarán casi dos horas para que aparezcan los últimos. Sale el sol mientras las cansadas tropas se toman un respiro de media hora antes de emprender los trabajos de fortificación previstos.

El panorama es magnífico. Hacia el Oeste, emergiendo bajo la tibia luz de la mañana, aparecen los espacios soñados de Alhucemas; al Norte, el mar; al Este, y muy a lo lejos, el solemne Monte Mauro; al Sur y en su centro, Annual, sepultada en su hoya y todavía en sombra; por detrás el Izzumar; por la derecha una colina amarillenta y desértica, Igueriben; y al fondo, empezando a cerrarse el círculo, extraños e inviolados, los poderosos crestones de Tizzi Assa. Completando el giro y ya muy cerca, en la espalda que guarda Alhucemas, otro cerro, el Yebel (monte) Kuma o Qama. En él se observan muchas figuras. Son rifeños, pero no parecen hostiles. Observan lo que hacen los españoles y esperan. El kaid El Hach Haddur Boaxa, que acompaña a Villar, le desaconseja que instale las tropas en Abarrán. No le gusta ni el emplazamiento ni menos aún sus particularidades. Villar, en impavidez temeraria, ordena que comience la fortificación.[82] Primera sorpresa en Abarrán. No hay agua. Segunda sorpresa: apenas hay piedras, sólo tierra. Y la tercera: «Se trató de hacer el parapeto con sacos, pero estaban podridos y se desfondaban.»[83] A base de paciencia, los muretes con los sacos medio deshechos suben hasta 1,30 metros de altura. Los soldados españoles no son altos, pero esas defensas apenas les cubren el pecho. Es el turno de los cañones. Quedan también al descubierto. Junto a las cuatro piezas de 75 mm se depositan los proyectiles: 360 cargas de metralla y de granadas rompedoras. Se colocan las alambradas. La tarea se hace como siempre: mal. Las dos filas de piquetes se clavan a unos treinta metros del parapeto. Ese espacio, una vez roto, equivale a nueve segundos a la carrera, pendiente arriba, para un rifeño dispuesto a todo. Ése será el tiempo que tendrán los españoles para defenderse en el asalto final: lo que media entre apuntar y disparar, cargar y disparar, volver a cargar el fusil y disparar por última vez. Tres disparos, nueve segundos, para gente muy entrenada. Y no es el caso.

---

[79] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 411.
[80] AJCPL. Informe de Gabriel de Morales, pág. 10.
[81] AJCPL. DR del teniente coronel Manuel Ros Sánchez (17 octubre 1921), correspondiente al folio 1.367, del EPO.
[82] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 98.
[83] AJCPL. DR del teniente coronel Manuel Ros Sánchez.

El frente sur de Abarrán, el que mira hacia Annual, es un pronunciado declive, cubierto por la traicionera *gaba,* matorrales muy espesos que, en esa altitud, tienen una altura de más de un metro. Villar observa, confiado, tal situación y dice a sus oficiales —capitanes Huelva y Salafranca, tenientes Camino, Flomesta y Reyes, alférez Fernández— que ese frente meridional «constituía, por sí mismo, una defensa»[84]. Por allí subirá el enemigo y desde allí lanzará toda su fuerza atacante sobre la posición.

En Annual, un prudente Morales va a perder la paciencia, como los soldados que luchan en Abarrán contra aquellos sacos podridos. El teniente coronel Ros presenciará una conversación «entre el Comandante General y Morales» en la que «se puso de manifiesto el desacuerdo que entre ellos existía sobre el éxito de la operación que se acababa de realizar»[85].

A continuación, una polémica para la historia: Silvestre en Abarrán. Según Prieto, que así lo afirmará y tajante en el Congreso[86], en base al parte oficial de la operación publicado en la prensa de Melilla, sí; según otros testimonios, no. Hay un dato irrefutable. Villar ha llevado los cañones a Abarrán, y los deja en posición, pero cuando regresa a Annual se lleva consigo las dos compañías de ametralladoras. Abarrán queda sin armas automáticas. Eso le duele a Silvestre, que confesará a sus ayudantes, ya en Melilla, hecho tan preocupante y al que no ha logrado poner remedio, «pues la orden que él dio para ello no pudo cumplirse por estar ya regresando la columna»[87]. Otro dato: los rifeños se reúnen en gran número y rodean el monte. Demasiados para tan pocos enemigos, aun con artillería. Su propósito, «que es público en Melilla» según Prieto, era capturar al general de los bigotes, «a quien se suponía no había salido de la posición»[88].

Las figuras que cubrían Yebel Qama se han hecho un grupo, y el grupo acaba siendo la *harka* de los temsamaníes. Son más de dos mil y se extienden a lo largo de varias lomas. Se les unen más hombres: los beniurriagueles. Les separa de los españoles una distancia que va de los novecientos a los mil seiscientos metros, lo que no es impedimento para su puntería ni el alcance de los fusiles modernos.

Españoles y rifeños se tantean con la vista. Villar, desafiante, se permite un comentario obsceno sobre esa amenaza y lo transmite a Annual. Luego ordena que la tropa aligere y prepare la vuelta a la base. En la posición quedan veintiocho artilleros más otros doscientos cincuenta hombres, de los cuales unos doscientos son indígenas. Se muestran muy inquietos por la exhibición de fuerza de los harqueños. Y abrigan otras *dudas.*

Algunos de los efectivos de Regulares hacía dos meses que no percibían su sueldo[89], y en las filas de la Policía Indígena no estaban mejor. Su capitán, Ramón Huelva —jefe de la 13ª *mía* (compañía), no destacada en Abarrán—, «llevaba en su maleta la documentación de la unidad, y en su cartera, los fondos de la misma», según testimonio posterior del capitán Fortea, su relevo al frente de ese destacamento, quien se encontrará con que aquellos hombres aún «tenían pendientes de cobro quincenas de enero, y estar la mitad de ellos descalzos y con las ropas viejas»[90]. Nadie podrá explicar por qué Huelva salió en campaña, con varias compañías de policías —en Abarrán intervinieron la 5ª, 10ª y 11ª *mías—,* mientras era portador de los fondos de otra. Huelva será el primero en morir. Al parecer, le matarán, de un tiro en la cabeza, los harqueños *amigos:* saliendo de Abarrán, se revolvieron y tiraron contra el capitán.

Villar parte con su gente, de retorno a Annual. Es la una y cuarto de la tarde. La columna desfila bajo los ojos de la *harka.* La marcha se acelera y acaba casi en carrera. Se presiente la emboscada, que se evitará, al abandonar la senda y deslizarse la tropa por entre los barrancos. Va dislocada, ansiosa, mirando a todos lados. En ese momento escuchan dos largas ráfagas. De «unos cincuenta disparos cada una»[91]. ¿Los españoles que contienen a la *harka?* No, los rifeños que atacan con

[84] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 97.
[85] AJCPL. DR del teniente coronel Manuel Ros Sánchez.
[86] Sesión del 27 de octubre de 1921, pág. 3.820.
[87] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 10.
[88] DSCD. Sesión del 27 de octubre de 1921, pág. 3.820.
[89] DSCD. Sesión del 8 de noviembre de 1921, pág. 4.002.
[90] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 71.
[91] AFAM, Leg. 442/9. Este hecho aparece en el telegrama n° 6.949, «Urgentísimo. Personal y Reservado», que

fusiles ametralladores. Luego estalla el crepitar de la fusilería. Y el retumbe de los primeros cañonazos. Flomesta y los suyos se defienden. Villar oye el fuego, como todos. Y ordena, demudado, seguir adelante. A trompicones, muchos vuelven la vista atrás: Abarrán es sólo un eco de valientes descargas artilleras.

Al frente de los cañones de Abarrán está Diego Flomesta, el oficial que no quiso contribuir a la construcción de una capilla en Melilla para el clero castrense. Tiene treinta y un años. Este murciano (n. en Bullas) alto, espigado, pundonoroso, es buen profesional de su Arma. Abarrán resistirá cuatro horas. La resistencia se tuerce cuando los soldados de la Policía Indígena vuelven sus armas contra los oficiales. Caen Camino, Fernández y Reyes. El último, Salafranca. La degollina se generaliza, pero no pocos escapan. Flomesta ha sido herido. Pese a ello logra inutilizar tres de sus piezas. Los rifeños, en lugar de matarle, le pedirán que las arregle y les revele los secretos de cargar, apuntar y disparar un cañón moderno. Morirá de hambre, en cautividad, el 30 de junio, antes que consentir tal indignidad.

Desde Annual se ha intuido la tragedia: una columna de humo sube desde Abarrán. Los rifeños queman lo que no les interesa: equipo destrozado y los cadáveres de sus enemigos. La columna Villar ha vuelto en espectáculo denigrante de excusas y eufemismos. Silvestre no está. Antes de salir para Melilla ha puesto un telegrama a Berenguer donde le dice: «Abarrán tomado. La ocupación sin bajas.»[92] Silvestre entra en Melilla a las seis de la tarde, casi dos horas después de que Abarrán se haya convertido en una tumba para sus hombres y un baldón para su carrera militar. Le recibe en la puerta de la Comandancia uno de sus oficiales de más confianza, el coronel Rafael Capablanca Garrigó, quien le da la enhorabuena «por el feliz resultado» de la operación, que había conocido por un telegrama llegado desde Annual. Silvestre no parece tranquilo, y al retirarse a descansar expone a Capablanca «su contrariedad porque en la posición no habían quedado ametralladoras»[93].

Al volver Capablanca a su despacho, el oficial de guardia le entrega un telegrama cifrado enviado desde Annual. Junto con Dávila, intrigado, lo descifra: «Abarrán atacado. Cañones disparan espoleta cero.» Pasan otro telegrama a ambos jefes: «Llegan algunos artilleros e indígenas.»[94] Dávila presiente lo ocurrido y exclama: «¡Se han comido la posición!»[95] Y viene un tercer telegrama desde Annual que muestra, en su concisa vaguedad, la impotencia y el desastre ocurrido: «No oímos nada; sólo vemos un poco de humo.»[96]

La Comandancia de Melilla empieza a padecer las horas más difíciles desde la guerra de 1911-1912. Todos los ojos están fijos en Silvestre. Sus oficiales le ven atusarse, con energía convulsa, las erguidas guías de su bigote. El general está nervioso. Reclama su automóvil de mando. Las órdenes son salir a toda prisa para Annual. La tarde está vencida y coroneles y comandantes intentan disuadirle de la idea. Es inútil, el general se marcha como una exhalación. Ya de noche cerrada Silvestre llegó a Batel. Allí le esperaban el fiel Fernández Tamarit con el capitán José Garnero y Gálvez. Sin poderse contener, se abrazará al teniente coronel y le dirá, saltándosele las lágrimas: «Tenías razón, ha ocurrido lo que dijiste. Te pido un esfuerzo, que con tres voluntarios vayas a Annual y me lleves la batería ligera que hay en Drius.» Luego, decidido y fiero, afirmará: «Yovoy ahora mismo con el auto a Annual, a ver si me matan, que será lo mejor, pues por culpas ajenas ha caído sobre mí este borrón.»[97]

Tamarit intenta calmar a su general, pidiéndole que no haga una *cadetada.* Silvestre no le hace caso y ordena seguir. En el camino, varios *pacos* abren fuego sobre el automóvil que sube por las

---

Berenguer transmite a Eza, desde Tetuán, a las 11.35 horas del 3 de junio de 1921. Y coincide con «los dos fusiles ametralladores» de los que hablaba Silvestre a Berenguer en su carta del 29 de mayo.

92 Exposición del diputado (regionalista) Francisco Bastos Ansart, en la sesión del 25 de octubre de 1921. DSCD, pág. 3.764.

93 *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 10.

94 En la conferencia telegráfica entre el comandante Galarza, jefe de servicio en Buenavista, y el general Navarro, se habla de que «entre los fugitivos, hay 72 heridos y contusos»; de ellos 25 europeos, pero «sólo 3 graves». AFAM, Leg. 442/9.

95 *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 10.

96 Exposición del diputado Bastos en la sesión ante el Congreso del martes 25 de octubre de 1921. DSCD, pág. 3.764.

97 *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 4.

rampas del Izzumar. Las balas golpean en la carrocería sin alcanzar al general. El coche corona el puerto y se mete a fondo en la hoya de Annual.

Esa misma noche, entusiasmada por su triunfo en Abarrán, la *harka* ataca Sidi Dris. Temsamaníes y beniurriagueles juntos. Son muchos, pero se topan con un jefe resuelto, el comandante Benítez, un malagueño tenaz que no les concede ningún respiro. Benítez resiste y Sidi Dris se salva, en especial gracias a un bravo pelotón de marinería: quince hombres, desembarcados del *Laya* al mando del alférez de navío Pedro Pérez de Guzmán, que sube decidido hasta la posición y planta a su gente, y dos ametralladoras que lleva, junto a los tres cañones cuyo fuego dirige el teniente Galán. Los rifeños vuelven en tromba, y con tal empuje, que rompen las alambradas. Llegan «a seis metros del parapeto»[98], pero allí están Pérez de Guzmán y los suyos, que los fusilan a bocajarro. Los cabileños se retiran ensangrentados —enterrarán a veintinueve de los suyos—, pero no vencidos. Al día siguiente, Silvestre, ya más calmado, cablegrafía a Berenguer lo sucedido. Y el alto comisario que, en veinticuatro horas, había conocido «la feliz ocupación» de Abarrán y su brutal pérdida, decide hablar con Silvestre. Nadie informa del desastre, sólo se habla de *la sorpresa de Abarrán.*

El revés era un mal trance, un sueño del que cabía despertar. Pero por Abarrán no despertó nadie. Ni Silvestre. Ni Berenguer. Ni el Gobierno. Ni el Rey. Todos lo dieron por lo que sigue siendo considerado: un pasmo bélico, una fatalidad, un infortunio colonial. Entretanto, los cañones de Abarrán empezaban a ser paseados por los zocos rifeños, como espectaculares banderines de enganche.

Discusión de generales a bordo de «El Espontáneo»

Decididos Berenguer y Silvestre a entrevistarse, acordaron hacerlo a bordo de un buque de guerra que no fuese el cañonero *Laya* o el *Giralda,* de poco calado y sensibles a la mar de fondo que golpeaba las costas rifeñas. El buque elegido fue el crucero *Princesa de Asturias.* La cita se señaló para el 5 de junio, y el lugar de reunión quedó fijado a la altura de Sidi Dris.

El *Princesa de Asturias* era, en sí mismo, un resumen de las peores lacras del sistema industrial y militar español. Buque de siete mil toneladas, incluido en el famoso pero fallido programa de rearme naval titulado «Plan Béranger» —por José María Béranger y Ruiz de Apodaca, ministro de Marina con Sagasta (noviembre 1885-octubre 1886)—, se ajustaba a una ya muy desfasada concepción de sus cometidos, tanto artilleros como marineros. Su botadura, en el arsenal gaditano de La Carraca, había sido el hazmerreír de la Regencia. Señalada la misma para el 8 de octubre de 1896, el casco sólo se deslizó unos pocos metros y quedó inmóvil, en medio del estupor de las autoridades y el público. Se repitió el intento al día siguiente, y el casco avanzó unas decenas de metros más, hasta quedar atrapado entre las gradas y al borde justo del mar. El gracejo andaluz le puso el acertado apodo de «El Arrastrao». Quedó en esa posición inestable durante días, en medio de los chascarrillos de la gente y del bochorno oficial. Y de repente, el 17 de octubre, el buque se movió solo, cogió rápido impulso, y, ante el pasmo de los operarios, «se botó por sí mismo»[99], no dando la voltereta de milagro. Ni que decir tiene que su apodo cambió al de «El Espontáneo» en medio de la rechifla general.

De la entrevista entre Berenguer y Silvestre existen muy diversos testimonios, pero los que aparecen en la Información del Suplicatorio contra Berenguer son los más significativos. Dos testigos de ese Suplicatorio, el comandante Tulio López Ruiz y el coronel Capa-blanca, aportarían importantes precisiones al mismo.

Ambos generales se saludaron con estudiada cordialidad. Silvestre reconoció ante Berenguer que «el golpe había sido muy duro y que desistía de dar un paso más sin antes haber fortalecido la línea,

---

[98] AFAM, 442/9. Despacho «personal y reservado», n° 6.979, de Berenguer a Eza, el 4 de junio de 1921 a las 16.00 horas.

[99] Rodríguez González, Agustín Ramón, *Política naval de la Restauración (1875-1898),* San Martín, Madrid, 1988, pág. 290.

que consideraba muy débil»[100]. Y volvió a sus peticiones: dinero para carreteras, armamento, municiones. Y más hombres: la constitución de una unidad de choque, el Grupo de Regulares de Alhucemas. Al oír lo que oía mes tras mes, Berenguer, mitad irónico, mitad despectivo, replicó a Silvestre: «¿Para qué quieres el Grupo, si cuando estuve en tu territorio tenías descansando la mitad del de Melilla?» A Berenguer no le faltaba razón. Pero en abril, no en junio de 1921.

La discusión se envenena. Ambos generales cruzan reproches, gestos airados, silencios de gran tensión antes de enzarzarse en otra rueda de desaprobaciones mutuas. Su amistad se craquela, se rompe. Los mandos del crucero se alarman ante el penoso espectáculo. Y tiene que ser el comandante del buque quien «tuvo que llamarlesla atención para que no se enterara la tripulación»[101]. Berenguer regresa a Ceuta. Podía haber desembarcado y recorrido el frente rifeño, pero no lo hace. El venía para entenderse con Silvestre. Y ni se ha entendido con él ni quiere perder tiempo en entender al Rif. Su obsesión es Yebala.

El que desembarca es Silvestre. Poco dado al disimulo, su rostro muestra las huellas de la cita, un combate. Sus ayudantes le rodean, interesados por conocer detalles. Capablanca, que sabe de la confianza que le tiene Silvestre, le pregunta con afecto: « ¿ Qué hay, mi general?» Y Silvestre, «de muy mal humor», responde: «¿Sabes lo que me ha dicho?» Y tras interponer «una exclamación muy enérgica», resume el fracaso: «Que hasta dentro de tres meses no me puede mandar los refuerzos que le he pedido, y que entonces me mandará una bandera (batallón) del Tercio, una batería y el Tabor (batallón) de Regulares de Ceuta; pues diremos a Abd el-Krim que espere.» De seguido, ya muy exaltado, se desahoga así: « ¡Se los puede guardar!»[102] Silvestre, «reflejando en su semblante profunda contrariedad y pesadumbre», está sobrado de razón. Dos batallones y una batería como refuerzos —unos mil hombres y cuatro cañones— para dentro de tres meses, para septiembre. No es de extrañar que pudiera ser cierta otra respuesta de Silvestre a Capablanca, y en frase mucho más ofensiva hacia el alto comisario: «Ese mamao nos ha chafado la papeleta.»[103]

Silvestre quería fuerzas indígenas para sí y para privar de ellas a sus enemigos de Axdir. El periodista Rubio Fernández resumiría con acierto esa estrategia: «El soldado moro del Tabor vale por tres: uno, que se ahorra, español; otro, que se adquiere; y un tercero que se resta al enemigo.»[104]

Dos días después, los temsamaníes mandan aviso a Annual: si se quieren los cuerpos de los caídos en Abarrán, hay que pagar, y son «cuatro mil pesetas por cadáver»[105]. Los amigos de Salafranca, de una u otra forma, consiguen recuperar los restos del bravo madrileño. Otro cuerpo es devuelto: el del cabo de Artillería Daniel Zárate. El capitán vuelve mutilado, y de tal forma, que Berenguer, en su telegrama a Eza, a las 23:45 horas del 7 de junio, tras enumerar las bajas y hacer mención de la llegada del cadáver de Zárate, dice: «...y otro que parece ser el del capitán Salafranca»[106].

Política «a cuadrarse» y un ejército en equilibrios

La España de Abarrán no es la del conservadurismo elegante de Dato, sino la del liberalismo angustiado de Allendesalazar.

Manuel Allendesalazar había llegado a la política por interés cultural y no por ambición. Su verdadera profesión era la de ingeniero agrónomo. Tenía cátedra en la Escuela de su especialidad. Era natural de Guernica (Vizcaya), donde había nacido en 1856. Militaba en el partido conservador desde los tiempos de Cánovas, y había sido cuatro veces ministro —de Hacienda (1901), de Instrucción Pública (1902), de Agricultura (1903), y de Estado (1907).

Cuando el partido conservador se escindió en dos tras el carpetazo regio a Maura, emergiendo

---

[100] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 14.
[101] Tesis expuesta por el diputado Julián Besteiro en la sesión del jueves 3 de noviembre de 1921. DSCD, pág. 3.940.
[102] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 10.
[103] Azpeitia, Antonio, *La mala semilla,* Imprenta Clásica Española, Madrid, 1921, pág. 84.
[104] Rubio Fernández, E., *Melilla. Al margen del desastre (mayo-agosto 1921),* op. *cit.,* págs. 40 y 41.
[105] 105 *Ibídem,* pág. 47.
[106] Documentos... (Expediente Picasso), pág. 552.

así la figura de Dato, Allendesalazar se declaró maurista acérrimo. Era un hombre alto, corpulento, que hablaba poco en público y sólo se mostraba locuaz entre amigos de fiar. Político paciente, cortés, dado a fiarse en las bondades ajenas, fue un creyente más del África alfonsina.

Allendesalazar estaba, en aquel verano de 1921, en su segundo Gobierno. Había tenido que sustituir a Dato a causa del atentado que éste sufriera en aquella mañana del 5 de marzo de 1921, cuando su coche, al regresar del Senado, fue ametrallado mientras rodeaba, a poca velocidad, la amplia curva de la Puerta de Alcalá. Un grupo de pistoleros anarquistas le dispararon —con pistolas automáticas Máuser— desde una motocicleta con sidecar. Aquellos veintiún impactos se clavaron no sólo en el pequeño cuerpo de Dato, sino en la médula misma del alfonsismo.

Dato había dejado a Allendesalazar una pésima herencia peninsular y a la vista: la crisis del catalanismo rebelde y la agresión recurrente entre los pistolerismos sindicalistas y estatalistas. Y otra, mucho peor y oculta, en Marruecos. La primera era la España del *Noi del Sucre* (Salvador Seguí), enfrentada a la del general Severiano Martínez Anido, dictador más que gobernador de Barcelona. Una España de mítines, anónimos y conjuras, de emboscadas y pistoletazos; con muertos de frente o por la espalda —«ley de fugas»—; sin otra ley que la de las represalias mutuas. Una España alauí. Y al lado su pareja, la España sacrificada e ingenua, ignorante de todo cuanto ocurría en Marruecos. A punto de ser emboscada, tiroteada y allí dejada desangrarse.

Allendesalazar mantenía la misma estructura militar de su antecesor: Eza seguía al frente del Ministerio, y Berenguer y Silvestre ejercían su condominio sobre Marruecos. En la primavera rifeña, tan amigos como siempre. Al llegar el verano, declarados adversarios. La entrevista en el *Princesa de Asturias* ha hecho de invencible trinchera entre ambos. Mantienen las apariencias, eso es todo. El Ejército de África está roto, quebrado entre dos mandos que hacen guerras diferentes: Berenguer quiere acabar con El Raisuni; Silvestre ya no quiere acabar con Abd el-Krim, sólo quiere una pausa. No la tendrá jamás.

Berenguer avanza con su ejército para poner fin a la guerra en Yebala; Silvestre no sabe cómo seguir la guerra iniciada en el Rif: no tiene medios, no tiene gente y sigue sin plan. Sabe que Berenguer no le va a dar ni un hombre, ni un cañón, ni una peseta, hasta tanto no acabe él con el raisunismo. Así que su ambición es sólo una: hacerse fuerte en el verano rifeño y resistir. Hasta el otoño, como decía Morales.

Desde el mismo crucero que le devuelve a Ceuta, Berenguer manda un despacho cifrado a Eza. Se está poniendo el sol aquel 5 de junio de 1921, cuando el telegrafista empieza a transmitir: «19.50 horas. En Sidi Dris, a bordo del *Princesa de Asturias»*. Y Berenguer pone, en boca de Silvestre, este panorama: «En resumen, la situación en conjunto es delicada, según Comandante General, requiere adoptar precauciones y proceder con cautela.» Y continúa este pasmoso análisis: «Por mi parte no veo, por el momento, en la situación nada alarmante.»[107] Para reforzar su optimismo, a su llegada a Tetuán el 6 de junio, Berenguer despacha otro cablegrama a Eza: «Actualmente nada ofrece (el Rif) que pueda ocasionar la menor alarma ni inquietud.»

Berenguer sólo tiene una angustia: perder la batalla contra El Raisuni. En sus Memorias lo reconoce así: «...volvía a mi primitivo plan, que siempre fue dejar ese importante problema (el Rif) para etapa final de la ocupación de la costa»[108]. General *minucioso,* quiere acabar una guerra antes de emprender otra. No se apercibe de que la planteada en el Rif es a cuchillo; que está abierta en toda su descarnada ferocidad, y que se juntará con la primera, acuchillándole a él y al régimen.

En Annual, un joven teniente de Artillería, de veinticinco años, Ernesto Nougués Barrera, escribe una carta a sus tíos. Es el 12 de julio de 1921. A diez días del desastre, Nougués expone la situación anímica del ejército de Silvestre, pero también la naturaleza que guía sus modos bélicos.

De lo primero dice: «Hemos atravesado por unos días tristísimos, de enorme depresión moral.» Y de lo segundo critica y previene: «Sucedió lo que tenía que suceder: que mientras la cosa iba bien nadie se preocupó de deficiencias, pero cuando han venido los palos, se ha visto que estábamos haciendo equilibrios, y eso no puede ser. En fin, que hay África para rato si Dios no lo remedia.»[109]

---

[107] AFAM, Leg. 442/9, telegrama 1.054.
[108] Berenguer, D., *op. cit.,* pág. 42.
[109] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 596.

La profecía del bravo Nougués resultaría muy cierta: habría «África» y en guerra, hasta julio de 1927.

Capítulo V

El general de las tres colinas

Un ejército de permiso y el coronel «aquí me quedo»

A las cuarenta y ocho horas de perder Abarrán, Silvestre toma varias decisiones: monta una posicion en Talilit, a medio camino entre Sidi Dris y Afrau; asegura Buymeyan, cerro que hace de avanzada de Annual, y repite similar acción en tres puntos que son claves de su retaguardia: Intermedia A (por delante de Ben Tieb), e Intermedia B y C, ahorquilladas sobre el paso del Izzumar.

El 7 de junio, Silvestre completa su dispositivo con otro atrevimiento: Igueriben, la colina amarilla que se percibía desde Abarrán. De cerca, Igueriben impone. La aguada se encuentra a cuatro kilómetros y medio. Abastecerse allí es un combate diario, luego se depende de Annual. Y Annual va a depender de Igueriben. Un ejército a cambio de un espolón rocoso. Una elevación próxima a Igueriben, en forma de salchicha, puede ser su cobertura o su desamparo. Será lo último, porque esa *Loma de los Árboles* no podrá ser ocupada. Buymeyan, que tenía su aguada en un barranco situado «a unos cien metros» —como pudo comprobar el teniente médico Vázquez Bernabeu, allí destinado—[1], era un enclave defensivo mucho mejor que Annual, pero Silvestre, que estudia tal permuta, acaba renunciando a ella.

En esos días, Silvestre concede licencia, «ilimitada», a los soldados de la quinta de 1918; más «licencia temporal» a los componentes de la de 1918 y 1919. De golpe, pierde tres mil veteranos. Serán reemplazados por los quintos de 1920, «sin instrucción apenas, y con un miedo a los moros enorme»[2].

Silvestre vuelve a pedir refuerzos —el Grupo de Regulares de Alhucemas, que se le denegará una vez más—, y armas automáticas. De Eza, como limosnera ayuda, recibe veinte ametralladoras, las desastrosas Colt, tan malas que harían falta cien más. Y el caso es que las hay y excelentes: las Maxim 08, las máquinas alemanas que los contingentes destinados en Camerún tuvieron que entregar a los Parques españoles en 1914, cuando aquellas tropas en derrota fueron internadas. Berenguer sabe que existen (hablará de ellas a La Cierva). Silvestre no se acuerda de este material y Eza no parece saber nada del asunto.

Morales sigue con sus gestiones de paz. Convoca a varios notables a una reunión secreta. Punto de la cita: el aduar de Buymeyan. Hacia allá van once hombres. Tres españoles —Morales y sus ayudantes, el teniente Civantos y el capitán García Margallo— y ocho rifeños: Si Ammar Mohamadi y Si Dadi Mohamadi Jenais Dallah, de los Beni Urriaguel; Ammar Saddik, Mohand Saddik y Buzen Dris, de los Beni Hadifa; Si Abdallah Hach, de los Beni Abdallah; el *faqih* Laarbi, de los Beni Ittef, y un octavo, no bien identificado (Si Dadi...) de los Tafensa (Bocoya).

El propósito de Morales es «formar un partido español», esto es, reconstruirlo. Ofrece a sus interlocutores «cien duros a cada uno para comenzar sus trabajos»[3]. La maniobra no es en contra de los Abd el-Krim, sino que pretende terminar con las temeridades de Villar. Morales presiente el peligro.

El mismo Mohammed Abd el-Krim, en carta fechada el 26 de junio de 1921, dirá: «Pasó lo que

---

[1] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 80.
[2] *Diario Universal,* edición del 15 de noviembre de 1921.
[3] Berenguer, D., op. *cit.,* pág. 237.

pasó en Abarrán y en toda Temsaman y la culpa de ello no somos nosotros. Por una parte estuvimos comunicando con el coronel Morales, y sin terminar (los pactos), sin darnos cuenta, se hizo la operación.» A la misma la calificaba de «traición». De seguido, hablaba de «llegar a un acuerdo y ahorrar la sangre que se derrama». Aceptaba, de forma implícita, su participación en la rebelión armada. Sin embargo, simbolista y precavido, proclive al pacto, se preguntaba: « ¿Por qué no venimos al camino?»[4] El de la paz, el de Morales.

El encuentro hispano-rifeño en Buymeyan acaba en nada, pues el 11 de julio Silvestre manda radiograma a Berenguer en el que le previene de otra entrevista, que «se ha de celebrar mañana, martes». Nada más se sabe. Las relaciones se cortan.

Dávila, enfermo, solicita licencia y se va.[5] Terminando su equipaje, Dávila se confiesa a Morales: «Me voy, Gabriel, estoy mal y tengo cuatro hijos.» A lo que responde el jefe de la Policía Indígena: «Y yo también, Fidel, pero aquí me quedo.».[6]

Una loma perdida en los partes

Ese 9 de julio de 1921, desde Buymeyan, Vázquez Bernabeu distingue la amenaza que se cierne sobre Igueriben: los rifeños construyen «muros aspillerados y parapetos en toda la extensión» de la Loma de los Árboles, fortificaciones que disimulan «con haces de paja»[7]. Desde el Peñón de Alhucemas, el jefe de su guarnición, teniente coronel Civantos, ve que «se han encendido muchas hogueras llamando a la harka del Amesauro»[8], monte que ejerce de *señalero* bélico para las cábilas de la región.

El 17 de julio se plantea el primer asalto por Igueriben. Lo ganan los rifeños, que desbaratan el empeño de sus iguales, las fuerzas de la Policía Indígena. Al caer la noche, se cuentan las pérdidas: diecisiete muertos y cincuenta y tres heridos, que Silvestre, en su parte a Berenguer, transformará en «unas cincuenta bajas». Nada dice del objeto de la porfía, la Loma de los Árboles. Berenguer se quejará, en 1923, de que le había sido ocultado aquel peligro, y se pregunta: « ¿Por qué no se me dijo que, después, de varios asaltos, las fuerzas no pudieron llegar al punto que se proponían y acabaron por huir, si es que así ocurrió, como después se ha referido?»[9]

Silvestre solicita a Berenguer autorización para contraatacar, «contando, desde luego, con casi totalidad probabilidades éxito»[10]. Berenguer, tras divagar sobre sus instrucciones, responde: «... esto no quiere decir que deba V. E. encerrarse en una pasiva defensiva; por el contrario, creo que se deben aprovechar cuantas ocasiones favorables se presenten para reaccionar ofensivamente»[11]. Está consintiendo.

En Annual llega la crisis de las municiones. A las 00.45 horas del 18 de julio, el coronel Joaquín Argüelles y de los Ríos, jefe de la Artillería y de la circunscripción, autoriza el envío a Silvestre del siguiente telegrama: «Quedan 188 granadas ordinarias, 12 rompedoras, 16 botes metralla, 350 granadas de mano, 281.000 cartuchos de fusil.» Doce horas más tarde, no queda un solo proyectil. Lo afirma un capitán, que redacta este otro despacho: «18/7/21. 12.45 h. Clave: P. No tenemos municiones cañón montaña ni campaña. Enemigo hostiliza Buymeyan desde Zauia y loma Tisingart, no pudiendo enviarles municiones cañón. Antonio Valcárcel. Descifrado e inutilizado el original.»[12]

---

[4] AFAM, Leg. 278.
[5] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 426.
[6] Los cuatro hijos de Morales eran éstos: Ana María, Francisca, Carmen y Gabriel. Conversaciones con doña Carmen Ormaeche de Morales, nuera del coronel Morales, abril de 1997.
[7] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 80.
[8] *Ibídem,* pág. 82.
[9] Berenguer D., op. *cit.,* págs. 46 y 47.
[10] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), págs. 44 y 45.
[11] Berenguer, D., *op. cit.,* pág. 238.
[12] ASDL, serie «Telegramas de Annual», julio 1921.

Un teniente bravo que no es héroe reglamentario

Hay que ayudar a Igueriben a toda costa. Un convoy lo intenta. Lo manda el comandante Juan Romero López, que resulta herido mortalmente por un francotirador. El convoy sigue adelante, protegido por un escuadrón de Regulares mandado por el capitán Cebollino von Lindeman. En la columna forma un pelotón de diecisiete artilleros, guiados por el zaragozano Nougués Barrera.

El abastecimiento lo llevaban sesenta y siete mulos, portadores de otras tantas cargas, distribuidas así: diez de agua, doce de víveres, cuarenta y una de municiones, y cuatro artolas (para transportar heridos). Las municiones estaban constituidas por 336 granadas de metralla de 75 mm, 36 granadas rompedoras, 176 ordinarias, una carga de botes de metralla y diez cajas de cartuchos de fusil.

Rodeados de tiros y gritos, los Regulares de Lindeman, que se luce en una carga *por las bravas,* despliegan y cortan el acoso rifeño. Pasados unos minutos, vuelve el *paqueo.* Empiezan a caer hombres y mulos, más de los primeros que de los segundos, pues los harqueños afinan la puntería. El convoy se estira, mientras los acemileros azuzan a voces y fustazos a las caballerías. Los pelotones se cubren entre sí, haciendo fuego por descargas.

Ya en la subida a Igueriben, Nougués cae al suelo, muerto su caballo de un *pacazo.* No se desanima. Y poniéndose «al frente de ellos, pistola en mano, hizo que, en impetuoso avance, el convoy llegase a su destino»[13]. Varias cargas han rodado por la pendiente, al ser abatidos los mulos, pero Nougués responde, y sus hombres con él: las cargas de cañón son introducidas, «a brazos de los artilleros», en la posición, donde son vitoreados. De sus diecisiete artilleros, ocho están heridos. Es el 50 por ciento de bajas, y eso implica la concesión automática de la Cruz de San Fernando. Pero a Nougués, que ha quedado en Igueriben con siete de sus heridos —al más grave logra enviarlo a Annual, en una artola—, nadie le dará Laureada alguna. Cuestiones de reglamento. Se hace la noche y la *harka* ataca. Igueriben, sin campo de maniobra —el parapeto se yergue a unos diez metros de las tiendas—, se defiende. Durante el combate, los rifeños llegan a la alambrada. Son rechazados con bombas de mano, ráfagas de ametralladora y hasta con las bayonetas. Nougués, que ayuda en los cañones, dispara con la espoleta graduada a cero —cien metros—, dada la proximidad de los asaltantes. Desde las alturas próximas, los harqueños se vengan fusilando a los indefensos mulos. Las pesadas moles, al sentirse heridas, cocean, se espantan yse desploman sobre la alambrada, destrozándola. Al amanecer, muy pocos quedan vivos. Cubiertos de rozaduras e insectos, cojos y algunos ciegos, braman. Los españoles los rematan. Al llegar la tarde ardiente —temperaturas de 55° al sol—, sus cuerpos muertos estallan. Convertidos en monstruosos globos de carne y excrementos, expiden oleadas pestíferas que hacen vomitar a los defensores. Pero lo peor es que forman una escalera de putrefacción adosada a la rampa de entrada. Por ella subirán los rifeños.

El 7 de julio de 1923 se dirá de Nougués que, «aunque el comportamiento del teniente es heroico, estando comprendido en el caso sexto del artículo 49 del Reglamento de la Orden, el que suscribe (bajo firma ilegible), entiende que el caso señalado se refiere a la fuerza de protección de un convoy, más no a los conductores de éste». Y el mismo fiscal determinará: «Además, aun cuando tuviera aplicación (el Reglamento), faltaría probar que se salvaron las armas y municiones de los que fueron bajas, cosa que no se ha hecho.»[14] Las armas desde luego no se salvaron. Las municiones, menos. Tampoco se salvaron los oficiales, muertos todos, menos uno, con sus hombres. Conforme a Reglamento.

---

[13] AGMS, Expediente de tramitación (rechazado) para la concesión de la Laureada al teniente Nougués, Leg. N-571.

[14] *Ibídem.* El fallo del Consejo Supremo de Guerra y Marina lo fue con fecha del 10 de julio de 1923. Hubo una reclamación -de doña Emilia Barrera, madre del teniente- el 30 de mayo de 1924, presentando nuevos testigos de la gesta, pero fue rechazada al haber caducado el plazo de reclamaciones, «que la solicitante pudo ver en tiempo oportuno (noviembre y diciembre de 1922)».

Igueriben: ese «corralito» para hombres bravos

El 18 de julio, el fuego de artillería y fusilería es constante en todo el frente. La *harka* corta el camino del Izzumar con un trincherón que repara, a toda prisa, una compañía de Ingenieros.[15] Conservar el Izzumar, pelado cuello de Annual, es cuestión de vida o muerte para miles de hombres, pero las estratégicas alturas son dejadas como están: a cargo de 144 infantes, más un destacamento de 21 artilleros y cuatro piezas de 75 mm.[16] Se considera suficiente defensa, y lo es. Pero en el Izzumar faltará el valor, todo el valor.

Se prepara otro convoy para ayudar a los hombres cercados en el espolón. Manda allí el antiguo jefe de Sidi Dris, el comandante Julio Benítez Benítez, de treinta y tres años. Es un oficial despierto y calmo, pero con sus lentes redondos, su aire ceñudo y su pesimismo (realismo) sobre lo que ocurre, le han tomado por derrotista. Sin embargo, ha dicho a su gente que están todos allí, en ese acantilado de furia que es Igueriben, y al que define como «este corralito», para algo muy grande y muy desesperado: sostener la frente del ejército.

La ayuda aérea consiste en un aparato, al que luego se une otro. Sus bombas, de escasa potencia, ni asustan a las masas rifeños. Los de Igueriben los ven alejarse hacia Melilla, planeando bajo la recalentada atmósfera de la tarde. Navarro, que estaba de permiso en la Península, enterado de la angustia que se vive, vuelve.

Miércoles 19 de julio. Otro día de fuego, calor asfixiante y tiroteo insistente. Sale un nuevo convoy para Igueriben. Lo manda Núñez de Prado: seis compañías de Infantería, dos escuadrones de Regulares, una batería de montaña. Unos mil hombres y cuatro cañones. La columna lleva doce cargas de víveres para tres días, cincuenta y tres cubas de agua «que después de vaciarlas en las cubas de la posición habían de reponerse en la aguada próxima si era posible», una dotación de proyectiles para la batería de Orduña y Nougués, cien granadas de mano, diez cajones de cartuchos de fusil y «ocho latas de petróleo para quemar el ganado muerto»[17].

Los harqueños impiden el paso. Su fuego es el de costumbre: preciso, cambiante, letal. El teniente coronel Núñez de Prado es herido en un brazo pero aguanta. Sus hombres se parapetan en las piedras, entre los terrones calcinados por el sol. Cebollino galopa hacia Annual, por entre una polvareda de tiros, para manifestarle a Argüelles lo obvio, que es imposible avanzar. Vuelve con la orden de resistir sobre el terreno. Núñez de Prado despacha a otro de sus ayudantes, el capitán Zappino. Otra galopada de supervivencias por entre las balas enemigas e idéntica respuesta de Argüelles: hay que resistir donde se esté. Carlos Zappino intenta el regreso, pero no llega, le matan.

El capitán se ha detenido un momento, irritado por la falta de órdenes y la falta de coraje en los soldados; y cuando «se lamentaba ante un oficial de E. M. de la fría acometividad de las tropas, jurando que él conseguiría entrar con el convoy o perecería en la demanda, fue muerto por el enemigo»[18]. Su esquela aparecerá en el diario *ABC,* en su edición del viernes 22 de julio, donde se lee que el finado «murió en servicio de su Patria, en Annal (sic), el 19 de julio». Será el primer y único caído en el desastre del ejército de Silvestre del que el público madrileño tendrá recordatorio. Luego vendrán a cientos, por miles. Pero ya sin esquelas, sólo con el dolor del país entero.

A las dos de la tarde se presenta en Annual el coronel Manella, dispuesto a sustituir a Argüelles, el cual acepta el relevo con alivio no exento de confusión: llega un verdadero jefe. Muchos oficiales han pedido tal cambio, y el destinatario de esa confianza se siente «alagadísimo», como dirá a su esposa, María Du Quesne, en su última carta, escrita el 18 de julio. Ella la leerá después de que Madridse desplome al conocer el desastre africano. A su marido le darán por «desaparecido».

---

[15] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 85.
[16] AJCPL. Sobre los listados del Ministerio de la Guerra, que incluían «en la posición» a la *5a* batería de Montaña (Blanco), fuerte de 140 hombres y 4 piezas. Pero esa batería estaría «fuera» de la posición al producirse la desbandada.
[17] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 495.
[18] ASDL. Informe «Resumen de acciones y valoraciones» del general Felipe Navarro, presentado al Directorio Militar y fechado en Madrid, el 2 de septiembre de 1924, pág. 4.

Durante setenta y siete años constará así. Un grupo de prisioneros mandados por un sargento, un comandante general en Melilla, un alto comisario en Tetuán y un ministro de la Guerra en Madrid sabrán la verdad: Manella, muerto, identificado y enterrado. Muy cerca de Annual.

Un jefe olvidado y una petición «urgentísima»

Francisco Javier Manella Corrales es *militar probado:* ha hecho la guerra en Cuba y en África y en ambas ha obtenido nota de excelente. Este gaditano de cincuenta y un años, espigado, bien parecido, contrario a las contemplaciones, es uno de los leales de Silvestre. Servirá al general hasta el fin, participando no de su muerte —Manella caerá luchando—, aunque sí de su leyenda. Hombre de Caballería, responde a tal concepto, lo mismo que el fiel Manera Valdés, de cuarenta y nueve años, ayudante de Silvestre y cubano de nacimiento como éste.[19]

Manella está en Melilla —desde el 21 de mayo—, para cumplir un nuevo turno de operaciones. Al desembarcar, se encuentra con que la unidad a su mando, el 14° de Caballería, Alcántara, está repartida por el Rif y en grado tan superlativo que supera lo ridículo: escuadrones y pelotones se estiran a lo largo de una línea de ¡ciento veinte kilómetros![20] A la dispersión se une la inutilidad y algo más, la abulia. Manella pone orden y pone ganas. De su gente dirá, en carta del 13 de junio: «Este Regimiento estaba acostumbrado a la pasividad, y ahora están que se mueven de lo lindo.»

El nuevo guía de Alcántara, pese a su prudencia epistolar —rara es la carta en la que no incluye las siguientes prevenciones a su esposa: «secreto», «reservado» o «no digas nada»—, pone las verdades también. Del oficial que ha relevado, sin citar su nombre, dice: «El otro Coronel, según me dicen, y yo lo sabía, era más bien un gran oficinista que Jefe de Caballería.»[21]

Manella parte, el 14 de junio, para su primer mando en Annual como jefe de la circunscripción. A su esposa le comenta las atenciones de la familia de Silvestre, que «es muy cariñosa, y siempre me están invitando para que vaya a su casa a comer», aunque puntualiza: «Pero tú sabes ya lo poco aficionado que soy a la sociedad.»[22] Cinco días más tarde, escribe a su «queridísima María» (siempre encabezará así sus cartas) desde Annual. Y le dice: «Aquí me tienes, al frente de un ejército que jamás volveré a mandar, aunque sea general...» Su crítica al respecto, esa «porción de posiciones», en las que los hombres de Silvestre pierden posibilidades de vivir no ya de vencer, es acerada. Incluye Manella una apostilla, «para que se la leas a Poli» (su primogénito Francisco de Asís, de doce años, que llegará a general): «Dile que tengo a mi disposición veinte cañones y sesenta ametralladoras.» Luego habla de los jóvenes oficiales en Annual, «en donde están los chicos más distinguidos (los hijos de Silvestre y Navarro entre otros), y muchos más de familias conocidas». De todos ellos aclara que «se baten muy bien, pues tienen que dar ejemplo».

Una semana antes de morir, frente al incendio bélico que cubre de Igueriben a Sidi Dris, dirá a su mujer: «Fíjate la de muchachos de veinte años que están cayendo en todas las Armas, y la indiferencia que lamentarás en ésa (Madrid), pues a la gente no le interesa más que lo suyo.» Diez días atrás denunciaba el afán de muchos por ir «a las posiciones de retaguardia», y confesaba a María: «Ya te contaré y te enterarás de los abusos que he corregido y lo que queda...»[23] No tendrá oportunidad.

La lucha declarada en el Rif ha sorprendido al coronel. No por confianza, sino porque las tropas españolas carecen de todo, empezando por la sinceridad de Berenguer y la previsión de Eza. Ese 8 de julio, la víspera de cerrarse el cerco rifeño sobre Igueriben, Manella razona: «Ahora no creo que vayamos a operar, pues estamos sin nada y da pena el ver que casi todo el material está o en la Península o en Tetuán.» Las declaraciones —en el Suplicatorio Berenguer— de los oficiales de

---

[19] AGMS, Legs. M-338 y M-340. Y conversaciones con doña Concepción Manella Duquesne, nieta del coronel, julio de 1998.

[20] Colección Documental Familia Manella (CDFM). Carta del coronel (10 junio 1921) a su esposa, María Du Quesne Montalvo.

[21] *Ibídem.* Carta fechada en Melilla el 10 de junio de 1921.

[22] *Ibídem.* Carta fechada en Melilla el 13 de junio de 1921.

[23] *Ibídem.* Cartas del coronel Manella a su esposa: desde Annual (19 de junio) y desde Melilla *(15* de julio) de 1921.

Silvestre que sobrevivieron, reciben aquí nueva y contundente confirmación. Y de su jefe dirá: «El pobre —no digas nada— general Silvestre, como le han... (ilegible), está que todo se le va por la boca; le dejan el hueso. Y creo, y como yo muchos, que lo de Alhucemas lo hará el Alto Comisario, y eso que nosotros estamos a 31 kms., pero con el enemigo más fuerte enfrente.»[24]

Y llega el día de la marcha. Es el martes 18 de julio. Francisco escribe a María la que será su carta postrera. Desde Annual ha recibido orden de «que vaya enseguida, pedido por todos (subrayado en el original) para relevar a un Coronel de Artillería (es Argüelles)». En la despedida, precisa: «En este momento viene el parte y van bastantes muertos y heridos. Por lo que me dice el general (Silvestre) han metido la patada y de pata (subrayada la frase). El pobre Agustín se va a quedar patitieso cuando lo sepa —no digas nada—. Miles de besos de vuestro Paco.»

Paco Manella está de vuelta en Annual. Se encuentra con el convoy rechazado, bloqueado sobre el terreno. Son las cuatro de la tarde del 19 de julio. Manella organiza un último asalto: ordena que los hombres que pudiesen «entregasen sus cantimploras llenas de agua a una compañía de Regulares que, abriéndose paso, llegaría a Igueriben»[25]. El apurado empeño fracasa de raíz. A la colina amarilla sólo llegan los cañonazos de Annual. Algunos caen en las mismas alambradas: los rifeños están encima.

Muere el 19 de julio de 1921. Y se muere sin tregua en Igueriben. Los defensores empiezan a conservar sus orines: se ha corrido la voz de que, una vez fríos y con azúcar, pueden beberse. La noche que sucede al día aniquilador no altera la pelea: se lucha en el parapeto, a quemarropa, sin cuartel. Los rifeños no cejan; pero los españoles, tampoco.

A las 23.30 horas, en Melilla, Silvestre redacta un despacho cifrado a Eza. Pide el envío del siguiente material: 15.000 granadas de 75 mm y 15.000 de 70 mm; «más otras quince mil de cada clase para recargar; veinte mil espoletas, diez millones de cartuchos Máuser y dos millones de cartuchos Remington». Sesenta mil proyectiles de cañón y doce millones de disparos de fusil. No hay semejante cantidad de material disponible. Silvestre lo sabe, y marca el plazo: «Como necesidades son apremiantes, ruego V. E. que envío se haga con carácter urgentísimo desde Parque más próximo esta plaza, a fin disponer estos elementos en plazo máximo de diez días.»[26] No puede suponer que le quedan dos días y medio de vida. La urgente demanda se recibe en Buenavista con ¡doce horas de demora! El que responde es el jefe del Negociado de Marruecos: «Ayer, al recibir telegrama interesando envío material artillería, se ordenó carácter urgentísimo envío a esa plaza de todo lo pedido. Te saluda afectuosamente, Carlos López de Lamela.» Dos días perdidos. Pero en la colina amarilla se resiste. Aquel *corralito* en la cumbre parece inconquistable.

Despachos vitales y un veraneo oficial suspendido

Berenguer está en campaña. Con *su* guerra. En su campamento yebalí de Rokba el Gozal —frente a las líneas raisunistas—, recibe partes intranquilizadores. El Rif se desboca. Al alto comisario le inquietan «las dificultades de comunicación con Melilla»; necesita «seguir más de cerca los acontecimientos», y hasta le «desorientaba esa repentina acometividad de la harka»[27], pero no se mueve de Rokba. Allí le alcanza otro despacho cifrado de Silvestre, a las 13.35 horas del 20 de julio.

Silvestre advierte a Berenguer que tiene movilizadas en Annual la «totalidad fuerzas disponibles después de atendida seguridad cábilas a retaguardia»; y tras relatar el fracaso del último convoy, añade una insólita promesa de arreglo: «...quedando Igueriben en mala situación, que mañana se remediará».

A continuación Silvestre desvela a Berenguer su plan de emergencia: «Organizo con elementos

[24] Carta de Manella, a fecha del 8 de julio de 1921.
[25] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 496.
[26] AFAM, Leg. 442/9. Despacho con n° de registro 8.650. El telegrama se recibió en Madrid a las 11.30 h del 20 de julio.
[27] Berenguer, D., op. *cit.,* pág. 71.

de la plaza (...) columna que situaré el jueves en Kandussi, con propósito establecerla entre el río Salah, al este de Sidi Dris, donde pienso establecer base aprovisionamiento.» Aquí está el brazo salvador para el ejército: reforzar el flanco derecho, fortificar un punto de apoyo en la costa y asegurarse así el socorro de la Escuadra. No habrá tal. Silvestre vuelve a pedir ayuda, pero traslada la iniciativa a su superior: «... juzgo necesario envío de refuerzos en hombres y elementos en cantidad que V. E. estime suficientes»[28].

Berenguer retransmite el parte de Silvestre a Madrid, que lee López de Lamela en Buenavista. El teniente coronel reexpide un resumen del mismo a Eza —que está en San Sebastián, de veraneo oficial—, y que empieza así: «Transmito a V. E. extracto del telegrama del Alto Comisario, creyendo vista contenido conveniencia adelante regreso V. E. esta Corte...»[29]

Navarro llega a Annual. Igueriben padece su cuarto día de asedio. Desde Melilla, Silvestre sigue la lucha. Y sigue enviando despachos a Berenguer. En otro cursado ese mismo 20 de julio, a las 14.35 horas, solicita que se realicen dos acciones vitales: la colaboración de la Escuadra y la llegada de la aviación.

La primera tendría por objetivo que «barcos de guerra, en número tres o cuatro, se presenten bahía Alhucemas para simular desembarco, bombardeando dentro de sus fuegos toda la costa.» Silvestre, precavido, calcula lo que puede suponer una acción ofensiva de ese tipo y advierte a Berenguer que el bombardeo propuesto debe realizarse «previa evacuación de la población constituida por nuestros leales amigos»[30].

Sobre la segunda aclara lo obvio: «Estimo de necesidad el envío desde la Península de una escuadrilla.» Una escuadrilla: seis aparatos, cuando Berenguer tiene dieciocho aviones en los campos tetuaníes y otros cuatro en Larache.[31] Veintidós aparatos (otros cómputos hablarán de catorce aviones en Yebala): cinco veces más de losexistentes en Melilla, pues de los seis disponibles uno estaba inutilizado. Silvestre no se atreve a pedir ese refuerzo aéreo, que podría llegarle pronto: poco más de dos horas desde Tetuán.

Berenguer responde. Y aunque se muestra de acuerdo con Silvestre, ni moviliza sus escuadrillas, ni urge a Eza para que la Escuadra bombardee Axdir. Por si fuera poco, manifiesta: pido al Gobierno elementos de embarque para mandarle refuerzos en la cantidad que me diga V. E., lo que agradeceré haga con la máxima urgencia»[32]. ¿Qué enumeración de tropas y material necesitaba enviar Silvestre para satisfacer a Berenguer? Lo incongruente se une a una agobiante pérdida de tiempo.

En 1922, cuando Ayala y Ruiz de la Fuente finalicen este apartado en el Suplicatorio contra Berenguer, concluirán que esa respuesta se extraviaba en disquisiciones inoperantes «a pesar de la falta de justificación de la necesidad de los refuerzos, por el hecho sólo de la gravedad de la situación que su misma petición (la de Silvestre) presentaba»[33].

Lo paradójico es que Berenguer, en un despacho a Eza, transmitido a las 14.30 horas del 21 de julio, vuelve a mostrarse favorable a que intervenga la Armada y la aviación, con esta abrumadora visión de la crisis: «Como no está en mi alcance complacer sus deseos (los de Silvestre), lo transmito al Gobierno para su resolución, considerando muy conveniente sean atendidos.»[34] Que resuelvan otros, cuando el que puede resolver es él.

[28] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 47.
[29] AFAM, Leg. 442/9. Despacho con n° de registo 8.395.
[30] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 47.
[31] DSCD. Sesión del viernes 17 de noviembre de 1921, pág. 4.234. Intervención del diputado y comandante Felipe Crespo de Lara, hombre de gran capacitación técnica y experto reconocido en aviación.
[32] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 48.
[33] *Ibídem,* pág. 47.
[34] AFAM, Leg. 442/9. Telegrama n° registro 8.703. Este despacho fue recibido en Madrid a las 18.45 horas del 21 de julio.

Una carta escrita tarde y que llega aún más tarde

El 15 de julio de 1921, dos días antes de que Igueriben quede cercado, Silvestre escribe a Berenguer. A la vez que pide refuerzos y denuncia que los pagos a los indígenas se hacían «con cuatro meses de retraso», recuerda el gran error de no haber terminado el ferrocarril a Ben Tieb y advierte que está mal de camiones y aún peor de ambulancias —«No tengo más que tres en servicio»—, lo que no le impide considerar factible doblegar al enemigo «con pequeñas operaciones sucesivas»[35].

Silvestre volvía a mostrarse *peleón.* A continuación, una idea genial. Es la salvación de su ejército, que propone así a Berenguer: «Considero conveniente tomar, en la desembocadura del Salah, una posición que sirva de base de aprovisionamiento por mar, toda vez que Sidi Dris hoy no sirve para ello; con esta posición, y reforzando con varios blocaos la línea Annual-Talilit y la nueva que se tomase, podrían los convoyes terrestres hacerse con más facilidad, toda vez que desde el mar a Annual habrá en línea recta unos doce kilómetros de recorrido. Oportunamente solicitaré tu autorización para realizar este plan.» Silvestre disimula, por pudor, su angustia, que un avezado Berenguer debería percibir por sí mismo.

Silvestre no se atreve a pedir lo obvio: que salga la Escuadra. Sin duda fue consciente de que en su petición estaba implícito. Pero la evidencia no es el fuerte del Gobierno Allendesalazar y menos aún de su ministro de Marina.

Vuelve un plan revolucionario en la noche del 20 de julio

Cinco días después, aparece otro Silvestre. Ha dado orden de que los regimientos formen compañías «eventuales», pues se ha quedado sin hombres, sin reservas. Sin embargo, tiene ya un plan.

El 20 de julio, a las nueve de la noche, el comandante de Estado Mayor, Alfonso Fernández Martínez, recibe orden de presentarse, sin demora, en el despacho de Silvestre. La Comandancia General de Melilla es un hormiguero donde se cruzan órdenes, carreras, llamadas al teléfono, partes en mano, avisos terminantes o excusas bochornosas. La crisis es total.

Silvestre recibe a Fernández y le pregunta «si conocía algún camino bueno que sirviera para trasladar una columna desde Quebdani hasta un punto en la costa, intermedio entre Afrau y Sidi Dris». Fernández, uno de los integrantes de la Comisión del Mapa Militar, responde que sí. Queda estupefacto cuando su general le detalla el motivo: «...para establecer allí un campamento y trazar desde él un camino que uniese el campamento de Annual con el mar, para prever la eventualidad de que el camino de Ben Tieb al Izzumar fuese cortado».[36] Fernández comprende, en el acto, que se está preparando una retirada general desde Annual y que Silvestre no confía en un repliegue por la pista de Melilla, sino que ha elegido el camino del mar, con el reembarque de su ejército. Es un plan revolucionario y Fernández queda abstraído, estudiando posibilidades y riesgos.

Silvestre saca de su abstracción al comandante y le da «el encargo de incorporarse a Dar Quebdani, para guiar a la columna por dicho camino, sin que su misión alcanzase a otra cosa». El general no quiere dilaciones ni despistes, que presiente fatales. Esa columna, que está alistándose, la va a mandar el coronel Araújo. El cometido de Fernández es guiar a esos mil hombres —la última esperanza de salvación para el ejército— hasta la costa, fortificarse allí y esperar a la gente de Annual.

Fernández se cuadra y marcha a su misión. Va torturado por las dudas. Sabe que ese camino de la costa es una pesadilla, y el de Annual hacia el río Salah lo mismo —«ambos muy malos», dirá en su declaración del 10 de septiembre de 1921 ante Picasso—, y sabe otra cosa aún más importante, «que no había agua para establecer un campamento». Fernández ha salido del despacho sin decirle

[35] Berenguer D., op. *cit.,* págs. 243-245.
[36] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 444.

nada a Silvestre, porque «la orden la dictó el general delante de muchos jefes», y el comandante teme no ya contrariarle, sino que aparezca ante los demás como desconocedor de la situación hídrica y orográfica del territorio. Decide esperar un momento oportuno para advertir a Silvestre, a solas, de la inconsistencia del plan. Lo consigue «esa misma noche del 20, y el general desistió en el acto de ejecutarlo»[37].

Silvestre sólo dispone del *Laya,* y de otro cañonero que viene desde Ceuta, el *Lauria.* Berenguer, en su despacho a Eza del 20 de julio, le ha solicitado «un crucero del tipo *Princesa de Asturias* (que está en Tánger), para tenerlo a mi disposición». Ese crucero —y con él toda la flota— tenía que haber zarpado el día 20. Sólo se movilizarán el *Álvaro de Bazán,* el *Bustamante,* el *Bonifaz* y el *Giralda.* Y esto el 21 de julio.[38] ¿Y los acorazados y otros cruceros? Duermen una pesadísima siesta colonial.

Berenguer ha pedido a Eza un mercante, el *Almirante Lobo,* «para transportar a Melilla, caso de ser preciso, alrededor de mil hombres, con unas doscientas cabezas de ganado». Ofrece a Silvestre los mismos refuerzos que le prometió el 5 de junio, cuando se entrevistaron en el *Princesa.* Su redundancia abruma.

Despedidas en Melilla y el batallón de los no esenciales

Silvestre va a salir, muy de mañana, hacia Annual. Llevará consigo toda la gente que pueda reunir. En total, 881 hombres parten hacia un destino de más que dudoso retorno. Con ellos está su ayudante, Juan Pedro Hernández Olaguibel.

Terminados, de madrugada, sus preparativos de marcha, el comandante Hernández se despide de su esposa. Uno de los llamados *coches rápidos* (Ford de 20 HP) le espera a la puerta de su domicilio, con el motor en marcha, para llevarle a la Comandancia General. Amanece en Melilla. Es el 21 de julio.

Hernández es un oficial minucioso, casi matemático en sus gestos. Fidelísimo a Silvestre, conserva la documentación reservada del general. Juntos forman un sólido equipo. Saben que a las espaldas de Annual van a esperarles los cinco escuadrones del regimiento Alcántara, la única unidad de Caballería *europea,* acantonada en Drius. La gente de Alcántara va a ser la nuez del ejército: cuando se rompa, el ejército entero morirá por asfixia.

Antes de subir al Ford, Hernández pone, en las manos de su mujer, Luisa Canales de las Heras, «unas llaves pertenecientes al general Felipe Navarro, Presidente de la Junta de Arbitrios», y otras cosas, que sólo ambos esposos conocen. Luisa queda demudada al ver aquellas «pertenencias, íntimas, que llevaron a mi ánimo la convicción de que mi marido no volvería con vida de la misión, cuando tan minuciosamente me explicaba sus últimos encargos y voluntades»[39]. El matrimonio se une en un intenso abrazo y el coche parte hacia la Comandancia General.

A estos esfuerzos van a unirse las «Compañías Eventuales», integradas por los soldados en destinos no indispensables. Son unos trescientos hombres: el *batallón de los* no *esenciales.* Van enfermos del susto y huérfanos en lo militar, pues no están entrenados para hacer decenas de kilómetros campo a través. Algunos salen equipados con pistolas que se encasquillan al primer tiro y hasta son peligrosas para quien las usa —la *Campogíro,* ese «malísimo cacharro» como lo calificará Ramón Solano—[40]; otros se echan al hombro viejas carabinas con munición de diferente calibre; y unos cuantos exhiben una ridícula bayoneta por toda defensa.[41] Su objetivo defensivo son

---

[37] *Ibídem.*
[38] AFAM, Leg. 442/9. Despachos urgentes —números de registro 3.941 a 3.947—, de movilización de personal y buques ordenados (21 julio 1921) por Gabriel Antón e Iboleón, almirante jefe del Estado Mayor de la Armada. Las unidades se encontraban surtas en aguas de Cartagena y de San Fernando (Cádiz).
[39] AGMS, 1ª Sección, Leg. E-730.
[40] DSCD. Sesión del martes 27 de junio de 1922, pág. 3.005. Ramón Solano y Manso de Zúñiga era campeón de tiro deportivo y experto en la materia, reconocido por todos.
[41] Este patético panorama ha sido bien estudiado por Santiago Domínguez Liosa -de quien extraemos estos datos-, que habló, entre 1990 y 1992, con varios supervivientes de la odisea.

unas posiciones-trampa: la línea del Kert, desmanteladas desde la guerra terminada en 1912. Allí sólo hay grajos y *pacos.*

Melilla se despereza. La última unidad movilizada para el frente va a partir. Son cuarenta y cinco: los rancheros, escribientes, carteros, músicos. Hasta los centinelas han salido, dejando vacías sus garitas. En el cuartel quedan «veinticinco hombres para su custodia»[42]. Se alinean con torpeza, se miran de soslayo entre sí. El soldado de 2ª Andrés Martínez forma en la escuálida columna. El jefe de todos es el capitán Agustín López, de la Escala de Reserva, jefe del Archivo.

El capitán archivero da la voz de adelante. Salen todos, los cuarenta y cinco *no esenciales.* Llevan dos mulos, cargados con unos víveres, agua y unas pocas municiones. Es el 21 de julio de 1921 y de Melilla parten los últimos hombres para defender la España de Alfonso XIII en Marruecos. Las cuestas del Rif les ahogan, el calor les mata. Un sargento, «con un fuerte síncope», se desploma. Se le sube a un mulo y se le deja atrás. El capitán va el último, retrasado por su obesidad. Algunos piensan que por su ánimo. Se equivocan.

Al alcanzar la orilla derecha del Kert, sobreviene el drama: la compañía del capitán archivero se topa con una desbandada de españoles acosados por los rifeños. El contagio del miedo es instantáneo. Todos corren hacia Melilla, menos su capitán. Agustín López sabe de su escasa movilidad y escoge sitio y momento para morir. Revólver en mano se sacrifica para salvar a sus hombres. Que no logran escapar: de los cuarenta y cinco sobrevivirán el sargento del síncope y el soldado Martínez, quien relatará este drama a Domínguez Llosa, poco antes de morir en Melilla.[43]

Unos hombres que saben morir: la gente de Benítez

El 21 de julio amanece sobre Igueriben. La posición es un revoltijo inextricable de cuerpos extenuados, de heridos faltos de cuidados —no hay medicinas, se han acabado las vendas—, y de muertos cubiertos con sus propias guerreras empapadas en sangre. Los defensores han soportado la noche como han podido: chupando la pulpa de las pocas patatas que aún les quedaban; bebiéndose la colonia (los heridos), y hasta la tinta de escritorio; y engañando a la horrible sed con los consabidos orines mezclados con azúcar.

Las alambradas están deshechas, y las tiendas yacen en el suelo, desventradas por los tiros, las bombas de mano y los cañonazos. Los rifeños han emplazado dos piezas, de las tomadas en Abarran, en la loma denominada Amar U-Said, a 1.300 metros. Sus primeros tiros ni llegaban ni explotaban. Pero el rifeño aprende rápido. Y al poco sus granadas entraban en Igueriben y explotaban todas.[44] De los 244 hombres que formaban en los inicios del asedio; apenas queda un centenar capaz de sostener un arma. Ni quieren rendirse, ni lo piensan.

El general Navarro está al mando en Annual, adonde ha llegado el día antes. Ha enviado telegramas de aliento a Igueriben, en los que califica a sus guardianes de «héroes que tan alto ponéis el nombre de España», pidiéndoles: «Resistid unas horas más, lo exige el buen nombre de España.» Igueriben *es* España. Pero al insistir Benítez en lo desesperado de la situación para sus hombres —«Se ahogan con el hedor de los cadáveres. La pestilencia y carencia de agua hacen mortales las heridas. Conclúyense las municiones»—, Navarro despacha otro heliograma: «Resistid esta noche. Mañana os juramos que seréis salvados, o todos quedaremos en el campo del honor.»[45]

Con las primeras luces del 21. de julio, Navarro envía un despacho a Silvestre, en el que le advierte que prepara otro convoy de socorro, aunque «el terreno me obliga a dividir fuerzas en dos columnas». Luego señala que el espíritu de las tropas «no es todo el necesario para compensar debilidad». Navarro ha pulsado el sentir del ejército y lo percibe mal: flojo, inhibido, dudoso. Por eso dice a Silvestre que «me creo en el deber de exponer la desconfianza de no conseguir objetivo»,

---

42 Carta al autor de Santiago Domínguez Llosa, de tres folios, y fechada en Melilla el 9 de mayo de 1997.

43 Conversaciones con Santiago Domínguez Llosa, julio 1998. Domínguez habló con Martínez cuando éste contaba cerca de 90 años.

44 *Historia de las campañas...,* tomo III, pág. 641.

45 *Ibídem,* pág. 642.

y espera órdenes sobre «si verifico convoy o preparo evacuación de Igueriben»[46].

No hay órdenes, no hay alternativa. El telegrama llega a Melilla cuando Silvestre ha partido. En Annual, Manella y Morales dirigen las dos alas de una fuerte columna de rescate que casi suma tres mil hombres. Los dos coroneles se emplean a fondo, se empecinan. Y se desesperan. La tropa está desmoralizada; lucha sin nervio, se desfonda. Manella y Morales tienen que ceder. Empieza el repliegue. Igueriben es una espiral de explosiones y fumarolas. Sólo se oye el continuo crepitar de la fusilería y los brutales chasquidos de los cañonazos.

Silvestre aparece en esos minutos cruciales. Son las 12.30 horas del 21 de julio. El general presencia el fracaso del convoy, lo que le exaspera. Máxime cuando tiene que escuchar la lectura del más duro mensaje heliográfico de Benítez: «Parece mentira que dejéis morir a vuestros hermanos, a un puñado de españoles que han sabido sacrificarse delante de vosotros.»[47]

Silvestre, encorajinado, se revuelve y da a sus oficiales una de sus órdenes características: a formar los escuadrones. Hay que cargar campo arriba hasta Igueriben. Sus ayudantes —Hernández, López Ruiz, Manera— le disuaden de que haga otra *cadetada.* Silvestre, aún convulso, se calma poco a poco. Y manda a Benítez su autorización para parlamentar con el enemigo. Es un error, pues el que se enrabieta ahora es Benítez, que replica: «Los oficiales de Igueriben mueren pero no se rinden.» Puntillazo para Silvestre, desesperado por no poder hacer nada. En la colina amarilla se vive un espíritu de Vieja Guardia napoleónica.

Queda una opción: situar artillería en las alturas para combatir de flanco la *harka.* La batería del Izzumar no enfila bien el área de lucha, y Silvestre ordena al capitán Blanco que aliste su unidad, la5a Batería de Montaña —cuatro piezas de 70 mm—, y la emplace *encima* de la pelea. Ramón Blanco y Díez de Isla tiene veinticinco años. Ha dejado la Academia de Artillería, donde era profesor, y solicitado Marruecos como destino. Lleva en Melilla cuatro meses.[48] Al recibir la orden, mueve hombres y piezas con celeridad. Situado en posición, castiga a los harqueños con granadas rompedoras. Pero su ayuda llega tarde.[49]

Las avanzadillas españolas más próximas han quedado como a medio kilómetro de Igueriben. Benítez deja en libertad a los suyos. Hay que evacuar la posición. Ahora o nunca.

La retirada de la columna se acelera. Tanto, que Blanco y su batería quedan aislados, cortado su camino a Annual. Blanco toma la única decisión posible para evitar el copo y no ceder los cañones: repliegue hacia el Izzumar. Estará allí, en el cruce del paso, en el punto decisivo, la mañana decisiva. Mas no podrá hacer nada para impedir la destrucción del ejército.

Surgen nuevos destellos desde Igueriben. En Annual se traduce con asombro la señal heliográfica: «Sólo quedan doce cargas de cañón, que empezaremos a disparar para rechazar el asalto. Contadlas, y al duodécimo disparo, fuego sobre nosotros, pues moros y españoles estaremos envueltos en la posición.»[50] Es Benítez en estado puro. El heroísmo medular.

Benítez y sus oficiales se han decidido. Juntos presentan la última línea: capitanes Arturo Bulnes y Federico de la Paz Orduña; tenientes Julio Bustamante y Vives, Luis Casado Escudero, Manuel Castro Muñoz, Alfonso Galán Arrabal, Ovidio Rodríguez y Julián Sierra Serrano[51], y alféreces Rafael Villanova Hopper y Enrique Ruiz Osuna. Han pensado en formar una pequeña columna, como si fueran un pequeño ejército. Y eso es lo que son.

La vanguardia iría al mando de Bulnes; el flanco izquierdo llevaría a Galán a su frente; el flanco derecho tendría a Casado al mando; el grueso, con los heridos y enfermos, quedaría bajo la responsabilidad de Benítez, y de la retaguardia se haría cargo Paz Orduña. Se distribuyen las municiones: veinte cartuchos por cabeza. También se reparte el dinero de la caja: quince mil pesetas, que Benítez distribuye entre la estupefacta tropa «con el encargo de reintegrarlas en el regimiento si se

[46] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 49.
[47] García Figueras y Hernández Herrera, op. *cit.,* pág. 327.
[48] AGMS, la Sección, Leg. B-3.195.
[49] ASDL, serie «Operaciones en Annual», julio de 1921.
[50] *Historia de las campañas...,* tomo II, pág. 643.
[51] *Ibídem,* tomo III, pág. 640. Hay serias dudas sobre si este oficial, Sierra Serrano, herido de gravedad el 18 de julio, seguía aún con vida en el momento de la evacuación de Igueriben.

abren camino»[52].

Los grupos quedan listos para la salida. Pero la avalancha se desencadena y la muerte les envuelve. Varios se suben al parapeto, para que el enemigo se cebe en ellos y sus hombres ganen unos segundos de vida. Otros se saltan la tapa de los sesos. O se abrazan antes de morir, como puede que hicieran Bustamante (ya herido), Nougués y De la Paz, los artilleros de Igueriben. De la Paz Orduña tiene otro hermano, Miguel, capitán y también artillero, que está en Annual. Los dos hermanos saben de su obligación: uno tiene que disparar contra el otro cuando se acaben las cargas de cañón. Los dos han contado las explosiones: doce. Hay que tirar y hay que recibir esa andanada. Pero Annual guarda silencio, que Federico de la Paz aprovecha para inutilizar, con impavidez altiva, los cierres de sus cañones, y al pie de ellos, muere.

Sorteos entre hombres y un coronel en Buenavista

A Annual llegan, en un esfuerzo supremo, los escapados de los espantos de Igueriben. No son hombres, son espectros. Y son doce o dieciséis —treinta y seis según otros cómputos—[53]. No parecen seres humanos: ojos desorbitados, rostros terrosos, muecas dementes. Cuatro mueren, entre violentísimos espasmos, tras atracarse de agua, desoyendo los consejos que reciben. La guarnición, a la vista del cuadro, enmudece. Algunos se indignan; los más, abaten su ánimo. En el espolón quedan dos supervivientes: un soldado (cuyo nombre ignoramos) y el teniente Casado. Heridos ambos e inconscientes, los rifeños les dan por muertos. Quedarán cautivos.

Uno de los espectros venidos de la colina amarilla es Antonio Andreu Modol, artillero. En la alocada carrera hacia Annual debe la vida «a la energía de un sargento de Sanidad Militar, que se impuso a los moros de Policía y Regulares...». Picasso querrá saber el nombre de ese bravo, sin lograrlo.[54] Silvestre está tan pálido como Modol, uno de los *aparecidos* de Igueriben. No quiere más cadáveres a su lado que los *imprescindibles.* Navarro recibe orden de regresar a Melilla. El brigadier se niega, y Silvestre no tiene otra réplica que la de repetirle la orden. Navarro obedece.

Silvestre se vuelve a sus oficiales, el comandante López Ruiz y el teniente coronel Manera, y les ordena que sorteen, entre ambos, quién permanecerá a su lado, pues «solamente quería quedarse con un ayudante»[55]. De Hernández Olaguibel no hay que hablar: el comandante está decidido a seguir la suerte de su jefe. Tulio López Ruiz y Enrique Manera Valdés no quieren entrar en ningún sorteo: su honor se lo impide. Silvestre es tajante: procedan a sortear. Todos los presentes son conscientes de que el general ha tomado la rotunda decisión de morir en Annual.

El sorteo tiene que repetirse por tres veces. Pierde Manera, que parece aliviado por esa decisión fortuita. Vienen las despedidas: cortas, emotivas, torturadoras también. Silvestre entrega al agarrotado López Ruiz —que aún insiste en quedarse—, la llave de su despacho en la Comandancia de Melilla, con el encargo de retirar de allí algunos objetos de «su uso particular y mil pesetas —serán 1.022 con exactitud— para que se las entregase a su madre, diciéndome que era el único ahorro que poseía»[56]. Pide también el general al comandante, y abrazándole «muy emocionado», que «le diese un beso a la autora de sus días (doña Eleuteria)». Son las tres y media de la tarde del 21 de julio.

Es entonces cuando Silvestre empieza a desvariar. Como hombre está en su mejor hora, pero como comandante en jefe de un ejército cercado pierde la cabeza, pues sólo así se entiende el radiograma que envía a Berenguer, a las 16.13 horas, vía Melilla: «Comandante General, desde Annual, me comunica a V. E. que es de suprema necesidad envío de un batallón de Ferrocarriles y de material Decauville (tendido de vía estrecha), suficiente para establecer una línea de Ben Tieb

[52] *Memorial de Artillería,* 1921, págs. 913-914.
[53] *Historia de las campañas...,* Tomo III, pág. 430.
[54] AJCPL. DR (Declaración Resumida), de Antonio Andreu Modol (28 octubre 1921), perteneciente al folio 1.482 del EPO (Expediente Picasso Original). Y carta del propio Picasso a Berenguer, del 15 de enero de 1922, contando el meritorio hecho.
[55] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 15.
[56] *Ibídem,* pág. 15.

hasta Tistutin.»[57]

Cuando Picasso lea este despacho no dudará en calificarlo de «petición incongruente»[58]. No es para menos. Pedir material ferroviario para efectuar un tendido de treinta y ocho kilómetros —la distancia entre Ben Tieb y Tistutin—, estando el ejército a punto de ser copado. No es una petición, es una clamorosa incoherencia que deja pasmado a Berenguer. Pero el alto comisario calla. Nada dice del angustioso recordatorio, que hace Silvestre en el mismo despacho, sobre las sesenta mil granadas. Ya no importa nada. Han pasado seis días para recordar —a Eza y a Berenguer— lo evidente: las municiones se acaban. En Annual quedan doscientos mil cartuchos de fusil y seiscientas cargas de artillería. Como hay cinco baterías (veinte piezas, pues están al completo), cada cañón toca a treinta proyectiles. Justo para un combate y no desesperado. Pero los cañones de Annual apenas van a disparar.

En un radiograma cursado a las 1930 horas, Silvestre ha descrito, con sinceridad brutal, lo sucedido en Igueriben. Habla de «jefes y oficiales muertos en alambrada, suicidados», y de «retirada muy sangrienta». De él mismo dice que queda en Annual «totalmente rodeado por el enemigo». Y en trece palabras de paralizante efecto, pide, «debido a situación gravísima y angustiosa, el envío de divisiones con todos elementos»[59]

Divisiones en plural, cuando no hay ninguna completa en toda España. Silvestre se da cuenta de su error de concepto, y «cuando este telegrama era cursado a la radio, bajó el ayudante del General, Sr. Manera, para detenerlo y sustituirlo por otro, en que la cantidad de fuerzas pedidas se cifraba en una brigada mixta». Tres mil hombres frente a veinte mil. Silvestre teme asustar al Gobierno con *tanto refuerzo.*[60] Y lo disfraza.

El telegrama de las «divisiones» causa un abrumador efecto en Rokba el Gozal. Lamela, el único que sigue los hechos africanos al minuto, comprende que en Annual se va a la catástrofe. Eza sigue ausente, pero en sus telegramas de las 22.23 y 23.18 horas cursa a Berenguer la orden que éste tenía que haber decidido por si mismo: «Ordene requisa vapores que se hallen surtos en Ceuta. Embarque elementos disponibles para efectuar desembarcos en Sidi Dris o sitio que designe Comandante General de Melilla.»[61] El ministro, en un rasgo de previsión, había ya ordenado al gobernador militar de Cádiz la confiscación de buques.

Lamela no cesa de reexpedir los telegramas de Silvestre a Tetuán y a San Sebastián. A Berenguer le recuerda la «muy crítica situación hoy Annual», y en cuanto a los cañoneros —*Lauria* y *Bonifaz*—«por estar a órdenes de V. E.», se atreve a decirle que debe enviarlos a Alhucemas, para ayudar a Silvestre, «cuya situación parece no admitir demora en ejecutarlo».

De Lamela recibe Eza el mismo despacho, con esta variante: «Lo comunico a V. E. por si se digna hacer llegar este telegrama a manos de nuestro Augusto Soberano.»[62] Alfonso XIII no conoce nada del drama africano. A esas horas vuelve a San Sebastián, en tren, de retorno de unas ceremonias en Burgos.

Otro oficial de la Comandancia de Melilla se dispone a salir hacia Annual. Es Sigfredo Saínz Gutiérrez, capitán de Estado Mayor. Se ha ofrecido voluntario. Sus órdenes son establecer una posición en el boquete de Beni Assa —entre Intermedia A y Yebel Uddia—, para concertar la defensa del paso con Primo de Rivera, a quien debe entregar, en mano, las disposiciones del contraataque. Va a intervenir toda la Caballería —Regulares y Alcántara—, indicador crítico del momento. Annual adquiere forma de ratonera para el ejército. Muchos oficiales así lo entienden.

Saínz recibe instrucciones de cumplir su cometido «por todos los medios a su alcance». Cuenta, para ello, con tres compañías de Ceriñola, dos de las cuales deben quedar en el parapeto. Como el acceso a la cumbre es difícil, se le ha dicho que utilice «serones y cuerdas, que llevará a prevención en los camiones». Otro *nido de águilas* en el Rif español. Como no tendrá agua, ha sido advertido

[57] *Ibídem,* pág. 50.
[58] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 95.
[59] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 51.
[60] *Ibídem,* pág. 17. Véase el telegrama de Silvestre a Berenguer, cursado a las 19.30 horas del 21 de julio de 1921.
[61] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 50.
[62] AFAM. Telegramas n° registro 8.401 y 8.403.

que «oportunamente, se incorpará un camión que conduce ochenta cubas para agua». Capablanca le ha prometido un «coche ligero» para medianoche y a la puerta de la Comandancia.[63]

Más telegramas cruzados entre muy diversas situaciones

Berenguer se desplaza hasta El Fondak, y desde esta posición dirá a Eza —a las 03.45 horas del 22 de julio— que los radiogramas de Silvestre que, a su vez, se los retransmitía el ministro, «hasta ahora no se me han comunicado a mí, y acusan muy grave situación»[64]. ¿Qué mayor gravedad que todo lo que estaba ocurriendo desde el 18 de julio?

Annual no yace en el silencio. Silvestre tiene montada, muy cerca de su tienda, una moderna estación de radiotelegrafía sin hilos (TSH), modelo Telefunken, instalada en un carro, que «allí funcionaba» hacía días, y a la que atendían Arias, joven teniente del Batallón de Radiotelegrafía de Campaña, y un cabo del mismo Cuerpo, Manuel de Las Heras, llegados «en motocicleta»[65]. Picasso situará en su croquis descriptivo el lugar donde se encontraba esa estación de radio, muy cerca de la cima de aquella colina, junto a la tienda del general. Otros once hombres ayudaban a Arias y Las Heras.

Berenguer llegará a decir a Eza —el 22 de julio, a las 03.45 h—, que el repentino desplazamiento de la acción bélica en Marruecos se hacía «a costa, por supuesto, de dejar incompleta campaña de Beni Arós, frustrando su completo éxito»[66]. Luego precisará su ayuda a Silvestre: dos banderas del Tercio y dos Labores de Regulares de Ceuta. Cuatro batallones. Unos dos mil hombres. Aclara que envía «una batería y una ambulancia, únicas fuerzas de que puede desprenderse Comandante General Ceuta (Álvarez del Manzano)». También dice que envía «al general Sanjurjo». Así que Berenguer, para salvar a Silvestre, moviliza cuatro cañones, una ambulancia, dos mil hombres y un general. Ya es una mejora con respecto a lo ofrecido el 5 de junio.

El alto comisario presenta autoexcusas de dudosa validez, como la manifestada a Eza en ese telegrama de las 03.45 horas: «He de advertir a V. E. que, al recibir sus telegramas, no obstante no haber recibido noticias tan alarmantes (¿?), cual revela que me transcribe el Comandante General de Melilla, ya estaban preparados los refuerzos para enviarlos.»

Ocho horas después —a las 11.55 horas desde Rokba—, Berenguer dice a Eza que «dada trascendental y crítica situación producida en aquella Comandancia General, estimo, aunque me sea doloroso hacerlo así presente al Gobierno, que es necesario enviar fuerzas de la Península a Melilla, en la cuantía que estime Silvestre»[67]. Ya nada es «necesario», aunque sí «doloroso». Para esas horas Silvestre ha muerto en su tienda y su ejército está siendo aniquilado en las cuestas del Izzumar.

Procesión en Burgos y homilía del Cid muerto

En la mañana del jueves 21 de julio, Alfonso XIII, acompañado de su esposa, doña Victoria Eugenia, se encuentra en Burgos para asistir a unos actos de gran espectacularidad: el traslado, en solemne procesión, de los restos del Cid Campeador, desde el ayuntamiento hasta el mausoleo construido bajo el crucero de la catedral. Así se había decidido conmemorar el VII centenario de la consagración del gran templo gótico.

Alfonso XIII preside el desfile de las tropas. Tiene treinta y seis años y sigue estando delgado y

---

[63] Saínz Gutiérrez, Sigfredo, Con *el general Navarro en Operaciones. En el cautiverio,* Sucesores de Rivadeneira, Madrid, 1924, págs. 2 y 3. El autor equivoca sus propios horarios, pues hablará de «las doce de la mañana» del 21 de julio, lo que no coincide, en absoluto, con su situación en el Izzumar el día 22.

[64] AFAM, Leg. 442/9. Este telegrama tiene n° 8.726 de registro, y se recibió en Madrid a las 16.48 h del 22 de julio.

[65] Carta de Joaquín López Ferrer al comandante Eugenio de Santos Rodrigo, fechada en Madrid el 24 de mayo de 1976. SHM, Leg. «Manuel Fernández Silvestre».

[66] AFAM. Leg. 442/9. Telegrama n° 8.726 de registro.

[67] *Ibídem.* Telegrama con el n° 8.730 de registro.

apuesto. No muestra las ojeras que tuvo en los años difíciles de 1915 a 1917, y hace alarde de esa campechanía tan suya, de la que no le aparta la solemnidad del momento o el rigor de su atuendo, el uniforme de capitán general. Los burgaleses le aclaman con fervor. A su lado se encuentra la Reina. Toda ella enlutada, «y con negro velo de calada blonda», ofrece un impresionante aspecto de realeza y serenidad. A la parada le prestan un singular cortejo aéreo una escuadrilla de aviones que realizan «arriesgadas evoluciones»[68]. Y tanto, pues uno de los aparatos se estrella en tierra, aunque los pilotos salvan la vida —sargentos de Ingenieros Antón y González—. La flotilla aérea, que tanta falta hace en África, realiza unas cuantas acrobacias más y se retira de forma desordenada. Regresará a su base de Madrid en un vuelo colectivo plagado de incidencias de todo tipo.

Terminada la parada militar, la comitiva penetra en la catedral, «trasladando la urna, con los restos del Cid, los mismos concejales, mientras que las campanas de la nueva Basílica doblaban y resonaban en el espacio las salvas de artillería y los vítores y aclamaciones a los Soberanos». El Rey firma el acta de entrega de los legendarios despojos del caudillo castellano, que es luego «encerrada en un tubo de plomo, procediéndose al cierre de la cripta con la losa sepulcral»[69].

La misa de réquiem es oficiada por el arzobispo de Valencia, Reig, pero es el obispo de Vitoria, Eijo, quien pronuncia la oración fúnebre. En ella exalta la memoria del Cid y dedica un combativo recuerdo «a los sucesores del caudillo de Vivar, a los soldados españoles que pelean en Marruecos contra el enemigo eterno, contra el moro». Le sustituye en el uso de la palabra el cardenal Benlloch, quien, al acabar su corta homilía, exclama por sorpresa: «¡Viva el Cid muerto!» Se produce un escalofrío general entre los asistentes. Alfonso XIII, sereno y ponderado, se limita a agradecer el cálido recibimiento de la población de Burgos y concluye con estas palabras: «Tengo fe en España.»[70]

Terminada la ceremonia, los Reyes van a la plaza de toros, donde el Orfeón de Azcoitia les ofrece un «lucido» concierto. Después, los monarcas regresan a San Sebastián. La muchedumbre les despide en la estación. Son las cinco de la tarde del 21 de julio.

En Annual, Silvestre no espera milagros, espera una oportunidad. Tiene a su vista la radio que manejan Arias y Las Heras. El aparato permanece en silencio.

Consejos de guerra en la tienda del general Silvestre

Llega la noche del 21 de julio. El campamento de Annual está cercado; ya es temerario acercarse a la aguada, bajo constante *paqueo* del enemigo. El ganado, apelotonado e inquieto, suma «más de mil cabezas», y el de Artillería «llevaba dos días y medio sin beber»[71]. Llegan confidencias, rifeñas por un lado; y de la Policía por otro, que estiman en «ocho mil a diez mil hombres» los efectivos de la *harka.*[72]

Los españoles son 5.379 —194 oficiales y 5.185 soldados en el minucioso estadillo que Picasso realizará—. Mil de ellos morirán en la mañana. Muchos de los rifeños están armados con el temible *arbaia* («ocho» en árabe), por la capacidad del cargador del fusil Lebel, de manejo más rápido que el Máuser.

A las 22.35 horas, Silvestre dicta un nuevo telegrama a Berenguer. Su redacción revela al hombre desesperado, pero aún lúcido: «Con barcos guerra gran tonelaje y con fuerzas desembarco podría proyectarse establecer línea de posiciones de la costa a Annual a partir desembocadura Tazaguin, entre Sidi Salah y Ras (punta)

Afrau; a ello contribuirían harcas amigas (la de Beni Said) y esta columna, pero muy urgentísimo; de lo contrario, inútil.» El plan es una revolución (la tercera) sobre una misma idea: la sugerida en la carta del 15-17 de julio, y el proyecto de auxilio encargado a la columna Araújo y

[68] ABC, edición del viernes 22 de julio de 1921.
[69] *Ibídem,* pág. 7.
[70] *Ibídem,* pág. 8.
[71] *Documentos...* (Expediente Picasso), págs. 490 y 97.
[72] *Ibídem,* pág. 506.

ordenado al comandante Fernández. Un plan que podría haber supuesto la salvación del ejército, si se hubiera planteado dos días antes y si hubiera gente capaz, en Madrid y Tetuán, de favorecer su buen fin.

Silvestre habla de «barcos guerra gran tonelaje». La alusión no puede estar más clara: acorazados. El general quiere que esos tres buques —los *España, Alfonso XIII* y *Jaime 1,* el último de los cuales, terminado, aún no ha sido entregado a la Armada, pese a provenir del Plan Ferrándiz de 1908—, salgan hacia las costas del Rif. A toda máquina. Ya no es cuestión de asegurar un territorio, se trata de salvar a los hombres, no a la política. Ni Eza, ni Fernández Prida (ministro de Marina) tienen tanta imaginación y tal carácter emprendedor, y Allendesalazar se iguala a sus ministros.

Silvestre sabe de estos abandonismos en el mando del Estado. Por eso añade esa coletilla de «pero muy urgentísimo; de lo contrario, inútil». Un aviso a quienes lean su telegrama, en el sentido de que si no movilizan ética, coraje y prontitud, *ni se molesten.* Él mismo sigue un guión falso: habla de «harcas amigas», pensando en Kaddur Namar —el *kaid* de los Beni Said, del que existen informaciones fidedignas sobre su estancia en Annual, el 21-22 de julio—[73], pero tal apuesta es inconsistente: las tribus sólo esperan una derrota más de Silvestre, y no para abandonarle a él, sino para rematar a su ejército.

Picasso, al referirse a estos hechos, ofrecerá, como única forma de vadear aquel río de desastres en curso, esta doble reflexión: «Sólo un verdadero destello de espíritu militar, no sólo en el aspecto moral de una gran concepción, sino en el práctico de su realización, podía salvar la situación y, si no compensar los reveses sufridos, limitarlos al menos al mínimo y evitar, con un acertado movimiento, el desastre final. »[74] Ese *destello* se manifestó en Silvestre las tres veces que hemos comentado, sobre todo en la última: reembarcar el ejército.

El general convoca un nuevo Consejo de Guerra. Según diversos testimonios y enumeraciones, es el tercero en poco más de doce horas. Y asisten los siguientes jefes (de los que hay constancia): los coroneles Morales (Policía Indígena) y Manella (Alcántara); los tenientes coroneles Marina (Ceriñola) y Pérez Ortiz (San Fernando);los comandantes Hernández y Manera —ayudantes de Silvestre—, Alzugaray (Ingenieros), Llamas (Regulares), Ecija (Artillería) y Villar (Policía); más los capitanes Sabaté, jefe de Estado Mayor, y Val-cárcel (Ingenieros)[75]. Asiste, aunque sin capacidad para intervenir, el hijo de Silvestre, Manuel. Lo que plantea el general es muy simple y es muy grave: retirada o resistencia a ultranza. Por lo que va a suceder, nunca debería haber facilitado tal elección, sino imponer su criterio, el que le dicta su temperamento y su experiencia: resistir. Sin embargo, va a renunciar a él.

La tienda de Silvestre se llena de uniformes polvorientos, cuerpos envarados y miradas duras. Los convocados, «muchos para tan reducido espacio cubierto por camas y equipajes», se acomodan como pueden. Los saludos ni son reglamentarios, ni muestran entusiasmo. A todos les sorprende «el semblante nublado» del general. Silvestre va directo al grano: «Señores, el enemigo vendrá muy pronto sobre el campamento...»[76] Silvestre, tras advertir que teme una sublevación de los Beni Ulixek, advierte: «No tenemos municiones más que para un combate serio, y antes que tener aquí otra repetición de lo de Igueriben, creo que mañana mismo debemos abrirnos paso hasta Ben Tieb.» Silvestre hace una pausa, observando el efecto que causan sus palabras, y remacha: «La operación, aunque nos cueste un 50 por ciento en bajas, será preferible a quedarse aquí, de donde no saldremos ninguno.» La estupefacción se une a la angustia. Muchos esperaban de su general una reacción contundente, una *luz enérgica,* y les ha mostrado su convicción de retirarse, aunque haya añadido: «Éste es mi parecer y quiero saber si a alguno de ustedes se le ocurre otra solución.»

Silvestre proporciona a sus oficiales unas inquietantes referencias para entender la retirada:

---

[73] Entre ellas, la del coronel Argüelles, que habla de haberse incorporado —a las tropas de Silvestre— «la harka de Beni Said» el día 21. *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 491.

[74] *Ibídem,* págs. 331 y 332.

[75] Es posible que, junto al comandante Llamas Martín, de Regulares n° 2, asistiera Andrés Piña Rodríguez, de África.

[76] Pérez Ortiz, Eduardo, coronel, *De Annual a Monte-Arruit y dieciocho meses de cautiverio. Crónica de un testigo.* Artes Gráficas Postal-Exprés, Melilla, 1923, pág. 17.

inutilizar la artillería, «dejando todo lo demás del campamento tal como está; es botín que puede entretenerles»[77]. Incluye la prohibición de llevar equipajes de mano, precaución dirigida a toda la oficialidad.

Al principio, las opiniones se dividen, pues «estimaban unos que debía extremarse la resistencia a todo trance», mientras que «otros optaban por la retirada en regla». Se exponen en pro del repliegue total la falta de recursos, la falta de moral y la falta de seguridades de toda índole. Y a esto se opone, tajante y casi fiero, el coronel Morales, quien dice que es «tarde ya para retirarse». Por si no fuera suficiente, afirma que «no podría llegarse a Ben Tieb»[78], objetivo planteado como *lógico* por la mayoría. La doble afirmación del jefe de la Policía Indígena causa una conmoción entre los presentes, menos en Manella, que la respalda. Morales se niega a aclarar sus razones, aunque son varios los que le insisten. Según Vivero, Morales consideró una variante a su determinación, «diciendo debería salirse en el acto»[79]. Así debía haberse hecho: saliendo de noche, sorprendiendo al enemigo, rompiendo sus líneas y evitando la subida al Izzumar bajo el sol rifeño. Otra posibilidad se pierde.

Y surge la idea de *pacto* referida a Abd el-Krim. No está claro quién lo propone, pues, en ese aspecto, tan delicado, los supervivientes preferirán conservar la máxima discreción. Silvestre reacciona con desdén, y aclara que «dicho jefe no pinta nada». Argumenta que si el líder rifeño pretendiese tal cosa, «serían los suyos capaces de matarlo»[80]. Superada esa crisis colateral, se enfrentan dos posturas: Morales a favor de resistir allí mismo; los restantes apoyando la retirada, con un crispado Manella pendiente de cada gesto del general. Si Silvestre acepta la retirada, es que no quiere verla. Y eso sólo significa que va a matarse. Manella está con él sin decir palabra.

Morales se mantiene en su posición, pero Silvestre ya ha cedido, signo infalible de la tortura de responsabilidades que padece. Y al fin se toma la decisión de efectuar «la retirada por sorpresa», siempre en contra del parecer de Morales. El Consejo se disuelve, aunque los asistentes al mismo quedan emplazados para reunirse «a la mañana siguiente, a las seis», para organizar la retirada. Como idea operativa, la artillería iría en segundo escalón, siendo el primero «la impedimenta, constituida por los heridos (tal vez unos doscientos) y municiones remanentes», y quedando la infantería en último lugar. Sobre todo ello «se convino en guardar reserva»[81]. Nada van a saber los soldados, pero nada sabrán tampoco los oficiales, salvo unos pocos.

Avanzada la madrugada, Berenguer, desde el Fondak, a las 03.45 horas, dice a Silvestre: «En este campamento recibo telegrama Ministro en que transcribe uno transmitido a dicha Autoridad por V. E. desde Annual, que me pone al corriente de situación difícil en que se encuentra, de la que desearía conocer detalles para juzgar acerca de ella.» ¿Cómo es posible que Berenguer necesite más «detalles» de lo que ha pasado, de lo que sabe por Eza, y de lo que debe intuir por su rango y condición? El caso es que anuncia a Silvestre los refuerzos que va a enviarle —los mismos que comunicó a Eza—, pero deslizando un reproche innecesario: «Aunque con ello me compromete éxito campaña sobre Beni Arós, que ahora se hallaba en una de sus fases más interesantes...»[82]

La ayuda prometida irrita más que tranquiliza al Consejo en Annual, «pues en la reunión de jefes se consideró insuficiente el refuerzo que el Alto Comisario ofrecía, estimando se llevaba a las fuerzas a un sacrificio estéril, con las consecuencias para los otros territorios y aun para la Nación».[83]

Sin terminar el Consejo, aparece «un sargento de la radio (Las Heras) con un radiograma que ha sorprendido». Noticias desde Madrid. Al parecer, «dos divisiones se concentran en el litoral próximo para ser enviadas inmediatamente». Es un deseo, ni siquiera una posibilidad. La formidable *novedad* genera cierto alivio. Pero «échanse cuentas de tiempo y números y resulta que no varía la situación». Silvestre reacciona, y, ante el Consejo en pleno tiene uno «de sus altaneros

[77] *Ibídem,* pág. 18.
[78] Documentos... (Expediente Picasso), pág. 95.
[79] Vivero, Augusto, *El derrumbamiento,* Rafael Caro Raggio, editor. Madrid, 1922, pág. 164.
[80] Pérez Ortiz, E., op. *cit.,* pág. 18.
[81] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 96.
[82] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 51.
[83] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 506.

arranques». Dice que asume la responsabilidad de «ordenar la evacuación de esas posiciones»; advierte a todos que «de ello voy a dar cuenta al Gobierno»; asegura que «de todo respondo yo con mi persona y empleo», y previene: «Acuérdense de esto el día de mañana.»[84]

Silvestre se decide a enviar otro telegrama —será el último— a Eza, repitiéndoselo a Berenguer. El general está muy nervioso: el capitán Valcárcel le ve redactar, por dos veces, el texto, y luego enmendarlo. La tercera variante es la buena y su situación la describe así: «Mis tropas en Annual, constantemente hostilizadas»; «aguadas que habían de ser sangrientas»; «cortada por el enemigo mi línea de abastecimiento y evacuación de bajas»; «no disponiendo de municiones más que para un combate...». Y el aldabonazo final: «Procede determinaciones urgentísimas que tomaré aceptando toda responsabilidad, teniendo en principio idea de retirarme a la línea Ben Tieb-Beni Said (sic).» La transmisión tiene un error en la recepción, pues «Beni Said» no es un punto topográfico, sino una cábila. En ella aún confía el general.

Silvestre intenta tranquilizar su conciencia al decir a Eza que, en su retirada, irá «recogiendo antes posiciones que me sea posible, en donde esperaré los refuerzos que V. E. me envíe»[85]. No habla de Ben Tieb. Ha renunciado a huir, pues eso es para él la evacuación: la vergüenza y no la salvación. Para eludir aquélla, opta por la muerte. La vaguedad del texto certifica la inminencia de la calamidad militar. Pide a Eza que le envíe esos refuerzos, «siendo punto de desembarco de ellos, Melilla». Eza transmite su acuse de recibo un cuarto de hora después. Son las cinco de la mañana en Annual.

Clarea por encima de la gran hoya. El teniente coronel Marina reclama al capitán Correa, de la Policía Indígena, para que forme sus hombres y «se acerque» a la aguada, fortificándose allí. Correa, que nada sabe, obedece. Y allá va, «puesto como cebo», como denunciará después, indignado, Ángel Romanos, fiscal de la Sumaria instruida por Ayala y Ruiz de la Fuente[86], y por la que será encausado Marina. Otras órdenes se cursan: las posiciones del anillo defensivo —Talilit y Buymeyan— deben replegarse, sobre Annual la primera y sobre Afrau la segunda, mientras los escuadrones de Alcántara son desplazados a las espaldas del Izzumar, para cubrir la retirada. Pero nadie avisa a la batería de cuatro piezas que está en lo alto del paso.

A poco, estalla un inesperado alboroto en las cercanías de la tienda de Silvestre. Los oficiales entran y salen con precipitación: no hay retirada. El general ha cambiado de opinión. Se va a resistir.

Todo indica que, sin haberse convocado un nuevo Consejo de Guerra, la enorme tensión del ambiente fuerza la reunión de otro, sin tantos asistentes como en el anterior. Pero allí están presentes los de mayor rango; entre ellos, Morales y Manella. El coronel de Alcántara toma entonces la decisión de hacer causa firme con las tesis del jefe de la Policía. De resultas de esa doble convicción que se le opone, Silvestre se vuelve atrás de la suya. Son las siete de la mañana del viernes 22 de julio.

Sabaté manda un despacho al capitán Dolz, en Drius, pidiéndole «que preparase con toda urgencia el envío de medio millón de cartuchos Máuser y mil disparos de cañón de montaña». Sabaté pide también a Dolz ametralladoras, pues «muy pocas máquinas estaban útiles», y al teniente Cura, de Ingenieros —al que tiene al lado—, le ordena prepare «material de fortificación»[87]. Annual parece dispuesto a la máxima resistencia posible.

Poco después, Silvestre hace llamar al comandante Llamas y al coronel Marina, «exponiéndoles, descarnadamente, lo crítico de la situación, y que se vería obligado a abandonar el campamento, porque de continuar en él sería un Igueriben en grande...»[88] Llamas y Marina reciben órdenes de prepararse para la dificilísima retirada.

Sainz ha salido de Drius, luego de una caótica noche de viaje en camión, al averiarse su automóvil. En Melilla, al retrasarse su salida, se encuentra en la calle a dos amigos, que quieren

---

[84] Pérez Ortiz, E., op. *cit.,* pág. 19.
[85] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 17.
[86] *Ibídem,* pág. 141. La frase era del propio Marina.
[87] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 507.
[88] *Ibídem,* pág. 524.

saber a dónde va. Para no causar alarma, les responde: «No lo sé, creo que hacia Annual.» Llega el coche. Saínz no estima necesario regresar a su casa para despedirse otra vez de su esposa, a la que había dicho: «Hasta luego; vendré antes de la hora de cenar.»[89] Tardará dieciocho meses en volverla a ver.

Desbandada en Annual y el maletín de Silvestre

Hacia las diez de la mañana del 22 de julio, en Melilla, entregan al comandante López Ruiz un telegrama urgente. Procede de Annual. Tulio López lee el texto: «Estamos bien, abrazos. Juan.»[90] En tres palabras, el ayudante de Silvestre, Juan Hernández Olaguibel, ha tranquilizado a su compañero de rango y a la Comandancia Militar. Minutos después, todo cambia.

La tienda de Silvestre reúne al incansable Consejo de Guerra. De pronto entra el comandante Villar —otros testimonios hablarán del capitán Carrasco, también de la Policía Indígena—. Villar, el responsable del desastre de Abarrán, muy excitado, avisa, y a gritos, de un peligro inminente. Los oficiales salen a averiguar qué ocurre. Allí, a pleno sol, descubren el rítmico avance, siguiendo las ondulaciones del terreno, de la *harka.* Va al completo, dividida en tres o cinco grandes bloques —de nuevo hay disparidad al respecto—, apareciendo como lo que es: un verdadero ejército. La confusión es inenarrable. De seguido empiezan los tiros y el caos se precipita. Silvestre vuelve a reclamar la presencia de Llamas, el cual encuentra «ya muy batida» la subida a la tienda del general. Silvestre le reitera sus órdenes: que «los jefes no dijesen nada a sus oficiales, para que no llegase a conocimiento de la tropa y acudiese el pánico y, por tanto, la desorganización». Silvestre aún recuerda a Llamas tres cosas: que inutilice la batería ligera (cuatro piezas); que deje el campamento «montado en la misma forma que estaba», y, por último, la «prohibición absoluta de llevar cargas de equipajes»[91]. Silvestre admite la retirada, no el deshonor de una escapada general. Le desobedecerán.

En la puerta de la tienda de Silvestre, un grupo de jefes se enzarza en violenta discusión. Se cruzan agrios reproches, gesticulan, se exasperan. Todo esto mientras los disparos rifeños empiezan a tumbar al ganado y a los hombres. La acalorada disputa prosigue, insensible al caos que la rodea. El capitán Pedro Chacón Valdecañas, de Artillería, ve entre esos jefes «al coronel Manella, jefe de la posición, que protestaba de que era el único que había votado en la Junta de jefes por no abandonarla, y que estaba dispuesto a suicidarse cuando esto ocurriera». Armándose de valor, Chacón ruega a Manella que deponga su actitud, pues «se deprimía la moral de las tropas que lo escuchaban». Pero el coronel replica que no es cosa para «ya importarle». Para entonces, los sentimientos de hecatombe se han apoderado de todos, y en la tropa corren asustados rumores «de que el general había buscado una pistola para suicidarse»[92]. Tenía su lógica, pues Silvestre rara vez iba armado.

Llega otra desgarradora despedida. Manuel Fernández Silvestre Duarte saluda a su padre, pero como general. Ambos desearían mostrarse más efusivos. Se contienen. El alférez se dispone a subir al automóvil. Se vuelve al oír la voz del general llamándole por su diminutivo de la niñez: «¡Adiós, Bolete!» Manuel relatará esta dramática escena a Alfonso XIII, cuando el monarca le reciba en audiencia cinco días más tarde. Abrumado por lo vivido, se confesará: «Sin abrazarle me fui.»[93]

La radio aún funciona. Silvestre cursa su postrer despacho a Berenguer, donde le previene de que el enemigo «viene en columnas, aumentando por momentos», que sólo tiene cien cartuchos por hombre y que ha ordenado ya la retirada a Ben Tieb. En el Fondak de Tetuán, un oficial de elevada estatura recoge al teléfono el radiograma. Es el comandante Juan Beigbeder y Atienza, de treinta y tres años, futuro alto comisario y ministro de Asuntos Exteriores (1942-1944) con Franco.

89 Saínz Gutiérrez, 5., op. *cit.,* pág. 4.
90 *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 15.
91 *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 526. Según Llamas, estos hechos sucedieron hacia las nueve de la mañana.
92 *Ibídem,* pág. 500.
93 *El Sol,* edición del viernes 29 de julio de 1921.

Beigbeder apunta esas frases demoledoras, que previenen de una hecatombe en puertas, y corre a entregar el texto a Berenguer, de quien es su ayudante.[94] El alto comisario se indigna: ¡una retirada total sin su autorización y con el ejército rodeado de enemigos! Son las 10.50 horas. Berenguer tiene previsto salir a mediodía hacia la capital del Protectorado. Sabe que esa previsión acaba de quedar inutilizada por los hechos, y presiente que su viaje a Melilla, sin carecer de sentido, sí queda despojado de toda utilidad táctica. Con Berenguer están los generales Marzo y Barrera; el primero, jefe de las fuerzas de Tetuán, y el segundo, comandante general de Larache. Quedan aterrados por la noticia y presienten que un desastre, de impredecibles consecuencias, se cierne no ya sobre Silvestre, sino sobre el Ejército y España. Berenguer redacta su respuesta: «Que quedo enterado, esperando que todos, en estos críticos momentos, pensarán ante todo en el prestigio y honor de la Patria.» Luego repite a Eza el telegrama de Silvestre y su propia réplica, que tal vez fuese más agresiva, pues al llegar tal despacho a Melilla, y leerlo Navarro ante sus oficiales, uno de los testigos, el comandante López Ruiz, dirá que «el referido telegrama fue dolorosamente comentado, por parecernos redactado con mucha dureza»[95].

Según Vivero, en ese despacho se decía a Silvestre lo siguiente: «Confío en que el reconocido talento de V. E. y la bravura de las fuerzas a sus órdenes, sabrán remediar la desairada situación de queme da cuenta.»[96] La supervivencia del ejército igualada a la supervivencia de la fama del general en jefe, y en trance ésta de ser «desairada».

Cabe imaginar la reacción de Silvestre, aunque el general no piensa ya más que en salvar sus insignias, sus referentes morales: los distintivos de general de división y los cordones de ayudante del Rey; puede que también su rojo fajín de mando, pues Silvestre, en campaña, solía llevar un cinturón-fajín, «sin lazo ni borlas», como precisaría su chófer, Eusebio Casanovas.

Silvestre entrega a Casanovas sus pertenencias y le dice: «Lleva este maletín a casa. En la inteligencia de que si no llega el maletín, tampoco debes llegar tú... ¿Entendido?»[97]

Annual no va a ser un *Igueriben a lo grande,* quedará en un inmenso Abarrán extendido a lo largo de kilómetros, con decenas de posiciones incendiadas, y sus defensores acorralados, abandonados, rematados. Va a caer un territorio colonial que costó doce años poner en pie. Van a caer ocho mil o diez mil españoles. Con ellos caerá un régimen.

Saínz está subiendo el Izzumar por su cara sur. Ha salido de Drius con dos mil sacos terreros —todos los que quedaban en ese campamento—, en lugar de los ocho mil que indicaban las órdenes para instalar la posición entre Yebel Uddia e Intermedia B. Ha recibido las municiones previstas —ochenta mil cartuchos de fusil—, pero no sabe nada del camión del agua. Tiene una cita pendiente con el capitán Fortea y el teniente coronel Primo de Rivera en los altos del Izzumar. Allí verá la huida del ejército y allí se enterará de lo que le ha ocurrido a su general.

El Izzumar: destrucción del hombre, no del ejército

De Annual no sale una columna militar, sale una muchedumbre que se desarma ella misma, pues la artillería va a perderse en su mayoría —de veinte cañones, se salvarán seis—. A cientos, los soldados arrojan sus fusiles, agobiados por salvar sus vidas en una carrera cada vez más veloz y más suicida. No pocos oficiales siguen esos mismos pasos o se adelantan a ese trance, alzando así banderas de iniquidad ante sus propias unidades. Destrozan al ejército.

Los oficiales que salieron en los primeros *coches rápidos* hicieron de explosivo de la moral. Silvestre había prohibido sacar los equipajes, pero en esos vehículos irán, bien visibles, los bultos que descubren la huida: los oficiales se van con sus maletas. El capitán Saínz será pronto testigo de

---

[94] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 52.
[95] *Ibídem,* pág. 15.
[96] Vivero, A., op. *cit.,* págs. 168 y 169.
[97] ABC, edición del viernes 26 de agosto de 1921. En este artículo, como en otros, se silencia la identidad de Casanovas, que aparece sólo como «un *chauffeur* del comandante general».

esa ignominia.[98] Esos vehículos que corren, con ocupantes aún más apresurados en ponerse a salvo, causan desolación entre la tropa y decapitan su ya escaso ánimo. Los oficiales que permanecen en la posición quedan como avergonzados testigos de la huida de sus compañeros, que no pueden explicar a sus soldados. Y éstos, tan enfurecidos como asustados, les abandonan a su vez. Y reventará todo el ejército bajo la misma ola de pánico. Algunos mandos no querrán admitir esa degradación, y se plantarán, viriles, ante ella. Serán asesinados por sus propios hombres, convertidos en fieras. Otros quedan en el parapeto: ordenando, estoicos, sus últimos instantes. Esos pocos, dando ejemplo a tantos, serán aún capaces de salvar a muchos.

La obsesión colectiva es superar el paso del Izzumar, perfil montuoso y sombrío en esa hora del mediodía —el sol está entonces a las espaldas del paso—, que se eleva como lo que va a ser: el Gólgota rifeño, una ascensión hacia el apocalipsis. La degollina se desencadena en el momento de penetrar, a empellones, los primeros bloques de soldados españoles en la cortadura. Los efectivos de la Policía y los Regulares, que debían cubrir los flancos y ascendían a media ladera, se separan en exceso. Y de improviso, los policías vuelven sus armas contra el apelotonado gentío, encajonado en las revueltas de la pista. Sobreviene la traición —o la revancha—, en todo caso el homicidio masivo. Parte de los Regulares se desbanda, aunque bastantes quedan en sus puestos, luchando bajo el mando del comandante Llamas.[99]

El pavor y el odio son los únicos gobernantes de la situación que conoce el desfiladero —casi seis kilómetros abarrancados, todavía hoy de difícil paso—. El Izzumar es una ejecución, un fusilamiento en masa y por la espalda.

El ejército se ha deshecho. Son sólo unos millares de hombres despavoridos, embrutecidos por el cansancio y el miedo. Y se vivirán escenas infames: los heridos arrojados de las artolas para huir con las caballerías de éstas; los cañones abandonados, al ser cortados los atalajes de los caballos que los arrastraban y subir a éstos la tropa y no pocos de sus mandos; algunos oficiales muertos por sus soldados, por atreverse a contener la riada de histeria e indignidad que les rodea y al fin les mata; otros oficiales arrancándose no sólo las insignias, sino hasta las polainas o cinturones que podían delatarles como lo que deberían haber sido: cabeza de sus tropas.

Con las alturas cubiertas de cabileños, y el fondo del sinuoso barranco cruzado por bandas de merodeadores, a la espera de los equipos y hombres que ruedan cuesta abajo, la matanza de españoles se organiza. Oleadas de mujeres rifeñas, de los aduares próximos, sublevadas por viejos agravios y afanosas de rápidos desquites, acuden al bestial tumulto. Con cuchillos, con palos y hasta con sus manos, rematarán a los heridos, lapidándolos, o se mofarán de éstos, vejándoles, y dejándoles marchar en algún excepcional caso, como le sucederá al capitán Sabaté, «maltratado por mujeres moras, que le desnudaron y despojaron de su ropa y alhajas»[100].

Al vientre del Izzumar han ido a parar las baterías, los armones, mulos, carros, ametralladoras, equipajes, cajas de municiones, los camiones cargados de heridos que confiaban en escapar con vida.

Los supervivientes siguen subiendo. Lo hacen en medio de una polvareda asfixiante, en la que toman mayor altura, si cabe, los gritos.

Desde las cortaduras se descuelgan nuevos contingentes de verdugos, en su mayoría jóvenes y ancianos. Van armados de gumías, piedras y una ira arrasadora. Buscan a los heridos, les acorralan, ignoran sus enloquecidas peticiones de clemencia, y les rematan. A no pocos les bajarán los pantalones para cortarles con saña sus genitales y metérselos en la boca.

---

[98] Saínz Gutiérrez, S., op. *cit.,* pág. 7.

[99] *Documentos...* (Expediente Picasso), págs. 448-452. Testimonio del teniente coronel Núñez de Prado, quien hablará de «trescientas bajas» sufridas por los Regulares en la retirada de Annual. Cfr. León Villaverde, Antonio, coronel. «La ciudad de Melilla y las Fuerzas Regulares», en *El Telegrama de Melilla,* edición del domingo 17 de agosto de 1997.

[100] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 6.

Una posición con dos jefes y un mismo abandono

La posición que coronaba el Izzumar está en llamas, abandonada. De las dos baterías que allí había al amanecer del 21 de julio, tan sólo queda una. El capitán Blanco, que ha pernoctado con su gente en la posición, se ha ido al alba, a la espera de órdenes de Silvestre. Desde una explanada, descubre una polvareda enorme. Instantes después, una masa de gritos le envuelve. Tiene encima la avalancha. Le quedan cinco o seis minutos. Mira hacia el Izzumar. Allí están los otros cañones. Con ellos debe bastar para proteger la columna, él tiene que salvar su batería. Es responsable de más de cien hombres.[101] Con calma, ordena a los suyos dar media vuelta a las piezas y adelantarse al tropel. Sin correr. La 5ª Batería de Montaña será la única en llegar, íntegra, a Drius.

El Izzumar empieza a arder. Los cañones que lo defienden tienen sus tubos apuntando a un horizonte donde agoniza el ejército, pero no han disparado ni una sola vez en su ayuda.

En el Izzumar había dos mandos, fatal superposición que provocará la ambigüedad y el desarme moral. El capitán Joaquín Pérez Valdivia era el jefe de la posición. Ayudado por sus oficiales, tenientes Agustín Alvargonzález y Enrique Valdés, estaba al frente de noventa y ocho hombres. A éstos se unían el alférez José Guedea Millán, de Ceriñola, con treinta y seis hombres; más cinco soldados de Ingenieros; un capitán médico, Primitivo Gutiérrez Urtasun; y el teniente Román Rodríguez Arando, este último al frente de diecinueve artilleros y al mando directo de la batería. En total, ciento sesenta y cuatro efectivos. Pero en el Izzumar había un séptimo oficial, el comandante de Artillería Jesualdo Martínez Vivas, encargado de supervisar la sustitución del material artillero situado en la estratégica cumbre: cambio de las viejas piezas Krupp que allí había, por otras cuatro de 75 mm, modelo Saint Chamond.[102]

Martínez Vivas había llegado al Izzumar el 18 de julio. En esos cuatro días se formó una idea de la situación táctica: Igueriben acosado y perdido; Annual dependiente de la única pista existente hacia retaguardia, y el Izzumar, guardián de la suerte del ejército.[103] Por la categoría de los mandos, el responsable máximo era Martínez Vivas, que no pensará tal cosa, al considerar que Pérez Valdivia era *el jefe* de la posición. De ese insensato debate emergerá otra catástrofe más.

En la mañana del 22 de julio, Pérez Valdivia y Martínez Vivas están en los parapetos del Izzumar. De pronto, ven «correrse los moros por el fondo del barranco (del Izzumar) en dirección a Annual».

Ambos oficiales, pese a que «vieron acercarse a Annual grandes contingentes perfectamente organizados, que les hizo creer fueran tropas amigas (¿?)», quedan impasibles. Poco después «ven pasar un coche rápido y un soldado a caballo, que les dijo iba en el coche el Comandante General (¡!), y que se evacuaba el campamento»[104]. Lo creen, puesto que así les conviene.

Mientras, el alférez Guedea ha bajado «descuidadamente al camino para enterarse de lo que ocurría». Sorprendido por la desbandada, empieza a correr hacia la cumbre. Encuentra a su sección formada, «diciéndole el sargento que habían recibido órdenes de evacuar, como ya lo habían hecho las demás fuerzas»[105].

Subsiste un matiz de relieve, que aportará el alférez ante Picasso: que dichas fuerzas «se habían marchado antes de que empezaran a ser atacadas, inutilizando las piezas y pegando fuego a la posición». Guedea y los suyos llegarán a Ben Tieb.

En su defensa, Martínez Vivas dirá que «la guarnición de Izzumar, cuando creyó que ya habían evacuado las fuerzas de Annual, tomó el acuerdo de abandonar la posición», como si tal decisiónpudiera tomarse en un plebiscito de soldados y oficiales. Basará sus afirmaciones en que «a poco avisaron de Annual la salida de toda la columna hacia Ben Tieb, y evacuación de las

[101] Los que le quedarían tras el combate del día anterior, en el que tenía 138 hombres. AJCPL, «Posición del Izzumar».
[102] ASDL, serie «Posiciones dependientes de Annual».
[103] AJCPL. DR (Declaración Resumida) del comandante Jesualdo Martínez Vivas (3 octubre 1921), correspondiente al folio 1.153 del EPO (Expediente Picasso Original).
[104] *Ibídem.*
[105] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 114.

posiciones de primera línea hacia el mismo punto»[106].

En tal hecho, que «no se ha podido comprobar» —como denunciará Picasso—, basó Martínez Vivas su huida, a la que no se opuso Pérez Valdivia. La ofensa concluirá con la afirmación de que «no abrieron fuego (con los cañones, que estaban cargados) porque no vio enemigo contra quien dirigirlo»[107].

Al otro lado del Izzumar: parapetos de jinetes e infantes

Los cinco escuadrones del 14° Regimiento de Caballería, cuatro de sables y uno de ametralladoras, se encontraban escalonados detrás del Izzumar. Fernando Primo de Rivera y Orbaneja, un jerezano aristocrático, hábil en la esgrima, de cuarenta y dos años de edad y perteneciente a la promoción de 1898, es su segundo jefe. Nada sabe de Manella, pero confía en ver pronto a su coronel. Manda sobre 461 hombres: 22 oficiales y 439 de tropa, según los listados de Picasso.[108] Todos los que había en Drius.

El teniente coronel mantiene en alarma a su unidad desde la caída de Igueriben. El cañoneo en Annual había cesado por la noche. Se sabía que Navarro estaba en Melilla, y se decía que preparaba una columna de apoyo a Silvestre. Primo nada ha dicho a su gente: una vez pasado el tabor de los Regulares, camino de la gran hoya, los refuerzos son ellos. Detrás, el vacío.

Sobre el Izzumar, los jinetes de Primo veían moverse, a lo lejos, a los soldados de Pérez Valdivia. Más cerca, y separados del pie de la cumbre, estaban los cañones del capitán Blanco. La batería aparecía formada y a la espera. Nadie imagina una retirada. De pronto se oye un alocado crepitar de fusilería. El estruendo va retumbando por los cerros. Los jinetes de Primo observan una masa de polvo en el lado norte del Izzumar. No pueden suponer qué hechos concretos desencadenan semejante volumen y en rapidísimo aumento. En ese instante, un *coche rápido,* seguido por camiones cargados de heridos, desemboca a toda velocidad en la cara sur del angosto paso. El conductor ve los escuadrones y detiene el vehículo. Un oficial médico expone, en tres frases, la tragedia: Silvestre puede que muerto, y con él, sus ayudantes; la Policía Indígena pasada al enemigo y asesina de muchos de sus oficiales; y la columna de Annual en desbandada. Nadie sabe nada de Manella ni de Morales. El coche parte, y Primo sabe a qué atenerse: va a recibir la estampida de todo un ejército. Y es responsable del regimiento.

Llegan más *rápidos.* De uno de ellos «desciende un capitán», que se dirige hacia Saínz. Y viene la frase inequívoca que sobrecoge al oficial de Estado Mayor, puesto que significa el fin del ejército: «El General se ha pegado un tiro.»[109]

Primo de Rivera reúne a sus oficiales, les explica lo que sucede y les dice que «ha llegado la hora de sacrificarse por la Patria». La batería de Blanco pasa al lado: cañones y avantrenes alineados, caballos y hombres en dobles filas bien rectas. Las dos formaciones se saludan al cruzarse. Cada una va a su destino.

La polvareda se adueña del Izzumar. Un aluvión de hombres alocados, acribillados a derecha e izquierda, corre, se empuja y sigue corriendo, aunque muchos se desploman, fulminados. La gente de Alcántara monta a caballo y emplaza las máquinas.

Antes de lanzar su primera carga, Primo de Rivera disponía de tres referencias: a su derecha y arriba, ya no había banderas españolas en el Izzumar. Los de Pérez Valdivia se han ido. Más atrás, y también a su derecha, el tiroteo era intensísimo en Intermedia B; luego la gente de Pérez García resistía. Y aún más atrás, a la izquierda, siempre lejana pero siempre flameante, la bandera de combate en Intermedia A. Allí estaban Escribano y los suyos, aguantando. El regimiento de Alcántara estaba a punto de ser rodeado y se encontraba, a su vez, rodeado de posiciones españolas cercadas. Del carácter de su jefe sólo cabía esperar una cosa: lanzarse al ataque y allí mismo.

---

[106] AJCPL. DR del alférez José Guedea Millán (7 octubre 1921), correspondiente al folio 1.248 del EPO.
[107] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 105.
[108] AJCPL. Situación de fuerzas en Dar Drius, 22 julio 1921.
[109] Saínz Gutiérrez, S., *op. cit.* pág. 7.

Las secciones del teniente Púas y el capitán Chicote cargarán una y otra vez contra los harqueños, dispersándoles. La encarnizada pelea se desarrolla en las mesetas y barrancadas, en las cunetas y en la misma pista. Acaba en unos minutos. Los hombres de Alcántara se quedan solos: el enemigo respeta su resistencia y prefiere cebarse en los huidos, desparramados por centenas y fáciles de matar. Falta auxiliar a la guarnición de Ben Tieb, que va a salir. Primo coordina el amparo táctico. Luego, al trote corto, el regimiento se encamina hacia Drius, intacto en la distancia.

De las tres posiciones Intermedias —A, B y C—, ahorquilladas sobre el Izzumar, la última fue arrastrada y aniquilada en la huida general. Todos murieron. En la posición B, su jefe, Miguel Pérez García, dirá al capitán Jesús Jiménez Ortoneda que «carecía de órdenes», no obstante lo cual, «sabría morir cumpliendo con su deber»[110]. Jiménez, de la Policía, hacía un servicio de descubierta. El día antes, en Ben Tieb, había recibido un abrumador encargo de Villar: «Vigilar a los jefes Burrahay y Abd Bidal-La, a los que debía dar muerte *si* trataban de escapar.» El capitán se había limitado a acompañarles hasta Drius, de donde escaparía Buharray en la noche del 22 al 23 de julio, dirigiéndose a Buxada. El rifeño lograría la defección de los efectivos indígenas, y compasivo, «dejó marchar a los cinco soldados peninsulares que allí había»[111]. Desde el Izzumar, Jiménez observa cómo arde Buymeyan, y cómo calla Annual. Tras hablar con Pérez, reanuda su marcha. Tiene pendiente encontrarse con el capitán Fortea, al que acompañaban varios «jefes moros», y a los que habían apartado de las alturas «para que no viesen aquel desastre»[112]. Jiménez no encontrará ni a unos ni a otro, por lo que seguirá camino hasta Ben Tieb.

Intermedia B se prepara para recibir al enemigo. Pérez está confiado. La guarnición le parece suficiente: noventa y cinco soldados de Ceriñola y cuatro de Ingenieros, más cuarenta indígenas. El capitán tiene junto a él a los tenientes Manuel Soto Conde y Enrique de Hora Melgares, más el alférez Isidoro López Camiña. Espera un furioso asalto, no lo que sobreviene. Una riada: masas de rifeños suben por las pendientes. Los asaltos se repiten durante cinco horas. Mueren Pérez y uno de sus oficiales. Los otros dos, con unos pocos supervivientes, intentan la retirada, pero «en el arroyo próximo a la posición» son copados. Allí mueren todos, excepto tres soldados, hechos prisioneros.[113]

Muerte y leyenda de Silvestre, el general desnudo

La muerte de Silvestre en Annual forma parte de la épica española y aún de la epopeya militar. Es un clásico. Es el fin del hombre desesperado mas ya tranquilo; del general trastornado más que equivocado; del militar que salva el honor del Ejército cuando tantos otros jefes y oficiales buscaron sólo salvar sus vidas y pertenencias; del valeroso jefe de un ejército que no tuvo la valentía de dimitir ante su ministro ni ante su Rey; del servidor honesto de un Gobierno y del buen amigo de un alto comisario. Entre todos lo dejaron suicidarse antes de él hacerlo.

Las versiones de su muerte fueron tantas, y tan novelescas[114], como fue de aventurero aquel empeño colonial de la España alfonsina. Y si hubo un fin físico para el hombre, hubo otros, en lo moral y en lo político, para el Estado, al representar el general muerto la muerte en sí del sistema.

Mantiene su resistencia personal y casi puede decirse que recupera una lucidez, perdida hacía tiempo. Administra su parquedad. Ha despedido a su hijo, y se ha despedido de todo contacto con el exterior: Arias y Las Heras reciben orden terminante de destruir la estación Telefunken de radiotelegrafía. Manuel Arias Paz tiene veintidós años.[115] A su lado está Las Heras. Destruir la radio es renunciar no sólo a todo auxilio, sino a toda alternativa. Arias y Las Heras cumplen el mandato

---

[110] Documentos... (Expediente Picasso), pág. 115.
[111] García Figueras, y H. de Herrera, *op. cit.,* pág. 356.
[112] Documentos... (Expediente Picasso), págs. 458 y 469.
[113] *Historia de las campañas...,* tomo pág. 460.
[114] Entre otras muchas, destacamos las informaciones publicadas en *La Correspondencia de España,* con el título de «Revelación sensacional», y el subtítulo: «El teniente coronel Sr. Cabañas (por Bernardo Cabañas), afirma que el general Silvestre vive.» Edición del lunes 12 de diciembre de 1921.
[115] Hemos encontrado su filiación completa en el Anuario Militar de 1921. Había nacido el 17 de julio de 1899.

«con un hacha»[116]. Con pocos golpes basta.

Se hace así el silencio —no histórico— sobre si Silvestre logró hablar o no con el alto comisario en esos momentos cruciales. Unos lo niegan (Berenguer) y otros lo afirman (Alzugaray)[117]. A esta disyuntiva la definirá Picasso como «el punto oscuro» de la salida de Annual.[118]

Silvestre, espera la ocasión *más razonable* para acabar de una vez.

El capitán Sabaté, jefe de Estado Mayor, ve a Silvestre. No se atreve a decirle nada, pero jamás olvidará aquella imagen: «El general, penetrando la inmensidad de la catástrofe, parecía ajeno al peligro, y, situado en una de las salidas del campamento general, permaneció expuesto al fuego intenso, silencioso e insensible a cuanto le rodeaba.»[119] Sabaté va en busca de Manella y Morales. Silvestre queda solo, como él ha elegido.

Muchos son los que le verán allí (Pérez Ortiz, Llamas, Civantos): una figura erguida, desdeñosa, corajuda, también muy perturbada. Será entonces cuando se vuelva hacia los que pasan corriendo, espantados de verle tan sereno y tan despectivo, tan *apartado* de las cosas. Y puede entonces que fuese el momento de aquel «¡Corred, corred, soldaditos, que viene el coco!», poco contrario a su carácter desafiante y humorístico ante la muerte, o de la pregunta, también posible: «¿Creéis que así os salvaréis?»[120] El hundimiento de la moral se reflejará en la rapidez de la huida, «pues como en media hora se hizo el desalojo del campamento»[121]. Silvestre no tiene ya a nadie a quien gritar.

El teniente Arias y el cabo Las Heras suben a su motocicleta. Los alrededores continúan batidos por el incesante fuego rifeño. La columna se arrastra y muere en las cuestas del Izzumar. Hay que partir. Ambos hombres miran hacia Silvestre. Y le ven «cómo entraba en su tienda». Ellos arrancan, pero «no se habían alejado cincuentametros cuando oyeron un tiro que sonaba dentro de la tienda del General. Indudablemente, éste se suicidó»[122]. Arias y Las Heras aceleran su moto y se meten en la degollina del Izzumar. Logran cruzarla y alcanzar Drius, llegando a Arruit. Las Heras[123] sobrevivió, mientras que Arias fue dado por muerto —en el relato que aquél hizo, en 1956, a López Ferrer—, cuando el teniente llegó a general.

Silvestre ha capturado un instante de intimidad para poner fin a su vida. Nada de cargas suicidas al frente de sus escuadrones (no tenía ninguno) ni de resistencias alocadas en el parapeto. La epopeya, en la sencillez.

Todo indica que Silvestre, militar campechano, escogió una épica contradictoria para su final: abreviada, vehemente, enigmática. Morir en su tienda o en un barranco, donde también pudo haber ido, siguiendo a Manella y Morales, para luego *hacer un aparte* y pegarse un tiro. Pero la tienda, con su reunión de signos personales y su protección, siquiera efímera, de la locura externa a ella en aquellos momentos, es la opción más verosímil.

Lo que vale un tiro con suerte y los últimos de Annual

Cuando Silvestre se introduce en su tienda, se alejan de él Manella y Morales. A los tres los verá, un fugaz momento, el soldado Moreno Martín, uno de los supervivientes de Alcántara. Siguen llegando los disparos rifeños, pero apenas hacen víctimas, pues la mayor parte de la guarnición ha huido. El suelo está sembrado de equipajes, armas, vehículos. Y muertos. Pues aunque pocos, hubo

[116] SHM, carta de Joaquín López Ferrer, 24 de mayo de 1976.
[117] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 414. Es Alzugaray quien identificará al capitán Carrasco como el oficial que entró en la tienda de Silvestre para «avisar al coronel (Manen) y enseñarle la *harka,* que venía en tres columnas».
[118] *Ibídem,* pág. 334.
[119] *Ibídem,* pág. 530.
[120] *La Correspondencia de España,* edición del jueves 1 de diciembre de 1921. Las expresiones de Silvestre, en el sentido de «denostar de cobardes a los policías que escapaban», fueron confirmadas por el soldado Moreno Martín en *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 101.
[121] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 98.
[122] SHM, Leg. «Manuel Fernández Silvestre». Carta de J. López Ferrer.
[123] Las Heras sobrevivió a la guerra de África y al conflicto civil. En 1956, cuando era jefe de taller en Standard Eléctrica, conoció a Joaquín López Ferrer, ingeniero. Las Heras le contó entonces los detalles que sabía sobre la muerte de Silvestre. Joaquín era hijo de Luciano López Ferrer, que fue secretario general de la Alta Comisaría (1921-23).

grandes luchadores en Annual. La cruel pregunta de Berenguer —«¿Se combatió en Annual?»[124]—, es pertinente para el mando. Del Ejército, del Gobierno, incluso del Estado.

Uno de los ordenanzas de Silvestre, Eusebio Casanovas, diría que le esperó en Annual, con el motor del automóvil en marcha, hasta «los últimos momentos». Según su testimonio, fue instado por el comandante Hernández para que regresara a Melilla, y «al fin accedió a marcharse, recogiendo antes algunas maletas y efectos del general». Casanovas se fue, solo, con el vehículo de Silvestre, y luego dijo que «al llegar al Izzumar, detuvo el auto por si el general lo necesitaba»[125]. ¡En pleno desastre y a seis kilómetros del abandonado e incendiado Annual! Sólo tiene cabida otra versión, y que fuera ocultada por Casanovas: que llevase en el coche al hijo de Silvestre. De ahí su espera, tan exigente como baldía, en el alto del Izzumar.

Hernández, el secretario de Silvestre, y Manera, ayudante del general, han caído de los primeros. Cabe suponer que suicidados, lo mismo que su general. Su código de honor así lo exigía, y la realidad que les circundaba no les daba otra opción.

Quedan Morales y Manella. Con unos veinticinco soldados, forman emocionante círculo de resistencias. Juntos todos van a subir el Izzumar. Son casi los últimos en salir, pues otros siguen luchando atrás. Los primeros en morir: los restos de la Ia compañía del capitán Antonio Gómez Iglesias; varios soldados de Ingenieros, al mando del capitán Dionisio Ponce de León Grondona; las secciones del comandante Santiago González Muné, y un grupo de artilleros, que rodean al capitán Miguel De la Paz Orduña. Miguel tiene treinta años, uno más que su hermano Federico, muerto en Igueriben.

Muere De la Paz Orduña, y después es González Muné quien cae en el parapeto; Ponce es abatido minutos más tarde, en la salida del campamento. Todos mueren, su gente con ellos, salvo Gómez Iglesias.[126] Aún quedan unos pocos: el teniente Honorato Hernández Romero, de Ceriñola, quien, con su sección, se ha hecho fuerte en una loma. Hernández da las órdenes «con toques de silbato»[127]. En cuanto ve a los coroneles Morales y Manella introducirse en las primeras revueltas del desfiladero, ordena a sus hombres replegarse. Según parece, Hernández y los suyos fueron *los últimos de los últimos* en Annual.

Morales y Manella siguen en cabeza. A su lado van Joaquín D'Harcourt y Got, capitán médico, y Emilio Sabaté, jefe de Estado Mayor. Se les unen el comandante Andrés Piña Rodríguez, de África, y el capitán Emilio Morales Travalina, de Ceriñola. Con otros pocos soldados —una veintena, desplegados en guerrillas—, componen otro tenaz bloque de voluntades que sube, resuelto, hacia el Izzumar. Hernández, con su sección, sigue el mismo ritmo. Los dos coroneles dan ejemplo y se baten pistola en mano. Llevan sus uniformes e insignias. No renuncian a nada y no están dispuestos a rendirse. Junto a Manella va su ayudante, el capitán Ramón Arce Iradier, que va a caer, herido de muerte, junto a su jefe.

El teniente José Civantos Canis, ayudante de campo de Morales, a quien el coronel ha autorizado que busque un caballo en sustitución del que le habían matado en el combate del día anterior, consigue tal propósito, pero «cuando regresaba al campamento, un disparo enemigo (de sus propios soldados de la Policía Indígena) lemató el nuevo caballo que montaba y le hirió, aunque levemente, la mano izquierda». La herida es en un dedo. Un simple desgarro. Pero Civantos pierde en el lance veinte minutos, que le impedirán reunirse con su coronel.[128]

Para entonces, Silvestre ya había muerto y el coronel Morales debía saber cómo, pues sus compañeros le oyen afirmar, rotundo: «Yo no pienso suicidarme por apurado que me vea.»[129] Todos se juramentan para matarse entre sí al ser heridos, con el fin de evitar las torturas rifeñas. Por

---

[124] Berenguer, D., *op. cit.,* pág. 79.
[125] *ABC,* edición del jueves 4 de agosto de 1921.
[126] ASDL., «Resumen de acciones y valoraciones», págs. 3-5, y AJCPL, «Posición de Annual», listado de bajas y presentados.
[127] *Ibídem,* pág. 5.
[128] ASDL, serie «Documentos procesales por responsabilidades en los sucesos de 1921». En mi artículo «El desastre de Annual» *(Historia 16,* julio 1996), situaba a Civantos junto a Morales y Manella. Se trata de un error, confirmado por la nueva documentación consultada y la revisión de la antigua.
[129] *ABC,* edición del jueves 28 de julio de 1921.

diversos avatares, Piña y el capitán Morales, con unos soldados, quedan a un lado del camino, con intención de alcanzar la cresta del Izzumar. No lo conseguirán: Piña y Morales son alcanzados y mueren. Los restantes van por la pista o se introducen en el barranco.

Manella avanza en cabeza. Los rifeños le pondrán en sus puntos de mira. Va a caballo, y se lo matan. Entra en el fatal barranco, convertido en un cementerio, y sale de esa trampa. Está cerca del Izzumar, la posición que tenían que haber defendido, *a muerte,* Pérez Valdivia y Martínez Vivas. Manella sabe de su vital importancia y pretende organizar un núcleo de resistencia en el paso. No lo consigue. Y se defiende en una pequeña explanada, de pie, la pistola en la mano, decidido hasta el fin. Allí queda.

El grupo del coronel Morales sigue subiendo las cuestas ensangrentadas del Izzumar. La progresión se hace en medio del desconcierto y del fuego rifeño, pero «momentos antes de morir», Morales se vuelve hacia el capitán Sabaté y le dice a la vista del desastre: «Ya ve usted como yo tenía razón.»[130]

El coronel ha guardado su pistola y se defiende con un fusil. No está muy claro si es poco antes de coronar el paso o al entrar en la vertiente sur cuando Morales recibe un primer disparo —en una pierna— y cae en tierra. De seguido, otro tiro le alcanza, en el tórax. Según Navarro, Morales, «al verse herido mortalmente, animaba a los suyos para que siguieran defendiéndose y abandonaran su cuerpo, que no les serviría más que de estorbo»[131]. Según D'Harcourt, «al pasar un barranco fue muerto el coronel Morales, que llevaban herido en un caballo»[132]. La versión más creíble, deducida de la decisión encausatoria de Picasso, puede resumirse así: Morales cae herido, sabe que lo ha sido de muerte, y exige a los suyos, como jefe y como hombre, que cumplan lo pactado. Nadie se atreve a tal cosa. El capitán D'Harcourt —que va herido testificará que el coronel *había muerto* cuando le deja solo, afirmación no aceptada por Picasso, pues le encausará.[133] Morales es rodeado por los rifeños. No reconocen al carismático coronel y antes de darle muerte le torturan, produciéndole una desgarradora herida en el rostro.

La desbandada prosigue. Allí mismo, en el Izzumar, D'Harcourt testificará haber visto a un cabo, encorajinado por la pelea que unos pocos como él mantienen, encararse «a un oficial que iba a caballo», embocado en la huida, y gritarle: «¡No corra usted, señor oficial, y venga a defenderse!»[134]

Mientras, el teniente Civantos ha podido hacerse con un mulo que le cede un sargento de Artillería; corona el Izzumar y sigue; no encuentra a su coronel. Sin duda lo ha adelantado; peor sería suponer que pasó a su lado *sin verlo.* A poco, Civantos se da de bruces con la gente de Alcántara, a cuyo jefe, que contiene a la enfurecida *harka,* pide «que le cambie el mulo que montaba por un caballo». Primo de Rivera, compasivo, le cede una montura de aquellos de los suyos que habían sido baja. Civantos logra así la tercera permuta de semoviente en su particular retirada. En Drius cogerá un *coche rápido.* Y esa noche del 22 de julio estará en Melilla. Será de los primeros escapados de Annual.

Otros no tienen esa suerte, ni la buscan con tanto afán. El teniente Hernández muere a la vista de Ben Tieb.

Cinco minutos al teléfono en Ben Tieb: España no contesta

El coche que lleva al hijo de Silvestre llega a Ben Tieb y se detiene. El alférez está obligado a parar: es el punto de reunión previsto para el ejército en retirada. Pero ni llega el padre ni aparece un ejército, sino una asustada horda. Tal vez fue allí, en esta posición clave del dispositivo español en

[130] AJCPL. Informe de Gabriel de Morales (hijo), pág. 13.
[131] ASDL., «Resumen de acciones y valoraciones», pág. 3.
[132] AJCPL. DR (Declaración Resumida) de Joaquín D'Harcourt Got (28 septiembre 1921), correspondiente al folio 102 del EPO.
[133] Documentos... (Expediente Picasso), pág. 386.
[134] *Ibídem,* pág. 103.

el Rif, donde Manuel Fernández-Silvestre Duarte recibió noticias fidedignas sobre la trágica suerte corrida por el general.

En Ben Tieb tenía el ejército de Silvestre sus mayores y mejores reservas. La guarnición de Ben Tieb estaba compuesta por una compañía de Ingenieros, dos compañías de Intendencia, media compañía de San Fernando, un quinto escuadrón de Alcántara, un destacamento de artillería con dos piezas de 75 mm, Zapadores, Ingenieros y Sanidad Militar. Según la documentación de Picasso y a fecha de 22 de julio, en Ben Tieb había numerosa guarnición: 651 hombres (24 oficiales y 627 soldados), con 189 cabezas de ganado.[135]

Por la importancia de sus arsenales y la gravedad del momento bélico que la acosaba, Ben Tieb era posición clave, que debería estar bajo el mando de un coronel. Porque fuerzas no quedarían en Melilla, pero coroneles había unos cuantos: Araujo (jefe de regimiento de Melilla), Argüelles (jefe regimiento mixto de Artillería), Fernández de Córdoba (jefe de Intervención), Jiménez Arroyo (jefe regimiento África), López Pozas (jefe de Ingenieros), Masaller (jefe de la Artillería), Morales Reinoso (jefe regimiento de Ceriñola), Salcedo Molinuevo (jefe regimiento San Fernando), Sánchez Monje (jefe Estado Mayor de la Comandancia), Fontán Santamaría (jefe de Intendencia), y Triviño (jefe de Sanidad Militar). En cuanto a Riquelme (jefe de Ceriñola), llevaba mes y medio en Madrid, convaleciente de una operación quirúrgica, pero al enterarse del desastre, regresaría a Melilla el 23 de julio. Once mandos superiores presentes y uno ausente.

En descargo de López Pozas y Sánchez Monje, cabe decir que obedecieron órdenes de Navarro. Y Ben Tieb quedó al mando de un capitán, lo cual chocará —y enfadará— sobremanera a Picasso. Antonio Lobo Ristori es capitán desde septiembre de 1915. Este gaditano de treinta y siete años proviene de familia de marinos, en San Fernando, y es un veterano en África, aunque su carrera militar estuviera estancada en 1921.[136] Va a demostrar que tiene temple, sentido de la improvisación y hasta descaro con sus jefes por la nulidad de éstos, pero quedará a falto de dos cosas esenciales: un plan de resistencia y una orden.

Lobo tiene dos agobiantes pesos sobre su conciencia: los heridos que hay en la posición y el valor de los arsenales. Si resiste por su cuenta, los primeros morirán, y tampoco tiene seguridad de, aun resistiendo, evitar que los depósitos caigan en manos enemigas. Por eso va a pedir órdenes. Quiere solidaridad ejecutiva, de un superior, a su responsabilidad estricta.

En la posición, junto a los grandes barracones, aparece, bien alineada, una larga fila de cargas. Picasso, que alzará, a mano, el plano de Ben Tieb, precisará: «Municiones para enviar a Annual.» Incluso recordará la anchura de la pista: «diez metros». El general incluirá una sorpresa documental: el dibujo de cuatro piezas de artillería, bien alineadas e identificadas así: «Tent. Enrile, retiradas de Izzumar.» Los viejos Krupp que sustituyó Martínez Vivas.[137] Luego Ben Tieb tenía muy poderosas razones para defenderse: 651 hombres, seis cañones, y agua en abundancia, además de víveres y municiones en grandes cantidades.

Junto a Lobo están el también capitán José Querejeta Pavón, los tenientes Jaime Camps Gordon y Vicente Toro Tellechea, y el oficial médico de la posición, teniente Felipe Peña Martínez, que va a ser, para Picasso, uno de los puntales testimoniales de su Expediente. A eso de las diez de la mañana, estos oficiales se encuentran fuera de sus tiendas, a la espera de lo que ocurra en Annual, cuya angustiosa situación conocen. Están inquietos, pues empieza a llegarles sordo rumor de combates: el tiroteo viene del otro lado del Izzumar. Y de repente, una imagen patética, imborrable: por la pista «pasan corriendo y sin jinetes, hacia el llano, tres mulos y un caballo». Luego vendrá la primera oleada de hombres, «en tropel, revueltas las unidades en un desorden absoluto, corriendo cada cual lo que podía y sin mando alguno visible»[138]. Esto sucederá hacia el mediodía.

La pavorosa retirada se lleva por delante cualquier entereza, cualquier espera. Manuel Fernández-Silvestre Duarte se imagina lo peor. Si el ejército escapa así, de *esa manera,* su padre por fuerza debe haber muerto, pues no se concibe una huida semejante bajo su mando. Tal vez le

[135] AJCPL. «Posición de Ben Tieb» a 22 de julio de 1921.
[136] AGMS, 1ª Sección, Leg. L-865.
[137] AJCPL. Plano autógrafo de Picasso. Cfr. Apéndice.
[138] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 472.

confirmara esa aflictiva apreciación Alzugaray, con quien se encuentra allí. El comandante le pide permiso para subir al coche de su padre. El alférez accede y ambos parten hacia Drius. Los restos del ejército siguen llegando como olas cruzadas, violentísimas, deshaciendo todo a su paso, yendo luego a morir a las puertas mismas de Ben Tieb.

Lobo y sus oficiales están en la pista. Su objetivo es contener «a los elementos útiles que pasaran». Lobo y los suyos ordenan, amenazan, hasta pelean por conseguir de los que huyen una leve voluntad de comprensión a su causa, pero el empeño es baldío, «por estar todos obsesionados por el pánico». Lobo se dirige a aquellos jefes que distingue, entre las avenidas de unidades que llegan descompuestas, para que recompongan sus fuerzas y entren en la posición, asegurando su defensa. Esos oficiales desatenderán tales *ruegos,* «alegando que carecían de órdenes para eso». Lobo repite la solicitud al teniente coronel Marina, segundo jefe de Ceriñola, que llega a primera hora de la tarde con un centenar de soldados, «que parecían más tranquilos que los demás». Marina se niega. Y tras un descanso, se marcha con su vacilante pelotón. Es testigo de estos hechos el alférez Guedea. Este oficial lleva consigo su sección al completo —treinta y seis hombres—, incluyendo «una baja por asfixia». Guedea se va con los de Ceriñola, pues Marina es su jefe. Llegará a Drius, y allí «pasará lista, entregando el muerto que llevaba».[139]

Ben Tieb depende de lo que decida su capitán y del tiempo que aguanten sus únicos escudos: si no fuera por los jinetes de Alcántara, que siguen, firmísimos, en la pista, la posición habría sido asaltada por la *harka.* Van pasando más escapados de Annual, pero ya no es un río de hombres, sino grupos sueltos, muy espaciados. El sol declina. Ha llegado el momento de la decisión.

Lobo se pone en contacto telefónico con Dar Drius. Debe ser la segunda o tercera vez, pues hay constancia de que habló con el capitán Dolz, el mismo al que Sabaté había pedido, horas antes, un gran pedido de municiones. En esta ocasión, Lobo solicita órdenes, tan valiosas o más. Pide hablar con quien tenga capacidad para dar esas instrucciones. En Drius está el teniente coronel Álvarez del Corral, jefe de la circunscripción. Lobo insiste en hablar con él o con un superior de mayor rango, pero Navarro todavía no ha llegado. Como pasa el tiempo y nada se resuelve, Lobo adopta una singular determinación: la de advertir a su comunicante (Dolz u otro oficial) que «en caso de no recibir órdenes en cinco minutos, como su situación era tan complicada, tomaría el silencio por orden de evacuar»[140]. Un oficial pone un ultimátum a sus superiores: díganme qué hago, si resisto o me retiro. Nadie va a responderle. España no contesta.

Extraordinario momento ése: un capitán impone un plazo no ya a sus mandos, sino a todo el sistema militar español. Hay que tomar una resolución. O se lucha o se huye. Lobo es responsable no sólo de 651 hombres, sino de 70 heridos, a los que atiende el teniente Peña. Por lo que ha oído y visto, sabe bien lo que les espera. Por eso marca un tiempo tan corto. Y aún cree excederse.

Cabe imaginar a Lobo, mirando por la ventana de su barracón, el teléfono al oído y el silencio desesperante al otro lado de la línea, comprobando cómo la pista de Annual se queda vacía: ni huidos, ni refuerzos. Los jinetes de Alcántara siguen ahí, un valladar de resoluciones. Ellos tienen sus órdenes, que son cerrar la retirada. Cuando se replieguen, será el fin. Pasan los minutos. Interminables. Nadie responde en Drius. España ha enmudecido. Y entonces Lobo, con ansiedad —sabe que puede ser encausado por su actitud—, pero también convencido, da la orden: evacuación inmediata. ¿Fue la única posible? ¿Qué decidieron los otros tres capitanes ante la orden de su compañero de rango? Nada. Pues nada se sabrá de ellos. Los tres —Querejeta, Agustín García Andújar y José Pérez Peñamaría— serán dados por «desaparecidos». Igual que Lobo, al que le aguarda la muerte en Monte Arruit. De los veinticuatro oficiales de Ben Tieb, sólo siete volverán a Melilla.[141]

Ben Tieb se vaciará en unos minutos. Los heridos saldrán todos y todos se salvarán. Por un día. Muchos morirán en el camino de Drius a Monte Arruit o en esta última posición.

La salida de la columna de Ben Tieb tendrá su salvador en Ricardo Chicote Arco. Este catalán,

[139] *Ibídem,* pág. 588.
[140] *Ibídem,* pág. 473.
[141] AJCPL. «Posición de Ben Tieb», listado de bajas.

de veintiséis años, capitán desde 1918, es un jinete formidable.[142] De acuerdo con Lobo y Querejeta, organiza la salida: la caballería por la izquierda «para llamar la atención del enemigo», la infantería por la derecha; y los heridos en medio, con Peña a su lado y Lobo al frente. La columna enfila hacia Drius. Ben Tieb comienza a arder.

Su humear persistente, desolador, y al fin devastador —los polvorines estallarán—, señalará a Navarro la rotundidad de su aislamiento y la pérdida de valiosísimo material. Los rifeños acudirán a esa negra señal. Aún cogerán un gran botín.

Picasso mostrará su irritación por estos hechos, calificando lo sucedido como «caso típico de la desorganización y de la anomalía reinantes en el territorio». Los seis cañones perdidos debieron pesar con fuerza en su ánimo crítico.

Dos emociones se encuentran a toda velocidad

En Melilla, López Ruiz vuelve a la Comandancia tras asistir al entierro de Zappino y Romero. Al entrar en el edificio recibe la noticia: Annual está siendo evacuada. No tiene tiempo de sentirse consternado: de Navarro recibe orden para que se reúna con él «en el acto»[143]. Hay que salir «en seguida» para Drius. Dos oficiales de Estado Mayor, el comandante Eloy González Simeoni y el capitán Enrique Sánchez Monje y Cruz, se les unen. Los dos morirán en Monte Arruit. A las dos y media de la tarde del 22 de julio, suben todos a los coches.

La pequeña caravana va por las pistas al máximo de velocidad posible. Cruzan Nador, ignorante de todo, y Zeluán, al que dejan en idéntica confianza. De pronto ven venir, a toda marcha, otro automóvil. Los vehículos se detienen. Para sorpresa de los provenientes de Melilla, «nos encontramos con el coche del Comandante General». Aparece el comandante Alzugaray y, para mayor estupor del grupo de Navarro, surge el rostro demudado del alférez Fernández-Silvestre Duarte. Tiene sólo veinte años.[144] En frases entrecortadas, intenta contar lo sucedido. Es Alzugaray, el que, más sereno, «dio cuenta de que el General Silvestre se había suicidado y de lo funestode la retirada». La información sobrecoge a todos. Navarro aprueba que Alzugaray siga hasta la plaza y, apenado del estado del hijo de Silvestre, ordena a López Ruiz, asimismo que le acompañe, pero con un encargo: el de dar, «con mucho cuidado, la noticia a las hermanas del general, para evitar que se enterase su madre, que en aquellos días estaba en muy grave estado»[145].

El alférez y los dos comandantes siguen a Melilla. Cerca de Zeluán aparece un *coche rápido.* Viene de frente. Se encuentran con el teniente coronel Luis Ugarte, de Ingenieros. Alzugaray saluda a su jefe. Y sube a ese coche, que va a Drius.[146] López Ruiz y el hijo de Silvestre llevan a la plaza la noticia de la muerte del general.

Línea telefónica con el desastre: es cierto, es una catástrofe

Navarro, en su ausencia, no ha dejado a nadie encargado del mando. En su residual optimismo, *piensa volver.* El puesto corresponde a Masaller, por ser el jefe más antiguo. Pero Francisco Masaller y Albareda, coronel de Artillería, tiene sesenta años, y después de lo que escucha (o le dicen) de Alzugaray y Silvestre Duarte, su moral se desploma. Queda anonadado. Se autoexcluye. Y será el coronel Gerardo Sánchez Monje —cuyo hijo Enrique acaba de despedirse de él— quien, en un arranque que le honrará, tomará el mando esa noche en la plaza. Su decisión le costará ser encausado, lo mismo que Masaller.[147]

---

[142] AGMS, 1ª Sección, Leg. M-150.
[143] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 15.
[144] Manuel Fernández Duarte Silvestre había nacido el 16 de mayo de 1901. *Anuario Militar, 1926* (pág. 372). En ese año era teniente, y estaba destinado en la Escuela Central de Tiro.
[145] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 15.
[146] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 415.
[147] *Ibídem,* pág. 387.

Sánchez Monje envía un telegrama al Ministerio de la Guerra en el que confirma el trágico fin de Silvestre. En Buenavista no está el ministro, y es el incansable Lamela quien recibe la devastadora noticia. Lamela se la transmite a Eza, y éste al Rey.

El texto de aquel despacho, que llegó a Madrid a las 17.50 h del 22 de julio, es éste: «Tengo sentimiento participar a V. E. que, según me comunica hijo Comandante General, acaba su padre, General Silvestre, de suicidarse al evacuar campamento Annual.» Lamela reexpide el telegrama a Berenguer, y añade una sugerencia, casi una orden: «Juzgo del todo indispensable y urgentísima presencia en esta plaza por situación dificilísima.»[148]

Horas más tarde, el alto comisario sigue en ruta hacia la capital del Protectorado. Es todavía el 22 de julio. Oscurece en la carretera del Fondak de AM Yedida a Tetuán. Su vehículo de mando sobrepasa las filas de soldados, en columna, camino de Ceuta. De esos momentos y esos soldados, Berenguer, con barroco recuerdo, dirá que tales tropas iban «a reparar las tristezas de una derrota que, si espoleaba su espíritu de sacrificio por la Patria y sus vehementes deseos de vengar la ofensa, en sí mismas llevaban la tristeza de lo ocurrido y carecían de la novedad del triunfo en lo desconocido: de ser soldado y explorador».[149]

A las dos de la madrugada de ese 22 de julio, en Rokba, el teniente coronel Millán Astray ha despertado al comandante Franco, jefe de la 1 Bandera. En pocas frases le ha dicho que el objetivo era llegar a El Fondak, que «hay que sortear» entre las unidades —práctica habitual en casos de emergencia—, y que, de tocarle a él esa suerte, disponía de dos horas para la partida.[150] En el sorteo, la 1 Bandera recibió ese destino: ir a morir la primera. Franco y los suyos se marcharon. Poco después era movilizada la otra Bandera. Los sorteos no bastan.

Aquellos legionarios completarán un esfuerzo asombroso: hacer la etapa Rokba-Fondak en diecisiete horas de extenuante marcha, andando «como autómatas», y, tras dormir tres horas en el suelo —no hay tiempo ni fuerzas para montar las tiendas— seguir camino hasta Tetuán, adonde llegarán a las diez de la mañana del 22 de julio. Andarán casi cien kilómetros en día y medio.[151]

En Tetuán, Berenguer se entera de que a Silvestre le dan por desaparecido, es decir, *por muerto.* Comprende que el ejército está roto, en peligro de desaparecer también, pero no va a manifestar a Eza tales impresiones. Y nada sabe de Navarro.

Navarro, entretanto, está en Drius. No sabe qué hacer. Ha llegado allí a las 17.30 horas. En el campamento se ha encontrado con el caos. El general contempla los despojos de un ejército: los soldados van llegando exhaustos, despeados (incapaces de andar), ansiosos por salvarse a cualquier precio —hasta tres hombres subidos en una acémila—, indiferentes a sus mandos, y no pocos de éstos, a su vez, indiferentes a la condición de sus unidades; todos obsesionados por beber agua hasta hartarse y tumbarse en un rincón. Ahí quedan como idos.

Unos diez minutos después de llegar Navarro, aparece el capitán Lobo, al frente de la guarnición de Ben Tieb. Sus hombres se han salvado todos, pero de los pertrechos, ni uno queda. El humo negro que sube del punto lejano que abandonaron señala el lugar donde antes radicaba el mayor arsenal español en el Rif. De Ben Tieb seguían llegando truenos sordos, signo infalible de la voladura de los depósitos según les iba alcanzando el corredor de llamas dispuesto por Lobo y su gente.

Navarro empleó más de una hora en darse cuenta de la trascendencia de su compromiso. Y en su telegrama de las 18.45 horas manifiesta una dolorosa sorpresa —«encontrado restos tropas procedentes de Annual y posiciones intermedias»; precisa un primer desconcierto —«no tengo noticias concretas de lo ocurrido»—; determina otro —«tampoco sé a ciencia cierta paradero Comandante General»—; expone una realidad que él mismo ve a lo lejos —«me comunican haber evacuado e incendiado Ben Tieb»—, y presenta una hipótesis de salvamento: «Trato de organizar

[148] AFAM, Leg. 442/9. Despacho con n° 8.729 de registro.
[149] Berenguer, D., op. *cit.,* págs. 64 y 65.
[150] Cierva, Ricardo de la, *Francisco Franco. Un siglo de España,* Editora Nacional, Madrid, 1973, pág. 176.
[151] *La Legión Española (cincuenta años de historia).* Obra coordinada por el teniente coronel Antonio Martínez de la Casa. Subinspección de la Legión, Madrid, *1975,* págs. 107-109.

todos los elementos que aquí hay acumulados.»[152] Berenguer, cuando lea este texto de Navarro y lo analice ante Eza, lo definirá como «muy lacónico»[153]. Como suelen ser las grandes tragedias en sus inicios.

Eza termina por localizar al alto comisario, con quien habla, por línea telegráfica, a las 23.15 horas del 22 de julio, para decirle: «Supongo V. E. enterado de todo lo ocurrido en primera línea posiciones Melilla con la catástrofe de Annual.» Es entonces cuando Berenguer menciona a Eza el texto de Navarro desde Drius. Y añade: «Me hago cargo de la gravísima situación creada, que no alcanzo a remediar, por el generoso heroico sacrificio del General Silvestre.» Luego Berenguer le está dando a Eza sus claves personales sobre lo ocurrido: el ejército, derrotado; su general, muerto; el arreglo, imposible; y el desastre, certero. Es verdad, es una catástrofe.

Berenguer debería movilizar su ejército al completo, incluyendo su Fuerza Aérea, y en su lugar solicita a Eza siete compañías. Todas de servicios. Ningún regimiento de línea o de caballería. En la misma conversación, dice al ministro que espera partir «dentro de unas horas» hacia Melilla, pero le previene: «Quedaré incomunicado durante viaje porque único cañonero puedo disponer no tiene radiotelegrafía.»[154] Berenguer no va a ser sorprendido, en alta mar, por un fallo en el sistema de radio del *Almirante Bonifaz.* Sube a ese cañonero consciente de la incomunicación en que va a quedar. Él y todo el Gobierno.

El 22 de julio avanza hacia el ocaso. A Drius siguen llegando supervivientes, «sedientos, cansados y con el ánimo deprimido». El soldado Vicente Garrido Couceiro, natural de La Coruña, encuentra al capitán López Vicente, «que venía en el peor estado». Le ofrece agua. En ese instante aparece el alférez Balseiro, y al descubrir a éste, el capitán le increpa: «Quítese usted de mi vista.» Drius queda sumido en el agotamiento, en los remordimientos. Se monta un servicio de dobles guardias. Y llega la noche, «clarísima de luna»[155]. El capitán Jesús López Vicente y el alférez Alberto Balseiro Gómez serán dados como «desaparecidos» en el desastre que no cesa.[156]

Un general perdido en Drius y un pupitre descerrajado

A las 21.45 horas del 22 de julio se transmite al Ministerio de la Guerra el aviso de una nueva retirada. Es Navarro, quien, tras enumerar una lista de posiciones que teme que se hayan perdido, afirma: «Moral tropa está tan deprimida que no me comprometo operar.» Luego no va a resistir en Drius. Y seguía: «Estimo que sólo la llegada inmediata tropas de refresco en cantidad, bien organizadas, podrían salvar esta crítica situación, lo que sospecho que retirada progresiva tendría que irnos reduciendo a límites más pequeños del territorio ocupado.»[157] El despacho llega a Madrid a las 02.10 h del 23 de julio.

Felipe Navarro y Ceballos Escalera, barón de Casa Davalillos, pertenece a la *élite* del Ejército, la Caballería. Ha nacido en Madrid (21 de julio de 1872), y es hijo del brigadier Carlos Navarro Padilla.[158] Delgado, armado de tupida barba y firme carácter ordenancista, mantiene un trato conciso con sus oficiales y suele mostrarse separado de la tropa. Valiente, no es un general atrevido ni popular, como Silvestre. Conoce su oficio, sin ser un estratega. En el orden personal es sencillo. En la crisis se mostrará alterado mas no humillado, pero quedará retraído, disociado en Arruit de la realidad, actitud que modificará en Axdir, en la brutal e igualitaria cautividad. Las circunstancias van a exigirle afirmarse en Drius, pero será incapaz de verlo, por lo que merecerá duras críticas de Picasso, siendo encausado en el mismo Suplicatorio abierto contra Berenguer.

Navarro, en Drius, sufre un martirio igual al de Silvestre en Annual: retirada o resistencia. Su emplazamiento es muchísimo mejor, pero aunque parece falto de municiones —nada se sabrá del

[152] AFAM, Leg. 442/9. Telegrama n° registro 8.737.
[153] *Ibídem.* Conferencia con Berenguer a las 23.15 h.
[154] *Ibídem.* Conferencia del 22 de julio a las 23.45 h.
[155] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 481.
[156] AJCPL. Annual», listado de bajas y presentados.
[157] AFAM, Leg. 442/9. Telegrama n° 8.741 de registro.
[158] AGMS, 1° Sección, Leg. N-71.

medio millón de cartuchos y los mil disparos de cañón pedidos por Sabaté el 22 de julio—, más lo está de moral en la tropa y en sus oficiales. Tiene una obligación y una devoción. La primera le indica que debe hacerse fuerte allí y a toda costa, tras ordenar a las guarniciones próximas que se concentren en Drius. La segunda le lleva a la salvación del ejército y del territorio.

Y entonces comete su primer gran error: abandonar el mejor campamento del Rif español —en Arruit, la tropa quedará amontonada y será fusilada desde las casas de la Compañía de Colonización—; donde tiene artillería —tres baterías—, y suficientes municiones de cañón y donde tiene agua al alcance de la mano, a treinta metros de los muros de Drius.

Berenguer no imagina una retirada ni tan rápida ni *tan completa.* Desde Tetuán envía a Sánchez Monje, a las 15.05 horas del 23 de julio, un despacho para que se lo reexpida a Navarro y en el que dice a éste: «Aun cuando ignoro situación, encarezco a V. E. conveniencia de concentrar todo esfuerzo de esas tropas por lo menos en la línea Dar Quebdani-Kandussi-Drius-Telatza, en la seguridad de que resistencia no ha de ser forzada.»[159]

Navarro tomará la orden como una imposición insufrible. Y contesta: «Obedezco, pero mañana será tarde», en sombrío anticipo del final de su columna. El telegrama no llega a Berenguer: va ya embarcado en el incomunicado Almirante *Bonifaz.*

Mientras, en Melilla, sucede un hecho pasmoso. López Ruiz cumple una orden y toma otra por su cuenta en la Comandancia General: la primera es, con la llave que recibió de Silvestre, retirar del despacho de éste esos «documentos particulares» de que le habló el general; la segunda, saltar los cerrojos del escritorio de su compañero y secretario de Silvestre, Hernández. Hace tal cosa «por saber contenía en él papeles y otros objetos de carácter particular y privado que podrían ocasionarle disgustos de familia». El comandante asegurará, en 1922, que tomó tan brutal determinación «por ser convenio establecido de antes entre ambos», asegurando «que no contenía (el pupitre) documento alguno oficial ni que afectase al Comandante General»[160].

López Ruiz, presionado en 1922 por Ruiz de la Fuente, diría, en su descargo, que esa violación de correspondencia no afectaba a Silvestre, por cuanto el contenido del escritorio «fue entregado al comandante de Intendencia, señor Ojeda». Como si el hecho de aportar testigos de una violación aminorase la gravedad de ésta. No parece razonable que López Ruiz tomase tan drástica resolución por deudas personales, fuesen de juego, amorosas o de otra índole. La cadena destructiva de pruebas vitales sobre las responsabilidades de 1921 empieza ahí, en el despacho de Silvestre y en ese pupitre de Hernández, descerrajado poco después de la muerte de ambos en los campos de Annual. El comandante volvió a Madrid y fue recibido por Alfonso XIII el 27 de julio —en emotiva audiencia en palacio, que duró hora y media—, y a quien, según sus propias palabras, «con la lealtad que en estos momentos es tan precisa y necesaria, le he dicho la verdad, la verdad escueta, clara, concluyente».[161]

López Ruiz —fusilado en 1936 por las milicias republicanas—nunca explicó cuáles fueron aquellos documentos reservados que el comandante Hernández guardaba en su escritorio, y que él violentó en Melilla la noche del 22 o el 23 de julio de 1921.

El hijo del coronel Morales, tras mencionar «el abandono que el Gobierno demostró» en el panorama de los hechos africanos, situará las responsabilidades respectivas de Silvestre y Berenguer, y de ellos dirá, tan sincero como resuelto: «Ninguno de los dos tenían capacidad para el desempeño de sus respectivos mandos, y la ambición desmesurada de ambos se manifestaba vehemente y noble en Silvestre, y fría, egoísta y solapada en Berenguer.» Hablaba así Gabriel de Morales, que sabía, por su padre y por los escritos de éste, quiénes eran uno y otro.[162]

---

[159] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 57.
[160] *Ibídem,* pág. 16.
[161] *El Sol,* edición del jueves 28 de julio de 1921.
[162] AJCPL. Informe de Gabriel de Morales, pág. 8. Según Teófilo Muro, casado con una hija de Bartolomé de Morales, el coronel guardaba, entre sus «Papeles Reservados», once cartas, escritas a Berenguer en 1920 —19 de marzo, 10 de abril, 6 de junio, 29 de julio, 24 y 28 de agosto, 11 y 27 de octubre, 14 y 22 de noviembre, y 18 de diciembre—, y otras cinco en 1921 -26 de enero, 28 de febrero, 28 de marzo, 26 de abril y 29 de mayo-. Y a Silvestre, estos documentos: Informe del 1 de enero, Memoria del 13 de febrero, Informe del 2 de marzo, Memoria del 19 de julio (todos en 1920), y el famoso Informe del 16 de febrero de 1921.

Vuelve el viejo coronel del ejército muerto

El mismo 22 de julio o muy poco después, Abd el-Krim encuentra, en las rampas del Izzumar, un cuerpo cuyo rostro le es familiar a pesar de las heridas que muestra. Y lo reconoce: es el coronel Morales. Muy impresionado, toma una decisión emocionante y excepcional: avisar a Melilla con el propósito de concertar una cita en la que se entregarían, a sus deudos, los restos del que fuera jefe de la Policía Indígena.

El aviso de Abd el-Krim deja pasmadas a las autoridades españolas que, no obstante, acceden a facilitar el encuentro. El cañonero *Laya* es encargado de cumplir la misión. La cita queda señalada en Sidi Dris. Y en la mañana del martes 3 de agosto, el comandante del cañonero, Javier de Salas, distingue en la playa, con sus prismáticos, «una bandera blanca y otra española, y alrededor muchos moros y algunos soldados prisioneros».[163]

Temeroso de una artimaña rifeña, Salas despacha un bote, pero tripulado sólo por indígenas. No hay trampa alguna, pues allí estaba, en medio del círculo de harqueños, el cadáver de Morales, «despojado de su uniforme». El cuerpo iba vestido «con un traje interior obscuro» y yacía en unas parihuelas «cubierto con una manta». Serán los prisioneros españoles quienes depositen los restos en un ataúd de cinc, «llevado al efecto». El regreso al cañonero es rápido y el *Laya* se dispone a zarpar. En esos instantes, Salas es advertido de que en Sidi Dris «había un cabo y doce soldados, que carecían de tabaco y estaban mal alimentados». Ordena entonces se les envíe «una libra de tabaco por cabeza y algunos comestibles», y, cumplido este humanitario encargo, el cañonero sale a mar abierto, avante toda y rumbo al Este. Los trece prisioneros españoles no se mueven de la playa. Quedan allí hasta que al pequeño barco se lo traga elhorizonte. En Melilla esperan al *Laya* los familiares de Morales y los jefes de la guarnición. Allí están los coroneles Argüelles, Jordana, Masaller y Sánchez Monje. La alta figura del comandante Beigbeder, ayudante de Berenguer, sobresale del bloque de mandos, que preside el general Fresneda, gobernador de la plaza.

Al atracar el *Laya,* una sección de marineros deposita el féretro, envuelto en la bandera nacional, en el piso del muelle. Entonces sucede lo inesperado: el impresionante silencio es roto por el capitán de navío Bartolomé de Morales, que quiere comprobar si los despojos que allí vienen son los de su hermano. Hay un momento de confusión, pero el solicitante está en su derecho y la petición es atendida. «Se destapó el féretro» apareciendo el rostro del coronel, desfigurado por «extensa herida»[164]. Pese a la brutal lesión, Bartolomé reconoce a Gabriel. Su emoción es tal que no puede ni llorar. El ataúd vuelve a cerrarse y el cortejo parte hacia el cementerio. En el Panteón de los Héroes, el gentío aguarda, expectante y respetuoso al único jefe que devolvía el enemigo. El viejo coronel del ejército muerto.

Annual, la batalla de las cifras

¿Cuántos eran los españoles de Annual? Ni los «sesenta mil» que es una fantástica cifra alzada por la mitología marroquí —y todavía hoy mantenida —, ni los «veinte mil» que, en otra manifiesta imposibilidad, también se señala por algunos.[165]

A los combates reales en el Rif, sucederán la lucha de las responsabilidades y la batalla de las cifras. Aún hoy prosigue esta última. Cuando el Congreso entre en materia y en una de sus sesiones más tumultuosas —la del 27 de octubre de 1921—, se asegure, por Eza, que el total de efectivos

---

[163] *ABC,* edición del miércoles 3 de agosto de 1921.

[164] *Ibídem.*

[165] Gharbaoui, El, Ahmed, *Enseignements de la guerre populaire anti-colonialiste du Rif,* Editions Al-Bayane, ¿Rabat?, *1975,* pág. 21, quien, al relatar *la batalla* de Annual, dirá: *«Les 5.000 Rifains établissent un siége autour de 20.000 espagnols fortement armés.»* El auto; al hablar de Silvestre, llega a decir que había luchado en la *«guerre carliste»* (con cinco años se supone, pues nació en 1871 y tal contienda terminó en 1876), diciendo también que Silvestre participó en *«la guerre des Philippines»,* lugar donde jamás estuvo el general (pág. 19).

españoles en la Comandancia de Melilla, en julio, era de «25.790»; Prieto, con otros estadillos en la mano, unidad por unidad, le replicará que eran «24.322», y al deducir de éstos las bajas (13.192), y de éstas, a su vez, los indígenas (4.524), resultará una diferencia de 8.668. Que venían a ser bajas definitivas en su inmensa mayoría. Por eso Prieto diría entonces que «han de tener la Cámara y el país la sensación de que hay 8.000 muertos»[166].

Esta cifra es la que ha permanecido hasta la fecha como la más fiable. Pero en la documentación particular del general Picasso aparece un estadillo, manuscrito, de la Comandancia General de Melilla, que aporta otros datos. A 22 de julio, el día fatal y el que interesa para esta cuestión, los efectivos disponibles en el territorio eran 19.923. Ésos eran los hombres.

De ellos, 4.678 eran indígenas. Por consiguiente, 15.245 los españoles. De éstos, 1.830 estaban acantonados en la plaza. El resto, operaba en columnas o se hallaba en destacamentos fijos. Descontando los enfermos y convalecientes de heridas —es lícito suponer que hubiese no menos de cuatrocientos—, salen trece mil.

Si a éstos les restamos la cifra consolidada de prisioneros militares en Annual y Axdir (439); los que se parapetaron en Melilla, los dos Peñones y las Chafarinas (unos 2.100); los rendidos en Nador y devueltos a las líneas españolas (156); y los que pudieron esconderse en las cábilas y fueron llegando en meses posteriores (387, hasta mayo de 1922), la diferencia son los «desaparecidos». Unos diez mil. Y de éstos, muertos la casi totalidad.

Aquel 22 de julio de 1921 había en Annual 5.379 efectivos (194 oficiales y 5.185 soldados y clases). Más veinte cañones (cinco baterías) y 1.786 cabezas de ganado. Son las cifras estudiadas y revisadas por Picasso, y son las definitivas.[167]

Sólo dos autores —Caballero Poveda y Domínguez Llosa— supieron descender de las fantasías que se acumularían, con posterioridad a los hechos, hasta situarse en cifras verosímiles.[168] El cerco sobre Igueriben, y la ofensiva rifeña sobre la línea del frente, había llevado a Silvestre a movilizar todas sus fuerzas, y, en su desesperada rebatiña de efectivos, tan sólo había conseguido reunir ese pequeño cuerpo militar. Una columna.

Sumando a los 5.379 de Annual los 1.381 hombres situados en Drius; más los 998 de Araújo en Dar Quebdani; los 970 de García Esteban en Zoco el Telatza, y los 604 de Romero Orrego en Cheif, el total llegaba a 9.133 hombres.[169] Ésa era toda la masa de maniobra del ejército español en el Rif. Menos de cuatro mil hombres se sumaban a ellos repartidos por cerros y páramos, faltos de medios y órdenes. Todos estaban condenados, pero muchos resistieron.

---

[166] DSCD. Sesión del 27 de octubre de 1921, pág. 3.820.

[167] AJCPL. «Situación el día 22 de julio» en la Circunscripción de Annual. Listado por unidades.

[168] Caballero Poveda, Fernando, comandante, en «Marruecos: la campaña del. 21. Cifras reales (I y II)», en *Ejército.* El autor habla de 5.252 hombres en Annual y de 14.641 como «combatientes» (incluyendo los indígenas) en el conjunto del ejército de Silvestre. Domínguez Llosa, en la carta que dirigió al autor el 9 de mayo de 1997, cifra en «unos 12.000» los efectivos reales, dada la enormidad de los listados falseados.

[169] AJCPL. Listados «Posición Dar Quebdani», «Posición Zoco el Telatza» y «Posición Cheif» a 22 de julio de 1921.



Visita del vizconde de Eza a Marruecos (julio de 1920). Tras un banquete en su honor, sentados en la tercera fila, se identifican: Berenguer (apoyado en un bastón); Eza (con un sombrero en la mano); a su izquierda, Silvestre y, a la izquierda de éste, el general Monteverde. Fotografía de autor anónimo. Colección documental del autor.



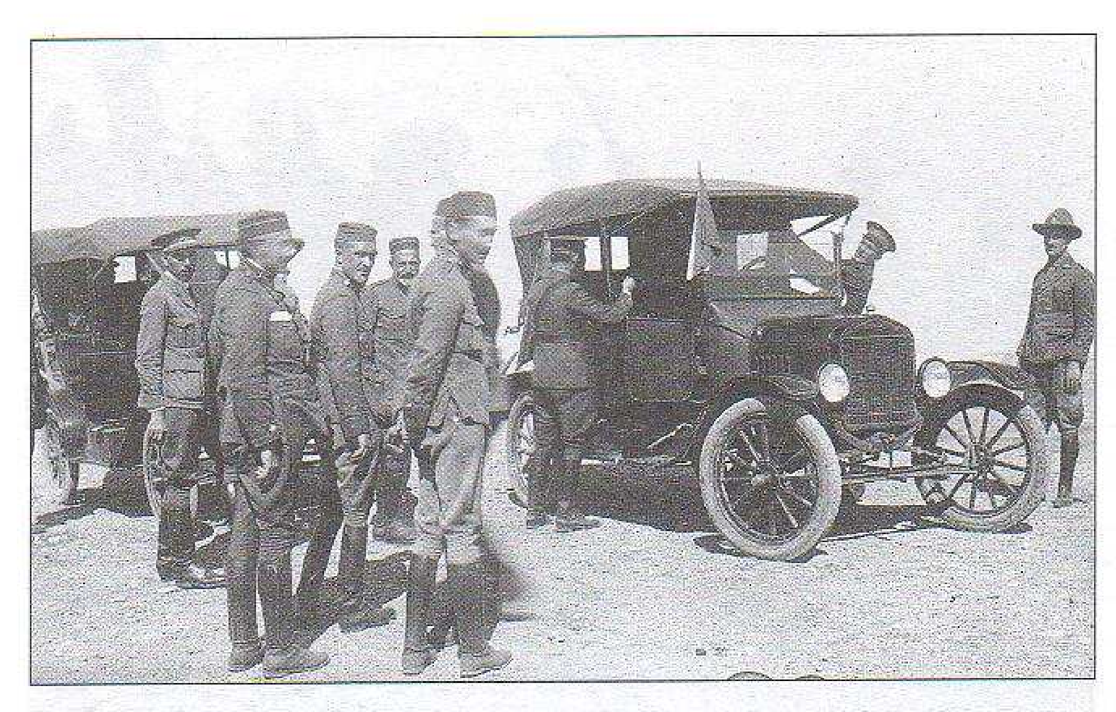
El comandante general de Melilla, Silvestre, en conversación con el jefe de Alcántara, coronel Manella (de espaldas), tras una revista al regimiento Alcántara, en Segangan, mayo o junio de 1921. Fotografía de autor anónimo. Cedida por la familia Manella.



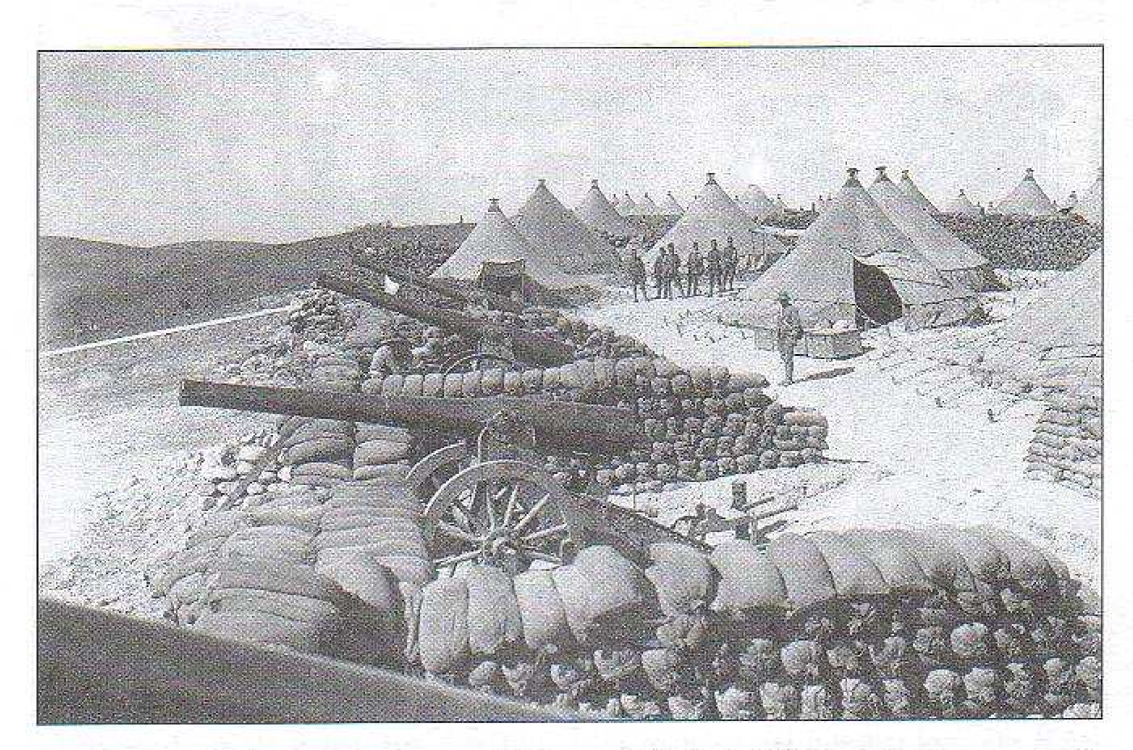
Los generales Silvestre (de espaldas, su mano diestra apoyada en la cintura), Navarro (con las manos en los bolsillos), y Barrera (de perfil), en el área de Ben-Tieb-Annual, 1921. Fotografía de autor anónimo. Colección documental del autor.



El coronel Morales (de espaldas) en conversación con el alto comisario, Berenguer, durante el viaje de éste a la zona de Drius-Annual (abril de 1921). Fotografía de autor anónimo. Cedida por Carmen Ormaeche de Morales.



Grupo de oficiales sin identificar junto a dos automóviles de mando o «coches rápidos» (Ford de 20 HP). Fotografía de autor anónimo, 1921. Colección documental del autor.



Batería en posición, campamento de Zoco el Hach (Melilla), en la que resultaría ser la última línea de defensa española tras el desastre de Annual. Fotografía de «Lázaro» (capitán), agosto-septiembre de 1921. Colección documental del autor.



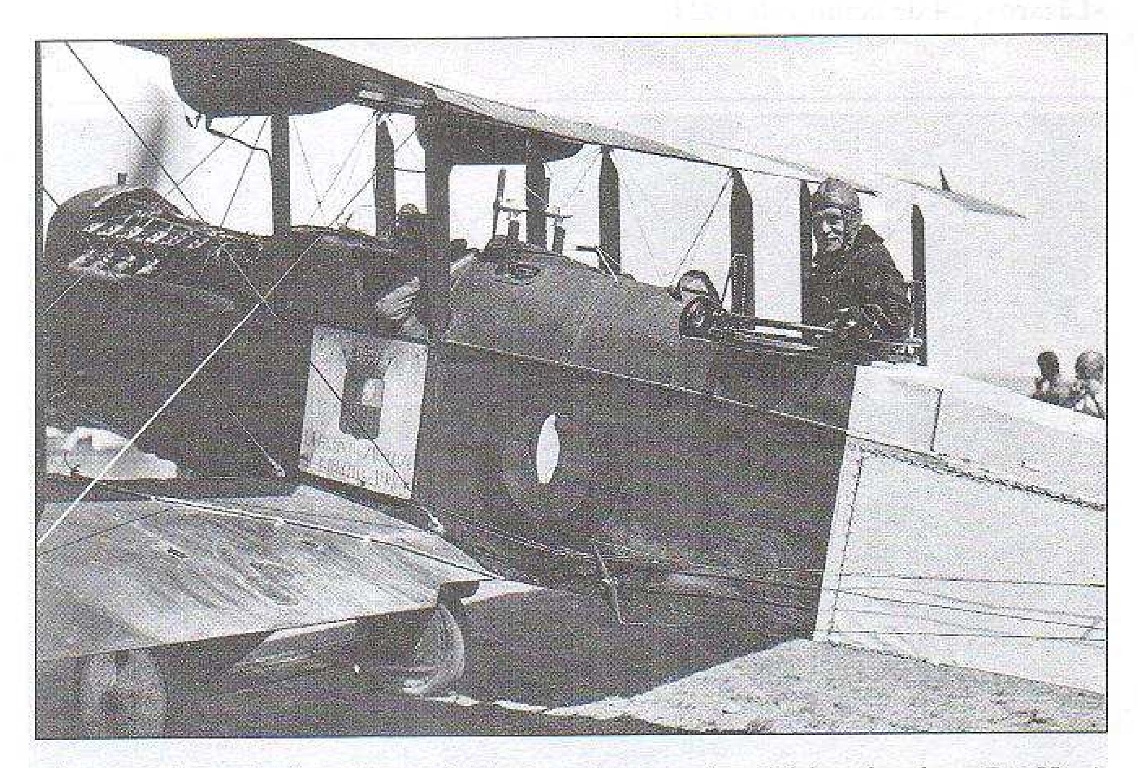
Oficiales y soldados tras la toma de la meseta de Haxdú (en el Gurugú) y la captura de cañones que bombardeaban Melilla, el 10 de octubre de 1921. Fotografía de «Lázaro». Colección documental del autor.



El alto comisario, Berenguer, brinda con sus oficiales —el coronel Jordana Souza aparece a su derecha—, tras concluir una victoriosa contraofensiva en el territorio de Melilla. Fotografía de «Lázaro», 1921. Colección documental del autor.



Vista de la derruida «fábrica de harinas», en Nador, donde se hicieron fuertes los guardias civiles que mandaba el teniente Fresno, tras la reconquista de la población (17 de septiembre de 1921). Fotografía de autor desconocido. Colección documental del autor.



El comandante de Ingenieros, Soriano, a los mandos del bombardero *De Havilland*, adquirido por suscripción pública de la ciudad de Zaragoza, cuyo escudo aparece en el costado de babor. Fotografía de «Lázaro», 1921. Colección documental del autor.



Berenguer (con un pañuelo en la nariz) recorre las ruinas de la enfermería de Arruit, donde fueron asesinados 107 heridos españoles. Fotografía tal vez de «Lázaro», 24 de octubre de 1921.



Soldados de los Equipos de Higienización, bajo la mirada de los «Hermanos de la Doctrina Cristiana», recogen los restos de españoles hallados en los alrededores de Arruit. Fotografía de «Lázaro», octubre de 1921. Colección documental del autor.



Un oficial de la columna Cabanellas se inclina ante los restos de españoles en la cuesta de Arruit. Fotografía de «Alfonso» (Alfonso Sánchez Portela), 24 de octubre de 1921.



Los jefes de la tribu de Beni Bu Ifrur, entregan sus armas al coronel Riquelme. Fotografía de «Lázaro», campaña de 1921-22. Colección documental del autor.



Grupo de periodistas y militares españoles celebran, jubilosos, la toma del Gurugú. Fotografía de autor anónimo, tomada el 10 de octubre de 1921.



Familias rifeñas, de una tribu sin identificar (¿Beni Bu Yahi?), marchan a someterse a las autoridades españolas en Melilla. Fotografía de José M.ª Casariego, invierno de 1922.

Capítulo VI

Los tres mil de Arruit y otros muchos

El Gobierno intuye la verdad africana pero *disimula*

Desde Burgos, Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia habían marchado a San Sebastián, para coincidir allí con el cumpleaños de la reina. María Cristina, que lo celebraba el jueves 21 de julio. Y será en la ciudad donostiarra donde recibirán, en la tarde del 22, los primeros avisos de la tragedia española en Marruecos. A Silvestre se le da por muerto y al ejército, perdido. Alfonso XIII pide que le preparen el tren. Cualquiera.

Eza se encontraba también en San Sebastián, en ruta hacia la frontera francesa, donde pensaba recoger a una hija suya que regresaba a España desde «un colegio en Londres». Y allí, en la estación, «el general Querol entregó al ministro de la Guerra un telegrama del subsecretario de dicho departamento, transmitiéndole otro del Alto Comisario, en el que le participa el nuevo avance (i!) efectuado por nuestras tropas en Marruecos y la ocupación de nuevas posiciones»[1]. Es la una de la tarde del 22 de julio y tras Eza van los agobios del desastre, aunque la autocensura del principal diario monárquico presente los hechos justo al revés. En esas horas llega a San Sebastián, «en el rápido» de Madrid, el presidente del Congreso, José Sánchez Guerra. El jefe del partido conservador se ve rodeado por los periodistas y sólo acierta a decir: «Pues no sé nada.» Pero al informársele sobre «el viaje del Rey» a la capital, Sánchez Guerra vacila, y confiesa, críptico: «Debe ser algo del otro lado.»[2]

La confirmación de un desastre militar está ahí, pues *el otro lado* es Marruecos. En Madrid circulan «rumores alarmantes» que hablan de una Melilla «evacuada».

Eza «regresa precipitadamente», mientras el monarca, «que no tenía propósito de venir ahora a la Corte, toma inopinadamente el expreso de la noche para llegar a Madrid en las primeras horas de hoy»[3]. A la espera del Rey y de Eza, y con los ministros que encuentra —el Gabinete está en dispersión por las vacaciones—, Allendesalazar reúne un ansioso consejillo que nada resuelve.

Alfonso XIII llega a la estación del Norte (de Príncipe Pío) a las 09.50 horas del 23 de julio: Le recibe el Gobierno en pleno, pues aquellos componentes del mismo que no han podido asistir a la reunión con Allendesalazar han sido citados en la estación. Todos van a palacio y allí tiene lugar el Consejo de Ministros. Cuando finaliza, Eza afirma, ante una avalancha de periodistas, que «ni el general Navarro ni yo tenemos noticias del señor Fernández Silvestre». Después, el ministro se atreve a afirmar, rotundo: «Sigo en comunicación con el general Navarro», cuando el segundo jefe de la Comandancia de Melilla ni siquiera puede comunicar con la plaza, pues lucha por llegar a Batel.

Los informadores de prensa acosan a Eza para que diga cuanto sabe sobre lo que haya podido sucederle al general Silvestre. Eza responde con evasivas evidentes e inútiles, pero la tragedia queda confirmada por vía indirecta: «Por el gesto que hicieron algunos ministros, los periodistas comprobamos que el rumor tenía, por desgracia, fundamento.» Aún queda pendiente la comparecencia del presidente del Consejo.

Manuel Allendesalazar, de sesenta y cinco años, representa muchos más en esos momentos. El político liberal está roto por la ansiedad. Y cuando intenta transmitir tranquilidad al país, desliza

[1] *ABC,* edición del viernes 22 de julio de 1921.
[2] *El Sol,* edición del sábado 23 de julio de 1921.
[3] *Ibídem.*

una frase de este porte: «Esto es muy lamentable; pero ya verán ustedes cómo se arregla rápidamente.» En la redacción de *El Sol* no esperan más y sus linotipistas componen, a cuatro columnas, el que será el titular más contundente del día: «Muerte del general Fernández Silvestre.»[4] ABC dará también por muerto al comandante general de Melilla, pero, en un gran subtítulo, insistirá en una ilusión: «La posición de Annual cercada por la jarka de los Beni Urriaguel.»[5]

Columna de Cheif: el coronel sale el último de todos

Ese mismo sábado 23, con los alrededores de Annual convertidos en un degolladero, la marea rifeña ha barrido todo el frente. A pesar de ello, aún quedaban importantes fuerzas intactas. Eran tres: la columna de Araújo en Dar Quebdani; la que se encontraba acantonada en Zoco el Telatza al mando de García Esteban; y el contingente asentado en Cheif. La primera cubría el flanco derecho de Silvestre por la costa; la segunda, el izquierdo por el interior; y la tercera el mismo lado, pero en vanguardia.

Eran unos dos mil quinientos hombres (en la cabecera de los tres campamentos), muchos para las mutiladas posibilidades de la España de Navarro. Las tres columnas se perderán.

Cheif está en el llamado *boquete* de Midar, sobre la margen izquierda del Kert, en el corazón de los Beni Tuzin. La posición acogía a la llamada «columna móvil del regimiento de Melilla», cinco compañías —una de ametralladoras—, más el tren regimental. En total, 604 hombres (19 oficiales y 585 clases y soldados), al mando del teniente coronel Romero.[6] La guarnición se asentaba en un emplazamiento carente de agua, disparate que, una vez más, pasmará a Picasso. La absurda elección obligaba a la tropa a traer el agua de Drius, «distante siete kilómetros», o de la más próxima pero más inaccesible Buhafora, mientras que el ganado tenía que «abrevar en el Kert, a unos tres kilómetros». Todo ello redundaba en una criminal disposición, «en cuanto a las mermas que, en los efectivos, producían el paludismo y, sobre todo, las enfermedades de la piel, debidas a la suciedad»[7].

A las cuatro y cuarto de la mañana del 23 de julio avisan a Romero. El teniente coronel ha visto arder los montes y ha escuchado las sordas luchas de Buhafora e Intermedia A. Con alivio, Romero lee el telefonema de Navarro. Orden de repliegue sobre Drius. Romero ordena inutilizar las dos piezas Schneider y preparar la evacuación. Los avisos a otras posiciones se suceden: Ain Kert, Azib de Midar, Azrú, Hamuda, Isen Lasen.

José Romero Orrego tiene cincuenta y tres años y aún se encuentra ágil. Debe cubrir veintiún kilómetros hasta Drius en «movimiento excéntrico, peligroso», como dirá Picasso. Y comete un único y fatal error en su afán —que luego repetirá Navarro— de no dejar nada en poder del enemigo. Manda incendiar los depósitos. El negro y altísimo penachón de humo se eleva como una bandera de guerra sobre las abiertas tierras de Cheif. Alertados, los rifeños acuden en masa. Y la columna, que «salió en buen orden», se atropella al ser tiroteada y entra en letal dislocamiento.[8] La marcha se convierte en una huida. El teniente coronel queda, muy valiente, de los últimos, defendido por su escolta, intentando proteger la marcha de los suyos. Nadie le volverá a ver con vida.

Navarro, desde Drius, ha intuido el drama, y manda hacia el horizonte de Cheif a los jinetes de Alcántara, con la intención de facilitar la retirada. Sólo así se evita la matanza. A pesar de ello, el recuento arrojará 124 bajas. Pero la gente de Cheif no ha llegado a un lugar de salvación. En Drius se está preparando otra salida. Desesperada.

En menos de cinco horas, los supervivientes de Cheif van a conocer dos retiradas a vida o muerte, cruzando todo el territorio sublevado hasta Melilla. Muy pocos lo lograrán. El 24 de julio, a

[4] *El Sol,* edición del domingo 24 de julio de 1921.
[5] *ABC*, edición del domingo 24 dé julio de 1921.
[6] AJCPL. «Posición de Cheif» a 22 de julio de 1921.
[7] *Documentos...* (Expediente Picasso), págs. 139 y 140.
[8] *Ibídem,* pág. 350.

las 09.30 horas, el capitán Félix Almansa Díaz realizará, ya en la plaza, nuevo cómputo de hombres y material. El segundo es tan rápido como desolador: una ametralladora, cuatro mosquetones, tres fusiles y cinco mulos. El primero ha sido aún peor: seis oficiales, tres cabos y veintiocho soldados: 37 de 604.[9] El 94 por ciento de pérdidas. La columna de Romero ha sido aniquilada.

Las singulares estrategias del coronel Araújo

En dirección a Melilla, siguiendo el reborde montañoso donde se asienta la cábila de los Beni Said, no lejos de la orilla izquierda del Kert, se encontraba Kandussi. Allí se había concentrado la columna de Araújo, antes de salir para Quebdani. Si seguía las órdenes de Silvestre, Araújo podría cubrir dos objetivos esenciales: llegar hasta la desembocadura del Salah, para instalar allí un campo atrincherado, o desviarse hacia el Izzumar, cubriendo las espaldas de Annual. En Kandussi quedaron ochenta y ocho hombres de guarnición, con importantes depósitos de material.

Silverio Araújo Torres no es un jefe de guerra, sino un jefe de despacho que, como tantos de sus compañeros, vive en Melilla. No hace ni veinticuatro horas que ha tomado el mando de cerca de un millar de hombres, puesto que, a las cinco compañías —cuatro de fusiles y una de ametralladoras— que lleva consigo, suma las tres de guarnición en Kandussi, bajo el mando del comandante Sanz Gracia, y a las que añade efectivos de otras Armas y una batería.[10] Silvestre ha recurrido a él para que salve Annual y salve al ejército. Tal acumulación de responsabilidades le destruirá.

Araújo tiene cincuenta y siete años y, aunque está sano de cuerpo —será de los más resistentes en la cautividad de dieciocho meses que le aguarda en Axdir—, su ánimo no está preparado para tan repentina y drástica movilización.[11] Tras lo ocurrido en Annual, que conoce por escapados y telefonemas, ha quedado sin órdenes de quien más confiaba, y tan lejos de Drius como de Melilla. Esa suspensión en un vacío estratégico arruinará su temple. Antes de que empiece la lucha, que presiente de exterminio, piensa en su hijo, el capitán Eduardo Araújo Soler, de treinta y tres años.[12]

Araújo sabe que Navarro está en Drius. Sin embargo, deja pasar todo el día 22 sin tomar decisión alguna. Mientras, a su campamento llegan angustiosos avisos de posiciones atacadas, posiciones cercadas, posiciones que no responden. Más las «peticiones apremiantes de auxilio a otras posiciones», que Araújo no atenderá.[13] Por la noche, el Rif arde en decenas de puntos. Araújo queda paralizado. Por cada hora que pierde, se le escapan oportunidades de maniobra y las vidas de su gente. Picasso lo resumiría así: «La situación, pues, estaba bien clara: o hacer rápidamente la concentración sobre el Kert (para formar segunda línea de defensa en el río), o sostenerse e imponerse, cuanto antes, con la fuerza que se tenía, que parece que había de ser suficiente. No se hizo ni una ni otra cosa.».[14]

Al día siguiente, sábado 23, Araújo decide pedir instrucciones a Navarro. Las líneas telefónicas con Drius no están cortadas, pero hace caso omiso de esa favorable situación y decide que la búsqueda de esas órdenes la lleven a cabo dos oficiales: Alfonso Fernández Martínez, el comandante al que Silvestre desveló su plan de retirada, y su propio ayudante, su hijo Eduardo. Los dos parten hacia Drius en un *coche rápido.*

Por la pista de Kandussi-Buxada-Dar Azujag, el Ford de Fernández y Araújo invierte sólo una hora en alcanzar Drius. Son las diez de la mañana. Ambos oficiales piden reunirse con quien es ya la máxima autoridad en el territorio de Melilla. Los dos hombres van a conferenciar «una hora con el general Navarro»[15]. En los patios de Drius se alinean los restos de la columna de Annual y la de

---

[9] *Ibídem,* pág. 595.
[10] *Historia de las campañas...,* tomo III, pág. 466.
[11] El Expediente del coronel Araújo, el A-1993, no ha aparecido en el AGMS.
[12] AGMS, 1ª Sección, Leg. A-2077.
[13] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 355.
[14] *Ibídem.*
[15] AGMS, 1a Sección, Leg. A-2077. Expediente Personal del comandante A. Fernández Martínez, y dictamen, en su contra, por «delito de negligencia», del Tribunal que le encausó a él y al capitán Araújo por los hechos ocurridos el 23 de julio de 1921.

Cheif, que acaba de llegar, reventada.

Navarro indica a los oficiales de Araújo lo que procede, la retirada de su columna hacia Kandussi. La orden, de por sí evidente, es transmitida a Dar Quebdani por el canal más rápido: el teléfono, que sigue funcionando. Ambos oficiales vuelven repitiendo un viaje que se podían haber ahorrado. Su coronel tiene ya la orden que buscaba. Pero no hará nada.

Fernández Martínez y Araújo reciben avisos de que el camino por Buxada hacia Quebdani está cortado, pues el jefe rifeño Buharray se ha apoderado de aquella posición. En consecuencia, deciden llegar hasta Batel y, desde allí, girar hacia el Oeste para alcanzar Kandussi. En Batel, y por fuente tan fiable como «el soldado cartero», ambos oficiales reciben nuevas noticias de la sublevación, según las cuales, «no les dejaban ir a Kandussi». Encuentran allí al coronel Jiménez Arroyo, recién llegado de Melilla, y le piden fuerzas de protección. Jiménez Arroyo les responde con una obvia negativa «por la escasez de soldados». Fernández y Araújo llaman por teléfono a su base. Y sucede lo que obligará al encausamiento de ambos: que «después de hablar los procesados con Quebdani, decidieron continuar a la Plaza, no sin antes ofrecer ambos sus servicios al referido coronel Jiménez Arroyo, y contando para dicho regreso el capitán Araújo con la venia de su jefe (su padre), dada por teléfono, y el comandante Fernández con la autorización de dicho coronel».

El comandante Fernández Martínez y el capitán Araújo salvarán la vida y la carrera militar pues el Consejo de Guerra dictaminará una sentencia magnánima para ambos —«Un año de prisión militar correccional con la accesoria de suspensión de empleo durante el tiempo de la condena»—, que el juez instructor, el auditor de división, José María de Sentmenat y Fontcuberta, ratificará en Melilla el 30 de mayo de 1923.[16]

La salida de Drius y el foso del Igan

Cuando Picasso reúna los datos sobre el abandono de Drius, precisará, en uno de sus planos —imprescindibles para conocer lo sucedido en el Rif de 1921—, las características de esta posición clave: dos núcleos defensivos —el campamento *sensu stricto* a la izquierda; y el hospital, con los almacenes, hornos para el pan y cocinas, a la derecha, divididos por la pista que lleva a Ben Tieb. La separación entre ambos núcleos es de setecientos metros. Sólo con fuego de fusil ya resultaba aquél un espacio infranqueable.

Navarro cuenta con tres baterías: la 1ª y 5ª de Montaña (capitanes Rubio y Blanco); la llamada «eventual» del teniente Ayala; un cañón que ha salvado el capitán Ruano de su batería (la 3a de Montaña), y otras dos piezas Schneider, que se guardaban en los almacenes de Drius y de las que se hace cargo el teniente Enrile y López de Morla. En total, unos 13-15 cañones, una masa de fuego importante servida por 489 hombres, que disponen de 225 caballerías. El jefe de esta artillería, el comandante Écija, ha cedido su mando al de igual rango, Marquerie.

A las cuatro de la madrugada del 23 de julio, Navarro llama al comandante Eduardo Armijo García, de Intendencia, para consultarle qué hacer: seguir en Drius o salir. Armijo, «como opinión personal», da a su superior «la de mantenerse allí». Sus razones son la mayor capacidad del campamento, el «disponer de aguada y la gran cantidad de municiones existente»[17]. No cabe esperar de Armijo, como profesional en la materia, que considere sólo «cincuenta mil cartuchos» —la cifra que pasará a la historiografía de este drama—una «gran cantidad de municiones». Todo esto sin incluir el pedido urgente de Sabaté a Dolz —medio millón de cartuchos de fusil, mil proyectiles de cañón—, aunque aquí cabe la posibilidad de que este último se perdiera en las pistas hacia Ben Tieb, pues se conocen informes de un gran convoy de cuatrocientos camellos que se desbandó el mismo 22 de julio.

Drius es un bastión con garantías, lo contrario de Arruit. Pérez Ortiz, que ha dirigido las obras del campamento, lo estima tan apropiado para la defensa como para afirmar: «Con su próxima y fácil aguada reforzando la avanzada Hamán (cerca del Kert), me estimo fuerte para resistir meses

[16] *Ibídem.*
[17] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 156.

enteros. A depender de mí, allí nos hubiéramos quedado.».[18]

Ya en la noche de ese 22 de julio, y cuando Navarro preguntó a sus oficiales con qué fuerzas contaba, Pérez Ortiz le había entregado en un papel la respuesta: 1.624 hombres presentes (columnas de Annual y Drius). Al día siguiente, con los llegados de Cheif y de otras posiciones, sumarán mil más. Tras hablar con Armijo, Navarro, conocedor de la opinión de Pérez Ortiz y más convencido de sus posibilidades, ordena suspender la evacuación.

Drius gana en opciones defensivas lo que pierde en bríos morales. El comandante Andrés Fernández Mulero, jefe de los Servicios de Automóviles y Radiotelegrafía, ha presenciado cómo los *coches rápidos* se iban todos a Melilla. En ellos marchan oficiales, «unos heridos, otros enfermos, y otros que se supone estarían autorizados por el general para regresar a la plaza»[19]. La desmoralización no ha cesado desde Annual, y las imprudencias tampoco. A primera hora de la tarde del 22 de julio, Armijo ha visto al capitán Carrasco, de la Policía, llegado de los primeros a Drius «en un rápido con varias personas», referir lo ocurrido en Annual «con falta de discreción y a oídos de la tropa», por lo que había tenido que advertir al citado capitán «la conveniencia de reportarse, para no deprimir la moral de aquélla»[20].

Al amanecer, una escena conmovedora despierta a Drius. Los trece trompetas de Alcántara tocan diana formados en corro. Los supervivientes de Annual les observan entre admirados y animados. Detrás de esa liturgia castrense surge una esperanza. La caballería va a formar en los flancos, protegiéndoles. Sólo uno de esos trompetas, y herido, logrará salvar la vida.

Llega el mediodía del 23 de julio. En un ángulo del campamento, Pérez Ortiz arenga a sus hombres, asegurándoles que «no se abandonará Drius». En ese instante llega Navarro y le dice, seco y terminante, «que las circunstancias exigían el abandono de la posición»[21]. Conociendo el genio del teniente coronel, cabe suponer un enfrentamiento verbal con su general, aunque Pérez prescindirá de estos hechos en sus memorias. La oficialidad de San Fernando queda confusa, y su jefe, ofendido.

El anuncio del abandono de Drius desata todas las ansias. Grupos de soldados heridos de levedad, o sin herida alguna, asaltan los camiones. Hasta setenta hombres se subirán a algunos de ellos que, bajo tan tremendo peso, volcarán o quedarán inutilizados pocos kilómetros después, al romperse sus ballestas. La fila de vehículos se fragmenta: los que quedan averiados, sufrirán el instantáneo asalto de los rifeños; de los que continúan, varios pasarán de largo ante los dramas con los que van a cruzarse.

En una de las raras ambulancias en servicio va el teniente Ismael Ríos García, que había llegado herido a Drius procedente de Cheif. Sobrecargada, la ambulancia se avería y queda detenida. De inmediato se produce la avalancha rifeña. Los chóferes son tiroteados y los heridos acuchillados. Tras un frenético saqueo de los cadáveres, los asaltantes se retiran. Ríos, confundido entre los muertos, aprovecha para hacer acopio de fuerzas y pedir auxilio.

Ríos lleva encima «veintiocho heridas de gumía», el uniforme en jirones y sangre por todas partes. Plantado en medio de la pista, «con los brazos abiertos y haciendo señales para que lo recogieran», intenta detener el tráfico. Nadie se detiene ante la espeluznante imagen. Y pasará primero «un automóvil y luego un camión», que «no le hicieron caso, continuando a la misma velocidad». Desesperado, está a punto de desistir cuando «otro camión, que pasó después, aunque no paró, acortó la marcha y pudo el oficial colgarse a él, cogiéndolo los ocupantes». El teniente Ríos logrará llegar a Tistutin y de ahí a Melilla.[22]

En Drius, la salida se organiza en cuatro bloques: los primeros, una compañía de Ceriñola; después, los 252 heridos que restan, con algunos carros de municiones y más soldados de Ceriñola; luego la artillería y, por último, las fuerzas de San Fernando, que forman la retaguardia. En total,

---

[18] Pérez Ortiz, E., *op. cit.,* pág. 30.
[19] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 479.
[20] *Ibídem,* pág. 484.
[21] *Ibídem,* págs. 156 y 157.
[22] AJCPL. El teniente Ríos García presentará escrito de denuncia -el 26 de agosto de 1921-, por estos hechos, y ante el equipo de auditores del general Picasso. Sin resultado conocido.

2.666 hombres, con las baterías, 91 caballos y 193 mulos.[23] Tienen por delante veinte kilómetros hasta Tistutin.

Hasta el ferrocarril. Muchos no llegarán a verlo, les espera el foso del Igan.

Navarro ha dado orden de quemarlo todo. La misma orden de Romero en Cheif. Y a mismo error, mismo desastre. Los rifeños, sorprendidos por la retirada española a esa hora —la una de la tarde—, empiezan a descolgarse de los montes vecinos hacia la posición, de la que se elevan negras columnas de humo. Todavía está Navarro en Drius, con una pequeña escolta y su fiel chófer, el sargento Melón, al volante de su vehículo de mando.

Camino adelante, la columna va deprisa. El peligro azuza a la gente, y su velocidad, pese al agotamiento, se incrementa. De pronto, el encuentro con los camiones que salieron con los heridos. Están deshechos, algunos incendiados, otros volcados en las cunetas. Sus ocupantes han sido reventados, igual que los vehículos. Todo el ritual rifeño del horror está allí, consumado y a la vista.

En Drius, Navarro hace una señal a Melón. Hay que salir.

El sargento imprime velocidad al coche para alcanzar la columna. Para hacerlo «tiene que saltar por encima de cadáveres y piedras, que interceptaban la carretera»[24]. Melón relatará estos hechos al comandante Fernández Mulero, que se ha salvado con algunos de los camiones bajo su mando y logra llegar a Arruit a las cinco de la tarde. Muy detrás de él, la columna prosigue su avance. Está rota y con la insubordinación en su seno. La causa ha sido una orden de Navarro, al comprobar que la gente pasaba de largo ante la matanza ocurrida en la pista.

Indignado, Navarro ordena que se recojan los cuerpos y se carguen «en los mulos y armones». Los soldados —y no pocos oficiales— se miran entre sí sin comprender. Son las tres de la tarde y su general quiere que hagan no de enterradores, sino de porteadores de cadáveres hasta Batel, aún distante unos diez kilómetros. Comienza una «resistencia pasiva». Navarro, fuera de sí, advierte «que mientras quedara un cadáver no pasaría la columna». Requiere a sus oficiales para que le presten ayuda. Pistola en mano, capitanes y tenientes obligan a la tropa a cargar los muertos. Y ocurre lo inevitable, pues «llegó un momento en que los mulos no pudieron con más, por lo que los heridos los tiraban al suelo para montarse ellos»[25].

Sumida en plena desorganización moral, la columna encuentra un tajo que corta su paso: el cauce del Igan.

Los rifeños están aguardando a los españoles. Sus descargas cerradas desbaratan las filas. Navarro ordena que siga el avance. Peroni tiene tropa ni parece tener mandos. El general insiste. El capitán Saínz, de su Estado Mayor, forma, a gritos, unas pocas guerrillas. Los soldados se agrupan, disparan contra los rifeños, pero son una minoría. La tropa se niega a participar en su propia defensa. Los soldados, a gritos a su vez, dicen a su general «que fueran con ellos sus oficiales, quienes continuaban en la carretera, protegiéndose entre los mulos del fuego enemigo». Navarro y Saínz están lívidos, sintiendo no ya la desintegración de la columna, sino el próximo final de todos ellos. Y es entonces cuando aparece un capitán, Blanco, que «intentó sacar a los referidos oficiales» de su cobardía, sin conseguirlo.

Ramón Blanco mandaba la 5ª batería de Montaña en Annual y en el Izzumar. Allí, en el Igan, estará espléndido, recriminando con dureza a sus compañeros —al ver cómo se perdían tres cañones— y dando ejemplo a la tropa. Esto salva el apuro. A continuación, el hecho decisivo. Las cuatro cargas de Alcántara.[26]

Primo de Rivera y los suyos se detienen ante el Igan. ¿Debe cargar contra los rifeños allí apostados, para salvar lo que resta de columna, o debe salvar lo que le queda de su regimiento? Toma la decisión y allá van los de Alcántara. Los jinetes cargarán contra las apretadas filas rifeñas, que les apuntaban desde el trincherón del Igan. Hombres y caballos caerán en bloque, y así se les

---

[23] García Figueras y Hernández Herrera, *op. cit.,* pág. 351.

[24] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 480.

[25] *Ibídem,* pág. 160.

[26] Seguimos aquí el Parte de Operaciones —autógrafo de 29 páginas—, del Regimiento Alcántara, en instancia promovida por su nuevo jefe, coronel Emilio Fernández Pérez, el 20 de abril de 1922, en solicitud de la Laureada colectiva. Este documento, tras pasar por Berenguer y Mille, acabó en el archivo de Picasso.

encontrará cinco meses después: todos en formación, la mayoría de ellos al otro lado del río. Habían logrado pasar y hasta dar la vuelta y contraatacar, salvando así a la columna Navarro. Convirtieron aquella derrota en una gesta.

La cantinera de Batel y el bastón de Navarro

Una escena escalofriante clausura el paso del Igan. A uno de los últimos en cruzarlo, el soldado Vicente Garrido Couceiro, le sobrepasa una motocicleta con sidecar, «en la que iba un individuo completamente desnudo y lleno de machetazos, al que tapaba con una manta la cantinera de Batel»[27]. Ella es Juana Martínez López; de su compañero no se conocerá el nombre.[28]

Al llegar a Batel, Navarro se encuentra con que hay pocos víveres, que sí dispone de agua, pero poca y salobre, y que no puede comunicar con nadie, el teléfono a Arruit está cortado. El ferrocarril es otro desengaño. Ni un solo tren ha llegado de Melilla. Tistutin está cerca, pero Navarro lo ve inalcanzable para ese día. Las partidas rifeñas *paquean* sin tregua a su aturdida gente. Y mucho más lejos le parece Monte Arruit. Sin embargo, allí llegarán algunos de sus soldados, a pie, esa misma noche.

Navarro sobrepasa el límite de su paciencia en esas tristes horas en Batel. Siguen llegando oficiales, destrozados en lo físico y arruinados en lo moral, despojados de sus insignias, *desentendidos* de sus tropas. Y el soldado Domingo Tortosa Linares, del regimiento África, «vio que el general llegó a pegar con el bastón que llevaba a un teniente, porque iba, como otros muchos, sin estrellas ni emblemas». Mientras Navarro apalea al atribulado oficial, el estupefacto Tortosa le oye exclamar: «¡No quiero agua; soy viejo, que se marche el que quiera!».[29]

En Madrid no se sabe aún dónde está Navarro. Pero en Melilla sí se conocen su suerte y la de su columna. Les han descubierto, a media tarde de aquel 23 de julio, y «con gran sorpresa», los tripulantes de los aviones *Bristol* y *De Havilland,* con base en Zeluán. Bajo sus alas, la derrota se manifiesta como lo que es. Un reguero de cadáveres, cañones, camiones, y todo tipo de impedimenta se extiende desde el Izzumar a Batel. Decenas de columnas negras se alzan a lo ancho y largo de los montes: arden las posiciones. Los cuerpos de sus defensores también.

Berenguer navega frente a una costa incendiada

A la caída de la tarde del 23 de julio, Berenguer sube a bordo del *Bonifaz.* Es un barco botado en 1911, de 800 toneladas de desplazamiento, sólo 1.084 CV de fuerza, y 127 hombres de tripulación para manejar cuatro piezas de 76,2 mm y dos ametralladoras.[30] Por esa época, Gran Bretaña lanzaba los cañoneros de la clase *Afridi,* que daban un andar de ¡34 nudos! A ellos habían seguido los *Mandate*[31]*,* buques de 1.025 toneladas, idéntica marcha de 34 nudos y armados con tres piezas de 102 mm.[32]

Los modelos británicos, muy superiores al *Bonifaz,* habían sido ofrecidos, «hace poco tiempo», por Londres a Madrid y a precios irrisorios, pues oscilaban entre «150.000 a 200.000 pesetas». Recordaría estos antecedentes el marqués de Cortina, en una carta a La Cierva el 14 de noviembre de 1921.[33]

[27] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 482.
[28] *Ibídem,* pág. 163.
[29] *Ibídem,* págs. 515 y 516.
[30] Cerezo, Ricardo, *Armada Española siglo* XX, Ediciones Poniente, Madrid, 1983, 3 vols. tomo I, págs. 109-112.
[31] Conocidos como clase «Tribal», por llevar nombres de conocidas tribus del Imperio. Giorgerini Giorgio, *Storia della Marina, 9* vols. Fabrri Editori, Milán, 1978, vol. 8, pág. 322.
[32] *Ibídem,* págs. 321-325.
[33] AFAM, Leg. 278. Aquella tentadora oferta inglesa había sido rechazada, junto con otra similar recibida de «Italia, unos pequeños cruceros rápidos bien armados y de condiciones marineras, a precios verdaderamente ridículos por lo bajos».

Berenguer parte, al fin, hacia Melilla. El *Bonifaz* sale de la bocana ceutí y avanza todo lo que dan de sí sus máquinas: no mucho, poco más de doce nudos.

Desde la pasarela, Berenguer y sus oficiales ven discurrir la costa de Gomara, sumida en el crepúsculo. Al doblar la ensenada de Bades es cuando descubren los primeros destellos que anuncian la importancia de la sublevación rifeña. Los montes de Alhucemas muestran sus cimas en fuego. Las hogueras avisan de la total movilización bélica del Rif.

El *Bonifaz* rebasa el amplio arco geográfico de Alhucemas. El Peñón, que contiene la gran bahía en su fondo, está en calma. Pero al doblar los farallones de Cabo Quilates, los estampidos y señales de la guerra surgen en toda su violencia. Sidi Dris es un centellear de fogonazos, de resistencias y de repetidas solicitudes de apoyos artilleros al *Laya* y al *Princesa de Asturias,* que están allí mismo, haciendo lo que pueden. Saludos reglamentarios de puente a puente de los buques. El comandante del *Princesa,* capitán de navío Eliseo Sanchiz, advierte que no puede comunicar con la posición, de la que sólo sabe que está sin agua, pues la playa, con la aguada, son ya dominios de la *harka.* La gente del comandante Velázquez —unos trescientos hombres (sumando a sus 274 efectivos los supervivientes llegados de Talilit)— parece resistir bien. Pero sin poder beber, y pronto sin poder disparar —las municiones se acaban—, los trescientos de Sidi Dris saben que tienen un inapelable plazo de condena. Igueriben otra vez. El *Bonifaz* sigue adelante.

Aparece el espolón de Ras (punta) Afrau. Otra posición cercada y atacada y sin apoyo naval aún, pues el *Lauria,* que viene desde Algeciras a toda máquina, no ha llegado a esas aguas rifeñas. Los casi ciento ochenta defensores, que manda el teniente Joaquín Vara de Rey, «ausente el capitán (Francisco Reyes), con licencia en España», todavía aguantan.[34] O eso parece, ya que resulta imposible comunicar con ellos. Afrau queda en silencio, como el alto comisario.

El *Bonifaz* deja atrás los fuertes del mar. Se aproxima a su objetivo, Melilla, a la que da vista tras superar el espolón del cabo Tres Forcas. Desde allí, Berenguer ve una montaña de fuego. Las hogueras del Gurugú se cuentan por docenas.

Una ciudad inerme y una comandancia «fundida»

A las once de la noche del 23 de julio, el *Bonifaz* cruzaba la bocana melillense. La capital del Rif español cree estar viviendo sus últimas horas bajo esa bandera. Las noticias de la muerte de Silvestre confirmadas por su propio hijo, más la llegada de los cientos —pronto, miles— de colonos escapados del Garet y el área minera de Beni Bu Ifrur, habían arrebatado a la población cualquier ápice de confianza. El puerto estaba tomado por el pánico y la ciudad, inerme, como rendida.

La fuerza disponible apenas llegaba a los mil ochocientos efectivos. Se esperaba un ataque masivo del enemigo en la madrugada. La línea del Kert había sido rebasada con apabullante facilidad por los rifeños. Los bastiones de la plaza carecían de artillería moderna, y las piezas más potentes o miraban al mar o eran inservibles modelos Krupp y Ordóñez de los tiempos de Margallo. Los cañones apenas tenían municiones. Y de moral no quedaba nada.

La angustia popular se desata cuando se comprueba que el *Bonifaz* llega solo, no como cabeza de un gran convoy de tropas. ¿Para qué quieren los habitantes de Melilla un general con su escolta? Se necesita un ejército, no un alto comisario. Y el motín estalla: los pocos soldados y marineros de guardia en el muelle son arrollados por la muchedumbre. Unos a otros se atropellan, se golpean. Se cruzan los insultos más soeces, las amenazas de muerte más rabiosas, en el afán de muchos por saltar a bordo de los lanchones o barcazas amarradas, frente al apuradísimo empeño de la tropa y marinería en impedirlo.

Berenguer asiste al penoso espectáculo mientras inclina la cabeza, desalentado, ante las noticias que le transmite Sánchez Monje, que ha subido a bordo del cañonero. No hay comunicación con Navarro en Drius; las posiciones van cayendo una tras otra; por descontado el Gurugú puede perderse; ni siquiera hay tropas para cubrir el perímetro, menos aún para enviarlas al auxilio de Nador y Zeluán; si se subleva la cábila de Beni Sicar, la tribu que guarda las espaldas de Melilla

[34] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 128.

hacia el Oeste, la plaza puede caer. Al alto comisario le esperan los notables de Guelaya, a los que citó, por telegrama, antes de salir de Ceuta. Tiene que verlos sin demora.

Berenguer recordará esos durísimos momentos, aquellas «emocionantes horas, de abrumadora responsabilidad, en que pude darme cuenta de lo que pesa un pueblo que espera su salvación de un gobernante...»[35]. El gentío se dispersa. Es madrugada y nada hay que esperar. El milagro queda para mañana, si es que los rifeños no atacan en las horas próximas. Y Berenguer recordará: «Sensación dolorosa la de contemplar el triste desfile de aquella congregación, dispersándose silenciosa, lúgubre, camino de sus hogares, con la esperanza inconcreta...» Berenguer vive una noche peor que la de Cortés en Otumba. La integrará en la crónica de España y en su rango más desolador: «Noche trágica, de cuya semejanza quizá no registre otra nuestra historia.».[36]

Los jefes rifeños aguardan a Berenguer. Muestran el lógico recelo al verle, pues esperaban, como la gente de Melilla, importantes refuerzos, y España les manda un general abrumado. Ni les da confianza ni tampoco miedo. Como era de prever, la mayoría escoge la rebelión. Muchos se van, unos pocos permanecen. Ben Chel-lal, «que era uno de los que se mostraban más recelosos», y cerca de él «los Chorfas (linaje descendiente de Mahoma) Mizzian, que se quedaron los últimos para hablar conmigo y hacer protestas de que, aunque llegaran a mí noticias de su deslealtad, que no las creyera»[37]. Los demás marchan camino de la traición: obligados por los hechos, por sus pasiones, por sus temores. Será el caso de Ben Chel-lal, jefe de los Beni Bu Ifrur.

Un notario de la plaza, Roberto Cano, animoso, pide armas. Pretende formar un ejército de patriotas. Cano piensa en el teniente coronel Fernández Tamarit como el mando idóneo de esas tropas cívicas. Pero las autoridades militares tienen miedo de su idea, casi miliciana y le niegan las armas.[38]

En Madrid, los informadores y reporteros gráficos asedian los despachos de Buenavista. Eza sabe que Berenguer está ya en Melilla, pero desconoce detalles, desconoce posibilidades y él mismo desconoce qué puede hacerse *al otro lado.* Y tan sincero como desinhibido, dice a los sorprendidos periodistas: «Acabo de llegar y todavía no me he enterado de nada. Estén en el Ministerio que más adelante les comunicaré noticias.».[39]

En Melilla, Berenguer se dispone a hablar por teléfono con Eza. Son cerca de las dos de la madrugada del 24 de julio.

El alto comisario trata de ser escueto ante el ministro. Demasiadas tragedias consumadas y tantas otras en marcha como para ser preciso en la explicación del drama africano. Berenguer informa sobre los asedios de Sidi Dris y Afrau, y todavía bajo la impresión del caos social vivido en los muelles de Melilla, dice a Eza una parte de verdad y otra de mentira: «He encontrado población mal estado ánimo y esperando confiada la ayuda del Gobierno.»[40]

Tratando de aparentar una tranquilidad imposible, expone a Eza que no ha podido comunicarse con Navarro; que la retirada de «los restos columna Annual» prosigue hacia Batel; que esa columna «parece inició un segundo repliegue hacia Monte Arruit, donde en estos momentos llegan los restos desperdigados», para entrar luego en un rosario de lamentos: «... me encuentro con que no hay nada aprovechable, todos los servicios desorganizados y material casi en su totalidad en poder del enemigo, y las fuerzas dispersas y sin mando». Antes de que el ministro pueda replicar, Berenguer le previene de que, «con ser desastrosa la situación que le pinto de recursos de materiales, lo es mucho mayor la moral, que se ha perdido en casi todos los resortes del Ejército».

Eza sigue en silencio cuando Berenguer concluye: «En una palabra, la Comandancia General se ha fundido en unos cuantos días de combate, en forma que de ella poco queda aprovechable, todo hay que crearlo de nuevo...»[41] Son las 01.40 horas del 24 de julio de 1921, y un ministro de la Guerra se entera de que ha perdido un ejército, y aunque cavila que puede perder su empleo, y el

[35] Berenguer, D., *op. cit.,* pág. 89.
[36] *Ibídem.*
[37] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 55.
[38] *Ibídem,* pág. 5.
[39] *El Liberal,* edición del domingo 24 de julio de 1921.
[40] AFAM, Leg. 442/9. Conferencia del 24 de julio, 01.40 h.
[41] *Ibídem.*

Gobierno entero quedarse sin el suyo, no imagina que el régimen puede haberse *fundido.* Como la Comandancia de Melilla.

En Buenavista, Eza recibe a los periodistas. Son las cuatro menos cuarto de la madrugada. Se convierte en el mejor actor del optimismo oficial. En aquel Madrid lúgubre del 24 de julio, Eza hará *gran papel* en el teatro del absurdo: «La impresión de la población de Melilla es excelente, encontrando (Berenguer) todos los espíritus llenos de un sano optimismo»; «los jefes de las cábilas inmediatas a esta plaza han hecho voto de adhesión a España»; se «espera reorganizar cuanto antes la Comandancia de Melilla»; aclarando, por último, que «no ha enviado aún la relación de bajas, aunque dentro de dos días podrá facilitarla»[42].

Tres promesas de suicidio salvan a Melilla

Las noticias de Annual sobrecogieron a la población colonial asentada en las tierras de Afrau, en la llanada del Garet, en las minas de Uixan y en los enclaves de Nador y Zeluán. Las noticias tenían *vida propia:* los camiones cargados de heridos; los coches de mando, repletos de oficiales, con sus rostros de derrota; los convoyes de artilleros sin cañones o los escuadrones desmontados. Todos abatidos, siguiendo la misma dirección: Melilla, Melilla.

Pasó todo un día hasta que Melilla volvió en sí. Con enervante lentitud, los mandos de las circunscripciones y grandes unidades empiezan a salir para el frente. El jefe del regimiento África, Jiménez Arroyo, despertado en su domicilio «a las cinco y media de la mañana (del día 23)» por el oficial de guardia en la Comandancia, decide ir a Batel. Acompañado por el teniente coronel Piqueras y su ayudante, el capitán José de la Lama, suben todos a un *coche rápido.* En menos de dos horas llegan a su destino.

La carretera hasta Drius sigue abierta. Pero Jiménez Arroyo prefiere recurrir al teléfono. Al otro lado de la línea, en Drius, le responde el hijo del coronel Sánchez Monje, Enrique. El coronel le urge para que Navarro «le diera instrucciones». Las mismas consisten en que «todo el ganado (de Artillería) que volvía sin piezas, y alguno de caballería, se quedase en Batel, y que de los camiones que viniesen con soldados se hiciera una selección, y los que no estuviesen en condiciones de quedarse, podían seguir a Melilla»[43]. Eso no eran órdenes, ni siquiera *instrucciones.* Son sólo informaciones de un desastre total.

Mientras Jiménez Arroyo decide qué hacer, le reclaman al teléfono. Es su segundo, García Esteban, acantonado en Zoco el Telatza, el lugar donde debería él hallarse en esas horas, pues allí está lo mejor de su regimiento, a esas horas, cercado. Y a García Esteban, siempre por teléfono, su coronel le dice «que resistiera hasta ver si le podía mandar auxilios»[44].

La llegada a Batel, en apelotonada confusión, de los desbandados procedentes de Drius, asfixia el ánimo castrense de Francisco Jiménez Arroyo. Tiene cincuenta y cinco años, ha olvidado su experiencia de combate, y tiene un hijo por el que velar. A eso de las tres de la tarde, decide ir hasta Arruit, «para ver si se habían cumplido sus órdenes». El caso es que, para cumplir una orden que él mismo se autoimpone, el coronel aprovecha uno de los Ford salidos de Drius, «en el que venían un capitán, un teniente y un soldado de caballería», más «un hijo suyo, alférez de Regulares». El grupo llega a Arruit en quince minutos.

En lo que pronto será *camposanto* del Ejército, lo único que hay es indecisión, desconcierto y negligencia. Parte de esas dolosas acciones las asumirá el capitán Carrasco, jefe de la *mía* (compañía) de la Policía Indígena allí acantonada. Cuando este oficial decida abandonar Arruit y deje atrás a sus hombres, éstos se rebelarán, haciendo una matanza con los escapados de Drius. Antes de que ese fatal momento sobrevenga, el propio Carrasco, junto a Jiménez Arroyo y otro capitán, éste anónimo, mostrarán un arranque de pundonor, al «apear a viva fuerza, de los camiones que llegaban, a la gente que en ellos venía, habiendo tenido que sacar el revólver para hacerse

[42] *El Liberal,* 24 de julio de 1921.
[43] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 464.
[44] *Ibídem,* pág. 567.

obedecer». El desastre de Annual tiene trastornados a los hombres. Pasan de héroes a villanos y viceversa, sometidos a una fuerza irresistible y pendular.

En la estación del ferrocarril está el capitán Luis Ruano y Peña, que mandaba en Annual la 3ª batería de Montaña. Ruano, que hallegado a las cuatro de la tarde, trae consigo gran número de acémilas, y desarmados a muchos de sus hombres. Jiménez Arroyo le ordenó que «se quedaran todos» en Arruit, a lo que el capitán opuso la falta de forraje para las caballerías, y las de armas y municiones para la tropa. El coronel cambia de parecer y consiente en que se queden tres oficiales y cien artilleros. Ruano preguntará entonces a Jiménez Arroyo «si pensaba quedarse en Arruit», consulta que repite a Carrasco. De ambos recibirá respuesta afirmativa, más la orden de dirigirse a Melilla con el resto de su fuerza. Ruano se fija en los rostros de los dos oficiales, pues luego testificará «que ni en el aspecto del uno ni en el otro notó nada extraordinario». Son las 18.40 horas del 23 de julio y los restos de la 3a Batería van camino de Melilla. Hacia allí sale otra batería, la del capitán Galbis.

Un último tren se prepara para salir hacia Batel. A él se encaminan Jiménez Arroyo y Carrasco. El coronel se acerca al convoy, pero «al subir a él le dio un vahído, precursor de una congestión cerebral, de la que ha tenido anteriores ataques...». Sin embargo, Jiménez Arroyo queda tan consciente como para reclamar su automóvil, al que sube sin dificultad alguna. El coche arranca y el drama se desencadena en Arruit. Los efectivos de Policía se sublevan, salen del campamento y abren fuego a mansalva sobre la guarnición y los huidos que siguen llegando.

Ruano sigue adelante con los suyos, camino de Zeluán. Un automóvil les da alcance y se detiene. Para su sorpresa descubre en él a Jiménez Arroyo y a Carrasco. Este último indica a Ruano «que detrás venía su Policía», lo que le hizo suponer al capitán que pronto llegaría la Caballería para proteger a su gente, «pero luego encontró que la referida Policía eran sólo cuatro hombres (a caballo), que pasaron de largo hacia la plaza»[45]. Ruano y su pequeña columna alcanzarán Nador a la una de la madrugada y, tras un descanso de dos horas, llegarán a Melilla a las 05.30 horas.

A Nador, en la madrugada del 24 de julio, llega un tren repleto de hombres «completamente desmoralizados». Un oficial de temple, Ricardo Fresno Urzaiz, de la Guardia Civil, ejerce el control en la estación. Sin dudarlo, hace bajar del convoy a los soldados armados, que pone a disposición de Pardo Agudín, excepto «dos o tres que venían conduciendo el equipaje del coronel Jiménez Arroyo, según le confirmó personalmente este jefe»[46].

A Melilla van a salvarla tres valentías: el jefe de los Beni Sicar convence a los suyos para que no se subleven, mientras dos oficiales españoles —cuyos nombres desconocemos—, con sólo setenta-ochenta hombres, le ayudan. Los tres hacen juramento de suicidarse si no llega auxilio de España.

La estremecedora apuesta sería narrada por el diputado Nogués, aclarando que «gracias a dos tenientes de la Policía Indígena y a un moro hoy nombrado caíd, Abd el-Kader, no entraron los moros en Melilla (...), y hubo necesidad de que esos oficiales incluso le ofrecieran a ese moro adicto a España que se suicidarían con él»[47]. Melilla se salva por tres promesas de suicidio.

La colonización, muerta o saqueada

En la madrugada del 24 de julio, colonos y más tropas en desbandada abruman Melilla. La avalancha llega por la carretera de Nador y la pista que desemboca en la anterior, procedente de Segangan y San Juan de las Minas. La columna se convierte en «una multitud abigarrada, con tal número de carruajes, que hubo momentos de atasco». Del tropel sólo pasan cohesionados «doscientos caballos montados de Artillería y fuerzas de Intendencia al mando de sus oficiales»[48].

---

[45] *Ibídem,* págs. 465 y 511.

[46] AJCPL. DR del teniente Ricardo Fresno Urzaiz (8 diciembre 1921), correspondiente al folio 1.856 perteneciente al EPO. Según Fresno, Jiménez Arroyo viajaba en ese tren, lo que entraba en oposición con el testimonio del capitán Ruano.

[47] DSCD. Seción del 16 de noviembre de 1921, pág. 4.196.

[48] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 132.

Los primeros son los hombres de Galbis.

El teniente coronel Fernández Tamarit se encuentra en una improvisada primera línea, a las afueras de Melilla. Tamarit tiene cuarenta y ocho años y está dado de baja, por una grave dolencia de la vista, pero se ha incorporado a su puesto al conocer lo ocurrido.

Cuando Tamarit ve venir aquella doble marea, humana y mecánica, comprende lo que pudo ser el paso del Izzumar. Deja pasar a la muchedumbre, no así a los militares que ve desarmados, entre los que descubre a dos oficiales del regimiento África, Valdés y Fernández Pinedo. El teniente coronel les pregunta por qué no vienen al frente de sus hombres, y qué ha sido de sus armas personales. Los dos oficiales, confusos pero sinceros, atinan a responder que «sus armas las habían entregado a otros camaradas que las necesitaban». Fernández Tamarit toma nota de esas declaraciones, que pasará «al coronel del regimiento», que no es otro que Jiménez Arroyo[49], el cual nada resolverá.

En la carretera de Nador a Melilla está el puente de Triana. Allí se encuentran apostados, con muy poca tropa, el capitán José García Agulla y el teniente Valero Pérez Ondategui, ambos de la Guardia Civil. Como Fernández Tamarit, dejan que pase la estampida civil, mientras vigilan el discurrir de la militar. En un determinado momento, descubren un grupo de penitentes figuras, arrastrándose por el camino. Cuando las tienen cerca, se dan cuenta que no son sino «oficiales fugitivos, a quienes confundieron con soldados, pues no traían insignias en las guerreras». Los dejan pasar.

Salvarse o morir, para los colonos, dependió de sus actitudes anteriores o de la suerte. En los yacimientos de Buxada, «fueron asesinados el ingeniero y siete obreros», si bien el capataz de éstos, Bonila, conducido prisionero a casa del *kaid* Hach Amar, «propietario de aquellos alrededores», obtendría su libertad bajo rescate. Cinco mil pesetas tuvo que pagar Albatera, uno de los colonos del Garet, para verse libre, después de que Haddú Ben Aisa le robara «los animales y aperos de labranza».

En tierras de Afrau, en donde la Compañía de Sotolazar mantenía varias prospecciones mineras, el capataz, José Jiménez Garrido, recibió protección —junto con su familia— de un antiguo empleado, Maimón, «que les llevó a su casa, y luego de ampararlos en ella durante cincuenta y seis días, gestionó del jefe de la *harca* (Abd elKrim) su libertad». Peor fue lo ocurrido a un colono francés, Ed-mundo Chaffaeul, quien, al huir con su familia y enseres de su finca en el Zaio —cerca de Arruit—, fue sorprendido en el camino por un desertor, «el oficial moro de 2ª Bu Amana», que les robó las ropas y los mulos del carro. Pero el prófugo, no contento con esto, «lesionó a la mujer del colono al tratar de arrebatarle una sortija, intentando matar a un niño suyo de un mes, tirándolo violentamente contra el suelo, y que pudo salvarse porque la madre lo cubrió con su cuerpo».[50]

La falsa epopeya de los defensores del Pozo número 2

Según avanzaban hacia Arruit, las gentes de Navarro iban dejando atrás un rosario de posiciones. Dos de ellas intercambiarían sus destinos bélicos, dando origen a lo que pareció ser *gran hazaña* y luego quedó en vulgar superchería.

A la izquierda de la ruta Drius-Batel se encontraban, entre otros, los puestos de Dar Azugaj y el llamado «Pozo número 2», un fortín con capacidad para una pequeña guarnición: los cabos Jesús Arenzana Landa y Rafael Lillo, y los soldados Virginio Aceituno, Jesús Martínez Terrio, Emilio Muniera y Rafael Sordo Colio. Los seis protegían un motor de gasolina que, a su vez, extraía agua de un pozo, vital para los habitantes de la región.

El pelotón estaba al mando de Arenzana[51], que decidió resistir. Mientras tanto, las posiciones

---

[49] *Ibídem,* pág. 6.

[50] AJCPL. Informe «Crueldades de los moros», autógrafo de 49 páginas, equipo de auditores del general Picasso, enviado al «General en jefe» (Berenguer), ca. septiembre de 1921, págs. 8, 31 y 37.

[51] Según la Orden General del Ejército de África, del 6 de agosto de 1924, un séptimo defensor se encontraba en el Pozo n° 2: el soldado de Ingenieros Miguel Pérez Ribera.

cercanas iban cayendo, una tras otra. Los que podían escapar de ellas, imposibilitados de llegar a Batel —donde aún resistía Navarro—, tomaron el Pozo número 2 como su salvación. Así lo hicieron el soldado Manuel Silverio Corchado y el cabo Joaquín Rodríguez Barreiro.

Para escenificar su epopeya, Arenzana, tras haber soportado «otro ataque» del enemigo, haría la siguiente descripción del *campo de batalla:* «Al hacer dicha descubierta conté cuarenta y tres cadáveres moros en ropas menores casi todos, pero sin armamento.»[52] Sucedía tal *gesta* el 30 de agosto.

Al día siguiente alcanzaba el Pozo número 2 el alférez Ildefonso Ruiz Tapiador-Guadalupe, jefe del destacamento de Dar Azugaj. Se trataba de un joven oficial —tenía veinte años— que, como otros, estaba trastornado por los terribles sucesos de los que había sido testigo. Agotado y abatido, no relevó a Arenzana en el mando del fortín. Según los luego falsos testimonios del cabo, el alférez no participó en la *lucha,* al estimarla suicida.

El agua que defendían aquellos nueve hombres era imprescindible para los rifeños y sus ganados. Los españoles tenían el agua (la vida), y sus enemigos podían preservarles esa misma vida, a corto plazo, pero suficiente. Surgió así la necesidad de pactar una tan singular como efectiva *paz local,* la cual se mantuvo entre el 24 de julio y el 5 de agosto de 1921.

Según Arenzana, el grupo abandonó el pozo al acabarse la gasolina del motor, logrando pasar a zona francesa. Tras brava peripecia fueron descubiertos por dos rifeños, y Arenzana dio muerte, «por su mano», a uno de ellos, y «aprovechando un descuido hizo igual con el otro, matándole con un martillo»[53].

El audaz cabo apareció como un héroe ante la opinión pública, mientras que el abúlico alférez quedaba en ridículo. Todos —menos Sordo— testificaron ante Picasso. A todos se les creyó: la historia era tan fantástica que sólo podía ser *cierta.* La verdad tardaría en descubrirse, pero se impondría en enero de 1922, quedando de ella enterado, y de los primeros, Picasso. El general se lo comunicaría, a su vez, a Fernández Tamarit, al haber sido éste garante inocente de Arenzana. El coronel quedaría asombrado y dolido por aquella temeridad, pues se había abierto juicio contradictorio para conceder a Arenzana la Laureada. No obstante, el procedimiento —que sumó 195 folios— no establecería sus conclusiones hasta el 13 de octubre de 1925. Fue entonces —Arenzana era ya sargento— cuando el fiscal togado del Consejo Supremo, haciendo resumen de los testimonios comprobados, diría que «después de esta declaración (la "lucha a muerte" contra los dos rifeños), que parecen haber aprendido al pie de la letra los otros defensores, la conciencia se levanta en el interior de Arenzana y le obliga a redactar el escrito que, de su puño y letra, figura en los folios 80 al 83, en los que libre y espontáneamente manifiesta que son inexactas las relaciones hechas sobre la defensa del fortín».

El fiscal, con la nueva declaración del cabo, reconstruyó la verdad: «Que el 28 de agosto (de 1921) al verse solos y abandonados, viendo era imposible la defensa, decidieron arreglarse lo mejor posible con el enemigo», quedando dentro del pozo los rifeños y los españoles prisioneros de éstos, «habiendo tenido que entregar el armamento al jefe Hammú, según confesión del mismo Arenzana»[54]. El lamentable hecho sería silenciado por las instituciones militares, pues el país perdía en Arenzana a un *héroe del pueblo,* habiendo tantos y de verdad.

Traición en Buhafora y resistencias en la distancia

Enclavadas sobre cerros aislados, Buhafora pertenecía a la circunscripción de Drius; Intermedia A dependía de Annual. Las dos quedarán envueltas por la rebelión el mismo 22 de julio, pero Buhafora aún dispondrá de un día más hasta conocer el fuego y la destrucción.

Antonio Reig Valerino, de veintinueve años, es el oficial al mando de la artillería en Buhafora,

---

[52] AGMS. 1ª Sección. Leg. A.2206.

[53] Orden General del Ejército de África, dada en Tetuán el 6 de agosto de 1923, según exhorto en Melilla del 27 de julio.

[54] AGMS, Leg. A-2206.

que cuenta con una poderosa guarnición: ocho oficiales y 295 de tropa —122 españoles y 173 efectivos de la Policía Indígena—[55]. Estos últimos van a acuchillar a los primeros, pues Buhafora pronto quedará sumergida bajo una masiva traición.

Al conocerse la caída de Annual, el kaid Haddú «aconsejó la evacuación de la posición» a su jefe, el capitán Rafael Capablanca Moreno.[56] Pero éste, oficial de la Policía Indígena, «resolvió llamar a los jefes de los poblados próximos, dejándolos en la posición en calidad de rehenes...»[57]. Sin proponérselo, Capablanca, al tomar una decisión *habitual* en el Rif, firma su sentencia de muerte y la de casi todos los suyos.

Los rifeños se acercan a Buhafora y disparan, y Capablanca, sin dudarlo, ordena «a los jefes colocarse en el parapeto y hablar con los agresores»[58]. Contenido así el ataque, los *chiuj* son encerrados en una de las casetas. Al rato aparece Mohammed, el hijo de Haddú, que pretende que se envíe un telefonema «al coronel jefe de la Policía» en Drius. Aún hay línea, y se accede a la insólita petición del rifeño que, dirigida a un ya difunto Morales, debieron recibir Villar o Carrasco, y decía así: «Si tienes confianza en mí, envía refuerzos y municiones a las posiciones de Buhafora y Midar; en caso contrario, me veré precisado a retirarme con mi gente a mi cábila.» Y lo inconcebible se produce, pues quien responde es el propio general Navarro, «con la orden de hacer entrega de una caja de municiones de fusil, como hizo (Capablanca), al hijo del aludido jefe»[59]. Ya están armados los asaltantes.

Llega la noche a Buhafora. Y a las 04.15 horas del 23 de julio se recibe orden (desde Drius) de repliegue sobre Cheif, la posición principal más próxima. Dando un ejemplo que pocos cuadros de mando seguirán, los ocho oficiales de Buhafora —capitanes Rafael Capablanca y Luis Lacy de Aguilar, tenientes Antonio Antón Palacios, Francisco Maldonado Mir, Antonio Quero Molina, Reig Valerino, Ramón Rodero Serrano y Manuel Sousa Casani—, convocados en Consejo de Guerra, «decidieron quedarse»[60]. Mientras, con gran sigilo, llega la traición. Varios cabileños se aproximan a los muros, localizan la casa-calabozo donde están recluidos sus jefes y abren tres boquetes —que Picasso, como es típico de su minuciosidad, señalará con otros tantos semicírculos en el plano de esta posición—, por donde les pasan armas y municiones. Los centinelas no se aperciben de nada. Buhafora está perdida.

Pasa la mañana del 23 de julio. Y llegan las cinco de la tarde. Todo parece en calma en Buhafora. El capitán Lacy hace la ronda de los puestos. Llega enfrente del calabozo. Y algo debió descubrir porque, en el acto, le matan y estalla la rebelión. Son las 17.15 horas. Picasso, siguiendo la declaración de Reig, indicará el lugar fatal con una «X» y una «B», aclarando: «Sitio donde murió el capitán Lacy.»[61] Reig, que está en la batería —cuatro viejos cañones Krupp—, aún tiene tiempo de dar la vuelta a una de sus piezas: la primera por la izquierda, y a la que Picasso, siempre preciso, señalará con la letra «C». Reig dispara, a bocafuego, contra la casa-prisión, provocando un enorme boquete en ella y varias bajas en su interior. El cafetín, cercano a la posición, es tomado por el enemigo, pero uno de los oficiales (no identificado) dirige un bravo ataque «a la bayoneta» contra esa amenaza. Pero la resistencia se hace imposible. El cafetín se pierde; entran rifeños por todas partes; cae Capa-blanca y caen todos sus oficiales menos Reig, que ve respetada suvida por el hecho de ser artillero. Aún tiene tiempo de inutilizar la mitad de su batería, aunque el enemigo se apodera de «dos cañones útiles y un armón con 127 granadas»[62].

Reig conserva la vida con otros veinte hombres, de los que sobrevivirán tres: el sargento Salvador González, el soldado Eustaquio Albacete y él mismo. Oscurece sobre Buhafora. El teniente oye «el intenso fuego desde Tahuarda». Son los de Intermedia A, que resisten. Reig oirá

---

[55] AJCPL. «Posición de Buhafora», a 22 de julio de 1921.
[56] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 144.
[57] *Historia de las campañas...,* tomo III, pág. 462.
[58] *Ibídem.*
[59] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 144.
[60] AJCPL. DR del teniente Roque Reig Valerino (4 octubre 1921), correspondiente al folio 1.191 del EPO.
[61] AJCPL. Plano autógrafo de Picasso. Cfr. Apéndice.
[62] AJCPL. DR del teniente Reig, folio 1.191 del EPO.

esos épicos clarines por tres o cuatro días. Lo que allí ocurrió se lo contará el kaid Huddú.[63] Reig será llevado a Annual, «donde había 319 prisioneros». Se escapará y llegará a Melilla el 18 de agosto, en compañía de un soldado herido. De ambos se dirá que «tuvieron que disfrazarse, vistiendo trajes moros, para llegar a la plaza». Por entonces, los cómputos oficiales señalarían «que faltan cuarenta y tres jefes de la Policía Indígena», más doce suboficiales y «seis intérpretes»[64].

Una «mala partida» en Sammar

Cerca de Melilla, en los montes de los Beni Sicar, al oeste de la plaza, estaba Sammar, posición asentada en el límite norte de la línea del Kert. Enclave situado muy en retaguardia, en la mañana del 24 de julio quedó cercado. Un problema angustioso era el del agua, «que había que ir a buscar a tres kilómetros»[65].

Sammar estaba defendida por ochenta y tres hombres (cuarenta y cuatro de ellos indígenas), aunque a pesar de ser tan reducida su guarnición[66], artillaba cuatro cañones Krupp de 80 mm, a los que atendían «un cabo y cuatro artilleros», disparate de por sí criminal, pues para atender uno solo de aquellos cañones hacían falta quince hombres.[67] Los oficiales eran el capitán médico Manuel Peris Torres, y los tenientes Ricardo Sanz Andreu —al mando del destacamento de Policía— y Juan Marco Mir, este último jefe de la posición. El capitán Peris atendía un dispensario indígena, lo que explicaba su presencia en un pequeño reducto como Sammar

El 24 de julio, el rutinario convoy a Ishafen —cabeza militar de la circunscripción— se hizo «con cuatro soldados y tres policías montados, pero les salió el enemigo al camino, marchándose los policías a los primeros disparos»[68]. El problema de la falta de avituallamiento fue solucionado cuando «la policía mató una vaca y entraron otras dos en el fuerte»[69]. Ya en la tarde de ese domingo 24, el soldado Ángel Torres vería cómo «los tres oficiales discutían sobre la rendición» con el sargento moro, «que les proponía le entregaran el armamento y se quedaría guardando el fuerte». Según el cabo Hidalgo, «el teniente de policía (Sanz) trataba de convencer al de Melilla (Marco) que entregara el fuerte y armamento a los policías». Marco, pese a que su camarada de armas consideraba «la situación como insostenible»[70], se niega a ceder las armas y menos a ir, campo a través, hacia la plaza, pues se teme una traición.

Para convencer al teniente, «salió el sargento indígena y trajo varias personas de su familia, entre ellas varias mujeres, que se brindaron a ir entre los soldados desarmados...»[71].

Marco sabe que los indígenas al mando de Sanz pertenecen a los poblados próximos a Sammar, por lo que no puede contar con su fidelidad. Pero la sorprendente *unidad de criterio* que muestran Sanz y Peris le desconcierta y no tiene más remedio que aceptar la capitulación, aun repugnándole. Resignados, sus soldados dejan las armas. Y el teniente Sanz abre la puerta al enemigo.

Los españoles salen. Los oficiales «con sus pistolas»[72], y los asistentes llevándoles los caballos de la mano. El reducido destacamento avanza. Les acompaña un pequeño grupo de rifeñas. Pero los policías indígenas no van con ellos. Marco, desasosegado, pregunta a Sanz: «¿No decías que la Policía nos acompañaba?» El aludido intenta tranquilizarle, diciéndole que esas fuerzas «se

---

[63] AGMS, Leg. E-1213.
[64] *ABC,* edición del viernes 19 de agosto de 1921.
[65] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 227.
[66] AJCPL. «Posición de Sammar», efectivos a 22 de julio.
[67] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 226. Las baterías de este tipo, siendo de dos piezas, requerían «35 hombres y 1 oficial», y reuniendo seis piezas, «5 oficiales y 152 hombres, con 132 caballerías». Cfr. Larrea Liso, Francisco, *La* Organización *Militar de España,* Imprenta y Librería de la Viuda e Hijos de Peláez, Toledo, 1893, pág. 381.
[68] AJCPL. DR (Declaración Resumida) del cabo Mario Hidalgo Hidalgo (12 septiembre 1921), perteneciente al folio 843 del EPO.
[69] *Ibídem.* DR del soldado Ángel Torrres Pérez (13 septiembre 1921), correspondiente al folio 849 del EPO.
[70] AGMS, 1ª Sección, Leg. M-562. Dictamen sobre el Juicio contradictorio para conceder la Laureada al teniente Marco Mir.
[71] AJCPL. DR del cabo Mario Hidalgo en el EPO.
[72] AGMS, Leg. M-562.

quedaban para hacer guardia y que nadie sacara nada del fuerte». Marco presiente la emboscada, que llega cuando «sonó un disparo, estando rodeados de moros...». La señal. Así la interpretan los rehenes, «escapando las moras» hacia los agresores. El barullo subsiguiente lo aprovecha el oficial de la Policía para subir a su montura. Pasmado, Marco exclama: «¡Oye, Sanz, deja el caballo que nos vas a hacer mala partida!» Sanz pica espuelas, y escapa, «derribando al declarante (Hidalgo), siendo duramente increpado por el otro teniente»[73].

Peris une su galopada a la de Sanz. Marco, traicionado, queda con sus hombres, rodeado. Y es entonces cuando el teniente, desesperado, dice a su gente: «Hijos míos, somos muertos, el que se salve que diga la verdad.»[74] Todos salen corriendo hacia la cercana playa. Ángel Pérez también corre, junto a su teniente. De pronto le ve caer, malherido. Duda en ayudarle, pero sigue su carrera. Los rifeños le capturan y, tras despojarle de lo poco que llevaba de valor, le permiten que siga a la plaza. En cuanto a Peris, será hecho prisionero tras perder su caballo. Los rifeños, «después de robarle, le llevaron a una casa donde encontró al teniente Sanz, de la Policía»[75]. De allí irá a Melilla, junto con Sanz. Ambos serán encausados.

El padre de Marco Mir, Juan Marco Rocamora, profesor de equitación, solicitará una investigación. Peris fue condenado «a un año de prisión militar con accesoria de suspensión de empleo», mientras Sanz era declarado en rebeldía, pues «se fugó (de Melilla), hallándose preso». Nada resultará en cuanto a la Laureada solicitada para el teniente Marco. Meses después, a la Sociedad de Socorros Mutuos del Arma de Infantería llegaría un oficio, fechado en Melilla el 13 de mayo de 1922, indicando que dos días antes se había procedido al entierro «de los restos del teniente de este regimiento don Juan Marco Mir, hallados en la posición de Sammar; muerto, según se supone, a consecuencia de las heridas producidas por el enemigo»[76].

Flores rojas sobre Intermedia A

Peña Tahuarda es una aglomeración de rocas y arenisca. Ahí está Intermedia A. Drius queda tan lejos que parece un fortín de juguete. Manda la pequeña guarnición —68 infantes, 11 artilleros, y 4 soldados de Ingenieros, armados con dos ametralladoras y dos piezas de 70 mm— el capitán Escribano, al que van a ayudar, en su pronto gallarda tarea, los tenientes Darío Fernández Raigada, Antonio Márquez Tellechea y Antonio Medina de Castro, este último, jefe de la batería. Medina pertenece a la 206 Promoción de su Arma, y hace sólo dos veranos estaba aún en Segovia, terminando sus estudios.

Este vallisoletano (natural de Serrada), de veinticuatro años, con su frente despejada, su sonrisa franca y modales aniñados, oculta hechuras de héroe. Y de romántico enamorado, pues tiene una novia en Gerona, Rosa Margarita Barceló, con la que se cartea casi a diario. Desde Annual, donde estuvo destinado, el teniente había escrito a su amada (el 7 de marzo) en estos términos: «Y se me ocurrió mirar al cielo. Mi mirada iba a las estrellas y mi alma a la tuya. El campamento duerme, algún ruido lejano. Es una borrachera de luz estelar. Te quiero Rosa Margarita, hermosa vida, chiquitina, te quiero.»[77]

El capitán de Intermedia A es un veterano oficial, José Escribano Aguado, perteneciente a la promoción de 1909, año en el que realizó sangrientas campañas por los barrancos del Gurugú y los campos de Nador. Ostenta las insignias de capitán desde 1912. Este toledano de treinta y ocho años es hijo de militar —el capitán Antonio Escribano Onsunbe—[78], y manda sobre ochenta y cinco hombres, tres de ellos oficiales.[79] El capitán, lo mismo que su compañero Pérez García, ha quedado

[73] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 542, y AJCPL. DR del cabo Mario Hidalgo perteneciente al EPO.
[74] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 543.
[75] DR del capitán Manuel Peris Torres (14 septiembre 1921), perteneciente al folio 885 del EPO.
[76] AGMS, Leg. M-562.
[77] Mir Berlanga, Francisco, Con *el viento de la Historia,* Melilla, 1992, capítulo XIX, págs. 265-267. Y asimismo, conversaciones con Santiago Domínguez Llosa, junio de 1997.
[78] AGMS, la Sección, Leg. E-1213.
[79] AJCPL. «Posición intermedia A», a 22 de julio de 1921.

sin instrucciones, y no sólo desde Annual, sino desde Drius, pues «se olvidó el telegrafista de comunicar la orden» de evacuación.[80] Será una inesperada suerte para Navarro —que verá aliviada así su salida, al atraer Intermedia A gran número de efectivos rifeños—, y la condena de muerte para Escribano y los suyos. Excepto para Antonio Tavira Morales, único superviviente.

Escribano y sus soldados se mantienen. Han visto pasar el lamentable cortejo de escapados de Annual, y a Drius no llegan refuerzos. No se desaniman. Disparan sin tregua y rechazan varias intimaciones a la rendición, lo que pasma a los rifeños, acostumbrados a ganar posiciones españolas con rapidez. Intermedia A no se rinde. La bandera sigue clavada en lo más alto, como si fuera el puente de mando de un navío en los días de Trafalgar. La *harka* persevera en sus ataques. Los muertos y heridos españoles aumentan, pero la guarnición, bien guiada por sus oficiales, todo lo rechaza. La batería que manda Medina hace fuego sin parar. En Intermedia A nadie flaquea.

Pasa la tarde del 22 de julio. Y la del 23. Intermedia A queda sola. Drius es sólo una señal de humazo negro. Navarro se ha ido dejando atrás la que podía haber sido su mejor posición de defensa. Va camino de Arruit, martirio del ejército. A su espalda deja Intermedia A, sin respuesta a sus peticiones de ayuda o de órdenes, «pues enviaba heliogramas dando cuenta de que el enemigo la rodeaba, y a los cuales no recibía contestación»[81]. Tres testigos, el médico Peña, y los tenientes de Artillería Reig y Gómez López, confirmarán ese tremendo abandono y el viril aguante de Escribano y los suyos.

El 24 de julio, Escribano prepara la evacuación, que se intenta en la noche. Pero la reducida tropa es descubierta a poco de salir de la posición, por lo que el capitán «desistió de abandonarla en vista del numeroso enemigo que se disponía a impedirlo»[82]. El soldado Tavira aprovecha la circunstancia y deserta. Quiere ir tras Navarro, a Tistutin, y luego a Melilla.

Intermedia A sigue defendiéndose. Ha caído, muerto junto a sus cañones, el teniente Medina. Pero su batería sigue haciendo fuego. Y vendrán el 25 y el 26 de julio —días en que son aniquiladas Sidi Dris y Afrau—, pero Intermedia A, la última bandera del Rif de Silvestre, sigue, numantina, en su sitio. En las rocas de Peña Tahuarda.

En unas horas más, las evidencias se imponen. Falta el agua y las municiones se acaban. Habrá que parlamentar. Es el 27 de julio (según otros testimonios, el jueves 28), y aunque hablar de capitulación es cosa que repudia su ánimo, «el capitán sale de la posición a fin de concertarla». A Escribano le rodean varios notables —cuatro según testigos—, con los cuales va preparado a discutir como se discute en el Rif: con mucho tiempo por delante. Pero en un determinado momento, Escribano sospecha de alguna frase, de un gesto o una mirada. Y se apercibe de que algunos grupos de rifeños «comenzaron a arrancar los estacones de la alambrada». La traición está ya en el aire y el capitán la corta de raíz. Se desase de los negociadores, avanza rápido unos pasos hacia el parapeto y, resuelto, «ordenó hacer fuego a sus soldados». Es otro Noval. Muere por la descarga de los suyos o por mano artera que le golpea por detrás. Escribano cae, «mezclado con los indígenas». Y es tal la descarga, y tan certera, que las filas rifeñas son barridas, pues se sabrá, por confidencias que llegan al teniente Reig, que «habían muerto ochenta indígenas». Pero la *harka* se rehace y, en oleada incontenible, se vuelca sobre la posición. Al parecer, hubo un superviviente, compañero de Tavira y con el que se encontró en Arruit, el cual relataría al desertor la epopeya. Este soldado anónimo moriría en Arruit, mientras Tavira lograba escapar con vida de aquella hecatombe.[83]

Hasta Axdir llegaron noticias de la *hombrada* de Intermedia A, que el fiscal del Juicio Contradictorio para conceder la Laureada a Escribano razonará así (en mayo de 1924): «Es además muy significativo, y de un valor nada despreciable, los favorables comentarios que, entre los rifeños rebeldes, se hicieron más tarde sobre la conducta de esta posición...»[84].

La epopeya de Escribano lo fue para el pueblo rifeño, pero no para la administración militar

---

[80] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 116.
[81] *Ibídem.*
[82] AGMS, Leg. E-1213.
[83] AJCPL. DR del teniente Roque Reig Valerino (4 octubre 1921), correspondiente al folio 1.191 del EPO.
[84] AGMS, Leg. M-1213, pág. 4 del citado dictamen.

española, que demostró ser su *verdadero enemigo.* De nada sirvió que el fiscal togado dijera que «tan brillante actuación está comprendida en lo previsto en el número 11 del artículo 54 del vigente Reglamento (de la Orden de San Fernando)», el cual se fundamenta «en sostener con su fuerza, en virtud de orden recibida, el proteger una retirada, sin abandonar la posición aunque ésta sea asaltada o cercada por el enemigo, perdiendo el tercio de su gente».

No hubo terceras partes de heroísmo en Intermedia A, pues todos sus defensores murieron, con su capitán al frente. Y aunque el fiscal dirá que el artículo citado «es de aplicación al caso que se juzga, cualquiera que sea la forma en que Escribano fuese muerto, toda vez que no solamente cumplió la misión que se le confiara, sino que llenó con exceso el requisito en cuanto al número de bajas sufridas», se rechazará tal razonamiento, al estimar como «deficiente» el testimonio del único superviviente, el de Tavira, un desertor.[85]

El capitán Escribano quedó sin su Laureada. A él nada le importaba, pero a su esposa, María de Loreto Ugarza Jurado, y a su hermano Ricardo, teniente de Infantería, sí. Pero las palabras del fiscal, que supo respetarle, se elevan, en la perspectiva histórica, como un auténtico anexo moral al Expediente Picasso: «En medio de aquella flaqueza general, a la vista de tantas otras posiciones que se incendiaban, abandonándolas después sus defensores, se destaca con trazo vigoroso, en tan triste cuadro, la actuación del capitán Escribano, viendo alejarse los restos de aquellas tropas que, en deplorable estado, se afanaban por ganar lugares más seguros sin que nadie intentase reaccionar; y lejos de imitarlas, rechaza las condiciones que el enemigo impone para la rendición y queda solo, defendiendo con su fuerza la posición, convencido seguramente, por la forma en que se retiraban las tropas, de que todo lo tenía que esperar de sus propios recursos, que no habían de tardar en agotarse.»[86]

Lo que nunca se agotó fue el amor de Rosa Margarita por Antonio. Le guardó tan firmísima *ausencia* que no se casó. Jamás le olvidó. Los restos de Medina fueron hallados e identificados, en marzo de 1924, por el capitán Juan Díez Lizana, quien se preocupó de enterrarlos en Melilla.[87] Rosa lo sabía, pero novia eterna de Antonio, había marchado a Estados Unidos, en 1937.

Desde Miami mantuvo correspondencia con los padres de Antonio. Y. cincuenta y siete años después de Annual, Rosa volvió a España. Fue a Valladolid y luego a Melilla, donde el general Eduardo Represa encargó al comandante Manuel Carmona Mir que la acompañase hasta el único lugar donde aquella tenaz mujer anhelaba ir: la cima de Intermedia A. Dada su edad —setenta y siete años—, a Rosa le costó subir las pendientes del Rif. Pudo más el deseo de llevar consigo, hasta lo alto, un ramo de rosas rojas. Quería besarlo delante de las rocas que defendió su amado, y dejarlo allí, abrazado a ellas. Quedó afirmada en repetir la subida, pero la distancia y su vejez impedirían tal compromiso. No dudó en enviar, al año siguiente, un cheque en dólares americanos con los que el comandante debía comprar el ramo de flores y cubrir los gastos de depositarlo en las rocas de Tahuarda, o en el cementerio de Melilla. Así fue. Año tras año, por las fechas de Difuntos, llegaba el dinero, y ramo tras ramo de rosas rojas se yuxtaponían en el Panteón de los Héroes, que era tanto como depositarlas en las soledades de Peña Tahuarda. Hasta que un año, en 1991, dejó de venir la puntual remesa. Rosa Margarita, la novia de Intermedia A, había muerto.[88] Pero su fidelidad al bravo Medina, como la de éste y sus camaradas a su palabra militar, allí permanecen para siempre.

Dar Quebdani, secretos e infamias del primer Arruit

Monte Arruit tuvo un antecedente despiadado. Fue en Dar Quebdani. Allí estaba acantonada la

---

[85] El caso «Escribano» dio lugar a la composición de una Ponencia, que presidió el general Mille, y que aprobó el Consejo Supremo de Guerra y Marina (del que era miembro), «separándose del dictamen de los señores fiscales». Mille rechazó las citadas recomendaciones fiscales el 22 de mayo de 1924. AGMS, Leg. E1213, págs. 6 (del dictamen) y 1 y 2 de la Ponencia.
[86] *Ibídem,* pág. *5* del mencionado dictamen.
[87] Pérez de Sevilla y Ayala, Vicente, *Recuerdos imborrables,* Imprenta de la Academia de Artillería, Segovia, 1972, pág. 54.
[88] Conversaciones con Santiago Domínguez Liosa, julio 1997.

columna Araújo. Su coronel dejó transcurrir el 23 de julio, y, al terminar el día, el cerco se consuma. Lo que sucede en las siguientes cuarenta y ocho horas supone uno de los más sórdidos y desdichados sucesos de la España de Annual.

Araújo es responsable de la vida de casi mil hombres: dos jefes más, 37 oficiales y 957 soldados.[89] Ni les respetará, ni guardará el debido respeto a su rango, ni sabrá respetar las evidencias tácticas que se le ofrecen y le han sido confirmadas por Navarro, consistentes en retirarse a Kandussi y resistir en la línea del Kert. Cuando sea liberado de su encierro rifeño en 1923 y testifique en la causa sumarial que se le ha instruido, acusará a Navarro de «irresolución» en la cual él «se envolvía», entendiendo que «lo que se le había ordenado era que se sacrificara con su columna y posiciones del sector de Beni Said», con el fin de que «no hostilizaran la marcha de las fuerzas recogidas bajo el mando de aquél en Drius». Ya en 1925, el ponente de la citada causa se referirá a ese «sacrificio que de hecho consumaron (Araújo y algunos oficiales)», diciendo del mismo, con rotunda indignación, que fue ejecutado «en la más completa pasividad y dejación, dicho sea de paso»[90].

Los tratos con los rifeños empezaron pronto en Quebdani. En la mañana del 23 de julio, varios jefes se reúnen con Araújo. Uno de esos notables, Si Hammú, ofrece como acantonamiento una casa próxima a la aguada. Designada por sorteo, hacia allí sale la compañía de Amador. Nada más llegar a su destino, el capitán «quemó, sin aviso previo al propietario, un almiar que, en el exterior había y estorbaba las vistas». Amador despeja sus campos de fuego, se fortifica. Es previsor y es un profesional. Su coronel le criticará, diciendo que se «malograba la misión confiada a la compañía», pues Amador «y el dueño de la casa» quedaban convertidos en «encarnizados enemigos»[91].

Los rifeños cercan la aguada. Y Quebdani queda sin agua. En lugar de emprender el enérgico desbloqueo de la posición de Amador,

Araújo consiente «la compra del agua a los moros». Con uno de sus jefes, Hamed Achehur Ahssub, «ajustó su precio» el comandante Alfonso Fernández Martínez, «entregándosele, por adelantado, quinientas pesetas a cuenta de otras tantas», pago que efectúa el teniente de Intendencia Ricardo Martín López. Parece así arreglado el asunto, pero el propio Araújo «advirtió lo avanzado de la tarde (del 24 de julio), y decidió diferir el servicio». El cambio de opinión se le comunica a Ahssub, «que ofreció volver a la mañana siguiente, no cumpliendo la oferta». Ahssub —que se quedó con las quinientas pesetas— dirá que «se vio rodeado de moros (¡!) que le tiraban y hubo de dejar los tres mulos y escapar»[92].

Poco después llega a Quebdani el teniente Luis Tapia Cantón. Liberado en Tizi Iznoren después de haber sido hecho prisionero, ha cruzado las líneas rifeñas gracias a que lleva una carta para convencer a los españoles de que se rindan. A Tapia le acompañan «el soldado José López, el corneta Cid, y el moro influyente conocido como Convoy»[93]. Este último es el abastecedor de carne en Quebdani, de ahí su mote.

Tapia es portador de sendas cartas de Kaddur Namar, jefe de los Beni Said, para el coronel Araújo, y del capitán Juan de Ozaeta Guerra que «ejercía las funciones de alcaide» en Quebdani. Las dos misivas «habían sido escritas por el capitán Sánchez Aparicio, de la posición de Sidi Abdalah», otro capitulado en Tizi Iznoren y allí hecho prisionero por Kaddur.[94]

Los ominosos *convenios* de rendición se habían iniciado en *Dar Buzian* (Alcazaba Roja). Esta encastillada posición tenía una guarnición de sesenta hombres, al mando del capitán Narciso Sánchez Aparicio, quien había ordenado el abandono de la fortaleza. Con su destacamento había salido en dirección a Tizi Iznoren. En el camino perdió «parte de su fuerza», tanto como para

[89] AJCPL. Según Picasso, 41 oficiales incluyendo a Araújo, pero ese cuadragésimo primer oficial no está identificado.
[90] *Ibídem.* Revisión de la causa sumarial contra el coronel Silverio Araújo Torres, a raíz del Real Decreto de amnistía de 4 de julio de 1924, y vista en plenario el 2 de marzo de 1925. Original de 95 páginas -tres de ellas manuscritas-, con numerosas anotaciones autógrafas del general Picasso, pág. 15.
[91] *Ibídem,* pág. 18.
[92] *Ibídem,* págs. 25 y 26.
[93] *Ibídem,* pág. 28.
[94] *Ibídem,* pág. 28.

abandonar «ocho o diez bajas»[95]. En Iznoren, Sánchez se encontró con Tapia, haciéndose allí con el mando. Los rifeños les cercan. Y tras un breve parlamento —a voces— con sus enemigos, «sacaron entonces aquéllos una bandera blanca y el capitán otra». Concertada así la capitulación, «salieron de la posición todos desarmados». Menos el teniente Manuel Arroyo Moreno, que había anunciado «su propósito de no entregarse», como relatará el soldado José Calzado Pérez. Los españoles dejan sus fusiles y salen a la carrera. Los rifeños, dueños de esas armas, les fusilan por la espalda. Arroyo, empecinado él, muere. Mientras, Sánchez Aparicio se las ingenia para salvar su vida, y la de unos pocos que le siguen, cuando, al ser sorprendidos «por unmoro armado», que «les obligó a echarse a tierra», logra convencerle con la entrega de «un cheque de mil pesetas».

Otra abrumadora escena en los campos de Annual: un capitán negociando su libertad previo pago de un talón bancario. La dignidad militar convertida en *caja fuerte* de ignominias. Y de inutilidades para que sobreviviera la tropa, pues de los ciento veinte hombres bajo la responsabilidad de Sánchez, «sólo llegarían unos cuarenta a la vista de Quebdani», donde morirán tras otra capitulación pactada por dinero. En Dar Quebdani, Sánchez coincide con los restos de la guarnición de Sidi Abdalah, que otro capitán, Liborio Pérez Renuncio, había rendido con similar desastre en vidas.[96] En consecuencia, Sánchez Aparicio *—el capitán amanuense,* según le definirá el fiscal— sabía de rendiciones, sabía cómo iniciarlas y hasta sabía cómo acababan: en muerte. Y escribe a compañeros suyos —obligados a defenderse—, proponiéndoles el mismo trato con el enemigo y, en la práctica, el mismo brutal fin.

En sus cartas, Sánchez Aparicio pide a Araújo dinero, víveres y mantas «para la tropa suya prisionera», conmina al coronel la entrega de Quebdani «bajo amenaza de la vida de los prisioneros ya hechos»[97], y ofrece la promesa de Kaddur de «escoltar la columna, con sus armas y municiones, fuera del territorio de la kabila, garantizando que no la hostilizarían». El objetivo es llegar a la desembocadura del Kert, donde aguardarían «tres cárabos (pesqueros) moros que los trasladarían hasta Melilla». La proposición es tan quimérica como pretenciosa. Pero Araújo la admite. Un capitán, Macario Bascones Hidalgo, conoce las ofertas de capitulación por un compañero, a su vez informado por otros, pues la rendición es una noticia que se extiende «desde la noche del 24, sin que nadie lo desmintiese»[98].

Al día siguiente, lunes 25, Araújo convoca un segundo Consejo de Guerra —el primero fue el sábado 23—. Mientras van llegando los concurrentes, se produce un hecho singular: el regreso del célebre Convoy. El rifeño trae otra carta de Sánchez Aparicio —el capitán escribirá hasta tres, según precisará Bascones en la causa—. Su llegada provoca gran expectación, tanta que la carta, dirigida a Araújo, venía abierta, pues «fue leída por varios oficiales antes de llegar a sus manos»[99]. Se acabó el miedo a lo irrespetuoso.

Comienza el Consejo en la caseta de mando. Se reúnen hasta veintinueve oficiales, con lo que «estaba el local lleno». Araújo lee la nueva carta, en la que Kaddur decía que «quería mucho al coronel y quería salvarlo, así como a la guarnición». Araújo sigue leyendo y los presentes se enteran de que el jefe de los Beni Said pide «veinte mantas» para los prisioneros españoles que retiene, más «tres carabinas para el dicho Kaddur y otra para otro moro que había prestado buenos servicios»[100].

De seguido, Araújo plantea a sus oficiales tres opciones: resistir en la posición; salir a viva fuerza, o pactar la capitulación. Y como se adelantara un oficial «a exponer que, como comienzo de deliberación, fuera aceptable la solución indicada en tercer lugar», Araújo considerará, según Sanz, «inadmisible» tal iniciativa. Y en dramático gesto suspenderá la Junta, disponiendo que «dieran todos sus opiniones por escrito y firmadas en el término de cinco minutos». Uno de los testigos, el teniente Joaquín Bellón y Roca de Togores, se atreverá a desdecir estos *honrosos recuerdos.* Testificará que el coronel, ante todos los oficiales, les previene de que, de las tres proposiciones,

[95] Documentos... (Expediente Picasso), págs. 210-211.
[96] *Ibídem,* págs. 208 y 212.
[97] AJCPL. «Causa contra el coronel Araújo», pág. 30.
[98] *Ibídem,* pág. 29.
[99] *Ibídem,* pág. 34.
[100] *Ibídem,* pág. 34 y 38.

«las dos primeras no tenían realización posible». Luego aclaró que «era su manera de pensar»[101].

Los oficiales se disponen a votar, cuando entra el sargento Pino. Pregunta a Sanz «si se mandaban a Kaddur Namar los efectos pedidos». El comandante asiente, y la votación comienza. Y llega el resultado, «acreditando que de veintinueve votantes, veintiuno optaban por el pacto». Araújo guardará esos votos entre sus documentos, aunque sumando a tales capitulaciones las «de algunos oficiales cuyo comportamiento posterior no justifica esta injusta agregación», en palabras del fiscal.[102]

Se trata de los capitanes Luis Cuadrado Jaraba y Mariano Viegtiz Aguilar, el teniente Salvador Relea Campos y el alférez Ramón Montealegre Díaz. Los cuatro saldrán con sus tropas de Quebdani y sabrán morir al frente de ellas. De esos buenos oficiales dirá el fiscal que se les debe «reparación, a pesar de los cargos embozados que a ellos dirige el coronel».[103]

Araújo perderá las famosas cartas. Robadas, según él (en Axdir). Y el ponente de su causa deducirá: «Es de lamentar que estas cartas hayan sido sustraídas al coronel en el cautiverio, con otros papeles importantes, ya que tan cuidadosamente haya podido conservar los votos de la oficialidad.».[104]

Terminado el Consejo, las vergüenzas desaparecen. La silueta de Convoy se destaca junto al barracón. El rifeño espera algo, que la oficialidad *pase el platillo,* pues recogerán dinero para salvar sus vidas, aunque el empeño se pretende noble, salvar la vida de todos. Son casi mil. Sanz Gracia fue quien «invitó a todos los jefes y oficiales, y aun a algunas clases, a que entregaran el dinero que tuviesenpor conveniente, de las unidades de su cargo o de su peculio, a fin de que lo guardase dicho moro en concepto de depósito hasta que se resolviera, en definitiva, la suerte que hubiera de correr la columna»[105]. Sanz termina su recaudación, que alcanza las cinco mil pesetas. Justas. Para mil hombres, muy pocas; para treinta, son bastantes. El fiscal apunta: «Suma, en verdad, llamativa por su redondez.»[106] Y tanto, pues el mismo ponente señalará que la entrega se hacía «con vehemente sospecha de ser verosímil cantidad, señal o precio estipulado para afianzar el convenio»[107].

No es ése todo el dinero que hay en Quebdani. El sargento Francisco Basallo Becerra recordará que «el capitán iba pagando un duro por cada dos (hombres), diciéndoles que era para que llevaran dinero en el bolsillo a fin de que, cuando formaran fuera, los moros les encontraran dinero por si se evacuaba la posición». A la tropa se le ha ordenado que «se cambiase de ropa y se pusiese las mejores prendas». Luego fueron «dadas las órdenes o avisos para dejar las armas y depositarlas en el suelo, con los correajes, o arrimarlas al parapeto, cual deponen los testigos...»[108]. Dos pesetas cincuenta céntimos, eso es lo que vale la vida de un soldado español de la columna Araújo.

Y sobreviene lo desastroso, precedido de una nueva señal. El teniente Manuel Zaragoza Fernández ve salir a los que guían al mulo con las mantas y mosquetones, «la contraseña convenida»; y a poco «llegó un moro, que cree, pero no lo sabe de cierto, ser uno de los jefes de la kabila». A este rifeño le acompañan otros, «con banderas blancas», los cuales quedan en el parapeto «conteniendo a los demás». El primer rifeño, mientras tanto, «se fue al alojamiento del coronel». Va a estar quince minutos reunido con Araújo, según testimonio de Zaragoza.

Las tropas españolas, aunque recelosas, confían en que no haya sorpresas. En la batería del capitán Victorio Alvárez Griñón se ha pasado la orden: «Dejar el material intacto.»[109] Los rifeños se aproximan en masa. Sus ganas de victoria, sus falsas paces, cohíben a los españoles. El capitán Bastones se extrañará de «no hacerse algo encaminado a descongestionar los alrededores de la posición de aquellos moros provistos de banderas blancas». Araújo prosigue su parlamento con el

---

[101] *Ibídem,* págs. 38 y 51.
[102] *Ibídem,* pág. 39.
[103] *Ibídem,* págs. 40 y 72. Nombres y apellidos obtenidos en el Archivo Picasso a partir del listado en «Posición Dar Quebdani», a 22 de julio.
[104] *Ibídem,* Causa contra el coronel Araújo, pág. 32.
[105] *Ibídem,* pág. 45.
[106] *Ibídem,* pág. 47.
[107] *Ibídem,* pág. 61.
[108] *Ibídem,* págs. 53, 69 y 72.
[109] *Ibídem,* pág. 56.

rifeño hasta cerrar el trato. Se ha pactado «salir primero el coronel, luego la oficialidad y, por último, la tropa»[110]. Sucede al revés.

Los rifeños se abalanzan, rebasan el parapeto y corren a por las armas españolas en medio de un griterío tan atronador como homicida. Sorprendida en su buena fe, la tropa salta el parapeto. Algunos oficiales intentan contenerlos, mientras agitan, a su vez, enseñas blancas. No lo consiguen y son ellos los primeros en morir. Otros se defienden. Y mueren también. Mientras, aquella parte de la oficialidad «convenida con el pacto», se aparta del tumulto, al considerarse «ya ajena a sus deberes militares», y se congrega «al lado del coronel para esperar la consumación del acuerdo». Araúj o y los que le obedecen entran en la caseta de mando.[111] Dos testigos, el cabo Blas y el sargento López Ródenas, les verán buscar allí protección, mientras los Cuadrado, Montealegre, Relea y Viegtiz son asesinados al lado de sus hombres, luchando.

Cuando Araújo quiera justificar estos hechos, hablará de «la defección de la tropa», definiéndola como «una verdadera explosión, influida por los relatos del desastre de Annual». Por eso le reprochará el fiscal en 1925: «¿Qué había de hacer aquella guarnición desarmada, abandonada de la mayor parte de sus oficiales?»

El exterminio va alejándose del barracón. Quebdani es un cementerio. Los oficiales de Araújo deciden salir. Y «conviniendo en que no teniendo ya nada que hacer allí, procedía marcharse», eso es justo lo que hicieron, «saliendo despacio por la puerta principal». Allí les esperaba Kaddur, Namar, «a unos ocho o diez pasos de la alambrada»[112].

El jefe de los Beni Said mantiene su palabra. Delante de él han muerto novecientos españoles o más, pero necesita a estos otros. Pocos y humillados, sombra de oficiales de España. Los quiere vivos. Debe guardarse una baza cara a un posible contraataque de Berenguer. Y sin duda valen más de las cinco mil pesetas recibidas. Se limita a decirles «que le siguieran y aceleraran la marcha». Y así fueron todos hasta el aduar de Telatza de los Beni Said, «donde montaron al coronel, que iba fatigado, en un mulo».[113]

Los hombres-bayoneta del capitán Amador

A ochocientos metros por debajo del peñote donde se asienta Dar Quebdani, estaba la aguada, junto a la casa de Si Hammú. Allí seguía parapetada la Sexta compañía del Tercer batallón del regimiento de Melilla. Son ciento seis hombres, a los que manda un oficial de puntiaguda barba y mirada incisiva, Enrique Amador Asín, de cuarenta y un años. Está casado con Concepción, la hermana del capitán Francisco Franco Salgado-Araújo, primo del futuro Caudillo.[114]

Asín es enjuto de cuerpo y sobrio de carácter. Capitán desde 1910, ha hecho la guerra del Barranco del Lobo y se ha forjado en el servicio de los duros convoyes africanos.

Amador ha comprobado las sutiles aproximaciones rifeñas, con las que sostiene fuego desde el sábado 23. Ha sido sorprendido por una invitación a rendirse «de parte del coronel», que le ha llevado un soldado de Regulares. Amador, irritado, responde que no hará tal cosa sin recibir «una orden por escrito». Aún no ha llegado el caos a Dar Quebdani, por lo que el capitán puede comunicarse con su coronel. Y es el comandante Sanz Gracia el que responde a Amador, diciéndole que «estuviera atenta la compañía a lo que hiciera la posición, y que siguiese su movimiento». Después de este despacho, Amador «recibió otro, ordenando que se entregara todo al enemigo y que se retiraran»[115]. El capitán vuelve a negarse. Es su deber, pero apasiona su reiteración.

Los gritos de la degollina en Quebdani llegan a la aguada. El capitán se decide. Su gente está hambrienta, pues sólo ha recibido «una lata de sardinas por plaza y otra de carne para dos». Queda

---

[110] *Ibídem,* págs. 52 y 71.
[111] *Ibídem,* pág. 71.
[112] *Ibídem,* págs. 56 y 73.
[113] AJCPL. «Causa contra el coronel Araújo», pág. 73.
[114] Franco-Salgado Araújo, Francisco, *Mi vida junto a Franco,* Editorial Planeta, Barcelona, 1977, pág. 57.
[115] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 357.

beber todo lo que puedan y repartirse las municiones. Si hay que morir, se morirá de frente. En esos momentos, se presentan unos rifeños «diciendo que se había rendido la posición principal y que ellos hiciesen lo mismo»[116]. Es el cuarto aviso de indignidad y Amador, a su lado los tenientes Felipe Casinello López, Francisco Delgado Nuni y Humberto Padura Seguí, se niega. Un alud de enemigos intenta forzar la puerta. Se produce un cruce de disparos a quemarropa. Amador manda armar los cuchillos. Y allá van todos, rectos hacia la muerte.

El bloque de bayonetas que manda Amador entra como una cuchilla en las filas rifeñas, hundiéndose en su centro. La masa enemiga cede, pero se rehace y les rodea. Van a luchar uno contra diez. Mueren casi todos, con Amador y Delgado al frente. Padura y Casinello son heridos: uno cae prisionero; el otro escapa a rastras. El jefe Si Hammú acude a la matanza. Y tiene su bestial premio, pues «se jactará de haber sido él el que mató al capitán Amador»[117].

Tras aplastar a los bravos de Amador, los rifeños se aperciben de una columna que trata de escapar, amparada en trémulas banderas blancas y abren fuego graneado sobre las confiadas tropas. En la desbandada, la mayor parte de los españoles se mete en un barranco sin salida.

Son «unos trescientos». Entre ellos está el soldado Juan Gual, perteneciente a la sección del teniente Arjona —en las avanzadillas de Quebdani—, que se ha rendido sin defenderse. Gual observa cómo las alturas se cubren de rifeños, que «empezaron a tiros con ellos», mientras los oficiales, desesperados, «se tiraron al suelo, sin que hicieran nada para repeler la agresión». Gual, «en vista de que eran fusilados impunemente», sale corriendo, en compañía de otro soldado herido, «y después de vagar por la noche»[118], es hecho prisionero en las cercanías de Segangan. Liberado, logrará alcanzar Melilla.

Dos días después, el 27 de julio, Araújo hace llegar, por un mensajero, una carta a Berenguer. En ella le dice que «creemos nos exigen (los rifeños) el canje de algunos prisioneros que tienen en Melilla y algún dinero». El coronel razona ante el alto comisario que «todas las posiciones han sido abandonadas por estar sin agua, sin municiones ni medios de evacuar las bajas». Lo que es válido para los que supieron luchar. Luego dice que están con él «los oficiales y parte de las tropas que guarnecían Dar Quebdani»[119]. Y Araújo hace tal afirmación cuando le acompañan doce oficiales, cuatro sargentos y un cabo: dieciocho de novecientos noventa y ocho. Los supervivientes fueron pocos más, pues el ponente de la Causa precisará: «No llegaron a veinte los que quedaron»[120], aunque en relación a 957 clases y soldados. Por lo tanto, unos cuarenta de casi mil. Y Araújo se atreve a escribir: «Del resto creemos que está recogido en la cábila de Beni Said, estando hasta ahora atendidos y bien tratados.»[121]

El coronel y los suyos quedarán en casa de Kaddur. Uno de ellos recibirá permiso para recorrer los tétricos alrededores de Dar Quebdani. Será Sanz Gracia, quien llegó hasta la aguada, lugar «que encontró sembrado de cadáveres, y algunos quemados». El grupo de Araújo será llevado a Bu Hermana y luego a Axdir. Allí permanecerán dieciocho meses cautivos. Menos Sanz, que se dará a la fuga, «logrando llegar a nado a la isla de Alhucemas»[122].

La retirada de Bu Beker y la pirámide de Uzai

Más atrás de Cheif estaba Zoco el Telatza de Bu Beker, anclada en un universo de rocas y estepas. En Zoco tenía su base otra columna móvil —seis compañías (una de ametralladoras)—, compuesta por 970 hombres (30 oficiales y 940 soldados). Si a éstos se sumaban las guarniciones

---

[116] *Ibídem,* págs. 356 y 357.
[117] AJCPL. «Causa contra el coronel Araújo», pág. 18.
[118] *Documentos...* (Expediente Picasso), págs. 204 y 205.
[119] Esta carta del coronel Araújo fue publicada en *ABC* por Gregorio Corrochano, previa autorización de Berenguer, y en la edición correspondiente al jueves 28 de julio de 1921.
[120] AJCPL. «Causa contra el coronel Araújo», pág. 82.
[121] *ABC*, 28 de julio de 1921.
[122] AJCPL. DR del comandante Rafael Sanz Gracia (18 octubre 1921), correspondiente a los folios 1.354 y 1.382 del EPO.

próximas —sobre un total de veinticuatro destacamentos de la circunscripción—, los efectivos rondaban los mil quinientos.[123]

El mando lo ostentaba el teniente coronel Saturio García Esteban. De cincuenta y seis años de edad, va a afrontar una severa prueba: resistir o pasarse a zona francesa. Su coronel, Jiménez Arroyo, está ausente... ¡desde mayo![124]

La posición artillaba cuatro viejos cañones Krupp de 90 mm «en mal estado de servicio», a los que servían veintidós artilleros al mando del teniente Aurelio Arenas Molina. La posición consistía en un «parapeto de piedra trabado con barro, con coronamiento de adobes y rodeada de alambrada, pero sin foso ni glacis». El agua había que traerla de las fuentes de Ermila, ¡a treinta y ocho kilómetros de distancia! Existía la desesperante posibilidad de ir por ella a Tistutin, «adonde se llevaba, por ferrocarril, desde los pozos de Nador». El suicida dispositivo obligaba a que una flotilla de camiones-cuba, llamados *tanques,* llevasen su preciado contenido a los puestos principales, mientras que los blocaos eran servidos por camellos. Por si fuera poco, el depósito de municiones sólo «podría hacer frente a dos horas de intenso fuego, y el de víveres y medicamentos estaba casi agotado»[125].

Después de hablar con Jiménez Arroyo (en Batel), García Esteban sabe que depende de sí mismo. Dado que el repliegue hacia Arruit es imposible, tiene dos opciones, pues rechaza capitular. Puede resistir en la posición, lo que equivale a la muerte segura para todos sus hombres, o ponerse bajo amparo de los franceses, con lo que salvaría los hombres, pero no a la artillería.

Entre el 22 y el 24 de julio, los cercos se encadenan y los mensajes se acumulan en el puesto de mando de García Esteban: Haf y Sidi-Jagut están bajo un constante ataque; Loma Redonda y Sidi permanecen en sospechoso silencio; Arreyen-Lao, Siach 1 y Siach 2, más Tazarut-Uzai, también han sido atacadas; al final, Ben Hidur, Loma Redonda y Sidi Alí comunican que padecen el mismo ataque general.

Tres posiciones sintetizarán aquellos primeros dramas. La primera es Haf, al norte, distante catorce kilómetros de Zoco el Telatza. Tras rechazar un duro asalto, pide ayuda con insistencia. Y aquí viene el primer hecho singular. García Esteban convoca a su oficialidad «para darle cuenta de la situación en Haf», y una vez concluida tan —es de imaginar— brevísima información, somete «a la aprobación de los reunidos un acta en la que se hacía constar que, siendo imposible socorrer a Haf, se autorizaba a su guarnición para replegarse al Zoco». En medio del pasmo general, los tenientes Francisco Arenas Gaspar y Arturo Mandly Ramírez, más el alférez Luis Muñoz Bertet, «opinaron que, como habían de matar a los defensores de Haf al retirarse, preferían ellos sacrificarse con sus unidades e ir a proteger la evacuación». Tras una discusión, la proposición de los tres oficiales es «el criterio que prevaleció», cuando debería haber sido el de su coronel desde el principio. Forman las compañías para salir, «pero después nada se hizo, porque hubo noticia de la caída de la posición»[126]. Aquella *formación* debió llevar horas. Tomada Haf, la *harka* se lanza sobre Arreyen-Lao y su avanzadilla, Reyen de Guerruao, posición que defiende el alférez Bartolomé León con veintiocho soldados. Los rifeños les ofrecen salir con vida a cambio de dinero. León apenas lleva encima alguna cantidad en metálico, por lo que pide auxilio a sus compañeros.

En el Zoco se toma una rápida y colectiva decisión. Salen el capitán Alonso Estringana, jefe de la 6ª *mía* (compañía) de la Policía Indígena, y los tenientes Palacios y Salama, médico el primero. Los tres van «a conferenciar con los moros, consiguiendo que, por dos mil quinientas pesetas, dejaran salir la guarnición con su armamento, cantidad que pagó el citado capitán y los otros oficiales». Otro hecho insólito se produce. Un oficial (cuyo nombre se desconoce), propuso que se «diera mil pesetas del fondo de su compañía», para compensar lo entregado por Alonso y sus compañeros. El coronel se niega. Es testigo de esto el veterinario José Montero y Montero, oficial

[123] AJCPL. El total de efectivos de las 24 posiciones de Zoco el Telatza ascendía a 1.873 (54 oficiales y 1.819 soldados).
[124] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 127.
[125] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 365.
[126] *Ibídem,* pág. 239.

de Alcántara.[127] Entregado el dinero, el convenio se deshace. Los rifeños quieren las armas, aprieto que supera el resolutivo Alonso al entregarles cinco fusiles. De los pactos se pasa a las traiciones: los de Reyen del Guerruao se salvan, pero los de Arreyen Lao son acometidos por la *harka,* «sufriendo muchas bajas». Mientras, los efectivos de la Policía desertan. García Esteban ordena la retirada escalonada sobre Zoco.

Aunque pocos indígenas permanecen fieles, Alonso argumenta, ante su coronel, que esos hombres estaban dispuestos «a morir con nosotros, los oficiales», pero con una condición: «Que se hiciese una salida con toda la fuerza en dirección a Melilla», aclarando que «no permanecerían más tiempo en el campamento, donde sabían que les aguardaba una muerte segura»[128]. Son las cinco de la tarde del 24 de julio y en el Zoco el Telatza reina la confusión.

Y se produce el tercer suceso, con el ataque final sobre Siach. Parte de la caballería que había en el Zoco, «con el oficial 2° Ortega», sale al galope «en dirección al Igan». Visto esto, «corren tras ella los tenientes Benito y Salama con ánimo de detenerla». No lo consiguen, y, bajo «fuego muy nutrido», se lanzan a socorrer lasavanzadillas. Los supervivientes, a trompicones, defendiéndose a tiros, muchos heridos, entran en el campamento. Poco después, se produce un hecho impresionante, que relatará García Esteban a Picasso: «Un grupo de unos treinta (Montero hablará de "cincuenta") jinetes, con la bandera española, y que deduce fuesen los tenientes Benito y Salama con los policías que habían logrado recoger, se encaminaba hacia el Telatza, siendo recibidos con fuego de la posición, por creerlos fuerza rebelde...».[129]

Causa estupor este hecho. ¿Dónde estaba el propio García Esteban para no darse cuenta que eran sus propios oficiales los que regresaban y agitando la «bandera española»? El caso es que, tiroteados por los suyos, Jesús Benito Martínez y Basilio Salama Miguel[130], con la gente que aún mantienen a su lado, vuelven grupas y marchan en dirección a Afsó, esto es, contra el enemigo. Aún verá pasar a este grupo de caballistas desesperados el capitán Moreno desde Loma Redonda. Benito y Salama son dos de los mandos de la Policía Indígena a los que había dirigido durísimas descalificaciones el teniente coronel Fernández Tamarit, cuando este jefe tenía el mando en Zoco el Telatza.[131] Emplazados ante la prueba suprema, Benito y Salama saben responder. Moreno recordará aquella fantástica cabalgada, esos pocos hombres «con dos oficiales» al frente. Ninguno sobrevivirá.

Picasso mostrará su admiración por este hecho, en frases que, a la vez, revelan una fuerte crítica contra la marea de claudicaciones que sumerge el Rif español: «...y juzgando por los hechos apreciados, puede inferirse y enaltecerse su buen comportamiento ante el contraste de tantas abdicaciones»[132].

Ya sólo queda replegarse a zona francesa. A las diez de la noche, García Esteban convoca a sus oficiales. Tomado el partido de la retirada, y de forma unánime, las opciones son cuatro: por la izquierda, cruzando las estepas del Guerruao; por el centro-izquierda, entre Sidi Alí y Ben Hidur, camino donde se suponía estaría apostada la *harka;* por el centro —el recorrido más corto—, desfilando por la vertiente occidental de Beni Hidur y los escarpes de Tauriart, y por el centro-derecha, el sendero a Tazarut Uzai, siguiendo el curso del Igan, lejos de la dirección que los harqueños creían que tomaría la columna. Se elige la cuarta opción, la correcta.[133] Es la una de la madrugada y la salida se prepara para las tres.

En principio, todo sale bien. La noche, y una oportuna y densa niebla, hacen de excelentes aliados de la columna.

En cuanto clarea el día, la niebla comienza a levantarse, y la retirada es descubierta. Por los

[127] AJCPL. DR (Declaración Resumida) del veterinario José Montero Montero (7 octubre 1921), correspondiente al folio 1.242 del EPO (Expediente Picasso Original).
[128] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 239.
[129] *Ibídem,* pág. 240.
[130] AJCPL. Nombres obtenidos a partir del listado reunido por Picasso en «Posición de Zoco el Telatza», a 22 de julio.
[131] ASDL. Carta de Fernández Tamarit al general Silvestre, fechada en Zoco el Telatza, el 16 de mayo de 1921, págs. 3 y 5.
[132] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 240.
[133] AJCPL. Mapa, autógrafo, de Picasso. Cfr. Apéndice.

rifeños y por otros españoles, los atrincherados en un perfil agudo del páramo de Uzai. La posición, en forma de pirámide muy abierta, mira hacia el macizo de Ben Hidur, un murallón de rocas sobrevolado por bandadas de buitres.

Tazarut Uzai es el último bastión de la línea, y pronto es dejada atrás. Nadie socorre a nadie. Allí, en aquel ángulo, quedan ochenta y tres hombres, y, en una avanzadilla, otros treinta y cinco, de la Policía Indígena. Todos al mando de un teniente, al que se le ha dado la orden, el día antes, de «abandonar la posición e internarse en la zona francesa». Junto al teniente, un alférez. Cuando leen la orden, ni la entienden ni la admiten, al considerarla «equivocada». No es posible que el coronel les pida que huyan; no puede ser que escape el regimiento con los franceses. La orden es nula o falsa, y por eso «no la cumplimentaron»[134]. Los jefes de Uzai son el teniente Elías Bernal González y el alférez Francisco Dueñas Sánchez. Sus nombres permanecían en el anonimato heroico. Gracias a Picasso sabemos quiénes fueron y cómo actuaron.[135] La pirámide de Uzai va a resistir.

Bernal y Dueñas tienen fe en lo que hacen. Sus hombres parecen dispuestos a pelear. Disponen de dos malos cañones —dos Krupp de 80 mm, de los que hicieron las guerras de Cuba—, pero mejor eso que nada. Lo que falte en material, lo suplirá el valor. Son ciento veinte. Van a morir todos menos siete cuando llegue la noche.

Bajo las luces vencedoras de la niebla, Bernal y Dueñas descubren la retirada. A unos cuatro kilómetros, la columna se va. Tal vez son ellos unos suicidas, al no permitir que sus hombres vivan, corriendo hacia aquella salvación polvorienta. Dudas tremendas las que debieron vivir aquellos dos oficiales. Pero las vencen y se quedan.

En el llano, las compañías avivan la marcha. De pronto, empieza el fuego mortífero de los primeros *pacos* (tiradores emboscados), que aciertan todos sus tiros, dada la densidad de marcha de la tropa de García Esteban, que iba formada «en columna de a cuatro», blanco imposible de fallar.

A continuación, el desastre. Caen varios oficiales, seleccionados por la puntería rifeña. Caen también los mulos, en especial los que portan las ametralladoras. La tropa se asusta, se descompone. Otra avalancha de pánico, otro Izzumar. Los enfermos y los heridos se quedan atrás, abandonados. Entregada al miedo, una parte de la columna quiere desenfilarse del fuego metiéndose en la montaña, la llamada del «Cuadrilátero». Los rifeños se aperciben y corren también. Corren mucho más que sus víctimas.

Aparecen unos grupos de jinetes, de los que luego se dirá que forman *la caballería enemiga,* pero son sólo «cincuenta o sesenta»[136]. Tan, reducido número basta para aumentar el caos en las filas españolas. Llegan más rifeños, atraídos por el crepitar de las armas. Se apostar en los pasos próximos a Tazarut Ichbaun y el monte Bubris. Los grupos que llevaban algunas ametralladoras dudan entre ir por el camino, que se estrecha en desfiladero, o buscar el llano. Y deciden lo último, yéndose hacia el Guerruao, «sin que a pesar de las voces que se les dieron se lograra su incorporación a la columna»[137]. Ni uno se salvará.

Los restos de la columna acaban en un circo de montañas. Las de Ben Hidur están coronadas de siluetas enemigas. De allí llegarán las últimas heridas: las de la vergüenza. El cónsul español en Uxda lo expuso así: «Todos los heridos que han llegado hasta aquí lo han sido en el lado izquierdo»; aclarando que «los orificios de entrada son en su casi totalidad por detrás», lo cual demuestra que «no hubo reacción de las fuerzas»[138].

La divisoria fronteriza, con los baluartes de Hassi Uenzga, aparece a la vista de todos. Pero el terror agarrota los cuerpos y desata los peores instintos. Se producen peleas a machetazos por los mulos; se niega el auxilio a los heridos que caen; se ignoran las órdenes de los oficiales valientes, como Alonso y Mille. El primero se salva; el segundo, muere. García Esteban se atraviesa en el torrente de huidas queriendo contener lo imposible. Le ignoran.

Al fin se cruza la frontera. Los hombres, derrengados, se arrojan en medio de «un bosquecillo»

[134] *Documentos...* (Expediente Picasso), págs. 253 y 254.
[135] AJCPL. «Posición de Tazarut Uzai», a 22 de julio.
[136] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 243.
[137] AJCPL. DR del veterinario José Montero Montero (7 octubre 1921), correspondiente al folio 1.242 del EPO.
[138] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 600.

próximo a Hassi Uenzga, «sin que hubiese medio ni excitaciones para sacarlos», como recordaría el capitán Prats, «por lo que aquella noche desaparecieron». No pocos son muertos, a unos metros de los parapetos franceses, que guardan ominoso silencio. Son los casos del capitán Francisco Asensi Rodríguez, los tenientes Manuel Asaise de Lucas y Fernando Núñez, y el alférez Nicolás Alderete Heredia.[139]

La «postguerra» de Uxda y una carta desde Chafarinas

García Esteban logró salvar, según él, «la mitad» de sus hombres. También había perdido «las actas del Consejo de Defensa, porque las llevaba el ayudante, teniente Mille, que figura desaparecido». Demasiadas pérdidas. El teniente coronel dará cuentas de «unos cuatrocientos supervivientes», lo cual suponía el 59 por ciento de bajas si la columna fuese de novecientos setenta efectivos, o el 74 por ciento si se considera mil quinientos los soldados de los que fue responsable.[140]

Picasso no mostrará contemplaciones ante lo ocurrido en Zoco el Telatza. Por eso dirá que «es de, notar la flojedad, desmoralización y desaliento que acusa esta retirada, en el recorrido de una corta jornada, arrollada y acosada por el enemigo», beneficiado éste de lo «inhábil o impotente del Mando para tomar contra él las aconsejadas disposiciones del caso»[141]. Aún falta un desastre más. El episodio de Uxda.

La tropa, abrumada por lo vivido, se trasladará hasta Camp Bertaux y luego irá a Taurirt (el 28 de julio), pasando después a Uxda y Orán, donde quedará «haciendo vida correcta y ordenada»[142], como precisará el veterinario Montero; pero unos pocos aportarán nuevas derrotas a su uniforme. Y el propio teniente coronel lo aceptará así ante Picasso en su tercera declaración: «Llegó a su conocimiento que el 2 de agosto ocurrió un incidente en una casa de lenocinio entre dos oficiales y tres sargentos de la columna, siendo reprendidos por el testigo (García Esteban), que no tuvieron exigencias de dinero, pues se les dio el suficiente (su paga).»[143] Los soldados, acuartelados; los oficiales, en hoteles; y algunos de juerga a costa de la caja consular, mientras que «la tropa recibía en mano el socorro de veinticinco céntimos diarios»[144]. El desdichado destacamento embarcaría en Orán, el 8 de agosto, hacia Melilla, en el vapor *Beliver.* Entonces se sabrá el número exacto de los supervivientes de Bu Beker: 22 oficiales y 462 hombres, más 9 heridos que han quedado en Uxda. De todo ello informará Berenguer a Eza el martes 10.[145]

Uno de esos escapados de la muerte es un recio aragonés, Pedro Campo, natural de Costean (Huesca). Le han destinado a las Chafarinas. Y desde allí escribirá a su padre, Modesto, el 25 de agosto. Pedro, analfabeto —como el 65-70 por ciento de la tropa—, escribe por mano de un compañero, cuya ortografía y sintaxis forman parte de las supervivencias de la época, y que se transcriben tal cual: «Querido padre: Mis deseos son de que al llegar esta hasu poder los alle disfrutando la mas completa salud que es cuanto yo les deseo la mia es mediana que desde que sucidio lo que supongo que ustedes estaran enterados (...).» Y sigue: «Padre todo el terreno que tenia España ganado desde el año nuebe hasta la fecha todo esta en poder de ellos. El dia 25 dia de Santiago tuvimos que abandonar los campamentos y echarnos a las posiciones de Francia dejando todo el camino lleno de Muertos (con mayúscula en el original). Salimos del campamento mil quinientos hombres y llegamos a francia (con minúscula) 4 cientos. Los demás se quedaron en

139 Los nombres de estos oficiales provienen del listado de la «Posición Zoco el Telatza», revisado por Picasso.
140 Un buen estudio sobre estos hechos, el de Domínguez Llosa, Santiago, y Gil Ruiz, Severiano, *Zoco Ez-Zlaza. El otro desastre,* en *Ejército,* 1992, págs. 112-122.
141 *Ibídem,* pág. 246.
142 AJCPL. DR del veterinario Montero, folio 1.242 del EPO.
143 *Ibídem.* DR del teniente coronel García Esteban (18 y 22 agosto 1921), pertenecientes a los folios 202 y 292 del EPO.
144 *Ibídem.* Carta de Picasso a La Cierva, fechada el 9 de noviembre de 1921.
145 AFAM. Leg. 442/9. Conversación telegráfica Eza-Berenguer, a las 20.15 h del 9 de agosto de 1921.

manos de los rebeldes y los pocos que quedamos se puede decir que quedamos rebentados...».[146]

Berenguer no está para arengas ni para recibir aviones

Al clarear la mañana del 24 de julio, Melilla toda regresa a los muelles. A las ocho, la gente vitorea el horizonte al ver un barco que apunta recto al puerto. Llega el regimiento de la Corona, unidad de reclutas que superará a muchas veteranas. Pero la multitud enmudece al desembarcar las fuerzas. Son sólo veinte oficiales, cuatrocientos cincuenta soldados y diecinueve acémilas. Hacen falta muchos más hombres y medios para salvar Melilla. Pasado el mediodía, otra silueta aparece a lo lejos. Es el *Ciudad de Cádiz.* Unos aplausos de poco fuste celebran su rápido atraque, a eso de la una de la tarde.

La resignación popular se transforma en alivio cuando identifican los uniformes que descienden por las pasarelas. Llega el Tercio, con treinta y dos jefes y oficiales y ochocientos cuarenta y un soldados. Con ellos viene Sanjurjo, un general que muestra incipiente barriga pero que no se está quieto, y al que se le obedece por los ojos y no por las voces. A su lado, Millán Astray, agresivo más que inquieto, teatral en sus desplantes, brutal en sus maneras.

Desde la borda, Millán improvisa una arenga. Como todas las suyas, provocadora, incendiaria. La ciudadanía oye hablar de victoria o muerte, de salvación para todos y de sacrificio hasta el último de todos. Superando su acongojo, le aplauden. Con mucho más fervor se aplaude el desfile de los legionarios. Van descarados, marcando su paso de ataque. La mayoría a primera línea, los demás, a movilizar la calle. La recorrerán por sus ejes, llegando al fondo y vuelta otra vez. Hasta que caiga la noche, hasta que muera el miedo en la plaza. Será ésta una orden de Berenguer según su testimonio[147], o una iniciativa de Millán Astray —lo más plausible— y autorizada por Sanjurjo, molesto éste porque el alto comisario no ha ido a recibirles.

En la anochecida del 24 de julio, Melilla cuenta sus posibilidades: cuatro regimientos —Borbón, Corona, Extremadura y Granada—, más la Legión. Han llegado 3.149 hombres. En un día. España responde. Falta que responda la inteligencia militar.

En la madrugada de ese mismo 24 de julio, nada más recibir aviso Eza de que Berenguer había llegado a Melilla, pedía a los ayudantes de éste le transmitieran el siguiente mensaje:

Ministro: «—Que me hagan el favor de comunicar al Alto Comisario para que pueda contestarme, cuando hablemos dentro de una hora, (que) pueden enviarse, si lo cree necesario, ocho aparatos de aviación, saliendo de Madrid cuatro Breguet, no pudiendo enviarse más por la falta de pilotos; otros cuatro podrían ir de Tetuán, donde hay catorce con buenos pilotos ...»

Eza añadiría que «la consulta la hace el Jefe de Aviación (coronel Vives) para que el Alto Comisario la resuelva»[148].

Horas después, el ministro recuerda al alto comisario «mi consulta de anoche relativa a la aviación, cuyas órdenes están preparadas, en espera tan sólo de su conformidad». De Berenguer va a recibir una respuesta tan inconcebible que Eza tarda en comprender: «En cuanto a la aviación, no la necesito, y además, el aeródromo de Zeluán debe estar abandonado, y en el de Nador, esta mañana di orden para que trajeran los aparatos a Melilla, y no pudieron efectuarlo, era ya tarde.»[149]

Extraordinario Berenguer. Se ha quedado sin aviación en el Rif, pero tiene catorce aviones en Yebala y ocho más que le ofrecen en Madrid; puede preparar una pista en el Hipódromo melillense; y hasta tiene a la espera telegráfica a su ministro con «órdenes preparadas». Todo lo rechaza.

Eza, antes de despedirse, le hace un singular encargo a Berenguer: «Llamo atención V. E. acerca un aeroplano civil que ha debido aterrizar ésa (Melilla) conduciendo corresponsales prensa madrileña.» Berenguer, sorprendido, responde: «No tengo noticias del avión con periodistas de que me

[146] Extractos de esta carta autógrafa, facilitada al autor por Blas Broto Campo, nieto del soldado de Chafarinas.
[147] Berenguer, D., op. *cit.,* pág. 91.
[148] AFAM, Leg. 442/9. Conferencia celebrada entre Berenguer, y sus ayudantes, con Eza, a las 00.45 horas del 24 de julio de 1921.
[149] *Ibídem.* Conversación telegráfica Eza-Berenguer a las 14.05 horas del 24 de julio de 1921.

habla, y realmente en este momento no se dispone de ningún campo de aterrizaje.»[150]

Se trata de una audaz iniciativa del diario *El Liberal:* el flete de un aparato Bristol, de 230 CV, pilotado por un profesional de renombre, De Havilland, que había salido «a las cinco de la mañana del 24 de los hangares de Cuatro Vientos»[151], y en el que iba de pasajero el redactor José Espinosa. Vía Córdoba-Sevilla-Gibraltar-Tetuán, los intrépidos viajeros se plantarán en África, cruzarán, de punta a punta, el territorio sublevado, pasarán por encima del Peñón de Alhucemas, sobrevolarán docenas de posiciones que aún humean, dejarán atrás los aeródromos inservibles de Zeluán y Nador, y aterrizarán en la explanada del fuerte de Rostrogordo. En medio del pasmo general, empezando por el de Berenguer.

En esa tarde del 24 de julio, Eza promete a Berenguer que, «entre el día y la noche de hoy lleguen ahí cinco barcos con tropas, completándose en dos o tres días los dieciséis batallones ofrecidos». Y aclara al alto comisario: «Pudiendo decirle que el material de municiones que últimamente pidió el general Silvestre está ya cumplimentado, para su transporte.»[152] Las sesenta mil granadas de cañón que pidiera Silvestre están listas. Dos días después de su muerte. Y a falta todavía de barcos para África. Ya en la medianoche, Berenguer recibe en su despacho a un alférez. El joven oficial le pide permiso para irse a Madrid. La conversación se alarga, y Eza exige línea para hablar con el alto comisario. Berenguer deja al ministro en espera. Cuando se comunica con Eza le pide disculpas, «pues me encontraba en una escena muy impresionante con el hijo del general Silvestre».

Caen los fuertes del mar

Sidi Dris y Afrau son los fuertes del mar. Caerán como tales, solos y cercados, luchando hasta el final. El 24 de julio, a las 17.25 horas, el comandante del *Princesa* envía un radiograma a Berenguer en el que urge el envío de refuerzos, y en referencia a los defensores, pide «que no les dejen morir»[153].

Al mando en Sidi Dris está el comandante Juan Velázquez y Gil de Arana. Cordobés, de cuarenta y cinco años. Manda con energía y tacto, pero no duda en enviar, al capitán del *Princesa* (Sanchiz), un mensaje para que le sea retransmitido a Berenguer. Es un escueto documento de la desesperación: «Estamos perdidos. Que le digan al Alto Comisario que mande fuerzas pronto. Y que a ver si quieren salir en seguida de la plaza, que estamos muriendo, no podemos más ya.».[154]

Al aumentar su acoso los rifeños, se romperán las últimas prudencias y todos querrán escapar. Todos menos el comandante y un tercio de la guarnición, que quieren dar ejemplo. Lo dan y mueren. Velázquez (laureado póstumo) cae de los primeros. En el cuerpo a cuerpo, ni tiempo hay para inutilizar los cuatro cañones. Un alférez, de la dotación del *Laya,* José María Lazaga y Ruiz, se interpone. Marcha con dos botes —uno a motor y otro de remos— a por los condenados. Ve la agonía de tantos y no lo duda: ordena embutir su bote en la playa. Salvará a unos pocos, pero perderá la mitad de sus tripulantes y él mismo se llevará cinco balazos. Fallecerá en Melilla el 30 de julio. Tenía veinticinco años.

La pequeña flota vira. En la maniobra los *piques* (salvas) la rodean; los rifeños han vuelto las piezas y, veloces en su aprendizaje, abren fuego.[155] Antes de partir, entre el oleaje, ya en la noche, se rescata a cuatro soldados. Sumados a los salvados por Lazaga, dan coherencia al esfuerzo, aunque son tan sólo un puñado. Treinta de trescientos.

En la mañana del 26 de julio, un comerciante hebreo, Jacob Farachi, ocupado en «atender a las tropas y obreros de los trabajos de minería que allí se iniciaban», se marcha de Afrau «con otros

---

[150] *Ibídem.*
[151] *El Liberal,* edición del martes 26 de julio de 1921.
[152] AFAM, Leg. 442/9. Conferencia telegráfica entre Eza y Berenguer a las 14.05 h del 24 de julio.
[153] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 125.
[154] *Ibídem,* pág. 124.
[155] AFAM, Leg. 442/9. Así lo reconoce el propio Berenguer a Eza —en conversación telegráfica mantenida a las *15.15* horas del 26 de julio—, cuando habla de haber sido «bombardeada» la flota.

españoles paisanos», logrando refugiarse «en la casa de un moro amigo»[156]. Por él se sabrá parte del drama.

La guarnición de Afrau sale. Su objetivo es alcanzar los barcos. Conduce la tropa el teniente Joaquín Vara de Rey, pues el jefe de la posición, Francisco Gracia, ha caído «al hacer la retirada de la avanzadilla». Vara de Rey confía en salvar a su gente. Pero no va *el último de todos* y Picasso le encausará. Un cabo, Mariano García Martín, mantendrá esa posición. Tiene veinticinco años y es del pueblito toledano de La Torre de Esteban Hambrán. Ha cumplido su tercer año y espera ser licenciado. Un tiro en el vientre siega ese derecho. Sintiéndose herido de muerte, coge su fusil y se parapeta tras unas piedras. A sus cariacontecidos compañeros les pide que se vayan, «que él seguiría haciendo fuego para protegerles la retirada»[157].

Pasan los últimos de Afrau. Los cañoneros envían sus botes. Vara de Rey autoriza una última carrera. Se salvarán ciento treinta (cuarenta de ellos heridos) de ciento setenta y nueve. Atrás queda un cabo con el vientre destrozado, tumbado en el camino y apuntando al enemigo, que se le echa encima. Le concederán la Laureada en junio de 1922.

Toque de generala en Nador y confusión en Zeluán

En Nador, la noche del 23 de julio, el teniente Fresno, que estaba acarreando municiones a «la iglesia nueva», para allí parapetarse con otros guardias, ve llegar una columna de artilleros «en estado lamentable»; el oficial al mando le comenta «que en el camino se le había quedado la mayor parte de su fuerza, rendida, herida, y algunos muertos a pedradas»[158]. Al ver esas escenas, los vecinos piden fusiles para hacerse fuertes en la iglesia. No se los dan, porque «no los había». Es mentira. Armas y municiones hay. Pero las van a quemar. Ya de madrugada, «tocaron llamada desde el campamento de la Brigada».

Este toque de generala —«repetido» precisará Picasso— y que ha ordenado Pardo Agudín, servirá a los merodeadores rifeños de oportuna «señal para lanzarse al robo, saqueo e incendio»[159]. En una desbandada más, Fresno logrará rescatar «a sesenta y nueve individuos» que, unidos a los decididos a quedarse, formarán una escuálida guarnición de ciento sesenta y cuatro defensores, de ellos, trece oficiales. Se renunciará a la iglesia fortificada por Fresno, eligiéndose la fábrica de harinas. Antes, Pardo Agudín mandará sacar del depósito «cuarenta cajas de municiones y unos ciento veintitantos fusiles que, con la bandera de la Brigada, pudo mandar a Melilla en un volquete»[160]. Luego ordenó incendiar el barracón y volar las municiones. Las enviadas y las voladas faltarían en la defensa de Nador.

En Zeluán se sublevará el Tercer escuadrón de Regulares, escapando un centenar de hombres, tras tener «catorce muertos» en una refriega con los efectivos leales en la alcazaba, de la que tomaría el mando el capitán Carrasco. A unos cuatrocientos metros de esta posición se encontraba el aeródromo, donde tenía su base la única escuadrilla con la que contaba Silvestre. Cinco aparatos en regular estado, más otro inservible, bajo el mando del capitán de Ingenieros Pío Fernández Mulero. El aeródromo tenía «tres sargentos y cuarenta y tres soldados» para su defensa, y a ellos se agregaron treinta jinetes de Alcántara, más tres oficiales: el teniente Martínez Vivancos y los alféreces Maroto y Martínez Cañadas.

Cuatro pilotos y tres observadores eran los efectivos de la escuadrilla de Zeluán. Los oficiales, a diario, duermen en Melilla. Uno solo quedaba de servicio en el aeródromo. Y si había emergencia, la norma era ésta: «En caso de alarma debían acudir todos a tomar el auto para incorporarse a

---

[156] AJCPL. DR (Declaración Resumida) de Jacob Farachi (9 setiembre 1921), folio 676 del EPO (Expediente Picasso Original).

[157] Del texto oficial y antecedentes, de concesión de la Laureada al cabo García. *España en sus héroes, op. cit.,* pág. 893.

[158] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 275.

[159] *Ibídem*, pág. 280.

[160] *Ibídem,* pág. 279.

Zeluán.».[161]

Fernández Mulero había recibido aviso, en su casa de Melilla, del alférez Martínez Cañadas, desplazado en un *coche rápido*. El alférez —según declarará su capitán— venía a comunicarles que dos oficiales, Arizón y Rueda, «querían quedarse a dormir en el aeródromo». Fernández Mulero contesta que «no convenía se quedasen allí para no soliviantar a la tropa». Picasso no comprenderá aquel viaje por «tan fútil objeto»[162]. Todo parece indicar que Martínez Cañadas ha viajado hasta Melilla para consultar a su capitán qué hacer con los aviones: llevarlos a Nador o a Melilla. Nada se decide a esas horas —seis y media de la tarde del 23 de julio—, y los aviones se perderán.

Pasadas dos horas, Fernández Mulero logra, al fin, comunicar con el aeródromo. Y dicta una orden memorable a sus pilotos, que Picasso resume así: «En vista de la absoluta tranquilidad que reinaba, autorizó a los oficiales de la escuadrilla para bajar a la plaza el que quisiera.»[163] Fernández Mulero adujo que «como no tenía órdenes de hacer servicio el 23 por la tarde, dejó libertad (a sus oficiales) para que lo hiciesen o no». La *democracia* militar se ha enseñoreado del Rif español, primero en el Izzumar y luego en Zeluán. Pero en Buhafora se votó al revés: por la dignidad y la responsabilidad.

Ya de noche, Fernández Mulero «supo tiroteaban el aeródromo»[164]. Se queda en la Comandancia General «hasta las 5 de la madrugada». Luego sale en su coche hacia Nador, «no pudiendo pasar de la 2» caseta». A tres kilómetros de Melilla.

Otro testigo, el también capitán y aviador, José García Muñoz, testificaría que para el 22 de julio estaban ordenados diversos «vuelos de reconocimiento y bombardeo, pero al enterarse de los sucesos (en Annual) se dejó sin efecto la orden».[165] Y el sábado 23, en una acción que reuniría todos los aviones disponibles, Fernández Mulero bombardeará Ben Tieb —ya incendiado por Lobo y los suyos—, acción por la que se le concederá, en 1925, la Medalla Militar. El capitán, tras aterrizar, «regresó a Melilla sin esperar llegasen todos los aparatos»[166].

En su contundente declaración ante Picasso, García Muñoz se quejará de que «el capitán Mulero no se hiciera acompañar de los demás oficiales cuando en la madrugada del 24 trató de llegar a Zeluán», pues sólo el jefe de la escuadrilla disponía de automóvil. Y en cuanto al fallido viaje de Fernández Mulero, diría del mismo que «lo cree una preterición», pues le constaba que «el camino a Nador estuvo libre hasta las ocho y media de la mañana».[167] Y el tren de las siete también llegó a Nador.

En su descargo, Fernández Mulero manifestaría que «aun cuando los oficiales hubieran estado en el aeródromo no hubieran podido salvar los aparatos». Pasmoso ejercicio de anticipación a los hechos, que dejaba en pésimo lugar la voluntad combativa y la profesionalidad de sus hombres.[168] Los aviones, sin pilotos, fueron quemados por los rifeños.

Un capitán en la cuesta de Arruit y una pelea entre jefes

Durante cuatro extenuantes jornadas, Navarro y los suyos permanecieron en Batel, sometidos a continuo *paqueo* del enemigo. El miércoles 27 de julio, Navarro decide adelantar su aturdida columna hasta la cercana Tistutin. Pero el agua del aljibe se agota en pocas horas y decide dar el

---

161 AJCPL. DR del capitán Pío Fernández Mulero (4 octubre 1921), correspondiente al folio 1.184 del EPO.
162 AJCPL. DR del capitán Fernández Mulero sobre el EPO. *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 288.
163 *Ibídem,* pág. 289.
164 AJCPL. DR del capitán Fernández Mulero sobre el EPO.
165 AJCPL. DR del capitán José García Muñoz (6 octubre 1921), perteneciente al folio 1.225 del EPO.
166 Herrera Alonso, Emilio, coronel. «La aviación en la retirada de Annual», en *Aeroplano. Revista de Historia Aeronáutica,* n° 9, noviembre 1991, pág. 22. Según Herrera, Fernández Mulero llegó el último y «con un retraso de media hora respecto a los otros aparatos». Conviene señalar que, en el Diario de Operaciones del Grupo de Escuadrillas de Melilla, las primeras anotaciones corresponden a los partes del 29 de julio de 1921, faltando las hojas de los días anteriores. AGHEA, Leg. 5/1 A.
167 AJCPL. DR del capitán José García Muñoz sobre el EPO.
168 *Ibídem.* DR del capitán Fernández Mulero sobre el EPO.

salto hasta Arruit, distante catorce kilómetros. Van a mandar la retaguardia dos oficiales de Ingenieros, los capitanes Félix Arenas y Jesús Aguirre Ortiz de Zárate.

Ambos han realizado un acto de valor el martes 25, en Tistutin, al incendiar unos almiares de paja, desde donde los fusileros rifeños abatían a los españoles. Otra gesta a lo Cascorro. Aguirre había formado una fila de buenos tiradores, y entonces Arenas, «acompañado del soldado Calixto Arroyo y un cabo», de pie los tres sobre la línea que barrían los fusiles rifeños, «llevó hasta ocho bidones de petróleo, que le fue entregando Aguirre desde el parapeto, prendiendo fuego al almiar que, al poco rato, ardía por completo». También incendió «ocho o diez cadáveres que producían un hedor grande»[169].

El viernes 29 de julio, Arenas y Aguirre van de los últimos, vigilando a los rezagados y sosteniendo constante tiroteo con los harqueños. Los dos capitanes se defienden con fusiles. Arenas lleva una mano vendada, por las quemaduras sufridas en su gesta incendiaria. Al llegar cerca de Arruit, se encuentran rodeados, y la columna, «que avanzaba ya muy presada por el enemigo», con ellos. La lucha se generaliza, pues «se combatía por los cuatro frentes». Aguirre ve caer, herido, a uno de sus alféreces, Maroto. Y con él al hombro y el fusil en la mano, «entró con los restos de su gente»[170]. Arenas queda solo, entre los cañones.

La única batería que quedaba, la de Blanco, va a perderse. Quiere su capitán defenderla, pero sus soldados le arrollan. Y surge Arenas, que defiende esos cañones como si fueran su vida.

Félix Arenas Gaspar es un español caribeño, nacido en Puerto Rico el 13 de diciembre de 1891. Su padre, Félix Arenas Escolano, es capitán de Artillería. Tras su paso por la Academia en Toledo, ha ido a Guadalajara, para formarse en Ingenieros y queda agregado al Servicio de Aerostación, ya en 1911. Arenas es un gran técnico —ha manejado globos, ha cursado estudios en la Escuela Superior de Guerra (con excelentes notas), y domina la topografía y la telegrafía—, y es un voluntario permanente. Ningún compromiso le detiene. Su hermano Francisco, teniente en la columna de Zoco el Telatza, ha muerto en esa retirada, pero él nada sabe y nada sabrá. Jefe accidental en Tistutin, se ha hecho allí con el mando y con el ejemplo, frente a tantos huidos.

El capitán se defiende .a la desesperada, su mano quemada le impide manejar el mosquetón. Los rifeños, admirados de su resistencia, detienen el acoso. Hasta que uno de ellos se atreve, y, poniéndole en la cabeza un fusil, lo mata.

Varios oficiales —los tenientes Calderón y Sánchez, entre otros—, al entrar en Arruit, pedirán a Navarro, a gritos, la Laureada para Arenas. Le será concedida en noviembre de 1924.

Los rifeños cogen esos cañones, los retrasan a brazo —para ponerles fuera del alcance de una posible salida española—, estudian sus mecanismos y abren fuego. Una de sus primeras granadas destrozará al capitán Blanco, el gran peleador del Igan, muerto por su propia batería, la que no le dejaron rescatar.

En la misma cuesta mueren dos hermanos, los García Martínez: Modesto y Víctor, ambos oficiales médicos.

Navarro se ha quedado sin columna y casi sin jefes: en la entrada a Arruit han muerto los tenientes coroneles Álvarez del Corral y Piqueras. Aún tiene a Primo de Rivera y a Pérez Ortiz.

El jefe de San Fernando ha hecho los catorce kilómetros de retirada a pie, recorriendo arriba y abajo la desventrada columna, alentándola y ordenándola. Tiene cincuenta y siete años. Al llegar a Arruit, «sediento y afónico», se sienta en el suelo, acalambrado. No acaba de hacer tal cosa cuando recibe aviso de que el general le busca. Pérez Ortiz resumirá así su reacción: «Mis piernas no me obedecen, el recado me carga, y respondo que no puedo ir.» El que viene a buscarle es el propio Navarro, «muy mal impresionado», con el desagrado patente en su rostro. El teniente coronel, al oír la orden (que desconocemos), se revuelve: «Imposibles no, y menos de esa manera.» Pero frenará «sus arranques de rebelión». Pérez Ortiz recordará los «ojos fulminantes» de Navarro.[171]

En Arruit hay cercados 3.017 hombres. Y la cuenta de los víveres disponibles es ésta: 109 litros de aceite, 23 sacos de arroz, 5 de café, 228 de cebada, 10 de garbanzos y 16 de judías. Más los

[169] ASDL. «Diario de Operaciones de la Comandancia de Ingenieros de Melilla», julio-agosto de 1921, pág. 4.

[170] *Ibídem,* pág. 6.

[171] Pérez Ortiz, E., op. *cit.,* pág. 78.

caballos de Alcántara y los mulos que se puedan comer.

Alfonso XIII imagina que Berenguer hace lo que debe

En Melilla, el 28 de julio, no hay un solo avión. En el Hipódromo, al fin movilizados por una orden que deberían haber recibido una semana antes, cientos de soldados limpian de piedras las pistas. Al día siguiente, sábado 29, llega, desde Granada, el primer refuerzo aéreo. Un Bristol pilotado por el capitán Manzaneque, con el capitán Carrillo como observador. Ambos oficiales «por la tarde, hacen un vuelo de observación buscando la columna del general Navarro»[172]. La encuentran en Arruit, cercada y resistiendo. El Bristol regresa, comunica la noticia y vuelve a despegar. Sus tripulantes llevan «un saco con chocolate y galletas, cinco grandes panes y un paquete de veinte kilos de municiones».[173] El viaje son cuarenta minutos de ida y vuelta. Carrillo y Manzaneque harán tres vuelos ese mismo día.

Ese 29 de julio, enterado Alfonso XIII «de que existe comunicación con la columna Navarro», pasa a Eza un mensaje de aliento para los cercados. Pero alertado por la negativa de Berenguer a recibir refuerzos aéreos, el Rey le recuerda ese imperativo de socorro, en el que supone *ha pensado* el general, y que imagina que está cumpliendo: «Al propio tiempo, S. M., en su noble espíritu, pregunta si V. E. cree posible aprovisionar aquella columna en municiones y víveres por aeroplano, bien seguro de que V. E. ya habrá pensado de antemano lo que puede hacerse y la manera de realizarlo. Afectuoso saludo.»[174]

Alfonso XIII no sabe que un solo avión vuela sobre Arruit. Cuando podía haber veintidós (catorce en Yebala y ocho en Madrid). Carrillo y Manzaneque siguen con su esfuerzo cuatro días más, tiempo suficiente para haber organizado una escuadra aérea y bombardeado los cañones capturados. En lugar de bombas sobre sus enemigos, a los cercados se les mandan municiones —que se destrozan— o comida que se pierde, «al caer en terreno batido»[175].

Carrillo y Manzaneque perseveran: siguen lanzando panes, latas de carne, paquetes de medicinas, cartuchos de fusil y barras de hielo. Todo envuelto en sacos y destrozándose al caer abajo. No importa el destrozo si son barras de hielo. A por ellas corren decenas de hombres y no pocos mueren bajo las balas rifeñas. Los que vuelven, entregan una parte a los heridos, otra a los compañeros, quedándose con «un pellizco de hielo para remojar la boca».[176] El mismo Manzaneque observa que «las tropas salían a recoger los sacos de pan y no los de municiones», lo que parecía sugerir falta de moral en las tropas. Es sólo pragmatismo. Manzaneque, intranquilo, efectúa una prueba: se eleva con su avión sobre el Hipódromo y deja caer un saco repleto de cartuchería. Entonces se comprueba que «los cartuchos se aplastaban y quedaban inservibles»[177]. Agobiado, el aviador diseña un pequeño paracaídas para frenar el descenso, más un embalaje que amortigüe el golpe contra el suelo. Vuelve a elevarse sobre Melilla y lanza su carga experimental: las municiones quedan intactas. Pero el tiempo se acaba.

Los rifeños insisten en su acoso artillero, pues en un solo día disparan ciento catorce proyectiles. Uno de ellos impacta en la enfermería, matando a dieciséis heridos. El viernes 31, Berenguer manda un helio-grama a Navarro donde le dice: «Tengo interés en saber si con pequeño abastecimiento por aeroplano, que intensificaré pasado mañana, que llegarán aeroplanos de Tetuán, puede seguir sosteniéndose.»[178]

Pérez Ortiz recordará los avituallamientos del 30 de julio: «Hemos recogido un saquete que contiene treinta panecillos y se dan a los heridos, un trocito a cada uno.»[179] Mueren los hombres de

[172] AGHEA. Diario de Operaciones, 29 de julio, Leg. 5/1 A.
[173] *El Sol,* edición del martes 2 de agosto de 1921.
[174] AFAM. leg. 442/9. Telegrama con n° 8.112 de registro.
[175] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 183.
[176] *Ibídem.* (Expediente Picasso), pág. 183.
[177] *ABC,* edición del 4 de agosto de 1921.
[178] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 63.
[179] Pérez Ortiz, E., op. *cit.,* pág. 86.

hambre, de metralla o de enfermedades. Y ni enterrarles se puede. Los cercados sólo tienen «dos picos y una pala»[180]. Con esos útiles hubo que «hacer fosas para enterrar el promedio de veinticinco cadáveres diarios, sacándose los animales muertos fuera de la posición, con grandes peligros»[181].

Socorros sin sustancia y razonamientos oficiales afines

A las 08.40 horas del 2 de agosto, llegan, desde Tetuán, cinco aparatos De Havilland, pilotados por el capitán Buruaga, los tenientes Hidalgo y Mateo, y los sargentos Carpio e Iglesias, y como observadores «al comandante Aymat y los tenientes Camacho, Bellod, González y Valdés»[182]. Han tenido que pasar ¡diez días! desde la muerte de Silvestre, para que Berenguer se decida a movilizar una parte de su Fuerza Aérea en Marruecos.

Esas tripulaciones, algunas procedentes de Larache, se han unido, el día antes y en Tetuán, en una comida «con el objeto de despedir a los compañeros a quienes, en virtud de sorteo, les ha correspondido marchar a Melilla»[183]. Los aviones han volado con suma prevención, costeando el Rif. Y a lo largo de esa ruta —unos trescientos kilómetros—, se han alineado los cañoneros, dispuestos al rescate por si alguno caía al mar.

Arruit tiene sus refuerzos, seis aparatos —dos de los cuales van a destrozarse en sendos aterrizajes—, contando el de Carrillo y Manzaneque. Entre todos, realizan cuatro vuelos el 2 de agosto; nueve el día 3; ninguno el 4 de agosto, aunque los aviones sobrevuelan Zeluán y la Restinga; cuatro más el viernes 6; seis al día siguiente; nueve el domingo 7; sólo tres el día 8, y cinco el martes 9, *el día final.* En total, treinta y ocho salidas.[184]

Los aviones pasan, tiran sus fardos y aciertan una vez de cada tres. Los sitiados se desesperan, los rifeños se aprovechan y, a voces, se mofan: «¡Pájaros de Goberno tiran pan al moro!», gritan.[185] Por la noche, una tortura peor. Los sitiados oyen repicar la campana de la estación, mientras sus nuevos dueños «silban parodiando la locomotora y, riendo y gritando como chicos traviesos, nos invitan a tomar el tren para Melilla»[186].

Nadie bombardea los cañones perdidos. Entre ellos, la pieza asentada en una loma, «mil metros» al noreste de la posición, distancia que precisará Picasso en su mapa autógrafo.[187]

Eza quería socorrer Arruit, sin tener sugerencia alguna que ofrecer, y Berenguer, teniéndola ya y precisa, no se atrevía. El alto comisario, con sus precauciones e indefiniciones, acabó contagiando al ministro —de por sí proclive a estos *contagios*— que hablaría así el 27 de julio: «Comprendo y comparto sus cautelas respecto de los avances, debiendo sacrificarlo todo a la seguridad de la plaza y evitar cualquier quebranto militar.»[188] Bien claras quedaban expuestas las razones del abandono de Arruit. Berenguer y Eza sólo tienen miedo de perder Melilla. Lo demás, incluidos tres mil hombres, debe sacrificarse. La capitulación se prepara. Desde Melilla y desde Madrid.

El 31 de julio, a las 20.15 horas, Berenguer diría a Eza que había autorizado a Navarro «para seguir conducta que dicten circunstancias»[189]. Y es que en su despacho a Navarro —de quien recibía avisos de agotamiento inminente—, Berenguer le daba ya plenos consentimientos: «Le autorizo para adoptar resoluciones que propone u otras que de momento estime oportunas, recomendándole únicamente trate retener rehenes y otras garantías análogas, que alejen toda

---

[180] *Ibídem,* pág. 79.
[181] AJCPL. DR del intérprete Antonio Alcaide Linares (10-11 octubre 1921), perteneciente a los folios 1.282 y 1.302 del EPO.
[182] AGHEA. Leg. *5/1* A.
[183] *El Sol,* edición del jueves 4 de agosto de 1921.
[184] AGHEA. Leg. *5/1* A.
[185] Pérez Ortiz, E., op. *cit.,* pág. 99.
[186] *Ibídem,* pág. 84.
[187] AJCPL. En semicírculo de Arruit, el cauce del río Caballo facilitaba dos aguadas: una, ya citada, al NE., y otra, al SO., a 400 metros, que era la más tiroteada por los rifeños.
[188] AFAM. Leg. 442/9. Conversación telegráfica Eza-Berenguer, a las 0.10 horas del 27 de julio de 1921.
[189] AFAM, Leg. 442/9.

posibilidad de traición.».[190]

Nada podía haber más aleatorio en el Rif español, hundido en aquella *derrota visigótica,* que alejar «toda posibilidad de traición». Pero Berenguer cree en ello. Y Eza responde: «Claro es que da pena tener relativamente cerca a Navarro y no poder realizar un esfuerzo que sería tan propio de nuestra hidalguía; pero el país se hará cargo de la inmensa responsabilidad que asumiríamos de comprometer algo que fuera sustancia.».[191]

El campo del Hipódromo está limpio, con sus trigales recién segados. Pero seis aviones no pueden ganar una guerra. Rodolfo Viñas dirá que «si ahora hubiera en este campo de mies recién cortada veinte aparatos, la columna Navarro, que resiste, y los bravos defensores de Zeluán y Nador, que no piensan rendirse hasta que mueran, tendrían los medios necesarios para aguardar a las columnas...»[192]. Viñas escribe antes de los desastres.

Batalla entre ministros: armas elegidas y despreciadas

Mientras la columna Navarro permanece asediada en Arruit, en la prensa madrileña estalla una agria polémica entre el general Zuque, ex ministro de la Guerra con Romanones, y el vizconde de Eza, a punto de cesar.

Luque, desde las páginas de *El Sal* —donde firmaba con su seudónimo «A de Ele»—, denunció a Eza por despreciar la adquisición de una gran partida de material de guerra británico «a buen precio». Luque definía la operación —la que el vizconde ocultase a Silvestre y Berenguer— como «perturbación cerebral» del ministro, una acción que dejaba al Ejército y a la nación «sin otro recurso que encomendarnos a la Divina Providencia, para que se apiade de nuestra insensatez y nos salve».

Cometería Eza el error de darse por aludido en La *Época,* diario conservador. El ministro, en su poco madurada réplica del 2 de agosto, llegaría a considerar al material rechazado de «puro ensayo», diciendo que se trataba «tan sólo de cañones de trincheras, unos tractores y parques de Intendencia con algo de Sanidad», lo que le llevaba a introducirse en un asombroso error: «La insignificancia de esos objetos en relación al problema de Marruecos es notoria.» Por si no fuera bastante desatino, retaba a Luque a que «hablase con precisión en sus afirmaciones»[193].

La réplica de Luque a Eza dejó a éste situado en la más elemental de las incompetencias militares, pues lo que el vizconde designaba como «objetos» sin significancia, eran los afamados morteros Stokes de 81 mm, el arma más efectiva —junto con la ametralladora—en la guerra de 1914-1918. De ella diría Luque «que dispara un proyectil con un kilogramo de explosivo, con un alcance de novecientos cincuenta metros, que produce un cráter de tres metros de diámetro por uno de profundidad, capaz de enterrar a unos cuantos moros juntos, pudiendo lanzar hasta treinta y dos proyectiles por minuto». Al desconocimiento del valor de aquellas armas, unía Eza la incompetencia de no darse cuenta de la situación del ejército. Quedaba demostrada su invalidez como ministro, y la imprudencia de quien, como Dato, le había promovido a tal rango.

Ante la impavidez ignorante de Eza, Luque se mostrará sarcástico. Por ello proporcionó a su oponente un buen símil de lo que era un mortero de campaña y su precio: «Es sólo un sencillo tubo de acero, y su coste, quinientas pesetas.» Como colofón, el general hacía públicos los nombres de los oficiales superiores que componían la Comisión de Compras de Armamento —generales García Moreno, Muñoz Cobos y Villalba—; sin omitir el número de esas armas, su destino final (Marruecos) y sus municiones: «72 artefactos para las unidades de Infantería»; más otros 318 morteros «para las posiciones» y «veinte mil proyectiles».

Entre el formidable conjunto, aparecían proyectiles incendiarios, iluminantes y fumígenos por miles, y hasta 3.125 granadas, «para formar pantallas de humo con las que se puede proteger una

---

[190] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 64.
[191] AFAM. Leg. 442/9. Conversación telegráfica Eza-Berenguer a las 20.15 h del 31 de julio de 1921.
[192] *El Sol,* edición del miércoles 3 de agosto de 1921.
[193] *La Época,* edición del martes 2 de agosto de 1921.

retirada», en sarcástica precisión de Luque.

A ello se sumaban 150 estaciones de radiotelegrafía (TSH), cuando ya no quedaba ninguna al haberse perdido la de Silvestre en Annual; 575 teléfonos de campaña, con 145 centralitas; 80 botiquines de batallón, 100.000 paquetes de cura, 500 tiendas cónicas; 70 tiendas-hospitales; 46 equipos de desinfectación de ropa y 12 para esterilización de agua; 17 ambulancias y 4 laboratorios automóviles de radiografía, «para hacer radioscopias en pleno campo de batalla», pues, en postrer sarcasmo de Luque, «hoy da pena el pensar que, en África, un médico tenga que buscar un proyectil alojado en el cuerpo de un hombre».

El general no dio respiro al aristócrata, pues le recordó que la compra de ese material de guerra estaba aprobada en Consejo de Ministros por el propio Allendesalazar, apoyada por los titulares de Hacienda (Bugallal) y Estado (Lema). Por si fuera poco, el general detallaba que la adquisición, valorada en ocho millones de pesetas, «cuando las libras esterlinas estaban a diecinueve pesetas», se hacía ya inasequible, al situarse el cambio a veintiocho pesetas por libra. Y señalaba, mordaz, que la diferencia resultante (más de tres millones) se debía a «la demora del señor vizconde». Luque incluía desafiante apostilla: «El material espera en Inglaterra.».[194] Aquellos ocho millones, aprobados en Consejo pero no desembolsados, fueron los peores dineros que se ahorró el alfonsismo gubernamental. En esa miserable economía enterró su ya poca inteligencia colonial y entre nueve y diez mil vidas. Más la supervivencia del régimen. Ocho millones por una Monarquía. Un poco menos de la dotación anual que percibía el Rey.

Dos rendiciones: una sin perdón y la otra sin razón

En Zeluán, Carrasco y Fernández se defienden. Lo mismo hace o *parece que hace* Pardo Agudín en Nador. Berenguer tendrá hacia el teniente coronel palabras tan duras como las siguientes: «No se vio en toda la actuacion de este Jefe ningún detalle de voluntad de sacrificio por la Patria.»[195] El alto comisario no sólo tenía razón, sino que estaba sobrado de pruebas. Todas esas prisas por privarse de municiones —enviar cuarenta cajas de municiones a Melilla, quedándose con sólo ocho—; por refugiarse en la fábrica de harinas sin proveerse de víveres «de los que había abundancia en las tiendas del poblado»; y ese primer mensaje de socorro, que llevaría a nado, «con gran altruismo y valor»[196], el soldado Ismael Muñoz, y en el que Pardo Agudín pedía ayuda «por ser caso de conciencia»[197]. Con demanda *tan poco militar,* ya sabía Berenguer quién estaba al mando en Nador.

Sin embargo, el mismo Berenguer daría —el 26 de julio, a las 18.30 horas—, un plazo equívoco para el socorro, que lo hacía parecer inminente: «Espero no tardar dos días en ir y conviene que resista.»[198] Por entonces, el diario *AB* C titulaba con énfasis: «En la zona de Melilla mejora la situación. El general Berenguer quiere que el país sepa toda la verdad.».[199]

Un notable rifeño, Aomar Ben Mohammed Ben Abdalá, propondrá a Riquelme «ir con doscientos indígenas de Frajana en auxilio de Nador». El coronel, admirado de tal prueba de lealtad y coraje, decide comunicársela a Berenguer. Nunca debió haberlo hecho, pues fue Aomar a Melilla, con el encargo de informar primero al comandante Lopera —jefe de la Oficina Central Indígena—, y de seguido, la decepción, pues «el ofrecimiento no fue aceptado»[200]. Aquellos doscientos rifeños, llegados con lanchas gasolineras por Mar Chica, hubiesen podido rescatar a la gente de Nador, dado que, entre el muelle de la fábrica de harinas y la mar libre, sólo había «cien metros a lo sumo»[201].

Berenguer tiene que atacar, romper el frente, suponiendo que pueda llamarse así la fluida

[194] Luque, Agustín de, «Ante el Desastre», en *El Sol,* edición del jueves 4 de agosto de 1921.
[195] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 61.
[196] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 537.
[197] *Ibídem,* pág. 281.
[198] *Ibídem.*
[199] *ABC*, edición del miércoles 27 de julio de 1921.
[200] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 8.
[201] *Ibídem,* pág. 9.

resistencia que ofrece la *harka* por delante de Nador. Cierto es que la fuerza rifeña se apoya en un flanco temible, pues el Gurugú es suyo.

El país creía que el Gurugú *era* español. El Gobierno era el más convencido. Y Eza, el único con dudas. Pues el 2 de agosto, acabando una conversación telegráfica con Berenguer, le dice: «Por cierto, que me hablaron (unos aviadores) de un campamento que habían visto en una de las gargantas del Gurugú, y que suponían enemigo, lo cual no parece verosímil, estando ocupado todo el Gurugú, supongo que incluso los picos últimos de Kol-La y Basbel.» Y llega la respuesta, demoledora, del alto comisario: «El Gurugú no está ocupado, ni yo me he referido a él en ninguno de mis partes.».[202] El ministro *queda de piedra,* y el Gurugú en manos rifeñas.

El Gurugú se había perdido por una inconcebible displicencia. El kaid Aomar Ben Mohammed —el mismo que propuso liberar Nador— no había quedado desanimado, pues a Riquelme le haría el ofrecimiento de «reunir hasta mil doscientos cabileños para ocupar Hasdú, en el Gurugú, en evitación de que la *harka* lo hiciera». Riquelme se teme lo peor, pero no puede hacer caso omiso del escalafón. Nuevo reenvío de Aomar a la plaza para informar a Lopera, nueva consulta a Berenguer e idéntico resultado, pues «los ofrecimientos no fueron aceptados por los peligros que pudiera entrañar el aprovisionamiento»[203].

En Nador, la defensa proseguía, vertebrada en torno al equipo de guardias civiles —Almarcha, Lozano— que mandaba Fresno. Pero Pardo Agudín había recibido ya carta del teniente Ibarrondo, jefe que había sido del fortín de Imarufen, en la que se le pedía a él y a los suyos «entregar la fábrica si querían conservar la vida»; el teniente coronel repuso que «por lo avanzado de la hora no se podía entrar en negociaciones, citando a los jefes moros para el día siguiente (1 de agosto)»[204]. Otro oficial, el capitán Jiménez Ortoneda, superviviente de Yebel Uddia —próxima a Intermedia A—, iniciaba una segunda mediación desde Melilla.

Berenguer, enterado de esos parlamentos de rendición, avisó por heliógrafo a Pardo Agudín que «será muy conveniente demorar en seis o siete días» esas conversaciones[205], pues ése era el nuevo plazo en el que pensaba auxiliarle. Aquello decidió a Pardo Agudín. En el mediodía del 2 de agosto se comunicará a Berenguer que «se veía venir un grupo por la carretera de Nador, con bandera blanca». Eran los 156 supervivientes de Nador. Su jefe volvía con ellos, «capitulado sin aguardar al término de las negociaciones que el Alto Comisario seguía». La derrotada fuerza llega al Atalayón, y a Pardo Agudín, antes de que suba a su coche y siga viaje a Melilla, le dice el capitán Jiménez: «A mí me deben ustedes el haber salido con vida de ahí.»[206]

En esas horas, y en Zeluán, se consuma una gran tragedia.

El aeródromo ha sido el primero en caer, falto de agua y de municiones. Quince cadáveres de jinetes de Alcántara rodean la posición, y de los quince restantes, sólo uno sobrevivirá. Manuel Martínez Vivancos entrega la posición y salva la vida en dificilísima suerte, pues sus hombres, luego de entregar las armas, cuando ya marchan hacia Nador, creyéndolo aún español, son rodeados por los rifeños, que van tras ellos «matando a todos a tiros y gumiazos, logrando pocos escapar»[207].

En la alcazaba, el final llega el 3 de agosto. Carrasco ha perdido un centenar de los casi cuatrocientos defensores que, con él y Fernández, se parapetaron en la antigua fortaleza de El Roghi. En la defensa se ha producido un hecho infame: el auxiliar de Intendencia, Julio Leompart César, tras acaparar buena parte de los víveres, «luego lo vendía a los soldados»[208]. Y se esconderá hasta el agua, pues uno de los raros supervivientes, el soldado Juan Gámez Oria, encontrará «tres grandes bidones llenos el día de la evacuación»[209]. Leompart morirá en la evacuación, que concluirá en un atroz asesinato colectivo.

Antes de capitular, Carrasco ha accedido a que «salieran de la alcazaba más de cincuenta moras

---

[202] AFAM, Leg. 442/9. Conversación telegráfica entre Eza y Berenguer, a las 20.10 h del 2 de agosto de 1921.
[203] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 8.
[204] AJCPL. DR del teniente coronel Francisco Pardo Agudín (20 agosto 1921), correspondiente al folio 261 del EPO.
[205] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 62.
[206] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 285.
[207] *Ibídem,* pág. 270.
[208] *Ibídem,* pág. 273.
[209] AJCPL. DR del soldado Juan Gámez Oria (22 septiembre 1921), perteneciente al folio 992 del EPO.

con niños, de las familias de los policías»[210]. Los sitiadores, entre los que se encontraban varios soldados de su antigua *mía* —la que abandonó en Arruit—, le dejan salir. Está condenado, y sin duda lo intuía. Su compañero, Francisco Fernández Pérez, sale también. Lleva con él su fama de oficial prudente y amigo de los moros. No le protegerá en nada. Carrasco ha pactado la rendición con «Hammú hijo y con la harka de Ben Che-lal». A veinte metros de la puerta, Carrasco y Fernández son apartados. Al primero lo insultan, golpean, vejan y torturan —metiéndole trapos en la boca—. Luego lo tirotean y queman su cuerpo. No se sabe si fue Fernández ese «oficial de la Policía» al que, «después de desnudarlo, le abrieron con una gumía el vientre». Muchos de los soldados fueron llevados al corral de La Ina, y después serán fusilados, colgados de los muros y quemados. De ese matadero logrará salir, en un desesperado esfuerzo de supervivencia, Juan Gámez, que relatará en Melilla su odisea. Algunos de sus compañeros escaparán porla carretera a Nador, pero allí estaba «Hammú, el de Segangan, con gente a caballo», que «los persiguió en un radio de cuatro kilómetros, asesinando a los que pudo alcanzar»[211].

En el Atalayón, los rendidos de Nador reciben órdenes de guardar silencio y de esperar. Formados de cuatro en fondo escuchan a un gesticulante teniente coronel. Es Millán Astray, que les advierte de que «dará un castigo durísimo a quien de ellos cuente lo que les ha sucedido o dé detalles que lo expliquen». Millán les ordena marchar, «marcando el paso, hasta el tren», al que suben acobardados y entristecidos, pensando que los van a fusilar. En la crónica del *Liberal,* la humillada tropa es descrita así: «No quieren que se les hable. No quieren decir nada.».[212]

Paradojas, martirios y objeciones de Berenguer

El 2 de agosto, Berenguer informa a Eza de una iniciativa rompedora en él. Un plan para salvar a la columna Navarro. Eza lo escucha sin darle la prioridad absoluta que merece.

Se trata de una vasta operación de flanqueo sobre el dispositivo rifeño, desembarcando fuerzas en la Restinga, para, tras amagar una embestida por Zoco el Arbáa, con «una brigada y la acción de dos regimientos de Caballería», lanzar el ataque decisivo: «...será el momento de abordar por aquí Nador, para dar la batalla a los contingentes allí reunidos». Es un plan perfecto, dado que se ataca al enemigo por detrás, y cuando éste retirase fuerzas de su frente principal, ofensiva a fondo. Aquí surge el Berenguer imaginativo y lógico, diseñando una excelente idea operativa que sus críticos —Weyler, Luque— le acusarán de no haber previsto jamás. Pero su problema no es tenerla, sino llevarla a la práctica. Piensa hacer un tanteo el 4 de agosto. Le faltarán cuatro cosas: atrevimiento, un acorazado y dos buenos ministros.

Antes de la prueba, Berenguer pide el *Alfonso XIII.* Lo hace al día siguiente de caer Nador y en la jornada trágica de Zeluán. También sugiere que se compren dos barcazas, «que mandé reconocer a Gibraltar, me dicen que son muy buenas para cualquier operación desembarco venciendo resistencia en Mar Chica, y piden por ellas trescientas mil pesetas»[213]. No es mucho pedir, pero Joaquín Fernández Prida, catedrático de Historia del Derecho Internacional, está al frente de la Armada como podía estar de paseo en barca por el estanque del Retiro. No entiende nada.

Este diputado maurista, antiguo ministro de Justicia y Gobernación, se impone a Eza desde el conformismo y el recelo. Y el ministro de la Guerra, nunca menos *guerrero* que entonces, claudica: «El Ministro de Marina manifiesta que la ida a Melilla del *Alfonso XIII* tendría inconvenientes por su porte, aparte otras dificultades que enumera.» De seguido, anula la operación de compra de material de desembarco, pues «también me dice (Fernández Prida) no ve la necesidad de las barcazas». Y de sopetón, aparatoso recambio: «A su juicio (el de Fernández Prida), podría resolverse la cuestión nombrando un Contralmirante que asuma el mando de las fuerzas navales.»[214]

[210] *Documentos...* (Expediente Picasso), pág. 271.
[211] AJCPL. «Crueldades de los moros», págs. 18 y 19.
[212] *El Liberal,* edición del sábado 6 de agosto de 1921.
[213] AFAM. Leg. 442/9. Conversación telegráfica Eza-Berenguer a las 20.35 h del 3 de agosto de 1921.
[214] *Ibídem.* Conversación Eza-Berenguer, a las 09.10 h del 4 de agosto de 1921.

No resulta difícil suponer el pasmo y hasta la irritación legítima de Berenguer. No hay acorazado, no hay barcazas, pero puede haber *un* contralmirante. Por eso replica: «Creo que hay equivocación en no mandar el *Alfonso XIII.»* Y aún añade, irónico: «El envío del Contralmirante, sin que su persona nos traiga alguna fuerza más, no es necesario.» Menos espontáneo que Silvestre, su réplica a Eza el 4 de agosto equivalía a la de aquél el 5 de julio: *guárdense ese almirante.*

Con estos antecedentes no cabe esperar nada de la acción del 4 de agosto sobre la Restinga. De gran operación, pasa a ser simple intentona, que fracasa, aunque cuesta treinta y ocho bajas. Navarro, que ha oído truenos bélicos, pide «socorro con urgencia». El despacho heliográfico, vía el Atalayón, llega hasta Sanjurjo, en el puente del crucero *Cataluña.* El general se lo retransmite al alto comisario, a bordo éste del *Giralda.* Mientras Berenguer piensa en una respuesta, otro haz de llamadas angustiosas desde Arruit logra alcanzar el Atalayón y es captado por un teniente de Telégrafos, Castro. Es Navarro, quien pregunta «si se le va a mandar columna socorro». Y Berenguer, abrumado, sólo puede enviarle expectativas de negociación con el enemigo, de la que es emisario «nuestro buen amigo Dris Ben Said, a quien V. E. conoce, para que facilite evacuación de esa columna»[215].

La gente de Navarro, que aún ve los humos de Zeluán, está vencida. Sólo vuelan dos aviones. Los grandes cañones de la Escuadra siguen mudos. Pérez Ortiz se preguntará: «¿Es que no hay bombas ni más aeroplanos en España?» Y en nombre de los cercados, interpelará al Estado: « ¿Qué organización era la nuestra que en diez y nueve días —del 21 de julio al 9 de agosto— y sin poder estorbar el enemigo al desembarco, no pudo saltar a la Restinga una columna y recorrer 25 kilómetros de terreno llano para auxiliar a los sitiados de Monte Arruit?».[216]

El 31 de julio, Berenguer ha presidido una reunión de generales que adquiere el carácter de Junta. El nudo central del encuentro es si se rescata o no a Navarro. El alto comisario —a su lado los generales Cabanellas, Cavalcanti (llegado ese mismo día), Fresneda, Neila y Sanjurjo, más el coronel Jordana— no ha recibido de sus pares ningún plan salvador de la situación en Arruit. Y tras pasar pesimista lista a las deficiencias de los refuerzos que van llegando —a los que califica de «grupo de unidades sin cohesión»—, le dice a Eza que «al no moverlas (las tropas) creo hacerle a mi Patria el mayor sacrificio que se puede hacer después del de la vida». Berenguer recibe del ministro esta respuesta: «La Nación entera se da cuenta del sacrificio que en V. E. supone el someter su corazón de soldado a su cabeza de gobernante, y puede estar seguro de que tiene por ese sacrificio la recompensa que más ha de halagarle, cual es la admiración y el cariño de su Rey y el de sus conciudadanos.».[217]

Estas frases, que se conocieron meses después, motivaron justas críticas. Entre ellas, las de un observador tan agudo como Azaña quien, en 1923, diría: «Prueba tanto el general (Berenguer) que estamos dispuestos a creer que los equivocados fueron Abd el-Krim y sus rifeños, no amoldándose al optimismo oficial.»[218]

Los generales no quieren atacar, pero sus oficiales, sí. El coronel Riquelme testificará, el 20 de julio de 1922, que «en la plaza se opinaba que se debía ir en socorro de Monte Arruit». No sólo Riquelme, sino el teniente coronel Antonio Zegrí, y los comandantes Alzugaray y Carvajal —ayudante de Navarro—, entre otros, padecían la misma necesidad de *pelear.* Su proyecto es la sencillez misma. Quieren romper las líneas rifeñas, alcanzar Arruit y volver con la gente de Navarro. Carvajal será el designado para «exponer al General en Jefe la formación de una columna mandada por todos ellos y la oficialidad superviviente con los soldados de los distintos Cuerpos, para socorrer a sus compañeros en Monte Arruit»[219]. Otro más de aquellos extraordinarios momentos de la España de Annual. Los oficiales se unen para pedir a su general que luche y salve lo que queda del ejército de Silvestre.

[215] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 64. En cuanto al *Alfonso XIII,* llegaría a Melilla el 6 de agosto, llevando en cubierta un Grupo de Artillería y a sus sirvientes.
[216] Pérez Ortiz, E., op. *cit.,* pág. 99, y V y VI de su propia Introducción al libro del que fue autor.
[217] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), págs. 69 y 70.
[218] Azaña, Manuel, en *Obras Completas,* edición de Juan Marichal. Editorial Oasis, México, 1966, tomo I, pág. 517, dentro del capítulo titulado «Memorial de guerra».
[219] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 8.

El alto comisario se encoleriza ante la idea. Una ofensiva con miles de hombres, obligados a recorrer treinta y cinco kilómetros hasta una posición cercada y forzados a volver. Setenta kilómetros luchando. Se niega. Tiene razón táctica —su propio plan es el mejor—, pero no tiene razones morales, y puede que tampoco operativas, pues esa cuña, en forma de división (diez mil hombres), hubiera podido (hasta el 3 de agosto, fecha en que Zeluán capitula) quebrar las defensas rifeñas, llegar a Arruit y reembarcar por la Restinga. Bien es verdad que para eso hacía falta una Escuadra y un ministro de Marina, y nada de eso tiene Berenguer. Por tanto, le dirá a Riquelme que, en Arruit, «no hay más camino que ése: el de la rendición».

Riquelme es como Silvestre, de los que porfía. Berenguer, acosado, define como «descabellada e irrealizable» la idea. Pero manda llamar a Jordana: coronel, dénos un cálculo de bajas para ese ataque. Jordana, mitad preciso, mitad evasivo, responde: «Unas mil quinientas.» Berenguer estima *insoportables* tales pérdidas. Riquelme razona que «ese socorro había de influir notablemente en el resultado de la campaña y prestigio de las armas españolas».

Berenguer ofrece a Riquelme que «fuese a ver al Comandante General», que no era otro que Cavalcanti. El sustituto de Silvestre, que es *hombre de prontos,* apoya a Riquelme y hasta recaba «el honor de mandar la columna de socorro»[220]. Otras adhesiones se conocen: el comandante Abilio Barbero Sandaña, y los ayudantes de Cavalcanti, Cañedo y Santiago. Y volverá Riquelme, animado, a ver al alto comisario, pero recibirá una contundente respuesta: no se sale de Melilla, no se va a ninguna parte. Ni por Navarro ni por nadie. Hay que salvar la plaza y hay que dar muestras de «un valor cívico extraordinario, prescindiendo de insensatas corrientes de opinión»[221], que será uno de los abrumadores resúmenes de la negativa del 6 de agosto, con las firmas, en acta, de seis generales y un coronel.

Cuando capituló Arruit, Berenguer argüirá que sólo disponía de 19.337 hombres, de los que «unos tres mil, reorganizados de la antigua guarnición», eran inválidos físicos o morales, y al necesitar la mitad de los restantes para defender la plaza, le quedaban «ocho mil quinientos infantes para formar columna»[222]. La Instrucción de Ayala y Ruiz de la Fuente demostraría, inapelable, que el 9 de agosto de 1921 había en Melilla 25.806 efectivos: 845 jefes y oficiales y 24.961 soldados.[223]

Berenguer, en conversación con Eza, a las 12.30 horas del 29 de julio, dedujo: «Es éste un caso realmente extraordinario, pues no se trata de reforzar un Ejército con elementos nuevos, sino de crear un Ejército para combatir al día siguiente.» Daría Eza la razón a Berenguer, argumentando que «la angustia del primer momento sólo permitió mandar fuerzas como se pudo»[224].

Juan Berenguer, director del diario *El Popular* de Melilla, hará una síntesis como militar —fue alférez y lucharía en las faldas del

Gurugú— de aquellos sucesos, diciendo: «El mayor peligro que se ha de evitar a un ejército, es el de la indecisión de su mando.»[225] Sin duda. Pero también la de sus ministros.

El holocausto en Arruit es negado por una confidencia

En relación con la columna Navarro, Berenguer tiene su confianza puesta en Dris Ben Said, en Ben Che-lal, y en Ben-he-Laul. Y también en un rifeño de larga fama: Ben Asmani. Éste, célebre confidente conocido como *El Gato* —no confundir con Ben Amadi, a quien los guerrilleros del capitán Ariza le habían cortado las orejas en la guerra de 1893—, había pedido a Ben Che-lal que tratara de «ponerse al habla con el general Navarro».

El kaid de los Beni Bu Ifrur respondió con un mensaje en el que decía que contaba con «doscientos fusiles», esto es, sólo doscientos fieles armados. Por si la carta «caía en manos

---

220 *Ibídem,* págs. 8 y 9.
221 Berenguer, D., op. *cit.,* págs. 248 y 249.
222 *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 60.
223 *Ibídem,* págs. 87 y 86.
224 AFAM. Leg. 442/9.
225 Berenguer, J., op. *cit.,* pág. 73.

enemigas», Ben Chelal cambió el término de «fusiles» por el de «duros»[226], que en nada comprometía. Con doscientos fusileros poco se podía hacer en Arruit, donde la *harka* rondaba los cinco mil hombres.

En la posición cercada, las aguadas son ya cementerios, y la artillería rifeña barre con sus tiros el interior del recinto. Los heridos pasan de cuatrocientos y la gangrena devora a muchos: ciento sesenta y siete defunciones hasta el 7 de agosto. Los equipos sanitarios tienen que amputar, a lo vivo, los miembros destrozados. Es el caso de Primo de Rivera, que dice a sus médicos —los tenientes Peña y Rebollar—: «Terminen pronto», antes de morder el trapo que ha pedido. Tienen que cortarle el brazo izquierdo, deshecho por un proyectil de cañón. La operación es tan rápida como brutal. Primo queda inconsciente. La gangrena le matará en dos días.[227]

Arruit no tiene más opción que capitular, confiando en el enemigo. Imposible resistir más, máxime ante una orden que, se dice, redactó Navarro: «Prohibido quejarse terminantemente.»[228] Algunos soldados se suicidan y otros se sublevan.

Navarro lleva dos jornadas negociando, firme en la quimera: que la tropa deje su armamento; que los heridos sean llevados en camilla hasta Melilla, y sus médicos con ellos; que los oficiales conserven sus efectos personales y armas. Es el 9 de agosto y no hay una gota de agua en Arruit. Hacia el mediodía, un grupo de soldados salta el parapeto y corre hacia la aguada. Los oficiales les llaman a voces, les amenazan, y luego «se tira a todo el que se aventura a salir». Pérez Ortiz, cerca de la entrada, intenta contener una más de aquellas alocadas salidas. Y entonces oye, a sus espaldas, el grito tan temido: «¡A matar los oficiales!» El teniente coronel se vuelve, el revólver en la mano. Enfrente tiene a una treintena de desesperados. Exige la identificación de quien ha gritado esa amenaza de muerte. Los soldados, intimidados, se apiñan en un corro y deponen su actitud. Uno de ellos, asustado, delata con su dedo al rebelde del grito. Pérez Ortiz va a por él. Pero cuando quiere sacarle de las filas, el hombre se le echa encima «y abrazándome, me besa afanosamente, llorando con el mayor desconsuelo»[229].

Los tratos con los jefes de la *harka* los ha iniciado el comandante Villar, el de Abarrán. Salió con tal propósito el 8 de agosto y no se sabe nada de él. Se espera que tenga mejor suerte que el teniente Nicolás Suárez Cantón, también de la Policía Indígena, a quien, el 6 de agosto, al salir con bandera de parlamento, le acribillaron a balazos. Los convenios se están haciendo con Buharray, Abid Lel-Lach y el inefable Ben Che-lal. No se ha hablado de dinero, aunque los rifeños calculan lo que pueden valer ese general español que va en mangas de camisa y con su fajín rojo a la cintura —así se movía Navarro por la posición—, y algunos de sus oficiales: diez mil duros. De los demás, lo que se pueda sacar. Otros intentos se han dado y por cifras millonarias: «Sábese que un teniente de Policía, con dos de éstos a caballo, fue a intimar la rendición de Arruit, exigiendo la entrega del armamento y de tres millones de pesetas.».[230]

Mientras tanto, Berenguer ha recibido, vía Cavalcanti, un aviso «del enviado de Abd el-Krim, que se encontraba en el Monte Mauro, y me dice hace todo lo posible porque esa columna sea reintegrada a Melilla, pero tropieza con grandes dificultades, pues los Beni Bu Yahi y M'Talza no le obedecen»[231].

Este mensaje, que Berenguer confirma a Eza en su conversación telegráfica del 8 de agosto a las 20.30 horas, desvela el intento del líder rifeño por evitar una matanza, y advierte de lo que va a suceder. El jefe de la *harka* de los Beni Urriaguel y de otros aliados de éstos no representa a nadie en Arruit. En su ausencia, sobrevendrá el holocausto.

Entretanto, Berenguer sabe ya, por Eza, que va a recibir treinta y seis mil hombres «para reforzar la zona de Melilla», con los cuales estima «se podrá realizar el programa mínimo, la recuperación

---

[226] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 8.
[227] Pérez Ortiz, E., op. *cit.,* pág. 84.
[228] Así se aseguraría en *La Correspondencia de España,* edición del jueves 1 de diciembre de 1921, en base «al dramático relato de un superviviente», lo que exponemos aquí con reservas.
[229] Pérez Ortiz, E., op. *cit.,* pág. 135.
[230] AJCPL. «Crueldades de los moros», págs. 7 y 8. Aquí se señala a «Boyut, teniente de la Catorce mía», que «dirigió el fuego contra dicha posición (Arruit) y el saqueo de Segangan».
[231] AFAM, Leg. 442/9.

de Nador, Zeluán, Atlaten y Yazanen, la línea de 1910»[232]. Arruit como si no existiese. A la vez, el alto comisario anuncia el envío decuatrocientos mil sacos terreros y «quinientos kilómetros de alambre espinoso» (28 de julio), que se suman a treinta y un mil granadas de artillería y veinte millones de cartuchos Máuser «hasta los cincuenta millones pedidos»[233]. Silvestre se hubiera conformado con la cuarta parte.

En Arruit, los plazos se acaban. Ha vuelto Villar. Nadie sabrá nunca qué es lo que pactó el comandante con los jefes rifeños. Jesús Villar Alvarado, figura capital no sólo para entender los hechos últimos de Arruit, sino para conocer oscuros rincones de la tragedia africana, iniciada en los montes de Temsaman, será ejecutado en cautividad (Axdir, 12 de enero de 1922).

Navarro da por terminada su resistencia. Antes de salir al encuentro con los jefes de la *harka,* ordena que se curse a Berenguer este heliograma: «Ruego a V. E. haga llegar la profunda gratitud de los soldados de esta columna a S. M. el Rey por el alentador saludo que le envía en momentos angustiosos de peligros y tribulaciones.».[234] Son las 12.45 horas del 9 de agosto.

Navarro, Ben Che-lal, Buharray y Abid Lel-Lach se encuentran bajo el dintel de la *puerta de fantasía* —ya en ruinas— que identifica a Monte Arruit. Junto a Navarro, Villar, los capitanes Sainz y Calvet, y el intérprete Alcaide. El convenio se cierra: dejar el armamento y partir con los heridos y sin que nadie sufra daño. Antonio Alcaide Linares recordará que «mientras se corrían las órdenes, para cumplir ese acuerdo, con el pretexto de estar a la sombra, pues era la una de la tarde del 9 de agosto, se trasladaron con el general y algunos oficiales que le acompañaban a la estación...»[235]. Navarro no sospecha nada, pero aún se vuelve e invita a Marquerie a unirse a su Estado Mayor. El antiguo profesor de la Academia de Artillería en Segovia, imperturbable, rechaza la invitación. Prefiere compartir la suerte de su gente. Y saluda al general, que se va.

Alfredo Marquerie y Ruiz Delgado es hombre recio, más bien grueso, de mirada abierta, trato afable y padre muy sentido. Tiene un hijo de catorce años en Melilla, que, con el tiempo, será famoso crítico teatral. Al despedirse de él días antes, saliendo para Dar Drius, le había dicho: «Hijo mío, ya no nos volveremos a ver.».[236]

Por delante de Marquerie se alinean largas filas de enfermos y heridos. Van a salir los primeros. Allí están los tenientes médicos Teófilo Rebollar Martínez, José Rover Motta y Enrique Videgain Aguilar, que charlan con Felipe Peña, herido éste en la cabeza mientras defendía el parapeto —hecho por el que será propuesto para la Laureada—. En una de las camillas yace el hijo del coronel Sánchez Monje, Enrique, con una pierna cortada por el mismo proyectil de artillería que provocó otras treinta bajas el 7 de agosto. Otro de los heridos es el capitán Lobo, el que fuera jefe de Ben Tieb. Y el teniente coronel Marina, casi ciego; o el capitán Bandín, primer jefe de posición en Arruit.

Manuel Bandín Delgado estaba en Melilla, enfermo de la vista, dolencia crónica en el cegador Rif. Al tener noticias del desastre, había subido a un coche y llegado a Arruit el mismo 22 de julio. De pie y a su lado, según testigos[237], el teniente Pedro Gay de la Torre, su amigo. Muy cerca, un grupo de oficiales de Alcántara: el capitán Julián Triana Blasco, que ha defendido la puerta principal con una ametralladora; los tenientes José de Manterola y Victoriano Púas Elvira, y el capellán del regimiento, José Campoy Irigoyen.[238] Llevaban sobre sí las señales del combate vivido, esos once días de furia que parecen terminar. Con la sencillez del convencido de su hacer, lucen sus insignias, las pruebas del sufrimiento vivido. Confían en sobrevivir. Todos, menos Peña, van a morir.

Llega la orden de salir. En varios puntos, unos turbantes giran, en veloz molinete, por el aire. La

[232] *Ibídem.* Conversación telegráfica Eza-Berenguer a las 20.15 h del 9 de agosto de 1921.
[233] *Ibídem.* Conferencia a las 20.40 horas del 10 de agosto.
[234] AFAM, Leg. 442/9. Telegrama con n° 11.247 de registro.
[235] AJCPL. DR (Declaración Resumida) de Antonio Alcaide Linares (10-11 octubre 1921), correspondiente a los folios 1.282 y 1.302 del EPO (Expediente Picasso Original).
[236] *España en sus Héroes,* op. *cit.,* cap. XXVII, pág. 864.
[237] Pérez de Sevilla y Ayala, V., op. *cit.,* págs. 97 y 98.
[238] *Regimiento Cazadores de Alcántara, Resumen de la actuación de este Cuerpo en el mes de julio de 1921,* Melilla, Imprenta del Regimiento, 1923, págs. 1-5.

señal.[239]

Los rifeños se abalanzan. Van a por las armas y a por las vidas. Pisotean a los heridos, empujan y golpean a soldados y oficiales. Sobreviene el asesinato de todo un ejército. Marquerie, a los que están con él, les dice «rezad si sois creyentes», porque «éste es el último momento». La tropa, confusa y ya desarmada, se apiña para intentar defenderse o sale corriendo en desbandada. Les esperan los hombres de Beni Bu Yahi y Metalza. Llevan siete años aguardando esa salida. Con sus fusiles encuadran la puerta de salida y la cuesta de Arruit. Los españoles corren por en medio de ese largo canal de muerte. Pocos llegarán al otro extremo. Para los que lo consigan, aún les queda perderse por los campos ardientes pensando llegar a Melilla, o fingirse locos y así recibir algún miramiento en los aduares. Y aún quedaría la opción de salvar la vida con dinero gracias a amigos y familiares, caso de Felipe Peña, que, herido, pudo llegar a Segangan, «donde negoció su libertad»[240].

Navarro y su grupo quedan sobrecogidos. La matanza paraliza sus movimientos. Piensan que también serán muertos, pues Ben Che-lal y otros «jefes moros tuvieron que contener, fusil en mano, a los que se dirigían a la estación». Al desplazarse la masa de rifeños en busca del botín, se salvan. Fue entonces cuando «le dieron al general un caballo y montaron a la grupa de los suyos a los demás oficiales»[241]. Van a las casas que Ben Che-lal posee a poco más de unkilómetro al nordeste de Arruit. Allí permanecerán hasta el 25 de agosto, en que marcharán a Alhucemas.

En Melilla no se sabe nada. Hasta que llegan, en la mañana siguiente, dos soldados supervivientes de la hecatombe. Cuentan, al mismo Berenguer, que «la chusma de las cábilas invadió el puesto» para apoderarse de las armas «que previamente se habían dejado en tierra, y con ello se originó una refriega», de donde derivó que «fueron muertos gran número de los de la guarnición». Berenguer se muestra escéptico. Le avisan de la llegada de un *rakkas* (mensajero) con una carta de Navarro. El general de Arruit dice a su superior cuál es su situación —«Después del desastre, estoy prisionero...»—; pasa lista de quienes estaban con él —«comandantes Zaragoza y Villar, capitanes Sainz, Correa, Hernández y Aguirre, teniente Enrile y alféreces Arévalo y Gilabert, intérprete Alcaide y siete de tropa»—; expone el coste de su liberación —«diez mil duros por el rescate»—; indica el lugar por donde puede llegar esa suma —«en la Restinga»— y rubrica lo sucedido con su firma. Es la prueba de la tragedia.

Berenguer llama a Madrid. Son las 13.10 horas del miércoles 10. Y a Eza, tras saludarle, le dice como excusa: «Llamo a V. E. a esta hora extraordinaria (¡!) para darle cuenta del doloroso desenlace de la heroica defensa de Arruit.» Luego tranquiliza al ministro aclarando que ha escrito a Navarro «diciendo que se aceptan las condiciones» de su rescate, precisando, como ruta segura para los delegados rifeños, que éstos «pueden ir hasta los pozos de Aograz y de allí marchar a la Restinga, donde recibirán el precio convenido». Eza contesta: «Verdaderamente es doloroso cuanto V. E. me comunica, y causa indignación ese asesinato vil de que han sido víctimas nuestros hermanos.».[242]

Pasa otro día y aparecen dos nuevos supervivientes, que confirman la atrocidad habida en Arruit. Berenguer sabe ya que el Gobierno ha presentado la dimisión, y ante ello se confía a Eza: «Aunque, desde luego, supongo que esto no será cierto, y yo sería el primero en lamentar sinceramente tal resolución.» Eza le confirma la crisis, y Berenguer señala al ministro que puede hacer uso de su telegrama del 4 de agosto, donde ponía su cargo a disposición del Gobierno. En el ínterin, le pasan a Berenguer una «confidencia de emisario de confianza», que traslada a Eza «por ser más consoladora que las de hasta ahora».

El correo proviene de Ben Che-lal, el cual asegura que a su casa «han ido llegando otros oficiales y soldados, hasta veintiocho». Luego habla «de unos trescientos» que marcharon hacia Beni Said y «a voluntad propia», pero «conducidos por gentes de Beni Urriaguel, para presentarlos a Abd el-Krim». A continuación transmite «que por la mañana del día de la evacuación hubo bastante fuego,

---

[239] Vivero, A., op. *cit.,* pág. 236.
[240] AJCPL. DR del teniente Felipe Peña Martínez sobre el EPO. Peña logró regresar a Melilla el 14 de agosto.
[241] *Ibídem.* DR del intérprete Antonio Alcaide sobre el EPO.
[242] AFAM, Leg. 442/9.

resultando unos cien muertos de los nuestros, pero sin que nuestras fuerzas fuesen hostilizadas ni traicionadas (¡!)». Y Berenguer, alzado a la más alta de las incongruencias, razona a Eza: «Esta confidencia coincide con otras varias de las que me da cuenta la Oficina Indígena, y me hacen pensar que el relato de los soldados era exagerado, por lo que si V. E. así lo estima no merece la pena transmitirlo.» Y Eza que responde, seguro de sí: «Puede suprimirse la transmisión.»[243]

Berenguer se atreve a considerar factible que «unos trescientos» españoles marchen, y por «voluntad propia», a ver al jefe de la rebelión rifeña, cruzando todo el territorio sublevado (más de cien kilómetros entre Arruit y Annual). Ese mismo 11 de agosto, el diario *El Sol* titulaba en grandes caracteres: «Los moros han entrado en Monte Arruit.» En oposición, el conservador ABC anunciaba: «Se espera que hoy llegue a Melilla el general Navarro con parte de su columna.»

La muestra de mayor realismo la proporcionará el Diario de Operaciones de la Escuadrilla de Melilla. Entre los días 10 y 16 de agosto de 1921, enlazados con una llave, figura la escueta mención: «No se vuela.»[244] No es falta de combustible, ni de bombas, ni de pilotos o aparatos. Es que los últimos en volar sobre Arruit —las parejas Buruaga-Camacho, Mateo-Valdés y Carpio-Bellod— descubren miles de cuerpos exánimes.

Y Berenguer le dice a Eza: «Hoy me han pedido (sin decir quién) autorización para suspender vuelos, porque la escuadrilla está realmente necesitada de un reposo para poder volar.»[245] Ese «reposo» es una aterradora ausencia de razones para salvar los restos del ejército de Silvestre, muerto en bloque.

Despedida de Gobierno y encargo de guerra química

El 12 de agosto, Eza y Berenguer mantienen nueva conversación telegráfica. Millán Astray está presente en el despacho del ministro, pues ha ido a Buenavista para informarle de la situación en Melilla. En su parte final, la conversación prosigue así:

Ministro: «—De Artillería, que es lo que más me preocupaba, están ya todos los pedidos en curso, procediéndose además a la compra de tanques, morteros de trinchera y componentes gases asfixiantes para su preparación ésa (Melilla).»

Alto comisario: «—Siempre fui refractario al empleo de los gases asfixiantes contra estos indígenas, pero después de lo que han hecho, y de su traidora y falaz conducta, he de emplearlos con verdadera fruicción.»

Ministro: «—Mi propósito respecto de los gases es instalar ahí (en Melilla) su utilización, quedando a juicio de V. E. la apreciación del uso de los mismos. Nada más se me ocurre, sino despedirme con todo afecto.»

Alto comisario: «—Créame V. E. que los emplearé, y me despido y pongo a sus órdenes con el mayor afecto.»[246]

Berenguer no vería cumplido, como alto comisario, su propósito. Pero la iperita y el fosgeno, gases que los alemanes emplearon en las luchas por Yprés (1915), llegarían a Marruecos.

Con una composición basada en el sulfuro de cloro-etilo, la iperita generaba un compuesto letal de violentísimos efectos: destrucción de las mucosas respiratorias, provocando asfixia y la muerte; lesiones graves (ampollas) en la piel; ceguera parcial o absoluta.[247] Las Convenciones de La Haya —en 1899 y 1907— prohibían los gases de guerra, que el Tratado de Versalles de 1919 —que la España alfonsina firmó—, volvió a prohibir. La desesperación por las matanzas de españoles en Arruit, Quebdani, Nador y Zeluán, desmoronó las barreras morales sobre su uso.

La fiereza de una guerra en la que ambos bandos apenas tomaban prisioneros; la tardanza en

---

[243] *Ibídem.* Parte de novedades entre Berenguer y Eza, terminado a las 21.40 horas del 11 de agosto de 1921.
[244] AGHEA, Leg. *5/1* A. pág. 3.
[245] AFAM, Leg. 442/9. Eza-Berenguer en conversación telegráfica terminada a -las 21.40 h del 11 de agosto de 1921.
[246] *Ibídem.* Conversación telegráfica Eza-Berenguer, a las 20.50 h del 12 de agosto de 1921.
[247] Lustig, Alessandro, *Efectos de los gases de guerra,* traducción de M. Pittaluga. Espasa Calpe, Madrid, 1935, págs. 49-70, y 76-78.

formar un ejército que pudiera romper el frente; la incompetencia en la dirección de las operaciones y el sufrimiento de las tropas llevaron a que, en el Congreso, se pidiera la utilización de gases asfixiantes. En este sentido se expresaron Solano y Crespo de Lara.[248]

Las peticiones de iperita se formalizaron el 20 de agosto de 1921, fecha en la que «se pidieron gases asfixiantes para cargar bombas y espoletas adecuadas»[249]. Los impedimentos internacionales bloquearon el intento. Pasarían dos años.

El sangriento empeño por dominar Tizzi Assa, *Verdún* del Rif, acabó con los recelos. El 15 de julio de 1923, Luis Silvela, ex ministro de Marina y entonces alto comisario, hablaría a Aizpuru del «terror causado por el pequeño ensayo hecho en Tizzi Assa con proyectiles de artillería». Y hasta pidió Silvela que «mañana, en Consejo de Ministros, se ocuparan, preferentemente, de solucionar la adquisición y envío inmediato de cinco mil bombas, como mínimo, de gases asfixiantes para aeronave»[250]. Tras consultar con los generales Castro Girona y Martínez Anido, consideraba Silvela que «en el empleo de ese medio de guerra está la solución rapidísima del problema de Marruecos»; iniciativa que permitiría «escatimar las vidas de nuestros hombres, no alarmando a la opinión con sangrientos combates». Un mes antes, en Berlín, el proceso se había reabierto. La Alemania de Weimar colaboraba: irritada por la ocupación francesa del Rhur, no tuvo reparos en facilitar sus más devastadores secretos bélicos a una potencia que, en Marruecos, era enemiga de Francia.

El coronel Despujols, jefe de Estado Mayor en la Alta Comisaría, sería informado por E Mohoa —su enviado a Berlín—, de una entrevista con Von Tschudi, «Presidente de la Aviación Alemana», y con «el director de la Sección Química». Ese mismo día (14 de junio 1923), Mohoa enviaba un informe al teniente coronel Kindelán. El alemán y el español convinieron, sobre la guerra de gases, que «estos procedimientos, que a primera vista parecen inhumanos, son, al contrario, muy humanitarios por la rapidez de sus resultados». Mohoa añadía: «Según el cálculo que me hizo (el ingeniero alemán), resulta que cincuenta bombas de cincuenta kilos cada una son suficientes para limpiar un terreno de veinte kilómetros cuadrados.»

La trama se completaría con la construcción de una fábrica de productos químicos en San Martín de la Vega (al sureste de Madrid), a la que se pondría por nombre «Alfonso XIII». Al fracasar la producción, «se entró en relación con el Grupo Stolzenberg, alemán, que propuso fabricar Yperita en Melilla, por un método anticuado», en el que el elemento base —Diglictol— se trataba con ácido clorhídrico. El empeño concluyó «comprándose en Alemania unas cuantas toneladas de Diglictol, que se sacaron de contrabando y eran las únicas disponibles en el mundo»[251], según nota de despacho hallada en la documentación de Romanones. En cuanto a la factoría que Eza quería instalar en Melilla, se haría realidad. Un mapa del territorio, de la Compañía Minas del Rif, de 1934 y a escala 1:20.000, la situaba, a la altura de la Segunda Caseta, en el kilómetro 7,400 de la carretera a Nador, y con la concluyente denominación de «fábrica de gases»[252].

Un ejército de desaparecidos

Cinco meses después de morir Silvestre, un general, tras escuchar a docenas de supervivientes, termina un denso documento. Es Picasso quien, con su minuciosidad, se enfrenta a la relación de los oficiales presentes en Annual el 22 de julio. En total, ciento noventa y cuatro nombres. Cubren seis páginas. Y forman un cementerio.

Hay que imaginarlo allí, en Melilla, en aquellos meses del otoño e invierno de 1921, comprobando testimonios, aclarando dudas, definiendo consecuencias y decidiendo actos. Picasso escuchará a setenta y ocho hombres y una mujer, sólo en relación con Annual. Cincuenta y tres son

[248] DSCD. Intervención de Solano en la sesión del jueves 20 de octubre de 1921 (pág. 3.684), y de Crespo de Lara en la del jueves 17 de noviembre del mismo año (pág. 4.238).
[249] SHM. Negociado de Marruecos. Leg. 8, carpeta 2.
[250] SHM. Fuerzas Militares de Marruecos. Leg. 79, carpeta 7.
[251] ARAH, Fondo Romanones, Leg. 6, Anexo 9.
[252] Cartoteca de AEM (Asociación de Estudios Melillenses).

oficiales; otros veintidós son clases y soldados, y cuatro son civiles (los paisanos Landaluce y Verdú, el intérprete Alcaide y la cantinera Juana Martínez López).

Después de oír a estas setenta y nueve personas, Picasso se enfrenta con los muertos, los desaparecidos, los prisioneros y los que han vuelto. A todos los pondrá en su sitio. Y sin temblarle la mano, aunque cabe suponerle que envuelto por una intensa emoción, escribirá, al lado de aquellos ciento noventa y tres nombres de Annual[253], las palabras que fijan sus destinos: «Muerto», que precisará sólo siete veces; «Prisionero», con seis anotaciones; «Desaparecido», que enumerará setenta y dos veces; y «Presente» o «Plaza», que citará en noventa y cinco ocasiones.

Trece nombres más quedarán bajo un enigmático «No»: cuatro españoles y otros nueve rifeños, de los que uno, al menos, volvió a Melilla: Brahim Ben Lahassen. Un valiente, que hizo honor a su distintivo de *mokadem* («El que va delante»), averiguando algunos de los dramas ocurridos en la línea del Muluya.

Picasso sigue escribiendo. Lo hará en todas las posiciones en que hubiera oficiales, españoles o moros. Y siempre sobre la relación de efectivos presentes aquel 22 de julio: en las tres Intermedia, en Afrau, Buhafora, Sammar, Sidi Dris, Tazarut Uzai, Terbibin. En todas, por pequeñas que sean. El tamaño del blocao o el campamento no hace a la gesta. Ni a la infamia.

Picasso hará igual con las grandes posiciones, como en Ben Tieb, donde, de veinticinco nombres, apuntará «Desaparecido» en diecisiete de ellos; en Dar Drius, en la que, de cincuenta y un nombres, anotará «Desaparecido» en treinta y dos y «Muerto» en otros nueve; mientras que en Zoco el Telatza, de treinta y un oficiales, la fatídica mención «Desaparecido» aparecerá en dieciséis ocasiones. En Quebdani, donde fue destruida la columna Araújo tras la vergonzosa rendición, Picasso pondrá en doce nombres la anotación de «Prisionero»; en cuatro la de «Presente», en uno, la simultánea de «Hospital» y «Herido». El letal «Desaparecido» surge en los veintitrés nombres restantes, resumen de lo que allí ocurrió el 25 de julio de 1921.[254]

Durante meses, Picasso escribirá estos listados de la desolación. Nueve meses en total le costará saber lo que fue del ejército de Silvestre. Un ejército de desaparecidos.

En Arruit estaba el grueso del ejército perdido. Momificado y descarnado. Un ejército de esqueletos dispuesto a contrariar la versión oficial.

Durante dos años, esas formas de pesadilla desfilarían por las tribunas del Congreso de los Diputados. Y uno tras otro, se llevarían consigo a los gobiernos, a los grandes líderes, a los jefes militares, y hasta al gobernante del sistema, al Rey.

Aquella ausencia de lucha —del generalato y del Estado— por los hombres de Arruit, supondrá el peor distintivo para el Ejército alfonsino y para la carrera de quien lo manda en África y la peor de las expectativas sociales y morales para la Monarquía, que allí, en Arruit, deja abiertas las puertas a la República.

Sólo Picasso y Aguilera, con su gente —los Ayala, Romanos y Ruiz de la Fuente—, quieren saber la verdad. De su pelea saldrá dignificada la institución militar y reforzado el Parlamento, pilar de la soberanía nacional. En el mismo impulso rescatarán la memoria del ejército perdido.

En Arruit aparecerían 2.668 *hombres.* O formas que se les parecían. Año a año, vencedor póstumo del polvo, el barro, el hielo o el calor, fue apareciendo aquel *ejército de cuerpo presente.* Los emotivos encuentros con sus despojos se prolongarán hasta la guerra civil.

[253] AJCPL. Informe «Annual»; resumen de testimonios sobre lo ocurrido en la circunscripción y posición de ese nombre, 35 páginas y 3 de índice de declaraciones.

[254] *Ibídem.* Listados de bajas y efectivos presentados en la plaza en cada una de las posiciones aquí mencionadas.

Capítulo VII

La España de Picasso

Un nuevo Gobierno para un problema permanente

El nuevo jefe de Gobierno, Antonio Maura, era un hombre que despertaba viejas pasiones, más institucionales que populares, pero puntal del mejor monarquismo y, como tal, leal e insustituible. Había dirigido al país en cuatro complicadas ocasiones —1903-1904, 1907-1909, 1918 y 1919—, en especial la segunda y la tercera.

Líder natural de los conservadores tras la desaparición de Sagas-ta y Silvela, podía haber sido el relevo eficaz del sistema tras la fatal desaparición del liberal Canalejas en 1912, pero la doble oposición de Romanones y Dato fue superior a su honesta visión de la naturaleza ética del Gobierno que necesitaba España.

Nació así el maurismo, experimento de coraje y sobriedad que no tendría éxito oficial aunque sí moral, pues ser maurista fue —salvo excepciones— símil de honestidad en la España alfonsina. No pensaba Maura que volvería a ser llamado por el Rey, pero en agosto de 1921 la Monarquía se encontraba huérfana, sin ningún tutor de Estado. Era Maura o la dictadura militar.

El nuevo ministro de la Guerra, Juan de La Cierva y Peñafiel, era un conservador tan radical como *constante.* Doctor en Derecho, formado en el tardocanovismo —diputado, en 1894, por un distrito de Murcia, su ciudad natal—, había pasado por todos aquellos puestos relacionados con la *defensa del orden:* desde gobernador civil a ministro de Gobernación o de la Guerra.

Atento y servicial con las personas que estimaba, brutal y sanguíneo con las que rechazaba, Juan de la Cierva, a sus cincuenta y siete años, despreciaba los matices.

Devoto del Rey más que de la Monarquía —lo contrario de Maura—-, queriendo ser *hombre de hierro* no supo serlo donde debía: ante la situación militar. Culto, generoso en actos y tacaño en ideas, adusto en la forma y reacio al disimulo, levantaría tempestades de críticas en el Congreso, a las que haría frente en su estilo: desafiante y dramático.

Barreras contra la firme instrucción de Picasso

Eza había abierto la caja de las responsabilidades. Su fondo era oscuro, mas su tapa llevaba *escrita* una dirección: Jefatura del Ejército de África. Su destinatario quedó oculto tras una Real Orden, la del 24 de agosto, en la que, respondiendo La Cierva a una notoria preocupación de Berenguer, quedaba exento «el alto mando» de toda investigación. Se repitió tal aviso el 1 de septiembre. Y aún habría un tercer recordatorio sobre la prohibición de investigar la Alta Comisaría, que fue un telegrama «personal y reservado» que La Cierva cursó a Picasso el 6 de septiembre, y cuyo nudo argumental, era el siguiente:

«Aunque es propósito del Ministro que se juzguen esos tristes hechos con imparcialidad, serenidad y necesaria extensión (...) parece llegado el momento de que los datos obtenidos o que se obtengan, se sometan a instrucción judicial, procurando (...) formar tantos procesos como hechos ofrezcan caracteres singulares. Para ello, el Juez instructor deberá dar cuenta al Alto Comisario de cada uno de esos hechos, con su testimonio, y el Alto Comisario, haciendo uso de la jurisdicción que, como General en Jefe le corresponde, designará los jueces que sean necesarios...».[1] Aquel

[1] Documentos... (Expediente Picasso), págs. 303 y 304.

telegrama, por «reservado» y muy «personal» que fuese, hacía de lo improcedente *norma oficial.* En 1922, en el Suplicatorio Berenguer, se decía de ese texto que «ni tenía ni podía tener carácter de Real Orden, no sólo porque carecía de la forma extrínseca peculiar de tales disposiciones, sino porque, precisamente, ese carácter de *reservado* (en cursiva en el original) hacía que le faltase la condición esencial de toda disposición legislativa»[2].

Para cuando Picasso recibió ese despacho, nulo de procedimiento, ya se había rebelado contra su propósito. A ello haría referencia La Cierva cuando, el 24 de agosto, contestaba a Picasso sobre «las dificultades que en su carta apunta». El general había mostrado su desacuerdo al ministro al ordenársele instruir una información gubernativa, que adquiría visos de sumaria sobre el Ejército de África, y que, mutilada, nada quería conocer sobre lo hecho o no *hecho* porel Alto Mando. La Cierva tranquilizaba a Picasso diciéndole: «Conviene que el esclarecimiento de los hechos sea completo, para que nada quede oculto en la gran tragedia que tantos daños ha causado a España en todos los órdenes.»[3]

Desde Melilla, el miércoles 31 de agosto, Picasso le dice a La Cierva con diáfana voluntad:

> «Vine a la ingrata comisión que desempeño, animado de la mejor conformidad, acometiéndola con empeño superior a mis fuerzas y, desde luego, ratifico que entró en mi ánimo, deliberadamente, envolver en las actuaciones al Alto Mando, por prestigio del mismo, por deber de justicia y por respetuoso afecto; pues, si de algo tengo que tildarle, en mi opinión, es de "condescendencia" (entre comillas, en el original); y por eso he tomado como punto de partida de mis indagaciones el suceso lamentable y significativo de Abarrán.»[4]

Argumentaba Picasso que la primera Real Orden (la dictada por Eza el 4 de agosto) le permitía, «con arreglo al artículo 762 del Reglamento de Campaña, toda latitud para esclarecer los antecedentes y circunstancias que concurrieron en los sucesos de este campo». Pero la segunda (obra de La Cierva, el 24 de agosto), «dicho sea con el mayor respeto, no parece sujeto proporcionado a mi representación, envolviendo cierta incompatibilidad...». De seguido, aviso al ministro: «Sería insigne sutileza concretar dicha responsabilidad a sucesos incidentales, consecuencia natural y obligada de los errores y desaciertos del mando.»

Picasso era, como acostumbraba, *muy claro.* No obstante, reconociendo el movedizo terreno en el que se encontraba, dejaba a La Cierva una salida. Relevarle de la comisión encargada:

«Por lo demás, me creo en el deber de participar a V. que he sido citado el 5 de septiembre para asistir a las sesiones de la Comisión Consultiva de la Sociedad de Naciones, de la que soy representante militar, por si esto facilitara otras soluciones que entraran en su ánimo y que, de antemano, acato.»[5]

La Cierva, temeroso de que Picasso le presente su dimisión, dicta otra Real Orden el 6 de septiembre. Su esencia se la adelanta por carta (1 de septiembre), diciéndole al general que «dejando aparte, en absoluto, cuando se refiere al Alto Mando, o sea, al Alto Comisario, los actos de todos los demás, sin excepción alguna, caen bajo la jurisdicción de usted para su investigación»[6].

Picasso lee esta repetición de errores sin alterarse. Ha decidido no dimitir y buscar la verdad. Con su Expediente.

Un militar de excepción

Juan Picasso González había nacido en Málaga el 22 de agosto de 1857. Estaba relacionado con

---

[2] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 142.
[3] AJCPL. Carta de La Cierva a Picasso, fechada -tal vez en Madrid, antes de salir para Melilla- el 24 de agosto de 1921.
[4] *Ibídem.* Carta de Picasso a La Cierva, fechada en Melilla el 31 de agosto de 1921.
[5] *Ibídem,* pág. 2.
[6] Carta de La Cierva a Picasso, 1 de septiembre de 1921.

un pintor ya entonces entrando en la fama, Pablo Ruiz Picasso, de quien era tío segundo.

Los Picasso provenían de Italia, de Sori, en la costa adriática. De allí era natural Tommasso Picassi, nacido en 1787, luego *Picasso* y casado con una malagueña, doña María Guardeño. El primer Picasso falleció en 1851. Dos hijos de ese matrimonio, Francisco y Juan Bautista Picasso Guardeño, darían lugar a una muy ampliada familia, con tres ramas, extendidas por Argentina, España e Italia.

Juan Bautista Picasso casó con Dolores González Soto. El matrimonio tuvo seis hijos —Trinidad, Dolores, Eulalia, Adela, Juan y Amelia—. El único varón sería el célebre general.

Una hija de Francisco Picasso, María, casaría con José Ruiz Blasco, y de esa unión nacería Pablo Ruiz Picasso (en 1881). Pablo Ruiz y Juan Picasso se llevaban veinticuatro años. Sobrino y tío se trataron con afecto, sometido al imperativo de la distancia: los Ruiz Picasso en Málaga, luego en La Coruña y Barcelona, acabando Pablo en París; y los Picasso González en Granada y después en Madrid. En 1921, lo único que se sabía del general Picasso era su condición de miembro del Consejo Supremo y el hecho de ostentar la Cruz de San Fernando, conseguida en otra crítica ocasión en la que Melilla estuvo sitiada por las gentes del Rif.

Picasso era un enamorado de los caballos y extraordinario jinete. Había ingresado en la Academia de Estado Mayor en 1876, con dieciocho años, Cuerpo en el que formaría su talante, y en una rara especialidad para un país que, siendo *muy militar,* menospreciaba los estudios para dirigir la guerra. Al tener derecho a «plaza montada» (montura sufragada, en sus gastos, por la unidad de destino), a Picasso, ya capitán, se le había asignado, el 9 de octubre de 1893, el caballo *Príncipe,* que le fue traspasado por el coronel Guillermo Iriarte. Con él realizaría una portentosa galopada bajo el tiroteo de toda la *harka* (contingente), tres semanas después y en el frente de Melilla.[7]

Ese día, 28 de octubre, es el de la muerte del general Margallo en la entrada del bastión de Cabrerizas Altas. Cercadas las tropas españolas, resultaba imprescindible no sólo pedir refuerzos, sino indicar cómo y por dónde podían llegar esas fuerzas, y sujetas a determinado plan. Se necesitaba un correo y muchísimo coraje. Había que romper el asedio, cortar por la tierra de nadie y llegar al fuertede Rostrogordo. Picasso se presentó voluntario. Una pequeña escolta —veinticinco hombres— cubriría sus espaldas. La acepta pero, en la salida, acosado el grupo por los *pacos* (tiradores emboscados), decide adelantarse a la guerrilla «con inminente riesgo de su vida»[8]. Su primer galope terminaría en la explanada de Rostrogordo, adonde llegó como una exhalación. Pero las líneas telefónicas estaban cortadas y por heliógrafo tampoco había posibilidad de enlace con Melilla. Quedaba volver a Cabrerizas o permanecer allí mismo, pues la posición estaba siendo rodeada. Picasso decide lo contrario, entrar en Melilla. Tiene por delante más de tres mil metros siguiendo el traicionero borde de los atrincheramientos. Irá solo. Sabe que apenas tiene posibilidades y no quiere más muertos a su lado. Nada más salir del respaldo de los muros de Rostrogordo, jinete y montura se convierten en blanco para cientos de fusiles enemigos. La emoción de la cabalgada fue tal que todo el ejército salió de sus posiciones, animando aquel desesperado galope. El griterío acabó haciéndose más fuerte que el tiroteo, y no cesó hasta que Picasso entro en Melilla.

Recibir la Laureada no garantizaba una fulgurante carrera, aunque sí la propiciaba. Un año después de su gesta, Picasso era ascendido a comandante. En 1895 llegaba a teniente coronel. Ya en octubre de 1902 dispondría de las tres estrellas de ocho puntas. Pese a ser el número 3 de la escala de coroneles, hasta 1915 no ascendería a brigadier. Un año más tarde era suprimida la llamada «Sección de Estado Mayor». Picasso debió sentir pena por esa supresión, que privaba a la oficialidad española no sólo de una filosofía para *hacer la guerra,* sino de entender la milicia. Siguió afanándose en sus tareas, próximas a una burocratización que le inquietaba. Había cesado en

[7] Conversaciones con Juan Carlos Picasso López, junio 1997. Mientras estuvo al mando de unidades de línea o en su puesto como jefe de Estado Mayor en la Capitanía General de Granada, el general mantuvo constante pasión por los caballos. Se conservan los nombres de algunas de sus monturas: *Hado, Egipcio, Boér, Lucero, Concebido, Carnero* y *Prevenido.*

[8] De la relación de méritos para concesión a Picasso de la Laureada de San Fernando —R.O. del 26 de enero de 1894—. En *Galería Militar Contemporánea,* SHM, 1980, tomo VI, págs 46 y 47.

julio de 1919 como subsecretario de Guerra, luego de haber rechazado antes el cargo de ministro, aún más inquieto por perder ese capital de honradez que había atesorado y que siempre le distinguiría. Ascendería a divisionario el 16 de febrero de 1921, un mes después de llegar Silvestre a Annual.

Picasso no pensaba pasar de esa graduación. Sentía cercano su retiro, lógico a sus sesenta y cuatro años. Sus afanes profesionales se dirigían hacia el mundo exterior, el de las grandes potencias y la compleja resolución de los conflictos surgidos tras la Gran Guerra. Elegido como representante de España en la Sociedad de Naciones (SDN), formaba parte de la Comisión Permanente Consultiva de Asuntos Militares, Navales y de la Aviación, para la que había sido designado en julio de 1920. Al sobrevenir la derrota de Annual, Eza se fijó en él. Sin duda, la mejor decisión del ministro en toda su vida.

Picasso conservaba una estricta valoración de Marruecos. Sabía de la hostilidad del clima y de la orografía. Y de la resistencia de sus habitantes. Pensaba que se había tenido respeto a esas fuerzas. Quedó asombrado al ver que ni se entendieron ni respetaron. Picasso acabó acusado de republicano, masón y *protestante,* cuando la II República le ignoraría por completo, nunca se afilió a ideología alguna, y siempre llevaba consigo una medalla de la Virgen de Las Angustias de Granada. Ése era todo su sectarismo oculto.[9] Estaba casado con el amor de su vida, María Luz Vicent Lasso de la Vega, mujer de singular apostura, cuatro años más joven que él. El matrimonio tenía dos hijos: Nestor y Adalberto, nacidos en 1887 y 1893.[10]

Picasso tenía detrás de sí el clamor del público, la mirada *febril* de la política, y el claro disimulo de las instituciones, que, siendo comprensivas con él, acabaron aborreciéndole; aunque La Cierva, honesto *él,* mantuvo al general *a capa* y *espada.* Picasso tenía que dar satisfacción al Ejército, al Estado, al Parlamento y al Pueblo. Daría satisfacción, en la medida de sus fuerzas, a la verdad. Y ante ella ni claudicaría, ni reconocería amistades; menos aún, recomendaciones interesadas.

Refuerzos de caridad y la odisea del barco del agua

Avanzado agosto de 1921, España, conmovida, se había cubierto de esquelas y funerales; de procesiones como la de la Virgen de los Reyes, en Sevilla, donde se «pedía por el alma de los soldados de África»[11]; de tómbolas y rifas benéficas; de suscripciones públicas —la reina Victoria Eugenia encabezó cuatro de ellas, y en dos semanas pasaron todas de las trescientas mil pesetas recaudadas—; incluso de corridas de toros, al término de las cuales los matadores y sobresalientes paseaban por el ruedo una gran bandera, y hasta «echaban al suelo sus capotes manchados de sangre» para que los espectadores arrojasen sus donativos «con destino a los heridos de Melilla». Así hicieron en Madrid los diestros Nacional II y Fausto Barajas, en medio del delirio patriótico que recorría los tendidos de Vista Alegre.[12]

En el País Vasco se haría un llamamiento a los vizcaínos pudientes para que contribuyan a una suscripción con el fin de adquirir un tanque de guerra, que se denominará «Tanque de Vizcaya». Del ingenio bélico se diría que «es el dique más eficaz contra la barbarie de los rifeños»[13].

Las donaciones alcanzaban a todo el marco social, pues si «la aristocrática dama doña Catalina Urquijo de Oriol ha ofrecido un magnífico edificio que posee en Santurce para residencia de heridos y enfermos»; en Sevilla, «los maquinistas y fogoneros de la Compañía de Ferrocarriles de M.Z.A. (Medina del Campo a Zamora), han entregado cien pesetas al gobernador para el hospital de sangre», y hasta la colonia británica en Málaga contribuía con «tres mil seiscientas pesetas para los

[9] Ésa es la afirmación, tajante, del nieto del general y la unanimidad de los recuerdos que su familia conserva al respecto. Conversaciones con Juan Carlos Picasso, junio 1997.
[10] Adalberto Picasso (m. en *1975),* y casado con María Rosa López, tendría dos hijos: María Rosa (n. en 1922) y Juan Carlos (n. en 1924), único nieto del general que aún vive. Sólo Nestor Picasso Vicent seguiría la carrera militar, llegando a ser coronel de Ingenieros. Falleció en 1974.
[11] *ABC*, miércoles 17 de agosto de 1921.
[12] *Ibídem,* martes 23 de agosto de 1921.
[13] *El Liberal,* edición del viernes 12 de agosto de 1921.

heridos»[14].

En Barcelona se hacían gestiones para formar un «Tercio de voluntarios catalanes»[15], que reverdeciera los laureles de 1860. Hasta los alumnos de Teología se incorporaban. Caso singular fue el de Pío Brezosa, teniente coronel de Sanidad, que se ofreció a La Cierva como voluntario «para internarse en las cábilas más enemigas de España para curar nuestros heridos y procurar su libertad», y hasta propuso «la formación de una legión de médicos que vayan a Marruecos a ejercer su profesión, obteniendo de esa suerte las simpatías de los rifeños a nuestra acción». Otros decidían colaborar por la vía de la suerte: «Don José Vicente ha regalado tres décimos de un billete de la Lotería con destino a los soldados de África.»[16] No se sabe si tocó.

Por todo el territorio nacional se hacían colectas para comprar aviones para el Ejército, que ostentarían los nombres y escudos de esas provincias: el *Granada* sería un aparato De Havilland, «de gran potencia», cuyo precio fue de ochenta y cuatro mil pesetas.[17] En Almería y Cádiz se abrieron suscripciones al efecto con quinientas pesetas. En la capital, la suscripción promovida por el diario *El Sol* para adquirir el aeroplano *Madrid,* recaudaría 11.078 pesetas en menos de un mes.[18] En Zaragoza se iba más lejos, pues «el capitán general, señor Ampudia (por Francisco de Ampudia López, brigadier de Caballería), ha lanzado la idea de abrir una suscripción nacional para adquirir un aeroplano de guerra, bombas y gases asfixiantes»[19].

Avanzado octubre, se contaría, por suscripción popular, con diez aparatos —cuatro donados por Murcia y Cartagena; dos por Salamanca y dos por Zaragoza; uno por Ávila y otro por Vigo—. Y estaban pendientes de entrega veinte aparatos de diecisiete provincias[20], más seis aviones aportados por particulares.

Frente a la épica de las colectas, las cuentas de la realidad. En Rincón del Medik (al suroeste de Tetuán), alineados los componentes de un regimiento para recibir la vacuna antitífica, sólo se disponía de «cuatro o cinco agujas de acero, que no pueden desinfectarse bien, porque no se pueden quemar». Cinco agujas para *pinchar* a más de mil hombres. Gracias a la entusiasta intervención del francés Thiebault y su hija María Teresa, que regalaron «doce o trece docenas de agujas de platino», pudo solventarse un problema que merecería, del diputado Solano, la calificación de «cosa verdaderamente vergonzosa»[21].

En Castellón, Jaén y Málaga, los funcionarios de la Diputación cedían como donativo «un día de sus haberes». En Sevilla se celebraba la «Fiesta del Cigarro para el Soldado», de la que se haría recuento el 23 de agosto, «llenándose diecisiete cajones de cajetillas, tres de cigarrillos sueltos y cinco de puros». En bancos, comercios, casinos y hoteles se instalaban buzones de tabaco con este reclamo: «Para los soldados que luchan en África.»[22]

A los puertos de Andalucía y Levante llegaban los barcos del *ultramar* rifeño. Todo un ejército herido, enfermo, desorientado y abatido, salía de aquellas bodegas del desconsuelo. Atrás dejaban una insólita guerra, pues Melilla había quedado sin agua potable.

Desde Málaga se había «acordado enviar diariamente a Melilla cincuenta mil litros de agua». No fueron suficientes. Hasta la prensa bilbaína propuso a sus lectores que «regalen camiones-cuba a los soldados de Garellano», regimiento destinado en la plaza.[23] El Gobierno fletó el *Conde de Churruca.* Y el *Churruca* zarpó rumbo a lejano destino: Londres. Allí cargó seis mil toneladas. Y a casa.

---

[14] *Ibídem,* domingo 21 de agosto de 1921.
[15] *El Sol,* edición del viernes 12 de agosto de 1921.
[16] *ABC*, edición del domingo 21 de agosto de 1921.
[17] *ABC,* edición del martes 23 de agosto de 1921.
[18] *El Sol,* edición del miércoles 13 de septiembre de 1921.
[19] *ABC*, edición del 19 de agosto de 1921.
[20] Eran éstas: Asturias, Badajoz, Barcelona (dos), Ciudad Real, Cuenca, Granada, Huelva, Jaén, Logroño, Madrid, Málaga, Salamanca, Santander, Tenerife, Teruel, Valladolid y Zamora. Cfr. *ABC,* edición del domingo 9 de octubre de 1921.
[21] DSCD. Sesión *del* 20 de octubre de 1921, pág. 3.684.
[22] *ABC,* edición del miércoles 24 de agosto de 1921.
[23] *Ibídem,* edición del 19 de agosto de 1921.

De las singladuras del *Churruca* ofreció el marqués de Cortina (José Gómez Acebo), ministro de Marina, esta pasmosa explicación: «La trae (el agua) de Inglaterra para no tener que detenerse en España y poder ir directamente a Melilla.»[24]

La expectación por ver atracar al *Churruca* abarrotó de gente los muelles melillenses. Y hubo un chasco enorme. No había calado suficiente —el carguero daba 23 pies (7,6 metros)—; ni mangueras; ni depósitos, ni soluciones. Y allí quedó el *barco del agua,* meciéndose en la rada, inutilizada su misión y nulo su cargamento. Un mes después seguía en la misma bochornosa situación.[25]

Diferencias militares entre ingleses y españoles

La guerra de África atrajo inesperados fervores castrenses hacia España. Al abrirse ventanillas de alistamiento en los consulados, la reacción fue espectacular. En Londres, a las nueve de la mañana del jueves 18 de agosto, un millar de entusiastas ex combatientes se agolpaban en las puertas de la embajada española, en el aristocrático barrio de Chelsea. Muchos de aquellos aspirantes al sacrificio africano guardaban cola «desde las tres de la madrugada». A las diez, los voluntarios pasaban de dos mil quinientos. Un centenar eran antiguos oficiales, con gran experiencia de combate. Los diplomáticos españoles, asustados ante aquel gentío, pidieron instrucciones a Madrid.

La solución acordada fue lamentable. Se divulgó la especie de que «sólo se admitirían soldados y sin gratificaciones para sus familias», advirtiéndose que «los contratos se firmarían en España», a donde tendrían que «marchar por sus propios medios» los voluntarios. Estupor e indignación. Hubo entonces que recurrir a la policía «para dispersar a la muchedumbre»[26].

En Nueva York, el alistamiento fue menos tumultuoso que en Londres, aunque pronto fueron «doscientos hombres los admitidos». Todos ellos embarcarían para España el 23 de agosto por la noche.[27] Mientras tanto, se agudizaba el *problema inglés.*

Era embajador en Londres Alfonso Merry del Val. Sus informes durante la Gran Guerra habían sido modélicos, pero ante la oleada de furores movilizadores británicos hacia España y la naturaleza de la guerra en Marruecos, hará unas abrumadoras manifestaciones.

En carta (18 de agosto de 1921) a González Hontoria, ministro de Estado, reclamará su atención sobre «ciertos inconvenientes que ofrece el recluta inglés». Tales *inconvenientes* eran éstos:

«Está habituado a un refinamiento en las raciones, vestuario, etc., que le hacen muy exigente. No es esto, sin embargo, lo peor, sino que, díscolo por naturaleza, el soldado inglés se subleva fácilmente, jamás por motivos políticos, sino en forma de motines cuarteleros (...). La tropa inglesa no se hubiera movido por Espartero ni por O'Donnell (en referencia a la Legión Inglesa durante la primera guerra carlista), ni hoy se movería por los sindicalistas, pero un rancho deficiente o inferior a sus pretensiones, un equipo de mala clase, la falta de municiones en un combate sangriento, la dureza de un oficial, en todo esto descubre motivos para revolverse contra sus jefes, destruir cuanto haya (sic) bajo la mano o desaparecer del campamento. En los países exóticos (...) se les ha visto con frecuencia pasar al enemigo y organizarlo, aspirando a cargos y mandos que nunca pudiera soñar.»[28]

Para el embajador, dado que el recluta británico exigía condiciones mínimas para luchar, y éstas no las iba a encontrar en el Marruecos español, mejor no alistarlo; mejor disponer del sacrificado soldado de España, el que combatía no ya con «rancho deficiente» o «equipo de mala clase» y con «falta de municiones», sino el que se batía desde el hambre y desde la desnudez, con armas descalibradas o sin ellas, corto de municiones y sin sublevarse jamás. El mejor soldado del mundo.

---

[24] *Ibídem,* edición del jueves 29 de septiembre de 1921.

[25] Denunciado por Indalecio Prieto en el debate sobre Responsabilidades. Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados (DSCD), sesión del 27 de octubre de 1921, pág. 3.824.

[26] *ABC,* edición del viernes 19 de agosto de 1921.

[27] *ABC,* edición del miércoles 24 de agosto de 1921.

[28] AFAM, Leg. 442/5. Merry del Val a González Hontoria. Carta fechada en Londres el 18 de agosto de 1921.

Y el desconcertante Merry del Val resumiría, desinhibido: «Debemos tener en cuenta que, por canallas que sean los voluntarios de su nación, y en el caso presente no son sino obreros sin empleo o enemigos del trabajo por efecto del servicio militar, siempre estará detrás de ellos el embajador británico para apoyarles en cualquier reclamación, lo que constituye una complicación más. En suma, no soy muy favorable al reclutamiento de ingleses en gran número, pues su prurito innato de superioridad sobre las demás razas les hace sujetos poco fáciles de manejar. Si se admiten en gran número, como buenos guerreros que son, lo mejor sería ponerlos a las órdenes de uno de los innumerables oficiales de este país que se están ofreciendo, pues éste les entenderá y llevará como conviene.» [29]

Los guerreros británicos irían a África, y, con ellos, *grandes disgustos* para las autoridades españolas: a mediados de noviembre decidirán volver —unos cuarenta, según los datos disponibles—. De sus demandas se harían eco los Comunes y la prensa londinense. La virulencia antiespañola fue tal que González Hontoria dirigió una carta de protesta, el 27 de noviembre de 1921, al embajador en Madrid, Sir Esme Howard, por la ofensiva calificación de *spanish borde,* utilizada por *The Times,* con «epígrafes depresivos para España y para su ejército»[30]. Ya en febrero de 1922, uno de los voluntarios, apellidado Dearson, y que había sido herido, reclamaría «una indemnización por supuesta inutilización sufrida, como si fuera un obrero víctima de un accidente», según comunicaría un alterado La Cierva a Berenguer.[31] Pero ninguno se pasó a las filas de Abd el-Krim, donde sí se integraron mercenarios franceses y alemanes.

Recibiría España la fe combativa de aquellos buenos ingleses y la lealtad de un viejo amigo: el general W. C. Rudkin, testigo de aquella embestida de la columna Silvestre en Taffersit.

En carta escrita a *The Times* —y reproducida en *El Sol—,* Rudkin denunciaba los graves fallos españoles en sanidad, comida y vestuario, mientras calificaba de «cómicos» los malos tratos. Aportó precisiones al retraso habido en las pagas, pues los legionarios, para regresar a Gran Bretaña, «recibieron dinero por anticipado; se les dio buena ropa de paisano y se les pagaron los billetes para losviajes terrestres y marítimos». En oposición, al llegar a su patria, ni siquiera recibieron «billetes de ferrocarril para sus respectivas localidades». Al efecto, Rudkin criticaba «la torpeza, que no deja de ser frecuente», de los ministerios británicos de Exteriores y Guerra. Al final, Rudkin sólo tuvo palabras de elogio para los mandos del Tercio:

«Lo que a mí me maravilla es que el coronel Millán Astray y sus oficiales hayan obtenido tan excelentes resultados con la Legión Extranjera, después de un periodo tan corto de instrucción. Es cosa que verdaderamente debe citarse en honor de los oficiales y de sus hombres.»[32]

Melilla asediada: ángeles cañoneros y milagro diario

El primer Consejo de Ministros del Gabinete Maura tuvo lugar el lunes 16 de agosto de 1921. De sus deliberaciones se filtró una nota oficiosa. En la misma, se declaraba al norte de Marruecos como «prenda inexcusable de la independencia y la seguridad de España»; se hablaba del mando de Berenguer, diciendo que se caracterizaba «por felicísimos métodos de avance»; y de la guerra se advertía que «proseguirá sin titubeos», aclarando que continuaría «hasta dar cima y término a esta obra política, secundada y sostenida por las Armas de la Nación»[33]. Contundente síntesis del militarismo colonial alfonsino.

Para el 15 de agosto, Berenguer reunía treinta y cinco mil hombres en Melilla. Podía comenzar *La Reconquista.* Cinco días después, Berenguer confesaba a La Cierva que una batería rifeña «consiguió afinar el tiro e introducir proyectiles en la posición» de Sidi Hamet el Hach, provocando

---

[29] *Ibídem.*
[30] AFAM. Leg. 360/1. Carta de Manuel González Hontoria a Sir Esme Howard, fechada en Madrid el 27 de noviembre de 1921.
[31] AFAM. Leg. 364/3. Conversación telegráfica Berenguer-La Cierva a las 20.45 horas del 8 de febrero de 1922.
[32] *El Sol,* edición del jueves 8 de diciembre de 1921.
[33] AFAM, Leg. 442/5.

dos muertos y cuatro heridos.[34] Melilla estaba bajo los fuegos artilleros del Gurugú.

Pasaría año y medio hasta saberse que el 3 de agosto había recibido Berenguer, vía Riquelme, el siguiente aviso: «Una guardia de unos cien hombres está en el Gurugú: es fácil alguna sorpresa durante la noche por el Barranco del Lobo.»[35] La *sorpresa* sería la ocupación de todo el macizo y los bombardeos.

Los rifeños no habían dudado en servirse de los cañones capturados, ni en utilizar la mano de obra cautiva que estaba en su poder. Aquellas piezas de artillería fueron subidas, a brazo, por los prisioneros españoles, y por pendientes que alcanzaban el 20 por ciento de desnivel. En el sacrificio se emplearon unos ciento cincuenta cautivos, de los que un número indeterminado falleció al abrir aquellas asesinas trochas cañoneras. Poco después se supo que «unos malos españoles» servían esos cañones. Darían fe de ello los soldados Benito Verges Castell y Alfonso Espinosa Sánchez, evadidos del *campo* moro, los cuales contaron que sus guardianes habían entregado, a los supervivientes de subir los cañones al Gurugú, «dos reales y una cajetilla de tabaco»[36]. Melilla quedó bajo los fuegos del enemigo, lo que no sucedía desde el sitio de 1774-1775, cuando quiso tomarla el cuarto monarca alauí, Sidi Mohammed Ben Abdallah. La furia artillera de entonces —la ciudad encajó «8.239 bombas y 3.129 balas rasas» en un cerco de cuatro meses—[37], no se repitió. Pero el hecho de que la plaza fuese bombardeada con los cañones de Silvestre, supuso una demoledora agresión para el *espíritu nacional.*

Nunca tuvieron los rifeños más de tres piezas disponibles para bombardear la ciudad, pero cuando estallaban sus proyectiles, el ánimo melillense se enfurecía en lugar de amilanarse. Así que al susto inicial sucedió la altivez, el desafío, ese *aquí no llega* tan español. El cronista de ABC, Corrochano, tras razonar que «el cañón de los moros buscando la plaza no pasa de ser una distracción, una curiosidad», desafiaba así a las bocas artilleras del Gurugú: «¿Que disparan? ¡Que disparen!»[38] Los artilleros *hispano-rifeños* mostraron especial preferencia por el barrio del Real —donde la ciudadanía más atrevida puso de moda el aguantar, a pie firme, la llegada silbante del cañonazo—, pero ni fueron tantos como se decía, ni hicieron tanto daño como se temía, pues si los proyectiles caían en sus objetivos —el puerto, los cuarteles, los fuertes, el aeródromo—, de cada diez sólo explotaban dos o tres. Y eso con mala suerte.

Del cañón del Gurugú diría Borrás que «no hace más que salir un momento, echar su salivilla y meterse a escape»; y tras compararle con una singular maquinaria —«Abre su ventanita, da el chillido y se escabulle»—, lo definiría como «el cuco que da la hora en Melilla, despertándola cuando se le había olvidado el peligro». Y el periodista se preguntaba: «¿Quién es capaz de coger al cuco de un reloj?», y también, « ¿quién lo dispara, quién lo maneja, quién lo apunta?». Según Borrás, el acertijo radicaba en que el desertor —un cabo llamado Rillo, del que se rumoreaba que una granada disparada desde la plaza le había arrancado una pierna—, podría haberse pasado al enemigo, pero no era tan traidor como parecía. La deslealtad se tornaba en sutil doble juego, pues «un cabo de Artillería sabe preparar las espoletas». Para Borrás, aquel *buen desertor* evitóque «otro nos arrojara granadas mortíferas, bien graduadas, en lugar de estos cilindros inofensivos».[39]

La verdad se sabría pronto. Emilio Rillo Herrera, corneta a los dieciséis años en el regimiento de Aragón n° 21, había marchado, tras cuatro años de servicio, a la Legión Extranjera, de la que desertó en 1920. Luego de una fugaz estancia en el Hotel Palace de Zaragoza como «intérprete», decidió alistarse en el Ejército de África. Destinado en Dar Quebdani, fue uno de los pocos supervivientes de la matanza del 25 de julio. Hecho prisionero, apuntó las piezas del Gurugú hasta mediados de septiembre, en que, dudosos ya los rifeños de su fidelidad, le condujeron hasta Annual. Fugado desde Dar Drius, llegaría en noviembre a Melilla.

Rillo testificará ante el equipo de auditores que dirigía Picasso. El artillero conservaba sus dos

[34] AFAM, Leg. 364/1. Conferencia telegráfica La Cierva-Berenguer, a las 20.30 h del 20 de agosto de 1921.
[35] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 12.
[36] *El Sol,* edición del miércoles 13 de septiembre de 1921.
[37] Mir Berlanga, Francisco, *Resumen de la Historia de Melilla,* Edición del autor, patrocinada por la Comisión V Centenario, Melilla, 1996, pág. 21.
[38] *ABC,* edición del jueves 8 de septiembre de 1921.
[39] Borrás, Tomás, *La caza del cañón, Estampa quinta,* en El *Sol,* edición del viernes 16 de septiembre de 1921.

piernas. Quien había perdido la pierna de un cañonazo era otro apuntador de cañones y desertor, Fidel Porres Martínez, a quien el propio Rillo denunció ante las autoridades españolas. A su vez, Rillo acumuló hasta siete testimonios en su contra por parte de otros tantos ex camaradas suyos.[40] Fuese el cabo Rillo o *El Botajar,* apodo al que respondía Juan López Jurado —un soldado que desertó en 1911—[41], lo cierto es que Melilla, aun bajo el bombardeo rifeño, quedaba a salvo por el remordimiento de los *buenos desertores* y una fidelidad de atentísima custodia: una talla escultórica de la Virgen de la Soledad.

La imagen se encontraba en una vivienda humilde, en una de cuyas habitaciones dormían, en la misma cama, dos niños de corta edad. Una granada atravesó el tejado, segó el piso superior y cayó entre los plácidos infantes; pero al dar con «el colchón de muelles, elástico», el proyectil, en inverosímil «voltereta», desvió «el surtidor de balines» —era una granada de tipo *shrapnel*— contra el techo y las paredes, donde causó «trescientas heridas». Los niños se salvaron *en presencia* de la Virgen, a la que nada sucedió. Ni que decir tiene que se habló de «un milagro, testificado por numerosas mujeres conmovidas»[42]. Y la casa —la número 48 de la calle de Polavieja— quedó convertida en icono de la resistencia de Melilla.

Ya fuera por reacción moral o recurrente fallo de las espoletas españolas, Melilla dormía a salvo, arropada por la Virgen de la Soledad y sus ángeles cañoneros desde el Gurugú.

Quedaba otro milagro. El de por qué no tomó Abd el-Krim el mando de las fuerzas sitiadoras de Melilla y ocupó la plaza. Pero los harqueños, reclamados por sus familias para terminar las labores agrícolas, lo tenían todo: abundante botín, independencia casi asegurada —de España y del Sultanato—, y creciente orgullo nacional ante los pueblos africanos y árabes, como vencedores que eran de una potencia europea. Además, en el Rif se extendía la idea —compartida por los Abd el-Krim— de que los españoles, desalentados, cederían sus derechos a Francia y evacuarían Melilla y Ceuta. Esa *marcha hacia el mar* no se produciría. Los españoles se quedarían y lucharían. Y esta vez de verdad.

El primer ejército nacional: pobres y ricos luchan juntos

Berenguer decía encontrarse ante un *caso extraordinario:* el de constituir un ejército para combatir con él «al día siguiente». Había pedido un mes para contraatacar. El plazo se acababa y el ejército no aparecía. Pero los rifeños habían formado el suyo en sólo cinco días. Seguían atacando y venciendo. Los españoles sólo habían movilizado la pasión y la confusión.

Se alistaban oficiales de Caballería que «desconocían lo más elemental de la profesión»; en los Parques no aparecían los autoaljibes, con lo que el Gobierno «tuvo que requisar los que en España tenían las jefaturas de Obras Públicas»[43]. Faltaba de todo. El colmo se produjo en las compañías de ametralladoras, donde «gran parte del personal no conocía las máquinas», y éstas —las funestas Colt— resultaron «inútiles al poco de uso»[44]. Alarmada la conciencia nacional ante las noticias que llegaban de Melilla —un ejército sin ropas y sin armas—, un diputado extremeño tomó una atrevida y eficaz decisión.

Juan Vitórica Casuso fue quien, al parecer, realizó el portento.[45] Informado de que en Lyon se fabricaban fusiles ametralladores, allá se fue sin dudarlo y compró con su dinero seis de aquellas armas automáticas —del modelo Chauchat— con sus municiones, volvió a España, cogió el primer barco para Melilla y las entregó al estupefacto coronel de un regimiento. La proeza se hizo en cuatro jornadas. El hecho fue relatado en el Congreso por Arsenio Martínez de Campos y de la

---

[40] Documentos... (Expediente Picasso), págs. 559-564.
[41] *El Sol,* edición del sábado 1 de octubre de 1921.
[42] Del hecho y sus consecuencias populistas hizo Borrás descripción en *El Sol*—en su serie *Aguatintas del bombardeo*— en la edición del domingo 2 de octubre de 1921.
[43] Berenguer, D., *op. cit.,* págs. 249-251.
[44] AFAM, Leg. 442/9. Conversación telegráfica Eza-Berenguer a las 20.30 h del 30 de julio de 1921.
[45] La duda proviene de otro diputado presente en la legislatura de 1921, Antonio Garay Vitórica, de profesión «propietario» y elegido por el distrito de Alcántara (Cáceres).

Viesca, quien, en la sesión del 21 de octubre, razonó que «si el señor Vitórica trajo seis de esas armas, bien pudo un oficial del Ejército haberse traído sesenta»[46].

Más casos. Hacían falta mil monturas para completar los escuadrones destinados al Rif. Sólo aparecieron unas pocas en las estaciones de la Remonta. Hubo que hacer frenéticas gestiones de compra en Argelia, Hungría, Portugal; hasta en Estados Unidos seadquirieron. Martínez de Campos denunció que hubiese «doscientos cincuenta jefes y oficiales destinados en la Cría Caballar, y que para remontar mil caballos tengamos que ir al extranjero». Para colegir, rotundo: «Sobra tal organización si faltan los caballos.»[47]

Otro diputado, Solano, denunciaría el bochorno de monturas empleadas «para que paseen las hijas y señoras de algunos jefes», aclarando: «Hay más de doscientos caballos, en un regimiento de Caballería que puedo citar, que están dedicados a esos menesteres, impropios de su oficio (Risas).» Solano señaló el abuso de aquellos oficiales que consideraban «más cómodo sacar con un volante un caballo del Regimiento». Dado que la unidad seguía pagando la manutención del animal, «el jefe se mete en el bolsillo la ración del caballo». El último trámite era éste: «Se mueren, dan un certificado de defunción y *requiescant in pace»,* con lo que dándole por muerto, se podía venderle. Y Solano advertía: «Si hay un diputado que diga que no, estoy dispuesto a demostrárselo cuando quiera (grandes rumores).»[48]

A este desastre moral se opuso una igualdad de deberes que rompió muchos privilegios, como la incorporación de los soldados de cuota. Maetzu, con agudo sentido, definiría así el momento: «Ésta es la primera guerra española en que los hijos de los ricos están peleando, como soldados, junto a los hijos de los pobres.»[49]

Una plaza cercada: desconfianzas y resistencias

A finales de agosto, cerca de cuarenta y siete mil hombres se hacinaban en las calles, cuarteles y bastiones de Melilla. La situación era agobiante. Si los oficiales se acomodaban en casas particulares y fondas, la tropa dormía por el suelo, ya fuese empedrado o de tierra. Era aquél un ejército al raso. Se habían acabado las tiendas y colchonetas y no quedaba un solo repuesto. Berenguer había pedido a La Cierva quince mil tiendas individuales «y de ellas con urgencia ocho mil»[50]. A toda prisa se hicieron encargos en Alemania, Francia, Italia y Gran Bretaña, para «evitar complicaciones diplomáticas». Más trámites y más dilaciones.

La marquesa de Urquijo, enterada del drama, dio una ejemplar lección: compró con su dinero cuatro mil colchonetas y las mandó a Melilla, «a donde llegaron en cuarenta y ocho horas», en medio del consuelo de unos pocos y de la rechifla general sobre el Gobierno Maura.[51]

La Cierva convocó a los mejores industriales de Levante y Cataluña, solicitándoles un precio patriótico para cubrir las necesidades de colchonetas del Ejército, cifradas en ciento ochenta mil unidades. El precio ofertado fue de 21,50 pesetas. Habría que esperar a noviembre para que en Melilla hubiese «tiendas suficientes para acoger a un ejército de ochenta y siete mil hombres»[52]. Muchos efectivos, pero poco Ejército. El núcleo operativo —y combativo—estaba formado por *hombres de fuego:* los Regulares, la Legión, algunas unidades de Artillería e Intendencia, y los regimientos de Burgos, Corona, Granada y Princesa. Pagaban su precio, pues la oficialidad del Princesa perderá cinco de sus capitanes en su primer combate. Y del Grupo de Regulares de Ceuta —sus dos jefes, González Tablas y Mola, fueron heridos de gravedad—, compuesto por setecientos sesenta soldados yebalíes, sólo ciento cuarenta lograrían sobrevivir tras afrontar, en tres meses, cuarenta choques a degüello en torno al siniestro Gurugú. Un día, al ver desfilar a la tropa

[46] DSCD. Sesión del 21 de octubre de 1921, pág. 3.701.
[47] DSCD, sesión 21 octubre de 1921, pág. 3.702.
[48] *Ibídem,* pág. 3.684.
[49] Maeztu, Ramiro de, «Los soldados de cuota en África», en *El Sol,* edición del jueves 13 de octubre de 1921.
[50] AFAM, Leg. 364. Conferencia telegráfica La Cierva-Berenguer a las 20.30 horas del 17 de agosto de 1921.
[51] DSCD. Sesión del 20 de octubre de 1921, pág. 3.684.
[52] *El Sol,* edición del domingo 25 de septiembre de 1921.

superviviente, Berenguer, abrumado, sacó de su cartera «cinco mil pesetas», que entregó a González Tablas para que lo repartiera entre los soldados «del tabor Ferrer (por el comandante José Ferrer), que volvía deshecho»[53].

Se demostró que los soldados del regimiento de Sicilia entraron en fuego luego de haber disparado diez veces su fusil. Y los de Wad-Ras lo hicieron tras ¡cinco disparos! Pese a ello, la tropa española subirá sin desmayo al encuentro del enemigo, peleando y muriendo en los barrancos del Gurugú.

La tropa se había acostumbrado a luchar sin instrucción, sin buenas armas, y su general en jefe a sostener la guerra sin buenos generales. Berenguer, en apabullante confesión telegráfica ante Eza (el 29 de julio), había llegado a decirle al ministro: «El único jefe que tengo que me merezca confianza, el general Sanjurjo, que tiene que salir todos los días para ocupar las posiciones exteriores y cuidar de noche de la vigilancia de la plaza, no puede ocuparse del mando.»[54]

En pocas frases, Berenguer dejaba como *incompetentes* a Cabanellas, Cavalcanti, Fresneda y Neila, e incluía a Jordana (coronel y jefe de Estado Mayor) en la desdeñosa calificación. Melilla, a finales de agosto de 1921, era una plaza cercada por un ejército de agresivos montañeses —.que no pasaban de quince mil—, y pese a estar defendida por cuarenta y siete mil soldados, sólo tenía un alto comisario y *otro* general a su frente.

El incendio de la guerra se corre al País Yebala

Berenguer estaba en tratos con un prestigioso *cheikh* (jefe), Abd elMalek, pues confiaba en él para impedir la extensión de la rebeldía sobre Yebala. Tenía Berenguer la promesa de Abd el-Malek no ya de su lealtad —la probaría, y a tal punto, que moriría en las trincheras españolas de Azib de Midar en el verano de 1924—, sino la de influir sobre los otros *chiuj* (jefes). A mediados de agosto, Berenguer enviaría a Abd el-Malek «cincuenta mil pesetas para evitar formación harca Gomara en contra nuestra, y ganar voluntades para que los rifeños no marchen en aquella dirección»[55]. Ese dinero llegaría tarde.

La cábila de los Beni Issef hacía de cuña entre el sur de los Beni Arós —la tribu de El Raisuni— y la zona francesa de Uezzan. Los Beni Issef, de los mejores guerreros de Yebala, decidieron sublevarse. Para proclamar su furia escogieron Akba el Kola: una loma aislada. Allí estaba acantonado medio batallón de Ciudad Rodrigo. Su jefe, el teniente coronel Isidoro Valcárcel Blaya, estaba al frente de 199 hombres. La posición artillaba cuatro piezas Saint Chamond de 75 mm, pero días antes le fueron retirados dos cañones. La vigilancia que se hacía era rutinaria, como si lo ocurrido en el Rif hubiera sido *cosa de otro mundo.*

En la noche del 27 al 28 de agosto, varios grupos de los Beni Issef se acercaron con sigilo a las alturas de Akba el-Kola. El campamento estaba adormecido, las tropas sumidas en el descanso, y las guardias nocturnas mal emplazadas. El peligro y la muerte llegaron en un mismo torrente. Dado que era imposible defenderse con los cañones, los españoles optaron por formar enrabietados cuadros de resistencia, aglutinados alrededor de unos pocos oficiales. Uno tras otro fueron embestidos y aniquilados.

En los últimos minutos de la pelea, el oficial al mando de la artillería, el teniente Ignacio Gómez de Guevara, tomó una brutal decisión: volar el polvorín. Con él dentro. Y en el instante en que los yebalíes entraban en tromba por la hendidura, accionó un explosivo. El formidable estampido selló el fin de la pugna. Los demás oficiales murieron todos[56], y Valcárcel con ellos; sobrevivió «un oficial moro, Sidi Si Alí Saheli»[57], que logró llegar a las líneas españolas. De la tropa se salvaron

[53] *El Sol,* edición del viernes 14 de octubre de 1921, y ABC en su edición del miércoles 17 de agosto.
[54] AFAM, Leg. 442/9. Conversación telegráfica Eza-Berenguer a las 12.30 h del 29 de julio de 1921.
[55] AFAM. Leg. 364/1. Conferencia telegráfica Berenguer-La Cierva, 15 de agosto de 1921.
[56] Capitanes Ramón García Blanco y Manuel Morales Alonso; tenientes Ramón Chinchilla Orantes, Policarpo Murciano Gómez y Rafael Pérez Soler; alféreces Isaac López Galán y Julio Soula Font, *Historia de las campañas...,* tomo III, pág. 205 y Anuario Militar de 1921.
[57] Alta Comisaría de España en Marruecos. Ejército de Operaciones. Orden General del 9 de octubre de 1922 sobre

veinticuatro hombres —de ellos, quince indígenas—, la mayoría heridos. Los otros 175 defensores murieron. Muchos fueron mutilados.

El 30 de agosto, tropas de la Comandancia de Larache llegaban hasta el devastado campamento, ocupando sólo las avanzadillas, «porque posición está cubierta por cadáveres de hombres y ganado». Berenguer aprovechó este parte para decir a La Cierva: «Después de recibidas las anteriores noticias, considero restablecida la situación, y por ello he felicitado al Comandante General (Barrera).» Incorregible Berenguer. Repite los días de Akba el Kola lo que dijo tras el día de Abarrán.

No habían transcurrido veinticuatro horas cuando otro grave revés demostraba la precariedad de ese *restablecimiento* militar. El segundo golpe fue más al norte, cerca de Nuader. Como todos los días, un destacamento español bajó hasta el *ued* (río) Magesar para hacer la aguada. Les estaban esperando «unos cuatrocientos emboscados». Gente de los Sumata, especialistas con el fusil. Cubiertos por la *gaba,* los sumatíes dejaron «llegar al agua todo el personal y ganado, sin hostilizar los servicios de protección». Entonces abrieron «violentísimo fuego, causándonos veintiocho muertos y catorce heridos, más cuarenta bajas de ganado»[58], según el informe de Berenguer al de nuevo alterado y desconcertado La Cierva.

El ministro no pudo por menos que manifestar: «Inútil decirle, porque seguramente lo ha hecho ya, necesidad prevenir a todos astucia enemigo, que como se ve por sucesos hoy, aprovecha todo descuido». El ministro preocupándose de alertar al alto comisario sobre sus deberes militares, para que éste, a su vez, alertase a sus subordinados sobre prevenciones obvias.

Desdichado La Cierva. Unos minutos antes acababa de recibir la noticia de que un blocao de los situados en las laderas del Gurugú, el de Taguilmanin, había sido evacuado por su guarnición, «por lo que se procederá con la máxima energía contra el jefe de dicho destacamento», según había decidido el mismo Berenguer.

Pistola para un alférez desesperado

El perímetro de defensa de Melilla se ajustaba a la línea CasabonaTizza-Zoco el Had-Ait Aixa-Sidi Musa-Sidi Hamet el Hach-el Atalayón. Eran los campos de batalla de 1909. Allí se encontraban tres puestos avanzados que serían sinónimo de coraje e infortunio: Dat Hamet —apodado *El Malo—,* Extremadura y Taguilmanin, también conocido como *El blocao de la muerte.*

Estas cotas, que hacían de verdaderos *rompefuegos* del correoso cerco rifeño, se convirtieron en cumbres del valor: en el Extremadura, la mitad de la guarnición cayó exterminada (el 21 de agosto), enuna embestida nocturna de la *harka,* pero el cabo Julio Ara Izquierdo, rodeado de cadáveres y moribundos, mantendrá la defensa. Sobrevivirá a la acción y le será concedida (en 1923) la única Laureada de aquellas durísimas operaciones.

En el primero de aquellos puestos suicidas, *El Malo,* la guarnición quedará casi aniquilada tras el asalto rifeño de la noche del 15 al 16 de septiembre. Avisado el Atalayón, saldrán de allí, «desobedeciendo órdenes», el cabo Terrero y catorce soldados de la Legión, los cuales intentarán entrar en el ensangrentado blocao. Antes de partir, los voluntarios presienten que no van a volver, por lo que reparten sus propiedades entre los compañeros, y hasta se transmiten direcciones de *novias de guerra* o domicilios de familiares donde enviar la carta fatal. Uno de los que salen es Lorenzo Camps Puigredón, que acaba de recibir parte de su prima de enganche. Y a Eduardo Agulla Jiménez Coronado, al mando del Atalayón, le dice: «Mi teniente: como vamos a una muerte segura, ¿quiere usted entregar este dinero a la Cruz Roja?»[59] El soldado tiende al oficial cincuenta duros. Agulla, con lágrimas en los ojos, coge los billetes y asiente en silencio. El grupo cruza las alambradas y se pierde montaña arriba. En una impetuosa carrera entran en Dat Hamet. Los rifeños

---

instrucción de juicio contradictorio para concesión de la Laureada al sargento Emiliano Barnachea Molviedro, muerto en la acción, que le sería adverso por falta de pruebas.

[58] AFAM, Leg. 364/1. Conversación telegráfica La Cierva-Berenguer, a las 21.00 h del 31 de agosto de 1921.

[59] *La Legión Española. Cincuenta años de historia,* op. *cit.,* tomo 1, págs. 128 y 134.

aproximan sus cañones y, a doscientos metros, rompen fuego. Las granadas alcanzan la techumbre del blocao, incendiándolo. Minutos después, toda la viguería se viene abajo sobre sus defensores. Los harqueños se lanzan al ataque, pensando más en el saqueo que en el combate. Su sorpresa es enorme, pues los heridos les hacen frente. Ni uno sólo de los quince legionarios se salvará. En cuanto a los veinte soldados de la Brigada Disciplinaria que componían la guarnición, sobrevivirán dos, ambos heridos, entre los que no se contaron Camps y Terrero.

En el de Taguilmanin, la acción se consuma en dos fases: atacado por la *harka* en otra oleada nocturna (30 de agosto), el jefe de la posición, un alférez ya maduro, decide replegarse con los sobrevivientes. Ramón Mafioli-Rodés tiene treinta y un años. Ha entrado en el Ejército —en 1899— como simple «soldado voluntario» y cree justificado el abandono del blocao. Deja atrás nueve muertos de los suyos —alguno enredado en las alambradas, donde se ha luchado cuerpo a cuerpo— y se refugia, «con once heridos y diez ilesos»[60], en la segunda línea. Mafioli-Rodés no teme nada, pues su pelotón de treinta hombres ha tenido veinte bajas, el 66 por ciento. Muchos han corrido, en el desastre de julio, por menos motivos y sin tener la hombría de quedarse al lado de su gente, incluso siendo coroneles. En todo ello confía el bueno de Mafioli.

Al amanecer del 1 de septiembre llega Sanjurjo a los campos de Taguilmanin. Se encuentra el puesto derruido, libre de enemigos, los muertos españoles alrededor, y el oficial al mando, *por ahí atrás* según le dicen. Sanjurjo ordena que se le presente el alférez. Y delante de la tropa, formada ésta, demudado aquél, ordena su arresto fulminante y su presentación ante un Consejo de Guerra. La reclusión se empieza a cumplir ese mismo día en el fuerte de Rostrogordo. Dos semanas después, privado de toda asistencia, abrumado por avisos humillantes, Mafioli-Rodés decide acabar con su agonía y se dispara un tiro en la cabeza.

El suceso será recogido por el Parte de Guerra del 15 de septiembre, hecho del todo inusual, pero de forma tan ambigua como contradictoria: «Ha fallecido el alférez de Almansa señor Mafioli-Rodés, que intentó suicidarse.» Solano sería el relator del triste caso. Y sobre la conducta de Mafioli, precisó: «Debió pensar que no le iban a encausar por ello, cuando han debido fusilar a tantos.» Luego desveló, ante la conmoción de la Cámara, que fueron los mandos del alférez quienes «le dieron, caritativamente, una pistola para que se pegase un tiro»[61].

Bloqueadas las operaciones, las críticas llegaron desde el interior del Ejército. Riquelme encabezaría esas denuncias: «España no puede soportar una ocupación permanente de la zona. Para eso necesitaría tener aquí quinientos mil hombres.»[62]

En cuanto al rifeño, mostraba una singular imaginación en su deseo por expulsar a los españoles, pues se supo, por algunos evadidos, que los santones recorrían los zocos «diciendo que los cañones y fusiles de los cristianos se transformarán en agua, y los musulmanes imperarán en el mundo»[63].

Berenguer, por su parte, había hecho sorprendentes declaraciones a la prensa. Al ser preguntado por Borrás sobre qué tipo de colonización consideraba preferible, afirmó: «El Protectorado tal como lo comprenden los ingleses (vínculos confederales).» Añadiendo con insólita resolución, a lo Prim: «Todas las colonias acaban por emanciparse al sentirse fuertes. Marruecos no será una excepción en el porvenir.»

Y cuando Borrás le apuntase el afán nacional de desquite —«Entonces no será usted partidario del exterminio de esa raza»—, Berenguer le tranquilizaría: «Nadie lo es y yo menos. Nada de ideas absurdas. Castigar hasta donde sea preciso, eso sí. Despoblar, no.»[64]

---

[60] AGMS, Leg. M-148. Y AFAM, Leg. 364/1, conversación telegráfica Berenguer-La Cierva, el 31 de agosto de 1921.
[61] DSCD. Sesión del 20 de octubre 1921, pág. 3.698.
[62] *El Sol,* edición del martes 20 de septiembre de 1921.
[63] *ABC*, edición del martes 13 de septiembre de 1921.
[64] «El pensamiento político de Berenguer», artículo de Tomás Borrás, en *El Sol,* edición del martes 6 de septiembre de 1921.

Vuelven «los muertos» y retrato psicológico de un líder

El día antes de iniciarse la *Reconquista* hubo gran revuelo en Melilla. Acompañado de dos indígenas, apareció Felipe Peña, al que todos daban por muerto en Arruit. Peña, todavía no curado de su herida en la cabeza[65], había acabado de curandero en un aduar próximo a Adaten, donde su experiencia y afabilidad causaron admiración entre los rifeños. Ese mismo 16 de agosto llegaron, en tandas de tres o cuatro, hasta «veinte soldados de la columna de Navarro»[66]. Los muertos volvían.

Un mes después llegaba a Melilla otro espectro, médico también, Antonio Vázquez Bernabeu. Había sobrevivido a la caída de Buymeyan, avanzada del ejército de Silvestre. Luego de inutilizar la artillería, la guarnición descendió hacia la hoya de Annual, siendo rodeada por la *harka* y destrozada.[67] De los noventa y uno de Buymeyan sobrevivieron veinticinco, entre ellos su capitán, Salto Vázquez había reaccionado igual a como hiciera en la dura acción del 16 de junio en la Loma de los Árboles: defendiendo sus heridos a *tiro limpio,* para evitar que fueran rematados. Los rifeños, admirados, respetaron su valor y su condición de médico.

De sus impresiones del fatídico 22 de julio, Vázquez Bernabeu destacó una escena de sacrificio. Entre los restos de un reducto encontró los cadáveres «de un capitán y los dos tenientes de una compañía de ametralladoras, echados de bruces sobre sus máquinas». Ya en Annual, se topó con el espectáculo de la rapiña de los harqueños: «No pienso ver nunca locos más locos que los que practicaban el pillaje, quitándose las cosas unos a otros. Se subían a los mulos que, espantados, les derribaban a coces. Daban gritos de energúmenos.»

Vázquez fue conducido hasta el jefe de la rebelión, quien le recibió, sentado «entre un montón enorme de objetos, todo lo que habían robado en la posición». Abd el-Krim, que sabía de la fama de Vázquez en el Rif —había asistido a las mujeres de los *chiuj* (jefes) en sus partos, distinción de máxima confianza—, le propuso ser su médico. Pero aunque «las proposiciones que me hizo eran, metálicamente, bastante buenas», Vázquez respondió que «los españoles no éramos tan canallas como los que se fingían amigos para luego traicionar». Abd el-Krim ordenó su prisión, en Axdir.

Vázquez atendió a los cautivos españoles, pero también a los rifeños. Sus recuerdos fueron éstos: «En los zocos curaba entre el desprecio de algunos *tebib* (médicos) y la atención imitativa de otros: en un zoco vi aplicar pasta de los dientes a un herido de bala en el pecho.» El español curaba a hombres, «con gusanos en sus heridas», pero cuando creía ya sanarlos, se encontraba con que la ignorancia cabileña quitaba sus ungüentos para sustituirlos «por apósitos hechos con pan mascado, hojas de maíz, cuerdas y lienzos sucios». Y Vázquez confirmaba: «Naturalmente, se murieron casi todos.»[68]

Las primeras semanas en cautividad se caracterizaron por el buen trato y la buena comida —«gallina y arroz, en platos, y con cubiertos»—, condiciones que se endurecieron al progresar las columnas españolas hacia el interior rifeño. Este avance originó sistemáticos intentos de desmoralizar a los prisioneros: «A todas horas nos decían que habían tomado Ceuta y Melilla.»

Cuando llegaron los supervivientes de Arruit, hubo que ceder al general Navarro «la única cama que había». Hasta setenta y dos hombres se hacinaron en una casa-prisión. Sintiéndose falto de fuerzas, Vázquez decidió fugarse. Hasta el Peñón, a nado y solo.

Sería en «una noche de septiembre» —Vázquez empezaba a perder la noción del tiempo—, cuando no pudo más. De la playa le separaban tres kilómetros. Empezó a correr. Pronto fue descubierto, y las guardias rifeñas le dispararon.

Aunque apenas hacía ruido al nadar, los rifeños seguían disparando en dirección al Peñón. Los tiros, espaciados, acabaron al fin, y quedó rodeado de silencio. Para soslayar el cansancio, haría su

---

[65] AGMS, 1ª Sección, Leg. P-986. Peña fue herido por la explosión de dos granadas rifeñas en la enfermería de Arruit, cuando atendía a sus enfermos.
[66] *ABC*, edición del martes 17 de agosto de 1921.
[67] *Información...* (Suplicatorio Berenguer), pág. 111.
[68] *El Sol,* edición del sábado 1 de octubre de 1921.

recorrido «nadando boca arriba»[69]. Rodeó los aplomados escarpes del Peñón y, por su vertiente septentrional, subió hasta las primeras casamatas. En un postrer impulso se introdujo en ellas. El 23 de septiembre estaba en Melilla. El mismo día de su llegada, y ante Berenguer, Vázquez realizaba una declaración, transmitida a La Cierva. Manifestó cosas sorprendentes, que fueron silenciadas al público:

«Los oficiales no están mal tratados, aunque la alimentación es deficiente. Compleméntase con la que se envía desde aquí. Abd elKrim les trata afablemente (...). El General Navarro y demás prisioneros desean el rescate, pero esperan resignados el momento (...). Al principio, la harca aspiraba a que abandonásemos incluso las plazas de soberanía, luego transigen con que éstas sigan en nuestro poder y que nuestro Protectorado se limite a enviar los Maestros, Ingenieros, etc., para que ellos se civilicen.»[70]

Vázquez, al enfrentarse a la prensa, tuvo que dar una *doble imagen* de Abd el-Krim. De él diría que era hombre sin ambiciones—«me aseguraba que él no quería dinero y que sólo aspiraba a que nos marchásemos del territorio»—, aunque lo presentaba como descarado oportunista y al límite: «Hizo creer que los billetes españoles (de 50, 100 y 1.000 pesetas) carecían de valor, y de este modo los adquirió a duro. Hoy tiene sacos enteros.»

Vázquez aportó más detalles, haciendo parecer a Abd el-Krim como jefe despiadado para los suyos: «Cuando le comenté el elevado número de bajas habido en un combate, me dijo: Mejor, tantos salvajes menos.» Actitud extendida a los prisioneros: «Las medicinas que necesitábamos han estado en la playa ocho o diez días, sin que se preocupase de mandar a recogerlas.» Vázquez aportó dos rasgos más, como el de predestinado a un gran empeño —«unir a su gente»—, y el de caudillo angustiado: «Prevé que su final es caer en manos de los españoles o perecer a manos de los suyos. O huir Dios sabe dónde.».[71] Quedaba así dibujada una personalidad altanera, cruel y pragmática, impredecible y obstinada. Un verdadero rifeño.

Juan, el botero de Nador y setenta más

La lucha por el Gurugú cubría toda la montaña, y los combates alcanzaron el anillo fortificado de Casabona. Allí, en dos choques brutales (4 y 8 de septiembre), se logró sujetar la línea a costa de los cincuenta y seis muertos y doscientos dos heridos que lamentaron los españoles, mientras la *harka* perdía unos doscientos hombres. El frente rifeño empezó a retroceder hacia Nador.

El 16 de septiembre, con dos columnas (las de Sanjurjo y Federico Berenguer, hermano del alto comisario) que sumaban quince mil hombres, con unas cincuenta piezas de artillería y el apoyo de dos baterías flotantes —en Mar Chica—, los españoles fueron al choque contra la *harka,* de unos seis mil efectivos.

Ambos bandos sufrieron graves pérdidas —los españoles, treinta y tres muertos y ciento trece heridos—[72], pero los rifeños, al verse arrojados de Monte Arbós y de «Las Tetas de Nador» (dos sinclinales colgados, en forma de seno), cedieron el dominio de la devastada población. En ABC se calificará a la operación de «muy feliz», y al avance combinado de los infantes y jinetes, bajo el vuelo de las escuadrillas, de «preciosidad»[73].

Enorme era la expectación por volver a Nador. Se estaba en pleno *espíritu de reconquista,* esas ansias de desquite que parte de la prensa azuzaba. En *ABC* se había pedido «una acción resuelta, enérgica, arrasadora de las guaridas en que se refugian nuestros enemigos», precisando: «En el caso de que los rifeños esquiven ese choque, para que la traición no quede impune, hay que llevar el exterminio a los aduares enemigos, y cuando los cabileños sientan en sus vidas y haciendas el

[69] *ABC,* edición del martes 27 de septiembre de 1921.
[70] AFAM, Leg. 364/1. Información telegráfica, transmitida por Berenguer a La Cierva, a las 21.00 horas (23 septiembre 1921).
[71] *El Sol,* 1 de octubre de 1921.
[72] *Historia de las campañas...,* tomo III, págs. 494 y 495.
[73] *ABC,* edición del martes 20 de septiembre de 1921.

quebranto del escarmiento, entonces habrá llegado la hora de discutir y acordar la política que ha de seguir España en Marruecos.»[74]

Los españoles fueron con ganas de revancha. Por algo se llamó c*ampaña del desquite* a aquel apasionado empeño bélico. Lo que hallaron sólo les dejó fuerzas para llorar. Las tropas se dispersaron y *razziaron* (saquearon y destruyeron) huertas y casas. De la requemada y silente población diría Corrochano que «tiene olor de cadáver y de incendio». Hubo que enterrar despojos hasta sumar setenta y un cuerpos. Y aunque aparecieron ocho supervivientes —casi moribundos, escondidos en el fondo de un aljibe hediondo—, jamás pudo enterrarse la memoria de lo sucedido en Nador.

El espanto surgió en la llamada *Casa del Matadero,* donde habían sido torturados numerosos colonos. La visión de aquel lugar llevaba la alucinación y el vómito al ánimo más templado: la sangre salpicaba suelos, rincones y muros, agrupándose en panzudos y costrosos charcos, cubiertos de insectos; los cuerpos, torturados hasta extremos imposibles, eran restos irreconocibles. Pero lo que sobrecogió a todos fue un mensaje grabado en la pared:

«Si alguno entrara en este cuarto, sepa que aquí hemos sido quemados treinta hombres y dos mujeres. Llevamos cinco días sin comer ni beber y nos han hecho mil perrerías. Hermanos españoles, defendernos y pedir a Dios por nuestras almas. Yo, Juan, el Botero de Nador, natural de Málaga.»

Borrás detallará el consternado desfile de los soldados españoles por este antro de las peores vilezas, mudos muchos, jurando otros vengarse ante el martirio de Juan, el Botero de Nador, y todos los como él allí inmolados.[75]

Tizza: un general al galope y un capitán en la pendiente

Reconquistada Nador, no podía avanzarse hacia Zeluán sin antes socorrer a Tizza, desafiante posición al suroeste de Melilla, que llevaba cuarenta y nueve días cercada. Para aliviar su suerte, se formaron dos columnas (general Sirvent y coronel Tuero), unos diez mil hombres, a los que apoyaban trece baterías (unas cincuenta piezas). Y allá fueron el 26 de septiembre. Pero el fuego rifeño *clavó* en el suelo a los atacantes. Toda la línea española flaqueó a media mañana. Surgieron airados reproches entre los mandos y el entonces comandante general de Melilla, Cavalcanti.

José Cavalcanti de Alburquerque era uno de los favoritos del Rey. Estaba considerado *militar de pecho:* en Taxdirt, el 20 de septiembre de 1909, había cargado contra mil quinientos rifeños al frente de los sesenta y cinco jinetes del 4° escuadrón de Cazadores de Alfonso XIII.[76] El laureado Cavalcanti, pues, sabía de cargas. A sus cuarenta y cuatro años daría una más —y memorable—tras convencer a un capitán. Tres días después del primer fracaso ante Tizza, se repitió el intento. Sirvent y Tuero reunieron dieciséis mil efectivos. Enfrente, una intimidante *harka* compuesta por nueve mil combatientes. Los rifeños volvieron a rechazar a los españoles. Y de nuevo surgieron *palabras fuertes* entre los mandos de la plaza.

Cavalcanti, al observar que el convoy seguía bloqueado en la subida, se acercó al oficial que estaba al mando y le dijo: «Yo voy a Tizza, y usted viene detrás de mí con el convoy, y cuando llegue, porque Vd. tiene cara de ser de los que llegan, se me presenta.».[77] Sin más, Cavalcanti arreó espuelas a su montura, un caballo llamado *Bado.* Su escolta, desconcertada, le siguió como pudo, quedándose hombres y caballos en la pendiente.

El capitán Mariano Aranguren Landero tenía treinta y tres años. Detrás suyo se estiraba la interminable reata de trescientos mulos. Había visto cómo su general forzaba los portillos de la posición. Estaba obligado a no ser menos. Y se lanzó cuesta arriba con su gente. Las ametralladoras

---

[74] *ABC,* editorial en la edición del 17 de agosto de 1921.
[75] «Islas de muertos», en *El Sol,* 20 de octubre de 1921.
[76] El escuadrón recibió la *corbata* (laureada colectiva) de San Fernando, y su jefe, entonces comandante, la Cruz individual.
[77] Crónica de Corrochano para *ABC,* 2 octubre de 1921.

y fusilería de la *harka* se cebaron en ellos. Aranguren no tenía caballo, y sus hombres tampoco, con lo que su ascenso tenía que ser lento, zigzagueante y mortal, al paso de los mulos. Pero entró en Tizza, herido en un brazo, y a Cavalcanti, tambaleándose, le espetó: «Mi general, aquí está el convoy.» O lo que quedaba de él: la mayoría de los mulos yacían muertos, reventados en la ensangrentada subida. Y de su compañía sólo podía ofrecer una larga lista de bajas.

Tizza, en sus dos actos, costó 81 muertos y 383 heridos.[78] De agua, víveres y municiones, llegó poco al enclave asediado, pero de honra castrense entró una barbaridad.[79] Pero si no hubiera sido por el coraje de Cavalcanti y el temple de Aranguren y los suyos, habría habido un descalabro mayor.

Tuero y Sirvent fueron encausados y también Cavalcanti. Su fervor real no le privó de que el mismo Rey criticara su proceder temerario. En 1924, un indulto regio absolvería a Tuero y Sirvent. Aranguren, propuesto en 1922 para la Laureada, se quedaría sin ella, pero llegaría a general de división.[80]

Los españoles seguían con sus grandes columnas, y los rifeños, firmes en su condición de ejércitos de *un solo hombre,* impedían esos avances. Borrás resumiría la titánica pelea:

«Ellos luchan por instinto. No tienen ningún jefe, no hay instrucción militar, nadie da una orden. Un individuo solitario ataca un convoy de diez mil hombres; o diez mil, a su vez, atacan a un soldado solo. Cada cual toma su iniciativa.»[81]

La noticia de que llegaban a Ceuta los 731 componentes de la Legión Hispanocubana, levantó los deprimidos ánimos nacionales.

Los hispanocubanos —466 españoles, 225 cubanos, y el resto de otras quince nacionalidades— venían en el *Manuel de Camps.* Procedían de La Coruña, adonde habían arribado el 4 de octubre tras hacer «un viaje rápido, de doce días», desde La Habana. Otros 287 legionarios, embarcados en el vapor *Infanta Isabel de Borbón,* habían llegado a Cádiz el 19 de septiembre, procedentes de Buenos Aires. Traían en su memoria una fervorosa despedida: en los muelles bonaerenses se reunieron «unas cincuenta mil personas», animándoles en su partida hacia la guerra de Marruecos.[82] Su destino final era Ceuta, adonde les llevaría el *Guillén Sorolla.* Cuatro años después, los voluntarios argentinos volverían al puerto ceutí para embarcar rumbo a su patria. Habían pasado por el cedazo bélico del Rif. De aquellos 287, volvían veinticinco.[83]

Maura y su conciencia de Estado

El mismo día en que Cavalcanti resolvía el asedio de Tizza, Maura se encerraba en su despacho. Tenía que romper un cerco moral que le angustiaba y quería vencerlo a solas. Quiso también dejar por escrito sus dudas y afirmaciones. Porque de ambas cosas había al tratar sobre los cautivos españoles en Annual y Axdir.

El 20 de agosto, Berenguer había comunicado a La Cierva un dato singular: la recepción, por medio de «un enlace que tengo con Abd el-Krim», de la exigencia de éste por el rescate, mostrando su pasmo por la cifra: «Una cantidad fabulosa, tres millones, que he rechazado.»[84] Pasó el tiempo y Abd el-Krim añadió otro millón asus demandas —por daños a las propiedades rifeñas, lo que exasperaría a Maura—, más la excarcelación de doscientos indígenas, presos en cárceles del Marruecos español.

A mediados de septiembre, tras un tenso Consejo de Ministros, aducía Maura que, mientras Abd el-Krim y su tribu «rehusaran enviar contingentes a combatirnos, era lícito y hasta loable el intento

[78] *Historia de las campañas...,* op. *cit.,* págs. 502-504.
[79] Recibirían la Laureada el soldado practicante Pedro Gutiérrez de Diego, y Luis Furio Murillo (a título póstumo). *Galería Militar...,* tomo VI, op. *cit.,* págs. 3.34 y 335.
[80] AGMS, 1ª Sección, Leg. A-2057.
[81] *El Sol,* 16 de septiembre de 1921.
[82] *El Sol,* edición del martes 20 de septiembre de 1921.
[83] *Heraldo de Madrid,* miércoles 16 de septiembre de 1925.
[84] AFAM. Leg. 364/1. Conferencia telegráfica Berenguer-La Cierva, a las 20.30 horas del 20 de agosto de 1921.

de neutralizarlos (por dinero)». Tras definir a los Beni Urriaguel como «el nervio más poderoso de la hostilidad con que se procura expulsarnos (de Marruecos), convictos de importancia ante los moros y el Mundo entero», Maura afirmaba: «Mientras se ventila por las armas este conflicto, está cortada por imperativos categóricos la vía del rescate.»

Preso entre tan severas dudas —rescatar a los cautivos, con lo que rearmaría al enemigo en lo económico y político—, diría Maura de aquellas opciones: «Examinándolas, se redobla el voto contra la promiscuidad de tratos y combates.»[85] La lectura de sus confesiones en aquellos días muestra su desesperación, pero también la síntesis de su pensamiento político: el Estado antes que sus gentes. En 1923, García Prieto lo entendería al revés: las personas antes que el Estado. Ésa era la ética. Y sólo así sobrevivía el Estado.

Tanta resistencia gubernamental no pudo luchar con la angustia social ni con la airada división existente en el seno del Ejército. La rebeldía la iniciaron varios oficiales de Ingenieros, coordinados por el comandante Alzugaray, que sabía de las penalidades de sus compañeros de Arma —veinticuatro en total—, y por los que Abd elKrim pedía «treinta mil duros»[86]. Cuando el rescate iba a pagarse, concentrados ya en Axdir veintitrés de los veinticuatro cautivos, La Cierva, alertado por el general Los Arcos, prohibió tales convenios. Tuvo razón el Gobierno. Pero la herida nacional estaba ahí. Derivaría en denuncia antimonárquica.

España en sobresalto: se toma el Gurugú y surge Zeluán

Tras la reocupación de Taiuma, el 23 de septiembre, la flecha de la maniobra española se torcía hacia su derecha para tomar de revés los contrafuertes meridionales del Gurugú, Segangan y la meseta de Atlaten. Aparecía la posibilidad de quebrar las espaldas rifeñas y romper el cerco de Melilla.

Tres fuertes columnas —Berenguer (Federico), Cabanellas y Sanjurjo— se lanzaron al amanecer del 2 de octubre sobre una amplia línea. La *harka se* mantuvo, recia y cohesionada, en los primeros tanteos del combate, apoyándose en líneas de trincheras «abiertas con profusión y repletas de gente que bravamente las defendían», según precisaría el alto comisario al ministro de la Guerra. Cuando los harqueños contraatacaron, fueron deshechos. Primero por la artillería, «que les obligaba a retirarse, quedando gran parte sobre el campo»; luego, cogidos entre dos fuegos, «y con la retirada cortada por nuestros jinetes, cayeron en nuestro poder, después de perder la vida»[87]. Fue una lucha sin piedad y sin remordimientos. El 10 de octubre, el Gurugú caía en manos españolas.

En el Congreso de los Diputados se libraba ya la batalla de las Responsabilidades. Y en ese marco, tenso, se dijo por Prieto que, en una crónica de la prensa madrileña —tal vez en *AB* C, siendo Corrochano su posible autor—, había sido censurada la siguiente descripción: «Esta mañana la duquesa de la Victoria recibió de los legionarios una *corbeille* (cesta) de rosas encarnadas. En el centro lucían, con su morena palidez de alabastro, dos cabezas moras, las más hermosas entre las doscientas de ayer (Rumores).»[88] El estupor se adueñó de la Cámara.

Carmen Angoleti y Mesa, duquesa de la Victoria —título que tomaba de su marido, nieto del general Espartero—, había nacido en Madrid, el 7 de septiembre de 1875. Mujer de excepcionales dotes morales y físicas, al enterarse de lo ocurrido en Annual sospechó el desastre sanitario que se cernía sobre Melilla. No lo dudó. Reunió un grupo de enfermeras, voluntarias de la Cruz Roja, y en pocos días llegaba a su destino. Prieto la había conocido en Melilla, quedando admirado de su temple y profesionalidad. Meses después, con motivo de un homenaje popular a Carmen Angoleti, diría de ella: «Bondad, modestia y valor, he ahí las características predominantes en la duquesa de

[85] *Ibídem.* Leg. 442/5. Memorando de siete páginas, redactado por el propio Maura y pasado a máquina por uno de sus secretarios. Fechado el 26 de septiembre de 1921.
[86] Hernández Mir, F, *Del desastre...,* op. *cit.,* pág. 68.
[87] AFAM, Leg. 364/1. Conferencia telegráfica Berenguer-La Cierva, a las 22.15 horas del 2 de octubre de 1921.
[88] DSCD. Sesión jueves 27 de octubre de 1921, pág. 3.835.

la Victoria.»[89] Pero el 27 de octubre de 1921, Prieto tenía que rendir primero homenaje a la verdad africana. Por dura que fuese.

Cuando La Cierva tomó la palabra, estimó que en aquellos días, en que los soldados encontraban «martirizados, destrozados, torturados» a sus compañeros, y, a su lado «las infelices mujeres, los niños y los ancianos de aquella población civil (Nador), hablar en la Cámara española de crueldades de los españoles, y no tener una censura enérgica contra todo eso, es cosa que someto al recto espíritu de S. S., señor Prieto».

Añadiría el ministro que «nosotros no podemos imitar a las bestias salvajes; somos un pueblo civilizado, y aun con ellos, que tienenesas crueldades, debemos proceder como proceden los pueblos civilizados y tratarlos como seres humanos». La Cierva aseguró que a los rifeños se les trataría «con arreglo al derecho de gentes», aplicándoles «las leyes militares cuando proceda», y concluyendo: «Todo eso que S. S. ha leído de cabezas de moros dedicadas a una ilustre dama, a la que S. S. con tanta justicia ensalzó, todo eso es una mera leyenda.»[90]

Prieto ni engañaba ni fantaseaba. La guerra era la guerra, y en el Rif más. Quien mentía era el ministro. El aviso lo había recibido La Cierva, por conferencia telegráfica, de Berenguer en persona. En la batalla más que choque del 2 de octubre —Berenguer diría de él que «no recuerdo haber presenciado más importante combate que el de hoy, ni mayor encarnizamiento por una y otra parte, rivalizando en bravura»—, de las pérdidas del enemigo dijo que «sólo en el campo ha dejado más de doscientos muertos, por lo que seguramente habrán pasado del millar sus bajas». Pero al relatar las fases finales de la lucha, el alto comisario había precisado al ministro: «En ese flanco (entre Sebt y Segangan), fueron frecuentes los episodios en que nuestra Caballería cargó sobre esos grupos, que trataban de caer sobre nuestras guerrillas, habiéndose recogido muchos muertos, cuyas cabezas trajeron nuestros soldados a Nador.»[91]

Los rifeños no habían perdonado. Ni en combate abierto, ni en las rendiciones logradas con engaño. Los españoles tampoco perdonaban. Aunque lo hicieran cara a cara. Pues había más. En ese mismo parte de novedades del 2 de octubre, Berenguer, tras señalar «la conducta bizarrísima de los Regulares de Ceuta, diezmados por su intervención en los más duros combates», y la acción «no menos ejemplar del Tercio», diría de ambas fuerzas: «Con un denuedo que supera a toda ponderación, llegaron también al cuerpo a cuerpo con el enemigo, tomándole sus atrincheramientos con numerosos muertos y heridos, a quienes remataron, combatiendo sin parar todo el día y encarnizadamente.»[92] La guerra en el Rif era *rifeña* y para todos. Sin cuartel. Lo comprobarían las tropas de Sanjurjo en Segangan, entre el 8 y el 9 de octubre. Hallaron allí «cadáveres de españoles sometidos a crueles martirios», y, entre éstos, «una pobre mujer atravesado el vientre con una estaca de tienda de campamento»[93], según dramático relato de La Cierva al Rey.

Perdidas sus espaldas, el Gurugú tuvo que entregarse. Tres brigadas —Berenguer (Federico), Fresneda y Sanjurjo— lograban dominarle a las 09.15 horas del lunes 10 de octubre, al plantar sus enseñas sobre el pico Basbel, la cumbre más alta. Tres cuartos de hora más tarde, el pico Kol-la, y la retranqueada meseta artillera de Hasdú, eran dominados. A poco de pasar los temidos Barrancos del Lobo y del Infierno, aparecieron dos Schneider de 75 mm: los bombarderos de Melilla. En la ciudad, las campanas fueron echadas al vuelo, la población llenó las calles y se esforzó en «obsequiar con vino, golosinas y agua» a los soldados que regresaban de vencer la montaña maldita.[94] En la noche se produjo un gran sobresalto: «El Gurugú puede decirse que es una inmensa hoguera.»[95] Palabras de un testigo de excepción, el propio La Cierva. Era el desquite de los

---

[89] Angoleti de Cárdenas, Ignacio. *La Duquesa de la Victoria,* Ediciones Alta-mira, Madrid, 1958, pág. 223. Carmen Angoleti recibió con posterioridad un gran homenaje, al que se asociaron numerosos políticos, entre ellos Pablo Iglesias, quienafirmaría: «Enemigo de la guerra, rindo homenaje a tal señora, que ha demostrado elevadísimos méritos a la par que una extremada modestia».

[90] DSCD. Sesión del 27 de octubre de 1921, pág. 3.835.

[91] AFAM, Leg. 364/1. Conferencia del 2 de octubre de 1921.

[92] *Ibídem.*

[93] AFAM. Conferencia telegráfica Alfonso XIII-La Cierva, a las 19.00 horas del 10 de octubre de 1921.

[94] *ABC*, edición del m¡ércoles 12 de octubre de 1921.

[95] AFAM, Leg. 364/1. Conferencia telegráfica, 10 de octubre.

vencidos de julio.

La *harka* había esperado a que la columna Sanjurjo iniciara el repliegue para lanzar *sus* efectivos sobre ella, copándola. El mando bífido —Sanjurjo y Castro Girona—, más la voluntad de no rendirse nunca más, llevó al sacrificio de las tropas —hubo 74 muertos y 298 heridos—[96], logrando permutar el fracaso inminente por la victoria repentina. Renacía el Ejército. Pero las filas de tantos compañeros caídos enrabietó a los hombres y fueron contra la montaña. Una noche y un día estuvo ardiendo.

El camino de Zeluán estaba libre. La fortaleza de El Roghi parecía intacta, pero dentro y fuera de ella se alineaban largas columnas de ajusticiados: quinientos muertos. La prensa no ahorró detalles, publicando planos con el emplazamiento de aquellos restos: en la alcazaba, veinticuatro; al lado del cementerio, seis más; en la orilla del río, otros cuatro, «a quienes, por la posición de los cuerpos, sorprendió la muerte bebiendo»; entre la línea del ferrocarril y el poblado, otros ocho, uno de ellos «un soldado de Alcántara, muerto con su caballo, y aún tenía las riendas en la mano»; en la pista hacia Taiuma «no menos de ciento cincuenta», y «otros tantos en el camino viejo»[97]. El horror, si aún cabía más, se concentró en Casa la Ina —por el nombre de una conocida bebida jerezana—. Cuando se descubrieron las bestialidades que contenía estaba presente Martínez de Campos, que retrató así la pesadilla: «Aquello más que casa parecía un matadero, pues en su recinto hallamos más de cien cadáveres, abiertos unos en canal, otros clavados en la pared, muchos con los atributos sexuales carbonizados, y todos con la mueca del dolor más agudo en la lividez de sus rostros.».[98]

Cabanellas, que mandaba una de las columnas, dirigió una carta abierta a los «Señores presidentes de las Juntas de Defensa o Informativas», acusándoles del desarme moral y material del Ejército. Decía así en su versión completa y más fidedigna:

> «Muy señores míos: Perdonen que, ante la imposibilidad de dirigirme a cada uno de ustedes, lo haga de esta forma.
>
> »Acabamos de ocupar Zeluán, donde hemos enterrado quinientos cadáveres de oficiales y soldados. El no tener el país unos millares de soldados organizados les hizo sucumbir. Ante estos cuadros de horror no puedo menos que enviarles mi más dura censura. Creo a ustedes los primeros responsables, al ocuparse sólo de cominerías, desprestigiar al mando y alcanzar en los presupuestos aumentos de plantilla, sin preocuparse del material, que aún no tenemos, ni de aumentar la eficacia de las unidades.
>
> »Han vivido gracias a la cobardía de ciertas clases, que jamás compartí. Que la Historia y los deudos de estos mártires hagan con ustedes la justicia que se merecen. Siento expresarme tan claro, pero queda así tranquila mi conciencia. De ustedes queda, Cabanellas. Esta carta no es reservada.»[99]

Miguel Cabanellas Ferrer tenía cuarenta y nueve años. Severo con sus oficiales, era comprensivo, hasta patriarcal con sus tropas. Al lucir larga y tupida barba blanca, tomaba aspecto de *general antiguo.* Fuerte de complexión, de mirada franca y dura, hablaba poco y escuchaba mucho. La carta le hizo muy popular. Las Juntas le hicieron cara, planteándole una querella «por difamación», lo que, poco después, forzaría su cese. Al general le cabría la satisfacción de asistir al descoyuntamiento de aquéllas (en 1922).

Guerra entre el ministro del ramo y dos diputados

Entrado el otoño de 1921, la crispación gobernó el país. Desde la perspectiva histórica, causa asombro que se dijeran en el Congreso las cosas que se dijeron y que las Cortes aún permaneciesen

---

[96] *Historia de las campañas...,* tomo III, pág. 512.
[97] *ABC,* edición del miércoles 19 de octubre de 1921.
[98] Martínez de Campos, Arsenio. *Melilla 1921,* Publicaciones de El Pueblo Manchego, Ciudad Real, 1922, pág. 258.
[99] AFAM, Leg. 364/1.

abiertas. Subsistían, pero sin futuro. Empezaba a planear sobre ellas la amenaza de su disolución violenta.

Hasta que llegara su muerte institucional, en septiembre de 1923, el Congreso daría fe de su insumisión ante la negligencia, la cobardía, el nepotismo o el disimulo: era un Parlamento rebelde y noble. Pero como a la vez que se denunciaba no se cambiaba nada, y censurando tanto y a tantos, los mismos censurados eran quienes gobernaban la guerra de Marruecos sin lograr terminarla, el Parlamento tomaba otros perfiles. Los de la incapacidad, el cinismo y el ridículo. Tanto fuesen hacia el lado de la rebeldía, como hacia el de la inutilidad, más alto y más cortante se alzaba sobre aquellas Cortes el sable militar.

La batalla por África, en el Congreso, empezó el 20 de octubre. Cuatro días antes de llegar las tropas a Monte Arruit.

Ramón Solano tuvo una durísima intervención. Tras hacer un paralelismo de calamidades entre el 98 y el 21, justificó tal correspondencia: «Aquellos nombres de generales que exornaban las calles de Manila, aquellos ochenta o noventa; unos idiotas, otros imbéciles, y otros ladrones, entre muchos respetabilísimos, figuraban también, exactamente lo mismo, en las calles de Melilla.» Sin dar respiro a la Cámara, calificó lo sucedido de «desastre extraordinario», y manteniendo las responsabilidades de los mandos militares, dedujo que, de tal desastre, «tiene la culpa todo el país, y principalmente los Gobiernos y el Poder público, pues sabiendo que la cobardía se paga cara en todas las ocasiones, fue cobarde frente al enemigo»[100].

Solano había recorrido el frente de Melilla. Y allí, en primera línea, muchos oficiales ——del Tercio, Regulares y de regimientos como los de Burgos, Corona y Granada— le plantearon, indignados: « ¿Es que acaso nosotros, que nos jugamos la vida aquí, después de tolerar que nos confundan con los autores del desastre de julio, no hemos de ver que se impone la sanción debida a esos individuos que se entregaron sin disparar un tiro, que han robado a los infelices indígenas y han sido la causa de que tantos compatriotas nuestros hayan sido asesinados?»

Solano había hecho promesa solemne de transmitir esas reclamaciones al Congreso, junto con su crítica porque hubiese un solo modelo de soldado y dos maneras de mandarle. Y mencionó al coronel del regimiento de Ceuta, que le decía, enrabietado: «Mis hombres son capaces de ir a todas partes, pero ya ve usted cómo se encuentran.» Sin armas, sin tiendas, sin comida. Por el contrario, otros oficiales le susurraban: «Con estos soldados vamos vendidos.» Y Solano se preguntaba: «¿Qué indica una y otra cosa? Que aquél (el coronel de Ceuta) sabía llevar a la tropa; era el jefe y sabía conducirla; los otros, no.»[101]

Al relatar otra experiencia personal, daría Solano medida emocionante de lo que algunos hombres entendían por Ejército: «Yo he visto cómo los soldados del Tercio se acercaban a un teniente y le decían: Usted es Dios.» Porque aquel oficial había saltado las trincheras para «recoger un herido», frente al enemigo, dando ejemplo a la tropa. Por eso «sabían perfectamente los soldados que les acompañaban unos oficiales con los que quizá morirían todos, pero ninguno caería en poder de los moros»[102].

Sin conceder tregua a la Cámara, denunció Solano que en Melilla hubiera otro tipo de oficiales, esos «individuos (capitanes) quetenían seiscientas pesetas de sueldo, y gastaban doce mil y hasta catorce mil pesetas mensuales con sus queridas; que se metían el dinero del rancho en el bolsillo». El orador pediría, «en nombre de la oficialidad sana del Ejército», medidas de este porte: «Que se fusile a los cobardes y a los canallas, de la misma manera que desea se premie a los valientes y a los honrados.» Entendía Solano que en tales inmoralidades e injusticias «vemos uno de los hilos de la trama del desastre».

Fiel a un discurso como el suyo, sin miramientos, Solano presentó una denuncia tremenda: «Ha habido oficiales que, para sostener el boato y las queridas en Melilla y Tetuán, han hecho contrabando de fusiles y municiones (Grandes rumores).» Sin inmutarse, prosiguió: «Seis individuos han hecho contrabando de guerra y han sido expulsados de su regimiento, de una manera

[100] DSCD. Sesión del jueves 20 de octubre 1921, pág. 3.677.
[101] *Ibídem,* pág. 3.680.
[102] *Ibídem,* pág. 3.685.

callada, y puedo probarlo (Continúan los rumores).» Ya en pleno escándalo, el orador inquirió a la Cámara: «Pero señores, ¿es que solamente hay en el Ejército hombres honrados?» Y se preguntó: «¿No se ha hecho en Francia? Pues absolutamente igual.»

La Cierva, sentado en el banco azul, aparecía confundido, crispado ante semejantes afirmaciones. Rehaciéndose, acusó a Solano de generalizar, de deshonrar a las instituciones, y de que, siendo aquél «un momento de la vida nacional verdaderamente grave», no se alabasen los esfuerzos del militar español y, en cambio, «se hable sólo de nuestros vicios, de aquel Ejército, de su inmoralidad (Rumores)». Solano le interrumpió: «Que algunos eran unos bandidos, lo he dicho y lo digo.»

Al recibir Solano el apoyo de Lazaga, La Cierva, dirigiéndose a ambos, les dijo: «Si habláis del Ejército español, además de incurrir en injusticia, vais contra la Patria (Fuertes rumores).» A continuación, y en gesto melodramático, preguntó a la Cámara: « ¿Es que hay alguien aquí que diga, con carácter general, que el Ejército español es un ejército de bandidos? (Grandes protestas en la izquierda).» Nuevo alboroto, que fue vencido por las enérgicas razones de Villanueva: «Hay preguntas que son inconcebibles, y, sobre todo, por parte de un Ministro de la Guerra (Muy bien. Aplausos en la izquierda).»[103]

Lazaga pidió el uso de la palabra. Al serle concedida, se volvió hacia La Cierva y, muy emocionado, le recriminó: «Siendo el Ejército sangre de mi sangre, y habiendo dado yo por él la sangre de mis venas, no merezco una acusación semejante por parte de S. S. (Muy bien, muy bien).» La Cierva prefirió no replicar al diputado conservador por Cádiz. Lazaga, coronel de Artillería de la Armada, tenía motivos sobrados para hablar: la muerte, a consecuencia de las cinco heridas recibidas en la evacuación de Sidi Dris, del alférez José María Lazaga y Ruiz, su hijo.

Un ministro sin «hermanos» y un capitán sin contemplaciones

El 21 de octubre intervino Eza en el Congreso. Proclamó encontrarse en política «de buena fe»; proceder «por obligación»; ocupar cargos públicos «por disciplina» y estar «deseoso de abandonarlos». Llegó a llamar «mis hermanos» a los diputados, que le escuchaban entre absortos y compasivos. Dijo sentirse abrumado «por la enormidad misma de esa calamidad», y anunció que daría lectura a unas cartas de Berenguer, para demostrar que «aquello (el desastre) no ha sido más que una lamentable sorpresa».[104]

La Cierva se opuso, pero el presidente del Congreso, Sánchez Guerra, permitió su lectura. Eza leería esas cartas, pero no la del 4 de febrero de 1921, en la que Berenguer se le quejaba del estado desastroso del soldado. Demostraba Eza ser muy *selectivo.* El 25 de octubre, Berenguer —alertado por La Cierva— se enteraba, en Tetuán, de que Eza leía sus cartas en el Parlamento. Quedó tan estupefacto como dolido. Y amargado, le diría al ministro: «...desde luego sin haber tenido (Eza) la atención de pedirme autorización, a lo que creo tenía algún derecho, pues al fin y al cabo eran mías».[105]

Si Eza sorprendió al Congreso, un capitán de Caballería lo había alterado antes. Se trataba del marqués de la Viesca (Arsenio Martínez de Campos), diputado por Almadén y nieto de *El Pacificador.* De Abd el-Krim hablaría con conocimiento de causa, pues de él diría que «era el moro que iba a llevarnos al desembarco de Alhucemas». El diputado calificaba de «curioso» el hecho de que la sublevación rifeña «se iniciara, precisamente, por la cantidad de trescientas mil pesetas que, por unas minas, dieron a Abd el-Krim». Con esa suma, «los Beni Urriaguel han comprado todas las existencias de fusiles y municiones de las cábilas que se iban sometiendo a España, y a muy buen

[103] *Ibídem,* págs. 3.682, 3.686 y 3.687. Creemos que la intervención pertenece a Miguel Villanueva Gómez (1852-1931), pues había otro diputado, en las filas demócratas, que se llamaba Alberto Villanueva y Labayen. Miguel Villanueva, varias veces ministro -con Montero Ríos, Canalejas, Romanones y García Prieto-, sería un firme opositor a la dictadura primorriverista.

[104] *Ibídem,* 21 de octubre de 1921, págs. 3.721 y 3.723.

[105] AFAM, Leg. 362/2. Conversación telegráfica Berenguer-La Cierva, desde Tetuán, el 25 de octubre de 1921.

precio»[106].

Martínez de Campos fue el primero en ofrecer a la Cámara un anticipo de horrores contables. Las «algo más de ocho mil bajas» españolas en el Rif. Tras precisar que los supervivientes llegados a Melilla no pasaban de mil ochocientos hombres, y estimar en «diezy nueve mil los restantes», se preguntó por esos «diez mil y pico de hombres, que no se encontraban por ninguna parte».

Mayor expectación causó cuando, al relatar las vicisitudes de Berenguer en Melilla, mencionó las *resurrecciones* de no pocos oficiales: los emboscados. Hombres que «fueron apareciendo por la Comandancia y la Alta Comisaría, y a los que, con estupor, decía el mando (Berenguer): "Yo creía que usted había muerto."»

No menor asombro provocó Martínez al decir: «Según mis cuentas hay, en las Zonas de Reclutamiento, en la Cría Caballar, en los Depósitos, y en las Secretarías de los Gobiernos militares, unos tres mil jefes y oficiales, cuyos servicios no son imprescindibles en estos momentos, y que deben ir a Marruecos.»

Definitiva, por la prueba de doblez que suponía, sería su censura de los escapismos de algunos reclutas que, amparados por sus familias o amistades, ocupaban cómodos puestos en Melilla. Y citó el caso de un batallón «que tiene setenta destinos en la plaza». Fue interrumpido por otro diputado que denunció: «Y otro hay con ciento catorce.» El momento sería aprovechado por Rafael Guerra del Río, republicano, que pidió al orador, «los nombres, ahora». Martínez de Campos, sin dudarlo, señaló: «El señor García Vaso no dejó de intrigar hasta que su hijo se quedó de cartero (Rumores y aplausos).» José García Vaso, diputado liberal por Cartagena, era hombre de confianza del conde de Romanones.

Martínez arremetió contra las Juntas de Defensa. Desveló que Jiménez Arroyo era el jefe supremo de esas Juntas en Melilla, mientras Araújo —de quien dijo que «más hubiera valido que no hubiese estado en el campo (el frente), dada la rendición que hizo»—, era el presidente de la Junta de Infantería en la plaza. Luego precisó, dando la puntilla: «Entre la directiva de esa Junta no ha habido un muerto y ni siquiera un herido (Rumores).»[107]

En su intervención, tuvo Martínez un lamentable error, fruto de la pasión de aquellas jornadas. Fue cuando definió como «el caso más extraordinario que recordará la Historia del Mundo», el hecho de «perder una artillería (ciento diecisiete piezas) y no perder los jefes, algo absurdo». Sería Prieto quien, levantándose, recordó a Martínez el sacrificio del comandante Marquerie, y otros como él, Blanco y Bandín, los artilleros de Arruit.

Borrador de condolencias y la cruz de Arruit

Al reocuparse Zeluán, la expectación fue máxima en toda España. En Melilla se hizo insostenible. Arruit estaba a diez kilómetros del frente. Allí esperaba el grueso del ejército muerto.

Una lacerante contradicción dominaba a los españoles que acumulaban hombres y materiales en Zeluán. Nadie quería ser el primero en llegar al lugar de la infamia, y nadie tampoco quería dejar de verlo, como si en la constatación del horror residiese la comprensión del porqué de aquella insensata guerra.

Durante meses, los familiares de los desaparecidos habían ido y vuelto a Melilla, esperando recibir alguna respuesta a su martirio. Habían llegado a ser tantos, que Berenguer, en una conferencia con Eza, había sugerido: «Afluyen muchas personas a Melilla atraídas por el interés hacia parientes desaparecidos o por simple curiosidad (¡!); esto dificulta los alojamientos, por lo que convendría aconsejar que no vinieran.»[108]

Una más entre aquellos cientos de personas era la condesa de Hornachuelos. Buscaba señales, consuelos si fuese posible. Todo sobre un nombre. El del teniente José de Hoces y Olalla,

---

[106] *Ibídem,* 21 de octubre de 1921, pág. 3.697.
[107] *Ibídem,* págs. 3.697 y 3.698. *El Liberal,* en su edición del 10 de septiembre de 1921, también se refería a estos hechos.
[108] AFAM, Leg. 442/9. Conferencia Berenguer-Eza a las 13.05 h del 30 de julio de 1921.

perteneciente a la columna de Navarro. Era su hijo. Llevaba haciendo gestiones «para averiguar su paradero» desde primeros de agosto.[109] A finales de octubre, escribió una angustiada carta a Picasso. De la respuesta del general se conserva un borrador autógrafo, fechado en Melilla el 4 de noviembre de 1921:

«Mi respetada señora: He recibido su atenta del día 31 y comprendo su natural impaciencia por adquirir noticias ciertas sobre el paradero de su hijo. No dude que preguntaré con interés a cuantos prisioneros se presenten, por si saben algo de él, quedando en transmitirle las informaciones que adquiera, pero el estado de ánimo de los sobrevivientes de Arruit les impidió hacerse cargo de lo que pasaba a su alrededor; por lo que dudo que después de la tragedia sepan nada concreto; y sólo rumores que toman, en su imaginación, forma real, por lo que no se puede dar mucho crédito a sus informaciones. Reiterándole mi consideración, se ofrece de V. affmo. amigo y s.s.»[110]

Picasso no llegó a firmar esta carta. La tachó con un aspa enérgica, pensando hacer otro manuscrito. Se había llegado a Arruit once días antes y la condesa lo sabía, o estaba allí, ante el desastre mismo, y era aún más difícil escribirle una carta.

La *harka* no ofreció resistencia. Sabía que en campo abierto, y dada la potencia artillera —unos cien cañones en línea— y aérea—una veintena de aparatos— de los españoles, no tenía ninguna posibilidad. El repliegue hacia Batel era evidente en cuanto los españoles salieron en tromba de Zeluán.

Al mando rifeño, Arruit no le había importado nunca. Lo consideraba nulo en valor militar; aunque sabía de su validez destructora en lo moral. Los guerreros del Rif no enterraban jamás los cadáveres de sus enemigos, pues, como musulmanes que eran, sentían repugnancia de tocar los cuerpos sin vida de los *kaffar* (infieles), lo que no les impedía utilizar esos cadáveres como nueva agresión contra su adversario, al forzarle a reconocer, una vez más, el grado de su derrota.

Dos españoles lo habían comprobado por sí mismos. Se trataba de Rafael Fernández de Castro y Pedrera, y Rogelio Navarrete Hidalgo. El primero, periodista; el segundo, farmacéutico. Conjurados en adelantarse a la ofensiva, se atrevieron el 23 de octubre. De por vida llevaron la impresión de lo allí visto.[111]

El ataque español no fue tal, pues golpeó en el vacío, y las columnas ocuparon Monte Arruit a las 08.30 horas del 24 de octubre. Todo cuanto se había dicho de su horror quedaría justificado.

Se esperaba la muerte y apareció la barbarie. Arruit probó, con abrumadoras evidencias, su condición de tumba sin cerrar para una política de Estado más que militar. Cuervos y buitres habían abandonado Arruit hacía semanas. Ni los gusanos subsistían bajo el sol justiciero y frío del Rif preinvernal. En las brigadas de Sanjurjo y Cabanellas, que se abrieron en trompicados abanicos sobre el terreno para contabilizar aquellas atrocidades, nadie pudo contarlas y nadie pudo llorar. La tragedia era inabarcable para un solo hombre. El ejército muerto representaba a una sociedad, a la nación. Poco a poco se juntaron sus restos. Sobre ellos se alzó una sola cruz. Un único signo de dolor y respeto cobijaría a los tres mil de Arruit.

En *ABC* se calificó la escena de «cuadro espeluznante», y *El Sol* diría que «el olor era tan pestilente que los generales dieron orden de alto y renunciaron a entrar en el reducto»[112]. Pero sí entraron, y, como todos, con un pañuelo en la boca, la mirada extraviada, el pulso alterado. Las fotografías mostrarán a Berenguer, que llegó poco después, protegido con su característico abrigo gris en tela de chilaba, recorriendo la enfermería, donde se contabilizaron ciento siete cadáveres.

Las demás necrópolis fueron apareciendo y sin faltar una: en la pendiente y aledaños de la posición, «más de un millar»; en la aguada del río Caballo, «doscientos cuerpos momificados»; en «una era, propiedad de la Compañía Colonizadora, doscientos cadáveres»; y en las casas de Ben Che-Lal —donde fueron apartados Navarro y sus oficiales para librarles del homicidio de todo su ejército—, «a un kilómetro, otros seiscientos». En seis días de vomitivos cómputos, los equipos de

[109] *ABC,* edición del 19 de agosto de 1921.
[110] AJCPL. Borrador de carta del general Picasso a la condesa de Hornachuelos, en Melilla, a 4 de noviembre de 1921.
[111] Conversaciones con Domínguez Liosa, julio de 1998.
[112] *ABC,* 26 de octubre, y *El Sol,* 25 de octubre de 1921.

higienización rescataron 2.618 cadáveres.[113]

Al saberse en Melilla de la llegada de las tropas a Monte Arruit, los familiares de los *desaparecidos* cruzaron las líneas en avalancha. Llegados a la pendiente de Arruit, sobrevenía el desplome, la confusión ante la magnitud incomprensible de la hecatombe. Allí se acababan todas las esperanzas, y no sólo por los hombres fulminados de la columna Navarro, sino por todas las guarniciones que aún estaban «desaparecidas» y a las que sólo cabía dar ya por perecidas. El Rif contenía cien Arruit.

Tras el estupor, la identificación, que resultó estéril para la mayoría de los soldados, no así para algunos oficiales: el comandante Marquerie estaba allí, al frente de los suyos, formados de cuatro en fondo; el capitán Sánchez Monje, con una pierna cercenada por una granada rifeña, seguía en su camilla, donde le remataron el 9 de agosto. A su lado, los cuatro soldados que le llevaban hacia la imposible salvación, y tan aniquilados como él. Muy cerca se encontraban el teniente Gay de la Torre y el capitán Bandín, abrazados, intentando el primero proteger el cuerpo herido de su amigo. En la misma postura bajaron a la fosa, pues no se les pudo separar.

Ya en la pista que llevaba a Batel, se encontró al gran peleador de la cuesta de Arruit, al capitán Arenas. Estaba solo. Igual a como estuvo en su muerte, defendiendo aquellos cañones perdidos el 29 de julio. No muy lejos aparecieron los hermanos García Martínez, ambos oficiales médicos: Víctor y Modesto. Tenía uno treinta y tres años y el otro, veinticinco.

En un ángulo de la posición apareció, desafiante y terrible, falto de su brazo izquierdo, mas no de su ejemplaridad, el jefe de Alcántara. Le habían inhumado el 5 de agosto tras morir de gangrena. Los rifeños le habían desenterrado. No les costó mucho: el cuerpo estaba casi a ras del suelo. Sus soldados le habían cubierto con puñados de tierra, que antes pasaban, con incontenible emoción, por los labios. Rígido, conciso en su fin y ya libre, al aire fétido de Arruit, Primo de Rivera debió parecer a los rifeños más invencible muerto que vivo. Intrigados por saber más de aquel *hombre,* el coloso que había cargado contra ellos, sable y grito en alto, por cuatro veces, en las asesinas márgenes del Igan, rodearon sus restos. Necesitaban saber cómo *era.* Respetuosos de su valor, no le tocaron. Se limitaron a contemplarlo.

Corrochano, en su mejor artículo sobre la campaña, *El manco de Monte Arruit,* dijo cosas vibrantes como ésta: «Yo hubiese preferido encontrar a Navarro al lado de Primo de Rivera, que es muy poco Abd el-Krim para albergar prisioneros de Monte Arruit.» Y criticaría que no se hubiese hecho entonces un espontáneo desfile, en «columna de honor», militares y paisanos unidos, «pues todos éramos españoles», delante de los restos del teniente coronel como símbolo de todos los allí caídos. Y hasta llegó a acusar: «Nos faltaron bríos, nos faltó alma, nos faltó patriotismo.».[114]

Entre la desesperada muchedumbre aparecieron unos jóvenes sacerdotes, los Hermanos de la Doctrina Cristiana, que pedirán al teniente médico Manuel Miranda Vidal permiso para que los fotógrafos les retratasen «en ademán de enterrar a los muchos cadáveres que había». Miranda accedió. Les entregó unas palas y una carretilla y siguió a lo suyo.

Sólo había treinta mascarillas para los quince mil liberadores de Arruit. Y del cloruro de sal —imprescindible como desinfectante—nada quedaba. Los recipientes enviados a Melilla habían quedado destapados en el puerto, evaporándose su contenido, como censurarían Ortega y Nogués.[115]

Mientras Miranda y su gente se afanaban en su tarea humanitaria, «los Hermanos» dieron por terminada la suya una vez concluida la sesión fotográfica. Pero un testigo, José Ramón Fernández Oxea, soldado de Transmisiones, haría de notario de la superchería, asegurando que aquellos sacerdotes engañaron su voto de caridad: «No hicieron otra cosa. Lo juro por mi salvación.»[116]

En oposición, la labor de los capuchinos andaluces Emilio de Baeza, Félix de Segura y Juan de la

[113] *El Sol,* edición del domingo 30 de octubre de 1921.
[114] *ABC,* edición del viernes 28 de octubre de 1921.
[115] DSCD, sesión del 8 de noviembre de 1921, pág. 4.014.
[116] Fernández Oxea, José Ramón, *Crónicas de Marruecos. Tras la rota de Annual,* Sotelo Blanco Ediciones, Barcelona, 1985, págs. 23 y 62-64.

Cruz Úbeda, que recuerda González Caballero[117], y a la que se sumaron otros religiosos de la misma Orden, como los castellanos Emiliano de Revilla —célebre por acompañar a las tropas del Tercio en primera línea—, y Manuel de Hontoria, distinguidos en el auxilio a heridos y enfermos.

Tres días antes de la reocupación de Arruit, ya pedía Martínez de Campos la disolución del clero castrense. Y tras recordar que Weyler lo hizo por decreto, cuando debería ser «por ley», denunció: «Por regla general no se encuentra a los capellanes donde debían cumplir su misión, pero en los cafés de Melilla hay unas cuantas tertulias del Clero castrense.»[118]

En España se estaba a ciegas de lo ocurrido en el Rif. El 24 de octubre, al regresar de Arruit, Berenguer había dicho a La Cierva que «el espectáculo era horroroso», añadiendo: «A primera vista, había cerca de ochocientos cadáveres.» La Cierva tomó esa cifra como equivalente al total de muertos allí contabilizados.

Al marchar Berenguer a Tetuán, La Cierva mantendría con Cavalcanti, comandante general en Melilla, una conversación telegráfica. Dicha comunicación, a las 21.00 horas de aquel 25 de octubre[119], se desarrolló en estos términos:

Comandante general: «—Las tropas destacadas en Monte Arruit se dedican asiduamente a higienizar el Campamento y a cumplir el triste deber de dar sepultura a los restos de los compañeros, que alevosamente murieron allí. Hoy se han enterrado quinientos treinta y nueve cadáveres, y ayer cuatrocientos ochenta y uno, y según me comunican, aún quedarán mil o más por enterrar.»

Ministro: «—¿No habrá error en las cifras?»

Comandante general: «—No debe de haberlo, porque además del telegrama, yo he recibido noticias personales del comandante Fernández Martos, director de los Servicios de Higiene.»

Minutos después[120], La Cierva hablaba con Berenguer, recibiendo de éste la inapelable confirmación. El ministro no supo qué contestar, aplastado por aquellos números.

La Cierva decidió ir a Arruit. El jueves 29 de diciembre cumplió su propósito. Al regresar a Melilla, informó al Rey. Tras describir el escenario —«Junto a la fosa donde la mayor parte de los cadáveres encontrados lograron tierra»—, y exponer el *climax* emocional —«Los vítores fervorosos, viriles a España, al Ejército y a la memoria perdurable de las víctimas, conmovieron a todos»—, deslizó La Cierva, en su despedida, una significativa frase: «Acto digno de que Vuestra Majestad lo hubiera presenciado.»[121]

Costó años reunir a los tres mil de Arruit. Se encontraba una calavera, unas vértebras, un fémur o parte de una mandíbula. Así cientos y cientos de restos, separados por kilómetros. Eran los *hombres inconclusos.* Al juntarlos, parecía configurarse una sola identidad, la de aquel ejército que un día formaron.

A todos se les llevó hasta el osario de Arruit. En 1949 fueron trasladados al Panteón de los Héroes en Melilla. Nada recuerda hoy en Arruit su martirio. Pero sólo con ver el paisaje donde cayeron es fácil imaginar su cruz.

El diputado por *Bilbao levanta al Congreso*

A los tres días de haberse llegado a Arruit, se proclamaba un virtual *estado de guerra* parlamentario. Era el 27 de octubre en el Congreso, con Prieto en el uso de la palabra. No dio cuartel.

Luego de restar a los efectivos presentes en Melilla los desaparecidos (13.192), dedujo que el cómputo de las bajas era de 8.668, de las cuales «han de tener la Cámara y el país la sensación de

---

[117] González Caballero, Fray Alberto, *Los capuchinos en la Península Ibérica. 400 años de historia (1578-1978),* Edición de la Conferencia Ibérica de Capuchinos, Sevilla, 1985, pág. 303.

[118] DSCD, sesión del 21 de octubre, págs. 3.705 y 3.706.

[119] AFAM, Leg. 364/2. Conversación Cavalcanti-La Cierva, a las 21.00 horas del 25 de octubre de 1921.

[120] *Ibídem.* En comunicación Berenguer-La Cierva iniciada a las 21.18 horas del 25 de octubre de 1921.

[121] *Ibídem.* Conversación La Cierva-Berenguer-Alfonso XIII, a las 18.50 horas del 29 de diciembre de 1921.

que hay ocho mil muertos», para de seguido razonar que «ocho mil muertos dan derecho, macabramente, pero lo dan, a exigir una responsabilidad concreta». Prieto advirtió que sus datos sobre efectivos de la Comandancia de Melilla (24.332) diferían de los 25.790 presentados por Eza, pues si estos últimos fuesen los verdaderos, los muertos españoles podrían ser 10.126.

Prieto, al referirse a Eza, hizo un elogio sibilino del ex ministro, pues involucró al Rey: «Tengo para mí que uno de los servicios más preeminentes que se han prestado a la Corona en este desdichadísimo reinado es el que ha prestado, con una generosidad sin límites, el señor Vizconde de Eza, y para encubrir responsabilidades ajenas, de un orden muy superior (Rumores).» A continuación, relató la confusión gubernamental con ocasión de Abarrán y hasta mencionó el crimen del infortunado Sidi Alkalay, que achacó, sin presentar pruebas[122], a Silvestre. Nada sabía Prieto sobre Ruedas Ledesma. Este capitán era uno de los diecisiete oficiales propuestos para ascenso, y así incluidos en una lista que el alto comisario había pasado, el 24 de octubre, a La Cierva.[123] Berenguer mismo era elevado al rango de teniente general, «por méritos de guerra ». Ya en diciembre, Prieto se enterará de la verdadera trama del crimen perpetrado en Cuesta Colorada y denunciará a Ruedas en público.

Vértigo más que estupor causó Prieto cuando informó de que se había rechazado, por las autoridades de Melilla, la oferta de varias cábilas, consistente en recuperar parte de la artillería perdida desde Annual: «Yo traigo ante vosotros la afirmación de que parte de ese material, sesenta cañones, ha sido adquirido por las tropas francesas.» Estimaba que el error residía en que «no lo hayamos comprado nosotros, porque Francia realizó la adquisición a precio de balde, y, lo más esencial, logró quitar de en medio sesenta cañones que podrían volverse contra ella». Por eso denunciaba que, en paradójica actitud, se hubiese realizado la recompra, por agentes españoles y en zona francesa, de «la mayor parte de los mulos de nuestra Artillería e Intendencia», apuntando: «Hemos vuelto a comprar aquel ganado que se nos robó.»[124]

Siguiendo el hilo virulento de su discurso, Prieto se introdujo en cuatro delicadas situaciones: los prisioneros, los expeditivos métodos bélicos que empezaban a utilizar las tropas españolas en su avance, la autorización a Silvestre para marchar sobre Alhucemas, y la responsabilidad de los consejeros del Rey.

Indalecio Prieto Tuero tenía entonces treinta y ocho años. Nacido en Oviedo, de origen humilde, había marchado a Bilbao, donde trabajó como taquígrafo en el diario *La* Voz *de Vizcaya,* y más tarde en *El Liberal* (de éste acabaría siendo director y propietario en 1932). Corpulento, pero sin mostrar su característica papada —con la que se le caricaturizaría en la II República—, venía a ser la antítesis de La Cierva: calculador, atrevido y preciso en sus argumentos, inflexible en sus intenciones. Mantenía una oratoria fluida y contundente, cañonera, muy difícil de rebatir. Aquel 27 de octubre recordó Prieto que el monto del rescate por los prisioneros ascendía a cuatro millones de pesetas, y dijo que era del dominio público la versión de que el Gobierno «no quiere dar por ellos una peseta», pues «hay quien atribuye esa actitud a una frase altísima, según la cual resulta muy cara la carne de gallina (Fuertes rumores)». La alusión al Rey era tan directa que Sánchez Guerra acabó confirmándola, al tratar de impedir, en sus palabras, «un agravio a persona que, por su prerrogativa, está aquí fuera de toda crítica (Fuertes rumores)»[125].

La frase llegaría hasta las mazmorras de Axdir, donde hizo un inolvidable daño. Cuando los prisioneros se acercaban a su liberación, al ver entrar (27 de enero de 1923) al *Antonio López* en la bahía de Alhucemas, Pérez Ortiz apuntó en su Diario esta exclamación: «¡Ya están compradas las gallinas!», para, a renglón seguido, matizar: «Por mi parte perdono la ofensa, pero me entristeció tanto el recibirla que pequé de pensamiento.»[126]

---

[122] *Ibídem,* pág. 3.821. Prieto afirmó que «el moro Alka!ai, provisto de un salvoconducto del general Marina, pereció por orden del general Silvestre en uno de los puestos avanzados (Cuesta Colorada) que había que atravesar».

[123] Esta relación de ascensos fue comunicada por Berenguer a La Cierva en la conferencia telegráfica que mantuvieron ese mismo 24 de octubre de 1921 (AFAM, Leg. 362/4). Al día siguiente se publicaba, como era preceptivo, en las Actas del Congreso.

[124] DSCD. Sesión del 27 de octubre de 1921, pág. 3.823.

[125] *Ibídem,* pág. 3.823.

[126] Pérez Ortiz, E., op. *cit.,* pág. 311.

Prieto persistió en su tarea de demolición. Reveló la anécdota sobre Silvestre al volver a Melilla desde Valladolid, cuando afirmó que marchaba sobre Alhucemas por aprobación del Rey; denunció la incongruencia de que «esté todavía cobrando pensión del Gobierno el padre de Abd el-Krim, que murió hace dos años —obligó esto a que un pasmado Maura pidiera explicaciones a González Hontoria, enterándose por su ministro de que a Melilla se destinaban, en fondos reservados, «cerca de medio millón de pesetas al año»—[127]; constató que «Melilla, efectivamente, señor Solano, era un lupanar y una ladronera», y desenmascaró el fariseísmo de una censura que vetaba aquella crónica donde se aludía al regalo de dos cabezas de rifeños a la duquesa de la Victoria, permitiendo decir al diario *El Sol,* el 4 de octubre: «No se ha hecho, en el combate de ayer, un solo prisionero.» Luego calificó, una vez más, al régimen de «desdichadísimo reinado», lo que le llevó a un agrio cruce de reproches con José Sánchez Guerrra.

En medio del tumulto, citó Prieto la visita de Alfonso XIII al alto de Uixan, al que apodó «atalaya de la muerte». Pero al rememorar la frase «de un palatino», que alababa al monarca por ser aquélla la primera ocasión, «desde Felipe II», en que «ningún Rey puso su planta en terreno conquistado por España», generaría nueva exasperación en los bancos conservadores y liberales.

La mencionada frase correspondía a un discurso de Eugenio Montero Ríos, en los salones de palacio, el 23 de enero de 1911, al regreso de Alfonso XIII de su viaje a Melilla días antes. Montero Ríos —entonces presidente del Senado— había hablado de Carlos V, no de su heredero. Nadie reparó en el fallo.

Y el diputado por Bilbao, lanzado en su soflama, declamó: «Aquellos campos de dominio son hoy campos de muerte, ocho mil cadáveres parece que se agrupan en torno a las gradas... (Grandes protestas y rumores impiden oír el final de la frase del orador. El señor presidente agita la campanilla y llama al orden al señor Prieto, con palabras que tampoco se perciben.)»[128]

Al terminar la sesión del 27 de octubre, el Congreso parecía un campo de batalla. La crispación y la incertidumbre se reflejaban en los rostros de los diputados. La guerra de Marruecos había llegado a Madrid. Y tampoco perdonaba.

Se proponen escuadras aéreas con «polvo amarillo»

Tres semanas antes de los altercados habidos en el Congreso, Berenguer mantenía una conversación telegráfica con Alfonso XIII. El 8 de octubre de 1921, a las 18.35 horas, el alto comisario transmitía al monarca unas pésimas expectativas: el rescate de los prisioneros se mantenía en cuatro millones de pesetas; Abd el-Krim ejercía un control vacilante sobre las tribus, y, «dolidas las cábilas por sus derrotas de aquí, pueden tomar represalias incalificables con ellos». La angustia e impotencia hacen mella en el Rey. Y cuando Alfonso XIII sugiere hablar con aquellas cábilas que muestren «buena disposición», Berenguer le desalienta, sin ofrecerle alternativa alguna. La conversación entre ambos se atuvo a los siguientes términos:

Alto comisario: «—No creo que se consiguiera nada, Señor, porque esos prisioneros son ya propiedad de la cábila de Beni Urriaguel, que se los arrancó a los de Guelaya imponiéndose por la fuerza, y los últimos entregados lo fueron como precio a la ayuda que los rifeños les prestaron para contener nuestro avance. En realidad, hoy *es* tan molesta para los guelayas la presencia de los rifeños en su territorio como pueda serles la nuestra, pues aquéllos los tratan despóticamente, y sólo un pequeño número de los recalcitrantes, o que mayores cuentas pendientes tienen con nosotros, son los que ven con agrado su presencia.»

Alfonso XIII: «—Lástima no te hayamos podido mandar una escuadra de bombardeo, para con gases llevar la desolación al campo rifeño y hacerles sentir nuestra fuerza, rápidamente y en su terreno. Obrando con todos los aparatos a la vez, el efecto se multiplica. Y no creo resistiesen arriba de siete u ocho focos violentamente disueltos.»[129]

---

[127] AFAM, Leg. 360/1. Carta de González Hontoria (ministro de Estado) a Maura, fechada el 30 de octubre de 1921.
[128] DSCD. Sesión del 21 de octubre de 1921, pág. 3.832.
[129] AFAM. Leg. 364/1.

Las escuadras aéreas llegarían. En 1925. Cargadas con las C-2 (iperita), C-3 (fosgeno) y C-4 (cloropricina). Bombas de cincuenta, veinticinco y diez kilogramos, que no perdonarían. En sus entrañas llevaban *al-gabra as-safra* («polvo amarillo»). Un informe cifrado de Sanjurjo a Primo de Rivera, a diez días de los desembarcos en las playas de Alhucemas, precisaría consecuencias y detalles:

> *Telegrama n° 215, de 29-VIII-1925. Melilla a Tetuán.*
> «Según partes diarios que conoce V. E. se tienen noticias del crecido número de rebeldes que han resultado muertos o iperitados a consecuencia último bombardeo, y como confirmación hoy recibo confidencias de que, desde Quilates a Alhucemas, se han encontrado unos 180 hombres ciegos y unos 160 muertos; habiendo manifestado confidentes que toda la arboleda ha quedado quemada, y los indígenas de dicha región han reclamado a Abd el-Krim diciéndole que no pueden seguir más. Aunque estas cifras sean exageradas, la noticia coincide, en el fondo, con las recibidas por conducto de Oficinas de Intervención, lo que demuestra que, aunque las cifras no sean exactas, el hecho es cierto.»[130]

Quedó en pie, como el palo mayor de un buque de tres puentes —Ejército, Gobierno, Estado— a punto de zozobrar, rodeado por las alborotadas aguas nacionales, en medio de descomunal tormenta de jurisdicciones, corporativismos y tribus periodísticas. Su norte fueron los hechos, ante los que nadie pudo apelar.

La antorcha por las responsabilidades de lo ocurrido en Marruecos pasaría al Parlamento —Comisiones de los llamados «Diecinueve» (1922) y «Veintiuno» (1923)—, mientras Picasso volvía a sus labores en la Sociedad de Naciones. De allí regresaría para encontrarse con un cambio de régimen y el *impunismo* alzado al poder. Había sido decretado, al unísono, por el primorriverismo impulsivo y el alfonsismo complaciente. Ese impunismo socavó el edificio monárquico hasta hacerlo caer.

Picasso encontró al ejército muerto, pero al investigar cómo fue destruido y por qué, acabó rehaciéndolo. Así le devolvió su dignidad, su razón de estar en la historia. El silencio oficial sobre la suerte padecida por los hombres de Silvestre les hería a éstos tanto o más que la furia rifeña, al proporcionarles una *segunda muerte,* injusta y cruel. Picasso acabó con ese martirio.

Cuando Picasso puso en pie aquel instrumento acusador —el Expediente se registró el 18 de abril de 1922—, la algarada entre personalismos e institucionalismos cesó. Ante el drama africano, todos detuvieron sus guerras.

Tenían delante, desenterradas pero identificables, sus obligaciones y deserciones, sus creencias y abjuraciones. Picasso, en figura de tutor dativo, sostenido por la legitimidad nacional, evitaba la indefensión del ejército perdido. Y aun estando como estaba, momificado y desmembrado, a punto ya de desvanecerse, parecía resucitar. Tenía una estricta petición que hacer y un ansia por alcanzar: pedía justicia y quería paz.

Vuelve Picasso con las demandas del ejército muerto

Picasso regresaría a la Península el 23 de enero de 1922. Traía consigo el Expediente que llevaría su nombre, una obra titánica y terminante, compuesta por 2.433 folios.

El Expediente se convirtió en *informe fiscal* del África alfonsina; en consecuencia, en materia peligrosísima para la ficción estatalista, con veinte años de errores coloniales a su cuenta. Eran fuerzas poderosas, pero el general no les volvió la cara.

---

[130] AGHEA y SHM. Fuerzas Militares en Marruecos. Leg. 68.

Historia de unos papeles de Estado

El 10 de julio de 1923 quedó constituida la segunda Comisión de Responsabilidades. Surgían así los famosos «Veintiuno», los diputados que deberían dictaminar sobre los sucesos de 1921. Estaban obligados a pronunciarse en un plazo de veintiún días, vencimiento que pronto se consideró inalcanzable, por lo que la resolución se pospuso hasta el 1 de octubre, fecha de apertura de las Cortes. Dos semanas antes, un golpe militar acabó con sus afanes.

Los «Veintiuno» reflejaban las siguiente ideologías en el Congreso: Alas Pumariño (conservador), Díez de Revenga (ciervista), Domingo Sanjuán (Marcelino, de Izquierda Catalana), Fernández Jiménez (alcalá-zamorista), García Guijarro (tradicionalista), Inza (gassetista), Lequerica (maurista), Los Ríos (Fernando de, socialista), Martínez de Campos (independiente), Morote (romanonista), Palacios (reformista), Prieto (socialista), Rodés (nacionalista), Rodríguez Valdés (ciervista), Rodríguez de Viguri (conservador), Ruano (conservador), Sagasta (demócrata), Soto Reguera (albista), Taboada (conservador), Tejero (Izquierda Catalana), y Zancada (demócrata). De entre ellos eligieron a un vicepresidente (Rodríguez de Viguri); y un presidente, que fue Bernardo Mateo Sagasta Echeverría, diputado por Caldas de Reyes (Pontevedra).

La Comisión se disponía a trabajar en agosto. Cuando el Gobierno de García Prieto se negó a proporcionarle las Actas de la Junta de Defensa del Reino, se enfrentó a su primer revés. A continuación, lo que tantos temían: el golpe primorriverista.

Aquel 13 de septiembre de 1923, Sagasta estaba en Madrid. Y nada más enterarse de que Primo de Rivera venía hacia la capital en tren, pues su golpismo era aceptado por el Rey, tuvo un presentimiento: vendrán a por el Expediente Picasso y lo destruirán o secuestrarán. Sagasta no lo dudó. Fue al Congreso, hizo allí valer sus derechos como presidente de la Comisión, y rescató el Expediente. El hecho es cierto: en septiembre de 1998 encontramos una parte del Expediente en el Archivo del Congreso. En uno de los legajos, bajo la mención de «Índice de documentos de la Alta Comisaría que se hallan en el Consejo Supremo de Guerra y Marina», escrita en lápiz rojo y con trazo enérgico, se lee esta advertencia: «Se los llevó el señor Sagasta.»[131]

Dueño de tan valiosa documentación, Sagasta la puso a buen recaudo en la Escuela Especial de Ingenieros Agrónomos, de la que era director y profesor. Sagasta, para reforzar la seguridad del comprometedor Expediente, confió su custodia a otro profesor en la Escuela, Enrique Jiménez Girón. Este último será quien relate dicho episodio a Juan Carlos Picasso López.[132]

Llegó Primo de Rivera a Madrid y, en efecto, de las primeras cosas que hizo fue reclamar el Expediente Picasso. Pero cuando la policía primorriverista fue al Congreso, los papeles ya no estaban. Tampoco los tenía el general Picasso, así que Primo de Rivera tuvo que contentarse con el chasco y la impotencia. Conocedor, días después, de quién era el responsable, ordenó a Sagasta que le devolviera el Expediente. El profesor, impávido, dijo que no sabía nada. Quedó aún más enfadado Primo por este atrevimiento, pero no quiso encarcelar al desafiante ingeniero. Años más tarde tomaría *represalias técnicas:* dado que la Facultad de Agrónomos había solicitado —a la Junta de la Ciudad Universitaria— terrenos para llevar a cabo su labor docente en una extensión de setecientas hectáreas, el dictador, al enterarse, las dejó reducidas... a veintiuna.

Cuando Primo de Rivera perdió las confianzas alfonsinas y marchó a su fugaz exilio parisino en el Hotel Meurice —en el que moriría (17 de marzo de 1930)—, no por ello Sagasta quedaba liberado de prevenciones. Faltaba el tránsito de los gobiernos de Berenguer y del almirante Aznar. Con ellos se cerraron las puertas para el alfonsismo, al que derribarían las urnas en 1931.

Una vez Alfonso XIII en el exilio, Sagasta rescató el Expediente, y con él se fue al Congreso, donde lo depositó. Los papeles de Picasso conocerían la guerra civil y luego el olvido. Sagasta tenía cincuenta y siete años en 1923, y, por lo que sabemos, falleció antes de 1961. De Jiménez Girón,

---

[131] ACD, Leg. 650.

[132] AJCPL. Carta de Juan Carlos Picasso López a José María de Areilza, fechada en Madrid, el 10 de mayo de 1981. El relato de esos mismos hechos fue ampliado al autor, en agosto de 1997.

sólo conocemos la fecha de su nacimiento: 1890.[133] Pero la historia del Expediente no concluye aquí.

Un dictador preocupado por el juicio histórico

El Expediente Picasso ya estaba en el Congreso cuando lo restituyó Sagasta. Al menos, una parte sustancial. Lo había devuelto su enemigo: el presidente del Directorio, en 1927.

El órgano sustitutorio de las Cortes, la Asamblea Nacional, había surgido en 1927 de un Real Decreto Ley, el 1.567. En su artículo 2° exigía, a la nueva Cámara, el «enjuiciar la política general desde 1 de julio de 1909». El propio Primo de Rivera argumentó así tal insólito proceder: «No cabe dudar de que a partir de esa fecha se inicia el periodo de inquietudes, revoluciones y dificultades en España, y como al desarrollo y carácter de ellas no puede haber sido ajena la actuación de los mandos y de los Gobiernos, se impone clasificar aciertos y errores, más que en busca de las responsabilidades concretas, de la de los partidos y organismos que influyen en la vida de los pueblos.»[134]

Después, una argumentación tan gallarda como coherente: «Señaladamente, la segunda mitad del año nueve siembra, con la llamada Semana Sangrienta —respecto a la cual ofrece tantas dudas el acierto y competencia de las autoridades—, con la desastrosa iniciación de la Campaña de Marruecos y con otros episodios, el germen de los males que la revolución (sic) de 1923 vino a contener y que, acaso, hoy en parte, aunque muy atenuados, se sufren, por lo que cree el Gobierno que, para la formación del debido juicio histórico y la determinación de las responsabilidades que correspondan al sistema y a las personas que entonces gobernaban, procede comenzar en esa fecha y por esos acontecimientos la obra de análisis y depuración que se precisa para el saneamiento nacional, fundado en el exacto conocimiento de los sucesos y las conductas que lo comprometieron.»[135]

Al ordenar tal exhumación documental sobre Marruecos, Primo de Rivera hacía honor a esa idea suya de *revolución.* Pues además requería a la Asamblea Nacional para que procediera al examen de aquellos sucesos «por etapas sucesivas», al término de los cuales demandaba que se «eleve al Gobierno su labor depuradora».

Retornaba así el mejor Primo de Rivera —el de 1917—, y aparecía, a la par, un dictador preocupado por «la formación del debido juicio histórico». Asombroso pero cierto. Ninguno de los *espadones* que ejercieron su absolutismo castrense en España —a lo largo del siglo XIX—, se aproximaron a esa honrosa preocupación. Tan loable empeño quedaría en nada.

Se constituyó una tercera «Comisión», en este caso, de once asambleístas —Allué, Buen, Burón, Fernández y Sánchez Puerta, García Goyena, Llanos, Palacio Valdés, Pemartín, Peralta, Trillo—, a los que presidiría Ángel Gassó y Vidal. La Comisión iniciaría sus sesiones el 22 de noviembre de 1927. Pronto empezaron los fracasos: al ser «papeles reservados» la inmensa mayoría de los solicitados, apenas apareció documentación en los ministerios, retirados por los ministros. Tal actitud fue considerada «arbitraria» —por Llanos— y así constó en el acta de la sesión del 27 de junio de 1928. La Comisión fue languideciendo —su última reunión tuvo lugar el 23 de marzo de 1929—, hasta disolverse poco después, junto con la misma Asamblea Nacional.

El Expediente tuvo así un origen y dos destinos: a la retirada de documentos por Sagasta y su devolución parcial en 1931, antecedió la iniciativa de Primo en 1927, la cual agrupó en el Congreso la documentación disponible —tal vez completándola con la existente en el Consejo Supremo de Guerra y Marina—, menos la concerniente a la Alta Comisaría (que se llevó Sagasta y no aparece). A falta de una búsqueda exhaustiva en los archivos del Congreso, sólo se conserva la redacción de

[133] Conversaciones con Juan C. Picasso López, octubre 1997.
[134] Orden Presidencial, enviada al presidente de la Asamblea Nacional (José Mª Yanguas y Messia), proveniente de la cabecera ejecutiva del Consejo de Ministros, fechada en Madrid a 13 de noviembre de 1927, y firmada por Miguel Primo de Rivera.
[135] *Ibídem,* segundo párrafo.

Picasso entre los folios 2.172 al 2.417; cincuenta declaraciones —desde la del coronel Riquelme a la del cónsul español en Uxda—; más el cuerpo argumental de la Fiscalía (Ángel Romanos), que es pieza magistral.

Primo de Rivera y el alfonsismo que no pudo ser

El 4 de julio de 1924 realizó Alfonso XIII un acto que empañó su innato sentido de la justicia: la amnistía que apareció en esa fecha bajo forma de Real Decreto. Su empeño por salvar a las cabezas militares, implicadas en procedimientos sumariales, creó ese concepto de impunismo que tanto lesionaría su prestigio.

Absueltos Cavalcanti y Navarro (entre febrero y junio de 1924), Alfonso XIII exoneró, un mes después, a Araújo, Berenguer, Lacanal y Tuero. En el impulso incluyó a Miguel de Unamuno y Rodrigo Soriano, republicanos de fama y enemigos del régimen. Fue una lamentable concordancia.

Alfonso XIII aceptó la dictadura primorriverista. Con ella pretendía resolver la crisis nacional por la guerra en África, el progresivo desgobierno institucional y la degradación de su propio sistema. Los tres factores se subsumían en la posesión, por la fuerza, del Rif y Yebala. Primo de Rivera, con una valentía y previsión extraordinarias, acabó con el disparate de aquellos ejércitos —unos ciento ochenta mil hombres, repartidos en unas quinientas posiciones—, sin coherencia ni futuro, ordenando la retirada general de 1924 (Xauen) y contraatacando y venciendo en 1925 (Alhucemas). Primo estuvo solo en esa tarea: el Rey ni le ayudó ni quiso estar en primera línea del frente militar y político. Primo tuvo que enfrentarse al ejército airado y obtuso, negado al concepto de la maniobra (Franco, Varela), pero él fue quien le llevaría a la victoria. Si se hubiera retirado de la política tras la paz conseguida el 10 de julio de 1927 en Bab Taza, Primo de Rivera sería hoy recordado como legendario salvador del pueblo español.

Llevado de su vehemencia, enemiga de la doblez, pidió Primo a los capitanes generales (26-27 de enero de 1930) que le renovaran su confianza en una nota oficiosa, sin comunicárselo al Rey. Sus asombrados colegas se disculparon y Alfonso XIII le despidió con frialdad. Apareció así aquel *gobierno del error* que presidiría Berenguer. Al sobrevenir la intentona republicana de Jaca (12-14 de diciembre de 1930), Alfonso XIII no quiso conceder el perdón a los cabecillas sublevados, mal aconsejado por Berenguer, olvidando uno y otro la clemencia que doña María Cristina dictó en favor del general Villacampa y los suyos, alzados por la república en 1886. El Ejército se apartó del Rey y la sociedad abominó de la mística monárquica.

Alfonso XIII aceptaría el resultado de los comicios municipales, doliéndole el desdén de sus súbditos. Pero su lúcido rechazo al recurso de la fuerza para sostenerse en el poder, aquel martes 14 de abril de 1931 en Madrid, le granjeó el respeto espontáneo de su pueblo y le llevó al reencuentro con la grandeza y la realidad militar. Salvo López Pozas y Cavalcanti —que pretendía, junto con La Cierva, sostener el alfonsismo por las armas—, ningún jefe del Ejército quiso hacer de *brazo fuerte* del Rey.

Habiendo intervenido tanto en política, más hubiera debido intervenir Alfonso XIII en la resolución de la guerra de Marruecos, debate fundamental de su reinado. Si en 1923, tras la repatriación de los prisioneros, hubiese puesto final al conflicto —con seguir los consejos de Cambó y Maura hubiera bastado—, habría sido un popularísimo rey de España, tan seguro en su trono como para mantenerlo hasta el día de su muerte, pues es muy dudoso que, disueltas ya las Juntas de Defensa, una parte del Ejército se atreviera a desdecirle.

A su vez, ese Ejército repatriado de Marruecos y por orden expresa de su rey, ni se hubiera dividido —a partir del 10 de agosto de 1932 (con el fallido golpe sanjurjista)—; ni defendido la legalidad republicana desde la represión (Asturias, 1934); ni faltado a su deber en defensa del orden constitucional legítimo (1936).

Epílogo

Qué fue de aquellos Hombres

Muerte de Maura, .y personajes en pendiente

Los dos jefes de Gobierno en la crisis Annual-Arruit, quien se encontró con ella —Allendesalazar— y quien tuvo que hacerla frente —Maura—, fallecieron sin ver resuelto el problema de Marruecos. El primero, en 1923; el segundo, dos años más tarde.

Con la llegada del primorriverismo, sufrió Maura un drástico alejamiento de las ya de por sí difíciles relaciones suyas con palacio. Mantuvo sus críticas, con elegancia nunca exenta de firmeza, y se refugió en la pintura y casi sobre ella moriría. Fue en la Casa del Pico, que el conde de Las Almenas (José María de Palacios y Arburúa) poseía en Torrelodones. Allí había ido el 13 de diciembre de 1925, aprovechando el descanso dominical, dispuesto a pintar. Maura dejó sus bártulos en la terraza del palacete, subió al primer piso para ordenar su equipaje, y enseguida quiso volver a trabajar en la acuarela que había traído de Madrid y tenía medio acabada. Eran las doce y media de la mañana. Al bajar por las escaleras, en compañía del conde, se agarró al brazo de éste y, palidísimo, le murmuró: «Almenas, no veo...».[1] Maura dio unos pasos más y cayó al suelo, cerca de la entrada, fulminado por un derrame cerebral.

El vizconde de Eza terminaría su presencia en la política con la legislatura de 1922-23. Estaba marcado, tanto en lo institucional como en lo moral, por el desastre de Annual. Supo mostrarse en el Congreso mucho más entero y lúcido como simple diputado por Soria que como desconcertado ministro de la Guerra y hombre de confianza para la Corona. Murió en Madrid, en 1945.

La Cierva no tuvo mayores problemas en pasar del régimen parlamentario al *absolutismo doméstico* de Primo de Rivera. Volvería a las tareas gubernamentales en el Ejecutivo Aznar, haciéndose cargo de la cartera de Fomento. En las febriles horas del 13 al 14 de abril de 1931, defendería ese *todo por el todo* que tan bien cuadraba a su carácter. Alfonso XIII tuvo la sabiduría de no hacerle caso. Falleció en Madrid, en 1938.

Las figuras de Álvarez, Cambó, García Prieto, Romanones y Sánchez Guerra tenían por delante, al finalizar 1921, caminos políticos notables, trágicos incluso (es el caso de don Melquíades).

Los mejores parlamentarios de las Responsabilidades —Alcalá-Zamora, Besteiro, Crespo de Lara, Martínez de Campos, Prieto, Solano— debían enfrentarse a la fase terminal del proceso, que parecería consumarse en 1923, pero que extendería sus destrozos nacionales hasta 1936. Alfonso XIII, Primo de Rivera, Burguete, Franco y Sanjurjo forman parte de esta galería de personajes en pendiente, a la que deben sumarse los hermanos Abd el-Krim.

De Berenguer y Picasso a la metáfora de Beigbeder

Berenguer fue apagándose, como militar y gobernante, en una dilatada agonía a la que la aparente resurrección de 1930 aportó un definitivo aislamiento. El 28 de junio de 1923 fue

[1] Conversaciones con Alfonso Berenguer-Pérez Maura, octubre de 1997.

concedido el Suplicatorio en su contra. Dos meses y medio después, del mismo no quedaban más que imposibilidades. Pero Berenguer nunca se repondría de esa iniciativa parlamentaria, que él y sus altas amistades entendieron como *sumaria política.*

Con la llegada de la II República, pasó a la situación de reserva (agosto de 1931). Tenía entonces cincuenta y ocho años y ostentaba el rango de teniente general. A continuación afrontó un tercer proceso, a causa de las ejecuciones habidas en Jaca. Franco fue uno de sus testigos. En sus declaraciones (17-18 de diciembre de 1931), sin hacer un panegírico del ex jefe de Gobierno —que, un año antes, desestimara sus méritos para ascender a divisionario—, defendió la supremacía del Código de Justicia Militar sobre el Civil cuando los delitos atañeran al primero. Incluso formuló Franco una singular —y contradictoria en su caso— loa disciplinaria, al afirmar que si los militares recibían las armas de la nación «en sagrado depósito», actuarían de forma criminal si las esgrimiesen contra esa misma nación y «el Estado que nos las otorga»[2]. En 1935, el Tribunal Supremo fallaría a favor de Berenguer.

El país olvidó a Berenguer. Su muerte acaeció en la madrugada del 19 de mayo de 1953. La capital conocía el ajetreo oficial por las recepciones en honor al presidente de la República de Portugal, general Craveiro Lopes, el cual emprendía viaje de regreso a Lisboa el mismo día en que era enterrado Berenguer. El duelo lo presidió su hermano Federico. En representación de Franco acudió su ministro de la Presidencia, Luis Carrero Blanco. El sepelio reunió, a las puertas de su domicilio —Paseo de Atocha, 15—, a unas doscientas personas. Del acto se dijo que fue «de conmovedora simplicidad», y aclaró el cronista que «el ataúd era modestísimo»[3]. Avanzada la tarde del miércoles 19 de mayo, la comitiva fúnebre se dirigió hacia el Manzanares. Iba camino de la Sacramental de San Lorenzo. Allí se encontraría Berenguer con Picasso.

El militar que tuvo que enfrentarse a la más dura de las tareas investigadoras que en su historia conociera el Ejército español, aceptó con disciplina el cambio de régimen. Picasso nunca quiso hacer lo que Aguilera y Weyler hicieron: conjurarse contra el dictador. Había pasado a la Reserva el 23 de agosto de 1923, al cumplir los sesenta y seis años de edad. Siguió como miembro del Consejo Supremo de Guerra y Marina, y entendió en las causas contra Berenguer y Navarro. Formuló un riguroso voto particular disidente sobre la amnistía regia que beneficiaba al coronel Araújo. El 28 de agosto de 1925 pasaba a la Segunda Reserva, con el rango de teniente general. Estaba cansado y no poco amargado.

La llegada de la II República no le sorprendió, pero sí los resultados de una creciente anarquía que afectó a la sociedad española, y con independencia de que fuese civil o militar. En su familia quedaría, entre otras impresiones, la de verle llegar un día a su domicilio, en la calle de la Amnistía, «con aspecto abatido, tristón y silencioso, raro en él al llegar a su casa». Tardaron los suyos en enterarse de la causa. El general había visto, en la Puerta del Sol, a un joven oficial «dándose golpes con su fusta en las botas, la gorra ladeada, el nudo de la corbata deshecho, la camisa abierta y el uniforme en desaliño, pavoneándose ante la gente»[4]. Ese ejército chulesco, ese espíritu militar en ruinas, le tuvo días compungido, consciente de que sobrevendría otra tragedia que afectaría a todo el país.

El nuevo régimen no hizo nada por Picasso, ni a éste se le ocurrió pedir *algo* sólo por haber sido justo y consecuente con sus principios. Quedó también en el olvido. Llevaba encima una enfermedad que socavaría su resistencia física, ya muy deteriorada desde los años del Expediente (1921-1922). Se le diagnosticó cáncer de garganta, ante el que nada pudo hacerse. Falleció en Madrid, el viernes 5 de abril de 1935. El entierro tuvo lugar en la más absoluta intimidad, pues el general había dado órdenes estrictas de no avisar a nadie.

Su muerte fue conocida por una esquela aparecida en el diario *ABC,* dos días después.[5] Tan sólo un mes más tarde, fallecía María Luz Vicent, víctima de un cáncer de pecho. Los esposos se unieron

---

[2] Preston, Paul, *Franco. «Caudillo de España»,* traducción de Teresa Camprodón y Diana Falcón, Editorial Grijalbo, Barcelona, 1994, págs. 105-106 y 112-114.
[3] *ABC,* edición del miércoles 20 de mayo de 1953.
[4] Conversaciones con Juan C. Picasso López, junio 1997.
[5] *ABC*, edición del domingo 7 de abril de 1935.

en San Lorenzo. Allí, en el Patio de San Roque, descansan ambos.

El salmantino Ayala, firme amigo de Picasso y Aguilera, falleció en Altafulla (Tarragona), poco después de proclamada la República (28 de mayo de 1931). Contaba setenta y seis años de edad.[6]

Del granadino Ángel Ruiz de la Fuente y Sánchez Puerta, que llegó a auditor de división en 1928, nada sabemos de la parte final de su vida. En esa fecha tenía cuarenta y nueve años.[7] Había sido uno de los oficiales de mayor confianza para Jordana en la época de éste como alto comisario en Tetuán. Fue el puntal de los procedimientos sumariales del Supremo, y ejemplo de africanista.

Ángel Romanos y Santa Romana era natural de Albacete, donde había nacido en 1857. En 1881 obtuvo el Premio Extraordinario de Licenciatura en la Facultad de Derecho de Zaragoza. Sirvió en Cuba durante la última guerra (18954898). En 1911 llegaba al máximo rango: auditor general del Ejército. Consejero del Supremo de Guerra y Marina en 1921, sus tesis de fiscal, tan bien fundadas como emotivas, hicieron del Expediente Picasso una pieza jurídica magistral, sostenidas en el Suplicatorio Berenguer. Falleció en Madrid el 10 de abril de 1923.[8] De otro de los ayudantes de Picasso —en el inicio de su Instrucción—, Juan Martínez de la Vega, no hemos obtenido dato significativo alguno.

Aguilera, tras sortear continuas emboscadas —partidistas y periodísticas— por el Suplicatorio contra Berenguer, quiso derribar el primorriverismo. A la fuerza de éste, opuso la suya en 1926. Fracasó y quedó desentendido de todo. Murió en 1931.

Weyler, que mantuvo su firme coherencia —defensa del orden constitucional y denuncia de los fracasos militares— hasta el final, falleció en Madrid (1930), a los noventa y dos años de edad.

Juan Beigbeder Atienza ascendió a coronel y fue nombrado alto comisario (13 de marzo de 1937). Fue sustituido por Asensio Cabanillas, uno de los supervivientes de Annual; en agosto de 1939, se convirtió en el principal reclutador de los contingentes rifeño-yebalíes que lucharon por Franco. Los sucesores de Tarik, un temible ejército de unos sesenta y dos mil hombres, cruzaron de nuevo el Estrecho. Mataron, fueron heridos y murieron. Salas Larrazábal estima en treinta y cinco mil sus heridos, y de sus muertos dice que «no es fácil que sobrepasara la cifra de siete mil»[9]. Beigbeder, una vez cesado como ministro de Asuntos Exteriores (octubre de 1940), quedó en situación de *sospechoso* para el franquismo dada su muy conocida anglofilia. Se le rehabilitaría en 1948. Falleció en Madrid, en 1957, a los sesenta y nueve años de edad. De lo ocurrido en Annual había dejado una sorprendente calificación.

Fue el 24 de agosto de 1921. Berenguer había enviado a su mejor ayudante a Madrid, para informar al Rey. Reconocido por los periodistas a las puertas de palacio, y al ser requerido para que expusiera su opinión, Beigbeder se expresó así: «La Comandancia de Melilla se ha hundido en unas horas, y nadie acierta a explicarse cómo ha podido suceder. Es una casa que se ha hundido, aplastando a todos cuantos estaban dentro de ella. De ahí que sea dificilísimo concretar las responsabilidades.»[10]

Los generales del Rey y los generales de la verdad

Navarro ascendió a general de división en julio de 1924. Congenió bien con Primo de Rivera, y siguió manteniendo estrecha relación con Alfonso XIII. En agosto de 1926 alcanzaba el grado de teniente general. Entre 1929 y 1931 fue capitán general de la I Región (Madrid). La República le puso en la Reserva.

Detenido a finales de julio de 1936, fue llevado a la Cárcel Modelo. Al ser incendiada la prisión (23 de agosto de 1936), pudo Navarro, en el caos subsiguiente, recuperar su libertad.

---

[6] AGMS, Leg. A-1.519.
[7] *Ibídem,* Leg. R-3.373.
[8] *Ibídem,* Leg. R-2.777.
[9] Salas Larrazábal, Ramón, *Pérdidas de la guerra,* Editorial Planeta, Barcelona, 1977, pág. 36. Estas cifras merecen una revisión completa.
[10] *ABC,* edición del jueves 25 de agosto de 1921.

Ansioso por ver a su familia y deseando lavarse, tras un mes de miseria en su celda, el general llegó a su domicilio, y allí, saliendo del baño, volvieron a detenerle. Le llevaron a Paracuellos del Jarama. Su hijo, el capitán Carlos Navarro Morenés, de treinta y cuatro años de edad, fue con él. A los dos los mataron en aquella ladera terrosa, cerca de Barajas, en uno más de aquellos feroces amaneceres del 7 y 8 de noviembre de 1936 que tantas muertes vieron. En su atroz final les acompañó un joven comandante, Eduardo Araújo Soler, que pudo librarse de la tragedia de Dar Quedbani[11], mas no del odio fratricida.

El malagueño Agustín Luque y Coca, íntimo amigo de Romanones y conocedor de no pocas intimidades del alfonsismo, murió en Hendaya, su lugar favorito de descanso, en 1937. Contaba entonces ochenta y siete años. Era teniente general del Ejército desde 1898.

Marina, que mantuvo recias peleas periodísticas con el senador y eminente catedrático de Medicina, Tomás Maestre, murió en 1926. El senador falleció en 1936. La correspondencia Maestre-Romanones es fundamental para entender los errores y las oportunidades perdidas por la España alfonsina en 1913.

Marina recibió una Laureada tardía —la había merecido más en Cuba—, y bajo recuerdo criminal al que era del todo extraño: la muerte de Sidi Alkalay. Aquella condecoración tendría un insólito recorrido hasta encontrar un nuevo y famoso destinatario.

Finalizando abril de 1939, días antes de presidir Franco el paso victorioso de sus divisiones, no se encontraba ninguna Gran Cruz Laureada en la capital, ni joyero que pudiera realizarla. Enterada del caso, la familia Marina cedió la Gran Cruz del viejo general, que le fuera costeada por Alfonso XIII. Y ésa fue la que Varela prendió en el uniforme de Franco, en aquel aparatoso desfile por la Castellana y bajo persistente aguacero.[12]

Fidel Dávila ascendió a brigadier en 1929. Fue fiel al Rey. Al proclamarse la República, se acogió a la Ley Azaña y se retiró a su residencia en Burgos. Activo conspirador, sujetó con mano férrea a la capital castellana al producirse el *alzamiento nacional.* Al fallecer Mola en accidente de aviación (4 de junio de 1937), le sustituyó en la jefatura del Ejército del Norte. Fue cabeza rectora de la encarnizada campaña del Ebro (agosto-noviembre de 1938). Jefe del Estado Mayor Central (1941) y ministro del Ejército (1945-49), Franco le recompensaría con la Grandeza de España y el marquesado de su apellido. Era también Consejero del Reino. Falleció en Madrid, en 1962, a los ochenta y cuatro años.

Aizpuru fue ministro de la Guerra con García Prieto. Tuvo que encajar el golpismo de Primo de Rivera. Era un superviviente nato, así que se mantuvo al margen. Cuando Primo le llamó para dirigir la Alta Comisaría, aceptó, sabiéndose elegido sólo por profesionalidad y no por camaradería cuartelera. Luego hizo un discreto mutis de toda relación institucional.

La guerra civil le llevó a conocer situaciones dramáticas. Nada podía hacer ante aquella lucha —en 1936 tenía ochenta y tres años—, sintiéndose sólo obligado con los suyos. El se salvó, en las primeras horas, por el buen recuerdo dejado en Marruecos. Cuando fueron a detenerle, uno de los milicianos le reconoció en el acto, y, cogiéndole del brazo con afecto, le dijo: «No se preocupe, mi general, a usted no le va a pasar nada.»[13] Pero sí le pasaría a los que vivían con él. Su hermana, Carmen Aizpuru Mondéjar, moriría en Madrid, de hambre, el 29 de enero de 1939. Por la misma causa fallecería una de sus hijas, Carmen Aizpuru Martín-Pinillos (el 9 de marzo). Y él mismo, consumido ya, indiferente a todo, moría a los tres días de haber entrado las tropas de Franco en Madrid (31 de marzo de 1939). Está enterrado en la Almudena, bajo una gran lápida de mármol gris. Allí yace uno de los más inteligentes generales españoles en África.

Morales, mano derecha de Aizpuru, y cuyas opiniones Silvestre debería haber tenido muy en cuenta, dejó un imperecedero recuerdo en cuantos le conocieron. En junio de 1923 se le instruyó Juicio Contradictorio para decidir si merecía la Laureada de San Fernando por su valerosa acción en el Izummar. Claro que la merecía, aunque fuese sólo por respetar su valor y lucidez. Pero las

[11] AGMS, Leg. A-2.077.

[12] Franco Salgado-Araújo, E, *op. cit.,* pág. 278. El autor, que fuera ayudante del dictador y primo suyo, no menciona este curioso origen de la distinción, por muy pocos conocido.

[13] Conversaciones con las nietas del general Aizpuru —Amparo, Pilar y Sofía—, en mayo de 1997.

conclusiones —expuestas el 7 de octubre de 1924—, le fueron contrarias.[14] Su memoria no ha desaparecido. Su esposa, Carmen Moreno de Alcántara, falleció en 1952. Muerto su hijo Gabriel —de no menos valentía y claridad en sus escritos— en 1986, queda la esposa de éste, Carmen Ormaeche de Morales. Ella sola se basta para conservar el espíritu del legendario coronel.

Miguel Núñez de Prado y Susbielas, que mandaba los Regulares en aquel intento fallido por liberar Igueriben, llegó a general e inspector de la Aeronáutica republicana. El 17 de julio de 1936 no dudó en volar hacia Zaragoza, donde estaba su compañero africano, Cabanellas, al frente de la 5ª División.

Núñez de Prado logró aterrizar en la capital aragonesa y hablar con Cabanellas. En el despacho de éste se entera de que los rebeldes habían inutilizado su avión, lo que hace imposible su regreso a Madrid. Y en presencia de su amigo le detienen. Tras una estancia en prisión de la que poco conocemos, le fusilan. Núñez de Prado era otro de los africanistas ejemplares. Cuando le mataron, tenía cincuenta y cuatro años. Cabanellas, que el 23 de julio voló hacia Burgos, haciéndose allí con la presidencia de la Junta Militar, sabía bien que adquiría un poder efímero. Franco representaba el poder, y a él nunca le gustaron las juntas. Murió en 1938.

Alberto Castro Girona, el genial dominador de Xauen en 1920, procedía de Ultramar —había nacido en Punta Princesa (Filipinas), en 1875—. Tuvo muy serios problemas —ministeriales y en la Alta Comisaría— para ascender a general, pese a que su labor en Marruecos recibiera unánimes plácemes. Fue el *Morales* de Yebala. Sabemos que llegó a teniente general en 1930. Y poco más. En su Expediente no consta el año de fallecimiento.[15]

Joaquín Fanjul llegó a general de división. Sublevado en el Madrid de 1936 al triple grito de «¡Viva España! ¡Viva la República! ¡Viva el Ejército!»[16], tuvo que afrontar las consecuencias de su actitud. Disponía de dos mil hombres y cerca de quinientos voluntarios —falangistas la mayoría— bajo su autoridad en el cuartel de la Montaña. Si hubiera sacado esa masa a la calle en las primeras horas del 18 de julio tal vez habría invertido la situación. O generado una matanza aún mayor. Como militar y abogado que era, se defendería él mismo, revestido de toga ante el Tribunal. Los que le juzgaron tampoco tenían opción: era un claro delito de sedición militar. Fusilamiento. Ésa fue la sentencia que escuchó y firmó el 16 de agosto de 1936. Fue ejecutado al amanecer siguiente, en el patio de la cárcel Modelo, en compañía del coronel Fernández Quintana. Fanjul tenía entonces cincuenta y seis años.

Otros nombres y situaciones finales

El más bravo de los defensores de Nador fue Manuel Almarcha García. Hizo varias salidas, él solo. En todas combatió cuerpo a cuerpo con los rifeños. Digno de una Laureada, quedó privado de ella y limitado a su humilde empleo de «guardia segundo». La guerra de 1936 le sorprendería en Madrid, en el cuartel de Bellas Artes, donde fue ascendido a cabo «por elección de los miembros del Comité» de esa agrupación republicana. Ese ascenso estuvo a punto de costarle la vida, pues en consejo de guerra celebrado en Alicante, el 7 de diciembre de 1939, fue condenado a doce años, le expulsaron del Instituto y perdió todos sus derechos. Almarcha aún vivía en 1974, con ochenta años de edad. Su hijo Salvador pidió la revisión del proceso. Tan justo empeño le sería negado.

Ricardo Fresno Urzaiz, el mejor oficial en la defensa de Nador, estaba destinado en la Comandancia de la Guardia Civil de Pamplona cuando le sorprendió el alzamiento franquista. En quince años sólo había podido ascender a capitán. Leal a la República, fue llevado preso al fuerte de San Cristóbal, donde tantos navarros sufrieron cruel fin. Y allí, «sin juicio previo», el 26 de julio de 1936, cayó ante un pelotón fratricida. Tenía cincuenta años. Así murió este leridano valiente

[14] AGMS., 1» Sección, Leg. M-4.104.
[15] Nos referimos al Legajo G-2.226, depositado en el AGMS.
[16] Así concluía el bando -compuesto por diez artículos- del general, que debía ser expuesto en las calles de Madrid, pero que resultó inédito al quedar sitiadas las fuerzas a su mando. Cfr. Valero, Javier, y Vázquez, Matilde. *La guerra civil en Madrid (1936-1939),* Tebas, Madrid, págs. 60-62.

(natural de Tremp). Su viuda, Josefina Alegría Reizabal, tuvo que pasar por la despiadada humillación de declararse «entusiasta del Movimiento Nacional», y así optar (en 1940) a la pensión de su asesinado marido.[17] En cuanto a Pardo Agudín, vio frustradosu disparatado intento de lograr la Laureada tras su vacilante defensa de Nador, que mereció durísimas críticas de Berenguer. Pero se le concedió la Cruz de San Hermenegildo, pensionada con seiscientas pesetas. Murió en Madrid, en octubre de 1925.[18]

Fernández Tamarit ascendió a coronel. En 1922 estaba en Palma de Mallorca, al frente de la Zona de Reclutamiento. Allí tuvo conocimiento, por Picasso, de los sorprendentes avances hacia la verdad que mostraba el Juicio Contradictorio instruido al cabo Arenzana. Fernández Tamarit quedó muy dolido. Había apostado por la honradez, y le habían vuelto a engañar.

En su respuesta a Picasso (11 de enero de 1922), tras advertirle que «no soy uno de tantos fabricantes de héroes que por allá (Melilla) se estilan», le adjuntaba dos cartas de Arenzana, y exponía su tesis: «Meditando sobre el asunto, se me ocurre pensar si ese desventurado, contagiado de aquel fatal ambiente, en que tanto se mentía y tanta heroicidad se inventaba, quiso encumbrarse contando con la imposibilidad de la prueba y luego, ya al final, su conciencia se ha impuesto.» Tras referirse a su «salud quebrantadísima, por ley de mis dolencias y padecimientos morales», Tamarit se despedía así: «Por ello, y por lo que el ambiente me repugna y desespera, me estimo ya un pretérito, y abrigo el propósito de irme en cuanto pueda.».[19] No sabemos que fue de este gran militar —su plan envolvente sobre los Beni Urriaguel era una idea genial—, pues en su expediente ni aparece su hoja de servicios ni consta el año de su fallecimiento.[20]

El coronel Silverio Araújo Torres murió hacia 1931, según Domínguez Llosa. De ser así, tendría entonces sesenta y cinco años. Su expediente no se encuentra en los archivos militares.[21] Saturio García Esteban fue encausado y absuelto del cargo de «negligencia» el 13 de octubre de 1924. Se retiró en 1929. Tuvo la osadía de pedir su ascenso «a general de brigada honorario». Y lo logró. La II República le concedió tal rango «a instancia de él mismo», en diciembre de 1931, cuando tenía sesenta y seis años.[22] Por entonces vivía retirado en Burjasot (Valencia).

Riquelme y López Bago quedó relegado en el primorriverismo. Alcanzaría gran popularidad durante la guerra civil, mandando varias columnas. Al principio actuó con acierto, pero la dimensión del conflicto le desbordó. Expatriado en Francia, Franco le reconoció el grado de divisionario el 2 de septiembre de 1969.[23] Murió en París, en 1972. Queda como uno de los mejores africanistas del Ejército español.

Julio Fortea García, el capitán que perdiera el habla por las emociones vividas aquel 22 de julio de 1921, afirmó que tal mudez provino de su impresión al presenciar «cómo los moros de Beni Urriaguel se apoderaban del cadáver de Silvestre y lo destrozaban». Al no poder hablar, Fortea había recurrido a la escritura: «Y en letras trazadas por su mano ha relatado la trágica escena a que hacemos alusión», según la crónica de *El Liberal.*[24] Pero en sus declaraciones oficiales sólo mencionará que, «al aproximarse a la columna, procuró acercarse a los puestos, y al ver que unos estaban abandonados, y que otros (tomados por el enemigo) hacían fuego contra las fuerzas que se retiraban, sufrió un ataque congestivo nervioso que le privó del habla»[25]. Fortea falleció en 1952, a los sesenta y cinco años de edad.

Carrillo y Manzaneque, los abnegados aviadores que abastecieron Arruit, tuvieron muy distinta suerte. El madrileño Carrillo permaneció en operaciones tres años seguidos. Cayó en Dar Xeruta (Yebala), el 24 de septiembre de 1924, en emocionante empeño por socorrer a esa posición

---

[17] Cervero Carrillo, José Luis, «El ignominioso final de cuatro guardias civiles, héroes de la guerra de África», en *Revista de la Guardia Civil,* enero 1998, págs. 74-78.
[18] AGMS, la Sección, Leg. P-440.
[19] AJCPL. Carta de Fernández Tamarit a Picasso, fechada en Palma de Mallorca el 11 de enero de 1922.
[20] AGMS, 1a Sección, Leg. F-1.162.
[21] Nos referimos al A-1.993, que no aparece en el AGMS.
[22] AGMS, 1» Sección, Leg. G-1.843.
[23] *Ibídem,* Leg. R-1.319.
[24] *El Liberal,* edición del miércoles 10 de agosto de 1921.
[25] AGMS. la Sección, Leg. F-1.670.

española cercada.[26] Luis Manzaneque Feltrer se retiró (1952) con el grado de general de división. Murió el 24 de junio de 1971, a los setenta y nueve años.[27]

Manuel Martínez Vivanco, el único oficial sobreviviente en el aeródromo de Zeluán, llegó a coronel en 1952, y fue nombrado gobernador de Palma de Mallorca. Y en Palma fallecería el 17 de septiembre de 1954[28], cuando contaba sesenta años.

Pérez Ortiz fue uno de los mejores jefes en Annual. Poseía ocho cruces del Mérito Militar. Había entrado en el Ejército, en 1884, como trompeta voluntario. Era autor de varios estudios sobre técnicas de tiro y guerra de partidas (entre 1900 y 1903). Pérez Ortiz ascendió a coronel, en marzo de 1922, todavía prisionero. Pasó a situación de retirado del Ejército en septiembre de 1930, y fijó su residencia en Cádiz. Volvió a Melilla, y desde allí, en mayo de 1940, se decidió a solicitar su ascenso al empleo «honorífico» de brigadier. El Ministerio le contestó en octubre de 1941, diciéndole que «la Ley de 4 de noviembre de 1931, referente a ascensos honoríficos, no se encuentra en vigor»[29]. En 1941 tenía setenta y seis años.

Jiménez Arroyo fue encausado y condenado «a seis años y un día de prisión por el delito de negligencia y por el de abandono de destino en campaña». Cumplía condena en el penal de Chafarinas. Pero su esposa, María Antonia Aguirre Olózaga, actuó con tanta diligencia, al amparo del Real Decreto de amnistía (4 de julio de 1924), que Alfonso XIII le concedió el indulto (30 de agosto de 1925) «por el resto de la pena»[30]. Desconocemos la fecha de su muerte. En los tiempos de Annual tenía cincuenta y cinco años.

Sánchez Monje fue ascendido a general de Brigada en julio de 1924. Pasó a la Reserva cuatro años después. Entre 1929 y 1930 fue director del Museo del Ejército. Sería depurado, en mayo de 1940, «por posibles servicios a los rojos»[31], tras evadirse de zona republicana. No sabemos cuándo ni dónde murió.

Del compañero de Arenas en las defensas de Tistutin y la cuesta de Arruit, el también capitán de Ingenieros Jesús Aguirre y Ortiz de Zárate, sabemos que llegó a general de división y murió en los años sesenta. En 1923, al ser liberado en Axdir —donde desarrolló una labor admirable—, contaba treinta y tres años.

Vázquez Bernabeu, el teniente que pudo haber sido médico de Abd el-Krim, propuesto dos veces para la Laureada, la recibió al fin por la brava actitud mostrada el 16 de junio de 1921: defender a sus heridos «pistola en mano», en la Loma de los Árboles. En 1923 ascendió a capitán. Había nacido en Argelia, en 1896, y era hijo de colonos valencianos. Y a Valencia pidió ser destinado cuando acabó la guerra de Marruecos en 1927. En 1934 se encontraba tan mal de salud, y tan desanimado por la muerte —por peritonitis puerperal— de su esposa, Trinidad Vidal, que estuvo por pedir el retiro. Pero siguió de capitán. La guerra civil le sorprendería en el balneario de Paterna, donde buscaba reposo. Y allí, en fecha por determinar del verano de 1936, fue fusilado por las milicias republicanas.

Felipe Peña Martínez (Buenos Aires, 1896), el médico de Ben Tieb que luchara con tanto valor en los parapetos de Arruit, no recibió su merecida Laureada. El Juicio Contradictorio, fallado en febrero de 1927, le fue adverso. La contienda civil le sorprendió en el Norte, con el ejército republicano. Hecho prisionero en Santoña, en 1937, fue sometido a depuración, pero al no encontrársele cargo alguno pasó a cumplir servicios médicos en las filas nacionales. Cumplió tan bien en sus cometidos que fue repetidas veces ascendido. Pero su «pasado rojo» preocupaba.

Catorce años después de terminada la guerra se dio orden de investigar al teniente coronel Peña. El resultado no pudo ser más inocuo. En el certificado expedido al efecto —por la Jefatura de Falange—, el 26 de septiembre de 1953, se terminaba reconociendo: «Su conducta moral, pública y privada es inmejorable. En la vecindad se le conceptúa como una bellísima persona. En cuanto a su

---

[26] AGHEA. Expedientes Personales, Leg. 83.
[27] *Ibídem,* Leg. 99.871.
[28] *Ibídem,* Leg. 71.481.
[29] AGMS, 1a Sección, Leg. P-1.346.
[30] *Ibídem,* Leg. J-447.
[31] *Ibídem.* Leg. S-925.

conducta política, es más bien apolítico.»[32] Peña había casado en 1946 con Josefa Terán Barreda. El matrimonio no tenía hijos. Pronto empezó a mostrar signos severos de descoordinación mental. En abril de 1954 se le dictaminó «parálisis general progresiva». A ello se añadía un evidente cuadro de demencia. Se le otorgó carácter de «Mutilado Absoluto Accidental», más el sueldo de coronel. Peña sobrevivía en una silla de ruedas. Su familia lo llevó a Bilbao, y allí falleció el 19 de febrero de 1956.

Caso a todas luces extraordinario es el del navarro Emilio Alzugaray Goicoechea. Para él solicitaría el fiscal nada menos que «la reclusión militar perpetua». Se enfrentó a dos sentencias: una, el 14 de abril de 1923, por la que era condenado a doce años de cárcel, y otra, el 20 octubre siguiente, que elevaba esa pena a la más dura de las habidas por los sucesos de Annual: veinte años de presidio. Alzugaray decidió fugarse.

Su causa sumarial mostraba notables irregularidades: tres jueces se sucedieron en la instrucción que, pese a no percibir «delito alguno» en su actuación —de ahí que el fiscal solicitase castigo por «seis meses y un día»—, derivaría hacia una reclusión a perpetuidad, lo que Alzugaray achacaba a una constante inquina de la Alta Comisaría, por sus gestiones, en 1921, en favor de los prisioneros del Arma de Ingenieros.[33]

El 7 de agosto de 1923, aprovechando la visita de su esposa al fuerte melillense de María Cristina, se vistió con ropas de paisano y, acompañado de varios amigos, salió por la puerta principal mezclado con los visitantes a la fortaleza.[34] Su mujer quedó en la celda, simulando que le acompañaba. Cuando la artimaña fue descubierta, Alzugaray navegaba rumbo a Orán. Desde allí pidió la revisión de su causa. El Tribunal Supremo Militar le contestó de forma negativa (9 de diciembre de 1931).

En 1934, y todavía desde Orán, solicitó indulto otra vez, en base a la amnistía decretada el 24 de abril de ese año. Sin resultado. Pasó a Casablanca por carretera, cruzando el Protectorado español con pasmosa audacia, según Imbroda.[35] Al estallar la guerra civil, ofreció sus servicios a la República, recibiendo el mando de la 7a División. En febrero de 1937 ostentaba la jefatura del II Cuerpo de Ejército, o lo que es lo mismo, Alzugaray estaba al frente de diecisiete brigadas, que sumaban 44.219 hombres. Con ellos guarnecía el gran arco defensivo que iba desde el Manzanares al Jarama.[36] Herido, fue trasladado al Ejército del Centro, donde se pierde su pista.

Por lo que se sabe, Alzugaray logra exiliarse en Francia. Y allí tiene una controvertida y pasmosa actuación, pues, según Imbroda Ortiz y Domínguez Llosa, se une a la Resistencia; pasa a ser agente del Intelligence Service británico; actúa con éxito en ese puesto pero es capturado por los alemanes; llevado a París por la Gestapo, sufre tales torturas o extorsiones que pasa a ser... confidente nazi. De ahí *asciende* a jefe de un gran *Kommando* contra el *maquis.* Convertido en objetivo prioritario para la Resistencia, cayó muerto en una emboscada, en compañía de varios colaboracionistas, cerca de Niza, el 2 de enero de 1944.[37]

El jefe de la única escuadrilla de aviones que tuviera Silvestre, Pío Fernández Mulero, siguió en operaciones. Demostraría que coraje no le faltaba. A punto de terminar la guerra, al frente del 5° Grupo de Bombardeo, y en vuelo a baja altura sobre el Yebel (monte) Alam, fue alcanzado en una pierna y después por «un disparo en la cabeza, con orificio de salida por la frente». Era el 17 de junio de 1927. Pero Fernández Mulero no sólo no murió, sino que, medio inconsciente, lograría regular los mandos del avión antes de cedérselos a su observador y desplomarse en la cabina. Tras superar una crítica trepanación, fue ascendido a teniente coronel, nombrado gentilhombre de cámara y designado jefe de las Fuerzas Aéreas de Marruecos (entre 1928 y 1930).

La guerra civil le sorprendería veraneando en Yeste (Albacete), donde había nacido en 1888. Encarcelado, el 3 de octubre de 1936 fue puesto en libertad, «pero con engaño». Al día siguiente,

---

[32] AGMS, 1a Sección, Leg. P-986.
[33] AGMS, Leg. A-1.516.
[34] *El Sol,* edición del miércoles 8 de agosto de 1923.
[35] Conversaciones con Blas Jesús Imbroda Ortiz, julio 1998.
[36] Martínez Bande, José Manuel, coronel. *La lucha en torno a Madrid en el invierno de 1936-37.* Madrid, SHM, 1968, pág. 120.
[37] Conversaciones con Santiago Domínguez Llosa, junio 1998.

Fernández Mulero era detenido «en el hotel donde se hospedaba» y llevado a un lugar conocido como «Puente Viejo», en la carretera de Albacete. Allí le mataron, «dejando abandonado su cadáver». En el crimen participaron «varios elementos de aviación»[38]: un oficial y algunos suboficiales que tal vez conociera durante su conflictivo mando en Zeluán.

El teniente Civantos fue condenado por «un delito de negligencia», considerándose «poco ajustada a los dictados de su propio espíritu y honor su decisión de venir desde Drius a la Plaza»[39]. La condena (23 de julio de 1923), por dos años, que cumplió en el fuerte de María Cristina, le permitió ascender a capitán —por antigüedad—, antes de abandonar su encierro. Martínez Vivas ascenderá a teniente coronel, pues se le aceptará que se encontraba «con carácter eventual, en servicio técnico», en la posición del Izzumar.[40] Pérez Valdivia, que debió ordenar la resistencia a ultranza en el Izzumar, seguía de capitán en 1922. A partir de esa fecha desaparece del Anuario Militar.

El sargento Francisco Basallo Becerra, *alma buena* de Axdir, murió en Zaragoza, el 19 de mayo de 1985, con noventa y dos años.[41]

Allí está enterrado. Era Hijo Predilecto de Córdoba, su ciudad natal. Hubo unanimidad nacional en torno a sus excepcionales méritos y, a pesar de merecer la Laureada, no la recibió. Curó a españoles y rifeños y dejó un recuerdo imborrable en cuantos le trataron.

El teniente Luis Casado Escudero, superviviente en Igueriben, ascendió a capitán tras ser liberado. Llevaba en Melilla una vida rutinaria de guarnición, pero el 17 de julio de 1936, conocidas sus simpatías republicanas, fue detenido. Le fusilaron seis días más tarde. Tenía treinta y nueve años.

Luis Ruedas Ledesma, el capitán que pidió perdón a Silvestre tras el asesinato de Sidi Alkalay, pasó luego al Servicio de Aviación —como comandante—, participando en numerosas acciones de guerra. Teniente coronel y jefe del aeródromo de Tablada (Sevilla), fue capturado por las milicias republicanas tras una breve lucha y fusilado en fecha por determinar (julio de 1936) cuando tenía cuarenta y cinco años de edad. [42]

De los tres grandes periodistas de la guerra —Corrochano, Lobera y López Rienda—, el último tuvo muy corta vida. Este granadino apuesto, atrevido, muy a lo Silvestre, era firma habitual en *El Sol,* dirigía el *Diario Marroquí* de Larache, y desarrollaba una exitosa labor como novelista y guionista cinematográfico. Un accidente de automóvil, en Valencia, obligó a trasladarle a Madrid. De recaída en recaída, viviría una agonía de cinco meses, concluida el 15 de septiembre de 1928. Tenía treinta y un años.

La familia de López Rienda pasó grandes penalidades. En la guerra civil, elementos de Falange se incautaron del *Diario Marroquí* a cambio de «una ridícula cantidad de pesetas». Además, privaron a su viuda de una pensión de quinientas pesetas que recibía de la Alta Comisaría por «los grandes méritos» de su marido.[43] López Rienda fue suboficial de Regulares[44] en la época de Silvestre en Larache. De ahí proviene su documentación sobre El Raisuni y Sidi Alkalay, que nadie más que él estudiara.

Gregorio Corrochano, el otro gran articulista de la guerra y firma de prestigio en ABC, murió en Madrid, el 19 de octubre de 1961. Había nacido en Talavera de la Reina, en 1882.

Cándido Lobera Gilera, el influyente director de *El Telegrama del Rif* —periódico que fundó en 1902— era comandante de Artillería y una celebridad en Melilla. Falleció en 1932, a los sesenta y un años.

---

[38] AGMA. Expedientes Personales, Leg. 163.

[39] ASDL, «Documentos procesales por responsabilidades...»

[40] ASDL. «Historia de un oficio», anexo documental a la instrucción relativa a los sucesos ocurridos en el paso del Izzumar. Fechado en Melilla, el 10 de agosto de ¿1922?, indica que la citada rectificación ha sido notificada al coronel Ignacio Despujols, de E. M. y perteneciente a la Comandancia General.

[41] Conversaciones con Francisco Basallo Reina, hijo del célebre sargento, octubre 1997.

[42] AGMS, la Sección, Leg. R-3.328.

[43] Conversaciones con José Marqués López e Inmaculada López López, nieta del célebre periodista, mayo-junio de 1997.

[44] AGMS, 1a Sección, Leg. L-1.730.

Carmen Angoleti y Mesa, duquesa de la Victoria, que ayudó a que cientos de hombres, sin distinción de rango y condición, salvaran sus vidas en el caos sanitario del alfonsismo, llegó a ser presidenta de la Cruz Roja Española. Murió en Madrid, el 4 de noviembre de 1959, a los ochenta y cuatro años. Fue un modelo de persona.

Personajes rifeños y personalidad resistente del Rif

Los hermanos Abd el-Krim edificarían un Estado de guerreros: la *Jummurhiya Rifiya* (República del Rif). Resistirían cinco años el contraataque del alfonsismo colonial, causándole severas derrotas y padeciendo, a su vez, cruentos reveses.

El estudio de los partes de operaciones aéreas desde 1922 —en la excepcional colección documental reunida por el coronel Eduardo Álvarez Varela—[45] demuestra que, si no se hubiera producido dicha intervención a gran escala y desde dos frentes —España al norte, Francia al sur—, el régimen alfonsino no hubiera doblegado al Rif en 1926-27, o esa costosa victoria se hubiera retrasado varios años. El empeño conllevó el sacrificio de los pilotos españoles. Y en una proporción de muertos jamás igualada por otra Arma: ochenta y cuatro oficiales y suboficiales murieron, por otros cuarenta que resultaron heridos y se perdieron ciento treinta y un aparatos.[46]

Kaddur Namar fue hecho prisionero en uno de los avances de la *Reconquista.* Le llevaron a Melilla. Al penal de Rostrogordo. Kaddur, desdeñoso con sus carceleros, no quiso huir como Abd el-Krim ni pactar como Araújo, y optó por morir. De hambre. Los hombres del Rif no toleran ningún encierro, y el jefe de los Beni Said no sería la excepción. El 17 de agosto de 1923 su cadáver recibía sepultura en el cementerio de Sidi Aguariach.[47]

Hach Abd el-Kader Ben Tieb, a cuya lealtad debió Melilla su salvación, murió el 8 de noviembre de 1950, a los ochenta y seis años. Dos mil soldados españoles cubrieron el recorrido de su entierro. Franco ordenó que al ilustre rifeño se le rindieran «honores de Capitán General con mando en plaza»[48]. El bilaureado general Varela, entonces alto comisario, presidió la ceremonia.

Dos hombres, entre otros miles, simbolizan lo vivido entre 1921 y 1926, cuando el norte de Marruecos movilizó a todos sus hijos para defenderse de la invasión española. Mohammed Ben Saddaui fue pronto nombrado *kaid t'nash* (jefe de pelotón). Hacia el final de la guerra lucía los tres preciados cordones rojos como *kaid tabor* (comandante de batallón). En las durísimas operaciones de Alhucemas perdería a tres miembros de su familia. En 1985 tenía ochenta y cuatro años y aún estaba esbelto y fornido.

Hach Mimun El Kassini, de los Beni Ulixek, tenía diez años en 1921. Hizo de *rakkas* (correo) llevando órdenes de operaciones, distribuyendo víveres y municiones, o socorriendo a los heridos. Al llegar la paz, se alistó en una *harka* amiga de España.

Los ex combatientes del Rif y Yebala destacaban, de entre sus recuerdos, el rugir de los aeroplanos al sobrevolar, en vuelo de bombardeo, sus trincheras y zocos. Sólo entonces sentían miedo. Los aviones volverían, pero no serían españoles.

El Rif se sublevó dos años después de la independencia de Marruecos (7 abril 1956). Se alzó contra el despótico poder del *Istliqal* (Independencia), en connivencia con los clanes alauís. Tras barrer a los cuadros policiales del régimen, quedó a la espera. Error fatal. Un ejército de quince mil

---

[45] AGHEA. El coronel Álvarez Varela acometió, a partir de 1989, un desafío descomunal: transcribir la documentación existente, en el SHM, sobre la Aviación Militar Española en Marruecos, compuesta de 534 legajos, con un millar de documentos en promedio por cada uno de ellos. El titánico esfuerzo fue superado por Álvarez con tanta precisión como objetividad.

[46] AGHEA. Expte. 13.561. Cfr. Flores Alonso, Ángel, *Guerra aérea sobre el Marruecos español (1913-1927).* CECAF, Madrid, 1990, pág. 66. Por nuestra parte, en esas cifras incluimos no sólo los tripulantes caídos en hecho de guerra o por accidente, sino también aquellos oficiales que, sin estar integrados en la Aviación Militar, murieron en acción como observadores en vuelo.

[47] *El Sol,* edición del sábado 18 de agosto de 1923.

[48] Domínguez Sánchez, Constantino, «Abd el-Kader, leal entre los leales», en *El Telegrama de Melilla,* 31 de agosto de 1977.

hombres desembarcó en Alhucemas (enero de 1959). Lo guiaban el comandante Mohammed Ufkir y el príncipe Muley Hassán. Con ellos llegaron otras escuadras aéreas. Cargadas con *napalm.* Pocos poblados escaparon a su soplo ardiente, que fue reforzado con otras llamaradas: con lanzallamas entraban las tropas alauís en aduares y casas. Ein Zoren les sirvió de bestial aprendizaje, según los prolijos informes coordinados por García Figueras.[49]

Lo cierto es esto: el Rif se rebeló contra la injusticia y el hambre. Y no se rindió, sino que le quemaron y arrasaron. El general Ufkir, tras conspirar contra su rey, fue emboscado y muerto en Rabat (1972). El príncipe Muley se convirtió en Hassán II a la muerte de su padre, en 1961. No ha vuelto al Rif.

Los cráneos de Arruit y una fosa vacía

La cruz de Arruit resumía el holocausto no sólo de la columna Navarro, sino de todo el ejército de Silvestre. Siete años antes de que Marruecos obtuviese su independencia, fue demolida y el osario trasladado a Melilla. En marzo de 1949, por orden del general Gustavo Urrutia González, se procede a preparar tan delicado traslado. En el cementerio de Melilla se habilitan dos grandes fosas-osario, mientras se construyen dieciséis arcones de 1,70 x 0,60 x 0,60 metros para el transporte de los restos. El 5 de agosto siguiente una compañía del Regimiento de Zapadores n° 10 comienza la exhumación.

No quedaban cuerpos y tampoco uniformes. Se reunirán «13 trozos de tela pequeños». Pero sí aparecerán los cráneos. Se contarán 2.996. Los tres mil de Arruit fueron una terrible verdad.

Junto a ellos se encontrarán doce fundas «en oro, de molares y dientes»; 897 chapas y emblemas (de las diferentes unidades); once monedas en plata y seis en cobre; 43 hevillas; 117 botones y hasta «un lápiz». Y objetos más personales: «un reloj de bolsillo en plata», «dos alianzas de oro», «dos gemelos de camisa»... Todo ello fue inventariado y depositado en un arcón de hierro. La exhumación concluyó el 15 de agosto. El entierro tuvo lugar siete días después. Melilla supo recibir a los que murieron por ella.

La ciudad entera les esperaba. Aquel 22 de agosto de 1949 la guarnición presentó armas y los melillenses les ofrecieron respeto y dolor. Los tres mil de Arruit, resumidos en aquellos dieciséis arcones, desfilaron, siguiendo el eje de la avenida de Alfonso XIII, camino de su reposo final, recibiendo adioses y oraciones. Sobre ellos caía «una lluvia ininterrumpida de flores»[50]. Los tres mil cupieron en una sola fosa. La otra quedó vacía.

La historia de «Bolete» y del cuñado de Silvestre

Manuel Fernández-Silvestre y Duarte quedó obsesionado por la muerte de su padre en Annual. Al ser reocupada la posición (26 mayo 1926), volvió a encontrarse con la verdad, pero no dio con ella. La búsqueda del cadáver resultó tan agotadora como infructuosa. La madre del general, Eleuteria Silvestre y Quesada, fallecía el 12 de julio siguiente en su domicilio de Madrid —calle de Velázquez, 120—, y era enterrada en La Almudena.[51]

Manuel siguió en el Ejército. Era capitán cuando se sumó a la intentona de Sanjurjo (10 agosto 1932). Perdió el empleo y, al parecer, fue desterrado a Villa Cisneros[52], donde también estuvo el hijo de Manella, *Poli* (Francisco Manella Du Quesne), gran amigo suyo. Deambuló sin rumbo fijo hasta el verano de 1936. Estaría en Madrid el sábado 18 de julio, en el cuartel de María Cristina,

---

[49] Biblioteca Nacional (BN). África. Archivo García Figueras. Informes reservados n° 309 y 314 de 1958 y 1959.

[50] Fernández de Castro Imessa, Francisco, «Traslado de los héroes de Monte Arruit a Melilla», en *Melilla Hoy,* 10 noviembre 1996.

[51] *ABC,* edición del martes 13 de julio de 1926. Las hermanas del general también están enterradas en La Almudena, aunque en una tumba distinta a la de su madre. Mercedes Fernández Silvestre fue inhumada el 3 de febrero de 1950, y su hermana Carmen el 31 de marzo de 1966.

[52] *ABC*, edición de Sevilla, martes 18 de mayo de 1937.

sede del regimiento Wad-Ras, del que López Ruiz era entonces coronel. En los momentos postreros de la defensa, el coronel exigió al ex capitán que escapase. No quiso aceptarlo Manuel, pero Tulio hizo valer su mando. El ex capitán obedeció. Logró infiltrarse entre los asaltantes, mientras el coronel era hecho prisionero. El 13 de septiembre de 1936, López Ruiz caía ejecutado ante un pelotón de fusilamiento.[53]

Fernández-Silvestre pasó una odisea en la capital republicana. De escondite en escondite, con esporádicas salidas para procurarse alimentos, sobrevivió unos días. Por último, logró fugarse a un tranquilo pueblo del suroeste madrileño: Villaviciosa de Odón. En la escapada le acompañó un teniente de Artillería de veinticuatro años, que se había sublevado en Campamento: Manuel Gutiérrez Mellado, futuro capitán general. Ambos pertenecían a Falange Española, y los dos acabaron en casa del abogado Mellado de Zulueta, primo hermano del teniente, y cuya familia poseía grandes propiedades en Villaviciosa.

Pese a las medidas de seguridad tomadas por los Mellado, la estancia de ambos oficiales no pasó desapercibida en el pueblo, pero el alcalde, el socialista José Santander, con tanto coraje como audacia, cortó de raíz todo intento de persecución local no sólo contra ellos, sino contra varios civiles y militares implicados en la sublevación: «Salvó a muchísima gente aquel hombre», según el resumen admirativo que haría, en 1997, un testigo de aquellos hechos, Narciso Higueras Pablos.[54]

El 7 de agosto de 1936, Gutiérrez Mellado fue trasladado a Madrid, donde sería juzgado y absuelto en Consejo de Guerra.[55] Fernández-Silvestre quedó en Villaviciosa. Mientras su amigo lograba provisional refugio en la embajada de Panamá, él lograba pasar las líneas e ingresar en el ejército nacionalista.

El hijo de Silvestre fue ascendido a comandante y puesto al frente de una *bandera* (batallón) de falangistas. En Villaviciosa de Odón se encontraría con Higueras, que ha dejado de él este perfil: «Era alto, delgado y fuerte. Llevaba puesta la camisa de Falange, cuyo cuello azul asomaba por debajo del *caqui* del uniforme. De aspecto distinguido y reservado en el trato, aunque muy simpático una vez conociéndole. Hablaba con pasión de España y del Ejército. Me impresionó.»[56] Poco después, Higueras marchó a incorporarse a otra unidad de Falange (la II Bandera), y nada más supo del hijo de Silvestre. Acabada la guerra, se enteró de que había muerto en combate. Fue en la primavera de 1937, en el llamado «frente del Tajo», donde ambos bandos empleaban grandes masas de infantería y artillería. En uno de esos choques cayó el hijo de Silvestre. Le llevaron a Villaviciosa, y allí le encontramos. En la avenida principal del cementerio de Santiago Apóstol, en la fila de la izquierda, cerca de la entrada, hay una lápida de caliza, casi devorada por el tiempo, donde puede leerse esta inscripción: «Manuel Fernández Silvestre y Duarte. Comandante de Caballería y jefe de la Bandera de Castilla. Murió heroicamente en el frente de Toledo, el 10 de mayo de 1937. A los 36 años de edad.»

Encontrar al hijo de Silvestre era encontrar a los hombres del ejército perdido. En la misma tumba se encuentra Salvador Mellado de Zulueta, fallecido en 1988. El fue quien, en 1946, compró, a perpetuidad, la sepultura y encargó la lápida.[57]

De Silvestre a «Silvestrón», el general de los bigotes

El puesto de mando de Silvestre en Annual hizo de poderoso imán de pasiones, opiniones y mitos. Varios soldados que «estuvieron cautivos» y hablaron con Vivero, «vieron el cadáver en su tienda cuando subieron a llevar municiones»[58]. Araújo manifestó, al ser liberado en enero de 1923,

[53] AGMS, 1a Sección, Leg. L-1808.
[54] Conversaciones con Narciso Higueras Pablos, octubre 1997.
[55] Puell de la Villa, Fernando, coronel. *Gutiérrez Mellado. Un militar del siglo XX (1912-1995),* Biblioteca Nueva, Madrid, 1997, págs. 94-96.
[56] Higueras pasó a formar parte de la llamada «Bandera de Madrid», luego transformada en «II Bandera de Castilla». A la «I Bandera» pertenecía Fernández-Silvestre y Duarte.
[57] Archivo municipal de Villaviciosa de Odón.
[58] *El Imparcial,* edición del miércoles 19 de octubre de 1921. Vivero no cita los nombres de dichos soldados.

que «los moros afirman que Silvestre se suicidó»[59]. A Sainz se lo dijeron aquellos oficiales que sobrepasaron, los primeros, el temible Izzumar.

Parece ser que fue sólo a partir de la pérdida de Dar Drius (10 enero 1922), cuando los rifeños permitieron a los cautivos españoles que recogiesen los despojos de sus compañeros muertos en el área de Annual. Un comerciante italiano, Emilio Paggi, fugado de Sidi Bel Abbés, en la Argelia francesa, recorrió los alrededores de Annual en noviembre de 1921, camino del Peñón de Alhucemas, desde donde consiguió pasar a Melilla.

Paggi, portador de un salvoconducto de Abd el-Krim, se encontró con «un espectáculo horrible» en las inmediaciones de Annual, afirmando haber visto «centenares de cadáveres, convertidos en momias, que yacen a lo largo del desfiladero (del Izzummar) y en lo profundo de los barrancos»[60].

Las sufridas compañías de cautivos-enterradores, bajo el mando del sargento Basallo, acabaron con esa dantesca visión. Francisco Basallo Bercerra pertenecía a la guarnición de Kandussi y era uno de los pocos supervivientes de la matanza habida en Dar Quebdani. El sargento se haría célebre por su excepcional ayuda a los 587 españoles —534 militares y 53 civiles (según nuestras cuentas y aún no completas)—, retenidos en cautividad. Paggi le conoció en Annual.

Basallo sería requerido por los rifeños «para que reconociera a un cadáver, al que le faltaba el bigote, que se hallaba descompuesto y creían era Silvestre». Basallo «no logró identificar» ese cuerpo, mas «en el lugar que lo enterraron puso una señal, y, pasados unos días volvió; pero el cadáver había desaparecido»[61]. También se diría lo contrario: que Basallo había identificado a Silvestre «por sus cicatrices, perfectamente conocidas por él, y que cree era el del General»[62].

En boca de un *rakkas* (correo) de Kaddur Namar se pondría esta otra versión: «Yo volver (a Annual) pasados ocho días y ver todavía general tendido boca abajo. Yo cogerle por bigote para verle mejor la cara, y quedarme bigote entre los dedos.»[63] Para los rifeños, Silvestre era más caudillo por sus mostachos de puntiagudas guías que por sus victorias. Unido a la corpulencia del general, compondrían ese «Silvestrón», en el que la admiración se antepone a toda inquina hacia el enemigo muerto.

A falta de más documentos de Basallo[64], queda la leyenda y una realidad: Silvestre desapareció; algunos de sus oficiales, no. En una *tazuda* (meseta), a las puertas del Izzumar, subsiste un *moraba* (santuario). Según los lugareños, allí está enterrado «un jalifa bravo», del que poco más sabemos.

Muy cerca de ese morabo existe un campo para cereal que suele cultivarse si llueve en primavera. Entre los surcos, caídas, aparecen numerosas estelas. Algunas gentes de los Beni Ulixek aseguraron, en julio de 1998, que dichas señales indicaban la existencia de «cadáveres españoles».

Manella y *cinco más, los muertos que no se admitieron*

Los prisioneros-enterradores que dirigía Basallo localizaron e identificaron el cadáver del jefe de Alcántara, «que tenía cinco balazos»[65]. Manella era un valiente y supo morir como tal. A su lealtad, y a la de los caídos en Annual, respondió el militarismo alfonsino con un proceder tan amoral como pusilánime.

Basallo y los suyos darían sepultura, en la zona de Annual, a 697 cadáveres de españoles «sin identificar», pero el sargento advertiría en su detallista Informe: «Además, identificados, en lugar próximo a la fosa del capitán Salafranca, los siguientes: coronel Manella, comandante Benítez,

---

[59] *El Imparcial,* edición del martes 30 de enero de 1923.
[60] Crónica de José Quílez, «Tristezas del cautiverio. El campamento de Annual», publicada en *El Imparcial,* edición del martes 6 de diciembre de 1921.
[61] *ABC*, edición del miércoles 31 de enero de 1922.
[62] *La Libertad* y El *Sol,* edición del martes 30 de enero de 1923. También en *La Voz*, edición del lunes 29 de enero.
[63] *La Correspondencia de España,* 1 de diciembre de 1921.
[64] Conversaciones con Santiago Basallo Márquez, octubre de 1997. Santiago, sobrino del célebre sargento, no recuerda que en su familia se conservase el plano de esos enterramientos.
[65] *El Imparcial,* edición del miércoles 31 de enero de 1923.

capitán Federico de la Paz, y tenientes Julio Bustamante, Eugenio Nougués y Alberto Escrich.»[66] Corría la primera semana de febrero de 1922.

Basallo mandó este importante mensaje al coronel Civantos Buenaño, comandante del Peñón de Alhucemas. Y Civantos lo reexpidió, vía telegráfica, a Sanjurjo (comandante general en Melilla por aquellas fechas). Sanjurjo, a su vez, lo envió a La Cierva, todavía ministro de la Guerra, y a Berenguer, que seguía siendo alto comisario. Tan altas cabezas callarán. Las familias no fueron informadas y el país nada supo. Ese despacho, el n° 4.333, del 4 de febrero de 1922, como si no existiese.

En 1997, Concepción Manella, nieta del coronel, mostró su sorpresa —y su indignación— por un hecho tan cruel, cuando su madre había estado ¡diez años! buscando noticias. Diez años «molestando a generales y ministros»[67], para averiguar «si era posible» rescatar el cuerpo de su esposo. Nadie le dijo nada de ese telegrama, el n° 4.333. Los silencios fueron para toda la España enlutada por Annual. El régimen alfonsino no expedía certificados de muerte. Sólo de «desaparecidos». Y eso con tiempo.

La viuda de Manella recibirá uno de ellos, el 4 de mayo de 1928. Procedía del Servicio de Administración del Ministerio de la Guerra, y lo firmaba su director, Antonio Losada Ortega. Contradicción suprema: el remitente adjuntaba a doña María «el certificado de desaparecido de su difunto esposo». Si era «difunto», no estaba desaparecido. María Du Quesne Montalvo murió en 1953 sin saber nada de su marido, perdido en Annual.

Tan abrumadora conducta cabe achacarla al pánico oficial que entonces había, en Madrid y en Melilla, por no agravar las demandas de Abd el-Krim sobre el rescate de los prisioneros. Mas no serían miedos económicos aquéllos, porque el dinero se tenía.

El 7 de enero de 1922, Berenguer, tras informar a La Cierva de las últimas proposiciones de Abd el-Krim —«entrega de cuatro millones y todos los presos moros (su número se había elevado a 243)»—, pedía la concentración, en Melilla, de esos mismos cautivos, «y se disponga el *Almirante Lobo* u otro barco análogo, provisto de embarcaciones pequeñas, para el desembarque». Por último, el alto comisario le decía al ministro de la Guerra: «Ruego me comunique con urgencia si se pueden aceptar estas condiciones y, en caso afirmativo, se me envíe a Melilla el millón que falta para completar los cuatro y el barco.»[68]

Luego Berenguer había recibido los primeros tres millones, cantidad que meses antes había considerado «fabulosa», pero que terminó aceptando. Berenguer era así coherente consigo mismo, pues siempre se mostró favorable a cambiar dinero por vidas, sin tantas deferencias hacia el Estado alfonsino como mostró Maura.

Así que los millones del rescate fueron a Melilla, a la delegación del Banco de España. Y el caso es que Maura no quería pagar. Pero La Cierva manda el dinero. Lo que falta lo reclama Berenguer. Pasarán doce meses, y los presos españoles seguirán muriendo en Axdir. Del contingente militar (534) caerán 139, doce de ellos fusilados. Si no fallecieron más se debió a los denodados esfuerzos que llevaron a cabo los convoyes de la Cruz Roja Española, tan admirable en 1921-22 como en 1898-99.[69]

Cambian los gobiernos y vendrán los liberales de García Prieto. Con éstos, Santiago Alba, ministro de Estado; López Ferrer, alto comisario interino —tras el nombramiento y renuncia de Villanueva para ese cargo—, y un noble rifeño, Dris Ben Said. Alba convencerá a Horacio Echevarrieta Mauri, prohombre republicano —diputado por Bilbao entre 1910 y 1917—, y empresario relacionado con Abd el-Krim en diversas prospecciones mineras, para que ejerza de *hombre bueno* ante los jefes rifeños.

Echevarrieta será quien pague. Con el dinero que estaba en Melilla, se supone. Pero también será quien no dude en ofrecerse como caballeresco rehén cuando estuvieron a punto de fracasar las conversaciones de entrega de los cautivos, el 27 de enero de 1923. Los 326 espectros de Axdir

---

[66] AFAM, Leg. 364/4. Telegrama de Sanjurjo, n° 4.333, del 4 de febrero de 1922, a La Cierva, ministro de la Guerrra.
[67] Conversaciones con Concepción Manella, julio 1998.
[68] AFAM. Leg. 364/3. Conferencia telegráfica Berenguer-La Cierva, a las 22.00 h del 7 de enero de 1922.
[69] Archivo de la Cruz Roja Española (ACRE), Legs. 113-119.

embarcaron en el *Antonio López* y navegaron hacia la libertad. El Rey no fue a Melilla para recibirlos. Estaba en Doñana, invitado a una montería por el duque de Tarifa, Carlos Fernández de Córdoba.[70]

Un mes después se publicaba un Real Decreto por medio del cual se facultaba la creación de diversas listas de desaparecidos en los Registros Civiles y Juzgados. Se trataba así de «legalizar la situación jurídica de las numerosas víctimas del Ejército expedicionario del Norte de África»[71]. Ahí acabó todo.

En cuanto a los cadáveres no identificados y enterrados en Annual, nada quiso saber el Estado alfonsino. En su falsa desaparición se yergue el ejército perdido. Los ocho mil o diez mil de Silvestre.

Madrid, junio 1996-noviembre 1998

[70] *La Libertad,* edición del jueves 25 de enero de 1923, y *La* Voz, edición del martes 30 de enero de 1923.
[71] *AB*C, edición del viernes 23 de febrero de 1923.

Cronología

1857
22 agosto. Nace en Málaga Juan Picasso González. Gobierna Narváez, puntal del militarismo isabelino.

1871
16 diciembre. Nace en El Caney (Santiago de Cuba), Manuel Fernández Silvestre. Amadeo I es rey de España.

1873
Nace en la alcazaba de Zinat (Tánger), El Raisuni.
4 octubre. Nace en Remedios (La Habana), Dámaso Berenguer y Fusté. Castelar es presidente de la I República.

1874
27-31 diciembre. Pronunciamiento de Martínez Campos. Alfonso XII, rey de España. Primer Gobierno Cánovas.

1880
19 mayo-3 julio. Conferencia de Madrid. Tercer Gobierno Cánovas. Marruecos Entra en los cálculos europeos de reparto colonial.

1882
Nace en Axdir Mohammed Abd el-Krim.

1886
17 mayo. Nace en Madrid el futuro Alfonso XIII. Cuarto Gobierno Sagasta.

1893
28 octubre. El capitán Picasso gana la Laureada en Melilla tras audaz cabalgada en solitario frente al enemigo.

1895
15 julio. El teniente Silvestre desembarca en Nuevitas (Cuba), procedente de Cádiz. Octavo Gobierno Cánovas.

1898
Tropas alauís, ayudadas por los Beni Urriaguel, lanzan amplia operación de castigo contra los Bocoya. Duodécimo Gobierno Sagasta.
18 enero. El capitán Silvestre carga, al frente de su escuadrón, en El Potrero de La Caridad (Cuba). Recibe trece machetazos y cinco balazos, y es dado por muerto.
1 junio. El conde de Benornar propone a la Reina regente la venta de Cuba a EE.UU y la reorientación del dominio colonial español hacia Marruecos. Septiembre. Francia es humillada en Fachoda (Sudán): la columna Marchand se retira ante el ejército de Kitchener.

1899
10 diciembre. Tratado de París. España pierde sus colonias en América y Asia. Théophile Delcassé, ministro francés de AA.EE, madura su revolución colonial: los mundos del Nilo para

Inglaterra y el Magreb para Francia.

1902
17 mayo. Coronación de Alfonso XIII. Que será Rey, por mayoría de edad, el 2 de junio siguiente.
Septiembre. Francia propone a España la posesión de Fez y la línea del Uarga (límite natural del Rif hacia el Sur). Sagasta renuncia, temeroso de Gran Bretaña.

1903
Febrero. Fracasa el reparto hispano-francés sobre Marruecos. Silvela desiste para no desafiar a Gran Bretaña, pero fuerza así el desaire de Francia.

1904
8 abril. *Entente cordiale* franco-británica. Ambas potencias muestran su «simpatía» a España por sus reclamaciones territoriales sobre Marruecos.
3 octubre. España y Francia firman un tratado secreto para repartirse Marruecos con la aquiescencia británica. Fez queda fuera de los dominios españoles.

1906
16 enero-6 abril. Conferencia de Algeciras. Segundo Gobierno Moret. Alemania no logra «neutralizar» Marruecos. Y la soberanía marroquí empieza a ser desmantelada.

1907
31 julio-7 agosto. Bombardeo de Casablanca por la escuadra francesa y saqueo de la población por la Legión Extranjera: dos mil muertos. Maura se aparta de esos atropellos.
Septiembre. Movimiento nacionalista en Marruecos: Muley Hafid derroca al corrupto Abdelaziz.

1909
27 julio. Derrota, en el Barranco del Lobo, de la columna Pintos. Barcelona conoce su *Semana Trágica.*
24 agosto. El Roghi es paseado, en Fez, encerrado en una jaula de hierro. Más tarde es torturado y ejecutado.

1910
23 julio. Silvestre es nombrado gentilhombre de cámara. Inicia su estrecha vinculación con Alfonso XIII.

1911
21 mayo. Ocupación de Fez por las tropas francesas. Mulay Hafid queda convertido en rehén de Francia.
13 junio. Silvestre desembarca en Larache. La rápida conquista *se* consuma *sin* violencia por medio del primer pacto Silvestre-El Raisuni.
1-9 julio. El cañonero alemán *Panther* estaciona en Agadir. Peligro de guerra generalizada en Europa. Desde las páginas —en árabe— del *Telegrama del Rif* Abd el-Krim critica la dura acción francesa en Marruecos.
4 noviembre. Acuerdos franco-alemanes de reparto territorial en el Congo y de influencias económicas en el Magreb.

1912
19 febrero. Berenguer derrota a los Beni Bu Yahi, dueños de Monte Arruit, y es ascendido a coronel.
30 marzo. Preacuerdos de Protectorado sobre Marruecos, que pierde su condición de Estado

soberano.
17-18 abril. Revueltas en Fez con muerte de oficiales franceses y colonos europeos. Mayo. Silvestre escribe al general Alfau y a Alfonso XIII, proponiéndoles a El Raisuni como *jalifa.*
21-28 mayo. Las tropas francesas de Moinier ejecutan durísima represión antinacionalista en Fez. Lyautey toma posesión de la Residencia General en Rabat. 13 agosto. Muley Hafid abdica en su hermano Muley Yussuf y parte para el exilio.
El sultanato queda en *poder fantasma* bajo el colonialismo franco-español.
17 agosto. Toma de Arcila por Silvestre, que se anticipa a un intento francés. Segundo pacto Silvestre-El Raisuni.
12 noviembre. Asesinato de Canalejas en Madrid. Romanones forma Gobierno, con Luque en Guerra.
27 noviembre. Firma del Acuerdo hispano-francés de Protectorado sobre Marruecos.

1913
23 enero. Silvestre autoriza el registro, por la fuerza, de la fortaleza de El Raisuni en
Arcila. El *xérif* de Yebala se refugia en Tazarut y opta por la guerra.
19 febrero. Alfau toma, por sorpresa, Tetuán, contraviniendo sus promesas de paz a los notables de la ciudad.
13 abril. Alfau es nombrado alto comisario. La guerra de guerrillas se hace crónica en el País Yebala.
27 abril. Entra en Tetuán, con la protección de las tropas de Alfau, Muley el Mehdi, jalifa títere de España.
15 agosto. El senador Maestre, delegado de Romanones, lleva a cabo gestiones de paz en Yebala. Queda defraudado por el belicismo del líder liberal. Marina es designado alto comisario. Abd el-Krim es nombrado *kadi koda* («juez de jueces»).
4 noviembre. Cambó, en el Congreso, previene que España «sigue en Marruecos el mismo camino de Cuba».

1914
Julio-octubre. Comienza la compra sistemática de terrenos en el Garet y la explotación de los mismos. Empiezan a llegar colonos franceses y españoles desde Argelia.

1915
12 mayo. Asesinato, en Cuesta Colorada, de Sidi Alkalay, por conjura entre un grupo de oficiales españoles de Larache y el nuevo bajá de Arcila, Dris Er Riffi.
9 julio. Cesan Marina y Silvestre por el asunto Alkalay. Gómez-Jordana, nuevo alto comisario en Tetuán. Silvestre es nombrado edecán de Alfonso XIII.
15 agosto. Mohammed Abd el-Krim expone a Sist, jefe de la Oficina Indígena en Alhucemas, su plan de concordia: España no debe superar una línea entre Isbafen (río Kert) y Batel (cerca del Igan).
6 septiembre. El primogénito de los Abd el-Krim es arrestado y encarcelado, en el fuerte de Cabrerizas Altas.
23 diciembre. Abd el-Krim se fuga del penal de Cabrerizas. Cae al foso, se rompe una pierna y es otra vez capturado.

1916
20 mayo Ceremonia de confraternización, en El Fondak (Tetuán), entre las tropas españolas y yebalíes. Jordana y El Raisuni sellan un acuerdo defensivo.
Agosto. Abd el-Krim es liberado. Reanuda los contactos con Aizpuru, tendentes a configurar una sólida alianza.

1917

25 marzo. El general Miguel Primo de Rivera, propone, ante la Academia Hispano-Americana de Cádiz, la permuta (a Gran Bretaña) de Ceuta por Gibraltar.

1 junio. Triunfa en Barcelona el movimiento bonapartista del coronel Márquez. Las Juntas de Defensa se instituyen como Estado militarista dentro del régimen alfonsino.

1918

¿Febrero? Abd el-Krim y Riquelme llegan a un preacuerdo: desembarcos pactados en Axdir para julio siguiente. Jordana anula todo el proyecto conjunto.

5 julio. Berenguer y Silvestre son ascendidos a general de división el mismo día.

9 noviembre. García Prieto constituye su tercer Gobierno. Berenguer es nombrado ministro de la Guerra.

18 noviembre. Fallece el general Jordana en su despacho de la Alta Comisaría en Tetuán.

11 diciembre. Por un Real Decreto, a sugerencia de Berenguer, se separan los cargos de alto comisario y el de general en jefe del Ejército de África.

1919

25 enero. Berenguer es nombrado alto comisario. Picasso renuncia a ser nombrado ministro de la Guerra.

Revés español en Beni Salah (en las alturas del Gorgues, frente a Tetuán).

11-12 julio. Sangriento tropiezo español en Kudia Rauda, cábila de Uad-Ras, al noroeste de Tetuán.

9 agosto. El comandante y diputado Joaquín Fanjul habla en el Congreso de «abrir una cuenta de responsabilidades» por lo que pueda suceder en Marruecos.

12 agosto. Silvestre toma posesión de la Comandancia General de Ceuta. Se reactiva la guerra contra El Raisuni.

1920

30 enero. Silvestre es nombrado comandante general de Melilla. Toma posesión de su cargo el 13 de febrero siguiente.

5 mayo. Dato constituye su tercer Gabinete, en el que entra el vizconde de Eza como ministro de la Guerra.

9-20 julio. Viaje de inspección de Eza al Marruecos español. El ministro expone a Lema (titular de Estado) sus dudas por lo que ha visto, pero no resuelve nada.

7 agosto. Muerte —por posible envenenamiento— de Sidi Abdelkrim. Las tropas de Silvestre toman Taffersit.

1 septiembre. Por un Real Decreto, y a exigencias de Berenguer, se fusionan de nuevo los cargos de alto comisario y de general en jefe del Ejército de África.

14 octubre. Ocupación, por inteligencia entre Castro Girona y los notables de Xauen, de la ciudad santa de Yebala. Berenguer recibirá el título de conde de Xauen.

1921

15 enero. Silvestre llega a Annual e instala allí su base avanzada de operaciones. Dávila y Morales niegan todo posibilismo táctico a nuevos avances sobre Alhucemas.

26 enero. En carta a Berenguer, Silvestre detalla el abandono de los caminos y recuerda que la vital vía férrea de Batel a Drius lleva cinco años paralizada.

4 febrero. Carta de Berenguer a Eza, en la que expone al ministro la lamentable situación del Ejército.

16 febrero. Morales aconseja a Silvestre demorar hasta el otoño todo avance ofensivo sobre Alhucemas. Picasso es ascendido a general de división.

28 febrero. Carta de Silvestre a Berenguer, en la que habla de «inhumanidad» por la pasividad

del Gobierno Dato ante la hambruna que devasta al Rif.

8 marzo. Dato es asesinado en Madrid. El mismo día constituye Allendesalazar su segundo Gabinete. Eza es confirmado como titular en la cartera de Guerra.

10 marzo. Silvestre termina su plan de operaciones y se lo envía.a Berenguer. El alto comisario pone algunas objeciones, pero está de acuerdo con el objetivo principal: tomar Alhucemas.

12 marzo. Se ocupa y fortifica Sidi Dris. La línea defensiva española en el Rif se extiende por ciento treinta y cinco posiciones.

28 marzo-6 abril. Berenguer viaja al Peñón de Alhucemas y visita Annual. En Melilla, y en Orden General al Ejército, felicita a Silvestre y a sus tropas, a quienes dice «espera reiterar su felicitación en Alhucemas».

22 mayo. La Junta de Defensa del Reino debate —y rechaza— la posibilidad de adquirir una gran partida de moderno material de guerra franco-británico, a bajo precio.

31 mayo. Rechazando los avisos de Morales, Silvestre confía al comandante Villar la ocupación de Abarrán. La operación se inicia en la madrugada siguiente.

1 junio. La guarnición española en Abarrán es aniquilada. Mueren los oficiales y se pierden todos los cañones, hecho sin precedentes en el Marruecos español.

5 junio. Entrevista Silvestre-Berenguer a bordo del crucero *Princesa de Asturias,* a la altura de Sidi Dris. Ambos generales mantienen una acalorada discusión. Los refuerzos que pide Silvestre le son denegados.

6 junio. Berenguer, desde Tetuán, envía un cablegrama a Eza donde estima «restablecida» la situación en el Rif.

25 junio. En Yebala, Berenguer abre su campaña contra El Raisuni, pretendiendo coparle en su feudo de Tazarut.

15-17 julio. Silvestre escribe a Berenguer proponiéndole situar, en el Salah, una base costera en apoyo de Annual. Esta última oportunidad de salvación para el ejército se pierde al no movilizarse la Escuadra.

18-21 julio. Fracasan los últimos intentos para socorrer a Igueriben. La oficialidad de Benítez muere en los parapetos. Algunos sobrevivientes llegan a Annual.

21-22 julio. Sucesivos Consejos de Guerra en la tienda de Silvestre en Annual. Se decide la retirada a Ben Tieb. Berenguer, en Rokba (Yebala), sigue sin comprender la angustiosa crisis del Rif español.

22 julio. Desastre de Annual. La columna Silvestre es deshecha en el Izzumar: unos mil muertos. Silvestre se suicida y sus ayudantes mueren con él. Caen, en cascada, las posiciones.

23 julio. Hazaña de Primo de Rivera y sus escuadrones en el Igan. En la noche, Berenguer llega a Melilla.

25 julio. Deshonrosa y trágica capitulación de Araújo en Dar Quebdani. De forma artera, son muertos unos 950 españoles. En la aguada, el capitán Amador cae al frente de su compañía en altiva carga a la bayoneta.

28 julio. Navarro queda cercado en Arruit. En Intermedia A, la defensa acaba cuando muere el último hombre.

2 agosto. Pardo Agudín se rinde en Nador. Abd el-Krim devuelve el cadáver de Morales, que es recogido por la tripulación del cañonero *Laya* en Sidi Dris.

3 agosto. Carrasco capitula en Zeluán. Nueva matanza de españoles al rendirse: quinientos muertos.

4 agosto. Eza nombra a Picasso instructor *de* la causa por la hecatombe habida en el territorio de Melilla.

6 agosto. En Consejo de generales, celebrado en Melilla, se decide, «prescindiendo de insensatas corrientes de opinión», no socorrer a los sitiados en Arruit.

9 agosto. Rendición de Navarro en Monte Arruit. Como en Quebdani, los españoles son asesinados. Los muertos serán tres mil.

12 agosto. Eza mantiene una conversación telegráfica con Berenguer, en la que acuerdan la fabricación y empleo de gases asfixiantes contra los rifeños.

13 agosto. Maura constituye su quinto y último Gobierno. La Cierva releva a Eza en el Ministerio de la Guerra. Berenguer dimite, pero se le confirma en su cargo. 15-20 agosto. Cerca de seiscientos españoles prisioneros concentrados en Annual y Axdir. Abd el-Krim pide cuatro millones de pesetas por el rescate de los cautivos.

24 agosto. Real Orden por la que se previene a Picasso que su investigación no debe involucrar al Alto Mando.

1 septiembre. Nueva Real Orden —a instancias de Berenguer—, por la que vuelve a prevenirse a Picasso para que no extienda su investigación al alto comisario.

6 septiembre. Telegrama «personal y reservado» de La Cierva a Picasso, con forma improcedente de «Real Orden».

17 septiembre. Se reocupa Nador. Escenas de pavorosa aniquilación en la «Casa del Matadero». Se descubre en el Parque de intendencia en Larache una vasta trama de corrupción.

29 septiembre. Fuertes combates para liberar la posición de Tizza. Cavalcanti, en temerario envite, lo consigue.

10 octubre. Luchas sin cuartel entre españoles y rifeños por el Gurugú, que es tomado de revés.

14 octubre. Se reocupa Zeluán. Nuevo encuentro con el horror en la llamada «Casa de la Ina». Se contabilizan quinientos cadáveres. Carta de denuncia de Cabanellas contra las Juntas de Defensa.

24 octubre. Se llega a Monte Arruit. La confirmación del holocausto deja aterrada y conmovida a España.

1922

23 enero. Picasso termina en Melilla la toma de declaraciones para su Instrucción y regresa a Madrid.

7 julio. El Consejo Supremo de Guerra y Marina abre causa sumarial a Berenguer.

10 julio. Se constituye la Comisión de los Diecinueve (diputados que estudiarán las responsabilidades).

1923

27 enero. Son liberados, en Axdir, los 326 españoles sobrevivientes a una cautividad de dieciocho meses.

10 julio. Se constituye la Comisión de los Veintiuno (diputados que estudiarían las responsabilidades).

28 julio. El Senado concede el Suplicatorio contra Berenguer.

13 septiembre. Golpe de Estado primorriverista, iniciado en Barcelona. Quiebra el constitucionalismo de 1876.

1924

4 julio. Decreto de Alfonso XIII concediendo la amnistía a los procesados militares y civiles.

1925

Agosto. Se intensifican los ataques aéreos, con iperita, sobre las cábilas rifeñas. Gran número de víctimas.

8 septiembre. Comienzan los desembarcos españoles en Alhucemas con la ayuda de la escuadra combinada hispano-francesa. La República del Rif queda sentenciada

1926

26 mayo. Las tropas españolas de la columna Pozas reocupan los restos del incendiado campamento de Silvestre.

1927

10 julio. Sanjurjo declara terminada la guerra en Marruecos en la explanada de Bab Taza (al este de Xauen).

22 noviembre. Se constituye, por orden de Primo de Rivera, la Comisión de los Once. Su fin es el de depurar las responsabilidades en Marruecos entre 1909 y 1921.

1937

10 mayo. Muere en combate, en el frente del Tajo, el comandante Manuel Fernández-Silvestre y Duarte.

1956

7 abril. Franco entrega a Mohammed V, en El Pardo, los instrumentos que ratifican la independencia de Marruecos. Ceuta y Melilla quedan como dominio soberano de España. El Rif aguarda su libertad.

1959

Enero y febrero. Sublevado el Rif contra el poder del *Istliqal,* un ejército alauí de quince mil hombres desembarca en Alhucemas. Desesperada resistencia rifeña y cruel represión de las FAR (Forces Armées Royales).

Apéndice I
Documentos

Primera página del Índice que ordena los testimonios de 79 declarantes (75 militares y cuatro civiles) sobre lo ocurrido en la posición de Annual. Autógrafo de Picasso, en el que señala la progresión de los sucesos y la síntesis de esas declaraciones.

SITUACION EL DIA 22 DE JULIO
Posicion de Anual

CUERPOS	OFICIALES	TROPA	GANADO
Suma anterior	148	3836	1299
Comandª. Artilleria	1	4	"
P.M. Ingenieros	1	"	1
1ª Zapadores	8	194	27
P.M. Com. Artilleria	1	"	1
P.M. Com. Intendencia	1	"	"
2ª Compª. Intendencia	1	"	47
Zapadores 2ª, 4ª y 5ª	8	283	71
Compª. Telegrafos	1	29	24
Ingenieros Reg.	1	10	"
Policia Indigena 13ª mia	1	40	"
Estacion Radio	1	12	2
3ª, 4ª y 5ª seccion S.M.	2	71	70
Sanidad (Enfermeria)	4	3	4
Intendencia (Deposito)	1	29	"
Policia Indigena	19	662	244
Intª. Cia. impedimentª S.E.	"	9	"
Total	194	5183	1788

Comandante General Excmo. Sr. D. Manuel Fernández Silvestre
Teniente Coronel de Cabª *Muerto* Enrique Manera
Comandante de Intendencia *Muerto*, Juan Pedro Hernandez
Capitan E.M. *Herido leve* Don Emilio Sabate Satorre
Capitan Ingenieros *Presente* Antonio Valcarcer Gallegos
Coronel de Caballeriª *Muerto* Francº. Manellas Corrales
Capitan de Caballeriª *Desap.* Ramon Arce Iradier

Alferez *desaparecido* Don Francisco Sabaté Galtier
Teniente *Muerto* " Agustin Carrasco Carrasco
Capitan *Presente* " Fernando Correa Cañedo
Teniente Coronel *Desap.* Pedro Marina Villares
Capitan " " Luis Catalan Ogon Altarriba
Teniente " " Abelardo Pons Valenti
Capellan *Plaza* " Fernando Somoza Menéndez
Capitan Medico *Presente* Juan Perez Ruiz Crespo
Teniente *Desaparecido* Juan Cañas Sanchez
" " Fernando Zamaza Muñoz
" *Desaparecido* Evaristo Mesa Brun
Alferez *Desaparecido* Luis Mondejar Gil Pareja
Capitan *Desaparecido* Emilio Morales Tovalina
Teniente *desaparecido* Francisco Orce Guerrero
Alferez *Desaparecido* " Fernando Cosido Cuenta
" *Presente* " Antonio Moreno Farriales

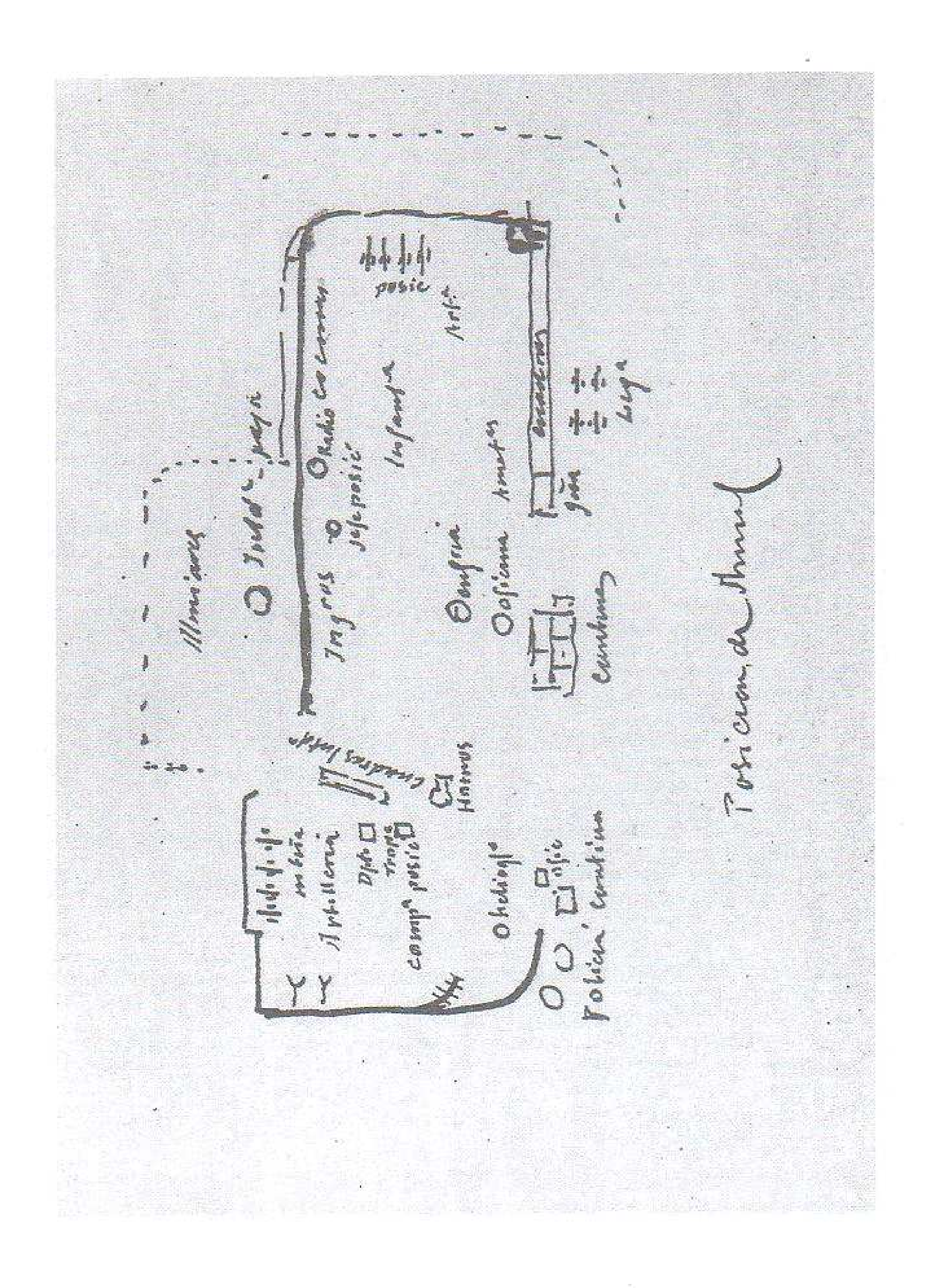
Declaración medico D'Harcourt

Primera y segunda páginas de las seis del estadillo de bajas en la posición de Annual, con anotaciones autógrafas del general Picasso sobre el destino de estos oficiales. Los muertos y desaparecidos suman 44 (que llegarían a 79, sobre un total de 193 oficiales presentes en Annual).

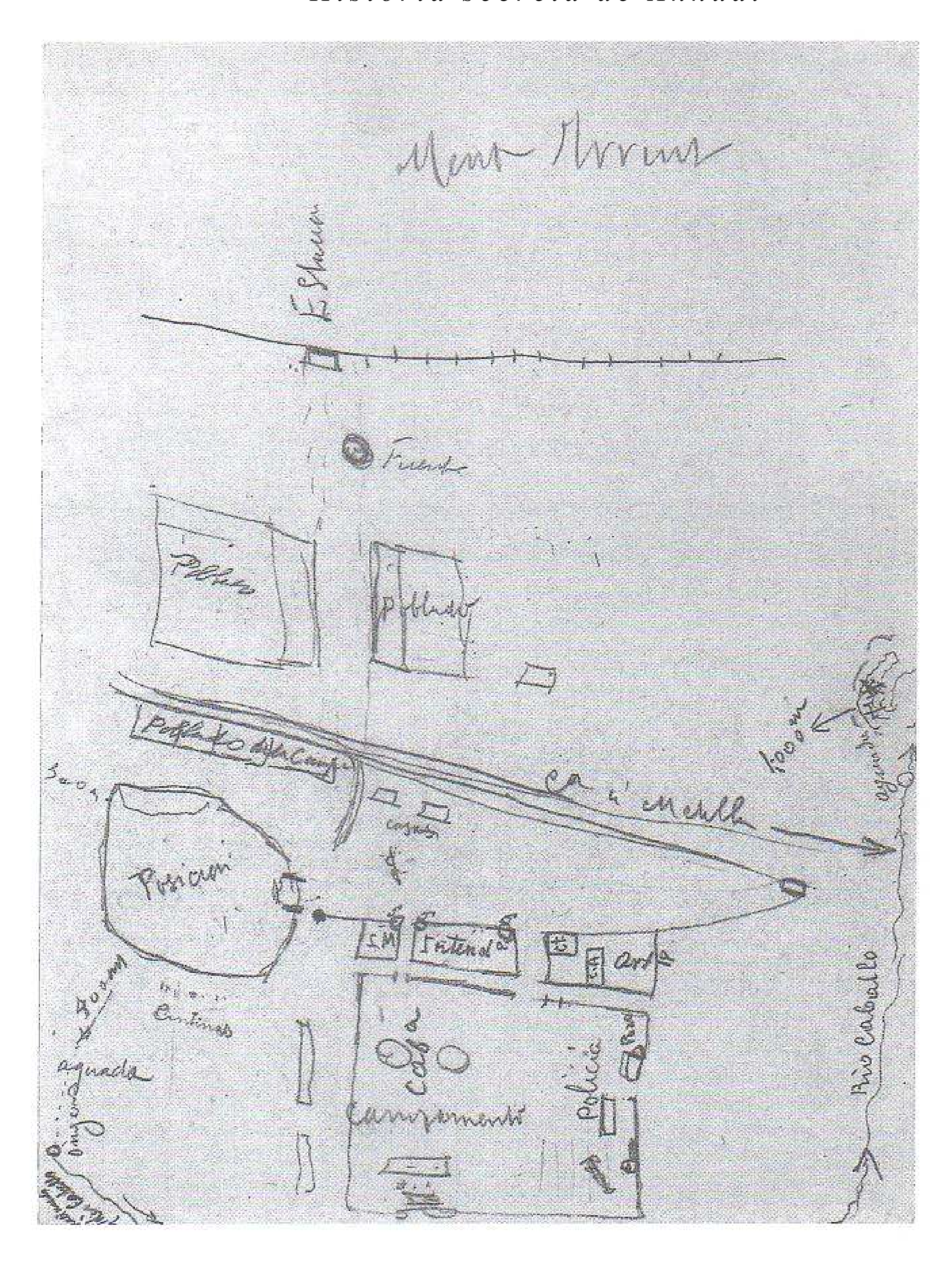
-2-

Posicion de Anual

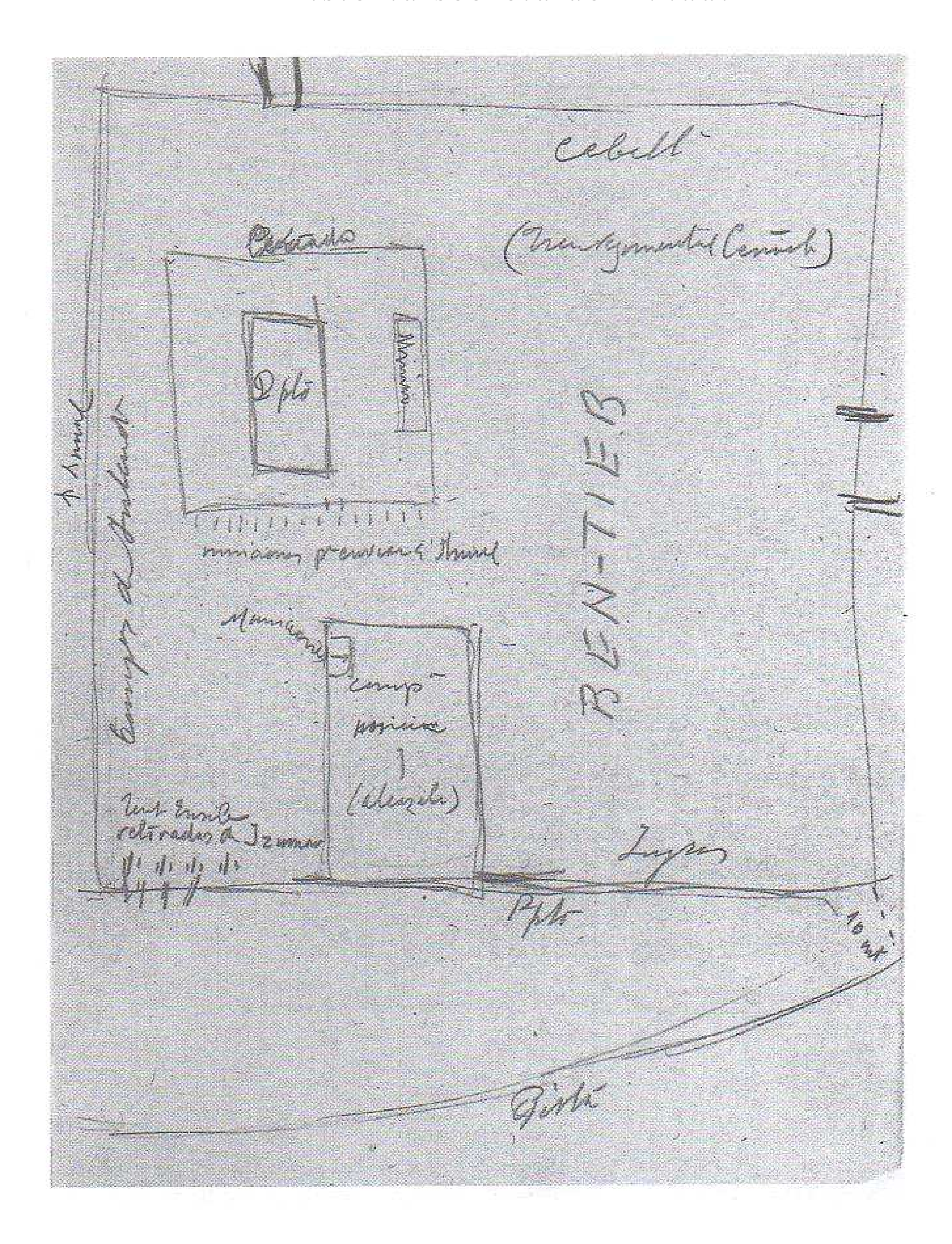
Capitan	desapdo	Don Jose Acuña y Diaz Bachuelo	Ceriñola
Teniente	Plaza	Enrique Carballo y Lozada	id
"	desaparecido	Andres Lostan Sanchez	id
Alferez	Presente	Pedro Fernandez Carballo	Ceriñola
Capitan	desaparecido	Aristides Corti Pi	id
Teniente	desapdo	Jose Cabrillo Sanchez	id
Alferez	desaparecido	Julio Moral Moral	id
"	desaparecido	Modesto Martinez Taboada	id
Teniente	desaparecido	Pedro Valles de la Torre	id
"	desaparecido	Ignacio Vizcaino Romero	id
Capitan	Plaza	Rafael Valcarcel Garcia	Ceriñola
Teniente	Presente	Demetrio Fontan Cadarso	Ceriñola
Comandante	desaparecido	Andres Piña Rodrigues	Africa
Teniente	desaparecido	Joaquin Lago de Lauzolazaga	id
" Medico	desapdo	Enrique Videgain	id
" medico	plaza - No	Francisco Miguruza	id
"	No	Luis Terdez de Piñedo Alvarez	id
"	plaza - No	Alfonso Lopez Pampier	id
Alferez	desapdo	Pifiefcio Carnicero Reudos	id
Id	Prisionero	Francisco Arevalo Nicolas	id
Teniente	desaparecido	Julio Alonso Lahoca	Alcántara
"	desaparecido	Jose Gracia Benitez	id
"	desaparecido	Jose Lacave de la Rodea	id
Capitan	desaparecido	Luis Martin Moreno	id
Teniente	plaza	Domingo Carballo Gonsalez	id
Alferez	desaparecido	Luis Selgas Villar	id
"	Plaza	Pedro Valdes Nicolas	id
Capitan	desaparecido	Mariano Gonzalez Valle	id
Teniente	desaparecido	Manuel Fernandez Capalleja	id
Alferez	desaparecido	Jose Diaz Sanchez	id
"	plaza	Vicente Lopez Gimenez	id
Teniente Coronel	Prisionero	Eduardo Perez Ortiz	San Fernando
Comandante	desaparecido	Santiago Fernandez Nurres	idem
Teniente Medico	desapdo	Miguel Cadenas Rubi	idem
"	desaparecido	Luis Andujar y	idem
Teniente	desaparecido	Manuel Garcia Pallargas	idem
Capitan	desaparecido	Sebastian Sabater Comilla	idem
Teniente	desaparecido	Jose Sanz Martinez	idem
"	desaparecido	Isidro Velasco Agudo	idem
"	desaparecido	Enrique Martin Martin	idem
Capitan	desaparecido	Angel Gil Cabrera	idem
Teniente	desaparecido	Ricardo Fernandez Viñer	idem
Capitan	desaparecido	Jesus Lopez Vicente	idem



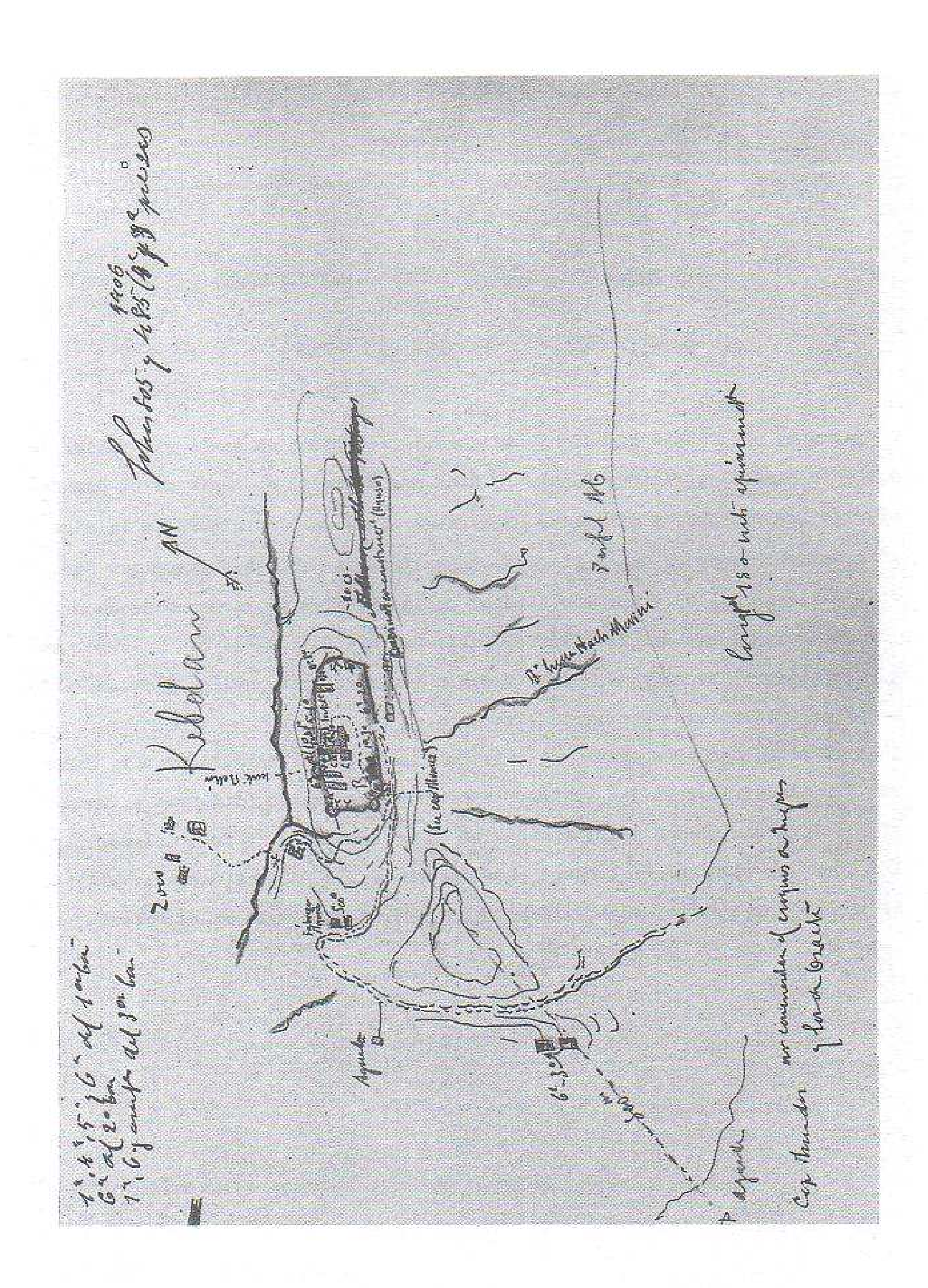
Plano autógrafo de Picasso referido al campamento de Annual. En él señala el lugar donde se encontraba la estación de radio —a la derecha de la tienda de Silvestre—, las baterías de artillería, los hornos y cantinas, así como los almiares de paja.



Plano autógrafo de Picasso sobre la situación operativa en Monte Arruit. Se distinguen: la situación colindante de las casas de la Compañía de Colonización (ocupadas por los rifeños) con los muros del campamento; la lejanía a las dos aguadas (sobre el río Caballo), y la proximidad (mil metros) dominante de una batería rifeña, que tenía sometida a la columna Navarro bajo sus fuegos.



Plano autógrafo de Picasso sobre el campamento de Ben Tieb, base de apoyo para Annual. Se distinguen, a la izquierda, los cuatro cañones retirados (cambiados) en el Izzumar; las municiones preparadas para ser enviadas a Annual (en el centro) y la anchura de la pista (10 metros).

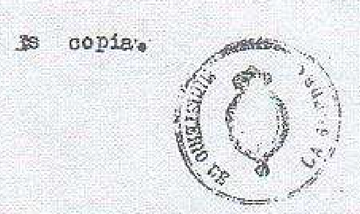


Plano autógrafo de Picasso sobre el campamento de Dar Quebdani, donde fue exterminada la columna Araújo (998 hombres) luego de capitular su coronel el 25 de julio. Se distingue la posición, y, en su vértice suroccidental, la aguada, donde el capitán Amador rechazaría cuatro avisos de rendición de sus jefes, saliendo a viva fuerza y muriendo allí con su gente.



Segun me manifiesta Comandante Militar de Alhucemas en carta que recibe de Sargento Bassallo,prisionero,este le dice que desde 1º de enero al 31 han fallecido los paisanos y militares siguientes: José Garcia Vazquez de la mina Afra,Rafael Alesandre de la Alicantina,Serafin Piñeiro Cea y Francisco Ferrer Villegas del 59,Francisco Jimenez Escudero,Pablo de la Torre Matesanz, Antonio Ramon Lucas del 11 y Victor Rubio Ordoñez del 42. Se han incorporado A.Fernandez del 59, Eugenio Moreno Sarenta de Intendencia,Julian Abellan de Ingenieros y Bernardino Ferrer de Alcantara.
Nuestro prisioneros de Anual han enterrado seiscientos noventa y siete cadaveres sin identificar en las posiciones de Anual,Igueriben,Sidi-Dris,Buimenzen y la Intermedia;ademas identificados en lugar proximo a la fosa del Capitan Salafranca los siguientes: Coronel Manella,Comandante Benitez,Capitan Federico de la Paz y tenientes Julio Bustamante,Eugenio Nogues y Alberto Escrich.

Es copia.



Texto del telegrama enviado por Sanjurjo a La Cierva el 4 de febrero de 1922, donde le informa que los cautivos españoles al mando del sargento Basallo han dado sepultura a «697 cadáveres sin identificar» en los campos de Annual, mientras recuperaban los cuerpos, «identificados», de varios oficiales —Benítez, Bustamante, Escrich, Paz Orduña, Nogués y Manella—. La familia del coronel Manella no fue informada de este hecho.

28 Octubre folio/1482 pieza 7ª

Andreu

Antonio

Modol

Artillero del regto misto de artilleria de Igueri ben

Pocos dias despues de establesida la posición de Igueriben los moros empezarón á hostilizarla y trataban de hacer trincheras y emplazar un cañon de Abbarran, a las cuales contestaba la posición. En las immediaciones vivia un moro de confianza que llevaba viveres para los oficiales y antes de hacer la descubierta reconocia los alrededores de la posición y en la madrugada del I7 de julio les aviso que los moros estaban ocultos para sorprender la descubierta y servicio de aguada, y puesta la tropa en el parapeto empezo el tiroteo quedaro todo el dia, del convoy solo entro parte, que permitio dar un vaso por plaza de agua, quedando el ganado del convoy entre el parapeto y la alambrada, que fue muerto por los moros aquella noche, logrando la guarnición matar las acemilas del convoy que se llevaban los moros

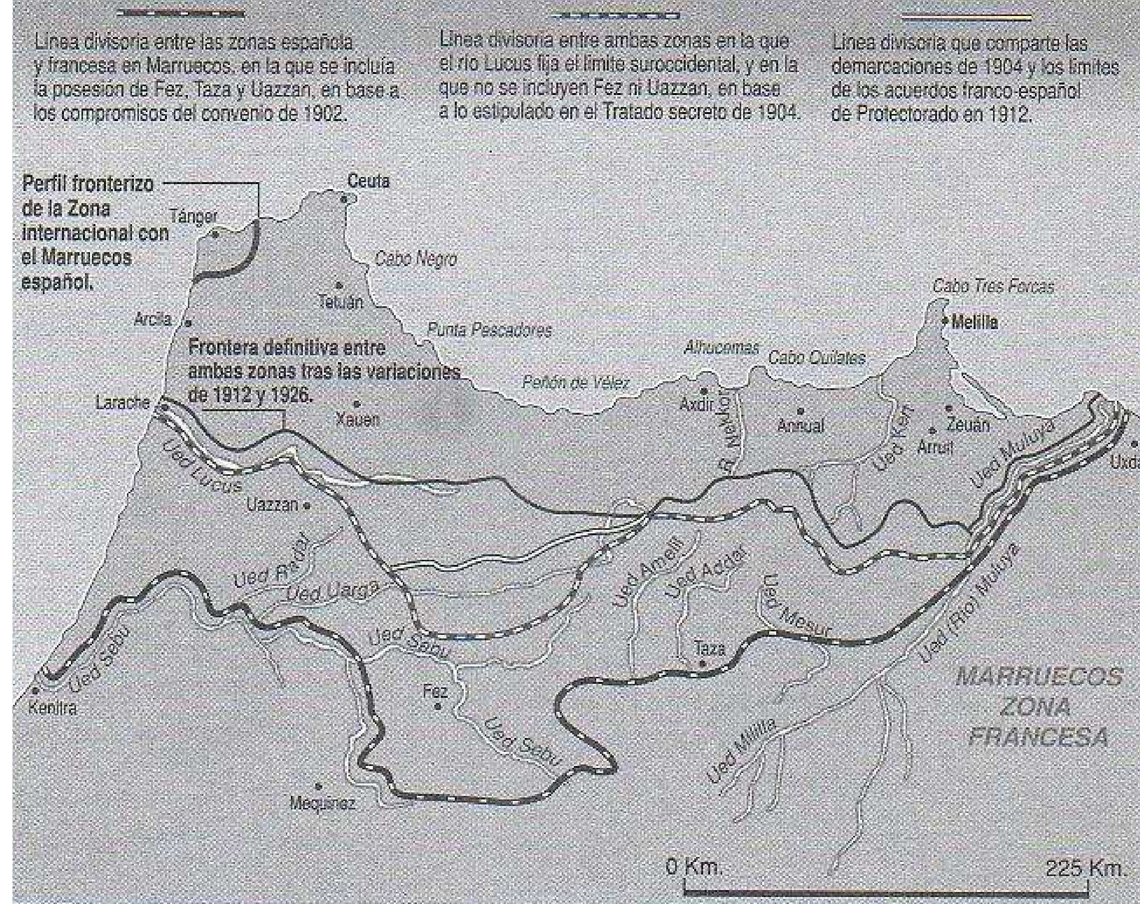
En los dias sucesivos no pudo llegar el convoy y dado lo desesperado de la situación el comandante jefe de la posición puso al mando un telegrama anunciandole su decisión de abandonar la posición y exhoerto a la tropa para defenderse energicamente para abrirse paso á viva fuerzaDurante el asedio tuvierón IO ó I2 muertos y I6 ó I8 heridos. Aunque tenian viveres carecian de agua para condimentarlos no podian utilizarlos bebiendo orines y colonia y comian latas de conservas Inutilizadas las piezas y ametralladoras, solio el comandante con la sección de vanguardia siendo recibidos con un fuego tan int enso que perecierón todos, escitando á los artilleros el capitan Paz á socorrer á los que habian salido ó perecer con ellos, pero acosados por los moros se produjo gr an confusión, debiendo el testigo su salvación á la energia de un sargento de S.M. que se impuso á los moros de policia y regulares para que los protegiera Llegarón á Anual I5 ó I6 hombres de los 400 españoles que aprosimadamente defendian la posición, que consevarón el mejor espiritu no obstante estar agotaños de cansancio y estenuado por la sed

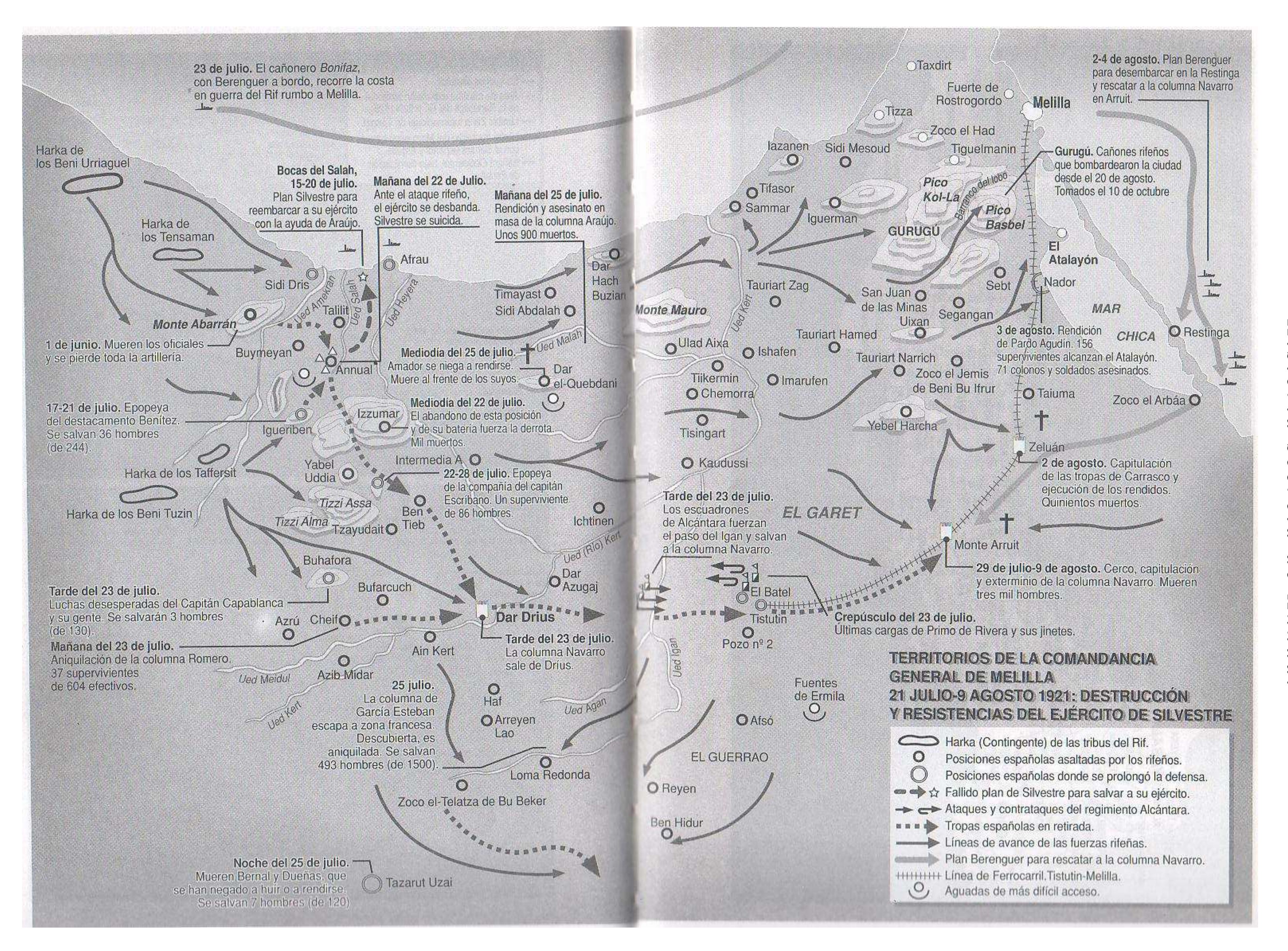
Copia resumida, de la declaración original del artillero Antonio Andreu Modol, uno de los escasos sobrevivientes de Igueriben. El general Picasso pidió copia mecanográfica de todas las declaraciones del cuerpo testimonial de su Expediente.

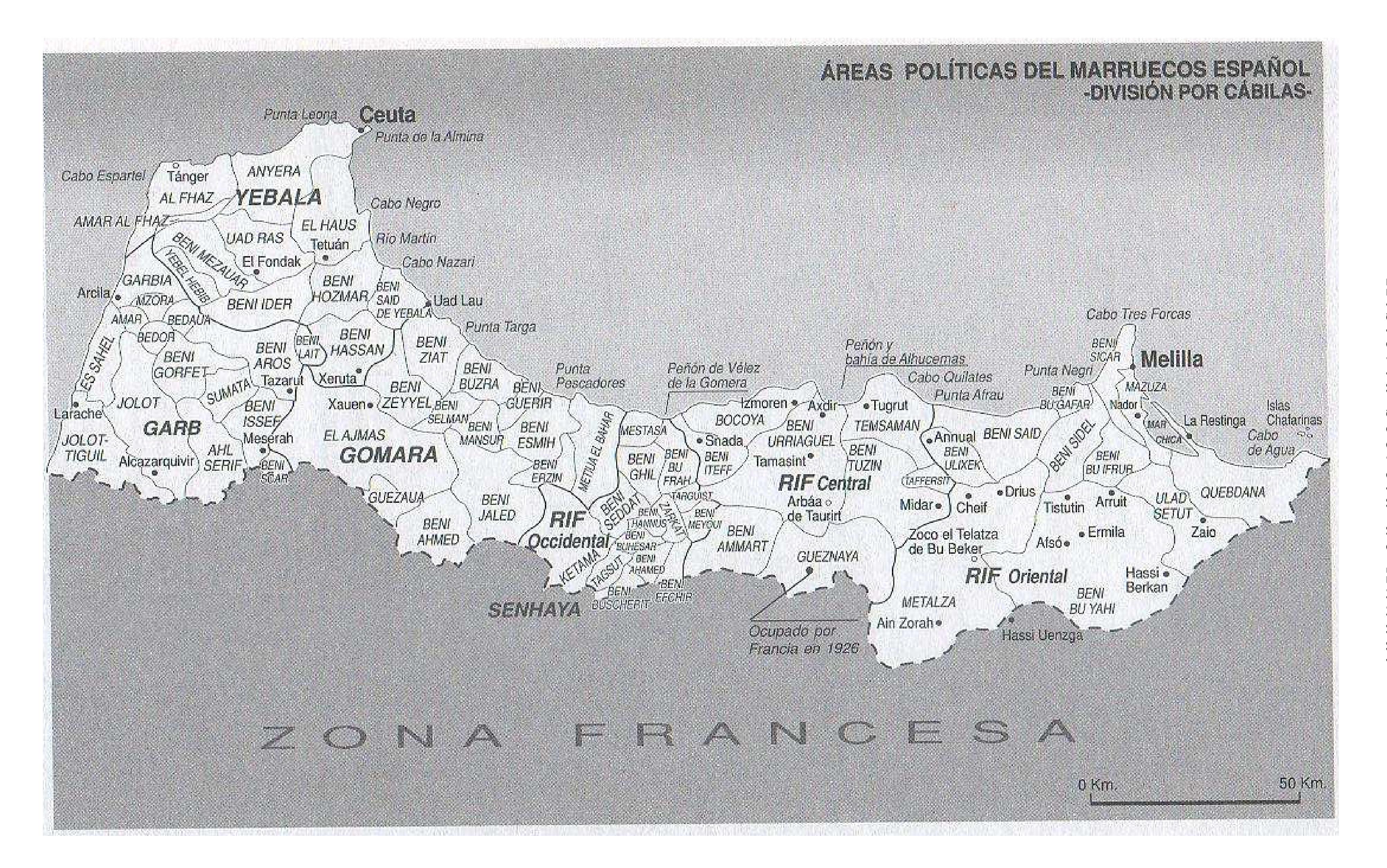
Apéndice II

Cartografía






TERRITORIOS DE LA COMANDANCIA GENERAL DE MELILLA
21 JULIO-9 AGOSTO 1921: DESTRUCCIÓN Y RESISTENCIAS DEL EJÉRCITO DE SILVESTRE
Harka (Contingente) de las tribus del Rif.
Posiciones españolas asaltadas por los rifeños.
Posiciones españolas donde se prolongó la defensa.
Fallido plan de Silvestre para salvar a su ejército.
Ataques y contraataques del regimiento Alcántara.
Tropas españolas en retirada.
Líneas de avance de las fuerzas rifeñas.
Plan Berenguer para rescatar a la columna Navarro.
Línea de Ferrocarril.Tistutin-Melilla.
Aguadas de más difícil acceso.
23 de julio. El cañonero Bonifaz, con Berenguer a bordo, recorre la costa en guerra del Rif rumbo a Melilla.
Harka de los Beni Urriaguel
Harka de los Tensaman
Bocas del Salah, 15-20 de julio. Plan Silvestre para reembarcar a su ejército con la ayuda de Araújo.
Mañana del 22 de Julio. Ante el ataque rifeño, el ejército se desbanda. Silvestre se suicida.
Mañana del 25 de julio. Rendición y asesinato en masa de la columna Araújo. Unos 900 muertos.
Sidi Dris
Afrau
Talilit
Ued Amekran
Ued Salah
Ued Heyera
Monte Abarrán
1 de junio. Mueren los oficiales y se pierde toda la artillería.
Buymeyan
Annual
Timayast
Sidi Abdalah
Dar Hach Buzian
Mediodía del 25 de julio. Amador se niega a rendirse. Muere al frente de los suyos.
Ued Malah
Dar el-Quebdani
17-21 de julio. Epopeya del destacamento Benítez. Se salvan 36 hombres (de 244).
Igueriben
Izzumar
Mediodía del 22 de julio. El abandono de esta posición y de su batería fuerza la derrota. Mil muertos.
Intermedia A
Harka de los Taffersit
Yabel Uddia
22-28 de julio. Epopeya de la compañía del capitán Escribano. Un superviviente de 86 hombres.
Tizzi Assa
Tizzi Alma
Tzayudait
Ben Tieb
Ichtinen
Harka de los Beni Tuzin
Ued (Río) Kert
Buhafora
Bufarcuch
Dar Azugaj
Tarde del 23 de julio. Luchas desesperadas del Capitán Capablanca y su gente. Se salvarán 3 hombres (de 130).
Azrú
Cheif
Dar Drius
Tarde del 23 de julio. La columna Navarro sale de Drius.
Mañana del 23 de julio. Aniquilación de la columna Romero. 37 supervivientes de 604 efectivos.
Ain Kert
Azib Midar
Ued Meidul
Ued Kert
25 julio. La columna de García Esteban escapa a zona francesa. Descubierta, es aniquilada. Se salvan 493 hombres (de 1500).
Haf
Arreyen Lao
Ued Agan
Loma Redonda
Zoco el-Telatza de Bu Beker
Noche del 25 de julio. Mueren Bernal y Dueñas, que se han negado a huir o a rendirse. Se salvan 7 hombres (de 120).
Tazarut Uzai
Taxdirt
Fuerte de Rostrogordo
Melilla
Tizza
Zoco el Had
Tiguelmanin
Iazanen
Sidi Mesoud
Tifasor
Sammar
Iguerman
Pico Kol-La
Barranco del lobo
Pico Basbel
GURUGÚ
2-4 de agosto. Plan Berenguer para desembarcar en la Restinga y rescatar a la columna Navarro en Arruit.
Gurugú. Cañones rifeños que bombardearon la ciudad desde el 20 de agosto. Tomados el 10 de octubre
El Atalayón
Nador
Sebt
MAR CHICA
Restinga
Monte Mauro
Tauriart Zag
San Juan de las Minas
Uixan
Segangan
Ued Kert
3 de agosto. Rendición de Pardo Agudín. 156 supervivientes alcanzan el Atalayón. 71 colonos y soldados asesinados.
Ulad Aixa
Ishafen
Tauriart Hamed
Tauriart Narrich
Zoco el Jemis de Beni Bu Ifrur
Tiikermin
Chemorra
Imarufen
Taiuma
Zoco el Arbáa
Tisingart
Yebel Harcha
Zeluán
2 de agosto. Capitulación de las tropas de Carrasco y ejecución de los rendidos. Quinientos muertos.
Kaudussi
Tarde del 23 de julio. Los escuadrones de Alcántara fuerzan el paso del Igan y salvan a la columna Navarro.
EL GARET
Monte Arruit
29 de julio-9 de agosto. Cerco, capitulación y exterminio de la columna Navarro. Mueren tres mil hombres.
El Batel
Tistutín
Crepúsculo del 23 de julio. Últimas cargas de Primo de Rivera y sus jinetes.
Pozo nº 2
Ued Igan
Fuentes de Ermila
Afsó
EL GUERRAO
Reyen
Ben Hidur



ÁREAS POLÍTICAS DEL MARRUECOS ESPAÑOL
-DIVISIÓN POR CÁBILAS-
Punta Leona
Ceuta
Punta de la Almina
Cabo Espartel
Tánger
ANYERA
AL FHAZ
YEBALA
AMAR AL FHAZ
Cabo Negro
EL HAUS
Tetuán
Río Martín
UAD RAS
BENI MEZAUAR
YEBEL HEBIB
El Fondak
Cabo Nazari
GARBIA
Arcila
MZORA
BENI IDER
BENI HOZMAR
BENI SAID DE YEBALA
Uad Lau
AMAR
BEDAUA
BEDOR
Punta Targa
ES SAHEL
BENI GORFET
BENI AROS
BENI LAIT
BENI HASSAN
BENI ZIAT
Xeruta
Tazarut
SUMATA
BENI BUZRA
Punta Pescadores
Larache
JOLOT
BENI ISSEF
Xauen
BENI ZEYYEL
BENI SELMAN
BENI GUERIR
GARB
Meserah
EL AJMAS
BENI MANSUR
BENI ESMIH
JOLOT-TIGUIL
Alcazarquivir
AHL SERIF
BENI SCAR
GOMARA
BENI ERZIN
METIUA EL BAHAR
GUEZAUA
BENI JALED
BENI AHMED
RIF Occidental
KETAMA
TAGSUT
SENHAYA
Peñón de Vélez de la Gomera
MESTASA
BENI GHIL
BENI BU FRAH
BENI SEDDAT
BENI THAMMUS
BENI BUHESAR
BENI AHMED
TARGUIST
ZARKAT
BENI MEYOUI
BENI EFCHIR
BENI BUSCHERIT
Izmoren
Axdir
BOCOYA
Snada
BENI ITEFF
BENI URRIAGUEL
Tamasint
BENI AMMART
Peñón y bahía de Alhucemas
Tugrut
TEMSAMAN
BENI TUZIN
RIF Central
Arbáa de Taurirt
GUEZNAYA
Ocupado por Francia en 1926
Cabo Quilates
Punta Afrau
Annual
BENI ULIXEK
BENI SAID
TAFFERSIT
Midar
Cheif
Drius
Zoco el Telatza de Bu Beker
METALZA
Ain Zorah
RIF Oriental
Punta Negri
BENI BU GAFAR
BENI SIDEL
Tistutin
Afsó
Ermila
BENI BU YAHI
Hassi Uenzga
Cabo Tres Forcas
BENI SICAR
Melilla
MAZUZA
Nador
MAR CHICA
BENI BU IFRUR
Arruit
ULAD SETUT
Hassi Berkan
La Restinga
Islas Chafarinas
Cabo de Agua
QUEBDANA
Zaio
ZONA FRANCESA
0 Km.
50 Km.

Fuentes y bibliografía

Archivos consultados fuentes inéditas)

1. *Archivos oficiales*

Archivo del Congreso de los Diputados
Archivo General Histórico del Ejército del Aire (AGHEA) Archivo General Militar de Segovia (AGMS)
Archivo General de Palacio Real (AGPR)
Archivo de la Real Academia de la Historia (ARAH) Servicio Histórico Militar (SHM)
Biblioteca Nacional (BN), Archivo García Figueras

2. *Archivos y colecciones privadas y/o de rango interprovincial*
Archivo Fundación Antonio Maura (AFAM, en Madrid)
Archivo de la Cruz Roja Española (ACRE) Archivo de Juan Carlos Picasso López (AJCPL) Archivo de Santiago Domínguez Llosa (ASDL) Asociación de Estudios Melillenses (AEM) Colección Documental Familia Manella (CDFM)

Otras fuentes
Diario de Sesiones *del* Congreso de los Diputados (DSCD)
Legislatura de 1912 a 1913, 19 vols. Legislatura de 1919 a 1920, 13 vols. Legislatura de 1921 a 1922, 10 vols. Legislatura de 1922 a 1923, 17 vols.
Documentos relacionados con *la Información instruida* por *el señor general de división D. Juan Picasso sobre las Responsabilidades de la actuación española en Marruecos durante julio de mil novecientos veintiuno.* Resumen, tipográfico, del mismo Expediente (2.433 folios) que luego se conocería por el apellido del general, miembro del Consejo Supremo de Guerra y Marina. Ediciones Morata, s. a. (1922), 616 págs (incluye el llamado *Apéndice* al Expediente en sí).
Información gubernativa instruida para esclarecer los antecedentes y *circunstancias que concurrieron en el abandono de las posiciones del territorio de la Comandancia General de Melilla en el mes de julio de 1921.* Esta Instrucción es la base documental con la que se procedió, en 1922, y a instancias del Consejo Supremo de Guerra y Marina, para solicitar, al Senado del Reino, el Suplicatorio de proceso al general Dámaso Berenguer, entonces alto comisario.
Historia de las Campañas de Marruecos (1859-1927). Estado Mayor Central del Ejército y Servicio Histórico Militar. Madrid, ediciones de 1951 y 1981, 4 volúmenes y numerosos mapas.
Galería Militar Contemporánea. La Real y *Militar Orden de San Fernando,* La *Medalla Militar...* Estudio de los decretos de concesiones de dichas distinciones a militares y paisanos entre 1893 (guerra de Melilla) y 1958 (operaciones en Ifni y Sáhara Occidental). Servicio Histórico Militar. Madrid, ediciones de 1973, 1974, 1981 y 1984, 7 volúmenes.
Anuario Militar de España. Organización del Ejército por Capitanías Generales, Parques y Talleres, Armas (por escalafones) y unidades (incluyendo sucinto historial de estas últimas), más las relaciones de los integrantes de las diversas Órdenes militares y el Índice alfabético del Cuerpo de Oficiales. Ministerio de la Guerra, Depósito de la Guerra. Madrid, ediciones de 1921, 1922, 1923, 1926, 1928 y 1931.

Periódicos y revistas

ABC
Diario Universal
La Correspondencia de España
La Época
El Heraldo de Madrid
El Imparcial El Liberal La Libertad El Sol
El Telegrama del Rif
La Voz
Melilla Hoy
Revista de Estudios Marroquíes

Bibliografía seleccionada

ALONSO, José Ramón, *Historia política del Ejército español,* Editora Nacional, Madrid, 1974, 567 páginas.

ALLENDESALAZAR, José Manuel, *La diplomacia española y Marruecos, 1907-1909,* Dispograf, S. A., Biblioteca Diplomática Española, Madrid, 1990, 274 páginas.

AYACHE, Germain, *Les origines de la guerre du Rif,* SMER, Rabat, 1981, 374 páginas.

BECKER GONZÁLEZ, Jerónimo, *Historia de Marruecos,* Establecimiento Tipográfico Jaime Ratés, Madrid, 1915, 590 páginas.

BERENGUER, Dámaso, *Campañas en el Rif y Yebala, 1921-1922. Notas* y *documentos de mi Diario de Operaciones,* Madrid, Sucesores de R. Velasco, 1923, 267 páginas.

BLANCO IZAGA, Emilio, *Coronel en el Rif,* (estudios Introductorios y notas de David Montgomery Hart), Seyer, Ayuntamiento de la Ciudad, Melilla, 1995, 471 páginas.

DÁVILA JALÓN, Valentón. *Una vida al servicio de España: general don Fidel Dávila Arrondo (1878-1962),* Prensa Española, Madrid, 1978, 617 páginas.

EZA, vizconde de (Luis de Marichalar y Monreal), *Mi responsabilidad en el desastre de Melilla como ministro de la Guerra,* Gráficas Reunidas, Madrid, 1923, 521 páginas.

FRANCO SALGADO-ARAÚJO, Francisco, *Mi vida junto a Franco,* Planeta, Barcelona, 1977, 404 páginas.

GARCÍA FIGUERAS, Tomás y HERNÁNDEZ DE HERRERA, Carlos, *La acción de España en Marruecos (1492-1927),* Imprenta Municipal, Madrid, 1929, 691 páginas.

LERCHUNDI, José, *Vocabulario español-arábigo del dialecto de Marruecos,* Tipografía Hispano-Arábiga de la Misión Católica, Tanger, 1932, 856 páginas.

LÓPEZ RIENDA, Rafael, *Frente al fracaso: Raisuni. De Silvestre a Burguete,* Sociedad General de Librería, Madrid, 1923, 274 páginas.

MONTGOMERY HART, David, «An Etnography Survey of the Rifian Tribe is Ait Waryaghar», en *Revista de Estudios Marroquíes,* Año II, Tetuán, 1954, páginas 51-86.

PAYNE, Stanley G., Los *militares y la política en la España contemporánea,* Sarpe, Madrid, 1986, 393 páginas.

PÉREZ ORTIZ, Eduardo, De *Annual a Monte-Arruit y dieciocho meses de cautiverio. Crónica de un testigo,* Artes Gráficas Postal-Exprés, Melilla, 1923, 318 páginas.

SAINZ GUTIÉRREZ, Sigfredo, *Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio* (prólogo del barón de Casa Davalillos —Felipe Navarro y Ceballos Escalera—), Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1924, 668 páginas.

VIVERO, Augusto, *El derrumbamiento,* Rafael Caro Raggio, editor. Madrid, 1922, 238 páginas.

WOOLMAN, David S., *Abd el-Krim y la guerra del Rif* (versión castellana de Margarida Gratacós), Oikos-tau, Barcelona, 1971, 278 páginas.

Índice onomástico[*]

[*] El orden -patronímico y patrilineal- de los personajes y tribus normarroquíes no siempre es el correcto, pues proviene de transcripciones castellanizadas de origen muy diverso y, en general, poco respetuoso de su articulación genealógica genuina. [La paginación corresponde a la edición original. NOTA DEL ESCANEADOR]

Índice toponímico